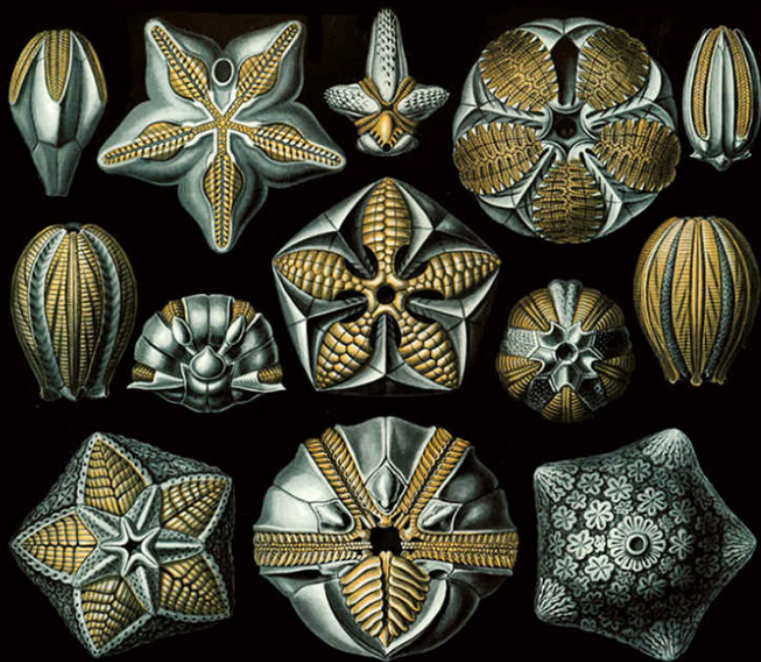


VEINTE MIL LEGUAS DE VIAJE SUBMARINO

Jules Verne

Edición y traducción de Miguel Á. Navarrete



Veinte mil leguas de viaje submarino es una gran narración poética, furibunda, impregnada de tintes románticos y descripciones sublimes, presidida por el mar y por uno de los mejores personajes de Jules Verne, el capitán Nemo, y su legendaria máquina, el submarino Nautilus.

Verne ha inspirado a lectores y escritores de todo el mundo. Turguénev, Tolstoi, Bradbury, Rimbaud, Perec o Le Clézio son solo algunos de los que lo han leído con pasión. Ahora, cuando celebramos el sesquicentenario de la publicación de esta obra, podemos recordar las palabras de Fernando Savater, que afirma que para interesarse por Verne basta con que el lector «no haya perdido la capacidad de gozar leyendo».



Jules Verne

Veinte mil leguas de viaje submarino

Viajes extraordinarios - 6

ePub r1.0

Titivillus 01.12.2019

Título original: *Vingt mille lieues sous les mers*

Jules Verne, 2019

Traducción: Miguel Ángel Navarrete

Ilustración de cubierta: Fragmento de la lámina «Blastoïdea», del

libro *Kunstformen der Natur* (1904), de Ernst Haeckel

Ilustraciones: Édouard

Riou & Alphonse

de Neuville

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Índice

Introducción

Veinte mil leguas de viaje submarino

Primera parte

- I. Un escollo huidizo
- II. Los pros y los contras
- III. Como el señor guste
- IV. Ned Land
- V. ¡A la aventura!
- VI. A toda máquina
- VII. Una ballena de especie desconocida
- VIII. *Mobilis in mobili*
- IX. La ira de Ned Land
- X. El hombre de las aguas
- XI. El *Nautilus*
- XII. Todo gracias a la electricidad
- XIII. Algunas cifras
- XIV. El río Negro
- XV. Una invitación por carta
- XVI. Paseo por la llanura
- XVII. Un bosque submarino
- XVIII. Cuatro mil leguas bajo el Pacífico
- XIX. Vanikoro
- XX. El estrecho de Torres
- XXI. Unos días en tierra
- XXII. El rayo del capitán Nemo
- XXIII. *Ægri somnia*
- XXIV. El reino del coral

Segunda parte

- I. El océano Índico
- II. Una nueva proposición del capitán Nemo
- III. Una perla de diez millones
- IV. El mar Rojo
- V. *Arabian Tunnel*
- VI. El Archipiélago griego
- VII. El Mediterráneo en cuarenta y ocho horas

- VIII. La ría de Vigo
- IX. Un continente desaparecido
- X. Las hulleras submarinas
- XI. El mar de los Sargazos
- XII. Cachalotes y ballenas
- XIII. La banquisa
- XIV. El Polo Sur
- XV. ¿Accidente o incidente?
- XVI. Falta de aire
- XVII. Del cabo de Hornos al Amazonas
- XVIII. Los pulpos
- XIX. La corriente del Golfo
- XX. A 47° 24' de latitud y 17° 28' de longitud
- XXI. Una hecatombe
- XXII. Las últimas palabras del capitán Nemo
- XXIII. Conclusión

Apéndices

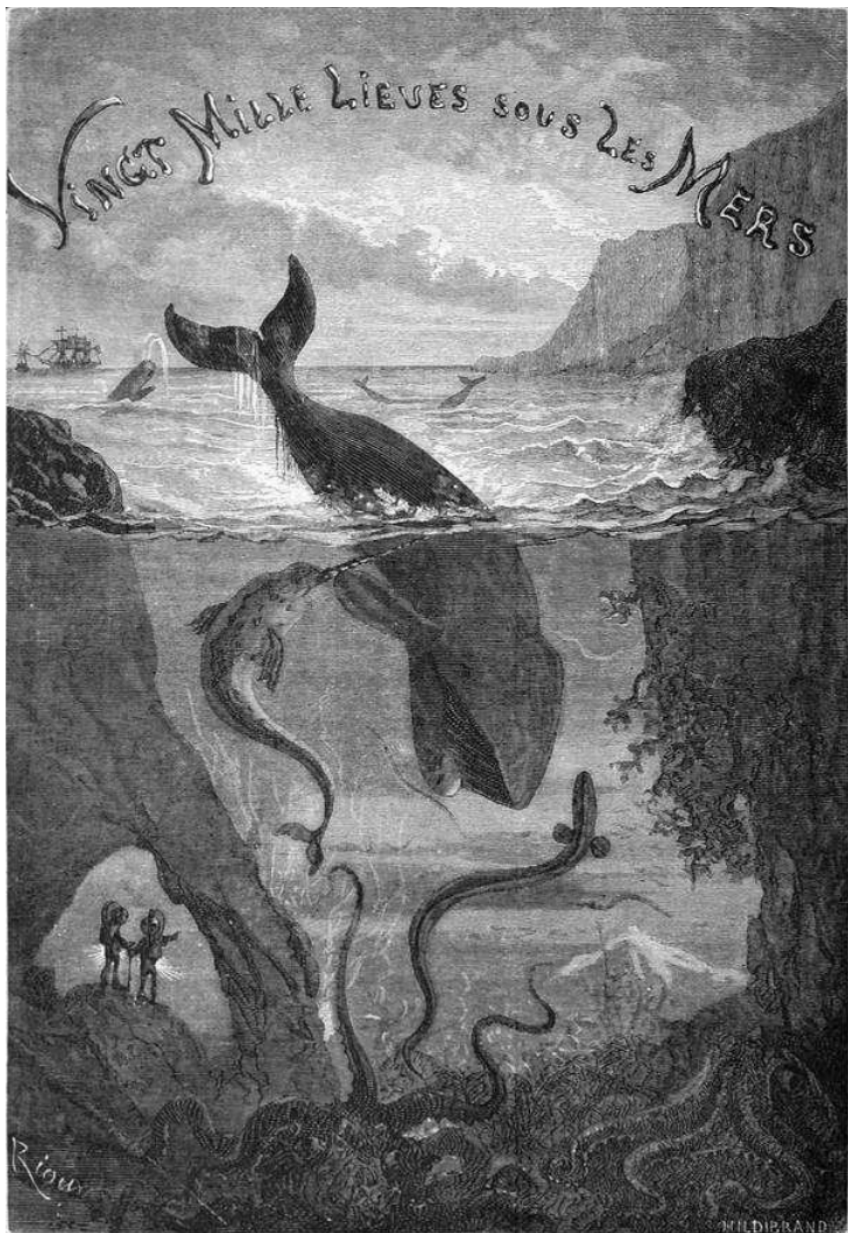
- A los lectores del *Magasin d'éducation et de récréation*
- Donde se da cuenta de la vida del «capitán Crespo» y se disipan algunas brumas que envolvían su célebre isla, también llamada Rica de Plata

Sobre el autor



Jules Verne (1828-1905)

Introducción [1]



ABREVIATURAS UTILIZADAS

bibl.: bibliografía.

BSJV: Bulletin de la Société Jules Verne.

cf.: *confer*, compárese.

DLE: Diccionario de la lengua española (Real Academia Española).

ed.: edición; editorial.

eds.: editores.

H69: edición en forma de libro, en formato pequeño, publicada en 1869-1870 por la editorial Hetzel.

H71: edición en forma de libro, en formato grande y con 111 ilustraciones, publicada en 1871 por la editorial Hetzel.

JN: edición de Jacques Noiray para la editorial Gallimard, publicada en 2005.

LP: edición de la colección La Pléiade de la editorial Gallimard, bajo la dirección de Jean-Luc Steinmetz, con la colaboración de Jean-Rémi Dahan y Henri Scepi, publicada en 2012.

MÉR: edición por entregas del *Magasin et de récréation d'éducation*, publicada en 1869-1870.

n.: nota.

n.º: número.

N. del T.: nota del traductor.

ob. cit.: obra citada.

p., pp.: página, páginas.

s.: siglo.

SJV: Société Jules Verne.

s.n.t.: no consta el nombre del traductor.

ss.: siglos; siguientes, en el caso de páginas.

trad.: traducción.

v.: véase.

VD: edición en alemán a cargo de Volker Dehs para la editorial DTV, publicada en 2013.

vol.: volumen, volúmenes.

WB: edición en inglés a cargo de William Butcher para Oxford World's Classics, publicada en 1998.

WJM y FPW: edición en inglés a cargo de Walter James Miller y Frederick Paul Walter para la Naval Institute Press de los EE. UU., publicada en 1993.

CONVENCIONES:

Con «el manuscrito» nos referimos al manuscrito más reciente de la obra, que se puede consultar en dos volúmenes distintos en el sitio web Gallica de la Biblioteca Nacional de Francia [< <https://gallica.bnf.fr> >].

Cuando citamos en las notas una obra que figura dentro de la bibliografía general entre las fuentes principales de Verne, p. ej. «Frédol (v. bibl.; p. 61 y ss.)», se entiende que los números de las páginas se refieren a los de esa obra concreta.

¿Cuántas aventuras conviven en *Veinte mil leguas de viaje submarino* que nos vuelven a convocar una y otra vez? El niño que fuimos se quedaba boquiabierto ante el gálibo, la maquinaria y la velocidad del *Nautilus*, deseoso de imitar las andanzas del capitán Nemo, navegante por todos los océanos del mundo y descubridor de maravillas y tesoros sin cuento en paisajes de ensueño, inaccesibles a quienes vivimos en las tierras de nuestro planeta.

El joven que releía la novela durante aquellos veranos en que se había acabado el resto de la lectura descubría de repente que una versión más completa de la obra le aportaba además un vocabulario desconocido, una aventura de un lenguaje casi fantástico, el de las ciencias naturales, los abismos submarinos, la historia o la geografía; pero quizá empezaba a discernir las contradicciones de un Nemo atormentado, capaz de mostrar a sus huéspedes su lado más compasivo, pero también el más despiadado.

Y el adulto que vuelve a tomar el libro en sus manos, tantos años más tarde, sonríe al recordar el cosquilleo que le acechaba cuando Jules Verne iba preparando con sus palabras y su sabiduría de narrador alguno de los episodios cruciales del libro: la lucha a arponazos contra el presunto narval, la angustia de morir ahogados en el mar o asfixiados dentro de un submarino, la excursión por los bosques casi psicodélicos de la isla de Crespo, el combate contra el pulpo gigante, el torbellino del *maelstrom*...

Nemo, el *Nautilus*, Aronnax, Conseil y Ned Land pertenecen a la misma estirpe de otras grandes figuras de la imaginación verniana, como el Lidenbrock de *Viaje al centro de la Tierra*, el Michel Strogoff de la novela del mismo título, el Phileas Fogg de *La vuelta al mundo en ochenta días*, o bien el capitán Hatteras, el capitán Grant, Cyrus Smith, Mathias Sandorf, la Stilla, el joven Dick Sand, el testarudo Kerabán, Wilhelm Storitz y tantos otros que creó Verne.

Todos esos momentos se resumen en una aventura: la de la fascinación que ejerce la buena literatura, sin más adjetivos. De ahí

que, aunque hayamos caído alguna vez en la tentación, en ese lugar común, de justificar la lectura o relectura de Verne, es algo que no tiene mucha importancia: ¿qué sentido tiene cuantificar el placer de volver a encontrarse con un viejo amigo?

Ahora, cuando celebramos el sesquicentenario de la publicación de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, podemos recordar una vez más las palabras de Fernando Savater para reivindicar este tipo de lectura: «Naturalmente que no es imprescindible la oligofrenia o el infantilismo para que un adulto se interese por Verne: basta con que no haya perdido la capacidad de gozar leyendo» [1].

En los últimos años, no solo se han seguido publicando y traduciendo las obras de Verne, sino que el novelista ha ascendido por fin al Olimpo literario que constituyen las celebradas ediciones de La Pléiade, ese canon en papel biblia en el que se publica lo más granado de las letras francesas. No solo eso, sino que los mejores especialistas continúan traduciéndolo y preparando ediciones cuidadosamente anotadas y comentadas, como las de William Butcher al inglés o Volker Dehs al alemán [2].

En el mundo hispano, se crean asociaciones vernianas y se publican monográficos maravillosamente ilustrados, como los de la colección Graphicclassic, y otras revistas le consagran números como el de *Jot Down*. Por no hablar de la reedición a mediados de la pasada década del ya clásico volumen de Miguel Salabert o del que un geógrafo de prestigio como Eduardo Martínez de Pisón le ha dedicado en fechas mucho más recientes: un jugosísimo libro no solo lleno de aprecio por Verne, su literatura y sus personajes, sino también impregnado de la sabiduría de quien ha recorrido muchos de los escenarios de sus novelas [3].

Además, desde los años noventa del pasado siglo se han seguido publicando obras que permanecían inéditas, como fue el caso del manuscrito de *París en el siglo xx* o, más tarde, del *Viaje a Inglaterra y Escocia* [4]. Por otra parte, la Société Jules Verne de París continúa velando por la edición de ciertas obras de Verne publicadas póstumamente —en algunas de las cuales había intervenido también su hijo Michel— a fin de fijar sus textos originales y se encarga de la publicación del *Bulletin*, que reúne lo más interesante de la crítica y la investigación sobre el autor.

Por lo tanto, se observa un deseo de realizar una lectura de

Verne más exenta de prejuicios, más dispuesta a aprehender no solo la valía estética de su escritura, sino también su simbolismo, unidos a su tradicional capacidad de entretener, que era su principal propósito, según sus propias palabras, y que siempre habían apreciado los lectores.

De algún modo, como autor, Verne se ha ido haciendo «mayor» en el buen sentido de la palabra; dicho sea esto sin restarle ningún mérito a la literatura destinada a niños y jóvenes. Porque no es que Verne no sea un autor que puedan leer los jóvenes (más dudas plantea que lo puedan leer y entender los niños, al menos en sus versiones completas), sino que Verne no es, ni mucho menos, un autor exclusivamente para jóvenes.

De igual manera, el apelativo de «padre de la ciencia ficción» no acaba de encajar del todo como definición unívoca de su labor, más próxima a la novela de aventuras, con un componente de enorme pasión por la geografía y los viajes, como veremos, y en la que los aspectos de anticipación científica se basan muy a menudo en datos y elementos de sobra conocidos en su época o acaban convirtiéndose en juguetes literarios de dudosa verosimilitud y viabilidad.

En cuanto a su recepción, en el caso de Verne, grandes escritores han admirado su obra, la han leído con fruición y han disfrutado con ella.

Turguéniev o Tolstoi lo leían con auténtica pasión en Rusia; más tarde, autores de la talla del estadounidense Ray Bradbury, o bien de Julien Gracq, Georges Perec o el Nobel

J. M. G.

Le Clézio, en Francia, y de Antonio Muñoz Molina, en España, no han vacilado en reconocer que Verne marcó la imaginación de su infancia y los ayudó a forjar su vocación de escritores. Aunque en un contexto radicalmente distinto, un reciente homenaje indirecto en las letras españolas lo constituye *El lector de Julio Verne* de Almudena Grandes [5].

Merecería un extenso capítulo aparte la manifiesta influencia de la novela de Verne en la composición del portentoso poema «El barco ebrio» de Rimbaud y, a través de este, probablemente en las no menos célebres palabras del replicante Roy Baty, interpretado por Rutger Hauer, en la inolvidable secuencia de su muerte en

Blade Runner de Ridley Scott, pero no es este el lugar para ello [6] .

Más aún, el historiador Georges Duby menciona la cantidad de científicos o marinos franceses del siglo XX que se vieron marcados decisivamente por las aventuras de los *Viajes extraordinarios*. ¿No resuena una especie de eco del mundo fantástico de *Veinte mil leguas de viaje submarino* en aquellos extraordinarios documentales del comandante Cousteau? En cualquier caso, como veremos, lo que no deja lugar a dudas a quien se adentra en su obra y en los estudios que se han escrito al respecto, es la berroqueña voluntad de Verne de ser escritor, narrador de historias *de los mundos conocidos y desconocidos*, y, como él ponía de relieve, de hacer bien su trabajo. Un trabajo que no le vino rodado al principio y que se enmarcó en un contexto histórico de complejos aspectos políticos, sociales, científicos y culturales, del que su obra fue reflejo.

Y es que Verne, según Olivier Dumas, uno de los más serios y documentados biógrafos y estudiosos de nuestro autor, «por sus excesos, sus gustos y sus opiniones encarna el espíritu curioso, escéptico e imaginativo del siglo XIX» [7] .

UNA OBRA Y UNA ÉPOCA: DE 1870

1828 A

¡Ráptame tú, fragata! ¡Arrástrame, vagón!

CH. BAUDELAIRE, «*Mœsta et errabunda*» [8]

En *Veinte mil leguas de viaje submarino* asistimos, ante todo, a una gran narración sobre el mar, al que Verne exalta con tintes románticos impregnados de poesía y unas descripciones sublimes, y con una prosa furibunda, extrema, otras veces. El mar adquiere el valor de resorte central de la novela, que sirve para poner en juego a uno de los personajes más logrados por Verne, el capitán Nemo, y una de sus máquinas legendarias: el submarino *Nautilus*.

Como veremos en las próximas páginas, al menos en lo que se refiere a *Veinte mil leguas de viaje submarino*, en su prosa se codean las referencias a la Antigüedad grecolatina con las dedicadas a la electricidad como fuente inagotable de propulsión; las descripciones de seres marinos reales suceden a las de otros

meramente fantásticos o imaginarios, como si tratara de mostrarnos un bestiario medieval; los datos relativos a la navegación, escrupulosamente consignados en las bitácoras, se refieren tanto a lugares conocidos y visitados a lo largo de los siglos por decenas de navegantes españoles, portugueses, franceses, británicos y otros, como a un elenco de islas inexistentes o de fondos submarinos imaginarios; las entusiastas descripciones de ciertos mares y tierras del mundo alternan con las de los terribles escenarios inhóspitos que constituyen las regiones polares.

Jules Verne trabajó en *Veinte mil leguas de viaje submarino*, con mayor o menor intensidad, desde finales de 1865 o principios de 1866 hasta

1869-1870.

El momento histórico por el que atravesaba Francia no podía ser más importante. En 1870, año en que apareció en forma de libro la segunda parte de la novela, estalló también la guerra franco-prusiana; pero el mar de fondo que llevaría a pique al II Imperio, el de Napoleón III, no fue fruto de un suceso aislado y fortuito, naturalmente.

La vida de Verne había avanzado al compás de una serie de cambios políticos y de una evolución de la sociedad a la que no son ajenas sus obras y su propia concepción de la vida, imbricada en el seno de una burguesía que tan relevante papel desempeñó a lo largo de esos años.

La crítica oscila entre dos polos opuestos: el de quienes ven a un Verne sumamente dócil y pasivo ante el establecimiento social, burgués desde la cuna y más que conservador hasta su muerte, y el de quienes creen que era una persona de convicciones libertarias — eso sí, mantenidas en secreto— que tuvo que dar desahogo a sus ideas y pasiones ocultas a través de sus obras y de sus personajes.

En la última parte de su vida, tomó partido por causas políticas moderadas, pero en un ámbito estrictamente municipal, y anduvo más preocupado por cuestiones de urbanismo (uno de cuyos ejemplos literarios son *Los quinientos millones de la Begum*, novela de 1879) que de política; la Comuna de París le repugnó, fue partidario del conservador de Thiers y también *antidreyfusard*, es cierto, pero con matices [9]. Pero ello no puede ocultarnos que en su obra quedan patentes esas contradicciones humanas e

ideológicas que vive su época; como atinadamente demuestra Jean Chesneaux en *Jules Verne, une lecture politique*, por la fachada burguesa de Verne asoman capas de antiguos revoques del socialismo utópico, del pensamiento individualista libertario y de la tradición revolucionaria de 1848, y se vislumbra el resol de otros temas capitales del momento: el futuro de los pueblos colonizados; la atención a los Estados Unidos, con una mezcla de admiración y progresiva desconfianza; el conflicto entre nacionalismo e internacionalismo, y el papel del poder financiero en las iniciativas humanas [10]. Al leer *Veinte mil leguas de viaje submarino*, todos estos aspectos quedan patentes en muchos de sus episodios.

Fuera de Francia, mientras que desde México hasta la Argentina habían ido independizándose de España casi todos los países que pertenecían a la Corona, se vivió entre 1823 y 1833 el segundo período absolutista, conocido como la Década ominosa. A la muerte de Fernando VII, se libraría la prolongada guerra entre carlistas e isabelinos.

En Europa, se sucedían las revueltas y guerras de tipo nacionalista. Grecia, tras una guerra que duró desde 1821 a 1829, consiguió su independencia del Imperio otomano. En el período de 1830 a 1839, se asiste a la revolución belga contra los Países Bajos y a la formación del país. Asimismo, 1839 es el año de la partición de Luxemburgo. Italia y Alemania, respectivamente, echan en estos años los cimientos de su unificación. Una vez más, en *Veinte mil leguas de viaje submarino*, la cuestión de las nacionalidades se hace patente en varios capítulos de la novela, y la actitud del capitán Nemo no deja lugar a dudas en cuanto al partido que toma (cf. los capítulos VI y VIII de la segunda parte de la novela).

El fenómeno social que caracterizó la época fue una revolución de otro tipo: la que partió desde Inglaterra con la industrialización y el maquinismo para extenderse paulatinamente a Europa. El capitalismo zarandearía también las seculares estructuras estamentales y daría paso a una nueva relación social basada en el antagonismo de quienes poseían la riqueza generada por el capital invertido en la industria (empresarios) y quienes vendían su propia mano de obra (proletariado). Los rasgos más repulsivos de esta relación eran las jornadas laborales extenuantes, el trabajo y la explotación de los niños y el pago de salarios misérrimos, algo que

uno de los autores más admirados por Verne, Charles Dickens, sabrá retratar impecablemente en sus obras. Mientras que en Inglaterra el derecho de asociación de los obreros se había conseguido en 1824, a Francia no llegó hasta 1864.

Es también la época en que se consolida el imperialismo moderno, que esquilma por medio de la colonización a los países que poseían las materias primas; ello llevaba aparejados el fomento y la extensión de la navegación y de la investigación para conseguir buques aún más veloces, capaces de afrontar los peligros de las travesías oceánicas y de transportar las mercancías a gran velocidad, hechos estos que se reflejan claramente en la trama de *Veinte mil leguas de viaje submarino* y de tantas otras obras de Verne (cf. el capítulo con el que da comienzo la novela).

De 1830 data el primer ferrocarril inglés, que enlazaba Liverpool y Mánchester. Era el resultado de los avances conseguidos años atrás en las máquinas de vapor y de la invención de locomotoras capaces de propulsar grandes convoyes. La primera línea francesa, entre París y Saint-Germain, se tendió siete años más tarde. Por otra parte, este nuevo medio de transporte haría que se impulsara la minería del carbón, al ser este un elemento indispensable para su funcionamiento.

Nos encontramos también en la época de los grandes viajes
(1826-1829

y
1837-1840)

de Dumont
d'Urville,

figura por la que tanto aprecio sentía Jules Verne, a quien le dedica numerosos pasajes en su novela. Francia vivía un auténtico renacimiento de su Armada y organizaba expediciones en las que no solo primaban los aspectos científicos y geográficos, de la exploración, sino también intereses más prosaicos, tales como la búsqueda de materias primas y la conquista de mercados; no hay que olvidar, empero, que la primacía naval la ejercía Inglaterra.

En uno de los primeros textos que aprueba la Sociedad de Geografía de París con la intención de promover un viaje de investigación a Tombuctú, se puede leer lo que sigue:

Al observar a los pueblos, el [viajero] cuidará de estudiar sus costumbres, ceremonias, indumentaria, armas, leyes, cultos, régimen alimentario y enfermedades, así como el color de su piel, la forma de su rostro, la naturaleza de sus cabellos y los diversos objetos con que comercian. Sería deseable que recopilara vocabularios de sus idiomas, comparados con la lengua francesa, y por último, que dibujara con detalle sus moradas y levantara planos de las ciudades allí donde le fuera posible [11].

Entre 1831 y 1836, Charles Darwin, el padre de la teoría de la evolución, realizó su viaje a bordo del *Beagle*. Otros avances científicos de la época dignos de reseñar son el descubrimiento por Faraday del electromagnetismo, en 1831, y de la electrólisis dos años más tarde. En 1837, Morse inventó el telégrafo, y en 1839 Daguerre hizo otro tanto con la fotografía, disciplina en la que sobresalió Félix Tournachon (1820-1910),

conocido con el sobrenombre de Nadar, entusiasta de la navegación aérea en globo y amigo más tarde de Verne, quien, como recordaremos en su momento, se inspiró en él para crear a su anagramático personaje Michel Ardan en *De la Tierra a la Luna* (1865).

En el terreno de la literatura, el segundo cuarto del siglo XIX no es menos feraz en acontecimientos. Mientras que las tendencias románticas alcanzan su cima y, al final de estos años, comienzan levemente a declinar, se van abriendo camino otras corrientes, como el realismo. Ahora bien, no es posible trazar un límite preciso entre corrientes ni establecer fechas de inquebrantable certeza. En realidad, los movimientos no se suceden, sino que coexisten durante un largo período.

Balzac (1799-1850), ejemplo de realismo, es mayor que Victor Hugo (1802-1885),

el máximo exponente del romanticismo. Hasta la llegada de la Monarquía de Julio, aparecieron obras como *Las Orientales* (1829), *Hernani* (1830) o *Nuestra Señora de París* (1831) de Hugo, y *El rojo y el negro* (1830) de Stendhal, mientras Balzac continuaba añadiendo obras a su *Comedia humana* y de Musset seguía los

pasos del joven Werther con su *Confesión de un hijo del siglo* (1836). En 1844 se publicaba esa obra cumbre de la novela de aventuras que es *Los tres mosqueteros* de Alexandre Dumas, y 1848 es el año en que se publica *La dama de las camelias* de Dumas hijo. Los Dumas, como se verá más adelante, ocuparon un lugar importante en la biografía del joven Verne. En filosofía, el idealismo y el positivismo son las corrientes del momento.

Debe subrayarse que el propio Verne, considerado un autor eminentemente positivista y cientifista por algunos sectores de la crítica, no escapa a este solapamiento de estilos, y es fácil detectar en el Nemo de *Veinte mil leguas de viaje submarino* y en el tratamiento de temas como la naturaleza, elementos sobre los que se cimentó en su día la gloria del movimiento romántico: la insatisfacción, el entusiasmo y la pasión por un ideal, la melancolía y el culto del yo, el lirismo de las descripciones o la exaltación de la naturaleza —el mar, en este caso— como único refugio posible contra el tráfigo de este mundo.

NANTES, PARÍS, AMIENS Y... EL MAR

Yo que corría, moteado de lúnulas eléctricas,
loca tabla, escoltada por hipocampos negros,
cuando los julios hundían a garrotazos
los cielos de ultramar en ardientes embudos...

ARTHUR RIMBAUD, «El barco ebrio» [12]

Cuando nace Jules-Gabriel Verne, el 8 de febrero de 1828 al mediodía, en una casa de la isleta de Feydeau, de Nantes, esta ciudad servía de puerto de amarre a todo tipo de buques que exhibían la parafernalia de la marina de vela: un abigarramiento de lonas y aparejos indescriptible. Aunque aún son aguas del río Loira, desde allí se adivina el océano, y el aire ya está impregnado de salitre.

Jules es el primogénito de Pierre Verne (1799-1871), abogado y procurador de los tribunales originario de Provins, ciudad no muy distante de París, y de Sophie Allotte de la Fuyè (1800-1887), originaria de Morlaix y descendiente de una familia de armadores

bretones, con un remoto ancestro escocés en su árbol genealógico, cuyo legendario poso se puede apreciar en la novelística verniana.

Parece que no hay razón para extrañarse de que el pequeño Jules, que crece en medio de esa barahúnda de flechastes, obenques, gavias, masteleros y cofas, junto a unos muelles donde se amontonan los cargamentos destinados a las Indias y procedentes de estas, animados por las bocinas, los silbatos de los contramaestres y los gritos polifónicos de unas tripulaciones variopintas, consagre en el futuro buena parte de su obra al mar, a los buques y a las islas. Incluso la señora Sambin, que le enseñó las primeras nociones de lectura y escritura, es un curioso personaje novelesco; no se sabe bien si se trata de una mujer abandonada por su marido o de una solitaria viuda que languidece a la espera del regreso de su Ulises, un capitán desaparecido en alta mar. A este historial marino hay que añadir los momentos pasados en plena campiña en La Guerche, en la finca del tío Prudent, también relacionado con la navegación, o en Chantenay junto al Loira, lugares ambos en que su imaginación infantil sería convenientemente adobada con relatos marineros.

Y sin embargo, años más tarde, él mismo declarará en *Recuerdos de infancia y de juventud*:

[...] a fuerza de ver pasar tantos barcos, me devoraba la necesidad de navegar. Ya conocía los términos de marina y comprendía las maniobras lo suficiente para seguirlas en las novelas marítimas de Fenimore Cooper, a quien no me canso de leer con admiración. [...] A los doce años todavía no había visto el mar, ¡el mar de verdad! ¡No! Me pasaba los días embarcándome con la imaginación en las sardineras, las chalupas de pescadores, las bricbarcas, las goletas y los tres palos, e incluso en los buques de vapor —llamados entonces «piróscafos»— que se dirigían hacia la desembocadura del Loira [13].

Es difícil encontrar un escrito acerca de la infancia del autor que no recoja la muy conocida anécdota de su fuga de la casa paterna. Según los cronistas más rendidos al genio del novelista bretón, habría que imaginarse el siguiente cuadro: Jules, un «niño bueno» de unos once años de edad, se encuentra como de costumbre paseando o jugando en los muelles, se da cuenta de que a bordo de un velero amarrado no hay ni un alma y se decide a subir, escala

hasta las cofas, divisa el océano en lontananza, deja que la mente haga zarpar el barco y se entrega a la aventura: en definitiva, se imagina en el papel de un joven capitán al mando de su navío poniendo rumbo a una misión —romántica, por supuesto—. Pero en su embobamiento no se da cuenta de que el buque zarpa de verdad. Cuando lo descubre, el capitán lo desembarca unas millas más abajo y manda buscar a su padre, el cual le da un buen tirón de orejas. La misión de su huida tenía que estar a la altura novelesca de su intrepidez: traerle a su prima Caroline Tronson, por la que muy precozmente bebía los vientos, un collar de perlas o corales de algún puerto oriental. El resultado de su fracaso se tradujo, según la leyenda, en la célebre promesa de Verne a su padre de que a partir de entonces solo viajaría con la imaginación. Hasta ahí el mito. Los estudiosos modernos, de pasiones seguramente menos encendidas, ponen en duda el suceso y la posterior recriminación paterna, y sugieren que aquello solo se limitó a un paseo por el puerto y a subir a bordo de un buque amarrado a los noráis.

Sin embargo, el más que probable carácter legendario del hecho revela algo no menos cierto: la eterna dialéctica verniana entre acción y sometimiento, entre movimiento y quietud. Es decir, esa apariencia de burgués tranquilo que oculta un torbellino interior, una mente de imaginación desbocada difícil de embridar. En la vida de Verne se dan estas constantes, e incluso su difícil relación con las mujeres aparece prefigurada en la aventura del barco: un deseo imposible de satisfacer. Por estas y otras razones, hay quien lo ha calificado de autor secreto, y ha reclamado más atención al leer sus obras para no sucumbir ante el espejismo de las apariencias.

Jules tuvo un hermano y tres hermanas: Paul

(1829-1897),

Anna

(1837-1919);

Mathilde

(1839-1920)

y Marie

(1842-1913).

De Paul se ha escrito que no solo fue el hermano predilecto, sino también el amigo y compañero inseparable durante toda su vida. Paul, además, fue un buen consejero en la terminología náutica, ya

que ejerció como marino durante unos años, aunque a la postre se convertiría en agente de cambio y bolsa.

Después de haber pasado por casa de la señora Sambin, Jules y Paul son enviados por su padre a los religiosos de Saint-Estanislas y, más tarde, al seminario menor de Saint-Donatien. Mientras que Paul continuó en esa institución, Jules no pudo aguantar durante mucho tiempo el rigor de la sotana y consiguió terminar su bachillerato en una institución pública, el Liceo Real de Nantes, que, a ojos de la burguesía nanteana, era un hervidero de pernicioso volterianismo.

A lo largo de esos primeros años, el primogénito de los Verne va decantándose por unos gustos que, sin duda, constituyen el zócalo de su obra y de su talento literario posteriores: la afición a la música, incluido el aprendizaje del piano, y la lectura de libros de aventuras, sobre todo el *Robinsón Crusoe* de Defoe y *Los Robinsones suizos* de Wyss —siempre prefirió a estos—, más los relatos de Fenimore Cooper y de E. T. A.

Hoffmann, entre otros. Aunque se le concedieron sendos accésits en latín y en geografía, Jules no brilló especialmente en sus estudios, pero tampoco obtuvo malas notas. Poco a poco, se aficionó a componer canciones y a escribir poemillas, y en algún momento reconocería adorar el fino sentido del humor y la portentosa imaginación de Sophie Allotte de la Fuÿe, su madre: «¡La imaginación Allotte! No hay locomotora Crampton ni centella eléctrica que pueda competir en velocidad con la imaginación Allotte» [14].

Al tiempo que el joven crece, el amor, cómo no, se vuelve a cruzar en su camino. El amor adolescente y romántico por su prima Caroline, lejos de apagarse con la edad, se aviva aún más, provocando el recelo y la preocupación de Pierre Verne. En la mente paterna, Jules está llamado a heredar cartapacios y despacho, y nada debía obstaculizar esos designios. La solución consiste, pues, en apartar al muchacho de sus veleidades literarias y amorosas, hacer que olvide sus letrillas y poemas, y sacarlo del círculo familiar que ahonda la herida de su frustrado amor por su prima: en efecto, Caroline, que le lleva un año y medio de edad, se casa en 1847.

Tras este desaire, Jules vuelve a intentarlo y se enamora de

Herminie Arnault-Grossetière, a la que escribirá una treintena de poemas. Sin embargo, cosecha un nuevo fracaso en Nantes y, en su fuero interno, identifica a la ciudad del Loira, cuyas clases encumbradas no acaban de aceptarlo a él ni a su familia, como la responsable de sus fracasos sentimentales. Estos lances de triste final podrían haber sido los responsables de la aversión que Verne profesó al matrimonio a lo largo de toda su vida. Sea como fuere, Jules, que había comenzado sus estudios jurídicos en Nantes, despacha a gusto sus frustraciones con su vitriólico poema *Madame C...!* El procurador Verne acaba enviando a su retoño a París para que siga su carrera de Derecho. Sin embargo, en su intento por apartarlo de sus devaneos amorosos, el padre de Jules fue, en cierto modo, responsable indirecto de que su hijo cayera definitivamente en brazos de la literatura.

Cuando Jules llegó a París, en julio de 1848, su equipaje constaba de una novela inacabada y dos tragedias en verso, además de los poemas ya redactados. Pese a todo, su vocación literaria seguía siendo decidida, y al poco tiempo escribe a su familia lo siguiente: «Puedo ser un buen literato, pero, como abogado, solo sería un mal abogado»[15]. Es preciso aclarar que, en esos momentos, la inclinación literaria del joven Verne se encamina hacia el teatro, y especialmente hacia los géneros populares: la opereta, el vodevil, el musical.

Ya hemos visto que 1848 es el año de la Revolución, de la II República. En los salones literarios en pleno apogeo se da cita lo mejor de los escritores y críticos de la época, mundillo por cuya superficialidad y fastos no siente gran aprecio el joven Verne. Gracias a un pariente —que, a su vez, tenía algún vínculo familiar con el escritor Chateaubriand— le presentan a Dumas hijo y, poco a poco, consigue relacionarse con otros personajes importantes de la época. Pero si hay un hecho crucial que destacar en la evolución intelectual de Verne es que, por fin, su voracidad lectora puede saciarse en París.

Mientras prosigue, y concluye, los estudios de Derecho como un buen hijo que no quiere desobedecer a su padre, lee a Molière, Victor Hugo, Dumas, de Vigny, de Musset, Hölderlin, Schiller, Goethe, Shakespeare... Y, por fin, en 1850, gracias a la influencia y ayuda de Dumas hijo, consigue representar en el Teatro lírico *Les*

pailles rompues [*Las pajas rotas*], comedia en un acto y en verso. En esa época, entra a trabajar en un bufete de abogados, pero sus ideas están cada vez más claras, para él prima la literatura por encima de todo porque, a su juicio, es lo único que puede hacer bien.

No son pocos los críticos que han visto en el amor de Verne por el teatro y por el verso un poso que resultará muy útil en la composición y estructura de su obra novelística posterior: una suerte de Verne dramaturgo-novelista o de novelista dramático. Por ejemplo, Robert Pourvoyeur traza el siguiente esquema de su estilo:

Abundancia de diálogos, frecuente recurso a los efectos teatrales, intervención de un *deus ex machina*, colocación de decorados como en un escenario, presentación de personajes al estilo de los libretos, terminología teatral utilizada continuamente y numerosas y prominentes citas de obras dramáticas [16].

Además de su actividad teatral, Jules escribe unos treinta relatos o narraciones breves para la revista *Musée des familles* [17]. A principios de los años 1850, entra en contacto con Jacques Arago, científico y explorador. Entonces, comienza a estudiar y a profundizar en las crónicas y relatos de viaje. Al tener que atender tantas ocupaciones, el esfuerzo físico e intelectual que realiza es extenuante y le provoca una parálisis facial; al mismo tiempo, se ve aquejado de ataques de bulimia y de cólicos frecuentes.

En 1853, escribe *Maese Zacharius o el relojero que había perdido su alma*. Con anterioridad, había publicado *Los primeros navíos de la Marina mexicana* (1851), *Un viaje en globo* (1851) y *Martín Paz* (1852). Paulatinamente, da forma al tipo de literatura que se convertiría en la clave de su éxito, si bien aún le falta el catalizador que lo haga efectivo. En el terreno estrictamente personal, sin embargo, la situación por que atraviesa no puede ser más aciaga. Pide encarecidamente a sus padres que le busquen una esposa pero, contradictoriamente, manifiesta su terror por el matrimonio debido a los sucesivos reveses sentimentales de que había sido víctima. Su obra *El matrimonio del Sr. Anselme des Tilleuls* [18] es una crítica feroz del matrimonio.

Mientras prosigue la vida «bohemia» y continúa asistiendo a las

cenar de la tertulia literaria y gastronómica de *Los Once solteros* o *Los Once sin mujer*, algunos desplazamientos a Nantes lo reafirman aún más en su voluntad de permanecer en París y de no regresar a su ciudad natal, que tan mal lo había tratado en asuntos de amores. Por supuesto, el tira y afloja con su padre continúa. Y así prosiguen las cosas hasta que en 1856, en la boda de su amigo Auguste Lelarge, conoce a una viuda y madre de dos hijas: Honorine de Viane, dos años menor que él. Inmediatamente, decide casarse con ella. Con la idea de asegurarse una posición económica más holgada, consigue convencer a su padre de que le preste dinero para convertirse en agente de cambio y bolsa, eso sí, sin perder de vista sus objetivos literarios. El 10 de enero de 1857, contrae matrimonio en París con Honorine, a la que solo acuden como invitados los allegados más íntimos. En 1858, estrena el *Sr. de Chimpancé*, ópera bufa y alegato misógino.

Verne no tardaría en aburrirse con la vida matrimonial, y en 1859 se embarca con su amigo músico Aristide Hignard y viaja hasta Escocia, que con su geografía, su historia, su literatura y sus leyendas le servirán para construir uno de sus mitos personales y que acabará plasmándose directa o indirectamente en muchas de sus obras. En 1860, escribe la ópera cómica *El albergue de las Ardenas* y la comedia *Once días de sitio*. Vuelve a viajar con Hignard en 1861, esta vez a Noruega y a Dinamarca. Su hijo Michel, que tantos quebraderos de cabeza le provocaría a lo largo de su vida, nace el 4 de agosto de 1861, mientras Jules está de viaje. Y la vida prosigue, en su etapa parisina, hasta el crucial encuentro con el editor Pierre-Jules Hetzel.

Hetzel (1814-1886), nacido en Chartres, pero de origen alsaciano, había regresado en 1859 del exilio gracias a la amnistía de Napoleón III. Entre los autores que había publicado figuraban Victor Hugo, George Sand y Honoré de Balzac. Al regresar a Francia, este republicano, defensor de una enseñanza laica, gratuita y obligatoria, tenía la intención de proporcionar una sólida instrucción a la juventud, gracias a la divulgación de los conocimientos del mundo moderno, y de arrebatarse a la Iglesia la primacía en el mercado de la literatura juvenil. Para ello, se había propuesto fundar una revista ilustrada en colaboración con el pedagogo Jean Macé

(1815-1894),

con el objetivo de preparar a unos ciudadanos libres capaces de conseguir, en el futuro, el triunfo de la República y de instaurar una nueva moral republicana. En el fondo, el encuentro entre Hetzel y Verne les viene a ambos como anillo al dedo. Hetzel encuentra a su autor «científico» y Verne, por fin, un auténtico editor. La relación se mantuvo de por vida, y cuando falleció Hetzel padre, Verne siguió publicando con el hijo de aquel [19]. Al parecer, Jules había presentado al editor un manuscrito titulado *Un viaje por los aires* gracias a la mediación de Alfred de Bréhat, amigo común de Verne y de Alexandre Dumas [20]. Esto ocurrió en septiembre de 1862. El 23 de octubre de ese año, escritor y editor firmaron un contrato, y el 31 de enero de 1863 se puso a la venta el libro con el título de *Cinco semanas en globo*.

Se ha escrito que la relación entre el editor y el autor rebasaba el marco de lo meramente mercantil o intelectual. En opinión de ciertos estudiosos, Hetzel ocupó en el inconsciente de Verne el puesto de la figura paterna que el autor anhelaba. Es cierto que Jules no mantuvo con el jurista Pierre Verne una relación paternofilial extraordinaria, sobre todo en los primeros años, pero los empeños en ver suplantada a toda costa la figura del padre merecerían, tal vez, ser revisados. Verne se refirió en más de una ocasión a la severidad del padre, o más bien al rigor y al talante moral que cabía esperar en un hombre de clase media, fervoroso católico y de provincias, que, como es lógico, no podía sino sentirse frustrado al ver a su primogénito tomar la pluma en vez de ejercer la abogacía. Pero no es menos cierto que el escritor apreciaba la afabilidad de su padre, el cual, a fin de cuentas, transigió con los deseos de su hijo y le permitió, con su dinero, establecerse al principio como agente de cambio y bolsa. Cuando Pierre Verne murió, su hijo lo describió como «un auténtico santo» [21].

Como crítico sagaz y maestro en literatura que fue para Verne, Hetzel desempeñó un papel de enorme importancia en la evolución intelectual y profesional del escritor. El editor le corrigió sus excesos verbales derivados del vodevil y de la opereta, y lo orientó por un camino distinto; aunque debe reconocerse que, a veces, lo hizo cortando excesivamente el vuelo y las ideas originales del escritor e incluso, como veremos más adelante, imponiendo por

todos los medios su criterio en una actitud prácticamente de censor del novelista.

En otro orden de cosas, no es menos cierto que Hetzel ganó ocho veces más dinero que el propio Verne con sus libros, el cual o bien no se atrevió a defenderse mejor en las sucesivas negociaciones tras las que firmaba sus contratos o simplemente no quiso hacerlo, contentándose con la seguridad de seguir escribiendo y publicando sin descanso que le ofrecía su situación.

Volviendo a aquellos años iniciales de la colaboración autor-editor, a partir de 1863 Jules se pone a trabajar más que concienzudamente en sus futuras obras, tras abandonar la Bolsa. De 1863 data, asimismo, la breve novela ya mencionada *París en el siglo XX*, cuyo manuscrito, rechazado por Hetzel, permaneció extraviado hasta que un tataranieta de Verne lo encontró tras conseguir abrir una caja fuerte —lo que, por sí solo, ya da para una trama literaria no menos verniana— y el coleccionista y estudioso verniano Piero Gondolo della Riva lo editó en 1994. En 1864, comenzaron a publicarse en el *Magasin et de récréation d'éducation*

los *Viajes y aventuras del capitán Hatteras* y se editó en forma de libro *Viaje al centro de la Tierra*.

Sus novelas fueron auténticos éxitos de ventas desde el principio. El autor había sabido encontrar la veta que había anunciado a sus compañeros de la Bolsa según su primer biógrafo, Charles Lemire:

Muchachos, creo que os voy a dejar. He tenido la idea que, según Girardin, tiene que tener todo hombre para hacer fortuna. Acabo de terminar una novela escrita de una forma nueva. Es una idea mía. Si sale bien, estoy seguro de que será un filón [22] .

Y lo fue: a partir de entonces, Verne se dedicó exclusivamente a la literatura hasta su fallecimiento en Amiens, el 24 de marzo de 1905.

LA NOVELA: «VEINTE MIL LEGUAS DE VIAJE SUBMARINO»

Antes de que otra sombra me suplante
en el silencio azul de los abismos...

Génesis de la obra

Es preciso situar *Veinte mil leguas de viaje submarino* dentro de una teórica primera fase

(1862-1874)

de la escritura verniana tras su encuentro con Hetzel: la época del gran estallido creativo, de la auténtica eclosión de ideas que nos legará otras obras clave como *Viajes y aventuras del capitán Hatteras*

(1864-1865),

Viaje al centro de la Tierra (1864), *De la Tierra a la Luna* (1865), *Los hijos del capitán Grant*

(1865-1867)

o *Alrededor de la Luna* (1870). En 1872, además, el autor comienza a publicar *La vuelta al mundo en ochenta días* y avanza en la reescritura de *La isla misteriosa*, que saldría a la venta en 1874, año en el que también apareció la narración, no muy extensa, pero sí muy cruda, de *El Chancellor*.

Veinte mil leguas de viaje submarino empezó a publicarse a partir del 20 de marzo de 1869, dentro del *Magasin illustré et de récréation*

d'éducation

, en general a razón de dos capítulos por quincena, aunque hubo entregas de un solo capítulo, sobre todo en la segunda parte. La publicación completa en ese formato concluyó el 20 de junio de 1870. En forma de libro, la primera parte se había publicado en formato pequeño, y con algunas ilustraciones, el 28 de octubre de 1869; la segunda parte se publicaría el 13 de junio de 1870. La edición en forma de libro en un formato más grande y con las 111 hermosas ilustraciones de Édouard Riou y de Alphonse de Neuville vería la luz el 16 de noviembre de 1871.

En realidad, *Veinte mil leguas de viaje submarino* no es la primera novela de Verne en que el mar ocupa un lugar privilegiado. Con anterioridad, como hemos visto, ya había publicado *Los hijos del capitán Grant* —subtitulada *Vuelta al mundo*—, donde la

navegación desempeña un papel muy importante. Curiosamente, por una especie de carambola editorial, no planeada así inicialmente, *Los hijos del capitán Grant* acabaría constituyendo la primera parte de esa gran trilogía verniana que compone con *Veinte mil leguas de viaje submarino* y con *La isla misteriosa*.

Sin embargo, el nuevo desafío que se planteaba Verne era doble y desmesurado. Doble por sus principales actores: el mar y el personaje del capitán Nemo. Desmesurado, como en tantas obras suyas, por sus objetivos: primero, abarcar literariamente todos los océanos, en todos sus aspectos, biológicos, geográficos, físicos —e incluso diríamos psicológicos, del mar como metáfora—, yendo hasta el corazón de los abismos para destilar su esencia y escudriñar todos sus rincones imaginables, lo que significa una búsqueda de absoluto, de plenitud, y emparenta la novela con las grandes epopeyas; segundo, esculpir una figura que estuviera a la altura del reto propuesto, una figura fuera de lo común, como el capitán Nemo, personalidad desesperada y atormentada.

La tarea de Jules Verne era radical, como había ocurrido ya en su *Viaje al centro de la Tierra*, obra en que el camino nos conduce hasta lo más profundo del planeta, para concluir en una explosión insólita, una ascensión desde el Hades digna de unos héroes de excepcional temple. El capitán Nemo presenta unos rasgos aún más acusados: en el escalafón verniano, los dominios subterráneos de Hefesto, Hades y Perséfone parecen tener menos relevancia que los de Posidón, divinidad de los océanos, a lo que se une el carácter en cierto modo prometeico del personaje.

Según declaraba Verne en una entrevista a finales de 1897, le debía la idea original de *Veinte mil leguas de viaje submarino* —«uno de mis éxitos más populares», según sus palabras— a la escritora George Sand, quien en una carta de agradecimiento por haber recibido *Viaje al centro de la Tierra* y *De la Tierra a la Luna* escribe a Verne lo siguiente el 25 de julio de 1865:

Espero que pronto nos lleve usted a las profundidades del mar y que haga viajar a sus personajes en esos aparatos de buzos que su ciencia e imaginación pueden permitirse perfeccionar [23].

Sin quitar importancia a este hecho, no es arriesgado pensar

que, tras *Cinco semanas en globo* (donde predomina el elemento «aire»), *Viajes y aventuras del capitán Hatteras* (homenaje al «fuego») y *Viaje al centro de la Tierra* (exaltación de la «tierra»), llegase una obra que desvelara los secretos de los grandes fondos submarinos al público ávido de aventura que formaba la clientela de Hetzel.

Así pues, es plausible pensar que, hacia finales de 1865 o principios de 1866, Verne ya hubiera comenzado al menos a esbozar su futuro *Viaje bajo los Océanos*:

Por lo demás, no me aburro. Creo que al menos tendré tiempo de hacer [sic] el 1.er volumen del *Viaje bajo los Océanos*, que ya he acabado de planear y que será maravilloso, de verdad. Pero no tengo ni un minuto que perder [24].

La obra atravesó por distintas fases de creación y recibió diversos títulos provisionales como borrador antes de quedar titulada, en su lengua original, con el eufónico *Vingt mille lieues sous les mers*, que se convertiría a la postre en el canónico *Veinte mil leguas de viaje submarino* en español [25].

Sea como fuere, Verne tuvo que interrumpir a menudo la redacción de su novela para dar paso a otras ideas y a algunos encargos más apremiantes de Hetzel. Entre 1865 y 1869, no solo consagró su tiempo a la *Geografía ilustrada de Francia y de sus colonias*, sino también al borrador titulado *El tío Robinsón*, que sería rechazado por Hetzel y que acabaría evolucionando hasta convertirse en *La isla misteriosa*. Además, en 1867 viajó con su hermano Paul a Nueva York y a las cataratas del Niágara a bordo del paquebote *Great Eastern*, lo que le causó una profunda impresión, que se reflejaría en algunas de sus obras, incluida la que estamos estudiando [26]. En la primavera de 1868 mandó acondicionar una chalupa pesquera como «yate», al que bautizó en honor del arcángel patrón de su hijo con el nombre de *Saint-Michel*, y a bordo del cual trabajaría en la obra.

En algunas cartas de Verne a su familia, se puede seguir paso a paso su creación, que intenta intercalar en medio del trabajo sobre la *Geografía ilustrada de Francia*, mientras declara que trabaja

«como un condenado» [27]. No son menos interesantes las cartas en las que comunica al editor sus diversos estadios:

Estoy preparando también nuestro *Viaje bajo las Aguas* [sic], y mi hermano y yo estamos organizando toda la mecánica necesaria para la expedición. Pienso que utilizaremos la electricidad, pero aún no está del todo decidido [28].

Señalemos también que Verne se sintió obligado a escribir una carta al director de *Le Petit Journal* en 1867, ya que esta revista había publicado, también por entregas, una obra firmada por Aristide Roger y titulada *Viaje bajo las aguas* [29], que, en plena gestación de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, perturbó a Verne. En dicha carta, aclaraba que ya llevaba tiempo preparando su futura obra, con el fin de evitar que posteriormente se le acusara de plagio.

Estructura, argumento y personajes de la novela

Valiéndose de un recurso novelístico eficaz que Verne utiliza a menudo, la novela da comienzo con una fecha, el año 1866 en este caso, y avanza cronológicamente a partir de ese momento hasta el presente del narrador. Ello no impide que Verne haga breves calas en el pasado en boca de sus personajes cuando sea necesario para ilustrar a los lectores. Es el profesor Aronnax, uno de los protagonistas, quien expone al lector el contenido de sus notas o diario. Ante el temor de parecer demasiado fantástico, Aronnax declara en el capítulo «Conclusión»:

Por lo tanto, es aquí, entre estas buenas gentes que nos han acogido, donde repaso el relato de estas aventuras. Es exacto. Ni un solo hecho ha sido omitido, ni un detalle ha sido exagerado. Es la fiel narración de esta inverosímil expedición bajo un elemento inaccesible al hombre, cuyas rutas dejará libres algún día el progreso [30].

La figura que encarna el profesor es necesaria como aval de credibilidad y seriedad ante las fantasías y las presuntas inverosimilitudes del relato; es uno de los elementos necesarios para que el ardid novelesco funcione. Aronnax pertenece a la genealogía de otros sabios, ingenieros o médicos que abundan entre los

personajes creados por Verne.

La obra comienza con la apariencia de un relato mitológico, anclado en una era antigua, con el equívoco de una expedición que zarpa para dar caza a un supuesto monstruo marino que perturba el transporte marítimo, como si se hubiese tratado de uno de los trabajos de Hércules. No obstante, ese trasfondo sobrenatural y fantástico convive con abundantes datos de índole científica y técnica.

Como todo el arte de la publicación por entregas radica en dosificar la tensión y mantener la atención del lector, son precisos seis capítulos para pasar de la evocación de esa época arcaica de seres fantásticos hasta descubrir que el monstruo es en realidad una creación humana, una máquina portentosa que nos hace entrar de lleno en una era moderna, ya que el *Nautilus*, movido por una electricidad de origen misterioso, supera a todos los ingenios náuticos conocidos hasta entonces.

Cuando Verne decide sumergirse a bordo del *Nautilus* piensa en hacer creíble la existencia de un submarino prodigioso, algo que no le resulta especialmente difícil, porque ya existían en su época, y desde hacía tiempo, prototipos en diversas etapas de desarrollo, pero sabe que ha de atrapar al lector forjando también a un protagonista que sea tan extraordinario como sus viajes.

En una carta del 28 de marzo de 1868 enviada por el autor a su editor, cuando ya llevaba algún tiempo trabajando en la novela, resume bien su propósito sobre el escenario de la obra y sobre la creación del capitán Nemo:

Se me ha ocurrido una buena idea, que surge del tema mismo. Es preciso que el desconocido [Nemo] no mantenga ninguna relación con la humanidad, de la que se ha apartado. Ya no está en *tierra*; prescinde de la tierra. Le basta el mar, pero es necesario que el mar se lo proporcione todo, la ropa y los alimentos. Nunca pisa un continente. Aunque desaparecieran los continentes y las islas a causa de un nuevo diluvio, él seguiría viviendo como si tal cosa [31] .

Esa es la idea que genera la tensión narrativa y desencadena el conflicto con los otros tres personajes, obligados a permanecer recluidos en calidad de huéspedes forzosos o simplemente de cautivos —todo depende de quién emita su opinión— en el

Nautilus, que es paradójicamente el vehículo con el que Nemo exalta su idea de libertad.

El profesor Aronnax, su criado Conseil y el arponero Ned Land son los antagonistas necesarios y sirven de contrapunto para que el papel de Nemo alcance esa altura «interpretativa» que se exige a los mejores actores (no olvidemos que la escritura teatral fue la primera gran vocación de Verne).

Aronnax, el científico prudente que vacila entre aceptar la cautividad en aras de la ciencia o seguir su elemental instinto de libertad; Conseil, el abnegado y devoto criado taxónomo cuya personalidad está prácticamente anulada, ya que vive por y para el profesor, pero del que Verne afirma que una vez arrastrado a los abismos de la clasificación de especies marinas, era como si abandonara el mundo real; y el arponero Ned Land, ese marino que lleva un paradójico apellido de lo más terrestre, símbolo de la inteligencia práctica y de la fuerza física, y personaje de temperamento más sanguíneo que los otros dos.

Con sus distintas personalidades, Aronnax, Conseil y Ned Land responden a un esquema de relaciones entre personajes que se repite en otras muchas obras de Verne y le servirán a este para poner de relieve las contradicciones del héroe oscuro y atormentado que es Nemo.

La decisión de crear a un protagonista como Nemo, que vive al margen de la humanidad, nos remite a la pregunta que lógicamente habría de plantearse todo lector atento: ¿cuál es la razón de que el capitán Nemo se comporte así?

Al leer *Veinte mil leguas de viaje submarino* solo conseguimos obtener una respuesta parcial a esa pregunta, puesto que aunque la novela puede leerse de forma autónoma, está concebida con gran sagacidad para que su final sea abierto y deje en el aire el interrogante de qué habrá ocurrido con el capitán Nemo. Los lectores tendrían que esperar hasta

1874-1875

para saberlo, una vez publicada *La isla misteriosa*, donde se acaban de anudar algunos hilos que habían quedado sueltos desde *Los hijos del capitán Grant*.

En opinión de numerosos críticos, y en particular de Simone Vierre, Nemo tiene pese a todo mucho de personaje prometeico,

puesto que no solo presenta esa vertiente de ingeniero y hombre de ciencia cuyo objetivo es legar a la humanidad todo su saber acumulado, valiéndose de un aparato insumergible que arrojará al mar para que sea el azar quien se encargue de buscarle destinatario [32], sino que trabaja por el bien de su fiel tripulación, desempeñando un papel de líder que nos recuerda al capitán Hatteras y al futuro conde Mathias Sandorf, héroe de la novela homónima y homenaje a Alexandre Dumas y a su conde de Montecristo.

Por otra parte, Nemo también ayuda con sus incalculables riquezas a todos los oprimidos del mundo, de quienes se declara compatriota, independientemente de la nacionalidad de estos, como un auténtico hombre universal. De fondo, se vislumbra la disputa de las potencias por la supremacía de la navegación y el control del transporte marítimo, con las grandes expediciones científicas y geográficas de su siglo y la expansión colonial en primer plano. En contraste con ello, los dominios de Nemo abarcan el fondo de los mares y los océanos de todo el planeta, donde nadie le puede discutir su primacía.

La creación del personaje de Nemo fue objeto de algunos de los debates más acerbos entre Verne y Hetzel, quien intervino constantemente e impuso en buena medida su parecer, sobre todo en cuanto al origen del capitán, que no se desvela en *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Gracias al acceso que tenemos actualmente a los manuscritos y al trabajo de los investigadores, se pueden seguir las vacilaciones y los cambios de parecer del autor durante la redacción de la obra, en los que influyó enorme y decisivamente Hetzel [33].

Si bien parece probado que Hetzel sugirió a Verne que utilizase como modelo o fuente de inspiración ideal para crear al personaje de Nemo al coronel Charras —militar de firmes convicciones republicanas y exiliado de Francia [34]—, el autor y el editor se enzarzaron en una agria polémica en diversas cartas a causa de la nacionalidad del capitán.

Verne quería hacer de Nemo un noble polaco que luchaba contra el imperialismo ruso de la época. Este noble polaco —según el plan inicial del escritor—, se vengaría con su submarino de la muerte de su esposa y de sus hijos, víctimas de la opresión rusa. Sin embargo,

Hetzel, que tenía buenas relaciones comerciales con Rusia, donde se traducían las obras que publicaba, no quería arriesgar su posición en ese mercado, rechazó la idea, se mantuvo firme en su negativa y acabó imponiendo a Verne que el personaje del capitán mantuviera su origen en secreto [35].

De alguna manera, esa solución ayudó a que la identificación de los lectores con el personaje fuese quizá más directa, pero dio lugar a una alteración radical del proyecto inicial del autor, que declaró en algunas cartas a Hetzel echar de menos a su «polaco», con el que todo quedaría más nítido, más claro, ya que no habría ninguna dificultad en entender su actitud respecto a los barcos a los que habría atacado si estos hubiesen sido rusos:

No olvide lo que le decía en mi última carta. Si Nemo hubiese sido un polaco *cuya mujer hubiese muerto víctima del knut y cuyos hijos hubiesen muerto en Siberia*, y ese polaco se hubiese encontrado frente a un buque ruso, con la posibilidad de destruirlo, todo el mundo admitiría su venganza. Si fuese usted ese polaco, actuaría de la misma forma, y yo haría igual que usted [36].

A otras sugerencias del editor, sumamente extravagantes (salvamento de un buque por el capitán, huida de Ned Land, salvamento de algunos «chinitos» [sic] raptados por unos piratas), Verne se negó en redondo, argumentando su total inverosimilitud... afortunadamente, podríamos añadir.

Si consideramos los dos volúmenes de la novela como dos partes «naturales», que giran en torno al episodio de la muerte del marino del *Nautilus* y del cementerio de coral, por un lado, y al comienzo de la aventura en el océano Índico, por otro, podemos observar dentro del primer volumen un corte fundamental cuya bisagra es el capítulo VII («Una ballena de especie desconocida»). El *flashback* que se inicia en el primer capítulo es una introducción, una presentación del problema en términos similares a los de las antiguas leyendas que contrasta con los datos científicos que no acaban de corroborar la existencia de seres tan extraordinarios. Junto con los capítulos II y III de esta parte —en el que Aronnax decide unirse a la expedición de captura del «monstruo»— y con el capítulo XXIII, y último, de la segunda —«Conclusión»—, son los únicos en los que la acción transcurre en tierra firme, si dejamos de

lado las breves incursiones de los tres aventureros en busca de comida, que gracias a una isla, uno de los escenarios favoritos de Verne, alivian la tensión creciente de la novela e introducen notas humorísticas sobre la glotonería de Ned Land (capítulos XX a XXII), utilizando recursos propios del teatro ligero al que tan aficionado era el autor.

Antes de llegar al capítulo VII, los capítulos IV, V y VI nos trasladan ya al mar a bordo de la fragata *Abraham Lincoln*, mientras va aumentando el suspense. El misterio no comienza a aclararse hasta el capítulo VII, con la caída al agua y la agonía de los personajes por ponerse a salvo sobre lo que resultará ser el *Nautilus*. Se abre en el capítulo VIII («*Mobilis in mobili*») otro período de transición, que se prolongará hasta el capítulo XIV («El río Negro»), momento en el que comienza realmente la travesía submarina del artefacto de Nemo. Un Nemo que no se había dignado abrir la boca hasta el capítulo XI, haciendo así la tensión más insoportable, dado el contraste con la fogosa actitud del arponero canadiense.

Merece especial atención el capítulo XIX del primer volumen, porque es un compendio del arte de Verne: la utilización de la intertextualidad introduciendo y combinando varias aventuras diferentes —en un continuo ir y venir de personajes—, su afán de documentarse y su admiración por los marinos que con sus descubrimientos marcaron indeleblemente la historia naval, algo que queda patente en ese hermoso minirreportaje titulado «Vanikoro».

La riqueza, en forma de tesoros o de perlas anómicas, muy presente en todo el libro, marca los primeros capítulos de la segunda parte; los detalles macabros y la muerte, con la que se cerraba el capítulo XXIV, dejan su impronta en este segundo tomo, junto con la continua preocupación de Aronnax por la salud mental de Nemo. La muerte, en este caso en forma de hecatombe —una masacre homérica— de cachalotes y de ballenas divide por la mitad esta segunda parte (capítulo XII). No es menos cierto que, conforme avanza la novela, el contrapunto que da Ned Land se eleva de tono: la irritación del arponero quebequés por estar encerrado contrasta con el sosegado disfrute de la taxonomía a que se entrega Conseil, modelo de carácter servil y anulado, y la actitud del profesor

Aronnax, quien da muestras de fervor científico y de admiración sin límites por el dueño y señor del *Nautilus*.

Paulatinamente, nos conduce Verne a ese clímax de violencia humana y de furia de los elementos que se desarrolla en los últimos capítulos de la obra. Entonces nos enteramos de que Nemo tiene su santuario y su panteón. El santuario es ese camarote en que a veces se intuye su presencia fantasmal; su panteón lo constituyen los retratos de los héroes románticos de la libertad de los que Aronnax parece no haberse percatado hasta el final de la obra: Manin, Kosciuszko, Bótsaris, Brown, Lincoln y O'Connell;

y su secreto: la familia muerta.

Y entre datos científicos, taxonomías y clasificaciones varias, arropados por relatos de navegantes y aventureros, la obra avanza hacia su final, cada vez más sombría, con sendos homenajes a dos autores admirados por Verne: la escena de los pulpos, en honor de Victor Hugo, y el *maelstrom* de Edgar A. Poe como desenlace: círculo de círculos, ciclo que se cierra y devuelve a tierra a los «jonases» engullidos por el monstruo.

La invocación final a un texto sagrado de la Biblia es objeto de controversia entre los comentaristas acerca del valor concedido al referente teológico en la obra de Verne, pero no es menos cierto que el tema de los abismos había apasionado a numerosos autores de todas épocas y, por ejemplo, en el *Compendio de geografía universal* de Malte-Brun, geógrafo admirado por Verne, se puede leer una paráfrasis: «¿Qué ojos mortales han recorrido las profundidades del océano?» [37].

Ciencia, geografía y algo más

En relación con el tiempo y el espacio en *Veinte mil leguas de viaje submarino*, nada se escapa; todo lugar, meridiano, paralelo o punto por el que pasa el *Nautilus* se ve rápidamente identificado en una carta náutica con sus coordenadas y su nombre. Continuamente se nos dan fechas y horas. Verne nos invita a perdernos en la trama ficticia del relato, pero siempre queda un hilo de realidad al que asirse.

Si pensamos en *Los hijos del capitán Grant*, el autor ya había

introducido, con todo detalle, dos de sus temas predilectos: la vuelta al mundo —aunque se tratara de una porción del mundo delimitada por un paralelo— y un personaje robinsoniano que sirve asimismo de motor de una búsqueda del padre. Se trata de una larga novela en la que ya es patente el dominio de los temas y los recursos de la ficción que había comenzado a consolidarse con *Hatteras*.

Los hijos del capitán Grant constituyó otra fuente de futuros temas novelescos imbricados en la auténtica gran pasión que anima realmente todos los «Viajes extraordinarios»: la geografía como ciencia que estaba entonces en plena ebullición y cuyo desarrollo iba de la mano de la expansión colonial de las potencias, con las consiguientes contradicciones morales e ideológicas que ello entrañaba y que despuntan en muchas de sus páginas; pero también se trata de una geografía imaginaria, en cuanto recurso literario que le permite crear utopías, en su sentido literal de «lugares inexistentes», que le sirven de escenarios fabulosos, como la infinidad de islas que abundan en sus novelas.

En *Veinte mil leguas de viaje submarino* el hilo principal de la narración convive con numerosos relatos secundarios en los que se cruza la geografía real con esa geografía utópica, que, pese a todo, acaba resultando verosímil: el túnel arábigo, el Polo Sur, las islas de Crespo y Gueboroar, la ría de Vigo, donde tuvo lugar la batalla de Rande, las hulleras submarinas; todo un catálogo de maravillas concebido para que el lector disfrutara de aventuras y sirviera de acicate para consultar atlas y enciclopedias y satisfacer su curiosidad.

Como decíamos, una de las grandes preocupaciones del profesor Aronnax es la credibilidad de lo que está contando: ¿me creerán cuando cuente lo que he visto si consigo regresar de este viaje extraordinario? ¿Me creerán cuando hable de esta máquina inaudita que es el *Nautilus*?

De manera casi natural, esto nos lleva a abordar uno de los aspectos que más se han discutido acerca de la novelística verniana: el carácter de precursora de la ciencia ficción. Se ha señalado en numerosas ocasiones que los datos que utiliza el autor o bien estaban de sobra caducos o bien pertenecían a trabajos que ya se estaban llevando a cabo en su época. No nos parece que sea este un

argumento que pueda usarse de modo generalizado, porque, por ejemplo, el *Viaje al centro de la Tierra* sigue siendo pura fantasía, aunque esté repleto de datos geológicos o mineralógicos más o menos correctos.

Las novelas de Verne están relacionadas con el nuevo papel que se reservaba en su época a la adolescencia y a la juventud y, por tanto, a su educación. Pese al objetivo de instruir deleitando que había fijado como meta el editor Hetzel a su pupilo escritor,

Jean-Paul

Dekiss enfoca este asunto de otra manera:

Ni Jules Verne ni Hetzel imaginan por un solo instante que los niños puedan memorizar toda esa información contenida en largas listas que abarcan todos los campos. No se trata de eso. Sin embargo, el joven lector sabe que esas cosas existen, que esos hechos han ocurrido, que la historia de los seres humanos está formada por una larga sucesión de acontecimientos y una incansable acumulación de investigaciones. Esas páginas despiertan el amor por el conocimiento. Son como un alto en el camino de la narración, una extraña bahía abierta a una biblioteca ideal, preparada para facilitar el acceso al saber enciclopédico [38].

Si tomamos como ejemplo de aplicación científica el caso de los aparatos para la navegación subacuática, constataremos que los submarinos atravesaban en esa época una etapa de concepción bastante avanzada. Sin embargo, enfocado desde otro punto de vista, ¿qué tiene que ver un submarino de la calidad física —o, incluso, metafísica— del *Nautilus* con *Le Plongeur*, que quizá le sirviera de modelo, y cuya maqueta puede contemplarse en el Museo de la Marina de París? ¿No es la electricidad del capitán Nemo un agente distinto del que todo el mundo conoce, según su confesión? Verne, prudentemente, calla. No es necesario añadir nada más. Con una sola frase eleva su obediente energía propulsora a la categoría de lo extraordinario.

¿A qué lector le puede importar que la presión que aguantan los cuerpos en los fondos submarinos cuadre realmente con la fórmula maravillosa que expone Aronnax ante el incrédulo y perplejo Ned Land? Lo auténticamente extraordinario es que el *Nautilus* desafía las leyes físicas, con lo que enaltece, al mismo tiempo, la inteligencia de su creador, mientras el lector siente que, al igual que

los roblones que sellan la estructura metálica del *Nautilus*, las costillas le dan punzadas en los episodios polares en que el buque de Nemo sufre como un animal enjaulado, ansioso por reventar los hielos.

Verne, por otra parte, no siempre despliega y combina inocentemente sus datos, sino que la «realidad» le sirve a menudo para mentirnos descaradamente, para manipularnos con un guiño a tiempo. Los buques que se citan en el capítulo I de la primera parte existieron y, sin duda, sus nombres resultaban familiares al público lector de 1869. El *Scotia* existió, pero lo importante es que, efectivamente, colisionó en fechas relativamente próximas a las que da Verne —véase, si no, la noticia del *Times* de Londres del 3 de mayo de 1867 que reseñamos en la nota correspondiente—; por supuesto, colisionó con otro buque, pero el autor utiliza aquel accidente para hacer que zarpe la fragata *Abraham Lincoln*.

«El interés de la obra no se sitúa en el plano didáctico, sino en el de lo imaginario», declaraba Miguel Salabert [39], pero lo didáctico —entendiendo por ello no solo los datos científicos y técnicos, sino también los de tipo geográfico, marino o antropológico— es indisociable de lo imaginario, hasta tal punto que aventuras reales y aventuras imaginarias se confunden, a veces con más carga de la que inicialmente sospecharíamos: los navegantes del Pacífico y demás océanos se codean con humildes pescadores de perlas de Ceilán; la leyenda medieval de Colapesce revive en aguas de la Creta insurgente del siglo XIX; el *Nautilus* no tiene parangón con ningún otro buque, pero continúa utilizando un arma de reminiscencias arcaicas, como el espolón; la estameña que despliega Nemo es de color negro, pero luce una N que hace pensar en Napoleón.

Ya hemos visto que Verne, pese a su etiqueta de profeta de la ciencia, es hijo de su tiempo, lo que se ve corroborado por el lugar que otorga en sus novelas a los temas de su época: la navegación, medio de transporte en pleno desarrollo entonces, que se ve amenazada en *Veinte mil leguas de viaje submarino*; las ilusiones burguesas y las preocupaciones de esa clase por el desarrollo y el progreso mercantil son claras, ya que es preciso hacerse a la mar para derrotar al forajido anarquizante que pone en peligro los imperios coloniales; las revoluciones nacionalistas y la lucha

antiesclavista también se esbozan aunque sea en fogonazos.

Junto a esto, se menciona la excesiva explotación de los mares y aflora lo que en la actualidad podríamos llamar una tímida conciencia ecologista. Aunque todo ello contrasta con otras ideas que se traslucen en la novela: los salvajes de Papuasias no merecen nada mejor que saltar electrocutados al tocar el submarino de Nemo y ser objeto de escarnio —Aronnax tiene que calmar al tantas veces impasible Conseil, que llega a extremos ridículos queriendo vengar la destrucción de una concha levógira—; la obsesión de Nemo por la venganza y por el poder absoluto lo hacen parecer más bien un tirano, un déspota, que un libertador de pueblos oprimidos.

En cualquier caso, *Veinte mil leguas de viaje submarino* perdura en nuestra memoria como esa exaltación del mar, símbolo absoluto de libertad, en el que el prodigioso *Nautilus*, gobernado por la mano firme de un personaje literario inigualable como es el capitán Nemo, carece de rival.

Como si, en el fondo, la divinidad, sea esta cual fuere, no tolerase que los mortales se apropien de los secretos de los abismos marinos, ese Prometeo apasionado y sabio, pero también espíritu vengativo y apartado de la humanidad, mostrará sus contradicciones mediante su voluntad de seguir ayudando en *La isla misteriosa* a otros naufragos y acabará revelándonos su vulnerabilidad y su condición de héroe a fin de cuentas humano.

Sea como fuere, *Veinte mil leguas de viaje submarino* tiene el fuste necesario para ocupar un puesto de honor en la historia universal de la literatura.

Cincuenta años después del fallecimiento de Verne, el gran escritor Ray Bradbury le hizo una entrevista ficticia, gracias a una máquina del tiempo, y le preguntó:

—¿Si escribiera usted en la actualidad, qué escribiría? [...]

—En primer lugar —dijo Verne—, escribiría *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

—¿Otra vez?

—¡Sí, una y otra vez, y dentro de cincuenta años o dentro de cien años también! [40].

Existen diversas y muy tempranas adaptaciones cinematográficas de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, por ejemplo una de 1905 de Wallace McCutcheon. Entre estas, figura una adaptación española de Enrique Rambal, del año 1927.

No obstante, la más conocida sigue siendo probablemente la película dirigida por Richard Fleischer y producida por los estudios Walt Disney en 1954, que en su día encandiló a una generación de espectadores.

Dada la envergadura de la novela, y visto el estilo de la casa Disney, se permite numerosas alteraciones de la trama de la obra, que queda condensada en unos pocos episodios, aunque intenta reflejar fielmente el *Nautilus*, cuya maqueta es extraordinaria. La actuación de James Mason como capitán Nemo, junto con Kirk Douglas en el papel de Ned Land, Peter Lorre en el de Conseil y Paul Lukas como el profesor Aronnax, más la belleza de los exteriores y de las escenas submarinas, la convirtieron en una magnífica película de aventuras, pese a ciertas incongruencias flagrantes que pretenden aportar una nota cómica, como la absurda presencia a bordo de una foca amaestrada.

Es cierto, sin embargo, que Richard Fleischer quiso resaltar las facetas más sombrías de la personalidad del capitán Nemo, magníficamente interpretado por James Mason. Se le concedieron sendos *Oscars* por la dirección artística y los efectos especiales.

«VEINTE MIL LEGUAS DE VIAJE SUBMARINO» EN EL «MAGASIN ET DE
RÉCRÉATION
D'ÉDUCATION
» («MÉR»),
1869-1870

PRIMERA PARTE

~~Con el título de~~ ~~«MÉR»~~

Año civil

~~1869~~

1869

~~33-43~~

65-77

~~97-110~~

129-141

161-173

~~193-209~~

225-237

~~257-271~~

269-302

323-331

353-352

~~XXIX-XXXIV~~

«VEINTE MIL LEGUAS DE VIAJE SUBMARINO» EN EL «MAGASIN ET DE
RÉCRÉATION
D'ÉDUCATION
» («MÉR»),
1869-1870

SEGUNDA PARTE

Conocimiento de la vida
de la época

Año civil

30-18

1869

65-84

97-113

129-139

167-170

193-201

(22)-2370

257-264

289-299

320-330

358-364

(41)-4870

33-41

63-74

97-105

129-135

168-168

X013-2091

Esta edición

El texto de *Veinte mil leguas de viaje submarino* reúne ciertas características propias de la literatura de Jules Verne que lo diferencian de otras obras de ficción, junto con algunos rasgos típicos de muchos documentos impresos de su época.

Entre las primeras, podemos citar la abundancia de nombres propios de personas de todas las épocas de la historia —ya sean de científicos, escritores, artistas o viajeros—, a los que hemos de añadir los de los personajes de ficción o los de seres mitológicos, por ejemplo. A todos estos se suman no pocos nombres de lugares y de accidentes geográficos, junto con una gran cantidad de referencias eruditas. Sin embargo, lo que quizá llama más la atención son las denominaciones de todo tipo de especies marinas, desde los cetáceos hasta los moluscos, pasando por los peces, los crustáceos e incluso las anémonas o las esponjas.

Entre los rasgos propios de los documentos de la época nos encontramos con el problema de las numerosas erratas y errores que se produjeron o se introdujeron durante el proceso de redacción, composición e impresión de las ediciones originales y que, desgraciadamente, se han ido arrastrando hasta la actualidad en muchos casos, lo que dificulta no solo la cabal comprensión del texto en su versión original, sino también, como es lógico, su correcta traducción. Las erratas afectan a los nombres propios, pero también a los nombres comunes, sobre todo a los que pertenecen a un registro más especializado. En cuanto a los errores, estos están relacionados a menudo con las coordenadas o las posiciones geográficas, las fechas y la cronología interna del relato o bien con algunos cálculos matemáticos.

Siempre que ha sido factible, hemos optado por corregir esas erratas, salvo cuando ha sido imposible confirmar la solución que creíamos más acertada. También hemos intentado advertir del tipo de errores detectados y corregirlos, excepto cuando el contexto aconsejaba mantener la lectura tradicional. A fin de no entorpecer la lectura de la novela, damos cuenta, en las correspondientes notas al final del libro, de los casos en los que hemos intervenido y en los que corregimos el texto respecto de su variante original.

En las notas exponemos las variantes más notables entre las tres ediciones originales de la novela e indicamos aquellos pasajes curiosos en que el manuscrito más reciente de la obra se aparta del texto que consagraría al final la imprenta [1]. Estas notas nos parecen el complemento ideal de la introducción a la obra para quien desee comprender la manera de trabajar del autor y hacerse una idea de la abundancia y el tenor de la información que llegó a atesorar en centenares de fichas y páginas de notas y apuntes, porque el viaje que nos promete el título de la obra no es de índole exclusivamente geográfica, espacial: es, además, un viaje a través de los ficheros y de la biblioteca de su autor.

Si no todos, casi todos los libros leídos o simplemente consultados por Verne para documentarse dejan alguna huella dentro de la novela. Algo similar ocurre con las decenas de páginas de boletines, revistas y periódicos científicos o de otro tipo en que se basó para su redacción. A esa labor de investigación hay que añadir la correspondencia y las conversaciones mantenidas con su hermano Paul, marino, y con ingenieros u otras personas, como su primo Garcet, matemático que le ayudó en sus operaciones de cálculo.

El prodigioso *Nautilus* posee unos auténticos ventanales abiertos a aquellos «abismos inexplorados» que atraviesa y que hacen surgir otro de los grandes protagonistas de la novela: el lenguaje, necesario para descubrir al lector la fascinación por lo extraordinario de un mundo inexplorado.

Al redactar las largas tiradas de especies marinas y de otro tipo que aparecen citadas en esta obra, Verne practica una de sus aficiones favoritas: la enumeración, que lo hacen hijo literario de Rabelais y padre de Georges Perec, por ejemplo. Sin olvidar que son un buen recurso para alguien que estaba obligado por contrato a

producir un elevado número de páginas, no es menos cierto que constituyen un homenaje a la terminología científica, persiguen crear una sensación de extrañamiento gracias al rigor de su vocabulario, inaudito para el público, y a su timbre sonoro, que impregna de lirismo determinados pasajes en los que Verne puso todo su empeño por lograr un estilo que resalta aún más si se leen en voz alta:

Por el suelo abundaban pólipos y equinodermos. Isídidos variados; cornularias, que viven aisladas; matas de oculinas vírgenes, designadas antaño con el nombre de «coral blanco»; fungias enhiestas en forma de setas; anémonas, adheridas con su disco muscular y que semejaban un parterre de flores, abigarrado con porpitas que lucían su gargantilla de tentáculos azules; estrellas de mar que convertían la arena en una constelación; astrófitos verrucosos, finos encajes bordados por las manos de las náyades, cuyos festones se dejaban mecer por las suaves ondulaciones que nuestra marcha provocaba [2].

En otro orden de cosas, ciento cincuenta años después de que salieran de la imprenta las primeras páginas de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, muchos personajes citados por el autor de Nantes han caído en el olvido más absoluto. Sin embargo, constituyen toda una galería de héroes, de mayor o menor entidad, pero héroes del mundo verniano, a fin de cuentas, a los que rinde homenaje nuestro autor, unas veces con cierta sorna —como al obispo Pontoppidan y sus teorías teratológicas, o al fantasioso Plinio el Viejo—, otras veces con rendido fervor, como a los navegantes Lapérouse y Dumont d'Urville, al comandante y científico Matthew F. Maury, o a los escritores Victor Hugo y Jules Michelet, que le «cedieron» más de un motivo literario.

En cierto modo, Verne nos ofrece el rol de la tripulación libresca que sirve a sus órdenes, y nos sugiere senderos por los que perdernos, otros libros, otros derroteros que prometen historias tan extraordinarias como las de sus propias novelas. De esa manera, puede el lector asomarse a la vida de personajes tal vez poco relevantes para la historia oficial, pero que fueron aventureros empedernidos que atesoraban un sinfín de peripecias, como es el

caso del *lascar*, de los balleneros antárticos o de los marinos españoles del Pacífico.

Al descubrir la riqueza vital de esos personajes, cabe recordar las palabras de Dumont d'Urville

acerca de las dotaciones de la *Astrolabe* y la *Zélée*, recogidas en su *Viaje al Polo Sur*:

Al incluir la entera nómina de cuantas personas compusieron las dotaciones de ambas corbetas, sigo el ejemplo de Lapérouse y d'Entrecasteaux.

Hay quienes no han consignado más que a los oficiales de Estado Mayor. Pero ¿no es de justicia asentar, para recuerdo de futuras generaciones, los nombres de esos aguerridos marineros que han compartido los peligros, las fatigas y las privaciones inseparables de tamañas empresas? Sin el concurso de esos hombres pacientes y abnegados, el comandante vería desvanecerse sus esfuerzos, por muy noble que fuera su audacia y por muy consumada que fuera su experiencia [3].

Hasta donde alcanzan nuestros conocimientos, creemos que nuestro trabajo sobre esta novela, que dio comienzo en nuestra edición de 1995 (ed. Anaya, colección «Tus Libros»), profundamente revisada ahora con motivo de su publicación en «Letras populares» de Cátedra, sigue siendo pionero en español.

Nuestra investigación, que había comenzado con motivo de aquella edición de finales del siglo pasado, se ha visto enormemente beneficiada también por los frutos de la paciente labor de años llevada a cabo por muchos especialistas en la obra de Verne, entre los que debemos citar con especial admiración a Volker Dehs y a William Butcher, a los que agradecemos que hayan atendido amablemente nuestras consultas, y cuyas ediciones y otros estudios —puntualmente reseñados en la bibliografía— son sendos referentes en alemán y en inglés, respectivamente, y extremadamente útiles para el traductor. Nuestra deuda con ellos y con los demás estudiosos queda reconocida en las notas cada vez que hemos contrastado alguno de los datos que aportan.

Confiamos en que nuestra edición resuelva también algunas dudas pendientes y aporte algún hallazgo más que interese tanto a los lectores como a la comunidad *verniana*. En particular, nos

sentimos felices de exponer por fin con cierto detalle en un apéndice quién creemos que era el marino español al que Verne llama «el capitán Crespo», en torno a cuya «isla» giran varios capítulos esenciales de la extraordinaria novela que es *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

Asimismo, nos ha parecido interesante incluir también como apéndice en la presente edición el prefacio firmado por Verne y que el editor Hetzel insertó en el *Magazine et de récréation d'éducation*

, que no se suele traducir.

Por último, el traductor desea expresar su agradecimiento a Emilio Pascual, por su continuo estímulo y complicidad verniana, y a Josune García López por confiar en su trabajo. Y, cómo no, a su familia y a sus amigos y compañeros de oficio por su apoyo. Han sido muchas leguas, pero no hemos navegado en solitario. Esperamos que los lectores disfruten de la travesía.

Bibliografía

MANUSCRITOS DE LA OBRA Y BIBLIOGRAFÍA SOBRE LOS MANUSCRITOS

VERNE, Jules: *Vingt mille lieues sous les Océans / Vingt mille lieues sous les mers*, sitio Gallica [<<https://gallica.bnf.fr>>], París, Bibliothèque nationale de France.

BUTCHER, William (2015): *Jules Verne inédit: les manuscrits déchiffrés*, Lyon, ENS Éditions / Institut d'histoire du livre.

DEHS, Volker (1994): «Les manuscrits des *Voyages extraordinaires*. Répertoire des noms disparus», París, *BSJV*, *SJV*, n.º 109, pp. 20-35.

DESTOMBES, Marcel (1975): «Le manuscrit de *Vingt mille lieues sous les mers* de la Société de géographie», *BSJV*, *SJV*, París, n.º 35-36, pp. 59-70.

EDICIONES ORIGINALES DE «VEINTE MIL LEGUAS DE VIAJE SUBMARINO»

VERNE, Jules (1869-1870): *Vingt mille lieues sous les mers*, en *Magasin et de récréation d'éducation*

, París, Hetzel [por entregas; v. cuadro de la p. 54].

— (1869-1870): *Vingt mille lieues sous les mers*, 2 vol., París, Hetzel.

— (1871): *Vingt mille lieues sous les mers*, ed. ilustrada, París, Hetzel.

EDICIONES MODERNAS

- VERNE, Jules (1977): *Vingt mille lieues sous les mers*, cronología, introducción y archivos de la obra por Simone VIERNE, París, Garnier-Flammarion.
- (1990): *Vingt mille lieues sous les mers*, prefacio de Christian CHELEBOURG, París, Librairie Générale Française.
- (2005): *Vingt mille lieues sous les mers*, edición a cargo de Jacques NOIRAY, París, Gallimard.
- (2010): *Vingt mille lieues sous les mers*, prefacio y dossier de Jean DELABROY; dossier de Claude AZIZA, París, Pocket.
- (2012): *Voyages extraordinaires: Les Enfants du capitaine Grant, Vingt mille lieues sous les mers*, bajo la dirección de Jean-Luc STEINMETZ, con la colaboración de Jacques-Remi DAHAN y Henri SCEPI, París, La Pléiade, Gallimard.

ALGUNAS TRADUCCIONES DE LA OBRA CONSULTADAS

Español

- VERNE, Jules (1869?): *Veinte mil leguas de viaje submarino*, traducción de Vicente GUIMERÁ, Madrid, Tomás Rey.

- (1941): *Veinte mil leguas de viaje submarino*, traducción de Manuel VALLVÉ, Barcelona, Molino.
- (1954): *Veinte mil leguas de viaje submarino*, traducción de Miguel BARTUAL, Barcelona, Ramón Sopena.
- (1987): *Veinte mil leguas de viaje submarino*, traducción de Miguel SALABERT, Madrid, Alianza Editorial.
- (2012): *Veinte mil leguas de viaje submarino*, traducción de Íñigo JÁUREGUI, Madrid, Nørdica Libros.
- (2017): *Veinte mil leguas de viaje submarino*, traducción de Antoni PASCUAL, Barcelona, Penguin Clásicos.

Catalán

- VERNE, Jules (1992): *Vint mil llegües de viatge submarí*, traducción de Jaume CREUS, Barcelona, La Magrana.

Gallego

- VERNE, Jules (2003): *Vinte mil leguas baixo dos mares*, traducción de Mercedes PACHECO VÁZQUEZ y Llerena PEROZO PORTEIRO, Vigo, Ir Indo.

Alemán

VERNE, Jules (1976): *Meilen unter den Meeren*

20 000

, traducción y comentario de Peter

COSTELLO,

Zúrich, Diogenes Verlag.

— (2009): *20 000 Meilen unter den Meeren*, traducción, notas, apéndices y comentario de Volker

DEHS,

Múnich, Deutscher Taschenbuch Verlag (DTV).

Inglés

VERNE, Jules (1991): *Twenty Thousand Leagues under the Seas*, traducción, notas y comentario de Emanuel J.

MICKEL,

Bloomington/Indianápolis, Indiana University Press.

— (1993): *Twenty Thousand Leagues under the Seas*, traducción, notas y comentario de Walter James

MILLER

y Frederick Paul

WALTER,

Annápolis, Naval Institute Press.

— (1993): *Twenty Thousand Leagues under the Seas*, s.n.t., Ware, Wordsworth Classics.

— (1998): *Twenty Thousand Leagues under the Seas*, traducción, notas y comentario de William

BUTCHER,

Oxford, Oxford University Press.

Italiano

VERNE, Jules (1990): *Ventimila leghe sotto i mari*, s.n.t., La Spezia, Fratelli Melita editori.

OTRAS OBRAS DE JULES VERNE

VERNE, Jules (2000): «Souvenirs d'enfance et de jeunesse» en *Contes et nouvelles de Jules Verne*, Rennes, Ouest-France.

Correspondencia

DUMAS, Olivier, Piero GONDOLO DELLA RIVA y Volker DEHS (eds.) (1999-2002): *Correspondence inédite de Jules Verne et de Pierre-Jules Hetzel (1863-1886)*, 3 vol. [1863-1874; 1875-1878; 1879-1886], Ginebra, Slatkine.

PRINCIPALES FUENTES DE JULES VERNE PARA LA REDACCIÓN DE LA NOVELA

FIGUIER, Louis (1866): *La terre et les mers, ou Description physique du globe*, 3.^a ed., París, Hachette.

FIGUIER, Louis (1866): *La vie et les mœurs des animaux. Zoophytes et mollusques*, París, Hachette.

FRANKLIN, Jonathan (1860): *La vie des animaux. Histoire naturelle biographique et anecdotique des animaux: Poissons, mollusques*, París, Hachette.

FRÉDOL, Alfred (pseudónimo de Alfred MOQUIN-TANDON) (1865): *Le monde de la mer*, París, Hachette.

LACÉPÈDE, Bernard de (1833-1834): *Œuvres du comte de Lacépède, comprenant naturelle des quadrupèdes ovipares, des serpents, des poissons et des cétacés, avec la synonymie des auteurs modernes les plus célèbres: Poissons*

l'histoire

, 5 vol., Bruselas, Th. Lejeune.

MANGIN, Arthur (1864): *Les mystères de l'océan*

, Tours, A. Mame et fils.

MAURY, Matthew Fontaine (1855): *The Physical Geography of the Sea*, Harper and Brothers, Nueva York. [Trad. francesa (1861): *Géographie physique de la mer*, trad. de P.-A. Terquem, París, Corréard].

MICHELET, Jules (1861): *La mer*, París, Hachette.

MILNE-EDWARDS, Henri
(1834-1840):

Histoire naturelle des crustacés, 4 vol., París, Roret.

RENARD, Léon (1868): *Le fond de la mer*, París, Hetzel.

SONREL, Léon (1868): *Le fond de la mer*, París, Hachette.

ZURCHER, Frédéric y Élie Philippe
MARGOLLÉ

(1868): *Le monde sous-marin*, París, Hetzel.

OTRA BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

BARTHES, Roland (1957): *Mythologies*, París, Seuil.

BUTCHER, William (2006): *Jules Verne: The Definitive Biography*, Nueva York, Thunder's Mouth Press.

CHESNEAUX, Jean (1971): *Une lecture politique de Jules Verne*, París, Maspero.

COMPÈRE, Daniel (1971): «Conseil», París, *BSJV*, *SJV*, n.º 19, pp. 67-68.

COMPÈRE, Daniel y MARGOT, Jean-Michel (eds.) (1998): *Entretiens avec Jules Verne*

(1873-1905)

, Ginebra, Slatkine.

DEKISS, Jean-Paul (1991): *Jules Verne. Le rêve du progrès*, París, Gallimard.

DESTOMBES, Marcel (1975): «Le manuscrit de *Vingt mille lieues sous les mers* de la Société de Géographie de Paris», París, *BSJV*, SJV, n.º 35/36, pp. 59-70.

DUBY, Georges (1972): *Histoire de la France de nos jours 1852 à*
, París, Larousse.

DUMAS, Olivier (1988): *Jules Verne*, Lyon, La Manufacture.

GRIMAL, Pierre (1984): *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona, Paidós. [Traducción de Francisco Payarols; revisión de Pedro Pericay].

LEJEUNE, Dominique (1993): *Les sociétés de géographie en France et coloniale au*
l'expansion
XIXe siècle, París, Albin Michel.

LEMIRE, Charles (1908): *Jules Verne*, París, Berger-Levrault.

MARTIN, Andrew (1990): *The Mask of the Prophet*, Oxford, Clarendon Press.

MARTIN, Charles-Noël (1978): *La vie et de Jules Verne*
l'œuvre
, París, Michel de
l'Ormeraie.

MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo (2014): *La Tierra de Jules Verne*, Madrid, Fórcola.

PROUTEAU, Gilbert (1979): *Le grand roman de Jules Verne: sa vie*, París, Stock.

SALABERT, Miguel (2005): *Julio Verne, ese desconocido*, Madrid, Alianza Editorial.

- SAVATER, Fernando (1986): *La infancia recuperada*, Madrid, Taurus.
- SERRES, Michel (1974): *Jouvences sur Jules Verne*, París, Minuit.
- SORIANO, Marc (1975): *Guide de la littérature pour la jeunesse*, París, Flammarion.
- UNIVERSITÉ DE PICARDIE (1988): *Modernités de Jules Verne*, París, PUF.
- VIERNE, Simone (1989): *Jules Verne, mythe et modernité*, París, PUF.
- VALETOUX, Philippe (2005): *Jules Verne en mer et contre tous*, París, Magellan & Cie.
- VV. AA. (1992): *Historia. Extraordinaire «Jules Verne»*, n.º 552, París.
- VV. AA. (2013): *Jot Down. Contemporary Culture Mag*, n.º 3, Barcelona.
- VV. AA. (2016): *Jules Verne. El futuro sobrepasado*, Madrid, Graphicclassic.
- VV. AA. (2017): *Jules Verne. Tierra, aire y fuego*, Madrid, Graphicclassic.

Algunas unidades de medida utilizadas en la novela

BRAZA: unidad de longitud equivalente a

1,67 m;

como unidad de medida de profundidad,

1,83 m.

CABLE: en náutica, antigua medida de longitud que equivalía a la décima parte de una milla náutica aproximadamente, es decir, unos

185 m.

LEGUA MARÍTIMA: cada legua marítima equivale a tres millas náuticas, es decir,

5556 m.

A menudo, J. Verne utiliza la legua terrestre en vez de la marítima.

LEGUA TERRESTRE: la legua terrestre equivalía a unos

4 km,

con ligeras variaciones según las regiones.

LIBRA: según el lugar, esta antigua unidad de peso iba de los

380 g

a los

552 g.

MILLA NÁUTICA: la milla marina o náutica equivale a

1852 m.

MILLA TERRESTRE: la milla terrestre equivale a

1609 m.

NUDO: el nudo equivale a una milla náutica de velocidad por hora.
En lugar de expresarla con el habitual término «nudos», Verne suele indicar la velocidad de las embarcaciones en «millas por hora».

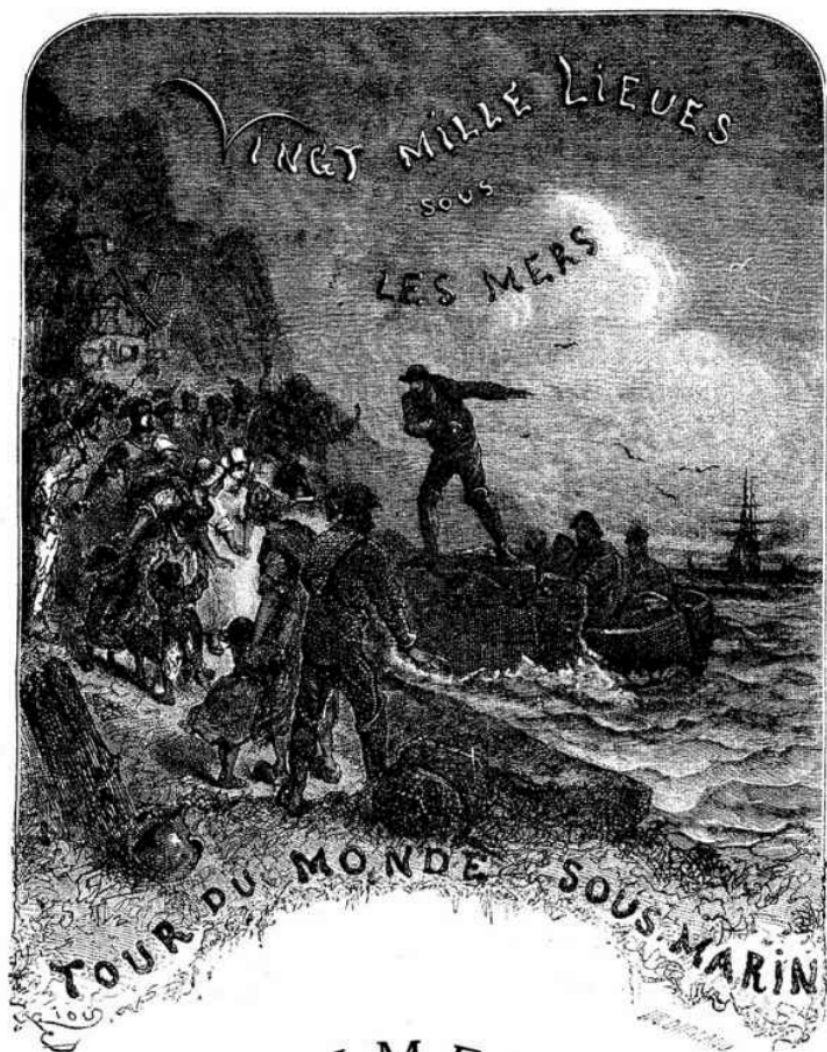
PIE: el pie francés equivalía a
32,48 cm;
el pie inglés equivale a
30,48 cm.

TOESA: antigua medida francesa de longitud que equivale a unos seis pies, es decir:
1,94 m.

Veinte mil leguas de viaje submarino



Primera parte



PRIMERA
— PARTE —

I

Un escollo huidizo

El año de 1866 quedó marcado por un extraño acontecimiento, un fenómeno enigmático e inexplicable que, sin duda, nadie ha olvidado. Dejando aparte los rumores que desasosegaban a las poblaciones de los puertos y exaltaban los ánimos de la opinión pública en el interior de los continentes, entre la gente de mar cundía una inquietud especial [1]. La preocupación llegó a su punto culminante e hizo mella en los hombres de negocios, armadores, capitanes de navío, *skippers* y *masters* de Europa y de América [2], en los oficiales de las marinas de guerra de todos los países y, por último, en los Gobiernos de los diferentes Estados de ambos continentes.

En efecto, desde hacía cierto tiempo, varios navíos se habían topado en alta mar con «una cosa enorme», un objeto alargado, fusiforme, fosforescente a veces, infinitamente más grande y más veloz que una ballena.

Los datos relativos a esta aparición, asentados en los diversos diarios de navegación, concordaban con bastante exactitud acerca de la estructura del objeto o ser en cuestión: la velocidad inaudita [3] de sus movimientos, la sorprendente potencia de su propulsión, la particular vida de que parecía animado. Si era un cetáceo, sobrepasaba en volumen a todos los que la ciencia había clasificado hasta entonces. Ni Cuvier, ni Lacépède, ni los señores Duméril o de Quatrefages [4] habrían admitido la existencia de semejante monstruo a menos que lo hubiesen visto, lo que se dice «visto», con sus propios ojos de sabios.

Tras calcular la media de las observaciones efectuadas en varias ocasiones —una vez desechadas las tímidas apreciaciones que conferían a ese objeto una longitud de doscientos pies, y haciendo caso omiso de las opiniones exageradas que establecían en una

milla su anchura y en tres su longitud—, se podía afirmar que aquel ser colosal superaba ampliamente todas las dimensiones admitidas hasta entonces por los ictiólogos, si es que existía.

Pero sí que existía; era un hecho innegable, y dada la propensión por la que el cerebro humano tiende hacia lo maravilloso, se podrá comprender la emoción suscitada en el mundo entero por esa aparición sobrenatural. En cuanto a relegarla a la categoría de las fábulas, más valía renunciar.

El 20 de julio de 1866, el vapor *Governor Higginson*, de la Calcutta and Burmah Steam Navigation Company [5], se había encontrado con esa masa móvil a cinco millas al este de las costas de Australia. Al principio, el capitán Baker creyó hallarse ante un escollo desconocido; incluso se aprestaba a marcar su situación exacta cuando dos chorros de agua proyectados por el misterioso objeto salieron disparados al aire, en medio de un silbido, hasta una altura de ciento cincuenta pies. Así pues, a no ser que el escollo estuviese sometido a las expansiones intermitentes de un géiser, el *Governor Higginson* se enfrentaba a todas luces con algún mamífero acuático desconocido hasta entonces, que lanzaba por sus respiraderos chorros de agua, mezclados con aire y vapor.

Igualmente, el 23 de julio del mismo año, en los mares del Pacífico, el *Cristóbal Colón*, de la West India and Pacific Steam Navigation Company observó un hecho similar. En consecuencia, ese extraordinario cetáceo podía desplazarse de un lugar a otro a una velocidad asombrosa, ya que, mediando tres días, el *Governor Higginson* y el *Cristóbal Colón* lo habían observado en dos puntos del globo distantes entre sí más de setecientas leguas marítimas.

Quince días más tarde, a dos mil leguas de aquel lugar, el *Helvetia*, de la Compagnie Nationale, y el *Shannon* de la Royal Mail, que navegaban de vuelta encontrada por la parte del Atlántico comprendida entre los Estados Unidos y Europa, señalaron respectivamente la presencia del monstruo a

42° 15'

de latitud norte y

60° 35'

de longitud oeste del meridiano de Greenwich. En esa observación simultánea, se creyó poder evaluar la longitud mínima del

mamífero en más de trescientos cincuenta pies ingleses [6] *, puesto que las dimensiones del *Shannon* y del *Helvetia* eran inferiores a aquel, si bien ambos medían cien metros de la roda al codaste. Sin embargo, las ballenas más gigantescas, la Kullammak y la Umgullick, que frecuentan las aguas de las islas Aleutianas [7], nunca han excedido de cincuenta y seis metros de longitud, si es que alguna vez los han alcanzado.

Estas noticias, que se sucedían sin tregua, unidas a las nuevas observaciones efectuadas a bordo del transatlántico *Le Pereire*, más un abordaje entre el *Etna*, de la línea Inman [8], y el monstruo, junto con un acta redactada por los oficiales de la fragata francesa *La Normandie* y una excelente observación realizada por el Estado Mayor del comodoro Fitz-James a bordo del *Lord Clyde* provocaron una honda conmoción en la opinión pública. En los países de humor ligero, se hicieron chanzas sobre el asunto, pero en los países serios y prácticos, como Inglaterra, los Estados Unidos y Alemania, causó una viva preocupación.

Por doquier, en las grandes ciudades, el monstruo se puso de moda: se le dedicaban canciones en los cafés, en la prensa se lo escarnecía y se lo representaba en los teatros. Los plumíferos tuvieron así ocasión de pintarlo de todos los colores en sus gacetillas. A falta de noticias, desfilaron por los periódicos todos los seres imaginarios y gigantescos, desde la ballena blanca, la terrible Moby Dick de las regiones hiperbóreas, hasta el desmesurado Kraken [9], cuyos tentáculos pueden abarcar un navío de quinientas toneladas y arrastrarlo a los abismos del océano. Se llegó incluso a reproducir los escritos de la Antigüedad, las opiniones de Aristóteles y Plinio [10], que admitían la existencia de monstruos semejantes, los relatos noruegos del obispo Pontoppidan [11], las narraciones de Poul Egede [12] y, finalmente, los informes del Sr. Harrington, cuya buena fe no puede ponerse en entredicho cuando afirmaba que en 1857, estando a bordo del *Castilian* [13] había visto esa enorme serpiente que hasta entonces solo había frecuentado los mares que surcaba el viejo *Le Constitutionnel* [14].

Entonces estalló la interminable polémica entre crédulos e incrédulos en las sociedades de eruditos y en las revistas científicas. El «asunto del monstruo» enardeció los espíritus. Los periodistas

fieles al rigor científico, en lucha contra los entregados a la imaginación, derramaron ríos de tinta durante esta memorable campaña, e incluso algunos, dos o tres gotas de sangre, pues de la serpiente marina pasaron a las más injuriosas alusiones personales.

Durante seis meses, la guerra prosiguió con varia suerte. La prensa popular replicaba con una locuacidad inagotable a los artículos de fondo del Instituto Geográfico de Brasil, de la Real Academia de Ciencias de Berlín, de la Asociación Británica o del Instituto Smithsonian de Washington; a los debates de *The Indian Archipelago*, del *Cosmos* del abad Moigno, de los *Mittheilungen* de Petermann [15]; y a las crónicas científicas de los grandes periódicos de Francia y del extranjero. Sus imaginativos articulistas, parodiando la frase de Linneo, citada por los adversarios del monstruo, sostuvieron que «la naturaleza no actúa a tontas y a locas» [16] y emplazaron a sus contemporáneos a no llevar la contraria a la naturaleza y no admitir la existencia de los Krakens, de las serpientes marinas, de los «Moby Dick» y otras fantasmagorías de marinos delirantes. Para postre y colofón, en un artículo de un temido periódico satírico [17], el más apreciado de todos sus redactores se acercó hasta el monstruo, como Hipólito [18], le asestó un último golpe y lo remató en medio de una carcajada universal. La imaginación había vencido a la ciencia.

Durante los primeros meses de 1867, el asunto pareció haber quedado zanjado, y no había indicios de que fuese a resurgir cuando la opinión pública tuvo conocimiento de otros nuevos hechos. Ya no se trataba de un problema científico pendiente de solución, sino de un peligro real, grave, que había que evitar. La cuestión tomó un cariz totalmente diferente. El monstruo volvió a convertirse en islote, roca, escollo, mas un escollo huidizo, indeterminable, inasequible.

El 5 de marzo de 1867, el *Moravian*, de la Montreal Ocean Company, que se encontraba por la noche a

27° 30'

de latitud y

72° 15'

de longitud [19], chocó con su aleta de estribor contra una roca que no indicaba ninguna carta náutica en aquellas señas. Con la

potencia combinada del viento y de sus cuatrocientos caballos de vapor, navegaba a una velocidad de trece nudos. No cabe duda de que si no hubiera sido por la excelente calidad de su casco, el *Moravian*, hendido por el choque, se habría ido a pique con los doscientos treinta y siete pasajeros que viajaban a bordo procedentes de Canadá.

El accidente había acaecido hacia las cinco de la madrugada, cuando comenzaba a despuntar el día. Los oficiales de guardia acudieron raudos a popa. Escudriñaron el océano con la más escrupulosa atención, pero solo vieron un fuerte remolino que dejaba una estela a tres cables de distancia, como si las capas líquidas hubieran sido violentamente golpeadas. Marcaron exactamente la situación del lugar, y el *Moravian* continuó su singladura sin averías aparentes. ¿Había embestido una roca submarina o algún enorme pecio? No pudieron averiguarlo, pero, una vez examinada la obra viva del buque en el dique de carena, se pudo apreciar que una parte de la quilla había quedado destrozada.

Este hecho, gravísimo de por sí, habría caído quizás en el olvido, como tantos otros, de no ser porque tres semanas más tarde se reprodujo en idénticas condiciones. Pero en esa ocasión, a causa de la nacionalidad del buque víctima de este nuevo abordaje y de la reputación de la compañía a que pertenecía, el acontecimiento alcanzó una inmensa resonancia.

Todo el mundo ha oído hablar del célebre armador inglés Cunard [20]. Este inteligente industrial fundó en 1840 un servicio postal entre Liverpool y Halifax, con tres buques de madera y ruedas de álabes, de cuatrocientos caballos de potencia y un arqueo de mil ciento sesenta y dos toneladas. Ocho años más tarde, la flota de la compañía había aumentado en cuatro buques más, de seiscientos cincuenta caballos y mil ochocientas veinte toneladas, y dos años después la había completado con otros dos buques superiores en potencia y tonelaje. En 1853, la Compañía Cunard, cuya concesión para el transporte de correo acababa de ser renovada, se amplió sucesivamente con el *Arabia*, el *Persia*, el *China*, el *Scotia*, el *Java* y el *Rusia*, navíos todos de muy buen andar y, después del *Great Eastern* [21], los más grandes en haber surcado los mares hasta entonces. Así pues, en 1867, la Compañía poseía doce buques, ocho de ellos de ruedas y el resto de hélice.

Si expongo sucintamente estos detalles, es para dejar de manifiesto la importancia de esta compañía de transportes marítimos, famosa en el mundo entero por su inteligente gestión. Ninguna empresa de navegación transoceánica ha sido dirigida con tanta habilidad; ningún otro negocio se ha visto coronado con más éxitos. En esos veintiséis años de existencia, los buques Cunard han efectuado dos mil veces la travesía del Atlántico y jamás han dejado de realizar un solo viaje, nunca se ha registrado un retraso, ni han perdido una sola carta, ni un hombre, ni un buque. A pesar de la fuerte competencia que plantea Francia, los pasajeros siguen prefiriendo la línea Cunard a cualquier otra, como ha quedado patente tras un análisis de los documentos oficiales de los últimos años. Después de todo lo expuesto, nadie se extrañará del revuelo que suscitó el accidente sufrido por uno de sus más bellos vapores.

El 13 de abril de 1867, con buena mar y brisa manejable, el *Scotia* se encontraba a

15° 12'

de longitud y

45° 37'

de latitud [22]. Navegaba a una velocidad de trece nudos con cuarenta y tres centésimas propulsado por sus mil caballos de vapor. Sus ruedas percutían el mar con perfecta regularidad. Su calado era entonces de seis metros setenta centímetros y su desplazamiento de seis mil seiscientos veinticuatro metros cúbicos.

A las cuatro y diecisiete de la tarde, durante el refrigerio ofrecido a los pasajeros reunidos en el gran salón, se dejó sentir en el casco del *Scotia* un leve choque, realmente poco perceptible, a la altura de la aleta y un poco por detrás de la rueda de babor.

El *Scotia* no había colisionado, había recibido el impacto procedente de un instrumento más bien cortante o punzante que contundente. El abordaje había parecido tan leve que nadie se habría preocupado a bordo si los pañoleros [23] no hubieran subido a cubierta gritando:

—¡Nos hundimos! ¡Nos hundimos!

En un primer momento, los pasajeros se horrorizaron, pero el capitán Anderson [24] se apresuró a tranquilizarlos. El peligro no podía ser inminente puesto que el *Scotia*, dividido en siete

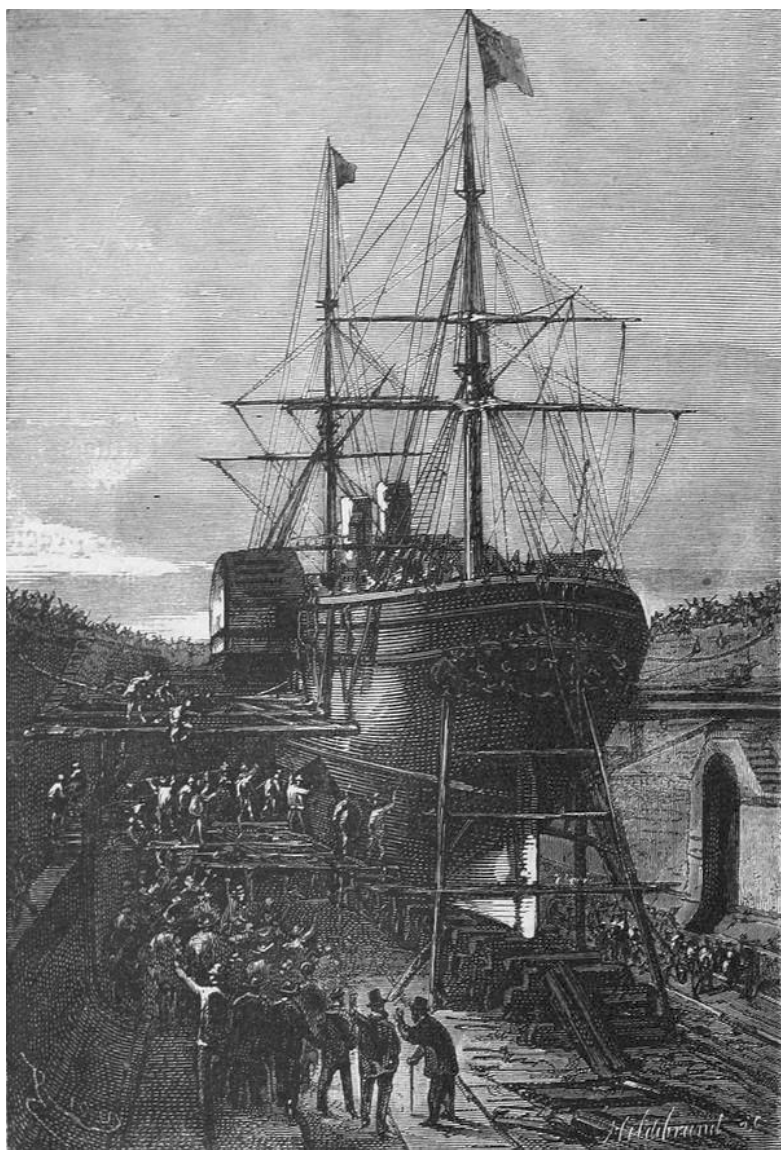
compartimientos por mamparos estancos, debía arrostrar sin peligro una vía de agua.

El capitán Anderson bajó inmediatamente a la bodega y se percató de que el agua había invadido el quinto compartimiento; la celeridad con que se había producido el hecho demostraba que la vía era considerable. Por fortuna, ese compartimiento no albergaba las calderas, ya que, de lo contrario, el fuego se habría apagado súbitamente.

El capitán Anderson ordenó parar de inmediato las máquinas, y uno de los marineros se sumergió para reconocer la avería. Instantes después, comprobaba que la obra viva del vapor tenía un boquete de dos metros de anchura. Al no poder cegar tamaña vía de agua, el *Scotia* hubo de proseguir su travesía con las ruedas semisumergidas. Se hallaba entonces a trescientas millas del cabo Clear, y luego de tres días de un retraso que tenía en vilo a Liverpool, enfiló la dársena de la compañía.

Los ingenieros inspeccionaron el *Scotia*, que fue trasladado al dique seco. No podían dar crédito a lo que veían sus ojos. A dos metros y medio de la línea de flotación se abría una brecha regular, en forma de triángulo isósceles. La rotura del palastro era de una limpieza perfecta, y ninguna barrena la habría ejecutado con más precisión. Por lo tanto, el instrumento perforante que la había producido tenía que ser de un temple extraordinario y, tras haber sido lanzado con una fuerza prodigiosa para horadar así una plancha de cuatro centímetros, había tenido que retirarse por sí solo con un movimiento retrógrado verdaderamente inexplicable.





Los ingenieros inspeccionaron el *Scotia*

Este fue el último suceso, que dio como resultado que la opinión pública volviera a enardecerse. Por tanto, desde aquel momento, los siniestros marítimos que no tenían una causa determinada se cargaron en el debe del monstruo. Al fantástico animal se lo hizo responsable de todos los naufragios, que alcanzan un número

desgraciadamente considerable: de los tres mil buques cuya pérdida se comunica anualmente al Bureau Veritas [25] , la cifra de vapores o veleros que, por falta de noticias, se suponen pérdidas totales no es inferior a doscientos.

Así pues, se acusó al «monstruo», con razón o sin ella, de la desaparición de los barcos, y achacándole que las comunicaciones entre los diversos continentes eran cada vez más peligrosas, la opinión pública se pronunció y exigió tajantemente que se librasen los mares, de una vez por todas y costara lo que costara, de aquel terrible cetáceo.

II

Los pros y los contras

En la época en que se produjeron estos acontecimientos, yo acababa de regresar de un viaje de exploración científica acometido en las *malas tierras* de Nebraska [26], en los Estados Unidos. El Gobierno francés me había enviado a esta expedición en mi calidad de profesor adjunto del Museo de Historia Natural de París [27]. Tras haber pasado seis meses en Nebraska, llegué a Nueva York a finales del mes de marzo cargado de valiosas colecciones. Mi regreso a Francia estaba previsto para primeros de mayo. Mientras tanto, empleaba el tiempo en clasificar mis tesoros mineralógicos, botánicos y zoológicos; entonces, ocurrió el accidente del *Scotia*.

Yo estaba perfectamente al corriente del asunto en boga. ¿Cómo no iba a estarlo? Había leído una y otra vez todos los periódicos americanos y europeos, pero no me aportaban nada que no supiera ya. El misterio me intrigaba. Me resultaba imposible llegar a una conclusión y vagaba de un extremo al otro. Era indudable que algo había; los incrédulos podían poner el dedo en la llaga del *Scotia* [28].

A mi llegada a Nueva York, la cuestión estaba candente. La hipótesis del islote flotante, del escollo inasequible, mantenida por algunas mentes poco competentes, había quedado absolutamente descartada. A no ser que ese escollo cobijase en su vientre una máquina [29], ¿cómo podía desplazarse a tan prodigiosa velocidad?

Igualmente, la hipótesis de un casco de barco a la deriva, de un pecio enorme, fue también rechazada debido a la velocidad de su desplazamiento.

Por lo tanto, el problema tenía dos posibles soluciones, que daban origen a dos bandos muy diferenciados: los que se inclinaban a favor de un monstruo de fuerza colosal, por un lado, y los que

apostaban por un buque «submarino» dotado de una enorme potencia motriz, por otro.

Esta última hipótesis, admisible a fin de cuentas, no pudo resistir a las investigaciones que se efectuaron en el viejo y en el nuevo mundo. Que un simple particular dispusiera de semejante ingenio mecánico era poco probable. ¿Dónde y cuándo lo habría hecho construir y cómo habría podido mantener su construcción en secreto?

Solo un gobierno podía poseer una máquina destructora de ese tipo, y en estos tiempos de desastre en que el hombre se las ingenia para aumentar la potencia de las armas de guerra, cabía la posibilidad de que un estado experimentara a espaldas de los demás ese temible artificio. Tras los *chassepots*, los torpedos; tras los torpedos, los arietes submarinos [30]; después, la reacción. Al menos, así lo espero.

Pero la hipótesis de una máquina de guerra también sucumbió ante la declaración de los gobiernos. Al estar en juego el interés público, ya que las comunicaciones transoceánicas se veían amenazadas, no se podía dudar de la sinceridad de los gobiernos. Por otra parte, ¿cómo admitir que la construcción de ese sumergible hubiese escapado a los ojos del público? En esas circunstancias, resulta muy difícil para un particular guardar secreto, y para un estado cuyos actos son objeto de obstinada vigilancia por parte de las potencias rivales, es ciertamente imposible.

Así pues, tras las investigaciones efectuadas en Inglaterra, Francia, Rusia, Prusia, España, Italia, América, e incluso en Turquía, la hipótesis de un *Monitor* [31] submarino fue definitivamente rechazada.

El monstruo volvió a aflorar a la superficie, a pesar de los incesantes chascarrillos con que la prensa popular se mofaba de él, y siguiendo esa senda, las imaginaciones se dejaron transportar inmediatamente hacia las fabulaciones más absurdas de una ictiología fantástica.

A mi llegada a Nueva York, varias personas me habían hecho el honor de consultarme sobre el fenómeno en cuestión. Yo había publicado en Francia una obra en cuarto, en dos volúmenes, titulada *Los misterios de los grandes fondos submarinos* [32]. Este libro, particularmente apreciado dentro del mundo científico, me

convertía en un especialista de esa parte bastante oscura de la historia natural. Se solicitó mi opinión, y mientras pude negar la realidad del hecho, persistí en una tajante negativa. Pero pronto, al verme acosado entre la espada y la pared, tuve que explicarme abiertamente. E incluso el *New York Herald* puso en jaque al «honorable Pierre Aronnax [33], profesor del Museo de París» para que expresara su parecer, fuese el que fuese.

Y así lo hice. Al no poder mantener el silencio, hablé. Discutí el asunto en todas sus facetas, política y científicamente, y aquí transcribo un extracto [34] de un artículo muy detallado que publiqué en el número del 30 de abril:

En consecuencia —escribía yo—, tras haber examinado una por una las diversas hipótesis y rechazado cualquier otra suposición, es preciso admitir la existencia de un animal marino de excepcional potencia.

Las grandes profundidades del océano nos son totalmente desconocidas. La sonda no ha podido alcanzarlas. ¿Qué sucede en esos remotos abismos? ¿Qué seres habitan y pueden habitar a doce o quince millas bajo la superficie de las aguas [35]? ¿De qué tipo es el organismo de esos animales? A duras penas podríamos aventurar cualquier conjetura.

Sin embargo, la solución del problema que se me ha planteado puede adoptar la forma de un dilema: o conocemos todas las variedades de seres que habitan nuestro planeta o no las conocemos.

Si no las conocemos todas, si la naturaleza atesora aún secretos en ictiología, no hay nada más aceptable que admitir la existencia de peces o cetáceos, de especies o incluso géneros nuevos con una organización esencialmente «abisal» [36], que habitan las capas inaccesibles a la sonda y que un hecho cualquiera, una fantasía, un capricho si se quiere, trae a largos intervalos al nivel superior del océano.

Si, por el contrario, conocemos todas las especies vivas, es menester buscar el animal en cuestión entre los seres marinos ya catalogados y, en ese caso, yo estaría dispuesto a admitir la existencia de un *narval gigante*.

El narval común o unicornio marino alcanza a menudo una longitud de sesenta pies [37]. Multipliquemos por cinco o incluso por diez esas dimensiones, concedamos a ese cetáceo una fuerza proporcional a su tamaño, aumentemos sus armas ofensivas y obtendremos el animal en cuestión. Tendrá las proporciones determinadas por los oficiales del *Shannon*, el instrumento requerido para perforar el *Scotia* y la

potencia necesaria para abrir una brecha en el casco de un vapor.

El narval está armado con una especie de espada de marfil, una alabarda, según la definen algunos naturalistas. Es un colmillo duro como el acero. Se han encontrado algunos de esos dientes clavados en los cuerpos de las ballenas a las que el narval ataca siempre con éxito. Otros han sido extraídos, con gran esfuerzo, de las carenas de buques que habían sido atravesados de parte a parte, al igual que una barrena perfora un tonel [38]. El museo de la Facultad de Medicina de París posee una de esas defensas, cuyas dimensiones son: dos metros con veinticinco centímetros de longitud y cuarenta y ocho centímetros de anchura en su base.

Pues bien, imaginemos un arma diez veces más fuerte y un animal diez veces más potente, lancémoslo a una velocidad de veinte millas por hora, multipliquemos su masa por su velocidad [39] y el resultado será un choque capaz de producir la catástrofe en cuestión.

Por lo tanto, y hasta disponer de informaciones más amplias, me inclinaría por un unicornio marino de dimensiones colosales, armado no ya con una alabarda sino con un verdadero espolón, como las fragatas acorazadas o los *rams* [40] de guerra, cuya masa y potencia motriz reuniría.

Esta sería la explicación a este inexplicable fenómeno, a no ser que, a pesar de todo lo que se ha entrevisto, visto, oído y percibido, no haya nada, lo que también es posible.

Esas últimas palabras eran una muestra de pusilanimidad por mi parte, pero yo quería preservar hasta cierto punto mi dignidad de profesor y no prestarme demasiado a la burla de los americanos, que, cuando ríen, ríen a placer. De esa manera, me reservaba una vía de escape aunque, en el fondo, admitía la existencia del «monstruo».

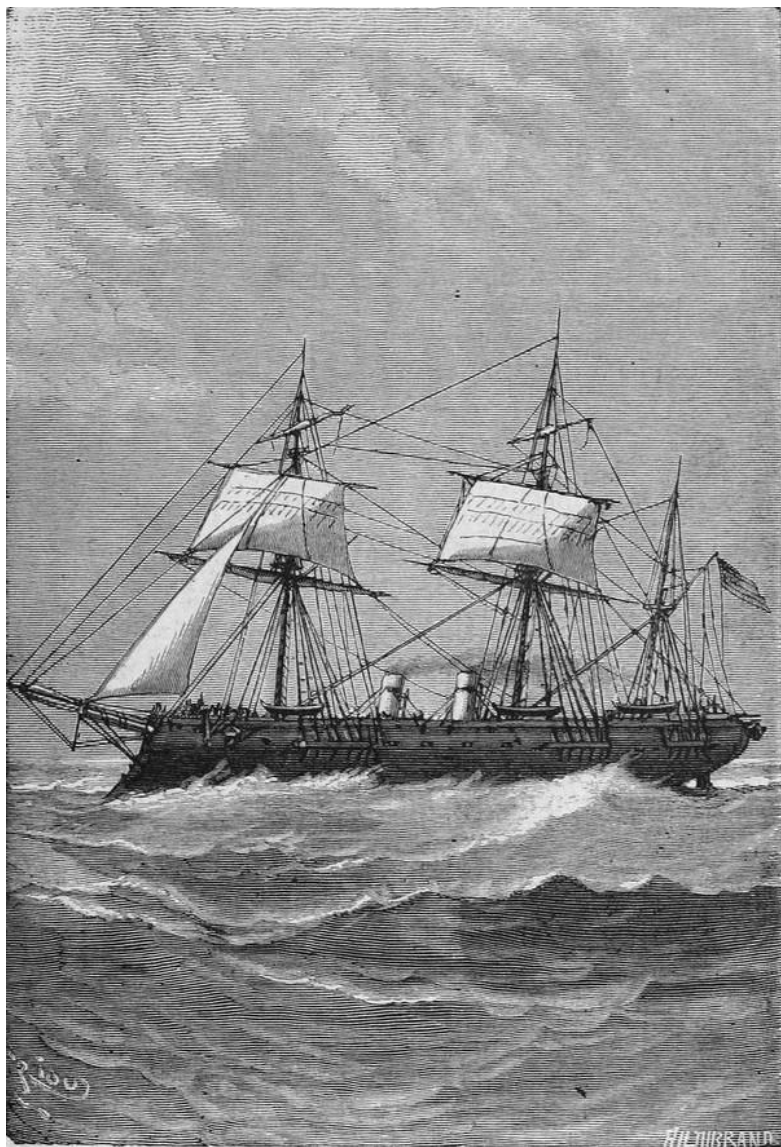
Mi artículo fue discutido con ardor, lo que le procuró un gran eco. También se granjeó a numerosos partidarios. La solución que proponía, por otra parte, dejaba campo libre a la imaginación. El espíritu humano se complace en esas concepciones grandiosas de seres sobrenaturales. Y el mar es precisamente su mejor vehículo, el único medio en que pueden aparecer y desarrollarse esos gigantes, ante los cuales los animales terrestres, elefantes o rinocerontes, no son sino enanos [41]. Las masas líquidas transportan las especies de mamíferos más grandes conocidas y quizá esconden moluscos de un tamaño incomparable, crustáceos cuya apariencia debe de ser

horrenda de contemplar, como langostas de cien metros o cangrejos de doscientas toneladas de peso. ¿Por qué no? En tiempos remotos, los animales terrestres, contemporáneos de las eras geológicas, los cuadrúpedos, los cuadrumanos, los reptiles, las aves, estaban contruidos sobre plantillas gigantescas. El Creador los había vertido en un molde colosal que el tiempo se ha encargado de ir reduciendo. ¿Qué razón impedía que el mar hubiese podido guarecer en sus ignotas profundidades a esos enormes representantes de la vida de otras épocas, dado que jamás se modifica, contrariamente al núcleo terrestre que está en perpetua mutación? ¿Por qué razón no podría ocultar en su seno las últimas variedades de esas titánicas especies cuyos años equivalen a siglos y sus siglos a milenios?

¡Pero me estoy dejando arrastrar por sueños que ya no debo alimentar! ¡Cesen esas quimeras que el tiempo ha convertido en terribles realidades para mí! Lo repito: el público se formó una opinión sobre la naturaleza del fenómeno y admitió sin reservas la existencia de un ser prodigioso que no tenía nada en común con las fabulosas serpientes marinas.

Pero si unos no vieron en ello más que un problema puramente científico que había que resolver, otros, de espíritu más positivo, sobre todo en América y en Inglaterra, eran del parecer de que había que eliminar del océano a ese terrible monstruo para garantizar las comunicaciones transoceánicas. Los periódicos especializados en asuntos industriales y comerciales abordaron la cuestión principalmente desde esta perspectiva. La *Shipping and Mercantile Gazette*, la *Lloyd*, *Le Paquebot*, la *Revue maritime et coloniale* [42] y todos los boletines fieles a los intereses de las compañías de seguros, que amenazaban con aumentar las tarifas de sus pólizas, fueron unánimes en ese punto.

Tras haberse manifestado la opinión pública, los Estados de la Unión fueron los primeros en pronunciarse. En Nueva York, se ultimaron los preparativos de una expedición destinada a dar caza al narval. La *Abraham Lincoln*, una fragata de muy buen andar [43], se dispuso a hacerse a la mar cuanto antes. Se le abrieron los arsenales al comandante Farragut [44], quien aceleró al máximo la operación de armar su fragata.



La fragata *Abraham Lincoln*

Y tal como siempre ocurre, desde el preciso momento en que se decidió salir en persecución del monstruo, este no volvió a aparecer. Durante dos meses, nadie oyó hablar de él. Ningún barco se lo encontró. Parecía que el narval estuviese al corriente de las celadas que se urdían contra él. ¡Se había hablado tanto del

monstruo, hasta por el cable transatlántico! Los bromistas pretendían que ese ser tan avisado había cazado al vuelo algún telegrama que utilizaba ahora en su provecho.

Nadie sabía ya adónde dirigir la fragata, armada para una campaña lejana y equipada con impresionantes aparejos de pesca. La impaciencia iba en aumento, cuando el 2 de julio se supo que un vapor [45] de la línea de San Francisco a Shanghái había vuelto a ver al animal, tres semanas antes, en los mares septentrionales del Pacífico.

La emoción que provocó esta noticia fue extraordinaria. No se concedieron ni veinticuatro horas de plazo al comandante Farragut. Sus víveres estaban ya a bordo. Sus carboneras rebosaban de mineral. No faltaba ni un solo hombre del rol de la tripulación. No había más que encender las calderas, alcanzar la presión necesaria y largar amarras. No se le habría perdonado ni medio día de retraso. Además, lo único que anhelaba el comandante Farragut era zarpar.

Tres horas antes de que la *Abraham Lincoln* partiera del pier [46] * de Brooklyn, recibí una carta redactada en los siguientes términos:

*Señor Aronnax, Profesor del Museo de París,
Fifth Avenue Hotel [47].
Nueva York.*

Muy señor mío:

Si desea Vd. unirse a la expedición de la fragata Abraham Lincoln, el Gobierno de la Unión verá con sumo gusto que represente Vd. a Francia en esta empresa. El comandante Farragut tiene un camarote a su disposición.

Muy cordialmente, lo saluda

J. B. HOBSON
Ministro de Marina

III

Como el señor guste

Tres segundos antes de recibir la carta de J.

B. Hobson,

la idea de perseguir al unicornio marino estaba tan apartada de mi pensamiento como la de intentar descubrir el paso del noroeste [48]. Tres segundos después de haber leído la carta del excelentísimo ministro de Marina, comprendí al fin que mi verdadero destino, el único objetivo de mi vida, era dar caza a ese inquietante monstruo y librar al mundo de su existencia.

Sin embargo, yo acababa de regresar de un viaje agotador, estaba cansado y ansioso por reposar. Mi única aspiración era volver a ver mi país, a mis amigos, mi pequeño alojamiento del Jardín Botánico [49], mis queridas y valiosas colecciones. Pero nada pudo detenerme. Lo olvidé todo, cansancio, amigos, colecciones, y acepté sin más reflexión la oferta del Gobierno americano.

«Además —pensé—, todos los caminos conducen a Europa, y el unicornio será tan amable como para llevarme a las costas de Francia. Ese buen animal se dejará capturar en los mares de Europa —para mi satisfacción personal— y pienso acudir al Museo de Historia Natural con no menos de medio metro de su alabarda de marfil».

Pero, mientras tanto, había que buscar al narval en el norte del océano Pacífico, lo que, para volver a Francia, suponía seguir la ruta de las antípodas.

—¡Conseil! —grité con voz impaciente.

Conseil era mi criado. Un muchacho entregado que me acompañaba en todos mis viajes; un buen flamenco al que yo estimaba y que me devolvía con creces ese cariño; una persona flemática por naturaleza, ordenada por principio, cuidadosa por

costumbre, que no se sobresaltaba por las sorpresas de la vida, muy habilidoso, capaz de cualquier servicio, y que, a pesar de su nombre, se abstenía de dar consejos, incluso cuando no se le pedían [50] .

Gracias al trato con los sabios de nuestro mundillo del Jardín Botánico, Conseil había llegado a aprender algunas cosas. En él tenía yo a un especialista, muy entendido en la clasificación dentro de la historia natural; Conseil recorría con agilidad de acróbata toda la escala de tipos, grupos, clases, subclases, órdenes, familias, géneros, subgéneros, especies y variedades [51] . Pero esa era toda su ciencia: clasificar era su vida, y hasta ahí llegaba su sabiduría. Muy ducho en la teoría de la clasificación, pero poco en la práctica, me temo que no habría distinguido a un cachalote de una ballena. Y, sin embargo, ¡qué valiente y buen muchacho!

Desde hacía diez años, Conseil me había seguido allá adonde la ciencia me había llevado. Nunca había oído brotar de sus labios una queja sobre la duración o sobre la fatiga de un viaje. Jamás había puesto reparo en hacer las maletas para salir hacia cualquier país, ya fuera China o el Congo, por muy alejado que estuviera. Viajaba de allá para acá y de acá para allá sin esperar nada más. A ello se unía una salud de hierro, a prueba de cualquier enfermedad, unos músculos sólidos, pero sin nervios, sin un asomo de nervios —en el sentido moral, se entiende.

Este muchacho tenía treinta años, y su edad era a la de su señor como quince es a veinte. Permítaseme decir así que yo tenía cuarenta años [52] .

Conseil tenía un único defecto. Formalista hasta la médula, siempre se dirigía a mí en tercera persona, hasta el extremo de resultar irritante.

—¡Conseil! —repetí, al tiempo que comenzaba a ritmo febril mis preparativos para partir.

Yo, por supuesto, estaba seguro de un muchacho tan sacrificado. Normalmente, nunca le preguntaba si estaba de acuerdo o no en seguirme en mis viajes; pero esta vez se trataba de una expedición que podría prolongarse indefinidamente, de una empresa arriesgada en busca de un animal capaz de hundir una fragata como si fuese un cascarón de nuez. Era un asunto que había que meditar, incluso tratándose del hombre más impasible del mundo. ¿Qué respondería

Conseil?

—¡Conseil! —llamé por tercera vez.

Conseil apareció.

—¿Llamaba el señor? —dijo al entrar.

—Sí, muchacho. Prepárate y prepara mis cosas. Zarpamos dentro de dos horas.

—Como el señor guste —respondió Conseil sin inmutarse.

—No hay ni un instante que perder. Mete en mi baúl todo lo necesario para el viaje, trajes, camisas, calcetines, sin pararte a contarlos, pero todos los que puedas. ¡Apresúrate!

—¿Y las colecciones del señor? —apuntó Conseil.

—Ya nos ocuparemos de eso más tarde.

—¡Cómo! ¿Los arqueoterios, hircoterios, oreodóntidos, queropótamos [53] y demás fósiles del señor?

—En el hotel se encargarán de ellos.

—¿Y el babirusa [54] vivo del señor?

—Lo alimentarán mientras estemos fuera. Además, daré orden de que envíen a Francia nuestra colección de animales.

—Entonces, ¿no regresamos a París? —preguntó Conseil.

—Sí..., por supuesto... —respondí evasivamente—, pero dando un rodeo.

—El rodeo que plazca al señor.

—¡Oh! Será poca cosa. Un camino ligeramente menos directo, eso es todo. Viajaremos a bordo de la *Abraham Lincoln*.

—Como acomode al señor —respondió Conseil imperturbable.

—¿Sabes, amigo mío? Se trata del monstruo..., del famoso narval... ¡Vamos a librar de él los mares! El autor de una obra en cuarto, en dos volúmenes, sobre *Los misterios de los grandes fondos submarinos* no puede menos de embarcarse con el comandante Farragut. ¡Misión gloriosa, aunque... también peligrosa! No sabemos adónde iremos. Esas bestias pueden ser muy caprichosas, pero, a pesar de ello, iremos. Tenemos un capitán al que no le tiemblan las manos...

—Como el señor haga, así haré yo —respondió Conseil.

—Pero ten presente, pues no quiero ocultarte nada, que este es uno de esos viajes de los que no siempre se regresa.

—Como disponga el señor.



«Como el señor guste»

Un cuarto de hora más tarde, nuestro equipaje estaba preparado. Conseil lo había hecho en un santiamén; yo estaba seguro de que no faltaba nada, pues el muchacho clasificaba las camisas y los trajes tan bien como las aves o los mamíferos.

El ascensor del hotel nos dejó en el gran vestíbulo del

entresuelo. Bajé los pocos escalones que conducían a la planta baja. Pagué la cuenta en ese gran mostrador, siempre asediado por un gentío considerable. Di instrucciones para que enviaran a París (Francia) [55] mis bultos con los animales disecados y los herbarios. Dejé suficiente crédito para la manutención del babirusa y, seguido por Conseil, salté a un coche.

El vehículo, a veinte francos la carrera, bajó por Broadway hasta Union Square, siguió por Fourth Avenue hasta el cruce con Bowery Street, tomó Katrin Street y se detuvo en el trigésimo cuarto muelle. A partir de allí, el transbordador *Katrin* nos trasladó, a hombres, caballos y coche, a Brooklyn, el gran anexo de Nueva York, situado en la orilla izquierda del East River, y en unos minutos llegamos al muelle junto al que la *Abraham Lincoln* vomitaba por sus dos chimeneas sendos torrentes de humo negro.

Nuestra impedimenta fue llevada inmediatamente a la cubierta de la fragata. Subí raudo a bordo. Pregunté por el comandante Farragut. Uno de los marineros me condujo a la toldilla, donde me encontré ante un oficial de buen porte que me tendió la mano.

—¿El señor Pierre Aronnax? —me preguntó.

—El mismo —respondí—. ¿El comandante Farragut?

—En persona. Bienvenido a bordo, profesor. Su camarote lo está aguardando.

Me despedí y, dejando al capitán al cuidado de la maniobra de desatraque, me hice acompañar al camarote que se me había asignado.

La *Abraham Lincoln* había sido perfectamente elegida y acondicionada para su nuevo destino. Era una fragata de muy buen andar, dotada de aparatos de sobrecalentamiento que permitían elevar a siete atmósferas la presión del vapor. Gracias a esa presión, la *Abraham Lincoln* alcanzaba una velocidad media de dieciocho millas con tres décimas por hora, velocidad considerable, aunque insuficiente para luchar contra el gigantesco cetáceo.

El acondicionamiento interior de la fragata respondía a sus cualidades náuticas. Quedé muy satisfecho de mi camarote, situado a popa y contiguo a la cámara de los oficiales.

—Estaremos bien aquí —dije a Conseil.

—Tan bien, si el señor permite la comparación, como un cangrejo ermitaño en la concha de una bocina [56].

Dejé a Conseil arrumar debidamente los baúles y regresé al puente para seguir la maniobra de levar anclas.

En esos momentos, el comandante Farragut ordenaba largar las últimas amarras que retenían a la *Abraham Lincoln* al muelle de Brooklyn. Así pues, un cuarto de hora de retraso, menos incluso, y la fragata habría zarpado sin mí. Yo me habría perdido esta expedición extraordinaria, sobrenatural, inverosímil, cuya narración verídica, pese a todo, es probable que sea acogida con incredulidad por algunos [57].

Pero el comandante Farragut no quería perder ni un día ni una hora para alcanzar los mares en que se acababa de detectar al animal. Llamó a su oficial jefe de máquinas.

—¿Tenemos presión suficiente? —le preguntó.

—Sí, señor —respondió el jefe de máquinas.

—*Go ahead!* [58] —gritó el comandante Farragut.

Al oír esta orden, que fue transmitida a la sala de máquinas a través de aparatos de aire comprimido, los maquinistas accionaron la rueda de puesta en marcha. El vapor silbó precipitándose por los distribuidores entreabiertos. Los largos pistones horizontales exhalaban un gemido y empujaron las bielas del árbol. Las palas de la hélice batieron las olas con una velocidad en aumento y la *Abraham Lincoln* avanzó majestuosamente en medio de un centenar de transbordadores y *tenders* [59] * abarrotados de espectadores, que le servían de cortejo.

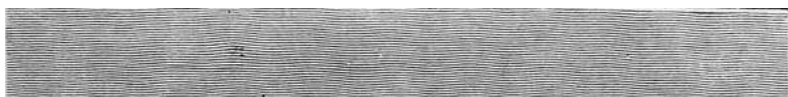
Los muelles de Brooklyn y toda la parte de Nueva York que se asoma al East River estaban repletos de curiosos. Uno tras otro, estallaron tres vítores, brotados de quinientas mil gargantas. Miles de pañuelos agitados por encima de la masa compacta despidieron a la *Abraham Lincoln* hasta que llegó a las aguas del Hudson en el extremo de esa península alargada que forma la ciudad de Nueva York.

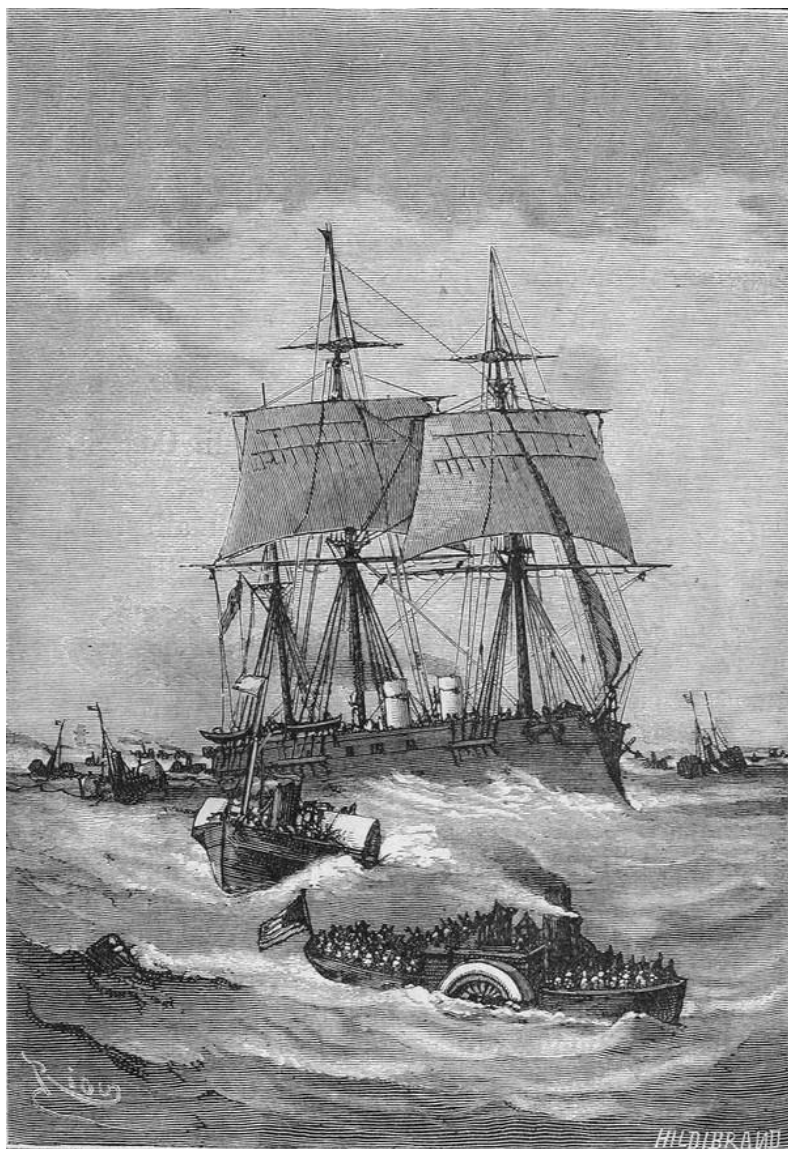
Acto seguido, la fragata, costeanando por el lado de Nueva Jersey la magnífica orilla derecha del río atestada de villas, pasó entre los fuertes, desde donde se lanzaron salvas en su honor con los cañones de mayor calibre. La *Abraham Lincoln* respondió arriando e izando tres veces el pabellón norteamericano, cuyas treinta y nueve estrellas [60] refulgían en el pico de cangreja; luego, modificando su marcha para tomar el canal balizado que describe una curva en

la bahía interior formada por la punta de Sandy Hook, pasó rozando esa lengua arenosa donde miles de espectadores la volvieron a aclamar.

La cohorte de *boats* y *tenders* seguía a la fragata y no la abandonó hasta la altura del *light-boat* [61], cuyos dos faros señalan la entrada a los pasos de Nueva York.

Estaban dando las tres de la tarde. El práctico del puerto volvió a su bote y se dirigió a la goletilla que le aguardaba a sotavento. Se avivó el fuego de las calderas; la hélice batió más rápidamente las olas; la fragata bordeó el litoral amarillento y bajo de Long Island, y a las ocho de la tarde, tras dejar al noroeste los faros de Fire Island, surcaba ya a toda máquina las sombrías aguas del Atlántico.





La cohorte siguió a la fragata

IV

Ned Land

El comandante Farragut era un buen marino, digno de la fragata que mandaba. Su navío y él eran una sola cosa. Él era su alma. Sobre el asunto del cetáceo no le quedaba ni un asomo de duda, y no permitía que a bordo se pusiera en entredicho la existencia del animal, en la que creía como algunas mujeres piadosas creen en el Leviatán [62], simplemente por una cuestión de fe, no de razón. El monstruo existía y él iba a librar los mares de su presencia: lo había jurado. Era una especie de caballero de Rodas, un Dieudonné de Gozon [63] en pos de la serpiente que asolaba la isla. O el comandante Farragut mataba al narval o el narval mataba al comandante Farragut. No cabían términos medios.

Los demás oficiales de la fragata compartían la opinión de su jefe. Había que oírlos hablar, debatir, discutir, calcular las diversas probabilidades de un encuentro, mientras observaban la vasta extensión del océano. Más de uno se imponía una guardia voluntaria en las crucetas de juanete, cuando en otras circunstancias habrían maldecido semejante tarea. Mientras el sol describía su arco diurno, la arboladura estaba repleta de marineros que no podían permanecer quietos en el mismo sitio, como si la tablazón de cubierta les abrasara los pies. Y, sin embargo, la *Abraham Lincoln* aún no jalonaba con su roda las sospechosas aguas del Pacífico.

El único desvelo de la tripulación era encontrar al unicornio, arponearlo, izarlo a bordo y descuartizarlo; así pues, escudriñaban el mar con escrupulosa atención. Además, el comandante Farragut había mencionado cierta recompensa de dos mil dólares, reservada al grumete o marinero, contraмаestre u oficial, que fuese el primero en avistar al animal. Ni que decir tiene cómo se aguzaba la vista a bordo de la *Abraham Lincoln*.

Yo no les iba a la zaga a los demás, y no dejaba a nadie mi parte de observaciones cotidianas. La fragata podría haberse llamado *Argos* [64] con toda la razón del mundo. El único entre todos que sobresalía por su indiferencia ante el asunto que nos apasionaba era Conseil, que se distinguía así en medio del entusiasmo general.

He escrito que el comandante Farragut había preparado cuidadosamente su navío con los aparejos apropiados para cazar al gigantesco cetáceo. Un ballenero no habría ido mejor armado. Disponíamos de todos los artilugios conocidos, desde el arpón de mano hasta las flechas erizadas de los trabucos y las balas explosivas de las escopetas de barca. En el castillo de proa teníamos un cañón perfeccionado, que se cargaba por la culata, de paredes muy gruesas y muy estrecho de ánima, y cuyo modelo debe de figurar en la Exposición Universal de 1867 [65]. Ese precioso instrumento, de origen norteamericano, enviaba sin ningún problema un proyectil cónico de cuatro kilogramos a una distancia media de dieciséis kilómetros [66].

Como se ve, la *Abraham Lincoln* no carecía de ningún medio destructivo. Pero aún contaba con algo mejor. Llevaba a bordo a Ned Land, el rey de los arponeros [67].

Ned Land era un canadiense de una destreza poco habitual y sin par en su peligroso oficio. Cualidades como habilidad y sangre fría, audacia y astucia, las poseía en un grado extraordinario; era preciso que una ballena fuese muy despierta o un cachalote especialmente astuto para escapar a su arponazo.

Ned Land rondaba los cuarenta años de edad. Era un hombre de elevada estatura —más de seis pies ingleses—, de complexión robusta, de aspecto serio, taciturno, a veces violento, y muy colérico cuando se lo contrariaba. Su persona llamaba la atención, y sobre todo, el poder de su mirada, que marcaba singularmente su fisonomía.



Ned Land rondaba los cuarenta años de edad

Creo que el comandante Farragut había obrado con sabiduría al enrolar a aquel hombre a bordo. Por sus ojos y sus brazos valía por toda la tripulación. No se me ocurre mejor comparación con él que la de un potente telescopio que, al mismo tiempo, fuese un cañón siempre listo para disparar.

Quien dice canadiense, dice francés, y por poco comunicativo que fuese Ned Land, he de reconocer que me cobró cierto afecto. Mi nacionalidad lo atraía, sin duda. Para él era una ocasión de hablar, y para mí de oír, esa vieja lengua de Rabelais [68] que todavía se sigue usando en algunas provincias canadienses. La familia del arponero era originaria de Quebec y ya formaba una tribu de intrépidos pescadores en la época en que esta ciudad pertenecía a Francia.

Poco a poco, Ned Land comenzó a apreciar la conversación [69], y a mí me agradaba escucharlo narrar sus aventuras en los mares polares. Contaba con una gran poesía natural sus hazañas de pesca y sus combates. Su narración adoptaba tonos épicos y yo creía estar escuchando a un Homero canadiense, rapsoda de una *Ilíada* de las regiones hiperbóreas [70].

Describo a este audaz compañero tal como lo conozco en la actualidad [71]. Nos hemos convertido en viejos amigos, unidos por la inalterable amistad que se fragua y se consolida en las más terribles coyunturas. ¡Ah, mi buen Ned Land, solamente pido vivir cien años más para recordarte durante más tiempo!

¿Cuál era la opinión de Ned Land acerca del monstruo marino? He de confesar que no creía mucho en el unicornio, y que era el único a bordo que no compartía la convicción general. Incluso, evitaba tratar el asunto, que yo creí oportuno abordar un día.

Una magnífica velada del 30 de julio, es decir, tres semanas después de haber zarpado, la fragata estaba a la altura del cabo Blanco, a treinta millas a sotavento de las costas de la Patagonia [72]. Habíamos cruzado el trópico de Capricornio, y el estrecho de Magallanes se abría a menos de setecientas millas al sur. Al cabo de ocho días, la *Abraham Lincoln* debería estar surcando las aguas del Pacífico.

Sentados en la toldilla, Ned Land y yo conversábamos de cosas diversas, contemplando ese mar misterioso cuyas profundidades han permanecido hasta ahora inaccesibles a la mirada del hombre [73]. Con toda naturalidad desvié la conversación hacia el asunto del unicornio gigante y analicé las probabilidades de éxito o fracaso de nuestra expedición. Después, viendo que Ned me dejaba hablar sin decir nada, lo incité a conversar de manera más directa.

—¿Cómo, Ned —le pregunté—, cómo puede usted no estar

convencido de la existencia del cetáceo que perseguimos? ¿Tiene usted alguna razón especial para mostrarse tan incrédulo?

El arponero me miró unos instantes antes de responder, se dio una palmada en su ancha frente, haciendo un gesto habitual en él, cerró los ojos como para concentrarse y al fin dijo:

—Quizá sí, señor Aronnax.

—Sin embargo, Ned, usted que es ballenero de profesión y está familiarizado con los grandes mamíferos marinos, usted, insisto, cuya imaginación debería aceptar sin dificultad la hipótesis de los enormes cetáceos, tendría que ser el último en dudar en semejantes circunstancias.

—Ahí es donde se equivoca, señor profesor —respondió Ned—. Que el vulgo crea en cometas extraordinarios que atraviesan el espacio o en la existencia de monstruos antediluvianos que campan por el interior del globo, pase, pero ni el astrónomo, ni el geólogo admiten esas quimeras. El ballenero tampoco. He perseguido muchos cetáceos, he arponeado una buena cantidad de ellos y he matado a unos cuantos, pero por muy poderosos y bien armados que estuvieran, ni sus colas ni sus defensas podrían haber perforado la plancha de acero de un vapor.

—Sin embargo, Ned, no escasean los ejemplos de barcos que el diente del narval ha atravesado de parte a parte.

—Barcos de madera, es posible —respondió el canadiense—; pero aún no los he visto. Por lo tanto, mientras no haya una prueba que lo desmienta, niego que las ballenas, los cachalotes o los narvales puedan producir esos efectos.

—Escúcheme, Ned...

—No, profesor, no. Todo lo que quiera, menos eso. ¿Un pulpo gigantesco, quizá?

—Menos aún, Ned. El pulpo no es más que un molusco y ese nombre indica la poca consistencia de sus carnes [74]. Aunque tuviera quinientos pies de longitud, el pulpo, que no pertenece al tipo de los vertebrados, es totalmente inofensivo para buques como el *Scotia* o la *Abraham Lincoln*. Así pues, hay que considerar meros mitos las proezas de los krakens y de otros monstruos de esa índole.

—Entonces, señor naturalista —replicó Ned Land con bastante sorna—, ¿continúa usted admitiendo la existencia de un enorme cetáceo...?

—Sí, Ned, se lo repito con una convicción que se basa en la lógica de los hechos. Creo en la existencia de un mamífero, poderosamente organizado, perteneciente al tipo de los vertebrados, como las ballenas, los cachalotes o los delfines, y provisto de una defensa córnea cuya fuerza de penetración es inconmensurable.

—Psé... —murmuró el arponero, sacudiendo la cabeza con el aspecto de quien no quiere dejarse convencer.

—Observe, querido amigo canadiense —contesté—, que si existe un animal como ese, si vive en las profundidades del océano, si se mueve por las capas líquidas situadas a varias millas por debajo de la superficie de las aguas, debe poseer necesariamente un organismo cuya solidez desafíe cualquier parangón.

—¿Y por qué un organismo tan poderoso [75] ? —preguntó Ned.

—Porque hace falta una fuerza incalculable para mantenerse en las capas profundas y resistir a su presión.

—¿De verdad? —preguntó Ned, que me miraba guiñando un ojo.

—De verdad, y unas cifras se lo demostrarán sin mayores problemas.

—¡Ah, los números! —replicó Ned—. Se puede hacer con ellos lo que se quiera.

—En los negocios, Ned, pero no en matemáticas. Escúcheme. Admitamos que la presión de una atmósfera esté representada por la presión de una columna de agua de treinta y dos pies de altura. En realidad, la columna de agua sería de menor altura, ya que se trata de agua de mar, cuya densidad es superior a la del agua dulce. Bien, si usted se sumerge, Ned, cada vez que haya treinta y dos pies de agua sobre usted, su cuerpo soportará una presión igual a la de una atmósfera, es decir, de un kilogramo por centímetro cuadrado de su superficie. De lo que se deduce que, a trescientos veinte pies, esta presión es de diez atmósferas, de cien atmósferas a tres mil doscientos pies, y de mil atmósferas a treinta y dos mil pies, es decir: alrededor de dos leguas y media. Lo que equivale a decir que, si usted pudiera alcanzar esa profundidad en el océano, cada centímetro cuadrado de la superficie de su cuerpo sufriría una presión de mil kilogramos. Pues bien, mi querido Ned, ¿sabe cuántos centímetros cuadrados tiene usted en su superficie?

—Ni la menor idea, señor Aronnax.

—Alrededor de diecisiete mil.

—¿Tantos?

—Además, como en realidad la presión atmosférica es ligeramente superior al peso de un kilogramo por centímetro cuadrado, sus diecisiete mil centímetros cuadrados soportan en estos momentos una presión de diecisiete mil quinientos sesenta y ocho kilogramos.

—¿Sin que yo me dé cuenta?

—Sin que usted se dé cuenta. Y si esa presión no lo aplasta es porque el aire penetra en el interior de su cuerpo con una presión idéntica. De ahí que haya un equilibrio perfecto entre la presión interior y la exterior, que se neutralizan mutuamente, lo que le permite aguantarlas sin esfuerzo. Pero en el agua, las cosas son distintas.

—Sí, comprendo —respondió Ned Land, que prestaba más atención—, porque el agua me rodea y no penetra en mí.

—Exactamente, Ned. Por lo tanto, a treinta y dos pies por debajo de la superficie del mar, soportaría una presión de diecisiete mil quinientos sesenta y ocho kilogramos; a trescientos veinte pies, diez veces esta presión, es decir, ciento setenta y cinco mil seiscientos ochenta kilogramos; a tres mil doscientos pies, cien veces esta presión, o sea un millón setecientos cincuenta y seis mil ochocientos kilogramos, y, por fin, a treinta y dos mil pies, mil veces esta presión: diecisiete millones quinientos sesenta y ocho mil kilogramos; es decir, que quedaría tan aplastado como si lo sacaran de una prensa hidráulica.

—¡Demonios! —exclamó Ned.

—Pues bien, mi buen arponero, si existen vertebrados de varios centenares de metros de longitud y de un grosor proporcional a dicha longitud que se mantienen a esas profundidades, calculando su superficie en millones de centímetros cuadrados, debemos convenir en que la presión que soportan es de miles de millones de kilogramos. Calcule, por consiguiente, cuál habrá de ser la resistencia de su estructura ósea y la potencia de su organismo para resistir tales presiones.

—Es preciso —respondió Ned Land— que estén fabricados con planchas de acero de ocho pulgadas, como las fragatas acorazadas.

—Así es, Ned; piense, pues, en los destrozos que puede producir

una masa semejante lanzada con la velocidad de un expreso contra el casco de un navío.

—Sí... en efecto... quizá —respondió el canadiense, abrumado por los números, pero sin querer rendirse.

—Bien, ¿lo he convencido?

—Me ha convencido de una cosa, señor naturalista, y es que si esos animales existen en el fondo de los mares, tienen que ser tan fuertes como usted dice.

—Pero, si no existen, testarudo arponero, ¿cómo explica usted el accidente del *Scotia*?

—Quizá... —dijo Ned titubeando.

—¡Adelante!

—Porque... no es verdad —respondió el canadiense repitiendo, sin saberlo, una célebre respuesta de Arago [76].

Pero su respuesta probaba la obstinación del arponero y nada más. Aquel día no seguí insistiendo. El accidente del *Scotia* no se podía negar. El agujero existía, tan claro como que habían tenido que tapanlo, y no creo que la existencia de un agujero pueda demostrarse de manera más categórica. Ahora bien, ese agujero no se había hecho solo, y puesto que no lo habían producido rocas submarinas o ingenios submarinos [77], había que atribuirlo necesariamente al instrumento perforante de un animal.

En mi opinión, y por todas las razones aducidas hasta aquí, ese animal pertenecía al tipo de los vertebrados, clase de los mamíferos, grupo de los pisciformes y orden de los cetáceos. La familia en que debía encuadrárselo, ballena, cachalote o delfín, el género del que formaba parte y la especie en que había que clasificarlo eran cuestiones que tendrían que ser dilucidadas posteriormente. Para resolverlas, era preciso disecar a aquel monstruo desconocido; para disecarlo, capturarlo; para capturarlo, arponearlo —de lo que se encargaría Ned Land—; para arponearlo, verlo —de lo que se encargaría la tripulación—, y para verlo, encontrarlo —de lo que se encargaría el azar.

V

¡A la aventura!

Durante algún tiempo, el viaje de la *Abraham Lincoln* no se vio alterado por ningún incidente. Sin embargo, se dio una circunstancia que puso de relieve la prodigiosa destreza de Ned Land y demostró qué grado de confianza había que tener en él.

A la altura de las islas Malvinas, el 30 de junio [78], la fragata comunicó con unos balleneros americanos, y nos enteramos de que no habían tenido noticia alguna del narval. Pero uno de ellos, el capitán del *Monroe*, al saber que Ned Land se encontraba a bordo de la *Abraham Lincoln*, solicitó su ayuda para cazar una ballena que habían avistado. El comandante Farragut, deseoso de ver a Ned Land manos a la obra, lo autorizó a subir a bordo del *Monroe*. Y tanto sonrió la suerte a nuestro canadiense que, en vez de una ballena, arponeó dos en una jugada doble, hiriendo a una certeramente en el corazón y cazando la otra después de pocos minutos de persecución.

En caso de que el monstruo llegase a ponerse a tiro del arpón de Ned Land, no me cabía la menor duda de que no apostaría a favor del monstruo.

La fragata perlongó la costa sudeste de América a una velocidad prodigiosa [79]. El 3 de julio, nos presentamos ante la embocadura del estrecho de Magallanes, a la altura del cabo de las Vírgenes [80]. Pero el comandante Farragut no quiso adentrarse por ese sinuoso paso y maniobró para doblar el cabo de Hornos.

La tripulación le dio la razón al unísono. ¿Había alguna posibilidad de encontrar al narval en ese angosto estrecho? Muchos marineros afirmaban que el monstruo no podría pasar por allí, «¡que era demasiado grande para eso!».

El 6 de julio, hacia las tres de la tarde y a quince millas al sur, la

Abraham Lincoln dobló ese islote solitario, esa roca perdida en el confín del continente americano, a la que los marinos holandeses bautizaron con el nombre de su ciudad natal: el cabo de Hornos [81]. Arrumbó al noroeste y, al día siguiente, la hélice de la fragata caracoleaba por fin bajo las aguas del Pacífico.

—¡Ojo avizor! ¡Ojo avizor! —repetían los marineros de la *Abraham Lincoln*.

Y abrían los ojos desmesuradamente. A los ojos y catalejos, un poco deslumbrados, bien es cierto, por la perspectiva de los dos mil dólares, no se les concedió ni un momento de respiro. Noche y día, todos observaban la superficie del océano, y los nictálopes, cuya facultad de ver en la oscuridad acrecentaba sus oportunidades en un cincuenta por ciento, llevaban las mejores cartas para ganar la recompensa.

A pesar de que yo mismo apenas me sentía atraído por el acicate del dinero, no era el menos atento a bordo. Dejando tan solo unos minutos para las comidas y algunas horas para el sueño, permanecía en el puente del navío, indiferente al sol o la lluvia. Ya fuera asomado por los empalmetados del castillo de proa o apoyado en la regala de popa, devoraba con ojos ansiosos la algodonosa estela que serpenteaba blanquecina en el mar hasta el horizonte. ¡Cuántas veces compartí la emoción del comandante, los oficiales y la tripulación, cuando alguna caprichosa ballena alzaba su negruzco lomo sobre las olas...! La cubierta de la fragata se abarrotaba en un instante. Los tambuchos vomitaban un torrente de marineros y oficiales. Jadeantes y con la vista nublada, observaban el avance del cetáceo. Y yo seguía mirando, mirando hasta desgastar la retina y quedarme ciego, mientras que Conseil, siempre tan flemático, me repetía tranquilamente:



Apoyado en la regala de popa

—Si el señor tuviese la bondad de no abrir de par en par los ojos, el señor vería mucho mejor.

¡Vana emoción! La *Abraham Lincoln* modificaba su rumbo, perseguía al animal señalado, simple ballena o vulgar cachalote, que desaparecía en seguida en medio de un concierto de

imprecaciones.

No obstante, el tiempo era favorable. El viaje se realizaba en las mejores condiciones. Estábamos entonces en la mala estación austral, pues julio en estas latitudes corresponde a nuestro enero en Europa, pero la mar se mantenía bonancible y se dejaba observar fácilmente en un amplio radio.

Ned Land seguía haciendo gala de la más tenaz incredulidad; incluso fingía no examinar la superficie del mar fuera del tiempo de su cuarto de guardia —al menos, cuando no había a la vista ninguna ballena—. Y, sin embargo, su maravillosa capacidad de visión nos habría procurado grandes servicios. Pero el terco canadiense se quedaba leyendo o durmiendo en su camarote durante ocho de cada doce horas. Cien veces le reproché su indiferencia.

—¡Bah! —respondía—. No hay nada, señor Aronnax, y aunque hubiese algún animal ¿qué probabilidades tenemos de avistarlo? ¿No corremos a la aventura? Dicen haber vuelto a ver en aguas del Pacífico Norte a esa bestia inencontrable, de acuerdo, admitámoslo; pero ya han pasado dos meses desde entonces, y a juzgar por el temperamento de su narval, parece que no le gusta permanecer mucho tiempo en las mismas aguas. Está dotado de una prodigiosa facilidad de desplazamiento. Pero usted sabe mejor que yo, profesor, que la naturaleza no se contradice a sí misma en sus designios y no proporcionaría a un animal de naturaleza lenta la facultad de moverse rápidamente si no tuviera necesidad de utilizarla. Por lo tanto, si esa bestia existe, ya estará lejos.

A eso, no sabía yo qué responder. Evidentemente, navegábamos dando palos de ciego. Pero ¿cómo podríamos haber procedido de otra manera? De modo que nuestras probabilidades eran bastante limitadas. Sin embargo, nadie dudaba del éxito, y ni un solo marinero a bordo habría apostado contra la existencia del narval y su inminente aparición.

El 20 de julio, cruzamos el trópico de Capricornio a
105°

de longitud, y el 27 del mismo mes, franqueamos el ecuador por su centésimo décimo meridiano. Marcada la posición, la fragata puso proa más decididamente hacia el oeste y se adentró en los mares centrales del Pacífico. El comandante Farragut pensaba, con razón,

que era mejor navegar por las aguas profundas y alejarse de los continentes o de las islas a las que el animal parecía no querer acercarse, «sin duda porque no había suficiente agua para él», decía el contraмаestre. La fragata pasó a lo largo de los archipiélagos de las Pomotu, las Marquesas y las Sandwich [82], atravesó el trópico de Cáncer a

132°

de longitud y puso rumbo hacia los mares de China.

¡Por fin estábamos en el escenario de los últimos escarceos del monstruo! En resumidas cuentas: ya no se vivía a bordo. Los corazones latían a punto de estallar, anticipando un futuro de incurables aneurismas. La tripulación entera sufría de una sobreexcitación nerviosa que no podría describir. Ya nadie comía ni dormía. Veinte veces al día, un error de apreciación o una ilusión óptica de algún marinero encaramado en las crucetas nos estremecían de forma insoportable, y esas emociones, repetidas veinte veces, nos mantenían en un estado de eretismo [83] demasiado violento como para no provocar una reacción inmediata.

Y así fue. La reacción no tardó en producirse. Durante tres meses, tres meses cuyos días duraban cada uno un siglo, la *Abraham Lincoln* surcó todos los mares septentrionales del Pacífico, corriendo tras las ballenas avistadas, apartándose bruscamente de su rumbo, virando súbitamente de babor a estribor y viceversa, deteniéndose de repente, forzando o invirtiendo el vapor una y otra vez, a riesgo de desnivelar sus máquinas; no dejó ni un lugar sin explorar entre las orillas de Japón y las costas americanas. ¡Y nada! ¡Nada más que la inmensidad de las olas desiertas! ¡Nada que se pareciera a un narval gigantesco, ni a un islote submarino, ni a un pecio, ni a un escollo huidizo, ni a nada con aspecto sobrenatural!

Entonces se produjo la reacción. El desaliento se apoderó de los ánimos y abrió una brecha a la incredulidad. A bordo, surgió un nuevo sentimiento compuesto de tres décimas partes de vergüenza y siete de furor. Los hombres se sentían «simplemente estúpidos» al haberse dejado engañar por una quimera; más aún, estaban furiosos. Las montañas de argumentos acumulados desde hacía un año se desbarataron a la vez. El único pensamiento que tenían todos era recuperar en las horas de comida o de sueño el tiempo que

habían sacrificado de manera tan necia.

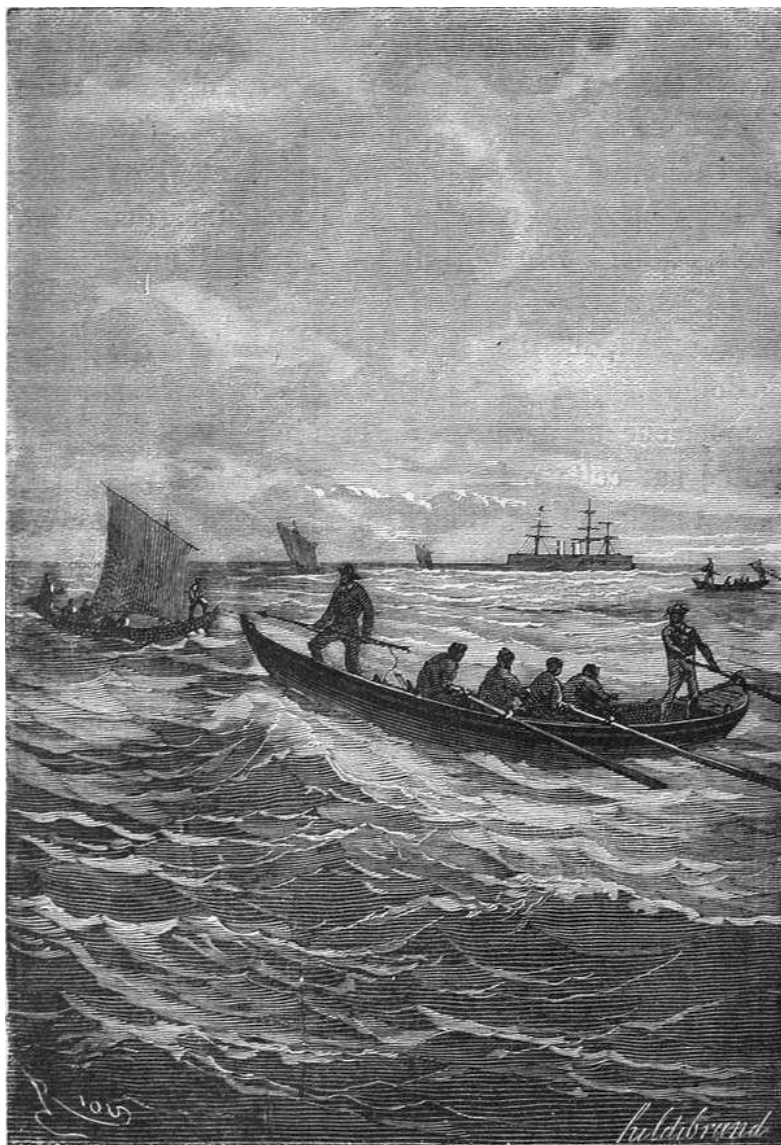
Con la volubilidad propia del espíritu humano, de un extremo se pasó al otro. Los partidarios más fervientes de la empresa se convirtieron en sus más implacables detractores. La reacción subía desde el fondo del navío, desde los puestos de los paleadores hasta la cámara de oficiales; sin duda, la fragata habría virado definitivamente rumbo al sur, si no hubiera sido por el especial empecinamiento del comandante Farragut.

No obstante, no se podía prolongar durante más tiempo aquella inútil búsqueda. La *Abraham Lincoln* no tenía nada que reprocharse, había hecho todo lo posible por salir airosa. Jamás la tripulación de un buque de la Armada norteamericana había mostrado más paciencia y celo; no se le podía imputar el fracaso de la empresa; no quedaba más remedio que volver atrás.

El comandante recibió muestras del descontento, pero capeó el temporal. Los marineros ya no ocultaban su malestar y el servicio se resintió. No quiero decir que se hubiera declarado un motín a bordo, pero tras un razonable período de obstinación, el comandante Farragut, como otrora Colón, pidió tres días de paciencia [84]. Si en el plazo de tres días el monstruo no había aparecido, el timonel daría tres vueltas de rueda y la *Abraham Lincoln* pondría rumbo hacia los mares europeos.

La promesa fue hecha el 2 de noviembre. Su primer efecto fue el de revitalizar los desfallecidos ánimos de la tripulación. Volvieron a escrutar el océano con atención renovada. Cada uno quería dirigir esa última mirada en que se concentra todo el recuerdo. Los catalejos funcionaron a un ritmo febril. Era un soberbio desafío al narval gigante, que no podía excusarse por las buenas de atender a la citación y comparecer.

Transcurrieron otros dos días. La *Abraham Lincoln* navegaba con poca máquina. Se utilizaban mil medios para llamar la atención o estimular la apatía del animal, en caso de que se encontrase en aquellos parajes. Se colgaron a la rastra enormes trozos de lardo — para mayor satisfacción de los tiburones, debo confesar—. Las embarcaciones circundaron todo el espacio en torno a la *Abraham Lincoln*, mientras esta metía en facha, y no dejaron un solo punto sin explorar. Pero llegó la noche del 4 de noviembre sin que se hubiera desvelado el misterio submarino.



Embarcaciones circundando la fragata

A las doce del mediodía del 5 de noviembre, expiraba el plazo de rigor. Pasada esa hora, el comandante Farragut, fiel a su promesa, debía poner rumbo al sudeste y abandonar definitivamente las regiones septentrionales del Pacífico.

La fragata navegaba entonces a

31° 15'

de latitud norte y

136° 42'

de longitud este. Las tierras de Japón quedaban a menos de doscientas millas a sotavento. La noche se acercaba. Acababan de picar las ocho. Unas gruesas nubes desplegaban su velo sobre el disco de la luna, en cuarto creciente. El mar se ondulaba suavemente bajo la roda de la fragata.

En esos momentos, yo estaba apoyado a proa en el empalmetado de estribor. Conseil, apostado cerca de mí, miraba ante sí [85]. La tripulación, encaramada a la obencadura, examinaba el horizonte que iba menguando y se oscurecía paulatinamente. Los oficiales, armados con sus catalejos de noche, escudriñaban la oscuridad creciente. A veces, un rayo de luna que atravesaba la franja de dos nubes rielaba sobre el oscuro océano. Después, toda traza luminosa se disipaba en las tinieblas.

Al observar a Conseil, me pareció que el ambiente reinante había influido muy poco en el buen muchacho. Al menos, así lo creí yo. Quizás, y por vez primera, sus nervios vibraban por efecto de un sentimiento de curiosidad.

—¡Vamos, Conseil! —le dije yo—. Ahí tienes una última ocasión de embolsarte dos mil dólares.

—Permítame el señor que le diga —respondió Conseil— que no he contado nunca con la recompensa; ya podía el Gobierno de la Unión haber prometido cien mil dólares, que no por ello se iba a quedar más pobre.

—Tienes razón, Conseil. Después de todo, es un asunto estúpido, y sobre el que nos hemos abalanzado demasiado a la ligera. ¡Cuánto tiempo perdido y cuántas emociones inútiles! Podíamos haber regresado a Francia hace ya seis meses...

—Al pequeño apartamento del señor —contestó Conseil—, al Museo del señor. Yo habría clasificado ya los fósiles del señor. Y el babirusa del señor estaría en su jaula del Jardín Botánico y atraería a todos los curiosos de la capital.

—Así es, Conseil, y sin contar con que se van a burlar de nosotros, imagino.

—Efectivamente —respondió tranquilamente Conseil—, pienso que van a burlarse del señor. Y, ¿puedo decirlo...?

—Adelante, Conseil.

—Pues bien, el señor tendrá lo que se merece.

—¿De verdad?

—Cuando se tiene el honor de ser un sabio como el señor, no se expone uno...

Conseil no pudo acabar su cumplido. En medio del silencio general, se alzó una voz. Era la voz de Ned Land, y Ned Land gritaba:

—¡Eh, eh! ¡Esa cosa a la vista, a sotavento y a la cuadra!

VI

A toda máquina

Al oír el grito, la tripulación entera se precipitó hacia el arponero; comandante, oficiales, maestranza, marineros, grumetes, todos: hasta los oficiales de máquinas las abandonaron, hasta los fogoneros abandonaron sus calderas. Se había dado orden de parar las máquinas y la fragata navegaba conservando tan solo la arrancada.

En aquellos momentos, la oscuridad era impenetrable y, por muy buena que fuera la vista del canadiense, yo me preguntaba cómo y qué había podido ver. Mi corazón latía a punto de estallar.

Pero Ned Land no erraba, y todos divisamos el objeto que señalaba con la mano.

A dos cables de la *Abraham Lincoln* y por su aleta de estribor, el mar parecía iluminado desde el fondo. No se trataba de un simple fenómeno de fosforescencia ni había posibilidad de error. El monstruo, sumergido a varias toesas de la superficie de las aguas, proyectaba ese resplandor muy intenso, pero inexplicable, al que aludían los informes de varios capitanes. Esa magnífica irradiación debía de estar producida por un agente de gran potencia lumínica. La aureola brillante formaba en el mar un inmenso óvalo muy alargado [86], en cuyo centro se condensaba un haz de luz fulgurante cuyo irresistible resplandor se apagaba por degradaciones escalonadas.



El monstruo sumergido a varias toesas de la superficie

—No es más que una aglomeración de moléculas fosforescentes —gritó uno de los oficiales.

—No, señor —repliqué yo con convicción—. Las fóladas o las salpas jamás pueden llegar a producir una luz tan potente. Ese resplandor es de naturaleza esencialmente eléctrica... Y además,

¡fíjese, fíjese! ¡Se desplaza! ¡Se mueve hacia adelante y hacia atrás!
¡Se lanza sobre nosotros!

De la fragata brotó un grito generalizado.

—¡Silencio! —ordenó el comandante Farragut—. ¡Timón a barlovento, todo! ¡Máquina atrás!

Los marineros se precipitaron al timón; los oficiales, a sus máquinas. Dieron contramarcha inmediatamente y la *Abraham Lincoln*, abatiendo a babor, describió un semicírculo.

—¡Timonel, a la vía! ¡Avante toda! —gritó el comandante Farragut.

Las órdenes fueron ejecutadas y la fragata se alejó rápidamente de la fuente luminosa.

Me equivoco. Quiso alejarse, pero el sobrenatural animal se aproximó a una velocidad que duplicaba la suya.

Estábamos jadeantes. Mucho más que el temor, era la estupefacción lo que nos hacía enmudecer y nos inmovilizaba. El animal se nos aproximaba con suma rapidez. Rodeó la fragata, que largaba entonces a catorce nudos, y la envolvió con su halo eléctrico como una polvareda luminosa. Después, se alejó unas dos o tres millas, dejando una estela fosforescente similar a las bocanadas de vapor que arroja la locomotora de un expreso. De repente, desde los oscuros límites del horizonte, adonde fue a tomar impulso, el monstruo arremetió de súbito contra la *Abraham Lincoln* a una velocidad espeluznante, se detuvo bruscamente a veinte pies de las cintas —sin hundirse bajo las aguas, ya que la potencia de su fulgor no sufrió la menor degradación, sino de repente y como si la fuente de su brillante efluvio se hubiera agotado instantáneamente—. Después reapareció al otro costado del navío, bien porque lo había rodeado, bien porque se había deslizado bajo su casco. En cualquier momento podía producirse un abordaje que habría tenido consecuencias nefastas para nosotros.

Sin embargo, las maniobras de la fragata me causaban extrañeza. Huía y no atacaba. La *Abraham Lincoln*, que debía ser la perseguidora, era la perseguida, y yo le comuniqué mi observación al comandante Farragut. Su rostro, a menudo tan impasible, estaba impregnado de una estupefacción indefinible [87].

—Señor Aronnax —me respondió—, no sé a qué terrible criatura nos enfrentamos y no quiero poner en peligro mi fragata en medio

de esta oscuridad. Además, ¿cómo atacar lo desconocido, cómo defenderse de ello? Esperemos que llegue el día y se volverán las tornas.

—Entonces, ¿ya no le queda duda alguna sobre la naturaleza del animal?

—No, señor; es evidentemente un narval gigantesco, pero también es un narval eléctrico.

—Quizás —añadí yo— no puede uno ni acercarse a él, como ocurre con los gimnotos o las tremielgas.

—Así es —respondió el comandante Farragut—, y si además dispone de una potencia fulminante, se trata con toda certeza del animal más terrible que haya surgido nunca de manos del Creador. Así que me mantendré alerta, señor.

Toda la tripulación permaneció en vela a lo largo de la noche. Nadie pensaba en dormir [88]. La *Abraham Lincoln*, al no poder luchar en velocidad había moderado su marcha y se mantenía a poco vapor. Por su parte, el narval, imitando a la fragata, se dejaba mecer por las olas y parecía decidido a no abandonar el escenario del combate.

No obstante, hacia medianoche desapareció o, si se me permite utilizar una expresión más adecuada, «se apagó» como una gran luciérnaga [89]. ¿Había huido? Cabía temerlo más que esperarlo. Pero a la una menos siete minutos de la noche, resonó un silbido ensordecedor, similar al que produce un chorro de agua despedido con extrema violencia.

El comandante Farragut, Ned Land y yo estábamos en la toldilla, lanzando ávidas miradas a través de las profundas tinieblas.

—Ned Land —dijo el capitán—, usted ha oído a menudo rugir a las ballenas, ¿no es cierto?

—Muchas veces, señor; pero jamás me había encontrado con ballenas que al avistarlas me hiciesen ganar dos mil dólares.

—En efecto, tiene usted derecho a la recompensa. Pero, dígame, ¿ese ruido no es el mismo que hacen los cetáceos al expulsar el agua por sus respiraderos?

—El mismo ruido, señor, pero este es incomparablemente más fuerte. Tampoco nos podemos equivocar. Está claro que es un cetáceo lo que aguarda ahí abajo en nuestras aguas. Con su permiso, señor —añadió el arponero—, le diremos unas palabritas

mañana al amanecer.

—Si está de humor para escucharle, maestro arponero —le respondí yo poco convencido.

—Deje que se me ponga a tiro —replicó el canadiense—, y no le quedará más remedio que escucharme.

—Pero para eso —añadió el comandante— ¿tendré que poner una ballenera a su disposición?

—Por supuesto, señor.

—Eso significará poner en peligro la vida de mis hombres.

—¡Y la mía! —respondió llanamente el arponero.

Hacia las dos de la madrugada, el foco luminoso reapareció, no con menos intensidad, a cinco millas a barlovento de la *Abraham Lincoln*. A pesar de la distancia y del ruido del viento y del mar, se oían con claridad los impresionantes coletazos del animal, e incluso su respiración jadeante. Parecía que cuando el enorme narval subía a respirar a la superficie del océano, engullía el aire en los pulmones al igual que el vapor en los enormes cilindros de una máquina de dos mil caballos.

«¡Vaya! —pensaba yo—. Una ballena que tuviera la fuerza de un regimiento de caballería... ¡qué ballena más hermosa!».

Permanecemos alerta hasta el amanecer y nos preparamos para el combate. Se dispusieron los artes de pesca a lo largo del empalmetado. El segundo mandó cargar esos trabucos que son capaces de lanzar un arpón a una milla de distancia y las largas escopetas de barca, de balas explosivas, cuya herida es mortal incluso para los animales más poderosos. Ned Land se había contentado con afilar su arpón, arma terrible en sus manos.

A las seis comenzaba a clarear el día, y con los primeros albos desapareció el resplandor eléctrico del narval. A las siete ya era completamente de día, pero el horizonte quedaba semioculto tras una bruma matinal muy espesa, que ni los mejores catalejos podían atravesar. De ahí que surgiera a bordo la decepción y la rabia.

Trepé hasta las crucetas de mesana. Algunos oficiales estaban ya encaramados a los topes de los demás palos.

A las ocho, la bruma rodó pesadamente sobre las olas y sus gruesas volutas se fueron levantando poco a poco. El horizonte se ampliaba y se purificaba.

De repente, y como en la víspera, la voz de Ned Land se dejó oír.

—¡Esa cosa a la vista! ¡A babor, por la popa! —gritó el arponero. Todas las miradas se dirigieron al punto indicado.

Allá, a milla y media de la fragata, un largo cuerpo negruzco emergía un metro por encima de las olas. Su cola, violentamente agitada, producía un remolino considerable. Nunca una aleta caudal había sacudido el mar con semejante fuerza. Una inmensa estela de deslumbrante blancura describía una curva alargada señalando el paso del animal.

La fragata se aproximó al cetáceo. Yo lo examiné con toda libertad de criterio. Los informes del *Shannon* y del *Helvetia* habían exagerado un tanto sus dimensiones, y calculé su longitud en unos doscientos cincuenta pies solamente [90]. En cuanto a su grosor, me resultaba muy difícil determinarlo; pero, en definitiva, el animal me pareció estar admirablemente proporcionado en sus tres dimensiones.

Mientras lo observaba, aquel ser extraordinario lanzó por sus respiraderos dos chorros de vapor y agua que ascendieron hasta una altura de cuarenta metros, lo que me aclaró su modo de respiración. Llegué a la conclusión definitiva de que pertenecía al tipo de los vertebrados, clase de los mamíferos, subclase de los monodelfos, superorden de los pisciformes, orden de los cetáceos, familia de... Ahí no me podía pronunciar todavía. El orden de los cetáceos comprende tres familias: las ballenas, los cachalotes y los delfines, y a los narvales se los clasifica en esta última. Cada una de esas familias se divide en varios géneros, cada género en especies, cada especie en variedades. Variedad, especie, género y familia me faltaban todavía, pero no dudaba de que, con la ayuda del cielo y del comandante Farragut, acabaría de completar mi clasificación.

La tripulación aguardaba impaciente las órdenes de su jefe. Este, tras haber observado atentamente al animal, hizo llamar al jefe de máquinas, que acudió al instante.

—¿Tenemos presión, señor? —preguntó el comandante.

—Sí, señor —respondió el oficial.

—Pues bien, ¡avive el fuego y a toda máquina!

Tres hurras acogieron la orden. Había llegado la hora del combate. Unos instantes después, las dos chimeneas de la fragata vomitaban torrentes de humo negro, y la cubierta se estremecía con el trepidar de las calderas.

La *Abraham Lincoln*, disparada hacia adelante por su potente hélice, enfiló derecha hacia el animal, que, indiferente, la dejó aproximarse hasta medio cable de distancia; después, sin preocuparse por sumergirse, cobró una ligera velocidad para alejarse y se contentó con mantener la distancia.

La persecución se prolongó durante tres cuartos de hora aproximadamente, sin que la fragata pudiera recortar ni dos toesas al cetáceo. Era evidente que con esa marcha no lo alcanzaría jamás.

El comandante Farragut retorció con rabia la espesa mata de barba que brotaba de su mentón.

—¡Ned Land! —gritó.

El canadiense acudió a la orden.

—Bien, señor Land —dijo el comandante—, ¿sigue usted aconsejándome que arríe mis balleneras al mar?

—No, señor —respondió Ned Land—, porque esa bestia solamente se dejará capturar si ella quiere.

—¿Qué podemos hacer entonces?

—Forzar el vapor mientras se pueda, señor. Por mi parte, y con su permiso, como es natural, voy a instalarme en los barbiquejos del bauprés, y si se me pone a tiro de arpón, la arponeo.

—Adelante, Ned —respondió el comandante Farragut—. ¡Jefe de máquinas —gritó—, aumente la presión!

Ned Land se situó en su puesto. Las calderas trabajaban al máximo de actividad; la hélice registraba cuarenta y tres revoluciones por minuto y el vapor brotaba por las válvulas. Tras arrojar la corredera, se comprobó que la *Abraham Lincoln* navegaba a dieciocho millas y cinco décimas por hora. Pero el maldito animal se escapaba también a una velocidad de dieciocho millas y cinco décimas.

Durante una hora, la fragata se mantuvo a esa velocidad, sin recortar ni una toesa. Era humillante para uno de los navíos más rápidos de la Armada americana. Una ira sorda se adueñaba de la tripulación. Los marineros maldecían al monstruo, que, por su parte, no se molestaba en responderles. El comandante Farragut no se contentaba ya con retorcer su barba, la mordía.

Llamó nuevamente al jefe de máquinas.

—¿Hemos alcanzado el máximo de presión? —le preguntó el comandante.

—Sí, señor —respondió aquel.
—¿Y las válvulas están cargadas...?
—A seis atmósferas y media.
—Cárguelas a diez atmósferas.

Aquella era una orden americana donde las hubiera. ¡Nadie lo habría hecho mejor en el Misisipi para distanciar a «una competidora» [91] !

—Conseil —dije a mi buen criado, que estaba junto a mí—, ¿te das cuenta de que probablemente vamos a saltar por los aires?

—Como el señor guste —respondió Conseil.

Pues bien, tengo que confesar que no me desagradaba correr ese riesgo.

Se cargaron las válvulas. Los hornos engullían el carbón. Los ventiladores enviaban torrentes de aire sobre los hornos. La velocidad de la *Abraham Lincoln* aumentó. Sus palos temblaban incluso por las carlingas, y los torbellinos de humo apenas podían abrirse paso por las chimeneas, demasiado estrechas.

Se echó la corredera por segunda vez.

—¡Timonel! ¿Cómo vamos? —preguntó el comandante Farragut.

—Diecinueve millas y tres décimas, señor.

—¡Aviven el fuego!

El jefe de máquinas obedeció. El manómetro señaló diez atmósferas. Pero, sin duda, el cetáceo también «avivó su fuego», puesto que sin la menor molestia corrió a diecinueve millas y tres décimas.

¡Qué persecución! No, no puedo describir la emoción que hacía vibrar todo mi ser [92]. Ned Land se mantenía en su puesto, con el arpón en la mano. En varias ocasiones, el animal dejó que nos acercáramos.

—¡Ya lo tenemos! ¡Lo alcanzamos! —gritaba el canadiense.

Después, en el momento en que se disponía a arponearlo, el cetáceo se escapaba a una velocidad que, según mis cálculos, debía de rondar las treinta millas por hora. E incluso, mientras manteníamos el máximo de velocidad, se permitió mofarse de la fragata rodeándola. De todas las gargantas escapó una exclamación de furor.

A mediodía no habíamos avanzado más que a las ocho de la mañana.

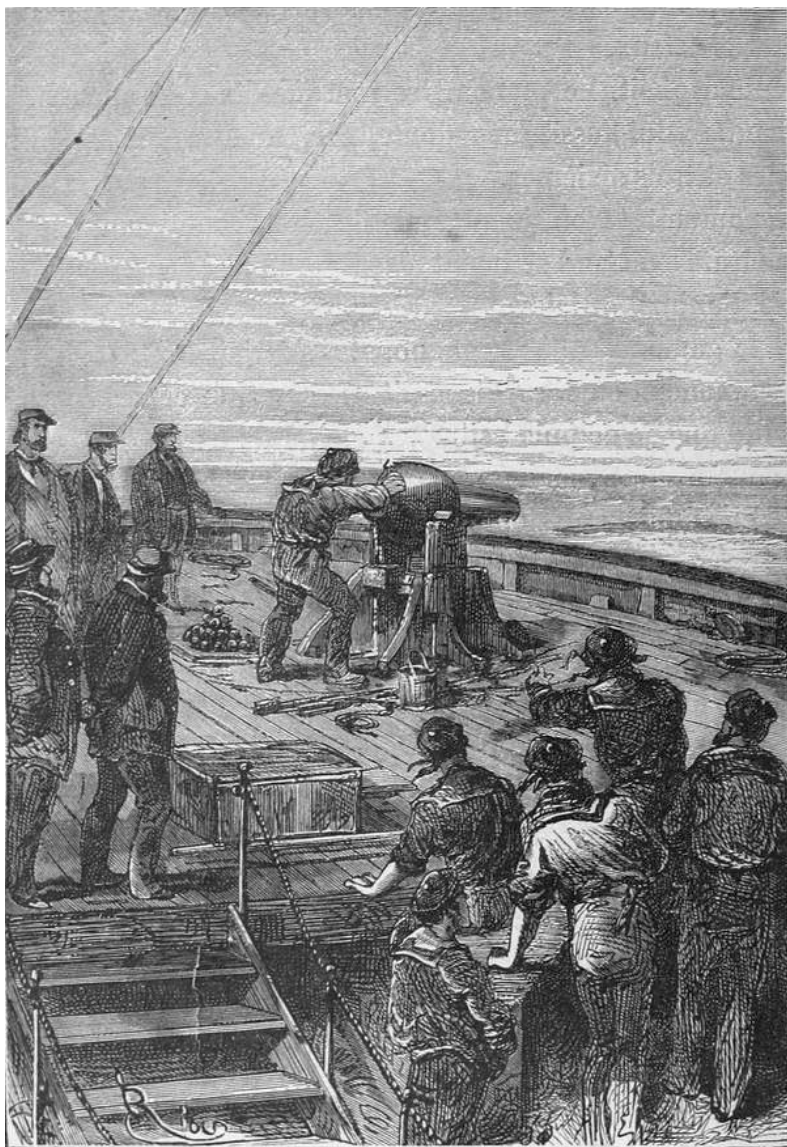
Entonces, el comandante Farragut decidió emplear métodos más directos [93] .

—¡Ah! —exclamó—. ¡Ese animal va más rápido que la *Abraham Lincoln*! Muy bien. Vamos a ver si deja atrás también las balas de nuestro cañón. ¡Contramaestre, unos hombres a la pieza de proa!

El cañón del castillo se cargó inmediatamente y apuntó. Sonó el disparo pero la bala pasó algunos pies por encima del cetáceo, que se mantenía a una media milla.

—¡Turno a otro más certero! —gritó el comandante—. ¡Y quinientos dólares a quien atraviere a esa bestia infernal!

Un viejo artillero de barba entrecana —me parece que todavía lo estoy viendo—, con la mirada tranquila y el semblante impassible, se aproximó al cañón, lo orientó y apuntó durante un buen rato. Estalló una fuerte detonación, y con ella se fundieron los hurras de la tripulación.



Un viejo artillero de barba entrecana

El proyectil dio en el blanco, golpeó al animal, pero no como era de esperar, pues, tras deslizarse sobre su superficie redondeada, fue a perderse a dos millas en el mar.

—¡Ah, diantres! —exclamó el viejo artillero, furibundo—. ¡Así que ese bribón está blindado con chapas de seis pulgadas!

—¡Maldición! —gritó el comandante Farragut.

La cacería volvió a comenzar y el comandante Farragut, inclinándose hacia mí me dijo:

—¡Perseguiré a ese animal hasta que mi fragata estalle [94] !

—Sí —respondí yo—. ¡Y tendrá usted razón!

Entraba dentro de lo previsible que el animal acabara por agotarse y que no fuera indiferente a la fatiga como una máquina de vapor. Pero no; al contrario, las horas seguían desgranándose sin que diese muestra alguna de cansancio.

Hay que decir, empero, a favor de la *Abraham Lincoln*, que luchó con una tenacidad inagotable [95]. ¡No creo que recorriese una distancia inferior a quinientos kilómetros en aquella infortunada jornada del 6 de noviembre! Pero llegó la noche y envolvió con su manto de tinieblas las olas del océano [96].

En esos momentos creí que nuestra expedición había concluido y que ya no volveríamos a ver nunca más a aquel fantástico animal. Me equivocaba.

A las diez y cincuenta minutos de la noche reapareció la claridad eléctrica, tan pura y tan intensa como la noche precedente, a tres millas a barlovento de la fragata.

El narval parecía inmóvil. ¿Dormía quizá, cansado de su jornada, entregándose al balanceo de las olas? El comandante Farragut decidió aprovechar la ocasión.

Dio sus órdenes. La *Abraham Lincoln* se mantuvo a poco vapor y avanzó prudentemente para no despertar a su adversario. No es raro encontrar en pleno océano ballenas profundamente dormidas a las que entonces se puede atacar y dar caza, y Ned Land había arponeado más de una de esa manera. El canadiense volvió a su puesto en los barbiquestes del bauprés.

La fragata se aproximó silenciosa, se detuvo a dos cables del animal y se dejó llevar únicamente por la arrancada. A bordo conteníamos la respiración [97]. Un profundo silencio reinaba en cubierta. No estábamos ni a cien metros del foco ardiente cuyo resplandor aumentaba y deslumbraba nuestros ojos.

En ese momento, inclinado sobre la batayola del castillo de proa, veía debajo de mí a Ned Land, que estaba aferrado con una mano a los vientos del moco del bauprés y blandía con la otra su terrible arpón. Apenas veinte pies lo separaban del animal inmóvil.

De repente, soltó violentamente su brazo y lanzó el arpón [98]. Oí el choque sonoro del arma que parecía haber rebotado contra un cuerpo duro.

La claridad eléctrica se extinguió súbitamente y dos enormes trombas de agua [99] se abatieron sobre la cubierta de la fragata, corriendo como un torrente de proa a popa, derribando a los hombres y destrozando las trincas de la arboladura de respeto.

Se produjo un choque terrorífico y, lanzado por encima de la batayola, sin que me diera tiempo a agarrarme, salí proyectado hacia el mar.

VII

Una ballena de especie desconocida [100]

A pesar de la sorpresa que me provocó aquella caída inesperada, pude conservar una impresión de mis sensaciones muy clara.

Al principio, me hundí a unos veinte pies de profundidad. Soy buen nadador, aun sin pretender compararme con Byron ni con Edgar Poe, que son auténticos maestros [101], así que la zambullida no me hizo perder los estribos. De dos vigorosos talonazos volví a la superficie del mar.

Mi primera preocupación fue buscar con la vista la fragata. ¿Se habría percatado la tripulación de mi desaparición? ¿Habría virado de bordo la *Abraham Lincoln*? ¿Habría arriado el comandante Farragut algún bote al mar? ¿Podía mantener la esperanza de que me salvaran?

Las tinieblas eran profundas. Entreví una masa negra que desaparecía hacia el este y cuyas luces de posición iban desvaneciéndose en lontananza. Era la fragata. Me sentí perdido.

—¡Socorro! ¡Socorro! —grité, mientras nadaba con brazadas desesperadas hacia la *Abraham Lincoln*.

La ropa me estorbaba. El agua la pegaba a mi cuerpo y paralizaba mis movimientos. ¡Me hundía! ¡Me ahogaba!...

—¡Socorro!

Ese fue mi último grito. La boca se me llenó de agua. Me debatía arrastrado por el abismo...

De repente, una mano vigorosa me asió de la ropa, me sentí violentamente devuelto a la superficie del mar y oí, sí, oí estas palabras pronunciadas a mi oído:

—Si el señor tiene la amabilidad de apoyarse en mi hombro, el señor nadará mucho más a gusto.

Con una mano cogí el brazo de mi fiel Conseil.

—¡Tú! —exclamé—. ¡Tú!

—En persona —respondió Conseil—, y a las órdenes del señor.

—¿También te ha arrojado por la borda el choque al mismo tiempo que a mí?

—De ninguna manera, pero como estoy al servicio del señor, he seguido al señor.

¡Al valiente muchacho todo aquello le parecía de lo más natural!

—¿Y la fragata? —pregunté yo.

—¡La fragata! —respondió Conseil volviéndose de espaldas—. Me parece que el señor hará bien en no contar demasiado con ella.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, en el momento en que me lancé al mar, oí a los timoneles gritar: «¡La hélice y el gobernalle están rotos...!».

—¿Rotos?

—¡Sí! Rotos por el colmillo del monstruo. Creo que es la única avería que tiene la *Abraham Lincoln*. Pero la circunstancia engorrosa para nosotros es que ya no puede gobernar.

—Entonces, estamos perdidos.

—Tal vez —respondió tranquilamente Conseil—. Sin embargo, todavía tenemos unas horas por delante, y en unas horas se pueden hacer bastantes cosas.

La imperturbable sangre fría de Conseil me infundió ánimo. Nadé con más fuerza; pero, obstaculizado por la ropa que me oprimía como un traje de plomo, me resultaba tremendamente difícil mantenerme a flote. Conseil se dio cuenta y me dijo:

—Permítame el señor que le haga una incisión —dijo.

Deslizó una navaja abierta bajo mi ropa y la rasgó de arriba abajo con un tajo rápido. Después, me la quitó rápidamente mientras yo nadaba por los dos.

A mi vez, le devolví el favor a Conseil y continuamos «navegando» uno junto al otro.

Sin embargo, la situación no dejaba de ser terrible. Quizá no habían advertido nuestra desaparición, y aunque lo hubiesen hecho, la fragata no podía regresar hacia nosotros, a sotavento, con el gobernalle roto. Tan solo podíamos contar con sus botes.

Conseil, razonando fríamente sobre esta hipótesis, elaboró su plan en consecuencia. ¡Qué sorprendente temple! ¡El flemático muchacho se sentía allí como en su propia casa!

Así pues, llegamos a la conclusión de que nuestra única

oportunidad de salvación era que los botes de la *Abraham Lincoln* nos recogieran; por lo tanto, teníamos que organizarnos de manera que pudiéramos aguardarlos el máximo de tiempo posible. Decidí dividir nuestras fuerzas a fin de no agotarlas al mismo tiempo, y acordamos que uno de nosotros, tendido de espaldas, se mantuviera inmóvil, con los brazos cruzados y las piernas estiradas, mientras que el otro nadaría propulsándolo hacia adelante. El papel de remolcador no debía durar más de diez minutos, y relevándonos así, podríamos mantenernos a flote durante unas horas, tal vez hasta el amanecer.



Uno de nosotros, tendido de espaldas, se mantendría inmóvil

¡Qué escasas probabilidades teníamos! Sin embargo, ¡la esperanza está tan sólidamente arraigada en el corazón del hombre! Además, éramos dos. En fin, tengo que confesarlo —por improbable que parezca—: aunque hubiese pretendido destruir en mí cualquier atisbo de ilusión, aunque hubiese querido «desesperarme», no

podía.

La colisión de la fragata con el cetáceo se había producido hacia las once de la noche más o menos. En consecuencia, calculé que teníamos que nadar unas ocho horas hasta la salida del sol. Una operación rigurosamente factible si nos relevábamos. La mar estaba bastante llana y nos causaba poca fatiga. A veces, yo intentaba atravesar con la mirada las espesas tinieblas, únicamente disipadas por la fosforescencia provocada por nuestros movimientos. Contemplaba aquellas ondas luminosas que se rompían en mis manos y cuya superficie refulgente se teñía de plateados corpúsculos. Parecía que estábamos sumergidos en un baño de mercurio.

Hacia la una de la madrugada, se apoderó de mí un intenso cansancio. Tenía los miembros anquilosados a causa de unos violentos calambres. Conseil tenía que sostenerme, con lo que nuestra salvación dependía exclusivamente de él. Pronto oí cómo jadeaba el pobre muchacho; su respiración se volvió entrecortada y angustiosa. Me di cuenta de que no podría resistir durante mucho tiempo.

—¡Déjame! ¡Déjame! —le dije.

—Abandonar al señor, ¡jamás! —respondió—. ¡Espero ahogarme yo antes que el señor!

En aquellos momentos, la luna apareció por entre las franjas de una gruesa nube que el viento empujaba hacia el este. La superficie del mar centelleó bajo sus rayos. Aquella luz bienhechora reanimó nuestras fuerzas. Enderecé la cabeza y dirigí mi mirada hacia todos los rincones del horizonte. Avisté la fragata. Estaba a cinco millas de nosotros y ya no formaba más que una masa oscura, apenas perceptible. Pero, botes, ¡ni uno!

Quise gritar. ¡Para qué, a tanta distancia...! Mis labios abotargados no dejaban pasar sonido alguno. Conseil pudo articular unas palabras y lo oí repetir en varias ocasiones:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Dejamos de movernos un instante y escuchamos. Quizá podía tratarse de uno de esos zumbidos con los que la presión de la sangre golpea el oído, pero me pareció oír un grito que respondía al de Conseil.

—¿Has oído? —murmuré.

—¡Sí! ¡Sí!

Y Conseil lanzó al espacio una nueva llamada desesperada.

¡No había error posible! ¡Una voz humana respondía a la nuestra! ¿Sería la voz de algún desdichado, abandonado en medio del océano, otra víctima del choque sufrido por el navío? ¿No vendría más bien de un bote de la fragata que nos llamaba en la oscuridad?

Conseil hizo un esfuerzo supremo y, apoyándose en mis hombros, mientras yo resistía en una última convulsión, levantó medio cuerpo fuera del agua y volvió a caer exhausto.

—¿Qué has visto?

—He visto... —murmuró—, he visto..., pero no hablemos..., ¡guardemos todas nuestras fuerzas!...

¿Qué habría visto? Entonces, no sé por qué, paré mientes por primera vez en la idea del monstruo... Pero ¿y esa voz? Ya no corren tiempos en que abunden los Jonases que se refugian en los vientres de las ballenas [102].

Mientras tanto, Conseil seguía remolcándome. De vez en cuando levantaba la cabeza, miraba ante sí y lanzaba un grito para indicar nuestra posición al que respondía una voz cada vez más cercana. Casi no podía oírla. Mis fuerzas estaban exhaustas; los dedos se me separaban; las manos no me ofrecían ya ningún punto de apoyo; la boca, abierta convulsivamente, se me llenaba de agua salada; el frío se apoderaba de mí. Volví a levantar la cabeza por última vez y, luego, me hundí...

En aquel instante, choqué con un cuerpo duro y me aferré a él. Después, sentí cómo me retiraban y me volvían a subir a la superficie del agua; mi pecho perdió el aliento y me desmayé...



Estábamos tendidos encima de una especie de barco submarino

Pero lo cierto es que rápidamente recobré el conocimiento gracias a unas vigorosas friegas que recorrieron mi cuerpo. Entreabrí los ojos...

—¡Conseil! —murmuré.

—¿Me ha llamado el señor? —respondió Conseil.

En aquel momento, gracias a los últimos resplandores de la luna, que descendía hacia el horizonte, distinguí un rostro que no era el de Conseil y que reconocí de inmediato.

—¡Ned! —exclamé.

—El mismo, señor. ¡Corriendo tras la recompensa! —respondió el canadiense.

—¿Lo ha precipitado al mar el choque de la fragata?

—Sí, profesor, pero salí mejor parado que ustedes y casi de inmediato pude poner pie sobre un islote flotante.

—¿Un islote?

—O, para ser más exactos, sobre nuestro narval gigantesco.

—Explíquese, Ned.

—El caso es que en seguida comprendí por qué no le había podido clavar el arpón y se había embotado en su piel.

—¿Por qué, Ned, por qué?

—Pues porque esta bestia está hecha de planchas de acero, profesor.

En estos momentos, es preciso que vuelva a ser dueño de mí mismo, que reavive mis recuerdos, que yo mismo sopesé mis afirmaciones.

Las últimas palabras del canadiense habían producido una súbita conmoción en mi cerebro. Me levanté rápidamente hasta lo alto del ser o del objeto semisumergido que nos servía de refugio. Lo tanteé con el pie. Se trataba, evidentemente, de un cuerpo duro, impenetrable, y no de esa sustancia blanda que forma la masa de los grandes mamíferos marinos.

Pero ese cuerpo duro podía ser un caparazón óseo, similar al de los animales antediluvianos, lo que sería suficiente para clasificar al monstruo entre los reptiles anfibios, como las tortugas o los aligátores.

¡Pues no! El lomo negruzco que me soportaba era liso, pulido, carente de imbricaciones. Al choque devolvía una sonoridad metálica, y, por increíble que fuese, parecía, ¡qué digo!, estaba hecho de planchas atornilladas.

No había duda posible. El animal, el monstruo, el fenómeno natural que había intrigado al entero mundo científico, que había trastornado y extraviado la imaginación de los marinos de ambos hemisferios —había que reconocerlo— era un fenómeno aún más

sorprendente, un fenómeno surgido de la mano del hombre.

Ni aunque hubiese descubierto la existencia del ser más fabuloso, o del más mitológico, habría quedado mi entendimiento tan sorprendido como entonces. Que lo prodigioso tenga su origen en el Creador, resulta sencillo de aceptar; pero, encontrarse de repente, cara a cara, ante lo imposible, misteriosa y humanamente realizado, era como para desconcertar a cualquiera.

Sin embargo, no cabía duda de que estábamos tendidos encima de una especie de barco submarino, que, en la medida en que podía yo juzgar, tenía la forma de un enorme pez de acero. Ned Land ya tenía su opinión al respecto. A Conseil y a mí no nos quedaba más opción que ponernos de su lado.

—Entonces —dije yo—, este ingenio tiene que llevar en su interior un mecanismo de locomoción y la tripulación necesaria para dirigirlo.

—Por supuesto —respondió el arponero—, pero desde hace tres horas que habito esta isla flotante, no ha dado señales de vida.

—¿No se ha movido el barco?

—No, señor Aronnax. Se deja mecer por las olas, pero no se mueve.

—No obstante, tenemos la certeza de que puede desarrollar una gran velocidad. En ese caso, dado que hace falta una máquina para producir dicha velocidad y un maquinista para manejarla, hemos de concluir que... estamos salvados.

—No sé, no sé... —murmuró Ned Land con cierta reserva.

En ese momento, como para respaldar mi argumentación, se oyó un borboteo por detrás del extraño artefacto, cuyo propulsor era evidentemente una hélice, y se puso en movimiento. Casi no nos dio tiempo a agarrarnos a su parte superior, que emergía unos ochenta centímetros. Afortunadamente, su velocidad no era excesiva.

—Mientras navegue horizontalmente —murmuró Ned Land—, no tengo nada que decir. Ahora, como se le ocurra sumergirse, no apuesto ni dos dólares por mi pellejo.

Menos aún, podría haber dicho el canadiense.

Era imperioso entablar comunicación con aquellos seres que estaban encerrados entre los costados de aquella máquina, fueran quienes fuesen. Yo buscaba en su superficie una abertura, el cuartel de una escotilla, un «paso de hombre», por emplear la expresión

técnica; pero los roblones, sólida y limpiamente remachados sobre la juntura de las planchas, seguían una línea uniforme.

Además, la luna desapareció y nos dejó sumidos en la más profunda oscuridad. Fue necesario esperar el día para dilucidar con qué medios se podía penetrar en el interior del barco submarino.

Así pues, nuestra salvación dependía únicamente del capricho de los misteriosos timoneles que dirigían el aparato, y si se sumergían ¡estábamos perdidos! Aparte de eso, yo no dudaba de la posibilidad de entrar en contacto con ellos; y es que, si no fabricaban ellos mismos su aire, era absolutamente necesario que emergieran de vez en cuando a la superficie del océano para renovar su provisión de moléculas respirables. Por lo tanto, no podían prescindir de una abertura que pusiera en comunicación el interior del barco con la atmósfera.

La esperanza de que nos salvara el comandante Farragut quedaba completamente descartada. Estábamos siendo arrastrados hacia el oeste, y calculé que nuestra velocidad, relativamente moderada, alcanzaba las doce millas por hora. La hélice golpeaba las olas con una regularidad matemática y, a veces, emergía disparando el agua fosforescente a gran altura.

Hacia las cuatro de la madrugada, la velocidad del aparato se incrementó. Cuando las olas nos azotaban de lleno resistíamos difícilmente aquel vertiginoso empuje. Afortunadamente, Ned encontró con la mano una ancha argolla fijada en la parte superior de la plancha de acero y conseguimos asirnos con firmeza.

Al fin transcurrió aquella noche tan larga. Mis recuerdos fragmentarios no me permiten describir ahora todas las impresiones que acumulé. Solo me viene a la memoria un detalle. Durante algunos momentos de calma del mar y del viento, me pareció escuchar unos vagos sonidos, una suerte de fugaz armonía que emanaba de unos acordes lejanos. ¿Cuál era el misterio de aquella navegación submarina a la que el mundo entero intentaba, en vano, dar explicación? ¿Qué seres vivían en aquel extraño buque? ¿Qué agente mecánico le permitía desplazarse a tan prodigiosa velocidad?

Se hizo de día. Las brumas de la mañana nos envolvían, pero no tardaron en disiparse. Iba a proceder a un examen minucioso del casco que formaba en su parte superior una especie de plataforma

horizontal, cuando sentí que poco a poco se hundía.

—¡Eh, por mil diablos! —exclamó Ned Land, golpeando con los pies la plancha sonora—. ¡Abrid ya, navegantes! ¡Un poco de hospitalidad!

Pero era difícil hacerse entender en medio de la ensordecedora trepidación de la hélice. Afortunadamente, el movimiento de inmersión se detuvo.

De repente, del interior del barco llegó un ruido, como si empujaran violentamente algunos objetos metálicos. Se levantó una de las planchas y apareció un hombre, que dio un grito extraño y desapareció enseguida.

Unos instantes después, ocho hombres robustos, con el rostro oculto, aparecieron silenciosamente y nos arrastraron a su asombrosa máquina.

VIII

Mobilis in mobili [103]

El secuestro, tan brutalmente ejecutado, se había realizado a la velocidad del relámpago. Mis compañeros y yo no habíamos tenido tiempo de darnos cuenta. No sé qué sintieron al verse introducidos en aquella prisión flotante, pero a mí me heló la piel un rápido escalofrío. ¿Con quién nos las veíamos? Sin duda, con unos piratas de nuevo cuño que explotaban el mar a su manera.

Tan pronto como se cerró la estrecha escotilla tras de mí, me envolvió una profunda oscuridad. Mis ojos, impregnados de la luz exterior, no pudieron percibir nada. Sentí cómo mis pies descalzos buscaban apoyo en los peldaños de una escala metálica. Ned Land y Conseil, asidos vigorosamente, caminaban detrás de mí. Al pie de la escala, se abrió una puerta que volvió a cerrarse inmediatamente a nuestras espaldas con un gran estruendo.

Estábamos solos. ¿Dónde? Ni lo sabía ni apenas podía imaginarlo. Todo estaba negro, y de un negro tan absoluto que, transcurridos unos minutos, mis ojos aún no habían podido vislumbrar ni siquiera esos vagos visos que flotan hasta en las noches más cerradas.

Mientras tanto, Ned Land, furioso ante aquella manera de proceder, daba rienda suelta a su indignación.

—¡Por todos los diablos! —gritaba—. ¡Esta gente daría lecciones de hospitalidad a los caledonianos [104]! ¡Lo único que les falta es ser antropófagos! ¡No me extrañaría que así fuese, pero desde luego que a mí no me van a comer sin que proteste [105]!

—Cálmese, amigo Ned, cálmese —respondió tranquilamente Conseil—. No adelante usted acontecimientos. Todavía no nos han puesto en el asador.

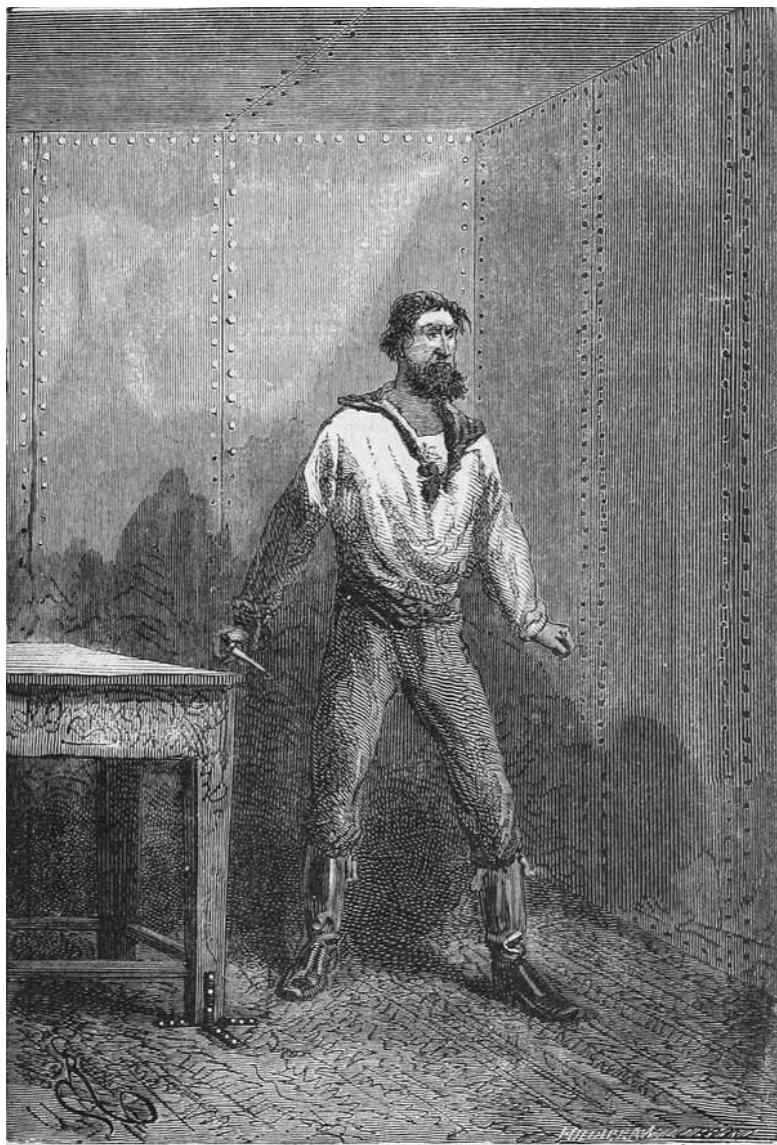
—En el asador no —replicó el canadiense—, pero en el horno sí, no me cabe duda. Esto está bastante oscuro. Afortunadamente, mi

bowie-knife [106] * no me ha abandonado, y todavía veo lo suficientemente claro como para usarlo. Al primero de estos bandidos que me ponga la mano encima...

—No se irrite, Ned —le dije al arponero—, y no nos comprometa con inútiles actos de violencia. ¿Quién sabe si no estarán escuchándonos? Intentemos averiguar dónde estamos.

Anduve a tientas. Di solamente cinco pasos y me encontré con una pared de hierro, hecha de planchas atornilladas. Después, al girarme, choqué contra una mesa de madera, junto a la que había colocados unos escabeles. El suelo de nuestra celda estaba cubierto por una espesa estera de lino de Nueva Zelanda [107] que amortiguaba el ruido de nuestros pasos. Las paredes desnudas [108] no revelaban ningún vestigio de puertas ni de ventanas. Conseil, tras dar una vuelta en sentido inverso, me alcanzó y volvimos al centro del camarote, que debía de tener unos veinte pies de largo por diez de ancho. En cuanto a la altura, Ned Land no pudo medirla pese a su elevada estatura.

Había transcurrido ya una media hora sin que la situación se hubiera modificado, cuando de la extrema oscuridad nuestros ojos pasaron súbitamente a la luz más fulgurante. Nuestra celda se iluminó de repente, es decir, se llenó de una materia luminosa tan intensa que al principio no pude soportar su resplandor. Por su blancura e intensidad reconocí la misma iluminación eléctrica que producía en torno al barco submarino aquel magnífico fenómeno de fosforescencia. Involuntariamente cerré los ojos; cuando los volví a abrir vi que el agente luminoso fluía de un semiglobo esmerilado situado en la parte superior del camarote.



Nuestra celda se iluminó de repente

—¡Por fin vemos claro! —exclamó Ned Land, que se mantenía a la defensiva con el cuchillo empuñado.

—Sí —respondí yo, aventurándome por la antítesis—, pero la situación no deja de ser oscura.

—Tenga paciencia el señor —dijo el impasible Conseil.

La repentina iluminación del camarote me permitió examinarlo en sus más mínimos detalles. No había más que la mesa y los cinco escabeles. La puerta invisible debía de estar herméticamente cerrada. No llegaba ningún ruido a nuestros oídos. Todo parecía muerto en el interior del navío. ¿Navegaba, se mantenía en la superficie del océano, se hundía en sus profundidades? No podía adivinarlo.

No obstante, el globo luminoso no se había encendido sin motivo. Por lo tanto, cabía esperar que los hombres de la tripulación no tardaran en aparecer. Cuando uno quiere olvidarse de los prisioneros no les ilumina las mazmorras.

No me equivocaba. Se oyó un ruido de pestillos, la puerta se abrió y aparecieron dos hombres.

Uno era de pequeña estatura y músculos vigorosos, ancho de espaldas, de miembros robustos, fuerte cabeza y cabellera abundante y negra, con un bigote bien poblado, la mirada viva y penetrante; toda su persona estaba impregnada de esa vivacidad meridional que caracteriza en Francia a la población provenzal. Diderot sostuvo, con razón, que el gesto de la persona es metafórico y aquel hombre era ciertamente la prueba viviente de esa afirmación [109]. Se intuía que en su lengua habitual no debía de escatimar las prosopopeyas, las metonimias y las hipálages. Algo que, sin embargo, jamás pude verificar, pues ante mí siempre empleó un idioma singular y absolutamente incomprensible.

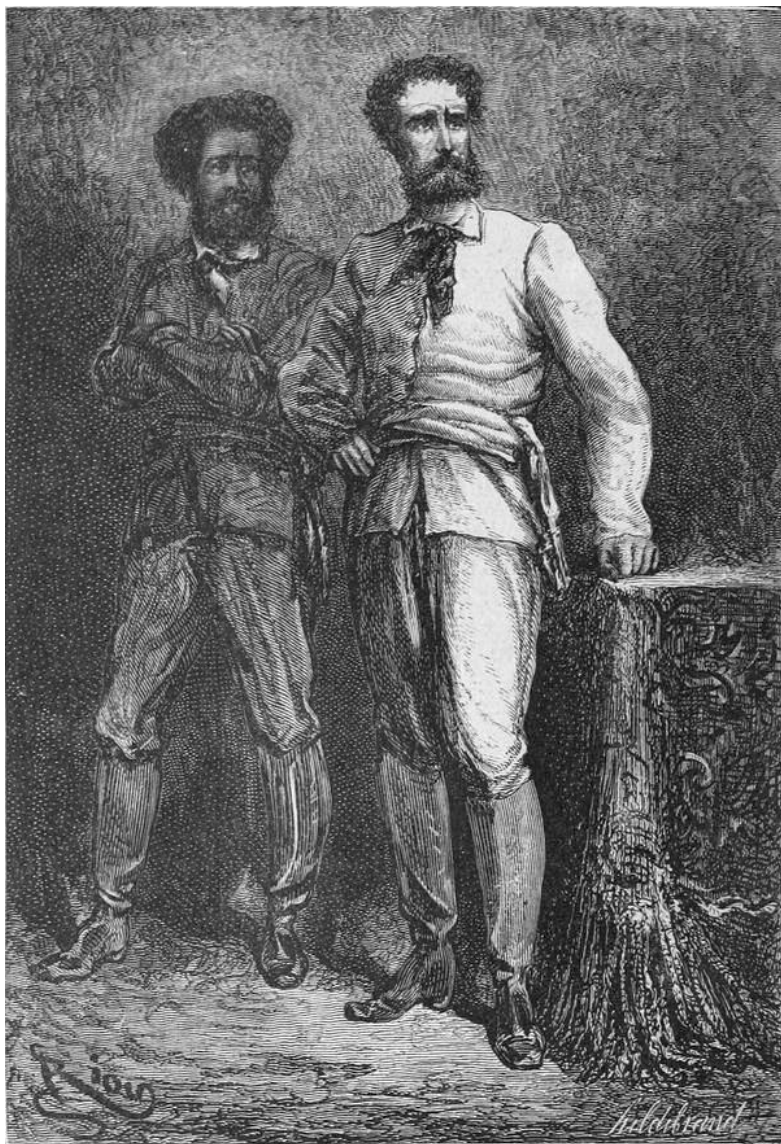
El segundo desconocido merece una descripción más detallada. Un discípulo de Gratiolet o de Engel [110] habría leído en su fisonomía como en un libro abierto. Reconocí inmediatamente sus cualidades dominantes: la confianza en sí mismo, pues su cabeza destacaba noblemente sobre el arco formado por la línea de sus hombros, y sus ojos negros miraban con fría seguridad; la serenidad, ya que su piel, de tono más bien pálido, indicaba la tranquilidad de su sangre; la energía, demostrada por la rápida contracción de sus músculos superciliares; el valor, por último, pues su profunda respiración denotaba una gran expansión vital.

Añadiré que era un hombre orgulloso, que su mirada firme y tranquila parecía reflejar pensamientos elevados, y que de todo este conjunto, de la homogeneidad de expresión de los gestos de su cuerpo y rostro, según la observación de los fisonomistas, se

desprendía una indiscutible franqueza.

Me sentí «involuntariamente» tranquilizado en su presencia, lo que me pareció un buen augurio para nuestra conversación [111].

No habría podido precisar si aquel personaje tenía treinta y cinco o cincuenta años. Era alto; su frente era ancha; su nariz, recta; su boca estaba nítidamente dibujada; sus dientes eran magníficos y sus manos, finas, alargadas, eminentemente «psíquicas», por emplear un término de la quirognomía [112], es decir, dignas de servir a un alma sublime y apasionada [113]. Aquel hombre representaba el tipo más admirable con el que me había encontrado jamás. Un detalle particular: sus ojos, ligeramente separados uno del otro, podían abarcar simultáneamente más de un cuadrante del horizonte. A esta facultad —como más tarde comprobé— se añadía un poder de visión incluso superior al de Ned Land. Cuando este desconocido clavaba su vista en un objeto, su ceño se fruncía, sus anchos párpados se aproximaban de manera que la pupila de sus ojos se circunscribía, estrechando así la extensión del campo visual, y entonces miraba. ¡Qué mirada! ¡Cómo aumentaba los objetos empequeñecidos por la lejanía! ¡Cómo le penetraba a uno hasta el alma! ¡Cómo atravesaba las capas líquidas, tan opacas a nuestros ojos y cómo leía en lo más profundo de los mares!...



No habría podido precisar si aquel personaje tenía treinta y cinco o cincuenta años

Los dos desconocidos, tocados con boinas de piel de nutria marina y calzados con botas de mar de piel de foca, llevaban trajes de un tejido especial que liberaban el talle y permitían una gran libertad de movimientos [114].

El más alto de los dos —sin duda, el comandante a bordo— nos

examinó con suma atención, sin pronunciar ni una palabra. Luego, volviéndose hacia su compañero, le habló en una lengua que no pude reconocer. Era un idioma sonoro, armonioso, flexible, cuyas vocales parecían sometidas a una acentuación muy variada.

El otro respondió con un movimiento de la cabeza y añadió dos o tres palabras totalmente incomprensibles. Después, pareció interrogarme directamente con la mirada.

Yo respondí en buen francés que no entendía su lengua; pero él pareció no comprenderme, y la situación se volvió bastante embarazosa.

—De todas maneras, el señor podría contar nuestra historia —me dijo Conseil—. Al fin y al cabo, quizá comprendan algunas palabras estos señores.

Comencé el relato de nuestras aventuras, articulando claramente todas las sílabas, sin omitir ni un solo detalle. Dije cómo nos llamábamos y a qué nos dedicábamos; después, presenté debidamente al profesor Aronnax, a su criado Conseil y al maestro arponero Ned Land.

El hombre de ojos dulces y sosegados me escuchó tranquilamente, incluso educadamente, y con una notable atención. Pero nada en su expresión indicaba que hubiese comprendido mi historia. Cuando hube concluido, no pronunció ni una sola palabra.

Nos quedaba todavía el recurso de hablar inglés. Quizá podríamos hacernos comprender en esa lengua, más o menos universal. Yo la conocía, así como la lengua alemana, de manera suficiente como para leerla sin problemas, pero no como para hablarla correctamente. Y, en aquellos momentos, era necesario sobre todo hacerse comprender.

—Adelante, es su turno —le dije al arponero—. Maestro Land, saque de su repertorio el mejor inglés que haya hablado jamás un anglosajón e intente tener más suerte que yo.

Ned no se hizo de rogar y volvió a exponer mi relato en términos que en gran parte entendí. En el fondo era lo mismo que yo había dicho, si bien difería en la forma. El canadiense, llevado de su carácter, lo aderezó con mucha animación. Se lamentó vehementemente de estar cautivo, lo que suponía un desprecio del derecho de gentes [115], preguntó en virtud de qué ley se lo retenía así, invocó el *habeas corpus* [116], amenazó con demandar

a quienes lo habían secuestrado indebidamente, se agitó, gesticuló, gritó y, finalmente, dejó entender por un gesto expresivo que nos estábamos muriendo de hambre.

Eso era algo rigurosamente cierto, pero casi lo habíamos olvidado.

Para gran estupefacción suya, el arponero no pareció haberse hecho entender mejor que yo. Nuestros visitantes ni siquiera pestañearon. Era evidente que no entendían ni la lengua de Aragón ni la de Faraday [117].

Desconcertado tras haber agotado en vano nuestros recursos filológicos no sabía ya qué hacer, cuando Conseil me dijo:

—Si el señor me da permiso, lo contaré en alemán.

—¡Cómo! ¿Sabes alemán? —exclamé.

—Como buen flamenco, si al señor no le incomoda.

—Al contrario, me agrada. Adelante, muchacho.

Y Conseil, con su voz tranquila, relató por tercera vez las diversas peripecias de nuestra historia. Pero, a pesar de los elegantes giros y la bella entonación del narrador, la lengua alemana tampoco tuvo éxito.

Para acabar, resuelto ya a todo, reuní lo que me quedaba de mis primeros estudios y empecé la narración de mis aventuras en latín. Cicerón [118] se habría tapado los oídos y me habría mandado a la cocina, pero a pesar de ello conseguí salir del atolladero, aunque con idéntico resultado negativo.

Tras fracasar también este último intento, los dos desconocidos intercambiaron algunas palabras en su incomprensible lenguaje y se retiraron sin habernos dirigido ni tan solo uno de esos gestos tranquilizadores que son usuales en todos los países del mundo. La puerta se volvió a cerrar.

—¡Es una infamia! —gritó Ned Land, que estalló por vigésima vez—. ¡Cómo es posible! ¡Se les habla en francés, en inglés, en alemán y en latín a esos canallas, y ninguno se digna responder!

—Cálmese, Ned —le dije al impetuoso arponero—. La cólera no serviría de nada.

—¿Sabe usted, profesor —replicó nuestro irascible compañero—, que podríamos perfectamente morir de hambre en esta jaula de hierro?

—¡Bah! —dijo Conseil—. Con un poco de filosofía, todavía

podemos aguantar bastante tiempo.

—Amigos míos —dije—, no hay que desesperar. Hemos pasado por otros trances peores. Hagan el favor de esperar para formarse una opinión sobre el comandante y la tripulación de este buque.

—Mi opinión ya la tengo bien clara —respondió Ned Land—. Son unos canallas...

—¡Bueno! ¿Y de qué país?

—¡Del país de los canallas!

—Mi buen Ned, ese país todavía no aparece bien indicado en el mapa mundi, y confieso que la nacionalidad de esos dos desconocidos es difícil de aclarar. No son ingleses, ni franceses, ni alemanes, eso es todo lo que podemos afirmar. Sin embargo, me inclinaría a pensar que el comandante y su segundo han nacido en latitudes bajas. Hay algo de meridionales en ellos. Pero su tipo físico no me permite decidir si son españoles, turcos, árabes o indios. Y respecto a su lengua, es absolutamente incomprensible.

—Ese es el inconveniente de no saber todas las lenguas —respondió Conseil—, o la desventaja de no tener una única lengua [119].

—Lo que no nos serviría de nada —respondió Ned Land—. ¡No se dan cuenta de que esa gente tiene un lenguaje propio, una lengua inventada para desesperar a las buenas personas que les piden de comer! En todos los países de la tierra, abrir la boca, mover la mandíbula, los dientes y los labios, ¿no se comprende por sí solo? ¿No quiere eso decir en Quebec y en las Pomotu, en París y en las antípodas: tengo hambre, dadme de comer?

—¡Oh! —exclamó Conseil—. ¡Hay quienes son de natural tan poco inteligente!

Al tiempo que decía esas palabras, la puerta se abrió y entró un *steward* [120] *. Nos traía chaquetas y calzones de mar, ropa confeccionada con un tejido que no pude reconocer. Me apresuré a ponérmela y mis compañeros me imitaron.

Durante ese tiempo, el *steward* —mudo, sordo quizá— había preparado la mesa y dispuesto tres cubiertos.

—Esto ya es algo más serio —dijo Conseil—, y promete estar bueno.

—¡Bah! —replicó el rencoroso arponero—. ¿Qué diablos quiere usted que comamos aquí? ¿Hígado de tortuga, filete de tiburón,

bistec de musola?

—Veremos —repuso Conseil.

Los platos, cubiertos por una campana de plata, fueron colocados simétricamente sobre el mantel, y ocupamos nuestros sitios en la mesa. Decididamente, la gente con la que tratábamos era civilizada; sin la luz eléctrica que nos inundaba, me habría creído en el comedor del hotel Adelphi de Liverpool [121], o del Grand-Hôtel de París. Sin embargo, debo decir que el pan y el vino brillaban totalmente por su ausencia [122]. El agua era fresca y límpida, pero solo era agua, lo cual no agradaba a Ned Land. Entre los manjares que nos sirvieron, reconocí diversos pescados delicadamente preparados; pero sobre otros platos —igualmente excelentes— no pude pronunciarme y ni siquiera habría sabido decir a qué reino, vegetal o animal, pertenecía su contenido. En cuanto al servicio de mesa, era elegante y de un gusto exquisito. Cada cubierto, cuchara, tenedor, cuchillo, y cada plato tenían grabada una letra rodeada de una divisa en exergo, cuyo facsímil exacto reproduzco aquí:

MOBILIS IN MOBILI
N

¡Móvil en el elemento móvil! Esta divisa se aplicaba exactamente al aparato submarino, a condición de traducir la preposición *in* por *en* y no por *sobre*. La letra N correspondía sin duda a la inicial del enigmático personaje que mandaba en el fondo de los mares [123].

Ned y Conseil no se entregaban a tantas reflexiones. Devoraban, y no tardé en imitarlos. Yo ya me había tranquilizado sobre nuestra suerte, y me parecía lógico pensar que nuestros anfitriones no querían dejarnos morir de inanición.

No obstante, en este mundo a todo le llega su fin, todo pasa, incluso el hambre de quienes llevan quince horas sin comer. Con el apetito satisfecho, la necesidad de dormir se dejó sentir imperiosamente. Reacción natural, tras la interminable noche

durante la que habíamos luchado contra la muerte.

—La verdad es que dormiría a gusto —dijo Conseil.

—Pues yo ya duermo —respondió Ned Land.

Mis dos compañeros se echaron encima de la estera del camarote y enseguida se sumieron en un sueño profundo.

Yo cedí con menos facilidad a esa violenta necesidad de dormir. Demasiados pensamientos se acumulaban en mi mente, demasiadas preguntas sin solución se agolpaban, demasiadas imágenes que mantenían mis párpados entreabiertos. ¿Dónde estábamos? ¿Qué extraña fuerza nos llevaba? Sentía, o más bien creía sentir, cómo el aparato se hundía en las capas más remotas del mar. Me acosaban unas violentas pesadillas. En aquellos misteriosos refugios entreveía todo un mundo de animales desconocidos, de los que el barco submarino parecía ser congénere, ¡vivo, en movimiento, tan impresionante como ellos!... Luego, mi cerebro se apaciguó, mi imaginación se fundió en una vaga somnolencia, y enseguida caí en un sombrío sueño.



Mis compañeros se echaron encima de la estera del camarote

IX

La ira de Ned Land

Ignoro cuánto duró aquel sueño, pero tuvo que ser largo, pues nos repusimos completamente de nuestro cansancio. Yo fui el primero en despertarme. Mis compañeros no se habían movido todavía y permanecían tendidos en su rincón como sendas masas inertes.

Tan pronto como me levanté de aquella yacija bastante dura, sentí el cerebro despejado y clara la mente. Entonces, volví a examinar atentamente nuestra celda.

No había cambiado nada en su disposición interior. La prisión continuaba siendo prisión, y los prisioneros, prisioneros. No obstante, el *steward*, aprovechando nuestro sueño, había retirado los servicios de la mesa. Por lo tanto, nada hacía prever que la situación fuese a cambiar en breve, de manera que empecé a preguntarme seriamente si no estaríamos destinados a vivir indefinidamente en aquella jaula.

Esa perspectiva me pareció tanto más penosa cuanto que, si bien mi cerebro estaba libre de las obsesiones de la víspera, sentía una extraña opresión en el pecho. Respiraba con dificultad. El aire enrarecido no bastaba ya para alimentar mis pulmones. Aunque la celda fuese amplia, era evidente que habíamos consumido gran parte del oxígeno que contenía. En efecto, cada persona necesita en una hora el oxígeno contenido en cien litros de aire, y ese aire, cargado entonces de una cantidad casi idéntica de ácido carbónico, se vuelve irrespirable.

Así pues, era urgente renovar la atmósfera de nuestra prisión y también la del barco submarino.

Una pregunta acudió a mi mente: ¿cómo procedía el comandante de aquella morada flotante? ¿Obtenía el aire por medios químicos, haciendo desprenderse mediante el calor el

oxígeno contenido en el clorato de potasio y absorbiendo el ácido carbónico gracias a la potasa cáustica? En ese caso, debía mantener algún tipo de relación con los continentes a fin de procurarse las sustancias necesarias para esa operación. ¿O se limitaba a almacenar el aire a altas presiones en depósitos y lo expandía luego según las necesidades de su tripulación? Tal vez. ¿O bien, utilizando un procedimiento más cómodo, más económico, y en consecuencia más probable, se contentaba con subir a la superficie de las aguas a respirar, como un cetáceo, y a renovar cada veinticuatro horas su provisión de atmósfera? En cualquier caso, e independientemente del método utilizado, me parecía prudente que lo empleara sin tardanza.

Ya me estaba viendo obligado a multiplicar mis inspiraciones para extraer de la celda el poco oxígeno que contenía, cuando, de repente, me refrescó una corriente de aire puro y totalmente perfumado de emanaciones salinas. ¡No había duda de que se trataba de la brisa marina, vivificante y repleta de yodo! Abrí la boca cuanto pude y mis pulmones se saturaron de moléculas frescas. Al mismo tiempo, noté un balanceo del barco, un movimiento de mediana amplitud, pero fácilmente identificable. El barco, el monstruo de acero, acababa de remontar a la superficie del océano para respirar, al igual que las ballenas. Ya no había duda acerca del modo de ventilación del navío.

Cuando hube absorbido a pleno pulmón aquel aire puro, busqué el conducto —el «aerífero», si se prefiere— que dejaba llegar hasta nosotros aquellos efluvios bienhechores, y no tardé en encontrarlo. Encima de la puerta se abría un conducto de ventilación por donde pasaba una fresca columna de aire, con lo que se renovaba la atmósfera enrarecida de la celda.

Me encontraba en ese punto de mis observaciones, cuando Ned y Conseil se despertaron casi simultáneamente, por obra de la aireación revivificante. Se restregaron los ojos, estiraron los brazos y se pusieron de pie en un instante.

—¿Ha dormido bien el señor? —me preguntó Conseil, cortés como cada día.

—Estupendamente, muchacho —respondí yo—. ¿Y usted, Ned?

—Profundamente, profesor. No sé si me equivoco, pero me parece que respiro una especie de brisa marina.

Un marino no podía equivocarse, y le conté al canadiense lo que había ocurrido mientras dormía.

—¡Bueno! —exclamó—, eso explica perfectamente los mugidos que oíamos cuando el supuesto narval se encontraba a la vista de la *Abraham Lincoln*.

—Efectivamente, maestro Land, ¡era su respiración!

—La única pega, señor Aronnax, es que no tengo ni idea de la hora que es, ¿no será la hora de cenar?

—¿La hora de cenar, mi buen arponero? Diga más bien la hora del almuerzo, pues sin duda ya ha pasado un día desde que llegamos aquí.

—Lo que demuestra —respondió Conseil—, que hemos estado durmiendo veinticuatro horas.

—Eso creo —respondí yo.

—No seré yo quien lo contradiga —replicó Ned Land—. Pero ya sea con la cena o con el almuerzo, el *steward* sería bienvenido.

—La cena y el almuerzo —puntualizó Conseil.

—Exacto —respondió el canadiense—. Tenemos derecho a dos comidas, y yo le haré los honores a las dos.

—Bien, Ned, esperemos —respondí—. Es evidente que estos desconocidos no tienen intención de dejarnos morir de hambre, pues, de ser así, la cena de ayer no tendría ningún sentido.

—¡A no ser que nos estén engordando para la matanza! —apostilló Ned Land.

—¡Protesto! —repliqué—. ¡No hemos caído en manos de caníbales ni mucho menos!

—Una vez al año no hace daño —respondió serio el canadiense—. Quién sabe si esta gente no estará privada de carne fresca desde hace tiempo, y en ese caso, tres individuos sanos y bien constituidos como el profesor, su criado y un servidor...

—Abandone esas ideas, Ned —respondí al arponero—, y sobre todo no las tome como pretexto para enfurecerse con nuestros anfitriones; así, solo podría agravar la situación.

—Sea como sea —dijo el arponero—, tengo un hambre de mil demonios y, cena o almuerzo, ¡la comida no llega!

—Señor Land —repliqué yo—, hay que respetar el reglamento de a bordo, y supongo que nuestros estómagos van adelantados respecto a la campana del jefe de cocina.

—¡Muy bien! Pues los pondremos en hora —respondió tranquilamente Conseil.

—Eso es típico de usted, amigo Conseil —repuso el impaciente canadiense—. Gasta usted poco su bilis y sus nervios. ¡Siempre tan tranquilo! ¡Sería capaz de decir el *gratias* antes del *benedicite* [124], y de morir de hambre antes que quejarse!

—¿Y de qué serviría quejarse? —preguntó Conseil.

—¡Pues para quejarse, precisamente! Ya es algo. Y si esos piratas —digo piratas por respeto, y para no contrariar al profesor, que prohíbe que los llamemos caníbales—, si esos piratas, digo, se figuran que me van a guardar en esta jaula donde me estoy asfixiando, sin saber con qué reniegos aliño mis enfados, están muy equivocados. Veamos, señor Aronnax, hable francamente [125]: ¿cree usted que nos tendrán mucho tiempo en esta caja de hierro?

—A decir verdad, no sé mucho más que usted, amigo Land.

—Bueno, pero ¿qué supone usted?

—Supongo que el azar nos ha llevado a conocer un importante secreto. Por lo tanto, si la tripulación de este barco submarino tiene interés en guardarlo y si ese interés cuenta más que la vida de tres hombres, me parece que nuestra existencia está bastante comprometida. En caso contrario, a la primera ocasión, el monstruo que nos ha tragado nos devolverá al mundo habitado por nuestros semejantes.

—A no ser que nos enrolen en su tripulación —dijo Conseil—, y que nos mantengan así...

—Hasta el momento —replicó Ned Land— en que alguna fragata, más rápida o más hábil que la *Abraham Lincoln*, se haga con este nido de forajidos y envíe a su tripulación, y a nosotros con ella, a dar el último suspiro en el penol de su verga mayor.

—Buen razonamiento, Ned —repuse—. Pero, que yo sepa, todavía no se nos ha hecho ninguna proposición en ese sentido. Es inútil discutir sobre el partido que deberemos tomar hasta que se presente la ocasión. Se lo repito: esperemos, las circunstancias serán nuestras consejeras; no hagamos nada, puesto que no se puede hacer nada.

—¡Al contrario, profesor —contestó el arponero, que no quería dar su brazo a torcer—, es preciso hacer algo!

—¿Y qué es algo, señor Land?

—Escaparnos.

—Escaparse de una prisión «terrestre» suele ser difícil, pero de una prisión submarina me parece absolutamente impracticable.

—Venga, amigo Ned —preguntó Conseil—. ¿Qué responde usted a la objeción del profesor? No puedo creer que un americano se quede sin recursos.

El arponero, visiblemente desconcertado, calló. Una fuga, en las condiciones en que el azar nos había colocado, era absolutamente imposible. Pero un canadiense es medio francés, y Ned Land lo dejó patente en su respuesta.

—Así que, señor Aronnax —prosiguió tras unos momentos de reflexión—, ¿no adivina usted qué es lo que debe hacer la gente que no puede escaparse de su prisión?

—No, amigo mío.

—Es muy sencillo, es menester que se las arregle para quedarse.

—¡Claro que sí! —exclamó Conseil—. ¡Más vale estar dentro que encima o debajo!

—Pero después de haber echado fuera a carceleros, llaverizos y guardianes —añadió Ned Land.

—¿Cómo, Ned? ¡No estará usted pensando seriamente en apoderarse de este buque...!

—Muy seriamente —respondió el canadiense.

—Es imposible.

—¿Y eso por qué, señor? Podría darse alguna oportunidad favorable y no veo qué podría impedirnos que la aprovecháramos. Si no son más que una veintena de hombres a bordo de esta máquina, ¡me imagino que no harán retroceder a dos franceses y un canadiense **[126]**!

Más valía admitir la proposición del arponero que discutirla. Me contenté con responderle:

—Dejemos que las circunstancias nos lo digan, maestro Land, y ya veremos. Pero, hasta entonces, se lo ruego, contenga su impaciencia. La única manera de actuar es mediante la astucia; no es enfureciéndonos como propiciaremos que surjan oportunidades favorables. Prométame que aceptará la situación sin enfurecerse demasiado.

—Se lo prometo, profesor —respondió Ned Land con un tono poco tranquilizador—. Ni una palabra violenta saldrá de mi boca, ni

un gesto brutal me traicionará, aunque el servicio de comidas a bordo no funcione con toda la regularidad que sería de desear.

—Me ha dado su palabra, Ned —le dije al canadiense.

Después, interrumpimos la conversación y cada uno de nosotros se puso a reflexionar por separado. He de confesar que, a pesar del compromiso del arponero, yo no albergaba ilusión alguna. No admitía que pudieran darse esas oportunidades favorables a que se refería Ned Land. Para que el barco submarino estuviese gobernado con tal seguridad, era preciso disponer de una tripulación numerosa, lo que daba una gran ventaja a nuestros adversarios en caso de pelea. Por otra parte, y ante todo, era preciso estar libres, y nosotros no lo estábamos. Ni siquiera veía el medio de huir de aquella celda de acero tan herméticamente cerrada. Y si el extraño comandante del barco tenía un secreto que guardar —lo que parecía bastante probable—, no nos dejaría desenvolvernó libremente a bordo. Ahora bien, ¿se libraría de nosotros por medio de la violencia o nos arrojaría un día a algún rincón de tierra firme? Era algo imposible de saber. Todas las hipótesis me parecían extremadamente plausibles, y había que ser un arponero para confiar en reconquistar la libertad.

Entonces, me di cuenta de que las ideas de Ned Land se iban agriando con las cavilaciones en que se sumía su cerebro. Poco a poco, oía cómo bramaban los reniegos desde el fondo de su garganta y veía que sus gestos se tornaban amenazadores. Se levantaba, se revolvía como una fiera salvaje enjaulada, golpeaba las paredes a puñetazos y patadas. El tiempo iba pasando, el hambre se sentía ya cruelmente y el *steward* seguía sin aparecer. Si de verdad tenían buenas intenciones para con nosotros, aquello era olvidar durante mucho tiempo nuestra condición de náufragos [127].

Ned Land, atormentado por los gruñidos de su robusto estómago se encolerizaba cada vez más, y pese a su palabra, yo tenía auténtico temor a que se desencadenara una explosión cuando se encontrase frente a uno de los hombres de a bordo.

Durante otras dos horas, la ira de Ned Land fue en aumento. El canadiense llamaba, gritaba, pero en vano. Las murallas de acero permanecían sordas. Ni siquiera se oía ruido en el interior del barco, que parecía muerto. No se movía, pues habría sentido

estremecerse su casco debido al impulso de la hélice. Sin duda, sumergido en el abismo de las aguas, ya no pertenecía a la tierra. Todo aquel lúgubre silencio era aterrador.

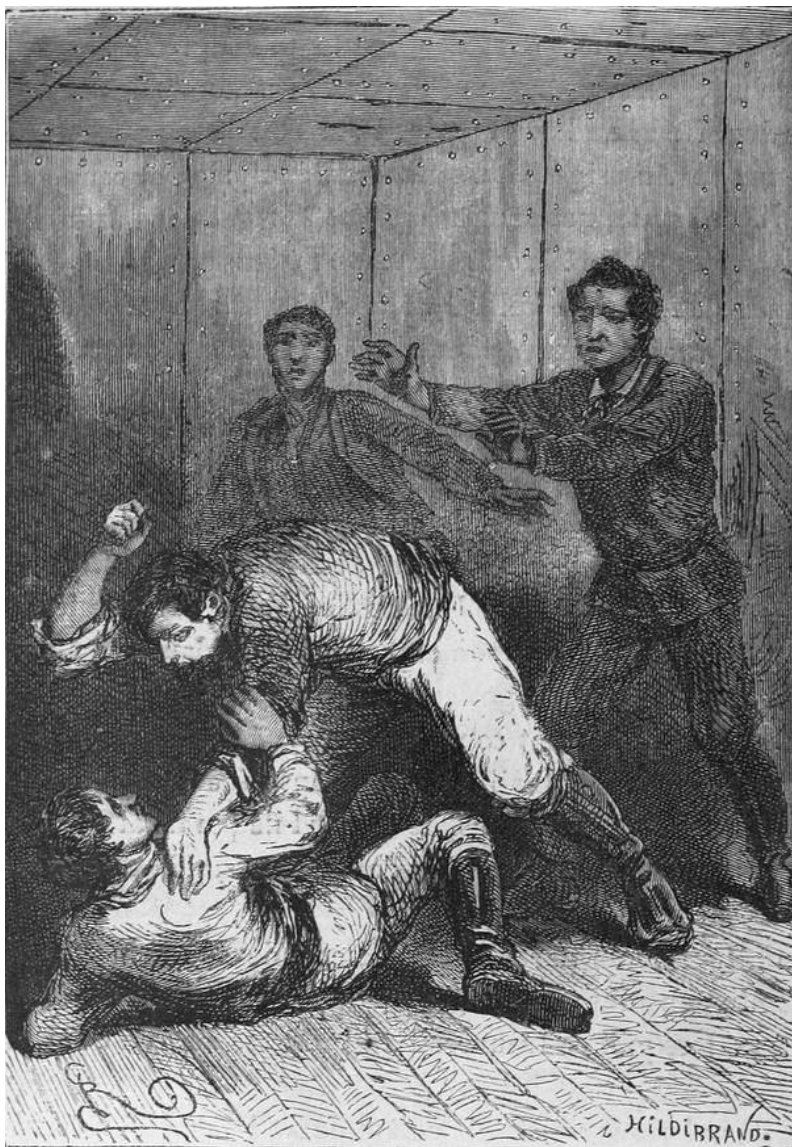
En cuanto a nuestro abandono, nuestro aislamiento en el fondo de la celda, no me atrevía a calcular lo que podría durar. Las esperanzas que había concebido tras nuestro encuentro con el comandante de a bordo se extinguieron poco a poco. La dulzura de la mirada de aquel hombre, la expresión generosa de su rostro, la nobleza de su porte, todo desaparecía de mi recuerdo. Yo volvía a ver a aquel enigmático personaje tal como debía ser: necesariamente despiadado, cruel. Lo sentía ajeno a la humanidad, inaccesible a cualquier sentimiento de piedad, implacable enemigo de sus semejantes a los que debía de profesar un odio imperecedero [128].

¿Nos iba a dejar perecer de inanición aquel hombre, encerrados en aquella angosta prisión, abocados a esas horribles tentaciones a que impulsa el hambre canina? Aquellos espantosos pensamientos cobraron en mi mente una horrible intensidad y, magnificados por la imaginación, me sentí invadir por un terror insensato. Conseil continuaba tranquilo, Ned Land rugía.

En aquel momento, se escuchó un ruido del exterior. Resonaron unos pasos sobre las placas de metal. Alguien hurgó en la cerradura, se abrió la puerta y apareció el *steward*.

Antes de que me diera tiempo a hacer un movimiento para impedirselo, el canadiense se había abalanzado sobre el desdichado, lo había derribado y le aferraba la garganta. Sus poderosas manos estrangulaban al *steward*.





El canadiense se había abalanzado sobre el desdichado

Conseil intentaba retirar de las manos del arponero a su víctima ya medio asfixiada, e iba yo a unir mis esfuerzos a los suyos cuando, de repente, me dejaron paralizado estas palabras pronunciadas en francés:

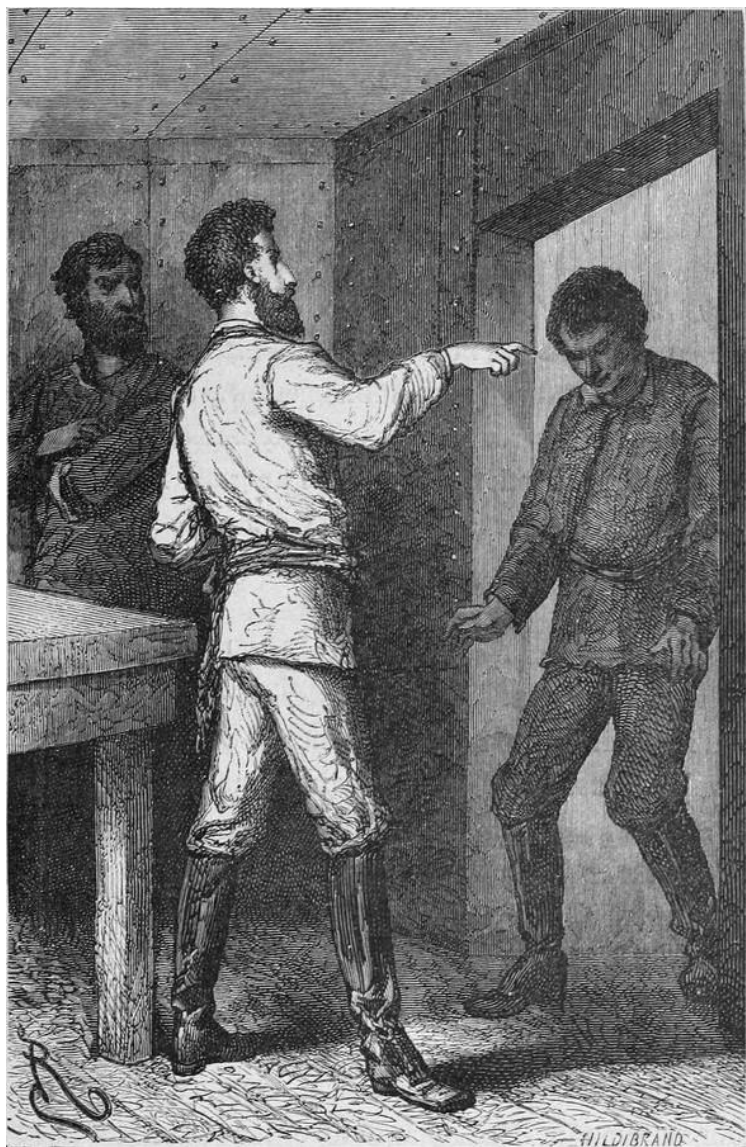
—¡Cálmese, señor Land! Y usted, profesor, escúcheme, por favor.

X

El hombre de las aguas

Quien había hablado así era el comandante del navío.

Al oír aquellas palabras, Ned Land se levantó súbitamente. A una señal de su jefe, el *steward*, casi estrangulado, salió tambaleándose; pero era tal la autoridad del comandante a bordo, que ni un solo gesto delató el resentimiento que aquel hombre debía abrigar contra el canadiense [129]. Conseil, interesado a su pesar, y yo, estupefacto, aguardábamos en silencio el desenlace de la escena.



El *steward* salió tambaleándose

El comandante, apoyado en la esquina de la mesa y con los brazos cruzados, nos observaba con profunda atención. ¿Vacilaba en hablar? ¿Se arrepentía de las palabras que acababa de pronunciar en francés? Tal vez fuera así.

Tras unos instantes de silencio que ninguno de nosotros se

atrevió a interrumpir, dijo con voz serena y penetrante:

—Señores, no solo hablo francés, sino también inglés, alemán y latín. Podría haberles respondido desde nuestro primer encuentro, pero primero deseaba conocerlos y, después, reflexionar. Su cuádruple relato, absolutamente similar en el fondo, me ha revelado la identidad de cada uno. Sé ahora que el azar me ha puesto en presencia del señor Pierre Aronnax, profesor de Historia Natural en el Museo de París y encargado de una misión científica en el extranjero; de Conseil, su criado, y de Ned Land, de origen canadiense y arponero a bordo de la fragata *Abraham Lincoln*, de la Marina de los Estados Unidos de América.

Yo asentí con un gesto. No se trataba de una pregunta planteada por el comandante, por lo que no había ninguna respuesta que dar. Aquel hombre se expresaba con perfecta fluidez, sin ningún acento. Sus frases eran claras, sus palabras, precisas, y su facilidad de elocución, notable. Y, sin embargo, no «sentía» yo en él a un compatriota.

El hombre reanudó la conversación en estos términos:

—Sin duda, le habrá parecido, señor, que me he demorado bastante en hacerles esta segunda visita; el motivo es que, una vez conocidas sus identidades, deseaba meditar qué partido había de tomar respecto a ustedes. He dudado mucho. Las circunstancias más desagradables los han traído ante un hombre que ha roto con la humanidad. Ustedes han venido a perturbar mi existencia...

—Involuntariamente —dije yo.

—¿Involuntariamente? —replicó el desconocido, alzando ligeramente su tono de voz—. ¿La *Abraham Lincoln* me persigue involuntariamente por todos los mares? ¿Embarcaron ustedes involuntariamente a bordo de esa fragata? ¿Rebotaron sus balas involuntariamente contra el casco de mi navío? ¿Me arrojó Ned Land involuntariamente su arpón [130] ?

En sus palabras percibí una irritación contenida. Pero ante todas aquellas recriminaciones yo podía dar una respuesta muy natural, y eso hice:

—Señor —dije yo—, sin duda ignora usted todos los debates que han tenido lugar a expensas suyas en América y en Europa. No sabe usted que diversos accidentes provocados por el choque de su ingenio submarino han conmocionado a la opinión pública de los

dos continentes. Le ahorraré el relato de las innumerables hipótesis con las cuales se pretendía explicar el inexplicable fenómeno cuyo secreto solo usted conocía. Pero sepa que, al perseguirlo hasta los mares septentrionales del Pacífico, la *Abraham Lincoln* creía dar caza a un poderoso monstruo marino del que había que librar al océano a toda costa.

El comandante esbozó media sonrisa y después, con un tono más tranquilo, preguntó:

—Señor Aronnax, ¿sería usted capaz de afirmar que su fragata no habría perseguido y disparado sus cañones contra un barco submarino al igual que contra un monstruo?

La pregunta me puso en un apuro, pues el comandante Farragut no habría vacilado en hacerlo. Habría creído que su deber era destruir un aparato de ese tipo del mismo modo que un narval gigantesco.

—Comprenderá usted, señor —añadió el desconocido—, que tengo derecho a tratarlos como enemigos.

Me abstuve de responder, y con razón. ¿De qué habría servido discutir semejante propuesta, si la fuerza puede destrozar los mejores argumentos?

—He dudado durante mucho tiempo —repitió el comandante—. Nada me obligaba a darles hospitalidad. De haber decidido separarme de ustedes, no habría tenido ningún interés en volver a verlos. Los habría vuelto a poner sobre la plataforma de este buque que les había servido de refugio, me habría sumergido bajo las aguas y me habría olvidado de que hubiesen existido. ¿No estaba en mi derecho?

—Ese sería, tal vez, el derecho de un salvaje —respondí—, no el de un hombre civilizado.

—¡Señor profesor! —contestó enojado el comandante—, ¡yo no soy lo que usted llama un hombre civilizado! He roto con la sociedad entera por motivos que solo yo tengo derecho a apreciar. ¡Así que no obedezco en absoluto sus reglas y le insto a que no las invoque jamás ante mí!

Sus palabras fueron tajantes. Un fulgor de ira y desdén había encendido los ojos del desconocido, y en la vida de aquel hombre adiviné un pasado terrible. No solamente se había situado al margen de las leyes humanas, sino que se había declarado

independiente, libre en la más rigurosa acepción de la palabra; nadie podía darle alcance. ¿Quién osaría perseguirlo hasta el fondo de los mares, si ya en su superficie desbarataba todas las trampas que se urdían contra él? ¿Qué navío resistiría al choque de su *monitor* submarino? ¿Qué blindaje, por grueso que fuera, soportaría los embates de su espolón? Entre los hombres, nadie podía pedirle cuentas de sus obras. Dios, si creía en Él, y su conciencia, si la tenía, eran los únicos jueces de los que podía depender.

Esas reflexiones atravesaron veloces mi mente, mientras el extraño personaje callaba, absorto y como ensimismado. Yo lo contemplaba con un pavor teñido de interés, sin duda como Edipo a la Esfinge [131].

Tras un largo silencio, el comandante volvió a tomar la palabra.

—He dudado —dijo—, pero he pensado que mi interés podía conciliarse con esa piedad natural a la que tiene derecho todo ser humano. Ya que la fatalidad los ha traído aquí, se quedarán a bordo. Aquí serán libres, y a cambio de esa libertad, bastante relativa, debo decir, no les impondré más que una condición [132]. Me bastará con su palabra de acatarla.

—Hable, señor —respondí—; supongo que esa condición es de las que un hombre cabal puede aceptar, ¿no es cierto?

—Sí, señor, es la siguiente: es posible que ciertos acontecimientos me obliguen a confinarlos en sus camarotes por algunas horas o días, según los casos [133]. Mi deseo es no tener que recurrir jamás a la violencia, por lo que espero de ustedes, si llega la ocasión y entonces más que nunca, una obediencia pasiva. Actuando de esa manera, cubro su responsabilidad, los eximo completamente, pues a mí es a quien corresponde hacerles imposible que vean lo que no se debe ver, ¿aceptan esta condición?

Por lo tanto, a bordo ocurrían cosas como mínimo singulares, que por nada del mundo debían ver las personas que no se habían situado al margen de las leyes sociales. Entre las sorpresas que el futuro me reservaba, esta no debía de ser la menor.

—Aceptamos —respondí yo—. Pero le ruego, señor, que me permita hacerle una pregunta, una sola.

—Hable, señor.

—¿Ha dicho usted que seríamos libres a bordo?

—Completamente.

—Entonces, querría preguntarle qué entiende usted por libertad.

—Pues, la libertad de ir y venir, de ver e incluso de observar todo lo que ocurre aquí, salvo en escasas y extraordinarias circunstancias; la libertad, en definitiva, de que gozamos nosotros mismos, mis compañeros y yo.

Estaba claro que no nos entendíamos en absoluto.

—Perdón, señor —insistí yo—, pero esa libertad no es más que la que todo prisionero tiene de recorrer su prisión. No puede bastarnos.

—¡Pues, sea como sea, tendrá que bastarles!

—¿Cómo? ¿Tenemos que renunciar para siempre a volver a nuestra patria, a ver a nuestros amigos y a nuestros familiares?

—Sí, señor. ¡Pero renunciar a estar de nuevo uncidos a ese insoportable yugo de la tierra, que los hombres consideran la libertad, tal vez no será tan doloroso como usted piensa!

—¡Estamos listos! —gritó Ned Land—. ¡Jamás daré mi palabra de que no intentaré escaparme!

—No le pido su palabra, señor Land —respondió fríamente el comandante.

—¡Señor —respondí sin poder contenerme—, abusa usted de su posición! ¡Eso no es más que crueldad!

—¡No, señor, es clemencia! Ustedes son mis prisioneros después del combate. Yo los protejo, pese a que con una simple orden podría haberlos hundido en los abismos del océano. ¡Son ustedes quienes me han atacado! ¡Han venido a sorprender un secreto que nadie en el mundo debe conocer, el secreto de toda mi existencia! ¿Y piensan que voy a devolverlos a esa tierra que no ha de saber nada de mí? ¡Nunca! ¡Al retenerlos aquí no estoy protegiéndolos a ustedes, sino a mí mismo!

Esas palabras indicaban que contra la resolución del comandante no valdría ningún argumento.

—Por lo tanto, señor —continué—, ¿no nos deja más opción que escoger entre la vida y la muerte?

—Exacto.

—Amigos míos —dije yo—, a una cuestión planteada en esos términos no hay nada que responder. Sin embargo, no nos hemos comprometido con nuestra palabra ante el comandante de este navío.

—Efectivamente, señor —respondió el desconocido.

Después, con una voz más suave, prosiguió:

—Permítame ahora que concluya lo que tengo que decirle. Lo conozco a usted, señor Aronnax. Y al menos usted, quizá no sus compañeros, no tendrá tantas razones para deplorar el azar que lo ha unido a mi destino. Entre los libros que utilizo para mis estudios favoritos, encontrará esa obra que publicó sobre los grandes fondos marinos. La he leído a menudo. Ha llevado su obra tan lejos como le permitía la ciencia terrestre. Pero no lo sabe usted todo, no lo ha visto todo. Déjeme decirle, profesor, que no lamentará el tiempo transcurrido a bordo. Va usted a viajar al país de las maravillas. El asombro y la estupefacción serán probablemente su estado de ánimo habitual. Será difícil que se aburra con el espectáculo que se ofrecerá continuamente ante sus ojos. Voy a volver a ver en una nueva vuelta al mundo submarino, quizá la última, quién sabe, todo lo que he podido estudiar en el fondo de esos mares tantas veces recorridos, y usted será mi compañero de estudios. Desde hoy entra usted en un nuevo elemento, verá lo que aún no ha visto ningún hombre, pues ni mis compañeros ni yo contamos ya, y gracias a mí nuestro planeta va a desvelarle sus últimos secretos.

No puedo negarlo, aquellas palabras del comandante me causaron una gran impresión. Me habían tocado en mi punto débil, y por un instante olvidé que la contemplación de esas cosas sublimes no podía compensar la libertad perdida; aunque, para dilucidar esa grave cuestión, contaba con el futuro. Mientras tanto, me contenté con responder:

—Señor, a pesar de que usted haya roto con la humanidad, quiero creer que no habrá renegado de todo sentimiento humano. Somos unos náufragos misericordiosamente recogidos a bordo de su barco, no lo olvidaremos. Tengo presente que, si bien el interés de la ciencia puede absorber hasta la necesidad de libertad, lo que me promete nuestro encuentro me ofrecería grandes compensaciones.

Pensaba que el comandante iba a tenderme la mano para sellar nuestro pacto. No fue así, y lo lamenté por él.

—Una última pregunta —dije, en el momento en que aquel ser inexplicable parecía querer retirarse.

—Dígame, profesor.

—¿Cómo debo llamarlo?

—Señor —respondió el comandante—, para usted yo solo soy el capitán Nemo [134] y, para mí, sus compañeros y usted no son más que los pasajeros del *Nautilus* [135].

El capitán Nemo llamó y apareció un *steward*. El capitán le dio sus órdenes en aquella lengua extraña e irreconocible. Después, volviéndose hacia el canadiense y Conseil, les dijo:

—En su camarote les espera la comida. Sigan a este hombre.

—¡Con mucho gusto! —respondió el arponero.

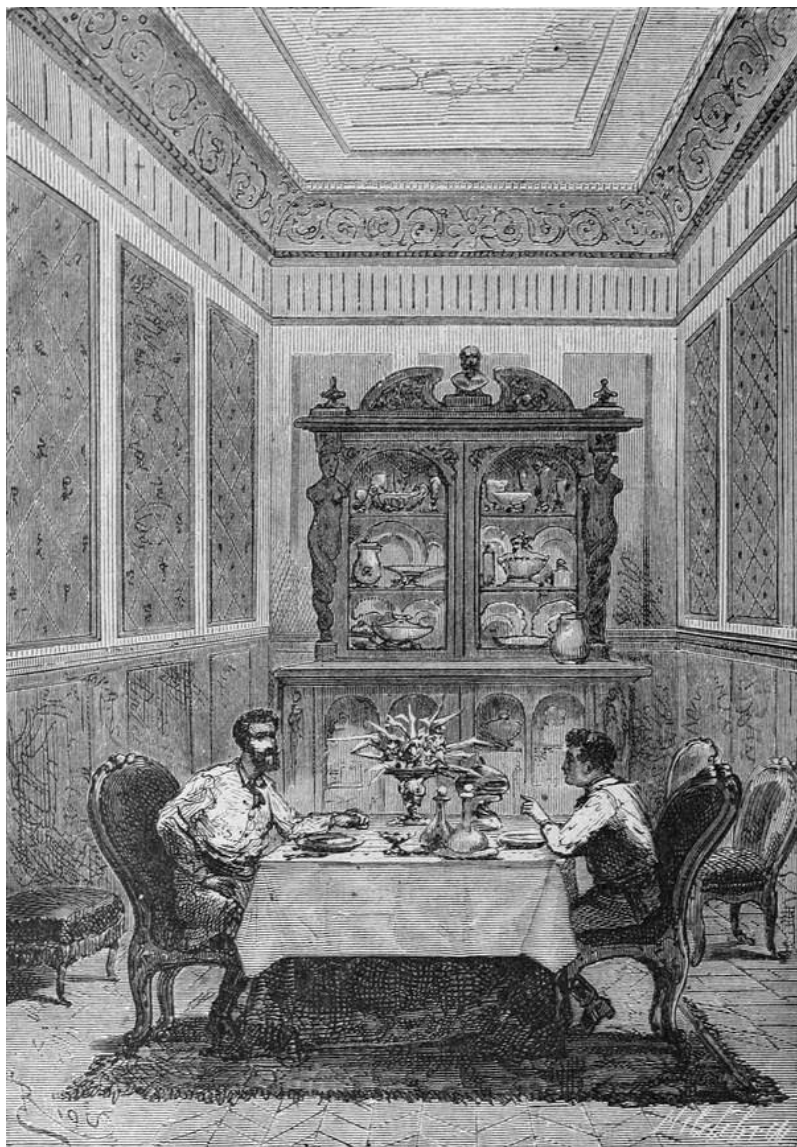
Conseil y él salieron al fin de aquella celda en la que habían permanecido encerrados más de treinta horas.

—Y ahora, señor Aronnax, nuestro almuerzo está preparado. Permítame que le preceda.

—A sus órdenes, capitán.

Seguí al capitán Nemo, y tras cruzar el umbral de la puerta, recorrimos una especie de pasillo iluminado eléctricamente, parecido a los corredores de un barco. A unos diez metros, se abrió ante mí una segunda puerta.

Entré en un comedor, decorado y amueblado con gusto severo. En ambos extremos del comedor había unos aparadores de roble con labores de taracea de ébano; sobre sus baldas de línea ondulada refulgían piezas de cerámica y de porcelana, y unas cristalerías de valor incalculable. La vajilla resplandecía bajo los rayos que derramaba el techo luminoso, cuya luz tamizaban y suavizaban unas finas pinturas.



Entré en un comedor

En el centro de la sala había una mesa magníficamente servida. El capitán Nemo me indicó el lugar que debía ocupar.

—Siéntese —me dijo— y coma como quien debe de estar muriéndose de hambre.

El almuerzo constaba de numerosos platos, cuyo contenido solo

procedía del mar, y de otros manjares cuya naturaleza y origen ignoraba. Debo confesar que estaban buenos, aunque tenían un sabor especial, al que me acostumbré fácilmente. Esos alimentos me parecieron ricos en fósforo, por lo que imaginé que su origen era marino.

El capitán Nemo me miraba. No le pregunté nada, pero él adivinó mis pensamientos y respondió espontáneamente a las preguntas que ardía en deseos de formularle.

—La mayor parte de estos alimentos le son desconocidos —me dijo—. Sin embargo, puede degustarlos sin temor. Son saludables y nutritivos. Hace bastante tiempo que renuncié a los alimentos de la tierra y no me encuentro nada mal. Mi tripulación, compuesta de hombres vigorosos, se alimenta de la misma manera que yo.

—¿De modo que todos estos alimentos son productos del mar?

—Sí, profesor, el mar satisface todas mis necesidades. A veces, echo mis redes de arrastre y las retiro a punto de romperse. En otras ocasiones, salgo a cazar en medio de este elemento que parece inaccesible al hombre y cobro las piezas que habitan mis bosques submarinos. Mis rebaños, como los del viejo pastor de Neptuno [136], se apacientan sin temor en las inmensas praderas del océano. En el mar tengo una extensa propiedad que yo mismo exploto, y que la mano del Creador siembra con todo tipo de cosas.

Miré algo extrañado al capitán Nemo y le respondí:

—Señor, comprendo perfectamente que sus redes le proporcionen excelentes pescados para su mesa; no comprendo tanto que dé usted caza al ganado acuático en sus bosques submarinos; pero lo que ya no comprendo en absoluto es que un trozo de carne, por muy pequeño que sea, figure en su menú.

—Profesor —me respondió el capitán Nemo—, yo no utilizo jamás la carne de los animales terrestres.

—A pesar de esto —repliqué señalando un plato en el que aún quedaban algunos filetes.

—Lo que usted cree que es carne, profesor, no es más que un filete de tortuga marina. Aquí tiene también unos hígados de delfín que pueden parecerle un ragú de cerdo. Mi cocinero es muy hábil y sobresale en la preparación y la conservación de las variedades de productos del océano. Pruebe todos estos manjares: por ejemplo, esta conserva de holoturias que un malayo declararía sin rival en el

mundo, o esta crema preparada con la leche de los cetáceos, o el azúcar que obtenemos de los grandes fucos del mar del Norte, y permítame que le ofrezca, por último, una confitura de anémonas equiparable a la de las frutas más sabrosas.

Yo iba probando, más por curiosidad que como *gourmet*, mientras el capitán Nemo me maravillaba con sus inverosímiles relatos.

—Pero el mar, señor Aronnax —me dijo—, esta prodigiosa nodriza, inagotable, no solo me alimenta, sino que también me viste. La ropa que lleva puesta está tejida con el biso de unos moluscos; teñida con la púrpura de los antiguos y matizada con pigmentos violetas que extraigo de las aplisias del Mediterráneo. Los perfumes que encontrará en el lavabo de su camarote son producto de la destilación de las plantas marinas. Su cama está hecha con la zostera más suave del océano [137]. Su pluma será una barba de ballena y su tinta, la que segregan la sepia o el calamar. Todo lo obtengo del mar, y algún día todo regresará a él.

—Ama usted el mar, capitán.

—¡Sí! ¡Lo amo! ¡El mar lo es todo! Cubre las siete décimas partes del globo terrestre. Su aliento es puro y sano. Es el inmenso desierto en que el hombre jamás está solo, pues siente palpitar la vida a su alrededor. El mar no es sino el vehículo de una existencia sobrenatural y prodigiosa; no es sino movimiento y amor; es el infinito viviente, como ha dicho uno de sus poetas [138]. La naturaleza, profesor, se manifiesta en él mediante sus tres reinos: el mineral, el vegetal y el animal. Este último está ampliamente representado por los cuatro grupos de zoófitos, por tres clases de articulados, cinco clases de moluscos, tres clases de vertebrados, los mamíferos, los reptiles y esas innumerables legiones de peces, orden infinito de animales que cuenta con más de trece mil especies, de las que solo una décima parte pertenece al agua dulce. El mar es la enorme reserva de la naturaleza. Podría decirse que el mar es por donde el globo comenzó, ¡y quién sabe si no acabará por él! En el mar reina la tranquilidad suprema. El mar no pertenece a los déspotas. En su superficie todavía pueden hacer valer sus inicuos derechos, batallar, devorarse mutuamente, transportar todos los horrores terrestres. ¡Pero a treinta pies por debajo de su superficie, su poder cesa, su influencia se desvanece, su potencia se esfuma!

¡Ah, señor, viva, viva usted en el seno de los mares! ¡Tan solo aquí está la independencia! ¡Aquí es donde no reconozco a ningún amo! ¡Donde soy libre!

El capitán Nemo calló súbitamente en medio del entusiasmo que lo desbordaba. ¿Se había dejado llevar más allá de su habitual reserva? ¿Había hablado demasiado? Durante unos instantes, deambuló muy agitado. Luego, sus nervios se calmaron, su rostro recuperó la frialdad acostumbrada, y volviéndose hacia mí, dijo:

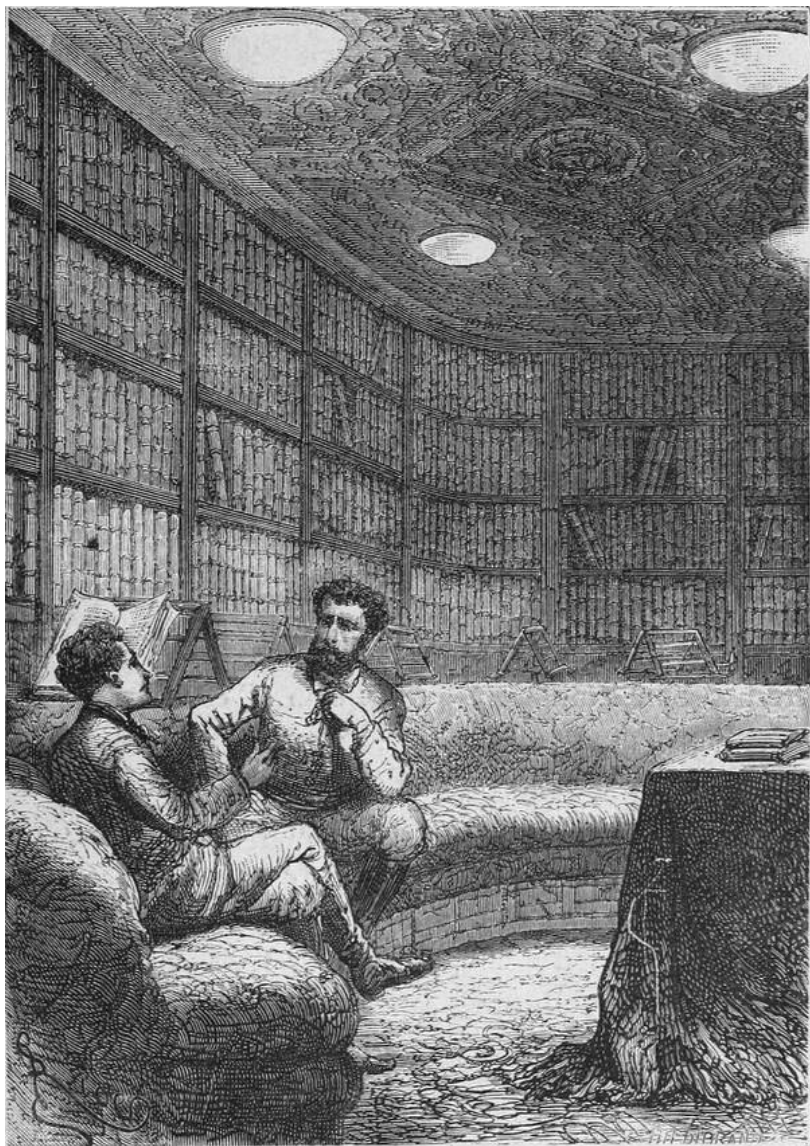
—Ahora, profesor, si desea usted visitar el *Nautilus*, me tiene a su disposición.

XI

El *Nautilus*

El capitán Nemo se levantó. Yo lo seguí. Se abrió una doble puerta situada al fondo de la sala, y entré en un compartimiento de iguales dimensiones que el que acababa de dejar.

Era una biblioteca. Sobre los amplios anaqueles de unos muebles altos de palisandro negro, con incrustaciones de cobre, reposaba un gran número de libros uniformemente encuadernados. Las estanterías se adaptaban al contorno de la sala y, en su parte inferior, acababan en amplios divanes tapizados en capitoné con cuero marrón, que ofrecían las curvas más confortables. Unos ligeros atriles móviles, que podían retirarse o acercarse a voluntad, permitían colocar los libros para su lectura. En el centro, había una gran mesa, cubierta de publicaciones, entre las que se veían algunos periódicos ya viejos. La luz eléctrica que inundaba todo este armonioso conjunto surgía de cuatro globos esmerilados semiencajados en las volutas del techo. Yo contemplaba con auténtica admiración la sala tan ingeniosamente acondicionada y no podía dar crédito a lo que veían mis ojos.



Era una biblioteca

—Capitán Nemo —dije a mi anfitrión, que acababa de recostarse en un diván—, posee usted una biblioteca que sería el orgullo de más de un palacio de los continentes, y me maravilla pensar que puede acompañarle a lo más profundo de los mares.

—¿Dónde podría encontrarse más soledad, más silencio,

profesor? —respondió el capitán Nemo—. ¿Le ofrece un sosiego tan completo su despacho del Museo?

—No, señor. Y debo añadir que es muy pobre en comparación con el suyo. Tiene usted aquí seis o siete mil volúmenes...

—Doce mil, señor Aronnax. Son los únicos lazos que me vinculan a la tierra. Pero el mundo acabó para mí el día en que mi *Nautilus* se sumergió por vez primera bajo las aguas. Ese día, adquirí mis últimos volúmenes, mis últimas revistas, mis últimos periódicos, y desde entonces quiero creer que la humanidad ya no ha pensado ni escrito más. Esos libros están a su disposición, profesor, y podrá utilizarlos libremente.

Di las gracias al capitán Nemo y me acerqué a los estantes de la biblioteca. Abundaban los libros de ciencia, de moral y de literatura escritos en las lenguas más diversas; pero no vi ni una sola obra de economía política [139]: parecían estar severamente proscritas a bordo. Como detalle curioso, observé que todos los libros seguían una clasificación aleatoria, cualquiera que fuese la lengua en que estaban escritos, y esa mezcolanza demostraba que el capitán del *Nautilus* habitualmente debía de leer los que su mano tomaba al azar.

Entre los libros, observé las obras maestras de antiguos y modernos, es decir, todo lo que la humanidad ha producido de más hermoso en los campos de la historia, la poesía, la novela y la ciencia, desde Homero a Victor Hugo, desde Jenofonte a Michelet, desde Rabelais a la señora Sand [140]; pero, concretamente, era la ciencia la que se llevaba la palma en la biblioteca; los libros de mecánica, de balística, de hidrografía, de meteorología, de geografía, de geología, etc., ocupaban un puesto no menos importante que las obras de historia natural, y comprendí que eran la principal materia de estudio del capitán. Pude ver todas las obras de Humboldt y Arago, los trabajos de Foucault, Henri Sainte-Claire Deville, Chasles, Milne-Edwards, de Quatrefages, Tyndall, Faraday, Berthelot, el abad Secchi, Petermann, el comandante Maury, Agassiz [141], etc., las memorias de la Academia de Ciencias, los boletines de las diversas sociedades de geografía, etc. Y, en un lugar preeminente, los dos tomos que quizá me habían procurado la acogida relativamente caritativa del capitán Nemo. Entre las obras de Joseph Bertrand, su libro titulado *Los fundadores de la*

astronomía [142] me dio incluso una fecha segura: como yo sabía que había aparecido en el transcurso de 1865, deduje que el armamento del *Nautilus* no se remontaba a una época posterior [143]. Así pues, desde hacía tres años como máximo, el capitán Nemo había comenzado su existencia submarina. Además, confiaba yo en encontrar obras más recientes que me permitieran determinar la fecha exacta; pero me sobraba el tiempo para esa investigación y no quise retrasar más nuestro paseo a través de las maravillas del *Nautilus*.

—Señor —dije al capitán—, le agradezco que haya puesto a mi disposición esta biblioteca, que encierra tesoros de la ciencia que no pienso desaprovechar.

—Esta sala no es tan solo una biblioteca —dijo el capitán Nemo—, es también el salón de fumadores.

—¿Fumadores? —exclamé—. ¿Pero es que se fuma a bordo?

—Por supuesto.

—Entonces, señor, me veo obligado a creer que ha conservado usted relaciones con La Habana.

—En absoluto —respondió el capitán—. Acepte este puro, señor Aronnax; aunque no venga de La Habana, si es usted un entendido quedará satisfecho.

Tomé el puro que se me ofrecía, cuya forma recordaba al «londres» [144], aunque parecía fabricado con hojas de oro. Lo encendí en un pequeño brasero que descansaba sobre una elegante peana de bronce y aspiré las primeras bocanadas con la voluptuosidad del fumador que se ha pasado dos días sin fumar.

—Es excelente —le dije—, pero no es tabaco.

—No —respondió el capitán—, este tabaco no procede ni de La Habana ni de Oriente. Es una especie de alga, rica en nicotina, de la que me abastece el mar, aunque en eso no sea demasiado dadivoso. ¿Echa usted de menos los «londres», señor?

—Capitán, a partir de hoy los desprecio.

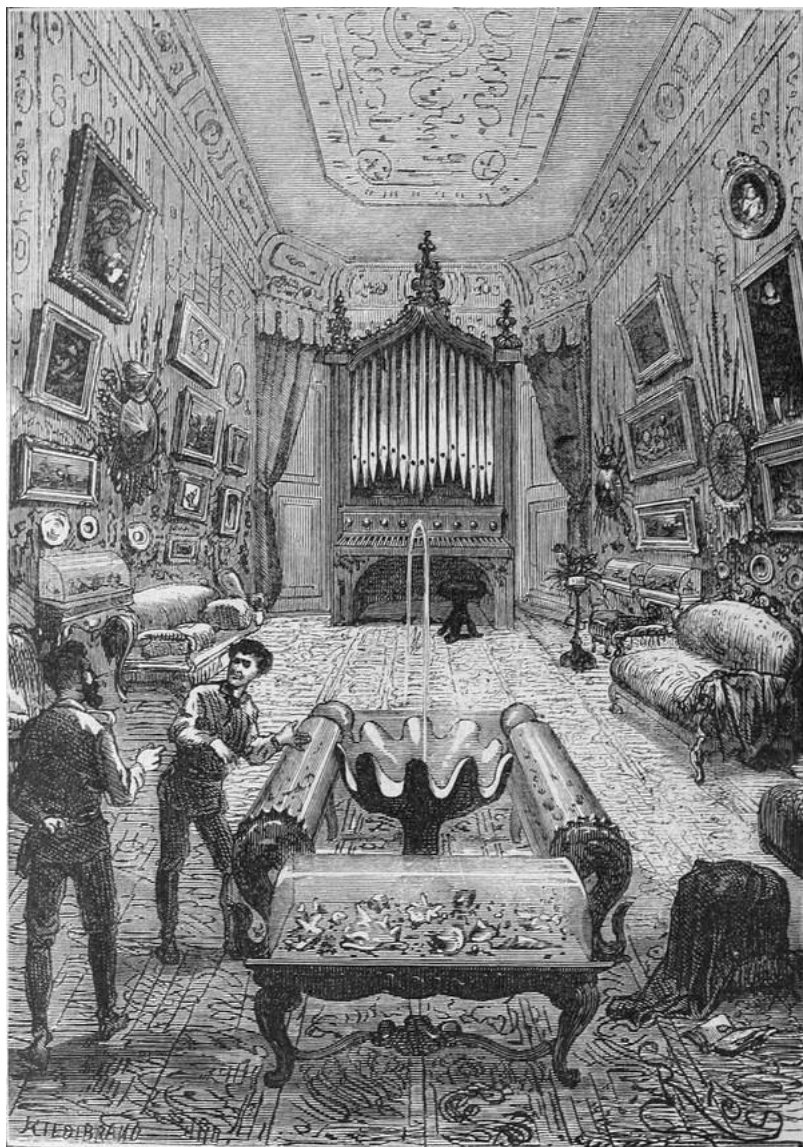
—Entonces, fume a placer y sin preocuparse por el origen de estos puros. No han pasado por ningún control fiscal, pero no por ello dejan de ser buenos, me parece a mí.

—Al contrario.

En esos momentos, el capitán Nemo abrió una puerta situada frente a aquella por la que había entrado en la biblioteca, y pasé a

un salón inmenso y espléndidamente iluminado.

Era un amplio cuadrilátero de esquinas achaflanadas, de diez metros de largo, seis de ancho y cinco de alto. Un techo luminoso, decorado con delicados arabescos, difundía una luz clara y suave sobre todas las maravillas apiñadas en aquel museo. En verdad, se trataba de un museo, donde una mano inteligente y pródiga había reunido todos los tesoros de la naturaleza y del arte, con el abigarramiento artístico que distingue el taller de un pintor.



Era un amplio cuadrilátero

Una treintena de cuadros de maestros, con marcos uniformes y separados por refulgentes panoplias, adornaban las paredes, revestidas con tapices de motivos severos. Vi telas valiosísimas que, en su mayor parte, yo había admirado en las colecciones privadas de Europa y en exposiciones de pintura. Las diferentes escuelas de

maestros antiguos estaban representadas por una *madonna* de Rafael, una virgen de Leonardo da Vinci, una ninfa de Correggio, una mujer de Tiziano, una adoración del Veronés, una asunción de Murillo, un retrato de Holbein, un fraile de Velázquez, un mártir de Ribera, una *kermesse* de Rubens, dos paisajes flamencos de Teniers, tres cuadritos de género de Gerard Dou, Metsu y Paul Potter, dos telas de Géricault y

Prud'hon,

algunas marinas de Bakhuizen y Vernet. Entre las obras de la pintura moderna, aparecían cuadros firmados por Delacroix, Ingres, Decamps, Troyon, Meissonier, Daubigny [145], etc., y algunas admirables copias a escala reducida de estatuas de mármol o de bronce de los más bellos modelos de la Antigüedad se alzaban sobre sus pedestales en las esquinas de ese magnífico museo. El estado de estupefacción que me había vaticinado el comandante del *Nautilus* comenzaba ya a adueñarse de mí.

—Profesor —dijo entonces aquel extraño hombre—, espero que disculpe la falta de ceremonial con que lo recibo y el desorden que reina en el salón.

—Señor —respondí yo—, sin pretender conocer su identidad, ¿me equivoco si reconozco en usted a un artista?

—Como mucho, un aficionado al arte. En otros tiempos, me gustaba coleccionar esas hermosas obras creadas por la mano del hombre. Iba tras ellas con avidez, rebuscando sin cesar, y pude reunir algunos objetos de precio elevado [146]. Son mis últimos recuerdos de esa tierra que está muerta para mí. A mis ojos, sus artistas modernos ya son antiguos; tienen dos o tres mil años de existencia y los confundo en mi mente. Los maestros no tienen edad.

—¿Y esos músicos? —pregunté, señalando las partituras de Weber, Rossini, Mozart, Beethoven, Haydn, Meyerbeer, Hérold, Wagner, Auber, Gounod [147] y otros muchos, diseminadas sobre un órgano de gran tamaño que ocupaba una de las paredes del salón.

—Esos músicos —me respondió el capitán Nemo— son contemporáneos de Orfeo [148], pues las diferencias cronológicas desaparecen en la memoria de los muertos... Y yo estoy muerto, profesor, tan muerto como sus amigos que yacen a seis pies bajo

tierra.

El capitán Nemo calló y pareció perderse en una profunda ensoñación. Yo lo contemplaba con una viva emoción, analizando en silencio las peculiaridades de su rostro. Acodado sobre la esquina de una preciosa mesa con un mosaico en su superficie, ya no me veía, había olvidado mi presencia.

Respeté su recogimiento y continué pasando revista a los objetos que enriquecían el salón.

Junto a las obras de arte, las curiosidades procedentes de la naturaleza ocupaban un lugar muy importante. Consistían principalmente en plantas, conchas y otros productos del océano, que debían de ser hallazgos del capitán Nemo. En medio del salón, un surtidor de agua, iluminado eléctricamente, caía sobre una pila hecha de una sola tridacna. Esta concha, proporcionada por el molusco acéfalo de mayor tamaño, medía en sus bordes, rodeados de un delicado festón, seis metros aproximadamente de circunferencia; por lo tanto, sus dimensiones eran superiores a las de las hermosas tridacnas que la República de Venecia regaló a Francisco I y que la iglesia de Saint-Sulpice en París convirtió en dos gigantescas pilas de agua bendita [149].

En torno a la pila, y dentro de elegantes vitrinas fijadas por unas armaduras de cobre, estaban clasificados y etiquetados los productos del mar más preciosos que jamás se hubiesen ofrecido a la mirada de un naturalista. Se podrá comprender la alegría que sentí como profesor.

El tipo de los zoófitos estaba representado por unos curiosos especímenes de sus dos grupos de pólipos y equinodermos. Del primer grupo, se exponían unas tubíporas, unas gorgonias dispuestas en abanico, suaves esponjas de Siria, isídidos de las Molucas, pennátulas, una admirable virgularia de los mares de Noruega, ombelularias variadas, alcionarios, toda una serie de esas madreporas que mi maestro Milne-Edwards ha clasificado tan sagazmente en secciones, y entre las que observé unas adorables flabelinas, unas oculinas de la isla Borbón [150], el «carro de Neptuno» de las Antillas, soberbias variedades de corales y, finalmente, todas las especies de esos curiosos políperos que al congregarse forman islas enteras destinadas a convertirse un día en continentes. Entre los equinodermos, que se distinguen por su

envoltura espinosa, las asterias, las estrellas de mar, los pentacrinos, las comátulas, los astrófitos, los erizos de mar, las holoturias, etc., representaban la colección completa de los individuos de ese grupo [151].

Un conchiliólogo un poco nervioso se habría quedado estupefacto ante otras vitrinas más numerosas donde estaban clasificadas las muestras del orden de los moluscos. Me faltaría tiempo para describir por completo la colección que vi, de un valor incalculable. Entre aquellas piezas citaré, para dejar constancia solamente, el elegante martillo real del océano Índico, cuyas manchas blancas regulares destacaban vivamente sobre un fondo rojo y marrón; una ostra espinosa imperial, de colores vivos, toda erizada de agujones, raro espécimen en los museos europeos y cuyo valor calculaba yo en veinte mil francos; un martillo común de los mares de Nueva Holanda [152], que difícilmente puede uno conseguir; unos cárdidos exóticos del Senegal, frágiles conchas blancas bivalvas que un soplo habría quebrado como una pompa de jabón; diversas variedades de los aspergilos de Java, especie de tubos calcáreos con repliegues foliáceos en sus bordes y muy apreciados por los aficionados; toda una serie de trocos, unos de color amarillo verdoso, pescados en los mares de América, otros de un color pardo rojizo, que gustan de las aguas de Nueva Holanda, unos terceros, venidos del golfo de México y dignos de mencionar por su concha imbricada, junto a unas estelarias [153] encontradas en los mares australes, y, finalmente, el más raro de todos, el magnífico espolón de Nueva Zelanda; luego, las admirables tellinas sulfuradas, preciosas variedades de bivalvos, citereas y venus; el troco trenzado de las costas de Tranquebar [154]; el turbo marmóreo, de rutilante nácar; las peonzas verdes de los mares de la China; el cono casi desconocido del género de los *Cedonulli* [155]; todas las variedades de porcelanas que sirven de moneda en la India y en África; el cono «gloria del mar», la concha más preciosa de las Indias Orientales; por último: litorinas, delfínulas, turritelas, yantinas, óvulas, volutas, olivas, mitras, cascós, porfirias, bocinas, arpas, múrices, tritones, ceritios, husos, estrómbidos, arañas, lapas, híalas, cleodoras, conchas delicadas y frágiles que la ciencia ha bautizado con los nombres más encantadores.

Más allá, dentro de aparadores especiales, se derramaban

rosarios de perlas de belleza inigualable, que la luz eléctrica respunteaba con destellos ígneos, perlas rosadas, arrancadas a las nacras del mar Rojo, perlas verdes de la haliótide iris, perlas doradas, azules, negras, curiosos productos de diversos moluscos de todos los océanos y de ciertos mejillones de ríos septentrionales; por último, varias muestras de un precio incalculable que habían destilado las madreperlas más raras. Algunas de esas perlas sobrepasaban el grosor de un huevo de paloma; valían tanto o más que la que el viajero Tavernier vendió por tres millones al sah de Persia y superaban a la famosa perla del imán de Mascate [156], que yo creía sin rival en el mundo.

Decididamente, era imposible calcular el valor de aquella colección. El capitán Nemo había tenido que desembolsar millones para adquirir aquellos ejemplares; yo me estaba preguntando de qué fuente se surtiría para satisfacer sus fantasías de coleccionista, cuando fui interrumpido por las siguientes palabras:

—Está usted examinando mis conchas, profesor. En efecto, pueden interesar a un naturalista; pero para mí su encanto aún es mayor, pues las he recogido todas con mis propias manos, y ni un mar del globo ha escapado a mi búsqueda.

—Comprendo, capitán, comprendo la alegría de pasearse en medio de esas riquezas. Es usted de esas personas que han reunido por sí mismas sus tesoros. Ningún museo de Europa posee una colección parecida de productos del océano. ¡Pero si agoto así mi admiración, qué me quedará para el barco que la lleva! Pese a que no quiero penetrar secretos que son solo suyos, he de confesar que el *Nautilus*, la fuerza motriz que encierra en él, los aparatos que permiten gobernarlo y el agente tan poderoso que lo anima, todo ello excita extremadamente mi curiosidad [157]. Veo que en las paredes del salón hay instrumentos cuya función desconozco. ¿Puedo saber...?

—Señor Aronnax —me respondió el capitán Nemo—, le he dicho que sería usted libre a bordo y, por lo tanto, ninguna parte del *Nautilus* le está vedada. Así pues, puede visitarlo con detenimiento, y para mí será un placer servirle de cicerone.

—No sé cómo agradecerse, capitán, pero no abusaré de su amabilidad. Le preguntaré únicamente a qué uso están destinados estos instrumentos de física...

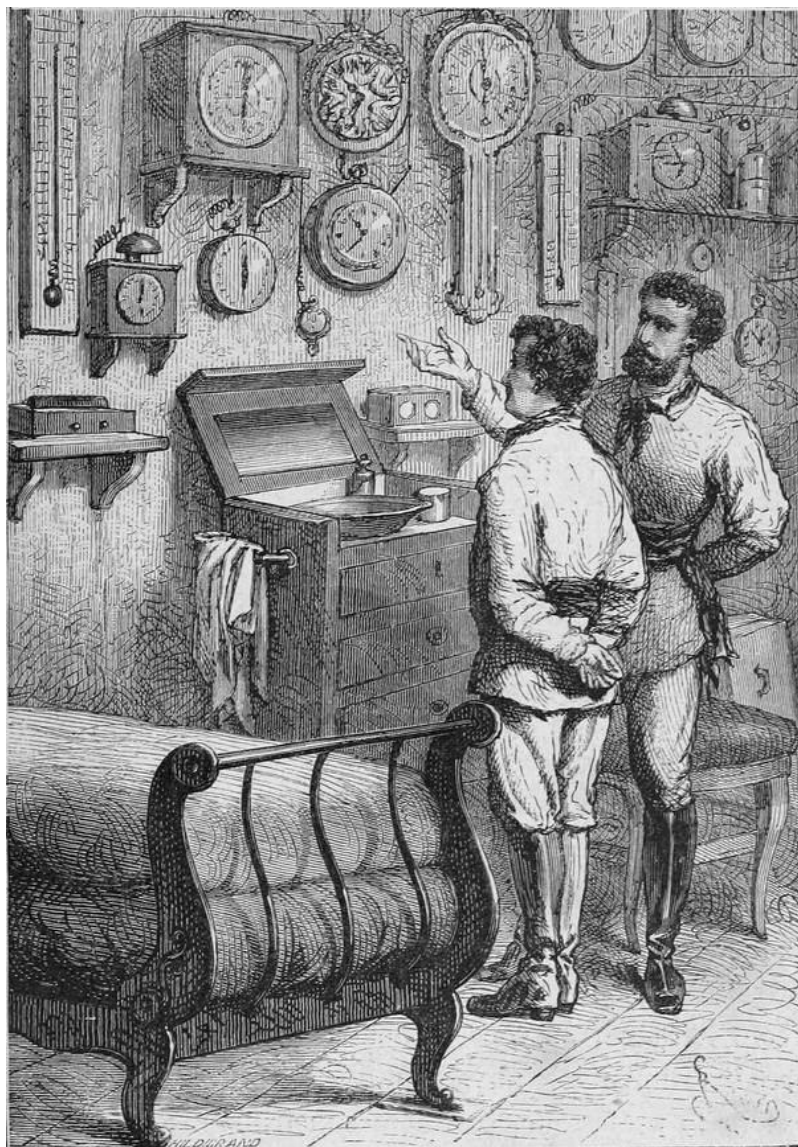
—Profesor, en mi camarote se encuentran otros instrumentos idénticos, y allí tendré el placer de explicarle su uso [158], pero pasemos antes a visitar el camarote que se le ha reservado. Es preciso que sepa usted cómo se alojará a bordo del *Nautilus*.

Seguí al capitán Nemo, que me hizo pasar a los corredores del navío por una de las puertas situadas en cada chaflán del salón. Me condujo hacia proa y allí encontré no ya un camarote, sino una habitación elegante, con cama, tocador y otros muebles.

No pude menos de dar las gracias a mi anfitrión.

—Su camarote es contiguo al mío —me dijo, abriendo una puerta—, y el mío da al salón que acabamos de dejar.

Entré en el camarote del capitán. Tenía un aspecto severo, casi cenobial. Un lecho de hierro, una mesa de trabajo, algunos muebles para el aseo. Todo iluminado por una media luz. Nada que fuera especialmente confortable; había lo estricto necesario solamente.



El camarote del capitán Nemo

El capitán Nemo me señaló una silla.

—Siéntese, por favor —me dijo.

Me senté, y tomó la palabra en los siguientes términos:

XII

Todo gracias a la electricidad

—Señor —dijo el capitán Nemo, mostrándome los instrumentos instalados en su camarote—, estos son los aparatos que requiere la navegación del *Nautilus*. Aquí y en el salón, siempre los tengo a la vista; me indican la situación y el rumbo exactos en medio del océano. Algunos le resultarán conocidos, como el termómetro, que marca la temperatura interior del *Nautilus*; el barómetro, que indica la presión del aire y predice los cambios de tiempo; el higrómetro, que señala el grado de humedad de la atmósfera; el *storm-glass*, cuya mezcla, al descomponerse, anuncia la llegada de tormentas; la brújula, que dirige mi ruta; el sextante, que me indica la latitud por la altura del sol; los cronómetros, que me permiten calcular la longitud y, por último, los catalejos de día y de noche, que me sirven para otear todos los puntos del horizonte cuando el *Nautilus* emerge a la superficie de las aguas.

—Son los instrumentos habituales de un navegante —respondí—, y sé cómo se utilizan, pero aquí hay otros que deben de responder a las particulares exigencias del *Nautilus*. Ese cuadrante que veo ahí y que recorre una aguja móvil, ¿no es un manómetro?

—En efecto, es un manómetro. Una vez en comunicación con el agua, cuya presión exterior indica, también marca la profundidad a que se encuentra mi aparato.

—¿Y ese nuevo tipo de sondas?

—Son sondas termométricas, que nos informan de la temperatura de las distintas capas de agua.

—¿Y el resto de los instrumentos? No acierto a averiguar cuál puede ser su misión.

—Llegados a este punto, profesor, debo darle algunas explicaciones —dijo el capitán Nemo—. Escúcheme.

Guardó silencio durante unos instantes y, a continuación,

dijo [159]:

—Existe un agente poderoso, obediente, rápido, sencillo, versátil y que reina a bordo como un soberano. Todo funciona gracias a él. Me ilumina, me da calor, es el alma de mis aparatos mecánicos. Ese agente es la electricidad.

—¡La electricidad! —exclamé yo con bastante sorpresa.

—Sí, señor.

—Pero, capitán, usted dispone de una gran rapidez de movimientos, que no concuerda con el poder de la electricidad. Hasta ahora, su potencia dinámica sigue siendo bastante limitada y no ha podido generar más que pequeñas fuerzas.

—Profesor —respondió el capitán Nemo—, mi electricidad no es la de todo el mundo, y eso es todo lo que puedo decirle.

—No insistiré, señor; me contentaré con sorprenderme ante semejante resultado. Sin embargo, permítame que le haga una sola pregunta, aunque, si le parece indiscreta, no responda. Los elementos que usted emplea para producir ese maravilloso agente deben de consumirse enseguida. El zinc, por ejemplo, ¿cómo lo sustituye usted, si ha dejado de tener contacto con la tierra?

—La pregunta que me hace tendrá su respuesta —respondió el capitán Nemo—. En primer lugar, le diré que en el fondo de los mares existen minas de zinc, de hierro, de plata y de oro cuya explotación sería viable. Pero yo no he utilizado ninguno de esos metales de la tierra, sino que he querido extraer exclusivamente del mar los medios para producir mi electricidad.

—¿Del mar?

—Sí, profesor, y no me faltan medios para ello. Habría podido obtener la electricidad gracias a la diferencia de temperaturas que experimenta un circuito formado por hilos sumergidos a distintas profundidades, pero he preferido emplear un sistema más práctico.

—¿Cuál?

—Ya conoce usted la composición del agua de mar: en mil gramos, hay noventa y seis centésimas y media de agua frente a dos centésimas con dos tercios aproximadamente de cloruro de sodio; después, en pequeñas cantidades, hay cloruros de magnesio y de potasio, bromuro de magnesio, sulfato de magnesio, sulfato y carbonato de cal. Por consiguiente, se dará usted cuenta de que el cloruro de sodio aparece en una proporción notable. Pues bien: es el

sodio lo que extraigo del agua de mar, y con sodio fabrico mis elementos.

—¿El sodio?

—Sí, señor. Mezclado con el mercurio, forma una amalgama que hace las funciones del zinc en los elementos de Bunsen [160]. El mercurio no se gasta jamás. Solo el sodio se consume, y el mar mismo me lo proporciona. Además, debe usted saber que las pilas de sodio son las más potentes y que su fuerza electromotriz duplica la de las pilas de zinc.

—Comprendo perfectamente, capitán, las excelencias del sodio en las condiciones en que usted lo encuentra. El mar lo contiene. Bien. Pero todavía hace falta fabricarlo, extraerlo, en una palabra. ¿Cómo lo hace? Lógicamente, sus pilas pueden servir para la extracción; pero si no yerro, el gasto de sodio que necesitan los aparatos eléctricos superaría la cantidad extraída. Por lo tanto, el resultado sería que para producirlo consumiría más cantidad que la que produciría.

—Profesor, por eso no lo extraigo mediante la pila, sino que empleo simplemente el calor del carbón terrestre.

—¿Terrestre? —recalqué yo.

—Si lo desea, digamos carbón marino —respondió el capitán Nemo.

—¿Puede usted explotar minas submarinas de hulla?

—Señor Aronnax, ya me verá usted manos a la obra. Solo le ruego un poco de paciencia, pues tendrá tiempo de ser paciente. Recuerde tan solo esto: todo se lo debo al océano; produce la electricidad, y la electricidad da al *Nautilus* calor, luz, movimiento: en una palabra, la vida.

—Pero no el aire que usted respira.

—¡Oh! Podría fabricar el aire necesario para mi consumo, pero es inútil, ya que emergo a la superficie cuando me apetece. Sin embargo, aunque la electricidad no me proporciona el aire respirable, al menos sirve para poner en marcha las potentes bombas que lo almacenan en unos depósitos especiales, lo que me permite prolongar, según la velocidad, y durante el tiempo que yo quiera, mi permanencia en las capas profundas.

—Capitán —respondí yo—, me quedo admirado. Evidentemente, usted ya ha descubierto lo que los hombres hallarán sin duda algún

día: la verdadera potencia dinámica de la electricidad.

—No sé si la descubrirán —respondió fríamente el capitán Nemo—. En todo caso, ya conoce usted la primera aplicación que he conseguido de este precioso agente. Él es quien nos ilumina con una uniformidad y una continuidad de las que carece la luz solar. Ahora, mire este reloj: es eléctrico y funciona con una regularidad que desafía la de los mejores cronómetros. Lo he dividido en veinticuatro horas, como los relojes italianos [161], pues para mí no existe ni noche ni día, ni sol ni luna, sino solamente esta luz artificial que llevo hasta el fondo de los mares. Observe usted: en este momento son las diez de la mañana.

—Así es.

—Otra aplicación de la electricidad. Ese cuadrante instalado ante nosotros sirve para señalar la velocidad del *Nautilus*. Un cable eléctrico lo conecta a la hélice de la corredera, y su aguja me indica la velocidad real del navío. Mire, en este momento navegamos a quince millas por hora, una velocidad moderada.

—Es maravilloso —respondí yo—, y ahora comprendo, capitán, que ha tenido usted razón al emplear este agente, llamado a sustituir al viento, al agua y al vapor.

—Aún no hemos concluido, señor Aronnax —dijo el capitán Nemo levantándose—, y si es tan amable de seguirme, visitaremos la popa del *Nautilus*.

Yo conocía ya toda la parte de la proa del barco submarino, cuya distribución exacta, partiendo desde el centro hasta el espolón, era esta: el comedor, de cinco metros, separado de la biblioteca por un mamparo estanco, es decir: donde no podía penetrar el agua; la biblioteca, de cinco metros; el gran salón, de diez metros, separado del camarote del capitán por un segundo mamparo estanco; el camarote del capitán, de cinco metros; el mío, de dos metros y medio y, finalmente, un depósito de aire de siete metros y medio que llegaba hasta la roda. En total: treinta y cinco metros de longitud. En los mamparos estancos se habían practicado unas portas que cerraban herméticamente mediante obturadores de caucho y garantizaban así una total seguridad a bordo del *Nautilus* en caso de que se declarase una vía de agua.

Seguí al capitán Nemo a través de los corredores situados en las bandas y llegué al centro del buque. Allá había una especie de pozo

que se abría entre dos mamparos estancos. Una escala de hierro fijada a la pared conducía a su extremo superior. Pregunté al capitán para qué servía la escala.

—Lleva al bote —respondió él.

—¡Cómo! ¿Tiene usted un bote? —pregunté bastante sorprendido.

—Por supuesto. Una excelente embarcación, ligera e insumergible, que puede servir para pescar o bien para el recreo.

—Entonces, cuando desee embarcarse en el bote, se verá obligado a volver a la superficie del mar, ¿no?

—De ninguna manera. El bote está adherido a la parte superior del casco del *Nautilus* y ocupa una cavidad especialmente preparada para recibirlo. Su puente lo cubre por completo, es absolutamente estanco y está fijado por sólidos pernos. Esta escala conduce a un paso de hombre practicado en el casco del *Nautilus*, que comunica con otro idéntico en el costado del bote. Por esta doble abertura me introduzco en la embarcación. Se cierra una, la del *Nautilus*; cierro luego la del bote, mediante unos tornillos de presión, largo los pernos, y la embarcación remonta con una prodigiosa velocidad a la superficie del mar. Abro entonces la escotilla del puente, cuidadosamente cerrada hasta entonces, arbo lo el palo, izo la vela o empuño los remos, y navego [162].

—Pero ¿cómo regresa usted a bordo?

—No regreso yo, señor Aronnax, es el *Nautilus* el que regresa.

—¿Le da usted la orden?

—Así es. Gracias a un cable eléctrico mantengo la comunicación, le envío un telegrama y con eso basta.

—¡Claro! —exclamé, apabullado ante tantas maravillas—. ¡Nada más sencillo!

Tras pasar el hueco de la escalera que culminaba en la plataforma de cubierta, vi un camarote de dos metros de largo donde Conseil y Ned Land, encantados con su comida, estaban ocupados devorándola a buenas dentelladas [163]. Después, se abrió una puerta que daba a la cocina, de tres metros de larga, situada entre las amplias gambuzas de a bordo.

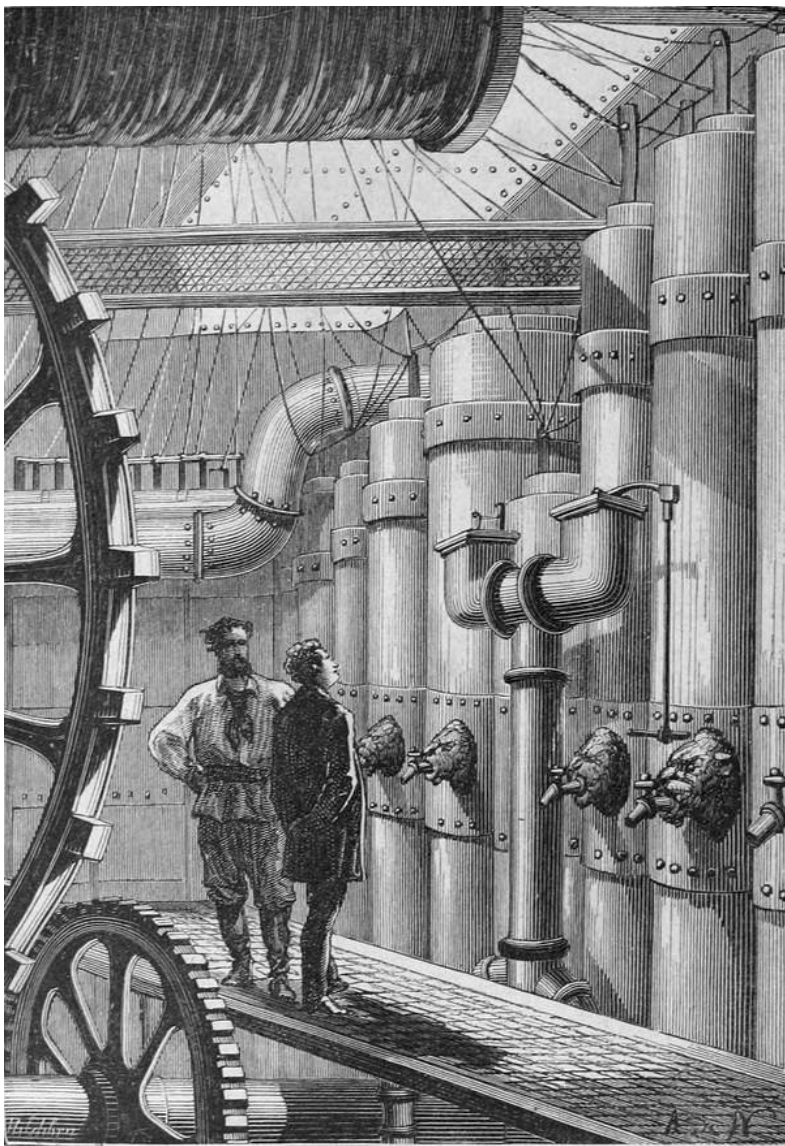
Allí, la electricidad, más potente y obediente que el gas, servía para realizar todas las operaciones culinarias. Los cables que llegaban a los fogones comunicaban a unas esponjas de platino un

calor que se distribuía y mantenía regularmente. Asimismo, calentaban unos aparatos de destilación que, gracias al proceso de vaporización, suministraban una excelente agua potable. Junto a la cocina estaba situado un confortable cuarto de baño de cuyos grifos manaba agua fría o caliente a placer.

Contiguo a la cocina estaba el puesto de la tripulación, de cinco metros de largo. Pero la puerta estaba cerrada y no pude ver su acondicionamiento, que quizá me habría aclarado el número de hombres necesario para la maniobra del *Nautilus* [164].

Al fondo había un cuarto mamparo estanco, que separaba este puesto del cuarto de máquinas. Se abrió una puerta y me encontré en ese compartimiento donde el capitán Nemo —un ingeniero de primer orden, indudablemente— había emplazado sus aparatos de locomoción.

El cuarto de máquinas, muy bien iluminado, no medía menos de veinte metros de longitud. Estaba dispuesto en dos partes diferenciadas: la primera contenía los elementos que producían la electricidad, y la segunda, la maquinaria que transmitía el movimiento a la hélice.



El cuarto de máquinas, muy bien iluminado

Al principio, me quedé sorprendido por el olor *sui generis* que impregnaba el compartimiento. El capitán Nemo se dio cuenta de mi impresión.

—Son emanaciones de gases producidas por el uso del sodio — me dijo—, pero solo es un leve inconveniente. Además, todas las

mañanas purificamos el aire del barco ventilándolo en la superficie.

No obstante, yo examinaba con el lógico interés la máquina del *Nautilus*.

—Ve usted —me dijo el capitán Nemo—, utilizo los elementos Bunsen, y no los Ruhmkorff [165], que no habrían servido. Los de Bunsen no son muchos y, en cambio, sí son fuertes y grandes; y según nuestra experiencia, son mejores. La electricidad producida va a popa, donde actúa a través de electroimanes de grandes dimensiones sobre un sistema especial de palancas y engranajes que transmiten el movimiento al árbol de la hélice. Esta, cuyo diámetro es de seis metros y su paso de siete metros y medio, puede alcanzar hasta ciento veinte revoluciones por segundo [166].

—¿Y entonces obtiene...?

—Una velocidad de cincuenta millas por hora.

Ese era otro misterio, pero no insistí en dilucidarlo. ¿Cómo podía actuar la electricidad con semejante potencia? ¿Cuál era el origen de esa fuerza casi ilimitada? ¿Acaso era su excesiva tensión, obtenida por bobinas de un nuevo tipo? ¿Su transmisión, que un sistema de palancas desconocidas [167] * podía aumentar hasta el infinito [168]? Eso era lo que yo no podía comprender.

—Capitán Nemo —dije yo—, constato los resultados y no voy a intentar explicarlos. He visto el *Nautilus* maniobrar ante la *Abraham Lincoln* y sé a qué atenerme sobre su velocidad. Pero navegar no basta. ¡Hay que ver adónde se va! ¡Es preciso poder dirigirse a babor o a estribor, hacia arriba o hacia abajo! ¿Cómo alcanza usted las grandes profundidades, donde encuentra una resistencia creciente que se puede calcular en centenares de atmósferas? ¿Cómo vuelve usted a emerger a la superficie del océano? En definitiva, ¿cómo se mantiene usted en el punto que más le conviene? ¿Soy indiscreto al preguntárselo?

—De ningún modo, profesor —me respondió el capitán tras una ligera vacilación—, puesto que no ha de abandonar jamás este barco submarino [169]. Venga al salón. Es nuestro verdadero gabinete de trabajo, y allí se enterará de todo lo que ha de saber sobre el *Nautilus*.

XIII

Algunas cifras

Un instante después, estábamos sentados en un diván del salón, saboreando el puro. El capitán desplegó ante mis ojos un plano en el que figuraban la planta, la sección y el alzado del *Nautilus*. Después, comenzó su descripción en los siguientes términos:



Estábamos sentados en un diván

—Aquí tiene, señor Aronnax, las diversas dimensiones del barco en que navega. Se trata de un cilindro muy alargado, con los extremos cónicos. Se asemeja notablemente a la forma de un puro, ya adoptada en Londres en varias construcciones del mismo género. Su eslora, de extremo a extremo, es exactamente de setenta metros,

y su manga en el fuerte es de ocho metros [170]. Ya ve que no está construido guardando escrupulosamente una proporción de uno a diez como sus vapores de gran velocidad, pero sus líneas son lo suficientemente largas y sus curvas lo bastante prolongadas para que el agua desplazada escape sin dificultad y no oponga ningún obstáculo a su marcha.

»Conociendo estas dos dimensiones podrá obtener por simple cálculo la superficie y el volumen del *Nautilus*. Su superficie es de mil once metros cuadrados con cuarenta y cinco centésimas; su volumen, de mil quinientos metros cúbicos con dos décimas —lo que equivale a decir que, en inmersión completa, desplaza o pesa mil quinientos metros cúbicos o toneladas.

»Al trazar los planos de este navío destinado a la navegación submarina, mi objetivo era que, manteniéndose en equilibrio en el agua, se sumergiera nueve décimas partes y solo emergiera una décima. Por lo tanto, en esas condiciones, no debía desplazar más que nueve décimas de su volumen, o sea: mil trescientos cincuenta y seis metros cúbicos con cuarenta y ocho centésimas o, lo que es igual, pesar ese mismo número de toneladas. Al construirlo con arreglo a las dimensiones mencionadas, no podía rebasar ese peso.

»El *Nautilus* se compone de dos cascos, uno interior y otro exterior, unidos entre sí por unos hierros en forma de T que le confieren una rigidez extrema. En efecto, gracias a esta disposición celular, resiste como un bloque, como si fuera macizo. Su forro no puede ceder; se adhiere por sí solo y no por la presión de los roblones, y la homogeneidad de su construcción, gracias al perfecto ensamblaje de los materiales, le permite desafiar los mares más violentos.

»Ambos cascos están fabricados con planchas de acero cuya densidad es siete con ocho décimas superior a la del agua [171]. El primero no tiene menos de cinco centímetros de grosor y pesa trescientas noventa y cuatro toneladas con noventa y seis décimas. El segundo, más la quilla, que con cincuenta centímetros de altura y veinticinco de anchura pesa por sí sola sesenta y dos toneladas, junto con la máquina, el lastre, los diversos accesorios y aparatos, los mamparos y los puntales internos pesan novecientas sesenta y una toneladas con sesenta y dos centésimas, que, añadidas a las trescientas noventa y cuatro toneladas con noventa y seis

centésimas, suman el total requerido de mil trescientas cincuenta y seis toneladas con cuarenta y ocho centésimas. ¿Comprendido?

—Comprendido —respondí.

—Así pues, cuando el *Nautilus* se encuentra a flote en esas condiciones —prosiguió el capitán—, emerge una décima parte. Dicho eso, profesor, al disponer de unos tanques con una capacidad igual a esa décima parte (es decir, que puedan contener ciento cincuenta toneladas con setenta y dos centésimas) e inundarlos, el barco desplazaría o pesaría mil quinientas siete toneladas y estaría completamente sumergido. Y así es, profesor: esos tanques se encuentran en la parte inferior del *Nautilus*. Abro las llaves, se inundan los tanques, y el barco al hundirse se empareja con la superficie del agua.

—Bien, capitán, pero así llegamos a la verdadera dificultad. Que pueda usted emparejarse con la superficie del océano lo comprendo. Pero más abajo, al sumergirse por debajo de esta superficie, ¿no sufrirá su aparato submarino la presión y, por consiguiente, experimentará un empuje de abajo hacia arriba que debemos calcular en una atmósfera por cada treinta pies de agua, es decir: alrededor de un kilogramo por centímetro cuadrado?

—Exactamente, señor.

—Entonces, a menos que inunde el *Nautilus* entero, no consigo ver cómo puede llevarlo al interior de las masas líquidas.

—Profesor —respondió el capitán Nemo—, no hay que confundir la estática con la dinámica porque, en ese caso, nos exponemos a cometer graves errores. Alcanzar las regiones profundas del océano supone muy poco esfuerzo, pues los cuerpos tienen tendencia a dirigirse al fondo. Siga usted mi razonamiento.

—Adelante, capitán.

—Cuando quise determinar el incremento del peso que debía aplicar al *Nautilus* para sumergirlo, solo tuve que preocuparme de la reducción del volumen que el agua de mar experimenta a medida que sus capas se hacen cada vez más profundas.

—Es evidente —respondí.

—Aunque el agua no es absolutamente imposible de comprimir, sí es muy poco compresible. Según los cálculos más recientes, esta reducción solo es de cuatrocientas treinta y seis diezmillonésimas por atmósfera, o por cada treinta pies de profundidad. Si se trata de

descender a mil metros, tengo entonces en cuenta la reducción del volumen bajo una presión equivalente a la de una columna de agua de mil metros, es decir, bajo una presión de cien atmósferas. Esta reducción será entonces de cuatrocientas treinta y seis cienmilésimas. En consecuencia, debía incrementar el peso de manera que pesara mil quinientas trece toneladas con setenta y siete centésimas, en vez de mil quinientas siete toneladas con dos décimas. Por lo tanto, el incremento no será más que de seis toneladas con cincuenta y siete centésimas.

—¿Solamente?

—Solamente, señor Aronnax, y el cálculo es fácil de verificar. Ahora bien, dispongo de tanques suplementarios capaces de embarcar cien toneladas. Puedo descender a profundidades considerables. Cuando quiero remontar a la superficie y mantenerme allí, me basta con vaciar por completo todos los tanques y expulsar el agua, si deseo que el *Nautilus* emerja una décima parte de su capacidad total.

A estos argumentos, respaldados por las cifras, no tenía yo nada que objetar.

—Admito sus cálculos, capitán —respondí—, y no seré yo quien los ponga en entredicho, ya que la experiencia le da la razón a diario. Pero sospecho que hemos llegado a una dificultad real.

—¿Cuál, señor?

—Cuando se encuentra a mil metros de profundidad, el casco del *Nautilus* soporta una presión de cien atmósferas. Si quiere usted vaciar los tanques suplementarios para aligerar su barco y volver a la superficie, es preciso que las bombas venzan esa presión de cien atmósferas que equivale a cien kilogramos por centímetro cuadrado. De ahí, una potencia...

—Que solamente podía proporcionarme la electricidad —se apresuró a decir el capitán Nemo—. Le repito, señor, que el poder dinámico de mis máquinas es casi infinito. Las bombas del *Nautilus* tienen una fuerza prodigiosa, y ha debido de verlo usted cuando sus chorros de agua se lanzaron como un torrente sobre la *Abraham Lincoln*. Además, solo utilizo los tanques suplementarios para alcanzar profundidades medias de entre mil quinientos y dos mil metros, con el fin de no dañar mis aparatos. Aunque, cuando me apetece visitar las profundidades del océano a dos o tres leguas por

debajo de su superficie, realizo maniobras más largas, pero no por ello menos infalibles.

—¿Cuáles, capitán? —pregunté.

—Eso me lleva naturalmente a decirle cómo se tripula el *Nautilus*.

—Estoy impaciente por saberlo.

—Para gobernar este barco a babor o a estribor, en una palabra, para desplazarnos siguiendo un plano horizontal, me sirvo de un gobernalle ordinario de pala ancha, fijado en la parte posterior del codaste y accionado mediante una rueda y un mecanismo de poleas. Pero también puedo mover el *Nautilus* de arriba hacia abajo y viceversa, o sea, en un sentido vertical, mediante dos planos inclinados, fijados a sus costados sobre su centro de flotación; son unos planos móviles, capaces de adoptar todas las posiciones, que se maniobran desde el interior mediante poderosas palancas. Si estos planos se mantienen paralelos al barco, este se mueve horizontalmente. Si se inclinan, el *Nautilus*, según la inclinación y gracias al impulso de su hélice, o bien se hunde siguiendo una diagonal tan larga como me convenga, o bien emerge siguiendo esa diagonal. E incluso, si quiero regresar más rápidamente a la superficie, embrago la hélice y la presión de las aguas hace que el *Nautilus* ascienda como un globo que, inflado con hidrógeno, se elevara rápidamente por los aires.

—¡Bravo, capitán! —exclamé—. ¿Pero cómo puede el timonel seguir en medio de las aguas el rumbo que usted le marca?

—El timonel está situado en una torreta acristalada que sobresale en la parte superior del casco del *Nautilus*, y que va protegida por unos cristales lenticulares.

—¿Cristales capaces de resistir a esas presiones?

—Por supuesto. El cristal, aunque es frágil al choque, ofrece una resistencia considerable. En experimentos de pesca con luz eléctrica efectuados en 1864 en pleno mar del Norte se ha comprobado cómo unas placas de este material, de un grosor de siete milímetros solamente, resistían una presión de dieciséis atmósferas, al tiempo que dejaban pasar potentes radiaciones caloríficas que distribuían desigualmente el calor. Pero los cristales que yo utilizo tienen un grosor de veintiún centímetros en su centro, es decir: treinta veces más que aquellos.

—Lo admito, capitán Nemo; pero, a fin de cuentas, para ver, es preciso que la luz disipe las tinieblas, y me pregunto cómo en medio de la oscuridad de las aguas...

—Detrás de la torreta del timonel hay instalado un poderoso reflector eléctrico, cuyos rayos iluminan el mar hasta media milla de distancia.

—¡Ah! ¡Bravo, tres veces bravo, capitán! ¡Ahora me explico la fosforescencia del supuesto narval, que tanto ha intrigado a los sabios! A propósito, quisiera preguntarle si el abordaje entre el *Nautilus* y el *Scotia*, que tan gran eco tuvo, fue el resultado de un choque fortuito.

—Puramente fortuito, señor. Yo navegaba a dos metros por debajo de la superficie de las aguas cuando se produjo el choque. Pero pude apreciar que no había tenido consecuencias graves.

—Así es, señor. Pero, en cuanto a su encuentro con la *Abraham Lincoln*...

—Profesor, lo lamento por tratarse de uno de los mejores navíos de la valerosa Armada americana, pero ¡me estaban atacando y tuve que defenderme! No obstante, me limité a dejar la fragata en un estado en que era incapaz de dañarme: no tendrá dificultades para reparar sus averías en el puerto más cercano.

—¡Ah, comandante! —exclamé con convicción—. ¡Su *Nautilus* es realmente un buque maravilloso!

—¡Sí, profesor —respondió con verdadera emoción el capitán Nemo—, y lo amo como si fuera carne de mi carne! Si a bordo de uno de sus navíos sometidos a los azares del océano todo se convierte en un peligro, si en este mar la primera impresión es el sentimiento del abismo (como tan bien expresó el holandés Jansen [172]), por debajo de su superficie y a bordo del *Nautilus*, el corazón del hombre ya no tiene nada que temer. No hay deformación por la que amedrentarse, pues el doble casco de este barco tiene la rigidez del hierro; no hay aparejos que el cabeceo o el balanceo desgasten; ni velas que arrebate el viento; ni calderas que destroce el vapor; ni incendios por los que preocuparse, puesto que este aparato está hecho de acero y no de madera; ni carbón que se agote, ya que la electricidad es su agente propulsor; ni abordaje que temer, puesto que es el único que navega por aguas profundas; ni temporal que capear, ya que a unos metros debajo de las aguas se

halla la calma absoluta. ¡Este es, señor, este es el navío por antonomasia! Y si es cierto que el ingeniero tiene más confianza en el barco que el constructor y el constructor más que el propio capitán, comprenderá entonces con qué despreocupación confío en mi *Nautilus*, ya que soy a la vez su capitán, su constructor y su ingeniero.

El capitán Nemo hablaba con una elocuencia arrebatadora. El fuego de su mirada y la pasión de sus gestos lo transfiguraban. ¡Sí! ¡Amaba su barco como un padre ama a su hijo!

Pero se imponía una pregunta, indiscreta quizá, y no pude privarme de formularla.

—¿Así que es usted ingeniero, capitán Nemo?

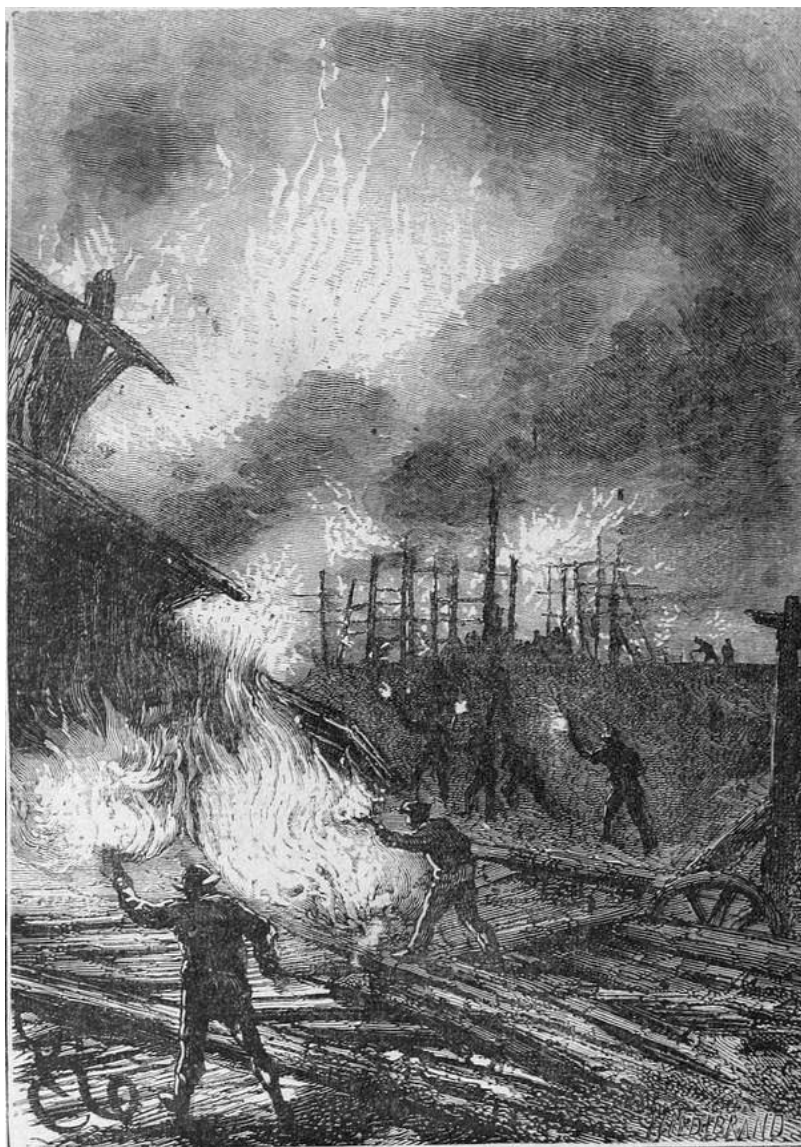
—Sí, profesor —me respondió—, estudié en Londres, en París y en Nueva York, cuando era un habitante de los continentes en tierra firme [173].

—Pero ¿cómo pudo construir en secreto este admirable *Nautilus*?

—Cada una de sus partes, señor Aronnax, me llegó de un lugar diferente del planeta y a un destino encubierto. La quilla fue forjada en Le Creusot; el árbol de la hélice, en Penn y Cía., de Londres; las chapas de acero de su casco, en Leard, de Liverpool; la hélice, en Scott, de Glasgow. Los tanques los fabricó Cail y Cía., de París; la máquina, Krupp, en Prusia; el espolón fue hecho en los talleres de Motala, en Suecia; los instrumentos de precisión, en Hart Brothers, de Nueva York, etc. Cada uno de estos proveedores recibió mis planos con nombres diferentes [174].

—Pero tuvo usted que montar y ajustar las partes fabricadas... —insistí.

—Profesor, había situado mis astilleros en un islote desierto en medio del océano. Allí, mis obreros, es decir, mis arriesgados compañeros, a quienes instruí y formé, y yo acabamos nuestro *Nautilus*. Después, una vez finalizada la operación, el fuego destruyó toda huella de nuestro paso por ese islote, que yo habría hecho volar si hubiera podido.



El fuego destruyó toda huella de nuestro paso

—En ese caso, ¿debo creer que el precio de coste de este buque es excesivo?

—Señor Aronnax, un navío de hierro cuesta mil ciento veinticinco francos por tonelada. El *Nautilus* tiene un arqueo de mil quinientas. En consecuencia, asciende a un millón seiscientos

ochenta y siete mil francos, es decir, dos millones incluido su acondicionamiento, o cuatro o cinco millones con las obras de arte y colecciones que atesora.

—Una última pregunta, capitán Nemo.

—Adelante, profesor.

—¿Quiere eso decir que es usted rico?

—Infinitamente rico, señor; podría pagar los diez mil millones de deuda de Francia sin ningún problema [175].

Miré fijamente al extraño personaje que me hablaba así. ¿Abusaba de mi credulidad? El futuro se encargaría de revelármelo.

XIV

El río Negro

Se calcula que la parte del globo terrestre ocupada por las aguas es de tres millones ochocientos treinta y dos mil quinientos cincuenta y ocho miriámetros cuadrados, es decir: más de treinta y ocho mil millones de hectáreas. Esta masa líquida equivale a dos mil doscientos cincuenta millones de millas cúbicas y podría formar una esfera de un diámetro de sesenta leguas, cuyo peso sería de tres trillones de toneladas. Para comprender esa cifra es necesario aclarar que un trillón es a mil millones lo que mil millones son a la unidad; dicho de otro modo, hay tantos miles de millones en un trillón como unidades en mil millones. Esta masa líquida equivale aproximadamente a la cantidad de agua que verterían todos los ríos de la Tierra durante cuarenta mil años [176].

Durante las épocas geológicas, al período del fuego sucedió el período del agua. Al principio, el océano fue universal. Después, poco a poco, en las épocas silúricas, aparecieron cimas de montañas, emergieron islas, que desaparecieron bajo diluvios parciales, reaparecieron, se soldaron, formaron continentes y, finalmente, las tierras se fijaron geográficamente tal como ahora las vemos. Lo sólido había conquistado a lo líquido treinta y siete millones seiscientos cincuenta y siete millas cuadradas, es decir: doce mil novecientos dieciséis millones de hectáreas.

La configuración de los continentes permite dividir las aguas en cinco grandes partes: el océano Glacial Ártico, el océano Glacial Antártico, el océano Índico, el océano Atlántico y el océano Pacífico.

El océano Pacífico se extiende de norte a sur, entre los dos círculos polares, y de oeste a este, entre Asia y América, y abarca ciento cuarenta y cinco grados de longitud. Es el mar más tranquilo; sus corrientes son anchas y lentas; sus mareas, de mediana

amplitud; sus lluvias, abundantes. Ese era el océano que mi destino me llamaba a recorrer en primer lugar, en las más extrañas condiciones.

—Profesor —me dijo el capitán Nemo—, si le parece bien, vamos a marcar exactamente nuestra posición y a fijar el punto de partida de este viaje. Son las doce menos cuarto. Vamos a emerger.

El capitán pulsó tres veces un timbre eléctrico. Las bombas comenzaron a expulsar el agua de los tanques; la aguja del manómetro iba marcando, según las diferentes presiones, el movimiento emergente del *Nautilus* hasta que se detuvo.

—Hemos llegado —dijo el capitán.

Me dirigí a la escalera central, que culminaba en la plataforma. Subí por los peldaños metálicos y, a través de las escotillas abiertas, llegué a la plataforma del *Nautilus*.

La plataforma sobresalía solamente ochenta centímetros. La proa y la popa del *Nautilus* tenían esa disposición fusiforme por la que se lo podía comparar justamente con un largo puro. Observé que sus placas de acero, ligeramente imbricadas, se asemejaban a las escamas que revisten los cuerpos de los grandes reptiles terrestres. Entonces, comprendí sin dificultad cómo, pese a utilizar los mejores anteojos, todo el mundo había creído que el buque era un animal marino [177].

Hacia el centro de la plataforma, el bote, inserto en el casco del buque, formaba una ligera protuberancia. En la proa y en la popa, se elevaban dos torretas de mediana altura, con las paredes inclinadas y en parte cerradas por espesos cristales lenticulares: una estaba destinada al timonel que dirigía el *Nautilus*, y en la otra brillaba el potente fanal eléctrico que alumbraba su singladura.

La mar estaba magnífica; el cielo, puro. Apenas se dejaban sentir las amplias ondulaciones del océano en aquel largo vehículo. Una ligera brisa del este rizaba la superficie de las aguas. El horizonte, libre de brumas, se prestaba a las mejores observaciones.

No teníamos nada a la vista. Ni escollos, ni islotes. Tampoco la *Abraham Lincoln*. Solo la inmensidad desierta.

Sextante en mano, el capitán Nemo tomó la altura del sol para averiguar su latitud. Durante unos minutos aguardó a que el astro rozara la línea del horizonte. Mientras efectuaba sus observaciones, no se estremecía ni uno solo de sus músculos; el instrumento no se

habría mantenido más inmóvil en una mano de mármol.



El capitán Nemo tomó la altura del sol

—Son las doce del mediodía —dijo—. Profesor, cuando usted guste...

Dirigí una última mirada a ese mar un poco amarillento de los parajes cercanos a la costa japonesa y volví a bajar al gran salón.

Una vez allí, el capitán marcó su situación y calculó

cronométricamente la longitud, que verificó mediante precedentes observaciones de los ángulos horarios. Después, me dijo:

—Señor Aronnax, nos encontramos a ciento treinta y siete grados y quince minutos de longitud este... [178].

—¿De qué meridiano? —pregunté con anhelo, con la esperanza de que la respuesta del capitán sirviera para revelarme su nacionalidad.

—Señor —me respondió él—, tengo varios cronómetros sincronizados con los meridianos de París, Greenwich y Washington, pero, en su honor, utilizaré el de París.

Esa respuesta no me aclaraba nada. Hice un gesto de agradecimiento y el comandante repitió:

—Ciento treinta y siete grados y quince minutos de longitud [179] al este del meridiano de París y treinta grados y siete minutos de latitud norte, lo que significa que nos hallamos a unas trescientas millas de las costas de Japón. Hoy, 8 de noviembre, a las doce del mediodía, comienza nuestro viaje de exploración bajo las aguas.

—¡Que Dios nos proteja! —respondí.

—Y ahora, profesor —añadió el capitán—, prosiga usted con sus estudios. He puesto rumbo esnordeste, a cincuenta metros de profundidad. Aquí tiene cartas náuticas de gran escala donde podrá seguir la travesía. El salón está a su disposición. Con su permiso, me retiraré.

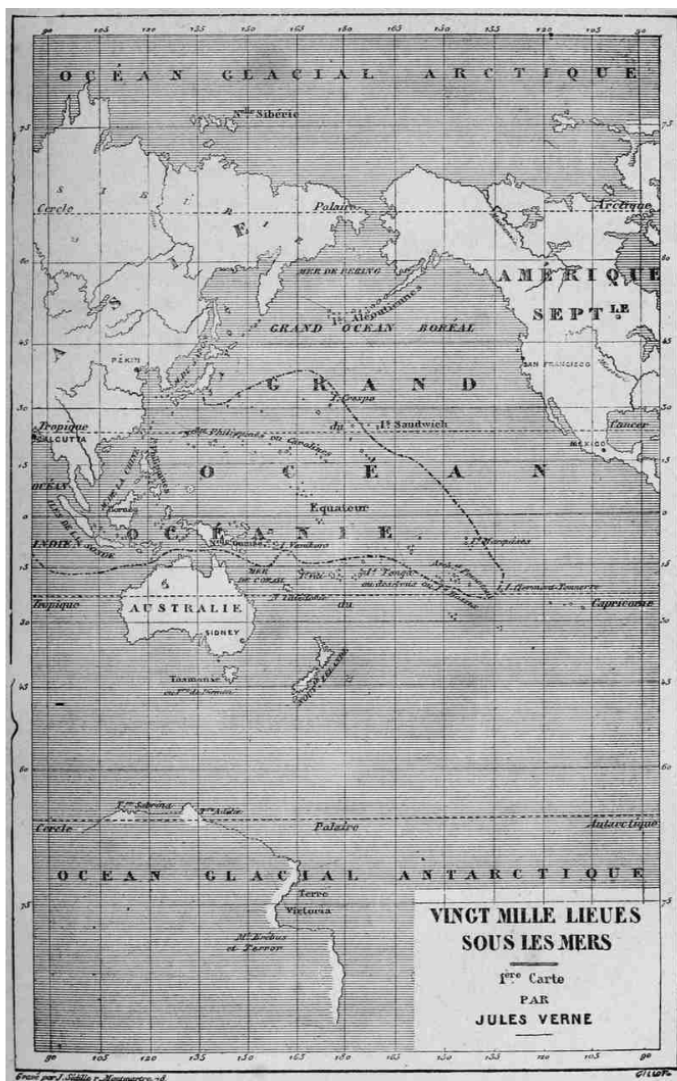
El capitán Nemo se despidió. Yo me quedé solo, absorto en mis cavilaciones. Todas giraban en torno al comandante del *Nautilus*. ¿Llegaría algún día a saber a qué nación pertenecía aquel hombre extraño que se vanagloriaba de no pertenecer a ninguna? El odio que profesaba a la humanidad, ese odio que quizá ansiaba una terrible venganza, ¿quién lo había provocado? ¿Era uno de esos sabios desconocidos, uno de esos genios «a los que se ha menospreciado», según la expresión de Conseil, un moderno Galileo, o bien uno de esos hombres de ciencia como el americano Maury, cuya carrera quedó truncada por las revoluciones políticas [180]? Aún era pronto para saberlo. Él, que tenía mi vida entre sus manos, me acogía fría pero hospitalariamente, a mí, a quien el azar acababa de arrojar a bordo de su buque. Sin embargo, nunca había estrechado la mano que yo le tendía, y nunca me había

tendido la suya.

Durante una hora entera permanecí sumido en estas reflexiones, intentando penetrar el misterio que tanto me interesaba. Después, mi mirada se posó sobre el gran planisferio desplegado encima de la mesa, y señalé con el dedo el punto exacto donde se cruzaban la longitud y la latitud observadas.

El mar tiene sus ríos, como los continentes. Son corrientes especiales, reconocibles por su temperatura y color. La más notable de estas se conoce con el nombre de corriente del Golfo [181]. La ciencia ha descubierto en el planeta la dirección de cinco corrientes principales: una en el Atlántico Norte, la segunda en el Atlántico Sur, la tercera en el Pacífico Norte, la cuarta en el Pacífico Sur y la quinta en el océano Índico Sur. Es incluso probable que existiese antaño una sexta corriente en el océano Índico Norte, cuando los mares de Aral y Caspio, unidos a los grandes lagos de Asia, solo formaban una misma y única extensión de agua.

En el punto indicado en el planisferio, avanzaba una de esas corrientes, el *Kuro Shivo* de los japoneses, el río Negro, que, tras nacer en el golfo de Bengala, donde lo calientan los rayos perpendiculares del sol de los trópicos, atraviesa el estrecho de Malaca, bordea la costa de Asia y circunda el Pacífico Norte hasta las islas Aleutianas, acarreando troncos de alcanforeros y otros productos indígenas y resaltando con el puro añil de sus cálidas aguas entre las olas del océano. Era esa la corriente que el *Nautilus* iba a recorrer. Yo la seguía con la mirada, la veía perderse en la inmensidad del Pacífico y me sentía arrastrado por ella; entonces, Ned Land y Conseil aparecieron en la puerta del salón.



Mis dos valerosos compañeros se quedaron petrificados al contemplar las maravillas expuestas ante sus ojos.

—¿Dónde estamos? ¿Dónde estamos? —exclamó el canadiense—. ¿En el Museo de Quebec?

—Si al señor no le molesta —replicó Conseil—, más bien parece la mansión del señor du Sommerard [182].

—Amigos míos —respondí, haciéndoles un gesto para que entraran—, no estamos ni en Canadá ni en Francia, sino a bordo del *Nautilus*, y a cincuenta metros bajo el nivel del mar.

—Una vez más, hemos de creer al señor, puesto que el señor lo afirma —respondió Conseil—; pero, francamente, este salón puede asombrar incluso a un flamenco como yo.

—Admírate, amigo mío, y observa, pues para un clasificador de tu categoría, aquí hay trabajo de sobra.

No era necesario alentar a Conseil. El buen muchacho, inclinado sobre las vitrinas, murmuraba ya palabras de la lengua de los naturalistas: clase de los gasterópodos, familia de los buccínidos, género de las porcelanas, especie *Cypraea madagascariensis*, etc.

Mientras tanto, Ned Land, bastante poco amigo de la conchiliología, me preguntaba por mi conversación con el capitán Nemo. ¿Había descubierto yo quién era, de dónde venía, adónde iba, hacia qué profundidades nos arrastraba? En definitiva, mil preguntas a las que no me dejaba tiempo de responder.

Le dije todo lo que sabía, o más bien todo lo que no sabía, y le pregunté qué había visto u oído él por su parte.

—¡Ni he visto, ni he oído nada! —respondió el canadiense—. Ni siquiera he visto a la tripulación de este barco. ¿No será, por casualidad, también eléctrica?

—¿Eléctrica?

—¡Pues está uno tentado de creerlo! Pero usted, señor Aronnax —me preguntó Ned Land, que seguía con su idea fija—, ¿no podría decirme cuántos hombres hay a bordo? ¿Diez, veinte, cincuenta, cien?

—No sabría qué responderle, Ned. Además, créame, abandone de momento la idea de apoderarse del *Nautilus* o de huir. Este barco es una obra maestra de la industria moderna, y lamentaría no haberlo visto. Muchas personas aceptarían la situación por la que atravesamos, aunque solo fuera por pasearse a través de estas

maravillas. Por lo tanto, esté usted tranquilo e intentemos ver qué ocurre alrededor de nosotros [183].

—¡Ver! —gritó el arponero—. ¡Pero si no se ve nada, no veremos nada en esta prisión de acero! Avanzamos y navegamos a ciegas...

Ned Land acababa de pronunciar estas palabras cuando, súbitamente, se hizo la oscuridad, una oscuridad absoluta. El techo luminoso se apagó tan rápidamente que mis ojos sufrieron una sensación dolorosa, similar a la que produce el paso contrario de las profundas tinieblas a la luz más deslumbrante.

Nos quedamos mudos, sin movernos siquiera, sin saber qué sorpresa, agradable o desagradable, nos aguardaba. Entonces oímos algo, como un objeto que se deslizara, como si se maniobraran unos paneles en los costados del *Nautilus* [184].

—¡Esto es el final! —dijo Ned Land.

—Orden de las hidromedusas —murmuró Conseil.

De repente, se hizo la luz a cada lado del salón, a través de dos aberturas oblongas. Las masas líquidas aparecieron intensamente iluminadas por los efluvios eléctricos. Dos placas de cristal nos separaban del mar. Al principio, me estremecí al pensar que aquella frágil pared podría romperse, pero unos sólidos armazones de cobre la sujetaban y le daban una resistencia casi infinita.

El mar era perfectamente visible en un radio de una milla alrededor del *Nautilus*. ¡Qué espectáculo! ¿Qué pluma podría describirlo? ¿Quién podría pintar los efectos de la luz a través de las capas transparentes y la delicadeza de sus sucesivas degradaciones hasta las capas inferiores y superiores del océano?

La diafanidad del mar es conocida. Se sabe que su limpidez supera a la del agua de roca. Las sustancias minerales y orgánicas que tiene en suspensión aumentan incluso su transparencia. En ciertas partes del océano, en las Antillas, ciento cuarenta y cinco metros de agua dejan ver el lecho de arena con una nitidez sorprendente, y la fuerza de penetración de los rayos solares no parece detenerse hasta una profundidad de trescientos metros. Pero, en el medio fluido que recorría el *Nautilus*, el resplandor eléctrico se producía en el interior mismo de las aguas. Ya no se trataba de agua luminosa, sino de luz líquida.

Si admitimos la tesis de Ehrenberg [185], que cree en una

iluminación fosforescente de los fondos submarinos, la naturaleza ha reservado para los habitantes del mar uno de sus espectáculos más prodigiosos, del que teníamos una muestra en los miles de juegos de aquella luz. A cada lado, había una ventana abierta sobre aquellos abismos inexplorados. La oscuridad del salón realzaba la claridad exterior, mientras mirábamos como si aquel puro cristal hubiese sido la vitrina de un inmenso acuario.



Una ventana abierta sobre aquellos abismos inexplorados

El *Nautilus* parecía no moverse. Faltaban los puntos de referencia. Sin embargo, a veces, las líneas de agua, divididas por su espólón, pasaban ante nuestros ojos a una velocidad extraordinaria.

Maravillados y acodados sobre las vitrinas, ninguno de nosotros había roto aún ese silencio de estupefacción, cuando Conseil dijo:

—¿No quería ver, amigo Ned? Pues bien, ¡ahora puede ver!

—¡Curioso, curioso! —repetía el canadiense, que, olvidando su ira y sus proyectos de evasión, sentía una irresistible atracción—. ¡Y hasta de más lejos vendría uno para admirar este espectáculo!

—¡Ah! —exclamé—. ¡Comprendo la vida de este hombre! ¡Se ha hecho un mundo aparte que le reserva sus maravillas más extraordinarias!

—Bueno, ¿y los peces? —preguntó el canadiense—. ¡No veo peces!

—¿Y qué más le da, amigo Ned —respondió Conseil—, si no los conoce?

—¿Cómo que no? ¡Está usted hablando con un pescador! —exclamó Ned Land.

Entonces, se entabló una discusión entre los dos amigos; los dos conocían los peces, pero cada uno de muy diferente manera.

Todo el mundo sabe que los peces forman la cuarta y última clase del tipo de los vertebrados. Se los ha definido muy exactamente como «vertebrados de circulación doble y sangre fría, que respiran por las branquias y están destinados a vivir en el agua». Forman dos series distintas: la de los peces óseos, es decir, aquellos cuya espina dorsal está hecha de vértebras óseas, y la de los peces cartilaginosos, o sea, aquellos cuya espina dorsal está hecha de vértebras cartilaginosas.

Tal vez el canadiense estuviese al corriente de esa distinción, pero Conseil sabía mucho más, y al estar entonces unido a Ned por la amistad, no podía tolerar que estuviese menos instruido que él. Así pues, le dijo:

—Amigo Ned, usted mata los peces; es decir, es un pescador muy hábil. Ha capturado un gran número de esos interesantes animales. Pero apuesto lo que quiera a que no sabe usted cómo clasificarlos.

—Sí —respondió serio el arponero—. ¡Se los clasifica en peces comestibles y en peces no comestibles!

—Eso solo se le ocurre a un glotón —respondió Conseil—. Pero, dígame, ¿conoce la diferencia entre los peces óseos y los cartilaginosos?

—Quizá sí, Conseil.

—¿Y cómo se subdividen esas dos grandes clases?

—Ni la menor idea —respondió el canadiense.

—¡Pues bien, amigo Ned, escúcheme y apréndaselo! Los peces óseos se subdividen en seis órdenes. El primero está formado por los acantopterigios, cuya mandíbula superior es completa y móvil, y cuyas branquias adoptan la forma de un peine. Este orden comprende quince familias, es decir, las tres cuartas partes de los peces conocidos. Tipo: la perca común.

—Y bien rica que está —apostilló Ned Land.

—Segundo —prosiguió Conseil—: los peces abdominales, que tienen las aletas ventrales suspendidas bajo el abdomen y por detrás de las pectorales, sin que estén adheridas a las espinas dorsales. Es un orden que se divide en cinco familias y abarca la mayor parte de los peces de agua dulce. Tipos: la carpa y el lucio.

—¡Bah! —exclamó el canadiense con cierto desprecio—. ¡Peces de agua dulce!

—Tercero —dijo Conseil—: los subbranquiales, cuyas ventrales están adheridas bajo las pectorales y directamente suspendidas de los huesos escapulares. Este orden agrupa a cuatro familias. Tipos: platijas, gallos, rodaballos, rémoles, lenguados, etc.

—¡Excelentes! ¡Excelentes! —voceaba el arponero, a quien solamente le interesaban los peces desde el punto de vista comestible.

—Cuarto —continuó Conseil perseverante—: los ápodos, de cuerpo alargado, desprovistos de aletas ventrales y revestidos de una piel gruesa y a menudo viscosa; este orden solo comprende una familia. Tipos: la anguila y el gimnoto.

—¡Mediocre, mediocre! —respondió Ned Land.

—Quinto —dijo Conseil—: los lofobranquios, que tienen mandíbulas completas y libres, pero cuyas branquias están formadas por pequeños penachos, dispuestos a pares a lo largo de los arcos branquiales. Este orden cuenta con una única familia. Tipos: los hipocampos y los pegasos dragones.

—¡Malos, malos! —replicó el arponero.

—Sexto y último —dijo Conseil—: los plectognatos, cuyo hueso maxilar está firmemente fijado por el lado del intermaxilar que forma la mandíbula, y cuyo arco palatino se adhiere mediante una sutura al cráneo, quedando así inmóvil; es un orden que carece de auténticas ventrales y que consta de dos familias. Tipos: los

tetraodóntidos y los peces luna.

—¡Capaces de deshonrar cualquier cazuela! —exclamó el canadiense.

—¿Ha comprendido, amigo Ned? —inquirió el docto Conseil.

—Ni lo más mínimo, amigo Conseil —respondió el arponero—. Pero siga, que es muy interesante.

—En cuanto a los peces cartilaginosos —prosiguió imperturbable Conseil—, solamente están representados por tres órdenes.

—Mucho mejor —dijo Ned.

—Primero: los ciclóstomos, cuyas mandíbulas están soldadas en un anillo móvil y cuyas branquias se abren por numerosos orificios; este orden tiene una única familia. Tipo: la lamprea.

—Hay que saber apreciarla... —replicó Ned Land.

—Segundo: los selacios, con branquias similares a las de los ciclóstomos, pero cuya mandíbula inferior es móvil. Este orden, el más importante de la clase, incluye dos familias. Tipos: las rayas y los escualos.

—¿Qué? —exclamó Ned—. ¿Rayas y tiburones en el mismo orden? Pues bien, amigo Conseil, por el bien de las rayas le recomiendo que no los ponga juntos en el mismo bocal.

—Tercero —siguió Conseil—: los esturióidos, de branquias abiertas, por lo general, por una única cisura provista de un opérculo; este orden incluye cuatro géneros. Tipo: el esturión.

—¡Ah, amigo Conseil! A mi juicio, ha reservado usted lo mejor para el final. ¿Eso es todo?

—Sí, Ned —respondió Conseil—, pero tenga usted en cuenta que saber eso es como no saber nada todavía, pues las familias se subdividen en géneros, en subgéneros, en especies, en variedades...

—Bueno, amigo Conseil —dijo el arponero, inclinándose sobre el cristal del panel—, ahí tenemos unas variedades que pasan.

—Sí, peces —exclamó Conseil—. Es como si estuviéramos en un acuario.

—No —respondí yo—, pues el acuario no es más que una jaula, y esos peces son libres como un pájaro en el aire.

—¡Bien, amigo Conseil! Díganos cuáles son esos —decía Ned Land.

—Yo —respondió Conseil— no soy capaz. De eso se ocupa mi

señor.

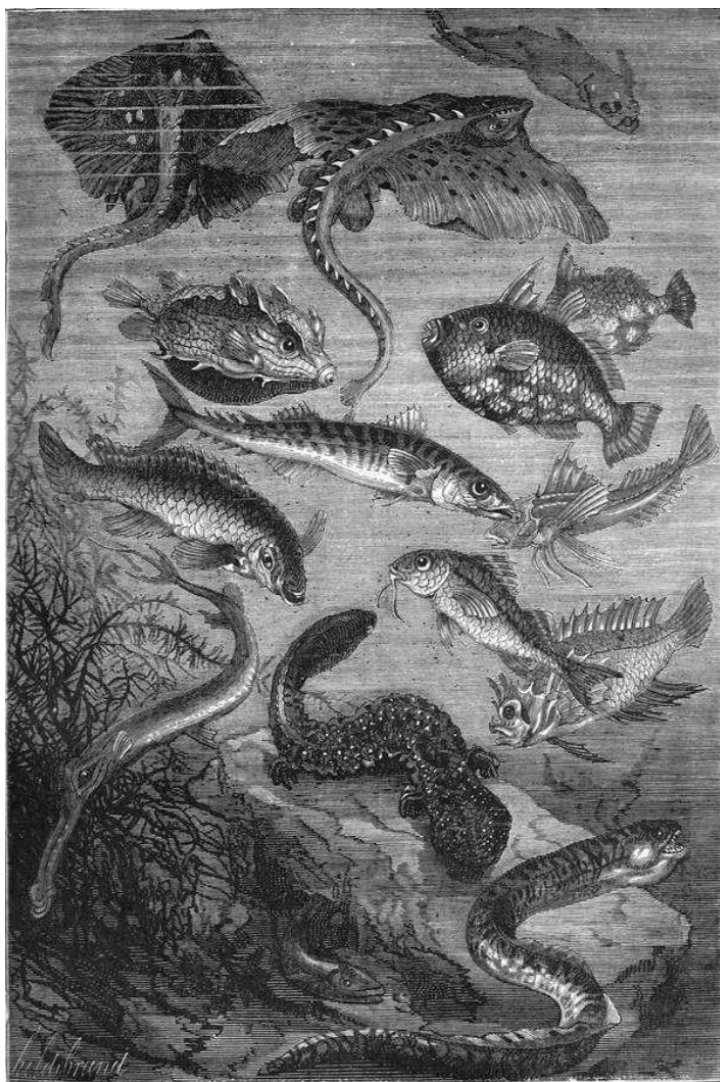
Así era el buen muchacho, un empedernido clasificador, pero no un naturalista, y de hecho no sé si habría distinguido un atún de un bonito. En una palabra, era lo contrario del canadiense, que nombraba a todos los peces sin vacilar.

—Un pez ballesta —había dicho yo.

—Sí, un pez ballesta chino, además —replicó Ned Land.

—Género de los balistidos, familia de los esclerodermos, orden de los plectognatos —murmuró Conseil.

Decididamente, entre ambos, Ned y Conseil, habrían formado un naturalista notable.



El canadiense no se había equivocado. Un banco de peces balleana, de cuerpo comprimido, con la piel granulosa y armados con un aguijón en su dorsal, jugueteaban en torno al *Nautilus* y agitaban las cuatro hileras de espinas que erizaban cada lado de su cola. Nada más admirable que su librea, gris por encima y blanca por debajo, cuyas máculas de oro centelleaban en el oscuro remolino de la corriente. Entre aquellos peces, se desplegaban unas rayas cual manteles abandonados al viento, y entre ellas vi, para mi gran regocijo, aquella raya china, amarillenta en su parte superior y de un tenue color rosado bajo el vientre, armada con tres aguijones detrás de los ojos; especie rara, e incluso de dudosa existencia en tiempos de Lacépède, que tan solo la había podido contemplar en una carpeta de dibujos japoneses [186].

Durante dos horas, todo un ejército acuático fue dando escolta al *Nautilus*. En medio de sus juegos, de sus saltos, mientras rivalizaban en belleza, esplendor y velocidad, distinguí el budiñ verde; el salmonete de roca, marcado con una doble raya negra; el gobio dorado, de caudal redondeada, de color blanco y manchado de violeta en el lomo; el estornino, admirable especie de caballa de aquellos mares, con el cuerpo azul y la cabeza plateada; brillantes azurores, cuyo nombre por sí solo supera cualquier descripción; dentones, con las aletas abigarradas de azul y de amarillo; esparos de franjas, realzados con una banda negra en su caudal; esparos zonéforos, igualmente encorsetados en sus seis cinturones; trompeteros, esos aulóstomos que tienen una auténtica «boca de flauta», algunos de cuyos ejemplares alcanzaban una longitud de un metro [187]; salamandras de Japón; morenas equidnas, largas serpientes de seis pies, de ojos vivos y pequeños y con una enorme boca plagada de dientes, etc.

Nuestra admiración no disminuía. Nuestras interjecciones no cesaban. Ned nombraba a los peces, Conseil los clasificaba, y yo me extasiaba ante la vivacidad de sus movimientos y la belleza de sus formas. Nunca había tenido ocasión de observar a esos animales vivos y libres en su elemento natural.

No citaré todas las variedades que pasaron ante nuestros ojos deslumbrados: toda esa colección de los mares de Japón y de China. Los peces acudían, más numerosos que los pájaros en el aire, atraídos sin duda por el cegador foco de luz eléctrica.

De repente, se encendió la luz en el salón. Los paneles metálicos se cerraron. La encantadora visión desapareció. Pero, durante un buen rato seguí soñando, hasta que mi mirada se fijó en los instrumentos suspendidos de las paredes. La brújula seguía indicando rumbo nornordeste [188], el manómetro indicaba una presión de cinco atmósferas, correspondiente a una profundidad de cincuenta metros, y la corredera eléctrica señalaba una velocidad de quince millas por hora.

Yo esperaba al capitán Nemo, pero no apareció. El reloj señalaba las cinco.

Ned Land y Conseil regresaron a su camarote. Yo volví al mío, donde tenía la cena servida. Se componía de una sopa de tortuga, preparada con los ejemplares más delicados de carey, un salmonete de carne blanca y ligeramente hojaldrada, y cuyo hígado, preparado aparte, se convirtió en un manjar delicioso; por último, filetes de holacanto emperador, cuyo sabor me pareció superior al del salmón.

Pasé la tarde leyendo, escribiendo, reflexionando. Después, tras apoderarse de mí el sueño, me tendí en el lecho de zostera y me dormí profundamente, mientras el *Nautilus* se deslizaba a través de la rápida corriente del río Negro.

XV

Una invitación por carta

Al día siguiente, 9 de noviembre, me desperté después de un largo sueño de doce horas. Tal como acostumbraba, Conseil vino a saber «cómo había pasado la noche el señor» y a ofrecerme sus servicios. Había dejado a su amigo canadiense durmiendo como quien no hubiera hecho otra cosa durante toda su vida.

Dejé al buen muchacho charlar a placer, sin darle mucha conversación. Yo estaba preocupado por la ausencia del capitán Nemo durante la víspera, aunque confiaba en volver a verlo aquel día.

Me vestí con mi traje de biso, cuya naturaleza provocó las reflexiones de Conseil. Le expliqué que estaba fabricado con los filamentos brillantes y sedosos que unen a las rocas las nacras, especie de conchas muy abundantes en las orillas del Mediterráneo. Antiguamente, se confeccionaba con ellas bellos tejidos, medias y guantes, pues eran ligeros y al mismo tiempo abrigaban. Así pues, la tripulación del *Nautilus* podía vestirse a buen precio, sin pedir nada a los aldoneros, ni a las ovejas, ni a los gusanos de seda de la tierra [189].

Después de vestirme, me dirigí al gran salón. Estaba vacío.

Me sumergí en el estudio de aquellos tesoros de la conchiliología que abarrotaban las vitrinas. Examiné también unos grandes herbarios, llenos de las plantas marinas más raras, que, pese a estar secas, conservaban sus admirables colores. Entre aquellos preciosos hidrófitos, vi cladostefas verticiladas; padinas pavonias; caulerpas de hoja apampanada; calitamnias graníferas; delicadas ceramiáceas de tonalidades escarlata; agares dispuestas en forma de abanico; acetabularias, parecidas a unos sombrerillos de hongos hundidos y que durante mucho tiempo fueron clasificadas entre los zoófitos; y por último, toda una serie de laminarias [190].

Así transcurrió la jornada entera sin que el capitán Nemo me hiciera el honor de visitarme. Los paneles del salón permanecieron cerrados. Quizá no querían abrumarnos con toda aquella belleza. El rumbo del *Nautilus* se mantuvo en esnordeste, su velocidad a doce millas y su profundidad, entre cincuenta y sesenta metros.

Al día siguiente, 10 de noviembre, el mismo abandono, la misma soledad. No vi a ningún miembro de la tripulación. Ned y Conseil pasaron la mayor parte del día conmigo, sorprendidos por la inexplicable ausencia del capitán. ¿Estaría enfermo aquel hombre singular? ¿Querría modificar sus proyectos para con nosotros?

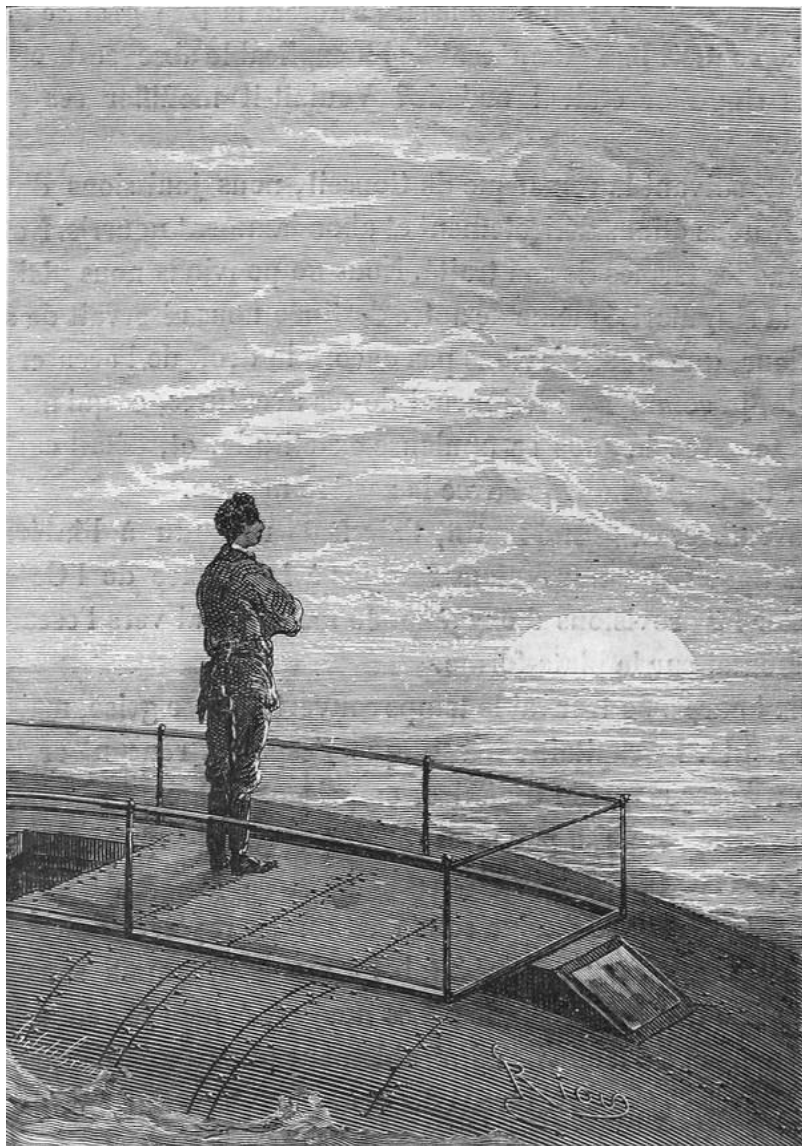
Después de todo, como observó Conseil, disfrutábamos de total libertad y estábamos exquisita y abundantemente alimentados. Nuestro anfitrión respetaba los términos del acuerdo. No podíamos quejarnos y, además, debido a las especiales características de nuestro destino, que nos reservaba tan espléndidas compensaciones, aún no teníamos derecho a reprocharle nada.

Aquel día comencé a escribir el diario de estas aventuras, lo que me ha permitido contarlas con la más escrupulosa exactitud; el detalle curioso es que lo hice sobre papel fabricado con la zosteria marina.

El 11 de noviembre, muy temprano, el aire fresco que invadía el interior del *Nautilus* fue la señal de que habíamos regresado a la superficie del océano para renovar las provisiones de oxígeno. Me dirigí hacia la escalera central y subí a la plataforma.

Eran las seis de la mañana. Me encontré con el cielo cubierto y el mar gris, pero en calma. Apenas había un ligero oleaje. ¿Acudiría el capitán Nemo, a quien yo pensaba encontrar? No vi más que al timonel, recluido en su torreta de cristal. Sentado sobre el saliente del bote, me deleité inspirando las emanaciones salinas.

Poco a poco, la bruma fue desvaneciéndose debido a la acción de los rayos solares. El astro radiante despuntaba por el horizonte oriental. El mar se inflamó por efecto de su mirada como un reguero de pólvora. Las nubes, diseminadas en las alturas, se tiñeron de tonos vivos admirablemente matizados, y numerosas «lenguas de gato» [191] * anunciaron viento para toda la jornada.



El mar se inflamó por efecto de su mirada

¡Mas que podría hacer el viento contra el *Nautilus*, al que ni las tempestades podían intimidar!

Estaba yo contemplando con admiración ese dichoso amanecer, tan alegre, tan vivificante, cuando oí que alguien subía hacia la plataforma.

Me disponía a saludar al capitán Nemo, pero fue su segundo —al que ya había visto durante la primera visita del capitán— quien apareció. Avanzó hacia la plataforma y no pareció darse cuenta de mi presencia. Con su poderoso catalejo, escrutó todos los puntos del horizonte con suma atención. Después, una vez concluido el examen, se aproximó a la escotilla y pronunció una frase cuyos términos exactos son como sigue. La recuerdo porque cada mañana se reproducía en idénticas condiciones, y era esta:

«Nautron respoc lorni virch».

No podría decir qué significaba.

Tras pronunciar esas palabras, el segundo volvió a bajar. Pensé que el *Nautilus* iba a reanudar su navegación submarina. Bajé por la escotilla y a través de los corredores regresé a mi camarote.

Así, transcurrieron cinco días sin que la situación sufriera cambio alguno. Cada mañana subía a la plataforma. El mismo individuo pronunciaba la misma frase. El capitán Nemo no aparecía.

Ya estaba convencido de que no lo volvería a ver, cuando, el 16 de noviembre, al regresar a mi camarote con Ned y Conseil, encontré una nota que iba dirigida a mí.

La abrí con impaciencia. Estaba escrita con una grafía clara y segura, pero con cierto aire gótico que hacía recordar los caracteres alemanes.

La nota estaba redactada en los siguientes términos:

Señor profesor Aronnax, a bordo del Nautilus.

16 de noviembre de 1867

El capitán Nemo tiene el honor de invitar al profesor Aronnax a una cacería que tendrá lugar mañana por la mañana en sus bosques de la isla de Crespo y espera que no haya ningún obstáculo para que el señor profesor pueda asistir. Igualmente, verá con agrado que sus compañeros lo acompañen.

El comandante del Nautilus,
CAPITÁN NEMO

—¡Una cacería! —exclamó Ned.

—¡Y en sus bosques de la isla de Crespo! —añadió Conseil.

—Pero, entonces, ¿este individuo baja a tierra? —repuso Ned Land.

—Me parece que está bien claro —dije yo releiendo la carta.

—¡Bien! Tenemos que aceptar —replicó el canadiense—. Una vez en tierra firme ya nos espabilaremos para tomar una decisión. Además, no me molestaría comerme unas tajadas de caza fresca.

Sin intentar conciliar lo que había de contradictorio entre la manifiesta aversión del capitán Nemo por continentes e islas y su invitación a la cacería en aquellos bosques, me contenté con responder:

—Veamos en primer lugar qué es la isla de Crespo.

Consulté el planisferio y, a

32° 40'

de latitud norte y

167° 50'

de longitud este, encontré un islote, descubierto en 1801 por el capitán Crespo, que en las antiguas cartas españolas se denominaba Roca de la Plata [192]. Así pues, estábamos a mil ochocientas millas de nuestro punto de partida, y el rumbo levemente modificado del *Nautilus* lo llevaba hacia el sudeste.

Mostré a mis compañeros esa pequeña roca perdida en medio del Pacífico Norte.

—Puede que el capitán Nemo toque tierra algunas veces —les dije—, pero si es así, elige islas absolutamente desiertas.

Ned Land movió la cabeza sin responder y, acto seguido, Conseil y él salieron. Tras una cena que me fue servida por el *steward* mudo e impasible, me dormí, no sin cierta preocupación.

Al despertarme al día siguiente, 17 de noviembre, sentí que el *Nautilus* estaba absolutamente inmóvil. Me vestí con presteza y entré en el gran salón.

Allí me estaba esperando el capitán Nemo. Se levantó, saludó y me preguntó si me apetecía acompañarlo.

Como no hizo alusión alguna a su ausencia durante esos ocho días, me abstuve de referirme a ello y respondí simplemente que mis compañeros y yo estábamos dispuestos a seguirlo.

—Señor —añadí yo—, querría hacerle una pregunta.

—Adelante, señor Aronnax, y si puedo responder, responderé.

—Pues bien, capitán, ¿cómo es posible que usted, que ha roto todos sus lazos con la tierra, posea bosques en la isla de Crespo?

—Profesor —me respondió el capitán—, los bosques que poseo no necesitan ni la luz ni el calor del sol. Ni los leones, ni los tigres, ni las panteras, ni cuadrúpedo alguno campa por ellos. Nadie más que yo los conoce, y solo crecen para mí. No se trata de bosques terrestres, ni mucho menos, sino de bosques submarinos.

—¡Bosques submarinos! —exclamé yo.

—Sí, profesor.

—¿Y me está ofreciendo usted llevarme a ellos?

—Exacto.

—¿A pie?

—Y a pie enjuto, además.

—¿De cacería?

—De cacería.

—¿Escopeta en mano?

—Escopeta en mano.

Miré al comandante del *Nautilus* con un aire que no tenía nada de halagador para su persona.

«Decididamente, está mal de la cabeza —pensé—. Ha tenido un acceso que le ha durado ocho días y que incluso todavía le dura. ¡Qué lástima! ¡Más valía extraño que loco!».

Esa reflexión se traslucía claramente de mi cara, pero el capitán Nemo se limitó a invitarme a seguirlo, y yo lo seguí resignado a todo.

Llegamos al comedor, donde la mesa estaba ya lista.

—Señor Aronnax —me dijo el capitán—, le ruego que compartamos sin protocolos el almuerzo. Hablaremos mientras almorzamos. Aunque le he prometido un paseo por el bosque, no he dicho que vayamos a encontrar un restaurante. Almuerce, pues, pensando en que quizá cenará bastante tarde.

Hice los honores a la comida. Se componía de diversos pescados y de filetes de holoturias, excelentes zoófitos, acompañadas de unas algas muy aperitivas, tales como la *Porphyra laciniata* y la *Laurencia pinnatifida*. La bebida se componía de agua límpida a la que, siguiendo el ejemplo del capitán, añadí unas gotas de un licor fermentado, extraído, al estilo de Kamchatka, del alga conocida con

el nombre de *Rhodymenia palmata* [193].





Hice los honores a la comida

El capitán Nemo empezó a comer sin pronunciar una sola palabra. Un poco más tarde, me dijo:

—Profesor, cuando le he propuesto que viniera a cazar a mis bosques de la isla de Crespo, ha creído que yo me contradecía. Cuando le he dicho que se trataba de bosques submarinos, ha

pensado usted que estaba loco. Profesor, no hay que juzgar nunca a los hombres a la ligera.

—Pero, capitán, créame...

—Escúcheme, y ya verá usted si debe acusarme de locura o contradicción.

—Lo escucho.

—Profesor, usted sabe tan bien como yo que el hombre puede vivir bajo el agua a condición de que lleve consigo la provisión de aire respirable que necesita. En los trabajos submarinos, el obrero, vestido con un traje impermeable y con una cápsula de metal colocada sobre la cabeza, recibe el aire del exterior por medio de bombas impelentes y de reguladores de escape.

—Con ese sistema funcionan las escafandras —dije yo.

—En efecto, pero en esas condiciones, el hombre no es libre. Está unido a la bomba que le envía el aire por un tubo de goma, una auténtica cadena que lo amarra a tierra; si tuviéramos que estar atados de esa manera al *Nautilus*, no podríamos ir muy lejos.

—¿Y cuál es el medio para liberarse? —pregunté.

—Emplear el aparato Rouquayrol-Denayrouze [194], inventado por dos de sus compatriotas y que yo he perfeccionado para mi uso; así podrá usted afrontar esas nuevas condiciones fisiológicas sin que sus órganos padezcan lo más mínimo. Está compuesto de un depósito de chapa gruesa, en el que almaceno el aire a una presión de cincuenta atmósferas. Ese depósito se puede llevar a la espalda sujeto por medio de tirantes como el macuto de un soldado. Su parte superior forma una caja de la que el aire, mantenido por un mecanismo de fuelle, no puede escaparse más que a su presión normal. En el aparato Rouquayrol, tal como se viene utilizando, dos tubos de goma que salen de esa caja desembocan en una especie de máscara que aprisiona la nariz y la boca del operario; uno sirve para introducir el aire inspirado, el otro, para dejar salir el aire espirado, y la lengua cierra este o aquel según las necesidades de la respiración. Pero yo, que tengo que hacer frente a presiones considerables en el fondo de los mares, me he visto obligado a introducir la cabeza en una esfera de cobre, como la de las escafandras, y es a esa esfera adonde van a parar los dos tubos de inspiración y de espiración.

—Perfecto, capitán Nemo, pero el aire que lleva usted debe de

agotarse enseguida y cuando no contiene más del quince por ciento de oxígeno se vuelve irrespirable.

—Sin duda, pero como ya he dicho, señor Aronnax, las bombas del *Nautilus* me permiten almacenarlo a una presión considerable, y en esas condiciones, el depósito del aparato puede proporcionar aire respirable durante nueve o diez horas.

—No tengo ninguna objeción más que formular —respondí—. Solo deseo preguntarle, capitán, ¿cómo puede iluminar su camino en el fondo del océano?

—Con el aparato Ruhmkorff, señor Aronnax. Si el primero del que hablamos se lleva a la espalda, este otro va ceñido a la cintura. Se compone de una pila de Bunsen que pongo en marcha no con bicromato de potasio, sino con sodio. Una bobina de inducción recoge la electricidad producida y la dirige hacia una linterna de un modelo especial. En la linterna hay un serpentín de vidrio, que contiene solamente un residuo de gas carbónico. Cuando el aparato funciona, el gas se torna luminoso y proporciona una luz blanquecina y continua. Pertrechado de ese modo, respiro y veo.

—Capitán Nemo, me da usted unas respuestas tan aplastantes a todas mis objeciones que ya no me atrevo a dudar. No obstante, aunque estoy obligado a admitir los aparatos Rouquayrol y Ruhmkorff, me permito expresar mis reservas sobre el fusil con el que quiere armarme.

—No se trata de un fusil de pólvora, claro está —respondió el capitán.

—¿Así pues, es un fusil de aire?

—Exacto. ¿Cómo quiere usted que fabrique pólvora a bordo, careciendo como carezco de salitre, azufre y carbón?

—Además, hay que tener en cuenta —dije— que para disparar bajo el agua, en un medio ochocientas cincuenta y cinco veces más denso que el aire, hará falta vencer una resistencia considerable.

—Eso no es ningún problema. Existen algunos cañones, perfeccionados después de Fulton por los ingleses Phipps Coles y Burley, por el francés Furcy y por el italiano Landi [195], que van provistos de un sistema especial de cierre y que pueden disparar en esas condiciones. Sin embargo, le repito que al carecer de pólvora la he sustituido por aire a alta presión, que las bombas del *Nautilus* me proporcionan en abundancia.

—Pero ese aire se agotará rápidamente.

—Bueno, ¿y no tengo yo el depósito Rouquayrol, que en caso necesario me lo puede suministrar? Para eso basta con una espita *ad hoc*. Además, señor Aronnax, ya verá por sí mismo que durante nuestras cacerías submarinas no se hace mucho gasto de aire ni de balas.

—Sin embargo, me parece que, en esa semioscuridad, y en medio de ese líquido tan denso en comparación con la atmósfera, los disparos no pueden llegar muy lejos y difícilmente pueden ser mortales.

—Señor, con ese fusil todos los disparos son mortales: tan pronto como un animal queda tocado, por muy levemente que sea, cae fulminado.

—¿Por qué?

—Porque mi fusil no dispara balas comunes y corrientes, sino pequeñas cápsulas de vidrio —inventadas por el químico austríaco Leniebroek [196]— de las que tengo provisión en abundancia. Esas cápsulas de vidrio, recubiertas de un forro de acero y lastradas por un casquillo de plomo, son auténticas botellas de Leiden, en las que la electricidad está concentrada a muy alta tensión [197]. Al más leve choque se descargan, y el animal, por fuerte que sea, cae muerto. Debo añadir que el calibre de esas cápsulas no es de más del cuatro y que la carga de un fusil ordinario podría contener diez.

—No discuto más —respondí levantándome de la mesa—, y solo me queda coger mi fusil. Además, adonde usted vaya, allí iré yo.

El capitán Nemo me condujo hacia la popa del *Nautilus*; al pasar delante del camarote de Ned y de Conseil, llamé a mis dos compañeros, que nos siguieron inmediatamente.

Después, llegamos a una cabina, situada a babor junto a la sala de máquinas, en la que debíamos ponernos los trajes para el paseo.

XVI

Paseo por la llanura

Aquella cabina era, en realidad, el arsenal y el vestuario del *Nautilus*. Una docena de escafandras, colgadas de la pared, esperaban a los paseantes.

Al verlas, Ned Land dejó de manifiesto su repugnancia a enfundarse una de aquellas.

—Pero, mi buen Ned —le dije—, los bosques de la isla de Crespo son bosques submarinos.

—¡Pues muy bien! —dijo decepcionado el arponero, que veía desvanecerse sus sueños de carne fresca—. Y usted, señor Aronnax, ¿va a meterse en uno de esos trajes?

—No hay más remedio, Ned.

—Allá usted, señor —respondió el arponero encogiéndose de hombros—, pero lo que es yo, como no sea por la fuerza, no pienso meterme ahí adentro en la vida.

—Nadie lo obligará, señor Land —dijo el capitán Nemo.

—¿Y Conseil se va a arriesgar? —preguntó Ned.

—Yo sigo al señor adonde el señor vaya —respondió Conseil.

A una llamada del capitán, dos hombres de la tripulación vinieron para ayudarnos a ponernos aquellos pesados trajes impermeables, hechos de caucho, sin costuras, y preparados de manera que pudieran soportar presiones considerables. Habrían podido compararse con armaduras flexibles y resistentes a la vez. Los trajes estaban compuestos de pantalón y chaqueta. El pantalón remataba en unas gruesas botas provistas de pesadas suelas de plomo. El material de la chaqueta se mantenía gracias a unas cinchas de cobre que acorazaban el pecho, defendiéndolo del embate de las aguas y permitiendo el libre funcionamiento de los pulmones; sus mangas acababan en forma de guantes flexibles, que no impedían en absoluto los movimientos de las manos.

Era obvio cuánto distaban esas escafandras perfeccionadas de aquellos trajes informes, como las corazas de corcho, las sobrevestes, los chalecos marinos, los cofres, etc., que fueron inventados y utilizados en el siglo XVIII [198].

El capitán Nemo, junto con uno de sus compañeros —una especie de Hércules [199] que debía de tener una fuerza prodigiosa —, Conseil y yo nos introdujimos inmediatamente en las escafandras. Solo nos quedaba encajar las respectivas esferas metálicas sobre nuestras cabezas. Pero antes de proceder a esa operación, solicité permiso al capitán para examinar los fusiles que nos habían asignado.

Uno de los hombres del *Nautilus* me mostró un fusil sencillo, cuya culata, fabricada en chapa de acero y hueca en su interior, era de considerables dimensiones. Servía de depósito para el aire comprimido, que escapaba hasta el tubo de metal mediante una válvula accionada por un gatillo. Una caja de proyectiles, situada en el hueco de la culata, almacenaba unas veinte balas eléctricas que pasaban automáticamente al cañón del fusil por medio de un resorte [200]. Tan pronto como se efectuaba un disparo, la siguiente bala estaba lista para salir.

—Capitán Nemo —le dije—, esta arma es perfecta y de fácil manejo. Ansío poder probarla, pero ¿cómo vamos a descender al fondo del mar?

—En estos momentos, profesor, el *Nautilus* está cubierto por diez metros de agua y no tenemos más que salir.

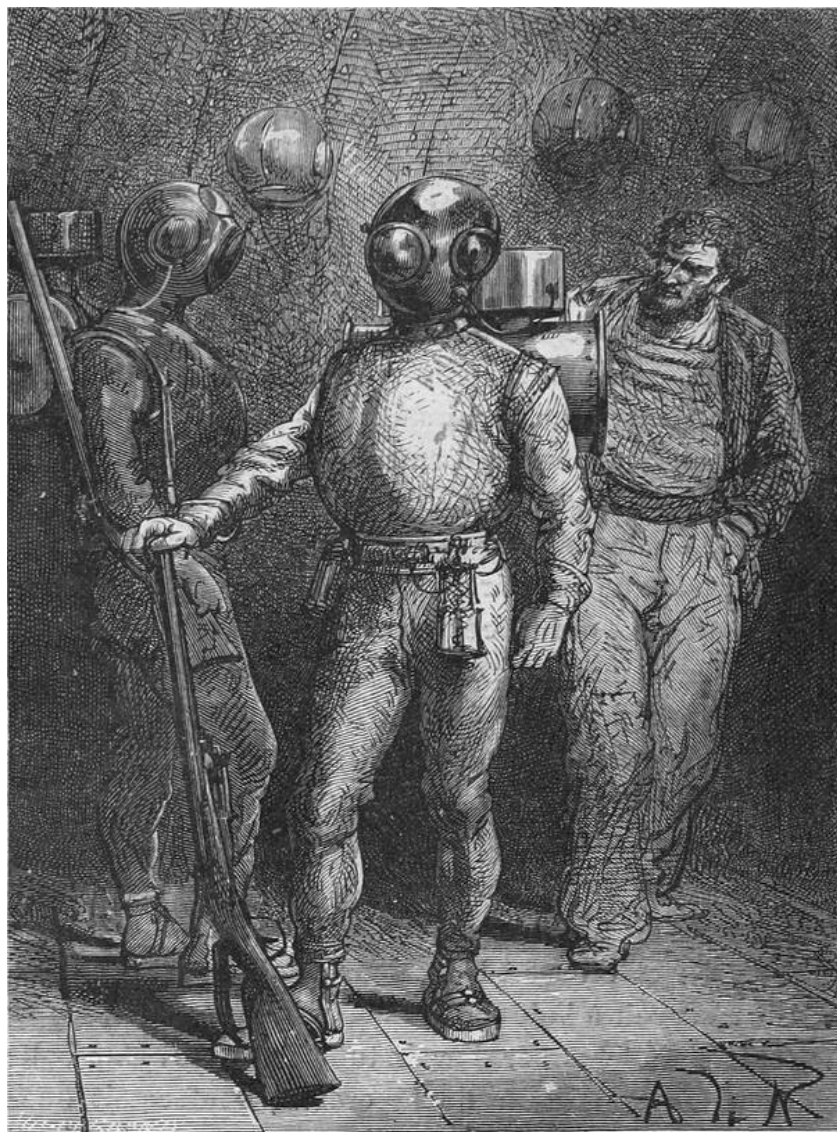
—¿Cómo vamos a salir?

—Ahora lo verá.

El capitán Nemo introdujo la cabeza en el casco esférico. Conseil y yo hicimos lo mismo, mientras oíamos al canadiense que nos lanzaba un irónico «buena caza». La parte superior de nuestro atavío consistía en una arandela de cobre aterrajado sobre la que se enroscaba el casco metálico. Tres aberturas, protegidas por gruesos vidrios, permitían ver en todas las direcciones girando simplemente la cabeza dentro de la esfera. Una vez colocado el casco en su sitio, los aparatos Rouquayrol, que cargábamos en la espalda, comenzaron a funcionar y respiré cómodamente.

Con la lámpara Ruhmkorff al cinto y el fusil en la mano, estaba listo para salir. Pero, a fuer de sincero, me habría resultado

imposible dar un paso **[201]** encerrado en aquel pesado traje y clavado al suelo por las suelas de plomo.



Estaba listo para salir

Sin embargo, esa circunstancia ya estaba prevista, puesto que noté que me empujaban a un camarotillo contiguo al vestuario. Mis compañeros, empujados de igual manera, me seguían. Oí cómo se cerraba a nuestras espaldas una puerta con obturadores. Un instante después, nos envolvió una profunda oscuridad.

Tras unos minutos, llegó a mis oídos un silbido agudo. Desde los

pies hasta el pecho se adueñaba de mí una sensación de frío. Evidentemente, en el interior del barco se había dado paso mediante una llave al agua exterior, que nos invadía e iba llenando rápidamente el camarote. Se abrió entonces una segunda puerta, situada a una banda del *Nautilus*. Una luz tenue nos iluminó, e instantes después pisábamos el fondo del mar.

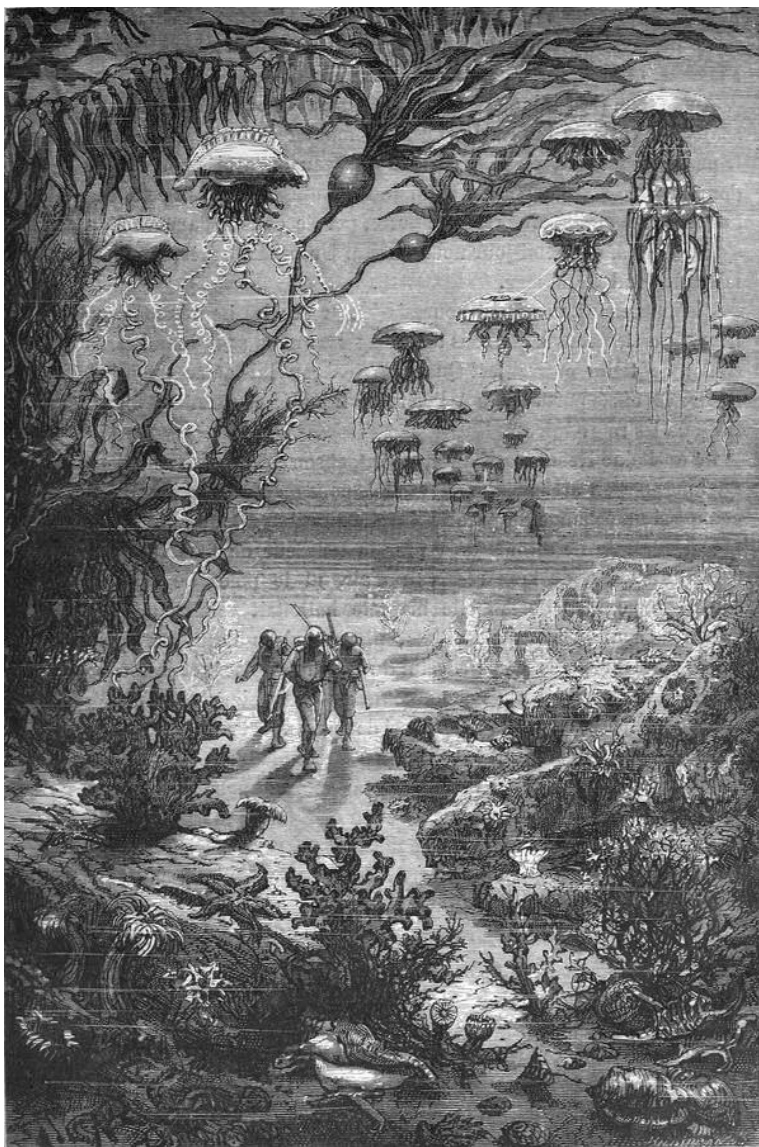
¿Cómo podría describir ahora la impresión que me causó aquel paseo bajo las aguas? ¡No bastan las palabras para evocar esas maravillas! Si hasta un pincel sería incapaz de reproducir los especiales matices del elemento líquido, ¿cómo podría hacerlo la pluma?

El capitán Nemo abría el camino, y su compañero nos seguía a unos pasos. Conseil y yo nos manteníamos uno junto al otro, como si hubiera sido posible intercambiar algunas palabras a través de nuestros caparazones metálicos. Yo ya no sentía el peso del traje, de las botas, del depósito de aire, ni el peso de la gruesa esfera, en medio de la cual mi cabeza se balanceaba como una almendra en su cáscara. Todos esos cuerpos, sumergidos en el agua, perdían una parte de su peso igual al del líquido desplazado; me sentía fascinado por esa ley física descubierta por Arquímedes [202]. Había dejado de ser una masa inerte y mi libertad de movimientos era relativamente grande.

La luz, que iluminaba el suelo hasta treinta pies por debajo de la superficie del océano, me sorprendió por su potencia. Los rayos solares atravesaban fácilmente aquella masa acuosa y difuminaban su coloración. Podía distinguir fácilmente los objetos a una distancia de cien metros. Más allá, los fondos se desvanecían en delicadas degradaciones de ultramar, luego azuleaban en lontananza y se esfumaban en medio de una vaga oscuridad. En realidad, el agua que me envolvía era una especie de aire, más denso que la atmósfera terrestre, pero casi tan diáfano. Por encima de mí, vislumbraba la superficie del mar en calma.

Caminábamos sobre una arena fina, una superficie uniforme, sin el fruncido de las playas que conservan las huellas del oleaje. Como un auténtico reflector, aquella alfombra cegadora devolvía el resol con una intensidad sorprendente. De ahí provenía la inmensa reverberación que penetraba todas las moléculas líquidas. ¿Se me creerá si afirmo que a una profundidad de treinta pies podía ver

como si estuviera a la luz del día?



Paisaje submarino de la isla de Crespo

Durante un cuarto de hora, paseé por la ardiente arena cubierta de un sutil polvo de conchas. El casco del *Nautilus*, cuya silueta parecía un largo escollo, iba desapareciendo paulatinamente, pero cuando cayera la noche en medio de las aguas, su fanal orientaría nuestro regreso a bordo, proyectando sus rayos con perfecta nitidez:

efecto difícil de comprender para quien únicamente ha visto en tierra esas capas blanquecinas tan vivamente marcadas. Aquí, el polvo del que está saturado el aire les da la apariencia de una neblina luminosa, pero, en el mar y bajo el mar, los rayos de luz eléctrica se transmiten con incomparable pureza.

Mientras tanto, continuábamos caminando por aquella vasta llanura de arena que parecía ilimitada. Con la mano, iba apartando las cortinas líquidas, que se volvían a cerrar a mi paso; mis huellas se borraban por la presión del agua.

De repente, algunos objetos, casi imperceptibles en la lejanía, iban cobrando forma. Reconocí unos magníficos primeros planos de rocas, cubiertas de zoófitos de las especies más hermosas; al principio, me asombró un efecto característico de ese medio.

Eran entonces las diez de la mañana. Los rayos del sol atravesaban la superficie del mar en un ángulo bastante oblicuo y, al contacto con su luz, descompuesta por la refracción como a través de un prisma, las flores, rocas, plantas, conchas y pólipos ornaban sus bordes con los siete colores del espectro solar. Era una maravilla, una fiesta para la vista, ese abigarramiento de tonos coloreados, un verdadero caleidoscopio de verde, amarillo, anaranjado, violeta, añil, azul, en una palabra, ¡toda la paleta de un arrebatado colorista! ¡Qué pena no poder comunicarle a Conseil las intensas sensaciones que me acudían al cerebro y rivalizar con él en interjecciones de admiración! ¡No poder intercambiar mis pensamientos por medio de signos convenidos, como hacían el capitán Nemo y su compañero **[203]**! Al no tener otra solución, me hablaba a mí mismo, gritaba en la esfera de cobre que tocaba mi cabeza, gastando quizá en vanas palabras más aire del necesario.

Ante aquel espléndido espectáculo, Conseil se había detenido, como yo. Como era natural, al ver los ejemplares de zoófitos y de moluscos, el buen muchacho clasificaba, no dejaba de clasificar. Por el suelo abundaban pólipos y equinodermos. Isídidos variados; cornularias, que viven aisladas; matas de oculinas vírgenes, designadas antaño con el nombre de «coral blanco»; fungias enhiestas en forma de setas; anémonas, adheridas con su disco muscular y que semejaban un parterre de flores, abigarrado con porpitas que lucían su gargantilla de tentáculos azules; estrellas de mar que convertían la arena en una constelación; astrófitos

verrucosos, finos encajes bordados por las manos de las náyades [204], cuyos festones se dejaban mecer por las suaves ondulaciones que nuestra marcha provocaba. Sentía una gran pena al aplastar a mi paso los brillantes especímenes de moluscos que cubrían el suelo por millares, los peines concéntricos, los martillos, los donácidos, verdaderas conchas saltarinas, los trocos, los cascos rojos, los estrómbidos de alas de ángel, las aplisias [205] y tantos otros productos del inagotable océano. Pero teníamos que seguir caminando y continuamos nuestra marcha, mientras que sobre nuestras cabezas vagaban grupos de fisalias —medusas que dejaban vagar sus tentáculos de azul ultramar y cuya umbrella de tonos opalinos o rosa suave, ribeteada por una franja de azul, nos protegía de los rayos solares— y unas pelagias panópiras que, en la oscuridad, habrían jalonado nuestro camino con sus destellos fosforescentes [206].

Todas esas maravillas pude entreverlas en el espacio de un cuarto de milla, casi sin detenerme y siguiendo al capitán Nemo, que me llamaba con un gesto. Después, la estructura del suelo se modificó. A la llanura de arena sucedió una capa de limo viscoso que los americanos denominan *ooze* [207], compuesta únicamente de conchas silíceas o calcáreas. A continuación, recorrimos una pradera de algas, plantas pelágicas que las aguas aún no habían arrancado, donde la vegetación era muy tupida. Esas «praderas», con un entramado compacto, suaves a los pies, habrían podido competir con las alfombras más mullidas tejidas por las manos del hombre. Pero, al mismo tiempo que la vegetación se desplegaba a nuestro paso, no abandonaba nuestras cabezas. Un ligero arco de plantas marinas, clasificadas en la exuberante familia de las algas, de las que se conocen más de dos mil especies, se cruzaba en la superficie de las aguas. Veía flotar largas cintas de fucos, unos como globos y otros tubulares; laurencias; cladostefas, de tan sutil follaje; y rodimenias palmeadas, similares a abanicos de cactus. Observé que las plantas verdes se mantenían más próximas a la superficie del mar, mientras que las rojas ocupaban una profundidad media y los hidrófitos negros o pardos tenían confiada la tarea de formar los jardines y arriates de las capas más profundas del océano.

Las algas son un auténtico prodigio de la creación, una de las maravillas de la flora universal. Esta familia produce tanto los

vegetales más pequeños como los más grandes del planeta. Pues, al igual que se han contabilizado cuarenta mil de esas diminutas plantas en un espacio de cinco milímetros cuadrados, también se han recogido fucos cuya longitud rebasaba los quinientos metros.

Habíamos abandonado el *Nautilus* hacía ya una hora y media. Era casi mediodía. Me percaté de ello por la perpendicularidad de los rayos solares, que ya no se refractaban. La magia de los colores se esfumó poco a poco, y los matices de la esmeralda y del zafiro se borraron de nuestro firmamento. Caminábamos a un paso regular, que resonaba sobre el suelo con extraña intensidad. El más mínimo ruido se transmitía con una velocidad a la que no está acostumbrado el oído en la tierra. En efecto, el agua es mejor vehículo del sonido que el aire, y en ella se propaga a una velocidad cuatro veces superior.

En aquellos momentos, el suelo descendía formando una pronunciada pendiente. La luz adquirió unos tintes uniformes. Alcanzamos una profundidad de cien metros, lo que suponía soportar una presión de diez atmósferas. Pero el traje de escafandrista estaba hecho de tal manera que la presión no me molestaba en absoluto. Únicamente noté una ligera molestia en las articulaciones de los dedos, que tampoco tardó en desaparecer. La fatiga que me había provocado ese paseo de dos horas, pese a ir cargado con un equipo al que no estaba acostumbrado, era nula. Efectuaba mis movimientos, ayudados por el agua, con sorprendente facilidad.

Tras llegar a trescientos pies de profundidad, volví a observar los rayos del sol, ya débiles. A su resplandor intenso había sucedido un crepúsculo rojizo, un término medio entre el día y la noche. Sin embargo, se veía lo suficiente como para orientarse, y todavía no era necesario utilizar los aparatos Ruhmkorff.

Entonces, el capitán Nemo se detuvo; esperó que llegara junto a él y señaló con el dedo unas masas oscuras que surgían en la penumbra a corta distancia.

«Es el bosque de la isla de Crespo», pensé, y estaba en lo cierto.

XVII

Un bosque submarino

Habíamos alcanzado el lindero del bosque, sin duda uno de los más hermosos de los inmensos dominios del capitán Nemo. Al considerarlo propiedad suya, el capitán se había arrogado sobre él los mismos derechos que tenían los primeros hombres en los primeros días del mundo. Y, a decir verdad, ¿quién hubiese podido disputarle la posesión de aquel predio submarino?, ¿qué otro pionero más audaz se podría aventurar, blandiendo la segur, a desbrozar la umbría maleza?

El bosque estaba formado por grandes plantas arborescentes, y tan pronto como nos adentramos por sus amplios arcos, me admiré, sorprendido por la singular disposición de sus ramas, que nunca había observado.

Ni las hierbas que cubrían el suelo ni las ramas que brotaban de los arbustos se arrastraban ni se curvaban ni se extendían en un plano horizontal. Todas ascendían a la superficie del océano. No había filamentos ni cintas, por delgados que fueran, que no se mantuvieran rectos como barras de hierro. Los fucos y las algas trepadoras crecían con arreglo a una línea rígida y perpendicular, impuesta por la densidad del elemento que los había generado. Inmóviles, las plantas recuperaban inmediatamente su primigenia posición al apartarlas con la mano: era el reino de la verticalidad.

Enseguida, me acostumbré a aquella extraña arquitectura, así como a la relativa oscuridad que nos envolvía. El suelo del bosque estaba sembrado de afilados bloques de piedra, difíciles de evitar. La flora submarina me pareció allí bastante completa, incluso más diversa de lo que podría ser en las zonas árticas o tropicales, donde sus ejemplares son menos numerosos. Durante unos minutos, confundí involuntariamente los reinos entre sí, tomando por hidrófitos unos zoófitos: animales por plantas. ¿Y quién no se habría

equivocado? La fauna y la flora van de la mano en el mundo submarino.

Observé que todos los representantes del reino vegetal se mantenían en el suelo únicamente gracias a una adherencia superficial. Carentes de raíces, indiferentes al cuerpo sólido, arena, concha, caparazón o guijarro que les sirve de peana, solo le piden un punto de apoyo, no la vitalidad. Estas plantas solo proceden de ellas mismas, y el principio de su existencia radica en el agua que las sostiene y las nutre. En vez de hojas, de la mayor parte de plantas brotaban lengüetas con formas caprichosas, limitadas a una gama restringida de colores que comprendía únicamente rosa, carmín, verde y tonos aceitunados, leonados y marrones. Volví a ver, pero ya no secas como los especímenes del *Nautilus*: padinas pavonias, desplegadas como abanicos que parecían tentar a la brisa; ceramiáceas escarlatas; laminarias que extendían sus jóvenes brotes comestibles; nereocistis filiformes y onduladas, que se desplegaban a una altura de hasta quince metros; ramilletes de acetabularias, cuyos talos culminan en forma de sombrilla, y un sinnúmero de otras plantas pelágicas, todas carentes de flores. «¡Curiosa anomalía, extraño elemento —ha dicho un agudo naturalista— donde florece el reino animal y no el reino vegetal!» [208].

Entre los diferentes arbustos, tan grandes como los árboles de las zonas templadas, y bajo su sombra húmeda, proliferaban auténticos matorrales de flores vivas: hileras de zoófitos, sobre los que se extendían meandrinas cebradas con surcos tortuosos; cariofilas amarillentas de tentáculos diáfanos; matas rastreras de zoantarios; y, para completar el espejismo, los peces mosca volaban de rama en rama, como un enjambre de colibríes, mientras que unos lepisacantos amarillos, de mandíbula erizada y escamas aguzadas, junto con unos dactilópteros y monocentros, se levantaban a nuestro paso, como una bandada de agachadizas [209].

Hacia la una, el capitán Nemo dio orden de que nos detuviésemos. A mí me satisfizo la idea, y nos tendimos bajo una pérgola de alarias cuyas largas y delgadas frondas apuntaban como flechas.

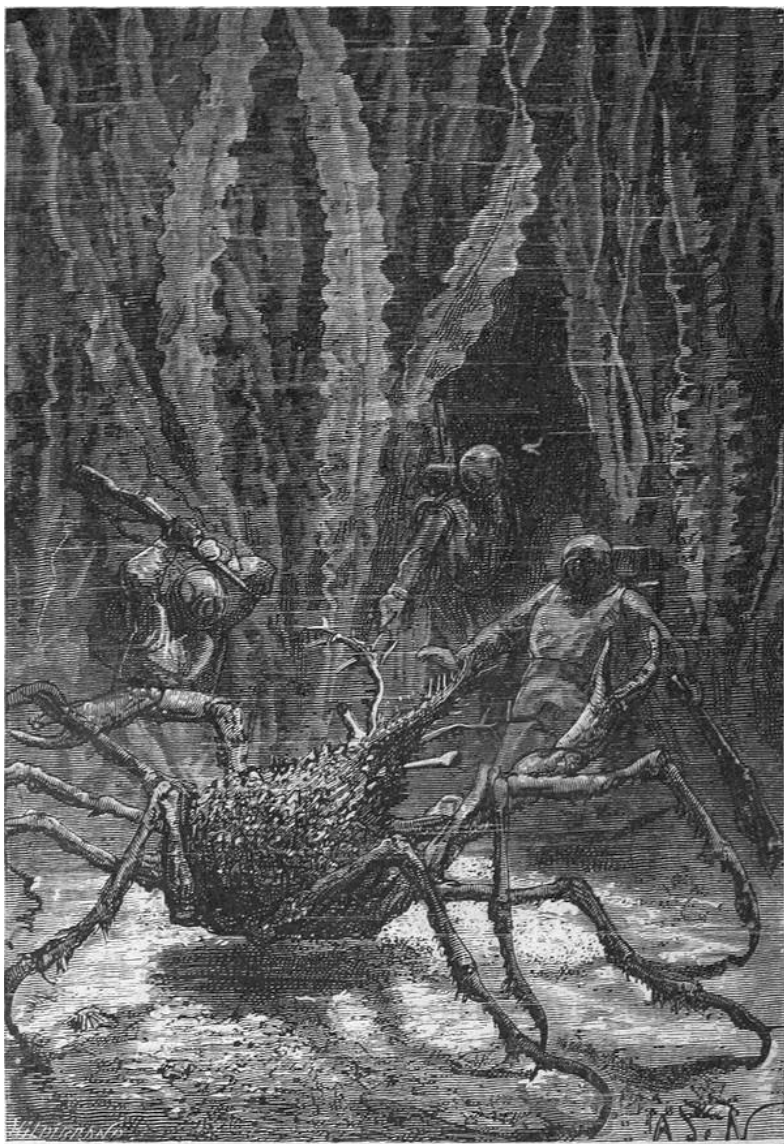
Aquel momento de descanso me pareció delicioso. Tan solo nos faltaba el encanto de la conversación. Pero era imposible hablar e imposible responder. Sin embargo, acerqué mi gran casco de cobre

al de Conseil. Vi brillar de contento los ojos del buen muchacho, que, como muestra de satisfacción, se movía dentro de su caparazón con el aire más cómico del mundo.

Después de cuatro horas de caminata, me extrañó mucho no sentir una violenta necesidad de comer. No podría decir a qué obedecía aquel comportamiento de mi estómago. Sí experimentaba, por el contrario, un insuperable deseo de dormir, como les ocurre a todos los buzos. Cerré los ojos inmediatamente tras el grueso vidrio y caí presa de una invencible somnolencia que solamente había podido combatir hasta entonces el movimiento de la marcha. El capitán Nemo y su robusto compañero, tendidos en aquel límpido cristal, nos daban ejemplo con su sueño.

No puedo calcular cuánto tiempo permanecí así, dominado por el sopor, pero cuando me desperté, me pareció que el sol declinaba en el horizonte. El capitán Nemo se había levantado ya y yo comenzaba a desentumecer mis miembros, cuando una inesperada aparición hizo que me pusiera bruscamente de pie.

A unos pasos de nosotros, una monstruosa araña de mar, de un metro de altura, me miraba con sus ojos turbios, dispuesta a abalanzarse sobre mí. Aunque mi traje de escafandrista era lo bastante grueso para defenderme de las mordeduras del animal, no pude contener un movimiento de horror. Conseil y el marinero del *Nautilus* se despertaron en aquel momento. El capitán Nemo señaló a su compañero el espantoso crustáceo, que inmediatamente fue abatido de un culatazo, y vi las horribles patas del monstruo retorcerse en medio de terribles convulsiones [210].



Una monstruosa araña de mar

Ese encuentro me hizo pensar que otros animales más terribles debían de vagar por aquellos fondos oscuros, y que mi escafandra no me protegería contra sus ataques. No había previsto yo esa posibilidad hasta entonces, y decidí mantenerme alerta en lo sucesivo. Supuse que aquel alto era el final de nuestro paseo, pero

me equivocaba, y en lugar de regresar al *Nautilus*, el capitán Nemo prosiguió su audaz expedición.

La depresión del suelo se hacía más patente, con una pendiente cada vez más acusada que nos condujo a grandes profundidades. Sería en torno a las tres cuando alcanzamos un valle angosto, excavado entre altas paredes cortadas a pico y situado a ciento cincuenta metros de profundidad. Gracias a la perfección de nuestros aparatos, superábamos así en noventa metros el límite que la naturaleza parecía haber impuesto hasta entonces a las incursiones submarinas del hombre [211].

Escribo ciento cincuenta metros, aunque ningún instrumento me permitía calcular la profundidad. Pero yo sabía que incluso en los mares más límpidos los rayos solares no pueden penetrar más allá. Precisamente, la oscuridad se hizo impenetrable. A diez pasos, ya no era visible ningún objeto. Caminaba a tientas cuando de repente vi brillar una luz blanca muy intensa. El capitán Nemo acababa de conectar su aparato eléctrico y su compañero lo imitó. Conseil y yo seguimos su ejemplo. Enroscando un tornillo, puse en contacto la bobina con el serpentín de vidrio, y el mar, alumbrado por nuestras cuatro linternas, resplandeció en un radio de veinticinco metros.

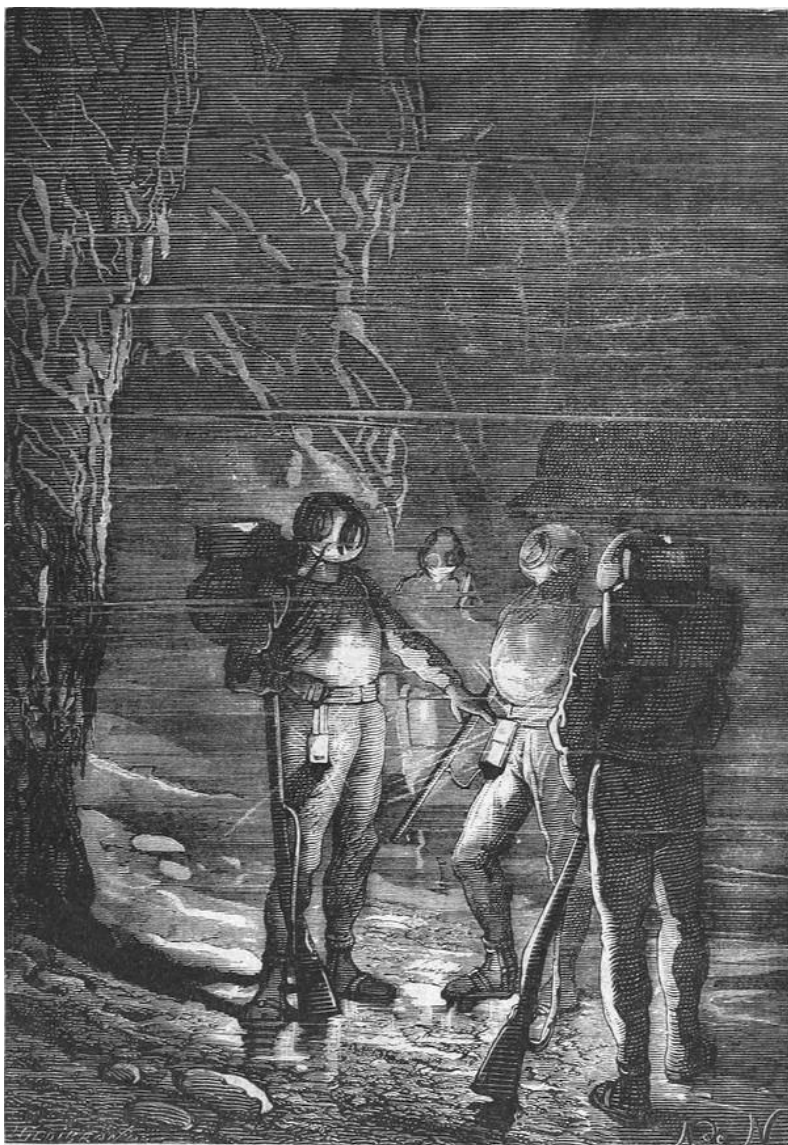
El capitán Nemo continuó adentrándose en las oscuras profundidades del bosque, cuyos arbustos eran cada vez más escasos. Observé que la vida vegetal desaparecía más rápidamente que la vida animal. Las plantas pelágicas abandonaban un suelo ya árido, por el que todavía pululaba un prodigioso número de animales, zoófitos, articulados, moluscos y peces.

Al tiempo que caminaba, pensaba que la luz de nuestros aparatos Ruhmkorff debía de atraer necesariamente a algunos habitantes de aquellas sombrías capas. Pero, aunque se nos acercaron, lo hicieron a una distancia deplorable para unos cazadores. Varias veces, vi al capitán Nemo detenerse y echarse el fusil al hombro; después, tras unos instantes de observación, volvía a levantarse y reanudaba la marcha.

Por fin, aproximadamente a las cuatro, acabó aquella maravillosa expedición. Una pared de rocas soberbias e imponentes se alzaba ante nosotros: gigantescos bloques apilados cual un enorme farallón de granito horadado de sombrías espeluncas, donde no se vislumbraba ninguna rampa practicable. Eran los cantiles de

la isla de Crespo: era la tierra.

El capitán se detuvo de repente. Con un gesto nos ordenó parar, y pese a lo deseoso que estaba yo de franquear aquella muralla, tuve que detenerme. Allí acababan los dominios del capitán Nemo. No quería rebasarlos. Más allá, estaba la porción del globo que no debía pisar nunca más.



El capitán nos ordenó parar

Entonces, dio comienzo el regreso. El capitán Nemo había vuelto a la cabeza de su pequeña tropa, avanzando en todo momento sin vacilar. Creí apercibirme de que no seguíamos el mismo camino para regresar al *Nautilus*. La nueva ruta, muy empinada, y por consiguiente muy penosa, nos llevó rápidamente a la superficie del

mar. Sin embargo, el regreso a las capas superiores no fue tan repentino como para que la descompresión tuviera lugar demasiado rápidamente, lo que habría podido producir en nuestros organismos graves desarreglos y ocasionar esas lesiones internas de tan nefastas consecuencias para los buzos. Muy pronto, la luz reapareció y se intensificó, y con el sol ya bajo en el horizonte, la refracción envolvió de nuevo los objetos con una aureola espectral.

A diez metros de profundidad, caminábamos en medio de un sinfín de pececillos de todas las especies, más numerosos que los pájaros en el aire y también más ágiles, pero no se nos había puesto a tiro ninguna pieza acuática digna de un disparo.

En esos momentos, vi cómo el arma del capitán, bien encarada, apuntaba entre los arbustos hacia un objeto en movimiento. El disparo sonó, oí un débil silbido, y un animal cayó fulminado a unos pasos de nosotros.

Era una magnífica nutria marina, un *enhidro*, el único cuadrúpedo exclusivamente marino. Aquella nutria, de un metro y medio, debía de tener un precio muy elevado. Su piel admirable, de color marrón tostado por encima y plateado por debajo, era una de aquellas tan apreciadas en los mercados rusos y chinos; la finura y el lustre de su pelaje contribuían a que su valor fuese de dos mil francos como mínimo. Durante un buen rato, admiré aquel curioso mamífero de cabeza redondeada y adornada con unas orejas cortas, ojos redondos, bigotes blancos parecidos a los del gato, pies palmeados y unguiculados y cola tupida. Ese precioso carnívoro, cazado y acosado por los pescadores, se ha vuelto extremadamente raro y se refugia principalmente en las zonas boreales del Pacífico, donde, a ciencia cierta, no tardará en extinguirse su especie [212].

El compañero del capitán Nemo vino a hacerse cargo del animal, se lo echó al hombro y reanudamos la caminata.

Durante una hora, nuestros pasos nos llevaron a través de una llanura de arena. A menudo llegaba a menos de dos metros de la superficie de las aguas. Entonces se veía cómo nuestra imagen, claramente reflejada, se dibujaba invertida, y por encima de nosotros aparecía un grupo idéntico, que reproducía nuestros movimientos y nuestros gestos, en todo punto parecido a nosotros con la excepción de que caminaba con la cabeza hacia abajo y los pies por el aire.

Otro efecto digno de destacar era el paso de densas nubes que se formaban y desvanecían rápidamente; pero, al reflexionar, comprendí que aquellas supuestas nubes solamente se debían al espesor variable de las grandes olas del fondo, y reparé incluso en las «cabrillas» espumeantes cuyas crestas se multiplicaban al deshacerse sobre las aguas. Ni siquiera me pasaba inadvertida la sombra de las grandes aves que volaban sobre nuestras cabezas, pues las sorprendía mientras acariciaban raudas la superficie del mar.

En aquella ocasión fui testigo de uno de los disparos más certeros que haya estremecido jamás las fibras de un cazador. Una gran ave, de amplia envergadura, nítidamente visible, se aproximaba planeando. El compañero del capitán Nemo apuntó y le disparó cuando se encontraba a unos metros solamente por encima de las olas. El animal cayó fulminado y su caída lo precipitó al alcance del diestro cazador, que se apoderó de él. Era un albatros de la clase más hermosa, admirable ejemplar de las aves pelágicas.



Una gran ave se aproximaba planeando

Aquel incidente no interrumpió nuestra marcha. Durante dos horas, avanzamos tanto por llanos arenales como por praderas de algas, muy duras de atravesar. Francamente, ya no podía más cuando vislumbré una tenue luz que disipaba, a media milla, la oscuridad de las aguas. Era el fanal del *Nautilus*. Veinte minutos

más y nos encontraríamos a bordo; allí respiraría cómodamente, pues tenía la sensación de que escaseaba el oxígeno en el aire que me suministraba el depósito. Pero no contaba con un encuentro que retrasó un poco nuestra llegada.

Me había quedado rezagado unos veinte pasos, cuando vi al capitán Nemo volver bruscamente hacia mí. Con su mano vigorosa, me hizo echarme al suelo, mientras que su compañero hacía otro tanto con Conseil. Al principio, no supe muy bien qué pensar de ese brusco ataque, pero me tranquilicé al observar que el capitán se tendía cerca de mí y permanecía inmóvil.

Estaba tendido en el suelo, precisamente al abrigo de una mata de algas, cuando, al levantar la cabeza, vi unas enormes masas que pasaban con estrépito lanzando destellos fosforescentes.

¡La sangre se me heló en las venas! Había reconocido los formidables escualos que nos amenazaban. Eran un par de tintoreras, terribles tiburones de enorme cola, de mirada turbia y vidriosa, que destilan una sustancia fosforescente a través de orificios abiertos alrededor del morro. ¡Monstruosas luciérnagas que pueden triturar a un hombre entero con sus mandíbulas de hierro! Ignoro si Conseil se ocupaba en clasificarlos, pero por lo que a mí respecta, yo observaba su vientre argénteo y su temible hocico erizado de dientes desde un punto de vista poco científico: más bien como víctima y no como naturalista [213].

Afortunadamente, esos voraces animales tienen mala vista y pasaron sin vernos, rozándonos con sus aletas parduscas; así escapamos como de milagro de un peligro con toda certeza más grande que el de encontrarse con un tigre en plena selva.

Una media hora después, guiados por la estela eléctrica, llegamos al *Nautilus*. La escotilla exterior había permanecido abierta y el capitán Nemo la volvió a cerrar en cuanto entramos en la primera cabina. Después, pulsó un botón. Oí trabajar las bombas en el interior del buque, sentí evacuarse el agua en torno a mí y, en unos instantes, la cabina se vació por completo. Acto seguido, la puerta interior se abrió y pasamos al vestuario.

Allí, con bastante trabajo, nos quitamos nuestras escafandras. Extenuado, cayéndome de hambre y de sueño, regresé a mi camarote, absolutamente fascinado por aquella sorprendente expedición por el fondo de los mares.

XVIII

Cuatro mil leguas bajo el Pacífico

El día siguiente por la mañana, 18 de noviembre, me encontraba perfectamente recuperado del cansancio de la víspera; subí a la plataforma en el momento en que el segundo del *Nautilus* pronunciaba su frase cotidiana, y entonces pensé que se refería al estado de la mar o que, tal vez, quería decir: «Nada a la vista».

Efectivamente, el océano estaba desierto: ni una vela en el horizonte. Las estribaciones de la isla de Crespo habían desaparecido durante la noche. El mar absorbía los colores del espectro, a excepción de los rayos azules, y los reflejaba en todas direcciones, engalanándose con una maravillosa tintura de índigo. Sobre las aguas ondulantes, se dibujaban regularmente anchas franjas parecidas al moaré [214].

Estaba contemplando el magnífico aspecto del océano cuando llegó el capitán Nemo, que no pareció darse cuenta de mi presencia, para realizar una serie de observaciones astronómicas; una vez concluida la operación, fue a apoyarse en la torreta del fanal y su mirada se perdió por la superficie del océano.

Mientras tanto, habían subido a la plataforma unos veinte marineros del *Nautilus*, hombres vigorosos y de complexión fuerte. Venían a retirar las redes que se habían puesto al arrastre durante la noche. Era indudable que aquellos marinos pertenecían a naciones diferentes, aunque en todos se podía adivinar el tipo europeo. Reconocí, sin riesgo de equivocarme, a irlandeses, franceses, algunos eslavos y un griego o candiota [215]. Por lo demás, eran parcos en palabras y entre ellos hablaban únicamente en aquel extraño idioma, cuyo origen me resultaba impenetrable. Así pues, tuve que renunciar a hacerles preguntas.

Izaron las redes a bordo; eran una especie de redes de arrastre similares a las de las costas normandas: enormes bolsas que una

verga flotante y una cadena trincafiada en las mallas inferiores mantienen entreabiertas. Esas bolsas o copos, arrastradas por unos brazos de hierro, barrían el fondo del océano y recogían todo lo que este produce y encontraban a su paso. Aquel día, trajeron unas curiosas muestras de esos parajes en que abundan los peces: lófidos, cuyos cómicos movimientos les han valido el calificativo de «histriones»; ranisapos de Commerson, negros y dotados de antenas; peces ballesta ondulados y listados de rojo; tetraodóntidos ocelados, cuyo veneno es extremadamente sutil [216]; algunas lampreas aceitunadas; macrorrincos, cubiertos de escamas plateadas; triquiúridos, cuya potencia eléctrica es igual a la del gimnoto y la del torpedo [217]; notópteros de grandes escamas, con bandas marrones y transversales; gádidos verduscos; ciertas especies de góbidos, etc.; por último, había también algunos peces de mayor tamaño: un carángido de cabeza prominente, de un metro de largo; varios bonitos de vientre rayado, hermosos escómbridos recamados de azul y plata; y tres magníficos atunes, que pese a la velocidad con que se desplazaban no habían podido esquivar el copo.

Calculé que la red acarreaba más de mil libras de pescado. Era una buena pesca, pero no sorprendente. Estas redes se ponen al arrastre durante varias horas y encierran en su prisión de mallas a todo un enjambre de seres acuáticos. Por tanto, no íbamos a estar faltos de víveres de excelente calidad, ya que la rapidez del *Nautilus* y la atracción de su luz eléctrica podían renovarlos sin cesar.

Los diversos productos marinos fueron inmediatamente arriados por la escotilla hacia las gambuzas; unos, destinados a comerlos fríos, otros, a ser conservados.

Una vez acabada la pesca y renovada la provisión de aire, pensé que el *Nautilus* iba a reanudar su excursión submarina, y ya me disponía a regresar a mi camarote, cuando el capitán Nemo se volvió hacia mí y me dijo sin más preámbulo:

—Contemple el océano, profesor. ¿No está dotado de una vida real? ¿No atraviesa por momentos de ira y de ternura? Ayer, se durmió como nosotros, y helo aquí que se despierta tras pasar una noche apacible.

¡Ni buenos días, ni buenas tardes! Se habría dicho que aquel extraño personaje continuaba una conversación ya comenzada

conmigo.

—¡Mire! —prosiguió—. ¡Se despierta con las caricias del sol! ¡Va a revivir su existencia diurna! Seguir el juego de su organismo es un interesante objeto de estudio. Posee pulso, arterias, tiene espasmos; tengo que darle la razón a Maury, el sabio que ha descubierto en el mar una circulación tan auténtica como la sanguínea en los animales.

Era indudable que el capitán Nemo no esperaba de mí ninguna respuesta, por ello me pareció inútil abundar en expresiones como «evidentemente», «con toda seguridad» y «tiene usted razón». Más bien, hablaba para sí mismo, tomándose bastante tiempo entre cada frase. Era una reflexión en voz alta.

—Sí —dijo—, el océano posee una verdadera circulación, y para que surja, al Creador de todas las cosas le ha bastado con multiplicar el calórico [218], la sal y los animáculos en él. En efecto, el calor origina densidades diferentes, que forman las corrientes y las contracorrientes. La evaporación, nula en las regiones hiperbóreas, muy activa en las zonas ecuatoriales, constituye un intercambio permanente de aguas tropicales y de aguas polares. Además, he detectado las corrientes que van de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba y forman la verdadera respiración del océano. He visto la molécula del agua marina, calentada en la superficie, volver a descender hacia las profundidades, alcanzar su máxima densidad a dos grados bajo cero y, luego, enfriándose de nuevo, hacerse más ligera y volver a ascender. Verá en los polos [219] las consecuencias de ese fenómeno, y comprenderá por qué, gracias a esta ley de la previsora naturaleza, la congelación solo puede producirse en la superficie de las aguas.

Mientras el capitán Nemo acababa su frase, yo me decía: «¡El polo! ¿No pretenderá este audaz personaje conducirnos hasta allá?».

El capitán Nemo se había callado y miraba aquel elemento que había estudiado tan completa e incesantemente. Después, prosiguió [220]:

—Las sales —dijo— se encuentran en una cantidad considerable en el mar, profesor, y si extrajáramos todas las que contiene en solución, obtendríamos una masa de cuatro millones y medio de leguas cúbicas, que, extendida sobre el globo, formaría una capa de

diez metros de espesor. No crea que la presencia de las sales obedece a un capricho de la naturaleza. No. Las sales hacen que las aguas marinas sean menos evaporables e impiden que los vientos les arranquen una cantidad demasiado grande de vapores, que, al precipitarse, sumergirían las zonas templadas. ¡Qué inmensa tarea: ser el moderador de la economía general del globo!

El capitán Nemo se detuvo, incluso se levantó, dio algunos pasos sobre la plataforma, y de nuevo se dirigió a mí:

—En cuanto a los infusorios —prosiguió—, esos miles de millones de animales microscópicos que existen a millones en una gotita de agua, y de los que hacen falta ochocientos mil para obtener un miligramo de peso, su función no es menos importante. Absorben las sales marinas, asimilan los elementos sólidos del agua y, como verdaderos creadores de continentes calcáreos, fabrican corales y madréporas. Y entonces la gota de agua, privada de su alimento mineral, se aligera, vuelve a subir a la superficie y absorbe las sales abandonadas por la evaporación, se hace más pesada, vuelve a descender y a suministrar a los animales microscópicos nuevos elementos que absorber. De ahí surge una doble corriente, ascendente y descendente, ¡el movimiento continuo, la vida que no cesa! La vida, más intensa que en los continentes, más exuberante, más infinita, expandiéndose por doquier en este océano, elemento de muerte para el hombre, se ha dicho, pero elemento de vida para miríadas de animales... ¡y para mí [221] !

Quando el capitán Nemo hablaba así, se transfiguraba y provocaba en mí una extraordinaria emoción.

—¡Además —añadió—, aquí está la verdadera existencia! Yo podría concebir la fundación de ciudades náuticas, de aglomeraciones de casas submarinas, que, como el *Nautilus*, emergerían cada mañana a la superficie de los mares para respirar, ¡ciudades libres, como ninguna otra, ciudades independientes! Y, sin embargo, quién sabe si algún déspota...

El capitán Nemo interrumpió su frase con un gesto violento. Después, se dirigió directamente a mí, como si quisiera alejar una idea funesta:

—Señor Aronnax —me preguntó—, ¿sabe usted cuál es la profundidad del océano?

—Sé lo que los principales sondeos nos han enseñado, capitán.

—¿Podría citármelos, para que los corrija en caso necesario?

—Algunos que me vienen a la memoria —respondí— son los siguientes: si no me equivoco, la profundidad media que se atribuye al Atlántico Norte es de ocho mil doscientos metros, mientras que en el Mediterráneo es de dos mil quinientos metros. Los sondeos más destacables se han hecho en el Atlántico Sur, cerca del paralelo treinta y cinco, y sus resultados son de doce mil metros, catorce mil noventa y un metros y quince mil ciento cuarenta y nueve metros. En definitiva, se estima que, si el fondo del mar estuviese nivelado, su profundidad media sería de siete kilómetros aproximadamente.

—Bien, profesor —respondió el capitán Nemo—, le mostraremos cosas mejores, espero. En cuanto a la profundidad media de esta parte del Pacífico, le diré que tan solo es de cuatro mil metros.

Una vez dicho eso, el capitán Nemo se dirigió hacia la escotilla y desapareció por la escala. Lo seguí y volví al gran salón. La hélice se puso enseguida en movimiento y la corredera marcó una velocidad de veinte millas por hora.

Durante los días, durante las semanas que transcurrieron, el capitán Nemo no fue pródigo en visitas. No lo vi más que a escasos intervalos. Su segundo marcaba regularmente la posición, que yo encontraba trasladada a la carta náutica, de manera que podía seguir exactamente la ruta del *Nautilus*.

Conseil y Land pasaban mucho tiempo conmigo. Conseil había explicado a su amigo las maravillas de nuestra expedición, y el canadiense lamentaba no habernos acompañado. Sin embargo, yo confiaba en que volviera a presentarse la ocasión de visitar los bosques oceánicos.

Casi a diario, durante algunas horas, se abrían los paneles del salón, y nuestros ojos no se cansaban de ahondar en los misterios del mundo submarino.

El *Nautilus* mantenía rumbo al sudeste, entre cien y ciento cincuenta metros de profundidad. Sin embargo, un día, por no sé qué capricho, se dejó llevar en diagonal por medio de sus planos inclinados, y alcanzó las capas de agua situadas a dos mil metros. El termómetro indicaba una temperatura de 4,25°, que, a esa profundidad, parece ser común a todas las latitudes.

El 26 de noviembre, a las tres de la madrugada, el *Nautilus* cruzó el trópico de Cáncer a

172°

de longitud. El 27, pasó junto a las islas Sandwich, en las que el ilustre Cook halló la muerte el 14 de febrero de 1779 [222]. A la sazón, habíamos navegado cuatro mil ochocientas sesenta leguas desde nuestro punto de partida. Por la mañana, cuando llegué a la plataforma, vi a dos millas a sotavento Hawái, la mayor de las siete islas que forman el archipiélago. Pude ver con claridad su lindero cultivado, las diversas cadenas de montañas que corren en paralelo a la costa y sus volcanes, dominados por el Mauna Kea [223], que se eleva a cinco mil metros sobre el nivel del mar. Entre otros ejemplares de estos parajes, las redes nos trajeron flabelarias pavonias, pólipos comprimidos de forma graciosa que son característicos de esta parte del océano [224].

El *Nautilus* mantuvo su rumbo del sudeste. El 1 de diciembre, cruzó el ecuador a

142°

de longitud, y el 4 del mismo mes, tras una rápida singladura sin incidentes, avistamos el archipiélago de las Marquesas. A tres millas, a

8° 57'

de latitud sur y

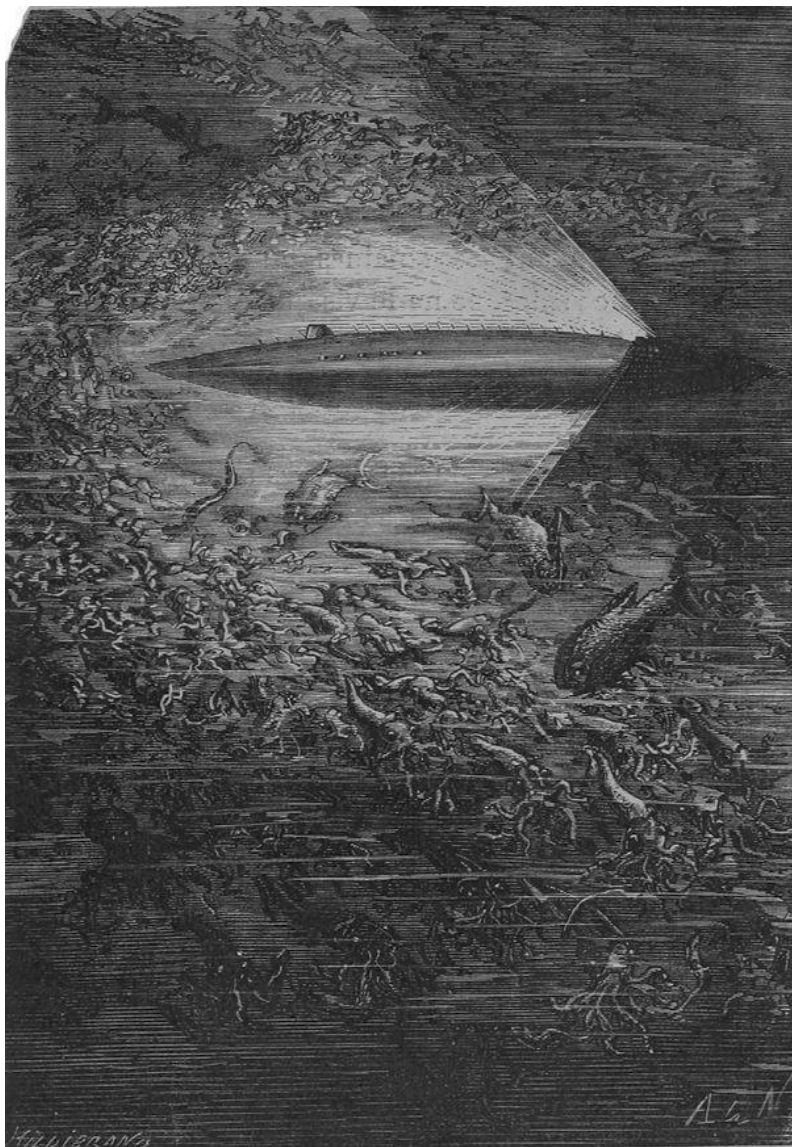
139° 32'

de longitud oeste, distinguí la punta Martin de Nuku Hiva, la principal isla del grupo, que pertenece a Francia. Vi solamente las montañas recubiertas de bosques que se perfilaban en el horizonte, pues el capitán Nemo no gustaba de acercarse a tierra. Allí, las redes nos aportaron otros hermosos especímenes: lampugas de aletas azuladas y cola dorada, cuya carne no tiene rival en el mundo; hologimnosos, desprovistos prácticamente de escamas, pero de sabor exquisito; osteorrincos, de mandíbula ósea, y melvas amarillentas, que no desmerecían de los bonitos; todos eran dignos de figurar en el menú de a bordo.

Tras haber dejado esas islas encantadoras, protegidas por la enseña francesa, el *Nautilus* recorrió aproximadamente dos mil millas entre el 4 y el 11 de diciembre. A lo largo de la travesía, encontramos un inmenso banco de calamares, curiosos moluscos muy parecidos a la sepia. Los pescadores franceses los designan con

el nombre de *encornets*; pertenecen a la clase de los cefalópodos y a la familia de los dibranquiales, entre los que se incluyen la sepia y el argonauta. Estos animales fueron atentamente estudiados por los naturalistas de la Antigüedad, y fueron fuente de numerosas metáforas para los oradores del ágora, además de un excelente plato en la mesa de los ricos ciudadanos, si damos crédito a Ateneo, médico griego que vivió antes que Galeno [225] .



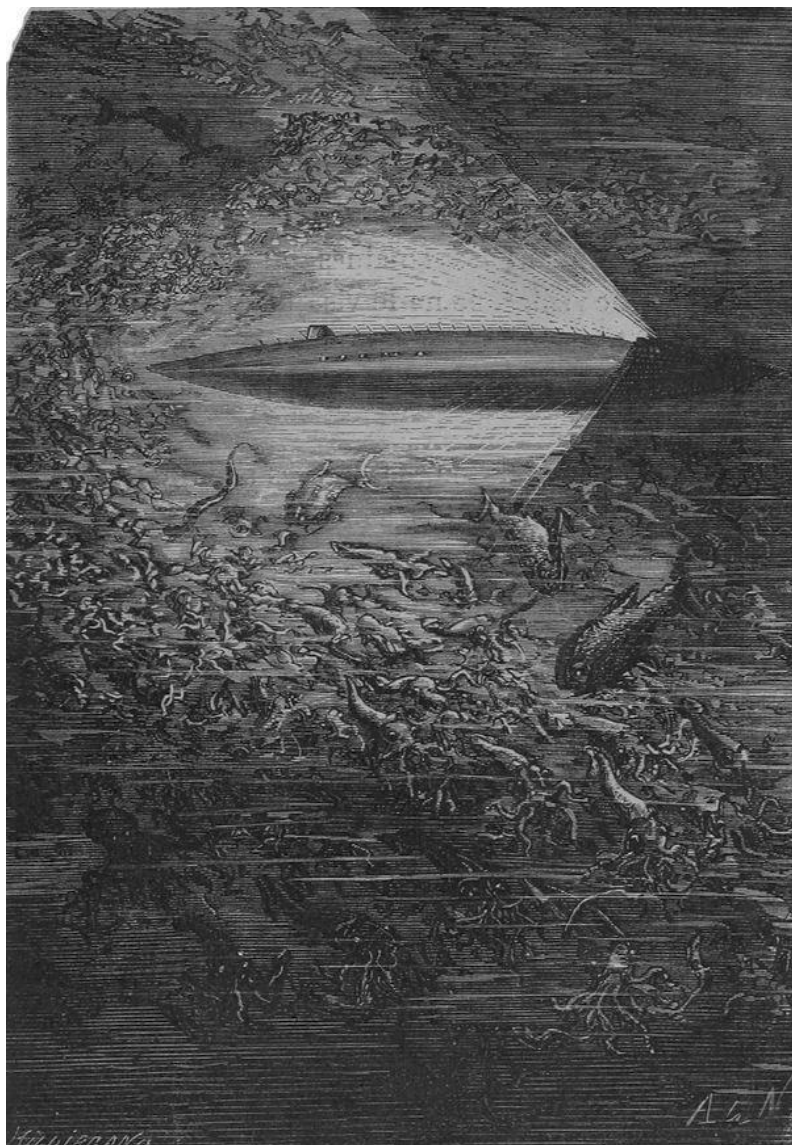


Encontramos un inmenso banco de calamares

Durante la noche del 9 al 10 de diciembre, el *Nautilus* se encontró con ese ejército de moluscos, pues es de noche cuando suelen hacer vida. Podían contarse por millones. Emigraban de las zonas templadas a las más cálidas, siguiendo el itinerario de los arenques y de las sardinas. Los observábamos a través de los

espesos cristales, nadando a reculones con extraordinaria velocidad, moviéndose mediante su tubo locomotor, persiguiendo a los peces y a los moluscos, engullendo a los pequeños para caer a su vez víctimas de los grandes, y agitando en una indescriptible confusión los diez brazos que la naturaleza les ha implantado en la cabeza, como una cabellera de serpientes neumáticas. El *Nautilus*, a pesar de su velocidad, navegó durante varias horas en medio de aquel tropel de animales, y sus redes pescaron una incalculable cantidad, lo que me permitió reconocer las nueve especies que, según clasificó d'Orbigny,

se encuentran en el océano Pacífico [226] .



Los calamares podían contarse por millones

Así pues, durante la travesía, el mar nos mostraba sin cesar sus espectáculos más maravillosos. Los transformaba sin darnos tregua. Cambiaba su decorado y su puesta en escena para que se regalaran nuestros ojos, de modo que no solo podíamos contemplar las obras del Creador en medio del elemento líquido, sino incluso penetrar

los más terribles misterios del océano.

Durante la jornada del 11 de diciembre, estaba entretenido leyendo en el gran salón. Ned Land y Conseil observaban las aguas luminosas por los paneles entreabiertos. El *Nautilus* permanecía inmóvil. Con los depósitos llenos, se mantenía a una profundidad de mil metros, región poco habitada de los océanos, donde los grandes peces eran los únicos en aparecer, y en contadas ocasiones.

En esos momentos leía yo un libro encantador de Jean Macé, *Los servidores del estómago*, y saboreaba sus ingeniosas lecciones, cuando Conseil interrumpió mi lectura [227].

—¿Puede venir un instante el señor? —me dijo con un extraño tono de voz.

—¿Qué pasa, Conseil?

—Mire el señor.

Yo me levanté, apoyé los codos contra el cristal y miré.

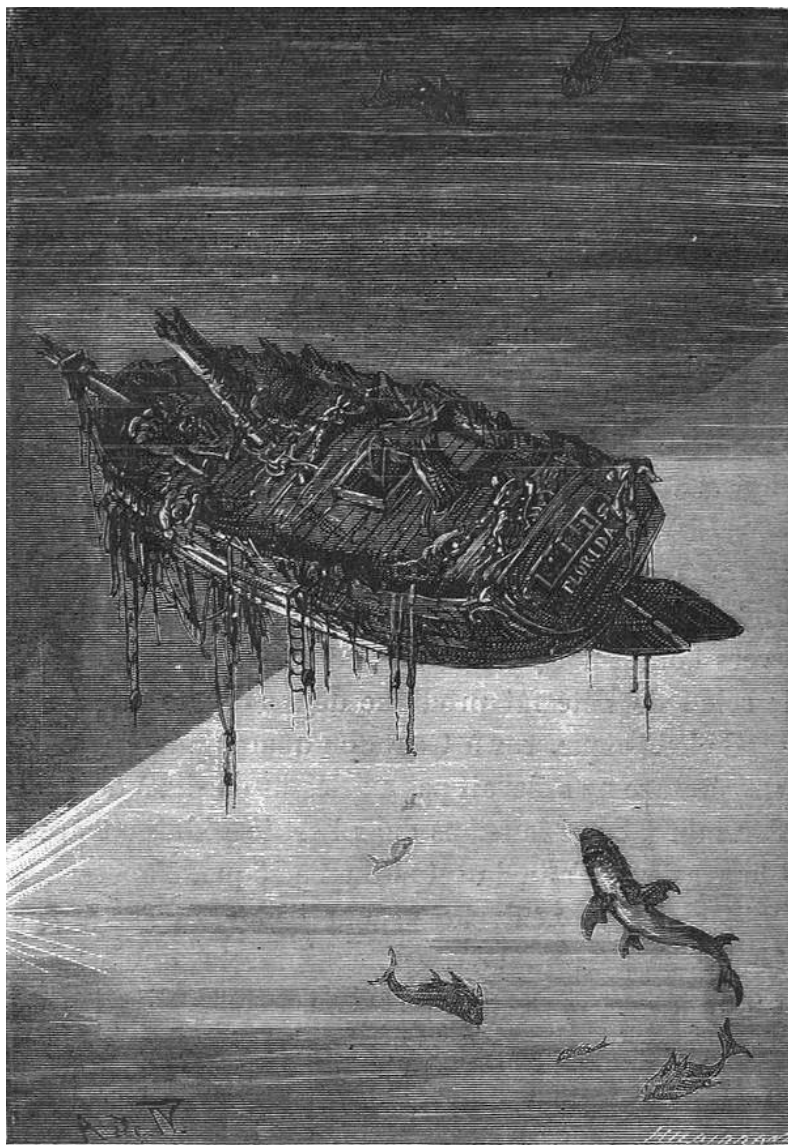
Bañada por la luz eléctrica, una enorme masa negruzca, inmóvil, se hallaba suspendida en medio de las aguas. Observé atentamente, intentando reconocer qué tipo de gigantesco cetáceo era aquel. Pero un pensamiento atravesó fulgurante mi mente.

—¡Un barco! —exclamé.

—Sí —respondió el canadiense—, un barco desmantelado que se ha ido a pique.

Ned Land no se equivocaba. Estábamos ante un buque cuyos obenques cortados pendían aún de las cadenas. El casco parecía estar en buen estado, y su naufragio había ocurrido hacía unas horas como mucho. Tres troncos de mástil aserrados a dos pies por encima del puente indicaban que el barco, escorado, había tenido que sacrificar su arboladura. Pero, rendido de costado, había hecho agua y todavía daba de banda a babor. Triste espectáculo, aquella carcasa perdida bajo las olas, pero aún era más triste el aspecto del puente, donde yacían algunos cadáveres amarrados. Conté cuatro —cuatro hombres de los que uno se mantenía de pie, a la rueda del timón—, luego una mujer, medio asomada por la lumbrera de la toldilla, con un niño en sus brazos. Era una mujer joven. Pude reconocer, intensamente iluminados por los focos del *Nautilus*, sus rasgos, aún no descompuestos por el agua. Con un esfuerzo supremo, había elevado por encima de su cabeza a su hijo, pobre criatura que se abrazaba al cuello de su madre. La posición de los

cuatro marineros me pareció aterradora, retorcidos como estaban en sus movimientos convulsivos y haciendo un último esfuerzo por desligarse de los cabos que los amarraban al buque **[228]**. Solo, más tranquilo, con el semblante grave, los cabellos grises pegados a la frente, la mano crispada sobre la rueda del timón, el timonel parecía seguir dirigiendo a través de las profundidades del océano su buque de tres palos naufragado.



Estábamos ante un buque

¡Qué escena! Permanecíamos en silencio, con el corazón palpitante, ante aquel naufragio captado en el acto y, valga la expresión, fotografiado en su instante final. ¡Y ya veía yo aparecer, con los ojos como brasas, unos enormes escualos, atraídos por el cebo de la carne humana!

Mientras tanto, el *Nautilus* siguió avanzando, giró en torno al barco sumergido y, por un instante, pude leer en el espejo de popa:

Florida, Sunderland [229] .

XIX

Vanikoro

Aquel terrible espectáculo inauguraba la serie de catástrofes marítimas que el *Nautilus* iba a encontrar en su periplo. Desde que navegábamos por mares más frecuentados, encontrábamos a menudo cascos naufragados que acababan de pudrirse entre dos aguas y, a mayor profundidad, cañones, balas, anclas, cadenas y millares de objetos de hierro que el óxido corroía.

El *Nautilus*, donde vivíamos como aislados, seguía avanzando, y el 11 de diciembre llegamos a la altura de las Pomotu, antiguo «grupo peligroso» de Bougainville [230], que ocupa una extensión de quinientas leguas desde el esteseudeste al oeste-noroeste, entre 13° 30'

y

23° 50'

de latitud sur y

125° 30'

y

151° 30'

de longitud oeste, desde la isla de Ducie hasta la isla de Lazareff. Este archipiélago tiene una superficie de trescientas setenta leguas cuadradas y está formado por unos sesenta grupos de islas, entre los que figura el grupo Gambier, al que Francia ha impuesto su protectorado. Son islas coralígenas. Lenta, pero continuamente levantadas por el trabajo de los pólipos, algún día acabarán enlazadas unas con otras. La nueva isla se soldará más tarde con los archipiélagos vecinos, y desde Nueva Zelanda y Nueva Caledonia hasta las Marquesas se extenderá un quinto continente.

Al exponer esta teoría ante el capitán Nemo, este respondió fríamente:

—No son nuevos continentes lo que necesita la Tierra, sino

nuevos hombres.

Los azares de su navegación habían conducido al *Nautilus* precisamente a la isla de Clermont-Tonnerre, una de las más curiosas del grupo, descubierto en 1822 por el capitán Bell, de la *Minerve* [231]. Eso me permitió estudiar el sistema madreporico al que deben su origen las islas de este océano.

Las madreporas, que hay que guardarse de confundir con los corales, poseen un tejido revestido de una costra calcárea; las modificaciones de su estructura han llevado a Milne-Edwards, mi ilustre maestro, a clasificarlas en cinco secciones. Los animáculos que secretan el pólipos viven a millares en el fondo de sus celdas. Son sus depósitos calcáreos los que se convierten en rocas, arrecifes, islotes, islas. Bien forman un anillo circular, rodeando una laguna o un pequeño lago interior, al que unas brechas ponen en comunicación con el mar, o bien erigen unas barreras de arrecifes similares a las que existen en las costas de Nueva Caledonia y en diversas islas de las Pomotu. Y aun en otros lugares, como en las islas de la Reunión y Mauricio, levantan unos arrecifes dentados, altos murallones rectos, junto a los cuales las profundidades del océano son considerables.

Mientras navegábamos a tan solo unos cables de las escarpas de la isla de Clermont-Tonnerre, admiré la gigantesca obra realizada por aquellos microscópicos trabajadores. Esas murallas eran, principalmente, producto de la labor de los madreporarios designados con los nombres de miléporas, porites, astreas y meandrinas. Esos pólipos se desarrollan fundamentalmente en las capas agitadas de la superficie del mar y, por consiguiente, comienzan por su parte superior los basamentos, que se hunden poco a poco con los restos de las secreciones que los soportan. Al menos, esta es la teoría del Sr. Darwin [232], que explica así la creación de los atolones, teoría a mi juicio más acertada que la que ofrece como base de los trabajos madreporicos las cumbres de montañas o de volcanes sumergidos a unos pies por debajo del nivel del mar.

Pude observar muy de cerca esas curiosas murallas, pues, a plomo, la sonda marcaba más de trescientos metros de profundidad, y nuestros haces eléctricos hacían refulgir la brillante masa calcárea.

Conseil me preguntó cuánto tardaban en formarse esas colosales barreras y reaccionó con gran asombro al responderle yo que los sabios calculaban su crecimiento en un octavo de pulgada por siglo.

—Entonces, para levantar esas murallas —replicó—, ¿han sido necesarios...?

—Ciento noventa y dos mil años, mi buen Conseil, lo que alarga de manera notable los días bíblicos. Por otra parte, la formación de la hulla, es decir, la mineralización de los bosques arrasados por los diluvios exigió un período de tiempo mucho más considerable. He de añadir que los días de la *Biblia* no son más que épocas, y no el intervalo que transcurre entre dos amaneceres, ya que, según la propia *Biblia*, el sol no data del primer día de la Creación.

Cuando el *Nautilus* volvió a la superficie del océano, contemplé en toda su extensión la isla de Clermont-Tonnerre, baja y boscosa. Sin duda, sus rocas madreporicas fueron fertilizadas por las trombas de agua y las tormentas. Un día, una semilla, arrancada de las tierras vecinas por el huracán, cayó sobre las capas calcáreas, mezcladas con detrito de peces y de plantas marinas, que formaron el humus vegetal. Una nuez de coco, mecida por las olas, llegó a esta costa nueva. El germen arraigó. El árbol, al crecer, detuvo el vapor de agua. Nació un arroyo. Poco a poco, la vegetación fue ganando terreno. Algunos animalculos, gusanos e insectos llegaron a las islas en troncos arrancados por el viento. Las tortugas arribaron para la freza. Los pájaros anidaron en los árboles jóvenes. De esta manera, la vida animal se desarrolló, y atraído por la vegetación y la fertilidad, apareció el hombre. Así se formaron estas islas, inmensas obras de animales microscópicos.

Por la tarde, Clermont-Tonnerre se fue difuminando en lontananza, y el rumbo del *Nautilus* se modificó de manera sensible. Tras haber cruzado el trópico de Capricornio a

135°

de longitud, navegó hacia el oeste-noroeste, remontando toda la zona intertropical. Aunque el sol del verano fue pródigo con sus rayos, no sufríamos en modo alguno el calor, pues a treinta o cuarenta metros bajo el agua, la temperatura no superaba los diez o doce grados.

El 15 de diciembre, dejamos al este el seductor archipiélago de la Sociedad y la graciosa Tahití, la reina del Pacífico. Por la

mañana, a algunas millas a sotavento, distinguí las altas cumbres de esa isla. Sus aguas proporcionaron a nuestras mesas excelentes pescados, caballas, bonitos, albacoras y ejemplares de una serpiente marina denominada murenofis [233].

El *Nautilus* había cubierto ocho mil cien millas. Nueve mil setecientas veinte millas marcaba la corredera cuando pasamos entre el archipiélago de Tonga Tabú, donde perecieron las tripulaciones del *Argo*, del *Port-au-Prince* y del *Duke of Portland*, y el archipiélago de los Navegantes, donde murió el capitán de Langle [234], amigo de La Pérouse. Más tarde, llegamos al archipiélago de las Viti [235], donde los salvajes asesinaron a los marineros del *Union* y al capitán Bureau, de Nantes, comandante del *Aimable Joséphine* [236].

Este archipiélago, que ocupa una extensión de cien leguas de norte a sur y noventa leguas de este a oeste, está situado entre

6°

y

2°

de latitud sur y

174°

y

179°

de longitud oeste. Se compone de una serie de islas, islotes y escollos, entre los que destacan las islas de Viti Levu, Vanua Levu y Kandubon [237].

Fue Tasman quien descubrió este grupo en 1643, el mismo año en que Torricelli inventaba el barómetro y Luis XIV subía al trono [238]. Cada uno es libre de pensar cuál de estos hechos fue más útil a la humanidad [239]. A continuación, llegaron Cook, en 1714 [240] y

d'Entrecasteaux

en 1793; finalmente Dumont

d'Urville

[241], en 1827, desembrolló todo el caos geográfico de este archipiélago. El *Nautilus* se acercó a la bahía de Wailea, escenario de las terribles aventuras del capitán Dillon [242], el primero en aclarar el misterio del naufragio de La Pérouse.

La bahía, dragada en varias ocasiones, nos proporcionó ostras excelentes y en abundancia. Comimos sin medida, tras abrirlas en nuestra propia mesa, siguiendo el precepto de Séneca [243]. Esos moluscos pertenecían a la especie conocida con el nombre de *Ostrea lamellosa*, que es muy común en Córcega. El banco de Wailea debía de ser enorme, y si no fuera por las múltiples causas que provocan su destrucción, esas aglomeraciones podrían acabar cegando las bahías, ya que en un solo individuo se cuentan hasta dos millones de huevos [244].

Si Ned Land no tuvo que arrepentirse de su glotonería en aquella ocasión fue porque la ostra es el único alimento que jamás provoca indigestiones. En efecto, hacen falta no menos de dieciséis docenas de esos moluscos acéfalos para obtener los trescientos quince gramos de sustancia nitrogenada que necesita un solo hombre para su alimentación diaria.

El 25 de diciembre, el *Nautilus* navegaba en medio del archipiélago de las Nuevas Hébridas, que Quirós descubrió en 1606 [245] y Bougainville exploró en 1768, y al que Cook dio su nombre actual en 1773. Ese grupo se compone principalmente de nueve grandes islas y forma una franja de ciento veinte leguas de nornoroeste a sudsudeste comprendida entre

15°

y

2°

de latitud sur, y entre

164°

y

168°

de longitud. Pasamos bastante cerca de la isla de la Aurora, que, en el momento de las observaciones de mediodía, apareció como una masa de bosques verdes, dominada por un pico de gran altura [246].

Era el día de Navidad, y tuve la impresión de que Ned Land añoraba profundamente la celebración del *Christmas*, la verdadera fiesta de la familia, que los protestantes celebran con tanto fervor [247].

No había visto al capitán Nemo desde hacía ocho días, hasta que

el 27 por la mañana entró en el gran salón, sin perder ese aire de quien le ha dejado a uno hace solo cinco minutos. Estaba yo ocupado en reconocer en el planisferio la ruta del *Nautilus*. El capitán se acercó, puso un dedo en un punto de la carta y pronunció una sola palabra:

—Vanikoro.

Aquel nombre tuvo una resonancia mágica [248]. Eran los islotes adonde fueron a perderse los navíos de La Pérouse. Yo me levanté súbitamente.

—¿El *Nautilus* nos lleva a Vanikoro? —pregunté.

—Sí, profesor —respondió el capitán.

—¿Y podré visitar esas islas célebres donde se hicieron pedazos las corbetas *Boussole* y *Astrolabe*?

—Si así lo desea, profesor.

—¿Cuándo llegaremos a Vanikoro?

—Ya hemos llegado, profesor.

Seguido por el capitán Nemo subí a la plataforma y, desde allí, mi mirada recorrió ávidamente el horizonte.

Por el nordeste, emergían dos islas volcánicas de desiguales dimensiones, rodeadas por un arrecife de corales que medía cuarenta millas de perímetro. Estábamos ante la isla de Vanikoro propiamente dicha, a la que Dumont d'Urville

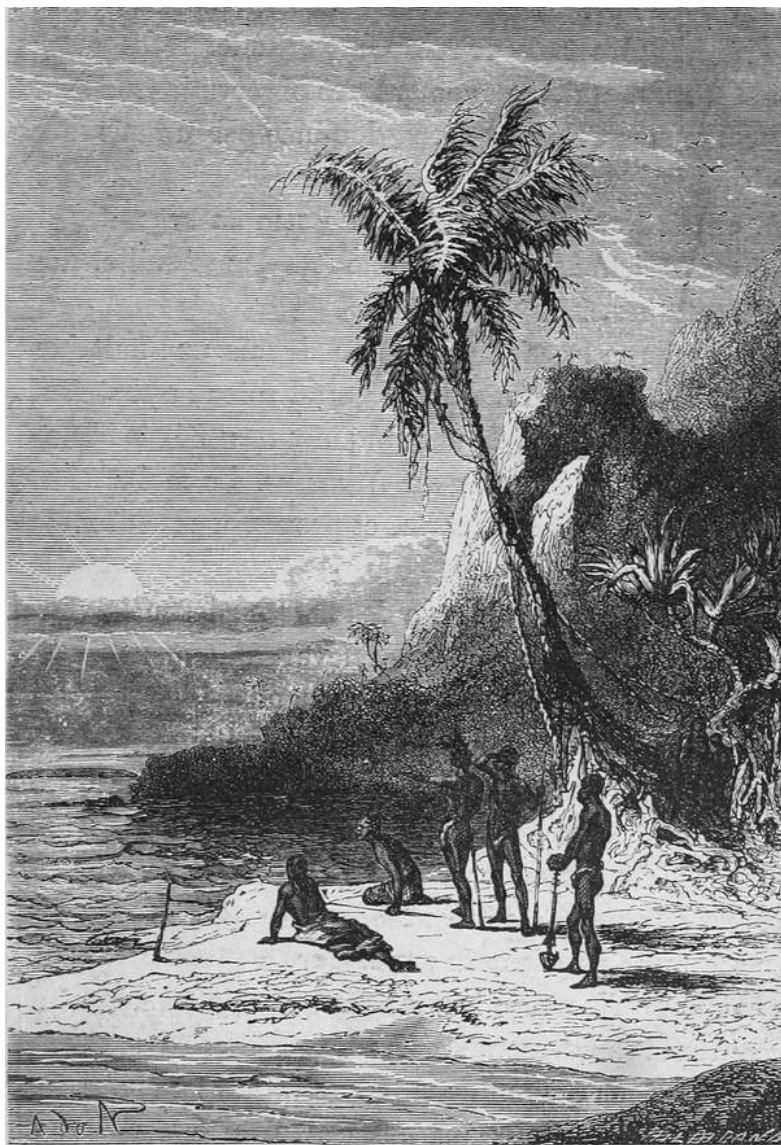
impuso el nombre de isla de la Recherche, y precisamente ante la pequeña rada de Vanu, situada a

16° 4'

de latitud sur y

164° 32'

de longitud este [249]. La tierra parecía cubierta de vegetación desde la playa hasta las cumbres del interior, dominado por el monte Kapogo, de cuatrocientas setenta toesas de altitud.



Isla de Vanikoro

El *Nautilus*, tras haber cruzado el cinturón exterior de rocas por un estrecho paso, se encontró en medio de rompientes, donde el mar alcanzaba entre treinta y cuarenta brazas de profundidad. Bajo la verde sombra de los mangles, divisé a unos salvajes [250], los cuales mostraron una enorme sorpresa conforme nos acercábamos.

¿No verían en aquel largo cuerpo negruzco que avanzaba a flor de agua un temible cetáceo del que tenían que desconfiar?

En esos momentos, el capitán Nemo me preguntó qué sabía yo del naufragio de La Pérouse.

—Lo que todo el mundo sabe, capitán —le respondí.

—¿Y podría decirme qué es lo que todo el mundo sabe? —me preguntó con un tono levemente irónico.

—Por supuesto.

Le conté lo que habían hecho público los últimos trabajos de Dumont

d'Urville,

que, en resumen, viene a ser como sigue.

La Pérouse y su segundo, el capitán de Langle, fueron enviados por Luis XVI[251] en 1785 a realizar un viaje de circunnavegación. Mandaban la *Boussole* y la *Astrolabe*, dos corbetas que nunca regresaron.

En 1791, el Gobierno francés, lógicamente preocupado por la suerte de las dos corbetas, armó dos grandes urcas, la *Recherche* y la *Espérance*, que zarparon de Brest el 28 de septiembre a las órdenes de Bruni

d'Entrecasteaux.

Dos meses después, gracias al informe de un tal Bowen, capitán del *Albemarle*, se supo que se habían visto restos de navíos naufragados en las costas de Nueva Georgia. Pero

d'Entrecasteaux,

que ignoraba esa noticia —rodeada de incertidumbre, todo sea dicho—, se dirigió hacia las islas del Almirantazgo, designadas en un informe del capitán Hunter como el lugar del naufragio de La Pérouse [252].

Su búsqueda fue en vano. La *Espérance* y la *Recherche* pasaron incluso frente a Vanikoro sin detenerse; de hecho, aquel viaje fue sumamente infortunado, pues costó la vida a

d'Entrecasteaux,

a dos de sus segundos y a varios marineros de la tripulación.

Fue un curtido marino del Pacífico, el capitán Dillon, el primero que halló restos indiscutibles de los naufragos. El 15 de mayo de 1824, su navío, el *Saint Patrick*, pasó cerca de la isla de Tikopia,

una de las Nuevas Hébridas. Allí, un *lascar* que se le había acercado en una piragua le vendió la empuñadura de plata de una espada, que llevaba unos caracteres burilados [253]. Aquel individuo le aseguró, además, que seis años atrás, durante una estancia suya en Vanikoro, había visto a dos europeos, miembros de las tripulaciones de unos navíos naufragados hacía tiempo en los arrecifes de la isla.

Dillon adivinó que se trataba de los navíos de La Pérouse, cuya desaparición había conmovido al mundo entero. Quiso acercarse a Vanikoro, donde según el *lascar* había numerosos restos del naufragio, pero los vientos y las corrientes se lo impidieron.

Dillon regresó a Calcuta. Allí logró que la Sociedad Asiática y la Compañía de las Indias se interesaran por su descubrimiento. Se puso a su disposición un navío, al que bautizó como *Recherche* [254], y zarpó el 23 de enero de 1827 acompañado por un agente francés.

La *Recherche*, tras haber recalado en varios puntos del Pacífico, fondeó frente a Vanikoro el 7 de julio de 1827, en la misma rada de Vanu donde se encontraba el *Nautilus* hace un momento.

Allí, recogió numerosos restos del naufragio, utensilios de hierro, anclas, estrobos de los motones, morteros de marina, balas del dieciocho, piezas de los instrumentos de astronomía, fragmentos del coronamiento y una campana de bronce con la inscripción: «*Bazin me hizo*», marca de la fundición del arsenal de Brest hacia 1785. Ya no había duda posible.

Dillon permaneció en el lugar del siniestro hasta el mes de octubre, recopilando información. Después, partió de Vanikoro, arrumbó hacia Nueva Zelanda, recaló en Calcuta el 7 de abril de 1828 y se dirigió a Francia, donde fue acogido con grandes muestras de simpatía por Carlos X [255].

Pero, mientras eso ocurría, Dumont d'Urville, sin estar al corriente de los trabajos de Dillon, había zarpado ya para buscar en otro lugar la escena del naufragio. Y, en efecto, habían llegado noticias de un ballenero de que los salvajes de la Luisiada y de Nueva Caledonia tenían en su poder unas medallas y una cruz de San Luis [256].

De modo que Dumont d'Urville, al mando de la *Astrolabe*, se

había hecho a la mar, y dos meses después de que Dillon hubiese zarpado de Vanikoro, echó anclas ante Hobart Town. Allí se enteró de los resultados obtenidos por la expedición de Dillon y, además, supo que un tal James Hobbs [257], segundo del *Union* de Calcuta, tras desembarcar en una isla situada a

8° 18'

de latitud sur y

156° 30'

de longitud este, había observado las barras de hierro y los tejidos rojos que utilizaban los nativos de dichos parajes.

Dumont d'Urville, bastante perplejo, y dudando de si debía dar crédito a los relatos aparecidos en periódicos poco dignos de confianza, se decidió al final a lanzarse tras los pasos de Dillon.

El 10 de febrero de 1828, la *Astrolabe* se presentó delante de Tikopia, tomó como intérprete y guía a un desertor instalado en esa isla, se hizo a la mar rumbo a Vanikoro, que avistó el 12 de febrero, perlongó sus arrecifes hasta el 14, y el 20 ancló dentro de la barrera, en la rada de Vanu.

El día 23, varios oficiales recorrieron toda la isla y trajeron algunos restos poco importantes. Los nativos, valiéndose de una táctica de negativas y evasivas, no accedían a llevarlos al lugar del siniestro. Esa conducta, muy sospechosa, les hizo creer que habían maltratado a los naufragos, pues, en efecto, parecían temer que

Dumont

d'Urville

hubiese venido a vengar a La Pérouse y a sus infortunados compañeros.

Sin embargo, el día 26, convencidos mediante regalos, y comprendiendo que no tenían que temer ninguna represalia, condujeron al segundo, el Sr. Jacquinot [258], al lugar del naufragio.

Allí, a tres o cuatro brazas de profundidad, entre los arrecifes de Pacu y Vanu, yacían anclas, cañones y lingotes de hierro y plomo, incrustados en las concreciones calcáreas. Dirigieron la chalupa y la ballenera de la *Astrolabe* hacia ese lugar y, tras arduos trabajos, sus tripulaciones consiguieron retirar un ancla que pesaba mil ochocientas libras, un cañón del ocho, de fundición, un lingote de plomo y dos morteros de cobre.

Tras preguntar a los indígenas, Dumont d'Urville

supo que La Pérouse, después de haber perdido sus dos navíos en los escollos de la isla, había construido un navío más pequeño, que acabaría perdiéndose también... ¿Dónde? No se sabía.

El capitán de la *Astrolabe* mandó después construir, bajo unos mangles, un cenotafio a la memoria del célebre navegante y de sus compañeros. Se trataba de una simple pirámide cuadrangular, asentada sobre una base de corales, y en la que no había ninguna quincalla que pudiese tentar la codicia de los nativos [259].

Hecho eso, Dumont d'Urville quiso reanudar la travesía, pero su tripulación estaba minada por la fiebre provocada por lo malsano de esas costas; él mismo también estaba muy enfermo, de modo que no pudo levar anclas hasta el día 17 de marzo.

Mientras tanto, temiendo que Dumont d'Urville

no estuviese enterado de los hallazgos de Dillon, el Gobierno francés había enviado a Vanikoro la corbeta la *Bayonnaise*, al mando de Legoarrant de Tromelin [260], que se encontraba estacionado en la costa oeste de América. La *Bayonnaise* fondeó delante de Vanikoro unos meses después de la partida de la *Astrolabe*; no halló más datos, pero pudo cerciorarse de que los salvajes habían respetado el mausoleo de La Pérouse [261].

En esencia, eso fue lo que relaté al capitán Nemo.

—Por lo tanto —me dijo—, ¿aún no se sabe adónde fue a hundirse ese tercer navío construido por los náufragos en la isla de Vanikoro?

—No. No se sabe.

El capitán Nemo no respondió nada y me hizo una seña para que lo siguiera hasta el gran salón. El *Nautilus* se sumergió unos metros por debajo de las olas y se abrieron los paneles.

Acudí corriendo al panel, y bajo las incrustaciones de corales, revestidos de fungias, sipúnculos, alcionarios y cariofilas, a través de miríadas de peces encantadores, como doncellas, glifisodontes y penféridos, junto con variedades de lutiánidos y holocétridos como pargos y candiles, reconocí unos restos que las dragas no habían podido arrancar: zunchos de hierro, anclas, cañones, balas, un

aparejo de cabrestante y una roda, piezas procedentes de los navíos naufragados y ahora recubiertas de flores vivas.

Y mientras yo miraba aquellos pecios desoladores, el capitán Nemo me dijo con voz grave:

—El capitán La Pérouse zarpó el 7 de diciembre de 1785 con sus navíos la *Boussole* y la *Astrolabe*. Echó primero el ancla en Botany Bay, visitó el archipiélago de los Amigos y Nueva Caledonia, se dirigió hacia Santa Cruz y recaló en Namuka, una de las islas del grupo Haapai. Después, sus navíos llegaron a los arrecifes desconocidos de Vanikoro. La *Boussole*, que iba delante, encalló en la costa meridional. La *Astrolabe* vino en su ayuda y también se fue a pique. El primer buque quedó destruido casi de inmediato. El segundo, encallado a sotavento, resistió algunos días. Los nativos dispensaron una acogida bastante buena a los náufragos, los cuales se instalaron en la isla y construyeron un barco más pequeño con los restos de los dos grandes. Algunos marineros se quedaron voluntariamente en Vanikoro. Los demás, debilitados y enfermos, partieron con La Pérouse. Se dirigieron hacia las islas Salomón y perecieron con todo el equipo en la costa occidental de la isla principal del grupo, entre los cabos Decepción y Satisfacción.

—¿Y cómo lo sabe usted? —exclamé.

—Mire lo que encontré en el lugar mismo de ese último naufragio.

El capitán Nemo me mostró una caja de hojalata, con las armas de Francia grabadas, totalmente corroída por las aguas salinas. La abrió y vi un pliego de papeles, amarillentos, pero todavía legibles.



Vi un pliego de papeles amarillentos

¡Eran las instrucciones del ministro de Marina al comandante La Pérouse, anotadas al margen por Luis XVI de su puño y letra!

—¡Ah! ¡Qué muerte más hermosa para un marino! —exclamó el capitán Nemo—. Esa última morada de coral es una tumba tranquila. ¡Quiera el cielo que mis compañeros y yo no tengamos

otra distinta **[262]** !

XX

El estrecho de Torres

Durante la noche del 27 al 28 de diciembre, el *Nautilus* abandonó los parajes de Vanikoro a una velocidad excesiva. Puso rumbo al sudoeste y, en tres días, surcó las setecientas cincuenta leguas que separan el grupo de La Pérouse de la punta sudeste de Papuasía.

El día de Año Nuevo de 1868, muy temprano, Conseil y yo nos encontramos en la plataforma.

—Señor —me dijo el buen muchacho—, ¿me permite el señor que le desee un feliz año nuevo?

—Cómo no, Conseil, exactamente igual que si estuviésemos en París, en mi despacho del Jardín Botánico. Acepto tu felicitación y te la agradezco. No obstante, querría preguntarte qué entiendes por «un feliz año», vistas las circunstancias en que nos encontramos. ¿Será este el año en que concluirá nuestra reclusión o el año en que proseguirá este extraño viaje?

—La verdad —respondió Conseil— es que no sé muy bien qué responderle al señor. Es cierto que vemos cosas curiosas y que, desde hace dos meses, no hemos tenido tiempo de aburrirnos. La última maravilla siempre es la más sorprendente, y si la progresión se mantiene, no sé cómo va a acabar esto. A mi parecer, nunca volveremos a encontrar una ocasión semejante.

—Nunca, Conseil.

—Por otra parte, el señor Nemo, que hace honor a su nombre latino, no resulta más molesto que si no existiera.

—Así es, Conseil.

—Pienso, pues, si el señor me lo permite, que un buen año sería el que nos permitiese verlo todo...

—¿Verlo todo, Conseil? Quizá sería un poco largo. ¿Y qué piensa Ned Land?

—Ned Land piensa exactamente lo contrario que yo —respondió Conseil—. Es un hombre práctico, con un estómago imperioso. Mirar los peces y no parar de comérselos no le basta. La falta de vino, de pan y de carne no es lo mejor para un buen sajón habituado a los bistecs y al que el *brandy* o la ginebra, en una proporción moderada, no asustan demasiado.

—A mí, Conseil, no es eso lo que me atormenta, en absoluto; me adapto bastante bien al régimen de a bordo.

—Yo también —respondió Conseil—. Yo tengo tanto interés en quedarme como Ned Land en fugarse, por lo que, si el año que comienza no es bueno para mí, lo será para él, y viceversa. De esta manera, siempre habrá alguien satisfecho. Bien, para concluir, deseo al señor lo que el señor guste.

—Gracias, Conseil. Lo único que te pido es que dejemos la cuestión de los aguinaldos para más tarde y que los sustituyamos provisionalmente por un buen apretón de manos. Es lo único que llevo encima.

—Nunca ha sido tan generoso el señor —respondió Conseil.

En ese momento, el muchacho se marchó.

El 2 de enero, habíamos navegado once mil trescientas cuarenta millas, es decir: cinco mil doscientas cincuenta leguas, desde nuestro punto de partida en los mares de Japón. Ante el espolón del *Nautilus* se abrían los peligrosos parajes del mar de Coral, en la costa nordeste de Australia. Nuestro navío costeaba a una distancia de algunas millas el temible banco en que los buques de Cook estuvieron a punto de naufragar el 10 de junio de 1770 [263]. La embarcación que mandaba Cook colisionó contra un arrecife y no se fue a pique gracias a que el trozo de coral, desprendido con el choque, se quedó incrustado en el casco entreabierto.

Tenía yo el vivo deseo de visitar ese arrecife de trescientas sesenta leguas de longitud, contra el que el mar, siempre agitado, batía con una intensidad formidable, comparable al estruendo de los truenos [264]; pero en aquellos instantes, los planos inclinados del *Nautilus* nos llevaban a grandes profundidades, y ya no pude ver nada de aquellas altas murallas coralígenas. Hube de conformarme con las diversas muestras de peces que trajeron nuestras redes. Observé, entre otros, albacoras, especie de escómbridos tan grandes como los atunes, de flancos azulados y

surcados por franjas transversales que desaparecen con la vida del animal. Estos peces nos acompañaban por cardúmenes enteros y abastecieron nuestra mesa con una carne exquisita y delicada. Capturamos también un gran número de espáridos auriverdes, de medio decímetro y con sabor a dorada, y pirapedes voladores, auténticas golondrinas submarinas que, en las noches oscuras, fustigan alternativamente aires y aguas con sus halos fosforescentes. Entre los moluscos y los zoófitos, encontré en las mallas de la arrastrera diversas especies de alcionarios, erizos de mar, martillos, espolones, solarios, ceritias, hías. La flora estaba representada por bellas algas flotantes, laminarias y macrocistos, impregnadas del mucílago que exudaban a través de sus poros, y entre las que recogí una admirable *Nemastoma gelinarioides* [265], que pasó a engrosar las curiosidades del museo.

Dos días después de haber atravesado el mar de Coral, el 4 de enero, avistamos las costas de Papuasía. El capitán Nemo me indicó que su intención era entrar en el océano Índico por el estrecho de Torres. Su comunicación se limitó a eso. Ned observó con agrado que esta ruta lo acercaba a los mares europeos.

El estrecho de Torres tiene la reputación de ser no menos peligroso por los escollos de que está plagado cuanto por los salvajes que pueblan sus costas. Separa la gran isla de Papuasía, también llamada Nueva Guinea, de Nueva Holanda.

Papuasia tiene cuatrocientas leguas de longitud por ciento treinta leguas de anchura, y una superficie de cuarenta mil leguas geográficas. Está situada a

0° 19'

y

10° 2'

de latitud sur y a

128° 23'

y

146° 15'

de longitud. A mediodía, mientras que el segundo de a bordo tomaba la altura del sol, pude ver las cumbres de los montes Arfak, que se elevan formando grandes terrazas hasta culminar en agudos pitones [266].

Esta tierra, descubierta en 1511 por el portugués Francisco

Serrano, fue visitada sucesivamente por don Jorge de Meneses, en 1526, por Grijalva en 1527, por el general español Álvaro de Saavedra en 1528, por Íñigo Ortiz en 1545, por el holandés Schouten en 1616, por Nicolaas Struyck en 1753; por Tasman, Dampier, Funnell, Carteret, Edwards, Bougainville, Cook, Forrest y McCluer; por

d'Entrecasteaux

en 1792, por Duperrey en 1823 [267] y por Dumont

d'Urville

en 1827. «Es la cuna de los negros que ocupan toda Malasia», ha declarado el Sr. De Rienzi [268], y no podía ni imaginarme que los avatares de la navegación iban a llevarme en presencia de los temibles andamanes.

Así pues, el *Nautilus* arribó a las puertas del estrecho más peligroso del globo, que los más audaces navegantes apenas se atreven a cruzar, estrecho que Luis Váez de Torres [269] afrontó al volver de los mares del Sur, en la Melanesia, y donde en 1840 las corbetas zozobradas de Dumont

d'Urville

estuvieron a punto de perderse totalmente [270]. El *Nautilus*, superior a todos los peligros de la mar, iba a enfrentarse con los arrecifes coralinos.

El estrecho de Torres tiene aproximadamente treinta y cuatro leguas de anchura, pero está obstruido por una incalculable cantidad de islas, de islotes, de rompientes y de rocas, que hacen que su navegación sea casi impracticable. Habida cuenta de ello, el capitán Nemo adoptó todas las precauciones necesarias para su travesía. El *Nautilus* flotaba a flor de agua y avanzaba a una velocidad moderada. Su hélice, como la cola de un cetáceo, removía las aguas con lentitud.

Aprovechando la situación, mis dos compañeros y yo habíamos tomado sitio en la plataforma, desierta como de costumbre. Ante nosotros se alzaba la torreta del timonel; y mucho me equivoco, o era el capitán Nemo quien la ocupaba, dirigiendo él mismo su *Nautilus*.

Tenía a la vista las excelentes cartas del estrecho de Torres elaboradas y trazadas por el ingeniero hidrógrafo Vincendon

Dumoulin y por el alférez de navío Coupvent-Desbois [271] — almirante en la actualidad—, que formaban parte del Estado Mayor de Dumont d'Urville

durante su último viaje de circunnavegación. Junto con las del capitán King [272], son las mejores cartas para desentrañar el embrollo de este estrecho paso, y yo las consultaba con escrupulosa atención.

En torno al *Nautilus*, el mar hervía furibundo. La corriente de olas que iba del sudeste al noroeste a una velocidad de dos millas y media se rompía contra los corales, cuya testuz emergía acá y allá.

—¡Esto es lo que se llama mala mar! —me dijo Ned Land.

—Así es, detestable —repliqué yo—, y no muy propicia para un barco de las características del *Nautilus*.

—¡Falta hace —prosiguió el canadiense— que este maldito capitán esté bien seguro de su rumbo, porque ahí veo unos bancos de coral que harían trizas su casco con tan solo rozarlo!

En efecto, la situación era peligrosa, pero el *Nautilus* parecía deslizarse como por encanto en medio de los rabiosos escollos. No seguía exactamente la ruta de la *Astrolabe* y de la *Zélée* que resultó nefasta a Dumont d'Urville.

Se dirigió más al norte, costegó la isla de Murray y volvió al sudoeste, hacia el paso de Cumberland. Yo creía que iba a adentrarse en él resueltamente, pero remontó hacia el noroeste y, a través de una gran cantidad de islas e islotes poco conocidos, se dirigió hacia la isla de Tound y el canal Mauvais [273].

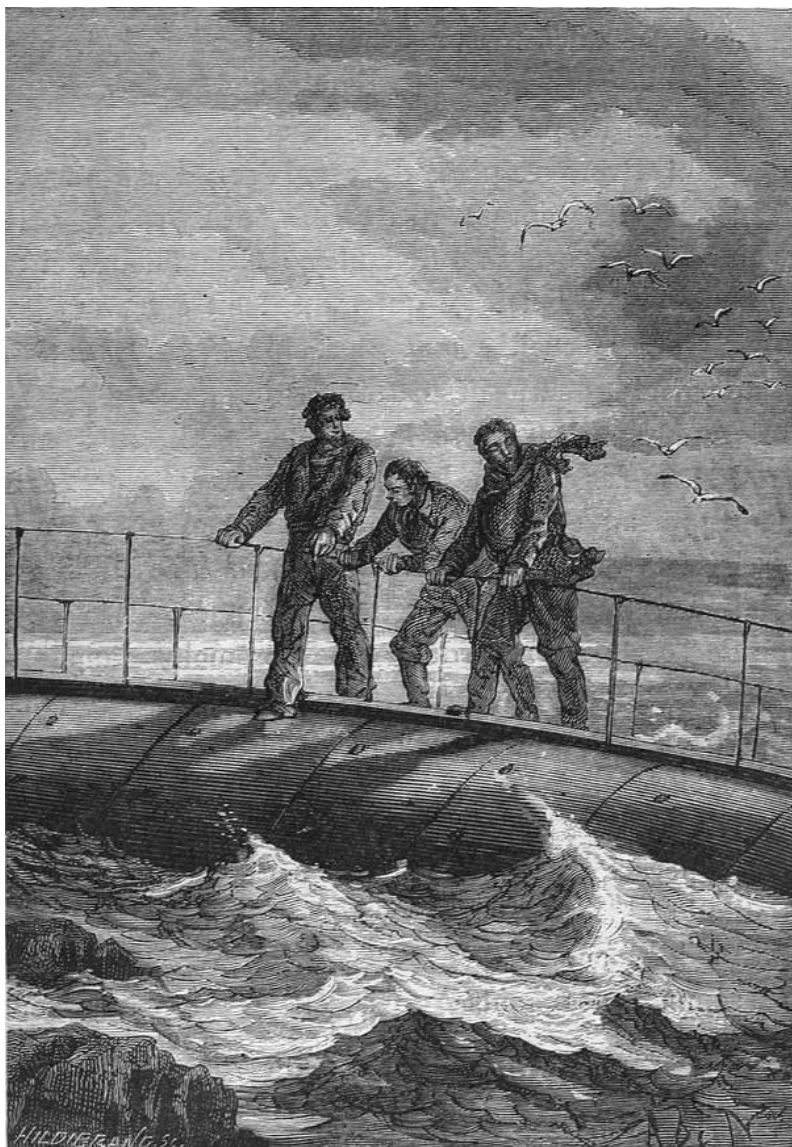
Me preguntaba si el capitán Nemo, imprudente hasta la locura, quería meter su buque en aquel paso en que tocaron las dos corbetas de Dumont

d'Urville;

entonces, modificó por segunda vez su rumbo y cortó derecho hacia el oeste, para poner proa a la isla de Gueboroar [274].

Eran las tres de la tarde. Las olas se deshacían, la marea casi llegaba a pleamar. El *Nautilus* se acercó a aquella isla, que parece que estoy viendo aún con su espléndido lindero de pandáneos. La estábamos costeano a menos de dos millas.

De repente, caí derribado por un choque. El *Nautilus* acababa de embestir un escollo y se había quedado inmóvil, ligeramente escorado a babor.



El *Nautilus* acababa de embestir en un escollo

Cuando me incorporé, vi en la plataforma al capitán Nemo y al segundo de a bordo. Valoraban la situación del barco, intercambiando algunas palabras en su incomprensible idioma.

La situación era la siguiente: a dos millas a estribor aparecía la isla de Gueboroar, cuya costa se redondeaba del norte al oeste como

un inmenso brazo. Hacia el sur y el este aparecían ya algunas masas de coral que la yusente dejaba al descubierto. Habíamos encallado de lleno y, además, en aquellas aguas en que las mareas son mediocres, lo que era una circunstancia fastidiosa para reflotar el *Nautilus*. No obstante, gracias a la solidez de su casco, el buque no había sufrido daño alguno. Pero, si bien no podía hundirse ni abrirse, sí corría el serio riesgo de quedarse atrapado para siempre en los escollos, y eso habría supuesto el final del ingenio submarino del capitán Nemo.

Estaba yo sumido en estas reflexiones, cuando el capitán, frío y sereno, sin perder su autodomínio y sin mostrar ni emoción ni contrariedad, se acercó:

—¿Un accidente? —le pregunté.

—No, un incidente —me respondió él.

—Pero un incidente que quizás le obligará a volver a ser un habitante de esas tierras de las que huye usted —repliqué yo.

El capitán Nemo me miró de modo un tanto especial e hizo un gesto de negación. Eso bastaba para decirme claramente que nada lo obligaría a volver a pisar un continente. Después, dijo:

—No crea que el *Nautilus* está perdido, señor Aronnax. Todavía lo transportará a través de las maravillas del océano. Nuestro viaje no ha hecho sino comenzar y no tengo intención de privarme tan pronto del honor de su compañía.

—Sin embargo, capitán Nemo —proseguí yo, sin dar importancia a la ironía de la frase—, el *Nautilus* ha encallado con la marea alta. Como sabe, las mareas no son fuertes en el Pacífico, y, si no puede deslastrar el *Nautilus*, cosa que me parece imposible, no veo cómo podrá reflotarlo.

—Las mareas no son fuertes en el Pacífico, tiene usted razón, profesor —respondió el capitán Nemo—, pero en el estrecho de Torres se puede hallar todavía una diferencia de un metro y medio entre el nivel de la pleamar y el de la bajamar. Hoy es 4 de enero, y dentro de cinco días tendremos luna llena. Mucho me extrañaría que este amable satélite no levantara las masas de agua y me hiciera así un favor que solamente quiero deberle a él.

Una vez dicho eso, el capitán Nemo, seguido de su segundo, volvió a bajar al interior del *Nautilus*. En cuanto al barco, no se movía y permanecía inmóvil, como si los pólipos coralinos lo

hubiesen ya engastado en su indestructible cemento.

—¿Y bien, señor? —me dijo Ned Land, que se acercó después de que el capitán se hubiera marchado.

—Pues bien, amigo Ned, esperaremos tranquilamente la marea del día 9, puesto que parece que la luna tendrá la gentileza de volver a ponernos a flote.

—¿Tan simple y llanamente?

—Tan simple y llanamente.

—¿Y este capitán no va a echar las anclas mar adentro, aplicar la máquina a las cadenas y hacer todo lo posible para halarse?

—¡Si con la marea bastará...! —respondió Conseil.

El canadiense miró a Conseil y después se alzó de hombros. Era el marino quien hablaba así.

—Señor —repuso—, puede usted creerme si le digo que este pedazo de hierro no volverá jamás a navegar, ni sobre el mar ni bajo él. No es más que chatarra para vender al peso. Por lo tanto, creo que ha llegado el momento de dejar al paio al capitán Nemo.

—Querido Ned —respondí—, yo no he perdido la confianza en el valiente *Nautilus* como usted, y dentro de cuatro días sabremos a qué atenernos sobre las mareas del Pacífico [275]. Además, la idea de huir podría ser oportuna siuviésemos a la vista las costas de Inglaterra o de Provenza, pero los parajes de Papuasiason otra cosa muy distinta, y siempre habrá tiempo de contemplar esa posibilidad extrema si el *Nautilus* no consigue desencallarse, lo que me parecería un problema grave.

—¿Pero no podríamos tocar tierra por lo menos? —prosiguió Ned Land—. Ahí tenemos una isla. En esa isla hay árboles, y bajo esos árboles, animales terrestres con sus chuletas y sus filetes, a los que hincaría con gusto el diente.

—Ahora, el amigo Ned tiene razón —dijo Conseil—; yo opino como él. ¿No podría obtener el señor de su amigo el capitán Nemo que nos transportase a tierra, aunque solo fuese para no perder el hábito de pisar con nuestros pies las partes sólidas de nuestro planeta?

—Puedo preguntarle —respondí—, pero se negará.

—Arriésguese el señor —dijo Conseil—, y sabremos a qué atenernos sobre la amabilidad del capitán.

Para gran sorpresa mía, el capitán Nemo me concedió el permiso

que le solicitaba y lo hizo con suma amabilidad y diligencia, sin obligarme a prometer siquiera que volveríamos a bordo. Pero una huida a través de las tierras de Nueva Guinea hubiese sido muy peligrosa, y yo no le habría aconsejado a Ned Land que la intentase. Más valía ser prisionero a bordo del *Nautilus* que caer en las manos de los nativos de Papuasía.

El bote fue puesto a nuestra disposición para la mañana del día siguiente. No intenté averiguar si el capitán Nemo nos iba a acompañar. Incluso pensé que no contaríamos con ningún hombre de la tripulación y que Ned Land sería el único encargado de dirigir la embarcación. Además, estábamos a dos millas como máximo de la tierra, y para el canadiense no era más que un juego conducir ese ligero bote entre las líneas de arrecifes tan funestas para los grandes buques.

A la mañana siguiente, 5 de enero, el bote, con el puente desmontado, fue sacado de su cavidad y lanzado al mar desde lo alto de la plataforma. Dos hombres bastaron para esta operación. Los remos estaban en la embarcación y no nos quedaba más que ocupar nuestros puestos.

A las ocho, armados con fusiles y hachas, salíamos del *Nautilus* [276]. La mar estaba bastante tranquila. Desde tierra soplaba una suave brisa. Conseil y yo como remeros bogábamos vigorosamente, y Ned manejaba el timón en los estrechos pasos que dejaban los escollos. El bote era de fácil manejo y avanzaba rápidamente.

Ned Land no podía contener su alegría. Era un prisionero fugitivo de su prisión y no se paraba a pensar que tendría que regresar a ella.

—¡Carne! —repetía—. ¡Vamos a comer carne, y qué carne! ¡Caza auténtica! No me digan que no vamos a comer pan... No digo yo que el pescado no sea algo bueno, pero no hay que abusar, y un trozo de venado fresco, asado a la brasa... ¡qué agradable cambio de nuestro menú de cada día!

—¡Glotón! —lo amonestó Conseil—. Se me hace la boca agua.

—Todavía hay que averiguar —dije— si hay caza en estos bosques y si no es de tal tamaño que sean los cazadores quienes acaben cazados.

—¡Muy bien, señor Aronnax! —respondió el canadiense, cuyos

dientes parecían estar afilados como el tajo de un hacha—. Pues comeré tigre, solomillo de tigre, si no hay otro cuadrúpedo en esta isla.

—El amigo Ned empieza a preocuparme [277] —respondió Conseil.

—Sea cual sea —repuso Ned Land—, todo animal de cuatro patas sin plumas, o de dos patas con plumas, se llevará el saludo de mi primer disparo.

—Bien —repliqué—. Vuelve el señor Land con sus imprudencias.

—No tema, señor Aronnax —respondió el canadiense—, y reme con fuerza. No necesito ni veinticinco minutos para ofrecerles un manjar de mi invención.

A las ocho y media, el bote del *Nautilus* se posaba suavemente sobre una playa de arena, luego de atravesar sin contratiempos el anillo coralígeno que rodeaba la isla de Gueboroar.

XXI

Unos días en tierra

Al tocar tierra me sentí profundamente impresionado. Ned Land tanteaba la arena con los pies como si fuera a tomar posesión de ella. Sin embargo, tan solo hacía dos meses que éramos los «pasajeros del *Nautilus*», según la expresión del capitán Nemo, es decir, los prisioneros de su comandante, en realidad.

Al cabo de unos minutos, ya estábamos a una distancia de tiro de fusil de la costa. El suelo era casi enteramente madreporico, pero algunas torrenteras secas, donde abundaban los acarreos graníticos, demostraban que el origen de la isla se debía a una formación primordial. Todo el horizonte se escondía tras una cortina de bosques admirables. Unos árboles enormes, que a veces alcanzaban doscientos pies de altura, se entrelazaban mediante guirnaldas de lianas, auténticas hamacas naturales mecidas por una dulce brisa. Había mimosas, ficus, casuarinas, tecas, hibiscos, pandáneos y palmeras mezclados profusamente; al abrigo de su bóveda verdeante, al pie de sus gigantescos estípites, crecían orquídeas, leguminosas y helechos.



Todo el horizonte se escondía tras una cortina de bosques admirables

Pero el canadiense, sin observar todas aquellas hermosas muestras de la flora de Papuasía, abandonó lo agradable por lo útil. Vio un cocotero, echó abajo algunos de sus frutos, los partió y bebimos su leche y comimos su pulpa con una delectación que era la señal de nuestra protesta contra los habituales platos del

Nautilus.

—¡Excelente! —exclamaba Ned Land.

—¡Exquisito! —respondía Conseil.

—No creo —dijo el canadiense— que su capitán Nemo se oponga a que llevemos una carga de cocos a bordo, ¿no?

—Creo que no —respondí—. Pero no querrá probarlos.

—Peor para él —dijo Conseil.

—Y mejor para nosotros —repuso Ned Land—. Tocaremos a más.

—Una palabra solamente, Ned —dije al arponero, que se aprestaba a arrasar otro cocotero—: el coco es algo bueno, pero antes de llenar el bote de cocos, me parece que sería sensato ver si la isla puede ofrecernos cualquier otro producto no menos útil. Unas verduras frescas serían bien recibidas en la despensa del *Nautilus*.

—El señor tiene razón —dijo Conseil—. Propongo que reservemos tres plazas en nuestra embarcación, una para las frutas, otra para las verduras y otra para la caza, de la que todavía no he visto el menor rastro.

—Conseil, nunca hay que perder la esperanza —replicó el canadiense.

—Continuemos la excursión —dije yo—; pero hemos de permanecer alerta. Aunque la isla parezca deshabitada, podría cobijar a algunos individuos que serían menos escrupulosos que nosotros sobre la naturaleza de su caza.

—¡Ñac, ñac! —hizo Ned Land, con un movimiento de su mandíbula muy significativo.

—¡Pero bueno, Ned! —exclamó Conseil.

—¡La verdad es que empiezo a entender el encanto de la antropofagia! —replicó el canadiense.

—¡Ned, Ned! ¿Pero qué dice este hombre? —dijo Conseil—. ¡Usted, antropófago! Ya no estaré seguro a su lado. ¡Y encima compartimos camarote! ¿Voy a despertarme un día medio devorado?

—Amigo Conseil, lo aprecio a usted mucho, pero no lo suficiente como para comérmelo sin necesidad.

—No me fío, no me fío —respondió Conseil—. ¡A cazar! Es absolutamente necesario que cobremos alguna pieza para satisfacer

a este caníbal, o de lo contrario una mañana de estas el señor no encontrará más que trozos de criado para servirlo.

Mientras se intercambiaban estas palabras, íbamos penetrando por las sombrías bóvedas del bosque y, durante dos horas, lo recorrimos en todos los sentidos.

El azar nos fue propicio en la búsqueda de vegetales comestibles, y uno de los productos más útiles de las zonas tropicales nos proporcionó un valioso alimento, del que carecíamos a bordo.

Me refiero al árbol del pan, muy abundante en la isla de Gueboroar, donde pude observar sobre todo una variedad sin semillas que lleva en malayo el nombre de *rima*.

Ese árbol se distinguía de los demás por tener un tronco recto y de cuarenta pies de altura. Su copa, graciosamente redondeada y formada por grandes hojas multilobuladas, bastaba para que un naturalista identificara el «artocarpo», que fue naturalizado con éxito en las islas Mascareñas. De su masa verde colgaban grandes frutos globulosos, de un decímetro de anchura y con rugosidades exteriores que adoptaban una disposición hexagonal. Útil vegetal con el que la naturaleza ha obsequiado a las regiones que carecen de trigo y que, sin exigir ningún tipo de cultivo, da frutos durante ocho meses al año.

Ned Land lo conocía bien. Ya había comido durante sus numerosos viajes, y sabía preparar su sustancia comestible. Además, al verlo, su deseo se avivó aún más y no se pudo contener durante más tiempo.

—¡Señor —me dijo—, que me muera si no pruebo la pasta del árbol del pan!

—Adelante, amigo Ned, pruébela a gusto. Estamos aquí para hacer experimentos, hagámoslos.

—No me llevará mucho tiempo —respondió el canadiense.

Y, armado con una lente, encendió un fuego de leña seca que chisporroteó alegremente. Mientras tanto, Conseil y yo escogíamos los mejores frutos del artocarpo. Algunos no habían alcanzado todavía un grado suficiente de madurez, y su recia piel encerraba una pulpa blanca pero poco fibrosa. Otros, en gran cantidad, amarillentos y gelatinosos, solo aguardaban el momento de que los recogieran.

Los frutos carecían de semilla. Conseil trajo una docena para

Ned Land, que los colocó sobre las brasas tras haberlos cortado en anchas rebanadas, y mientras tanto, iba repitiendo una y otra vez:

—¡Ya verá, señor, qué bueno es este pan!

—Sobre todo, después de tanto tiempo que llevamos privados de él —dijo Conseil.

—No es ni siquiera pan —añadió el canadiense—. Es pastelería fina. ¿Nunca lo ha probado, señor?

—No, Ned.

—Pues bien, prepárese para llevarse a la boca algo succulento. Si después de esto no vuelve a comerlo, habré dejado de ser el rey de los arponeros.

Al cabo de unos minutos, la parte de los frutos expuesta al fuego quedó completamente carbonizada. En su interior, aparecía una pasta blanca, como una miga tierna, cuyo sabor recordaba al de la alcachofa.

He de reconocer que el pan era excelente y que lo comí con fruición.

—Desgraciadamente —dije—, esta pasta no puede conservarse fresca, y me parece inútil hacer acopio de ella para llevárnosla a bordo.

—¡Pero bueno, señor! —exclamó Ned Land—. Está usted hablando como un naturalista, pero yo voy a actuar como un panadero. Conseil, recoja usted esos frutos: los recuperaremos a nuestra vuelta.

—¿Y cómo los va a preparar? —pregunté al canadiense.

—Fabricando con la pulpa una pasta fermentada que se conservará indefinidamente y no se echará a perder. Cuando quiera utilizarla, la pondré a cocer en la cocina de a bordo; a pesar de su sabor un poco ácido, les parecerá excelente.

—Me parece, Ned, que no le falta de nada a este pan...

—Sí, profesor —respondió el canadiense—, falta fruta o, como mínimo, algo de verdura.

—Entonces, tenemos que buscar la fruta y la verdura.

Una vez que acabamos la recolección, nos pusimos en camino para completar aquella cena «terrestre».

Nuestra búsqueda no fue en vano, y hacia mediodía habíamos conseguido aprovisionarnos de bananas en abundancia. Esos deliciosos productos de las zonas tórridas maduran durante todo el

año, y los malayos, que les han dado el nombre de *pisang*, las comen crudas. Además de las bananas, recogimos unas enormes yacas de sabor muy intenso, unos mangos succulentos y unas piñas de tamaño inverosímil. La recolección ocupó una buena parte de nuestro tiempo, lo que, dicho sea de paso, no era de lamentar.

Conseil no apartaba la vista de Ned. El arponero iba abriendo camino y, durante nuestra caminata a través del bosque, recogía con habilidad frutos excelentes, destinados a completar las provisiones.

—Bien —inquirió Conseil—. ¿No le falta ya nada, amigo Ned?

—¡Hum! —gruñó el canadiense.

—¡Qué! ¿Todavía se queja?

—Todas esas verduritas no pueden valer lo mismo que una comida —repuso Ned—. Son el final de una comida, tan solo son el postre. Pero ¿y la sopa?, ¿y el asado?

—En efecto —dije yo—, Ned nos había prometido unas chuletas, que me parecen bastante problemáticas.

—Señor —respondió el canadiense—, no solamente no ha concluido la cacería, sino que ni siquiera ha comenzado. ¡Paciencia! Acabaremos por encontrar algún animal de pluma o pelo, y si no es en este lugar, será en otro...

—Y si no es hoy, será mañana —añadió Conseil—, pues no debemos alejarnos mucho. Propongo que regresemos ya al bote.

—¡Cómo! ¿Ya? —exclamó Ned.

—Debemos estar de vuelta antes de la noche —dije yo.

—Pero bueno, ¿qué hora es? —preguntó el canadiense.

—Las dos, por lo menos —respondió Conseil.

—¡Cómo pasa el tiempo en tierra firme! —exclamó Ned Land con un suspiro de pesar.

—¡En marcha! —añadió Conseil.

Así pues, regresamos a través del bosque y fuimos completando nuestra cosecha arrebatando de la copa de los árboles palmitos a discreción, además de pequeñas judías, que reconocí por ser los *abru* de los malayos, y ñames de calidad superior.

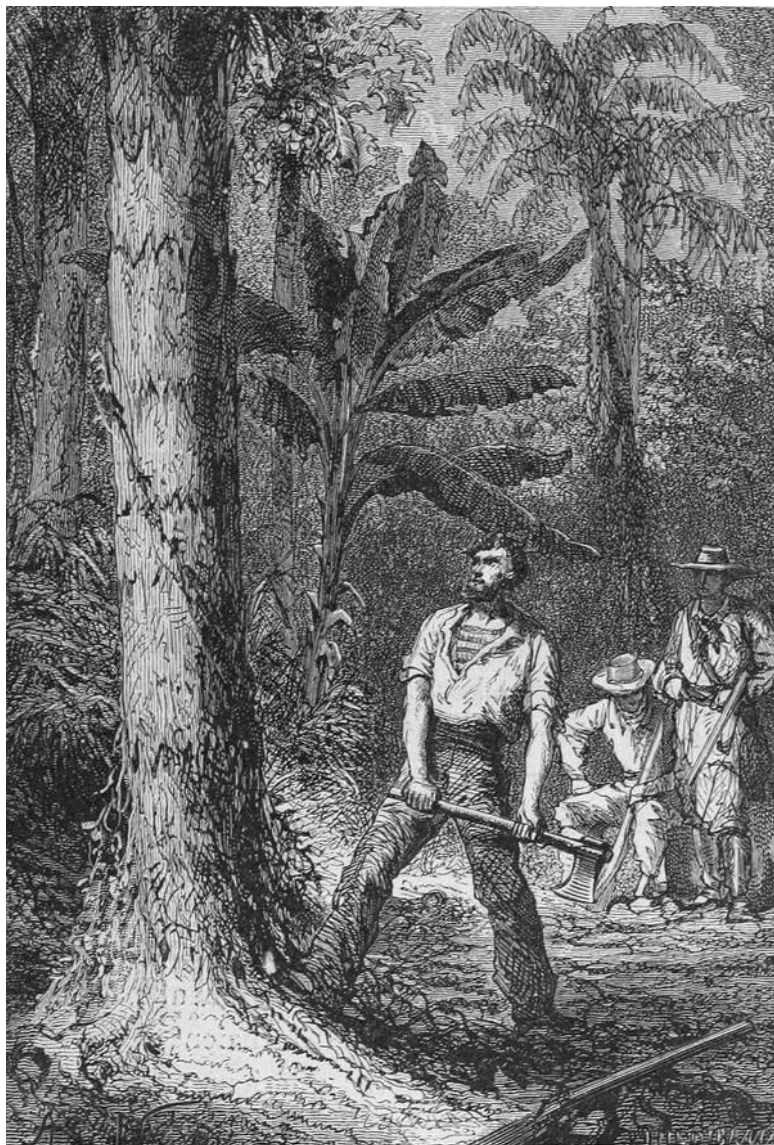
Cuando llegamos al bote, estábamos sobrecargados. No obstante, a Ned Land todavía no le parecían suficientes los víveres recogidos. Pero la suerte le sonrió. En el momento de embarcarse, vio unos árboles de veinticinco a treinta pies de altura, que pertenecían a la

especie de las palmeras. Esos árboles, tan valiosos como el artocarp, se cuentan justamente entre los productos más útiles de Malasia.

Eran sagúes, vegetales silvestres que se reproducen, como las moreras, mediante sus retoños y sus semillas.

Ned Land conocía la manera de tratar esos árboles. Tomó el hacha y, manejándola con gran energía, derribó en seguida dos o tres sagúes, cuya madurez se reconocía por el polvo blanco que salpicaba sus palmas.





Ned Land tomó el hacha

Lo miré actuar más como naturalista que como una persona hambrienta. Comenzó por quitarle a cada tronco una capa de corteza, de una pulgada de espesor, que recubría una red de fibras alargadas y entrelazadas que formaban nudos inextricables y estaban adheridas entre sí por una especie de harina gomosa. Esa

harina era el sagú, sustancia comestible que sirve de alimento básico para la población melanesia.

En aquel momento, Ned Land se contentó con hacer tarugos de los troncos, como hubiese hecho con la leña, y dejó para más tarde la extracción de la harina, que pasaría después por un cedazo a fin de separarla de sus ligamentos fibrosos y de que la humedad se evaporase al sol, y dejaría que se endureciera en unos moldes.

Finalmente, a las cinco de la tarde, cargados con todas nuestras riquezas, abandonamos la orilla de la isla y, media hora después, alcanzamos el *Nautilus*. No apareció nadie a nuestra llegada. El enorme cilindro metálico parecía desierto. Tras haber embarcado las provisiones, bajé a mi camarote. La cena estaba esperándome. Comí y luego me dormí.

Al día siguiente, 6 de enero, no hubo ninguna novedad a bordo. Ni un ruido en el interior, ni un signo de vida. El bote permanecía junto al barco, donde lo habíamos dejado. Decidimos regresar a la isla de Gueboroar. Ned Land esperaba tener más fortuna que en la víspera como cazador y deseaba visitar otra parte del bosque.

Al amanecer, ya estábamos en camino. La embarcación, llevada por la corriente que se dirigía a tierra, alcanzó la isla en pocos instantes.

Desembarcamos y, pensando que era mejor fiarse del instinto del canadiense, seguimos a Ned Land, cuyas largas piernas amenazaban con dejarnos atrás.

Ned Land remontó la costa hacia el oeste; después, vadeando algunas torrenteras, ganó la altiplanicie bordeada de bosques impresionantes. Algunos martines pescadores merodeaban a lo largo de los cursos de agua, pero no dejaban que nos acercásemos. Su circunspección era la prueba de que aquellos volátiles sabían a qué atenerse sobre unos bípedos de nuestra especie, y llegué a la conclusión de que si la isla no estaba habitada, al menos había seres humanos que la visitaban.

Tras haber atravesado una tupida pradera, llegamos al lindero de un bosquecillo animado por el trino y el vuelo de numerosas aves.

—De momento no hay más que pájaros —dijo Conseil.

—¡Pero algunos de estos son comestibles! —respondió el arponero.

—Ninguno, amigo Ned —replicó Conseil—, pues no veo sino simples papagayos.

—Amigo Conseil —respondió gravemente Ned—, el papagayo es el faisán de quienes no tienen otra cosa que comer.

—Y yo añadiría —dije— que esa ave, preparada adecuadamente, se merece un buen trinchado.

En efecto, bajo el denso follaje del bosque, una nube de papagayos revoloteaba de rama en rama, a la espera tan solo de una educación más cuidada para hablar la lengua humana. Por lo pronto, chismorreaban en compañía de cotorras y de graves cacatúas que parecían meditar algún problema filosófico, mientras que unos periquitos de un rojo deslumbrante pasaban como un retal de estameña llevado por la brisa, en medio de cálaos de vuelo estrepitoso, de papúas teñidos con los más finos matices del azul y de toda una variedad de volátiles encantadores, aunque, por lo general, poco comestibles.

No obstante, faltaba en la colección un ave propia de estas tierras, que jamás ha traspasado los confines de las islas de Aru y de las islas de los Papúas. Pero la suerte me iba a permitir admirarla en breve.

Luego de haber atravesado un monte bajo no muy tupido, llegamos a una llanura de densos matorrales. Entonces, vi cómo levantaban el vuelo unos magníficos pájaros a los que la disposición de sus plumas obligaba a dirigirse contra el viento. Su vuelo ondulado, la gracia de sus piruetas aéreas y el tornasol de su colorido atraían y encandilaban la vista. No tuve dificultad alguna en reconocerlos.

—¡Aves del paraíso! —exclamé.

—Orden de los paseriformes, sección de los clistómeros [278] —respondió Conseil.

—¿Familia de los perdigones? —preguntó Ned Land.

—No lo creo, Ned. Pero cuento con su habilidad para atrapar uno de estos encantadores ejemplares de la naturaleza tropical.

—Lo intentaremos, profesor, aunque estoy más acostumbrado a manejar el arpón que el fusil.

Los malayos, que mantienen un intenso comercio de esas aves con los chinos, disponen de varios medios para atraparlas, que nosotros no podíamos emplear. Bien se valen de lazos en las copas

de los árboles elevados, donde las aves del paraíso anidan de preferencia, o bien los atrapan con liga tenaz, que paraliza sus movimientos. Llegan incluso a envenenar las fuentes en las que estos pájaros suelen beber. Nosotros, sin embargo, estábamos obligados a cazarlas al vuelo, lo que nos dejaba pocas oportunidades de alcanzarlas. Y así fue: acabamos malgastando una parte de nuestras municiones.

Hacia las once de la mañana, habíamos franqueado las primeras crestas de las montañas que forman el centro de la isla, y aún no habíamos cobrado ni una pieza. El hambre nos daba punzadas. Los cazadores habían confiado su suerte a la caza y habían errado el disparo. Afortunadamente, Conseil, para gran sorpresa suya, mató dos pájaros de un tiro y nos aseguró el almuerzo. Derribó un pichón blanco y una torcaz, que, rápidamente desplumados y ensartados en un espetón, se asaron ante un fuego ardiente de leña seca. Mientras que esos interesantes animales se iban haciendo, Ned preparó unos frutos del artocarp. Después, devoramos el pichón y la torcaz hasta los huesos, y nos parecieron excelentes. La nuez moscada, de la que habitualmente se alimentan, perfuma su carne y la convierte en un delicioso manjar.

—Es como si los capones se criaran con trufas —dijo Conseil.

—Y ahora, Ned, ¿qué le falta? —pregunté al canadiense.

—Una pieza de cuatro patas, señor Aronnax —respondió Ned Land—. Con las palomas solo tenemos para aperitivo y tentempié. Así es que, hasta que no haya conseguido un animal con sus chuletas, no estaré contento.

—Ni yo, Ned, si no atrapo un ave del paraíso.

—Continuemos la cacería —respondió Conseil—, pero en dirección del mar. Hemos llegado a las primeras pendientes de la montaña y creo que es mejor regresar a la parte de los bosques.

Era un juicio sensato, y actuamos en consecuencia. Tras una hora de caminata, habíamos alcanzado un auténtico bosque de sagúes. Algunas serpientes inofensivas huían a nuestro paso. Al acercarnos, las aves del paraíso se echaban a volar y, a decir verdad, ya había perdido las esperanzas de alcanzarlas, cuando Conseil, que iba delante, se agachó súbitamente, dio un grito triunfal y se volvió hacia mí trayendo una de estas magníficas aves.

—¡Ah! ¡Bravo, Conseil! —exclamé.

—El señor es muy amable —respondió Conseil.

—No, muchacho. Has dado un golpe maestro. ¡Coger una de estas aves vivas, y solo con las manos!

—Si el señor la examina de cerca, verá que no tengo mucho mérito.

—¿Por qué, Conseil?

—Porque está borracha como una cuba.

—¿Borracha?

—Sí, señor, borracha de las nueces moscadas que devoraba bajo esa mirística, donde la he atrapado. ¡Vea usted, amigo Ned, vea los monstruosos estragos que causa la intemperancia!

—¡Por mil diablos! —replicó el canadiense—. ¡Para la cantidad de ginebra que he bebido desde hace dos meses, no hay por qué echármelo en cara!

Mientras tanto, yo examinaba aquella curiosa ave. Conseil no se equivocaba. El ave del paraíso, aturdida por el jugo embriagador, había quedado reducida a la impotencia. No podía volar. Apenas se tenía sobre las patas. Pero eso me preocupaba poco y la dejé dormir su borrachera de moscadas.

Aquella pertenecía a la más bella de las ocho especies que se encuentran en Papúa y en las islas vecinas. Pertenecía al tipo «esmeralda grande», uno de los más raros. Medía treinta centímetros de longitud. Su cabeza era relativamente pequeña, sus ojos estaban situados cerca de la comisura del pico, y también eran pequeños. Pero presentaba una admirable armonía de colores: tenía el pico amarillo, las patas y las uñas marrones; las alas tenían un tono avellanado, pero púrpura en sus extremos; la cabeza y la parte posterior del pescuezo, amarillo pálido; color esmeralda en la garganta, y castaño en el vientre y la pechuga. Dos filamentos córneos y aterciopelados ascendían por encima de su cola, prolongada por unas plumas largas, muy ligeras, de admirable finura, y completaban el conjunto de ese maravilloso animal al que los indígenas llaman poéticamente «ave del sol».



Pertenecía al tipo «esmeralda grande»

Yo deseaba ardientemente poder llevar a París ese soberbio espécimen de ave del paraíso, para donarlo al Jardín Botánico, que no posee ninguno vivo.

—¿Pero tan raro es? —preguntó el canadiense, con el tono del cazador que valora poco la caza desde el punto de vista artístico.

—Muy raro y, sobre todo, muy difícil de atrapar vivo, mi buen compañero. Incluso muertos, estos pájaros son también objeto de un importante tráfico. Los nativos han ideado un procedimiento para fabricarlos como se fabrican perlas o diamantes.

—¡Cómo! —exclamó Conseil—. ¿Es posible fabricar aves del paraíso falsas?

—Sí, Conseil.

—¿Y el señor conoce el procedimiento de los indígenas?

—Sí. Durante el monzón del este, las aves del paraíso pierden esas magníficas plumas que rodean su cola, a las que los naturalistas han llamado plumas subalares. Son esas plumas las que recogen los falsificadores, que las adaptan con habilidad a cualquier pobre papagayo previamente mutilado. Después tiñen la sutura, barnizan el pájaro y envían a los museos y a los aficionados de Europa los productos de esa industria tan singular.

—Bueno —dijo Ned Land—, si no es el pájaro, al menos son sus plumas, y mientras no esté destinado a que se lo coman, no lo veo mal.

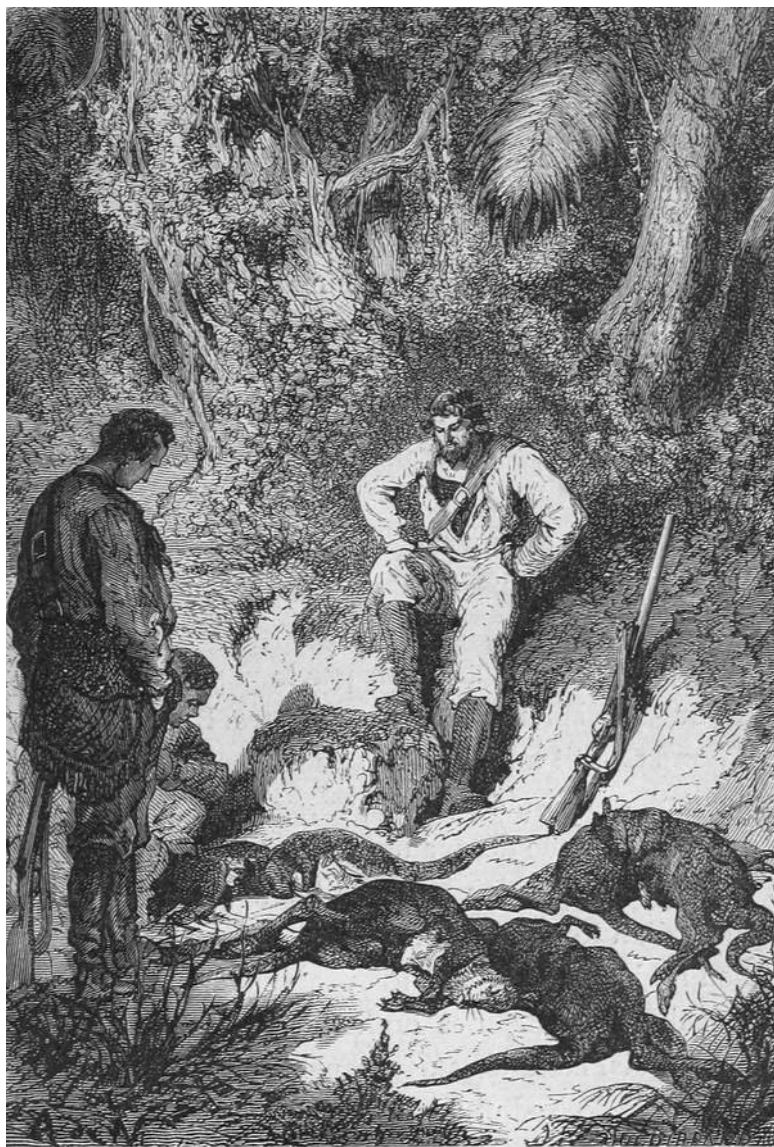
Pero si mis deseos estaban colmados por la posesión del ave del paraíso, los del cazador canadiense no lo estaban. Afortunadamente, hacia las dos, Ned Land abatió un magnífico jabalí, de los que los nativos llaman *babi utan* [279]. El animal llegaba en el momento oportuno para proporcionarnos auténtica carne de cuadrúpedo y fue muy bien recibido. Ned Land se mostró muy ufano por su disparo. El jabalí, herido por la bala eléctrica, había caído fulminado.

El canadiense lo desolló y evisceró con maestría, separando una media docena de chuletas que constituirían nuestro asado para la cena. Después volvimos a la caza, que aún habría de estar marcada por la puntería de Ned y de Conseil.

Así fue, los dos amigos, batiendo los matojos, levantaron un grupo de canguros que huyeron saltando sobre sus ágiles patas. Pero los animales no huyeron tan veloces como para que la cápsula eléctrica no pudiera detenerlos en su carrera.

—¡Ah, profesor! —exclamó Ned Land, de quien se había apoderado la furia del cazador [280]—. ¡Qué carne más exquisita, sobre todo en estofado! ¡Menudas provisiones para el *Nautilus*! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cinco al suelo! ¡Y cuando pienso que devoraremos toda esta carne, y que esos imbéciles de a bordo no catarán bocado!

Me parece que si el canadiense, presa de su efusiva alegría, no hubiera hablado tanto, habría acabado con el grupo entero. Pero se conformó con una docena de esos interesantes marsupiales, que forman el primer orden de los mamíferos aplacentarios, según nos informó Conseil.



Ned Land se conformó con una docena de canguros

Aquellos animales eran de pequeño tamaño. Era una especie de «canguros-conejos **[281]**» que viven habitualmente en los huecos de los árboles y cuya velocidad es extrema. Aunque no son muy grandes, su carne es muy apreciada.

Estábamos muy satisfechos de los resultados de nuestra cacería.

El feliz Ned se proponía regresar al día siguiente a la isla encantada, a la que quería despoblar de todos sus mamíferos comestibles. Pero no contaba con los acontecimientos.

A las seis de la tarde habíamos vuelto a la playa. Nuestro bote estaba varado en su lugar habitual. El *Nautilus*, semejante a un largo escollo, emergía de las aguas a dos millas de la orilla.

Sin más demora, Ned Land se ocupó del importante asunto de la cena. Se manejaba admirablemente con todos los preparativos culinarios. Las chuletas de *babi utan*, asadas a la brasa, desprendieron al punto un delicioso aroma que perfumó la atmósfera...

Pero observo que sigo los pasos del canadiense. ¡Heme aquí en éxtasis ante un asado de jabalí fresco! ¡Que se me perdone, como yo he perdonado a Ned Land, y por los mismos motivos!

En definitiva, la cena fue excelente. Dos torcaces completaron aquel extraordinario menú. La pasta de sagú, el pan del artocarp, algunos mangos y una media docena de piñas más el licor fermentado de algunos cocos nos pusieron contentos. Incluso me parece que las ideas de mis dignos compañeros no eran todo lo nítidas que habría sido de desear [282].

—¿Y si no regresáramos esta noche al *Nautilus*? —dijo Conseil.

—¿Y si no regresáramos nunca? —añadió Ned Land.

En aquel momento, una piedra cayó a nuestros pies y cortó en seco la propuesta del arponero.

XXII

El rayo del capitán Nemo

Habíamos dirigido la mirada hacia el bosque, sin levantarnos. Mi mano se detuvo en su movimiento hacia la boca; la de Ned Land acabó su camino.

—Las piedras no caen del cielo —dijo Conseil—; de lo contrario, hay que denominarlas aerolitos.

Una segunda piedra, cuidadosamente redondeada, arrebató de la mano de Conseil un sabroso muslo de torcaz, lo que dio aún más peso a su argumento.

Puestos en pie los tres, con el fusil al hombro, estábamos dispuestos a responder a cualquier ataque.

—¿Son monos? —preguntó Ned Land.

—Más o menos —respondió Conseil—. Son salvajes.

—¡Al bote! —exclamé, dirigiéndome hacia el mar.

Era preciso batirse en retirada puesto que una veintena de nativos, armados con arcos y hondas, aparecían a unos cien pasos por el lindero de un bosquecillo que ocultaba a la derecha el horizonte.

Teníamos varado el bote a diez toesas de nosotros.

Los salvajes se iban aproximando sin correr, pero prodigaban los gestos más hostiles. Nos caía una lluvia de piedras y flechas.

Ned Land no había querido abandonar sus provisiones y, pese a la inminencia del peligro, con el jabalí debajo de un brazo y los canguros bajo el otro, corría con cierta velocidad.

Dos minutos después, llegamos a la playa. Cargar el bote con las provisiones y las armas, empujarlo al mar y aparejar ambos remos fue cuestión de un momento. No habíamos avanzado ni dos cables, cuando cien salvajes, aullando y gesticulando, se metieron en el agua hasta la cintura. Miré por si su aparición atraía la presencia de algunos hombres sobre la plataforma del *Nautilus*. Nada. El enorme

buque, recostado, permanecía absolutamente desierto.

Veinte minutos más tarde, subíamos a bordo. Las escotillas estaban abiertas. Tras abozar el bote, entramos al interior del *Nautilus*.

Bajé al salón, de donde se escapaban algunos acordes. El capitán Nemo estaba allí, inclinado sobre su órgano e inmerso en un éxtasis musical.

—¡Capitán! —lo llamé.

No me oyó.

—¡Capitán! —insistí yo, tocándolo.

Se sobresaltó y, girándose, me dijo:

—¡Ah! ¿Es usted, profesor? Bueno, ¿han tenido buena cacería? ¿Ha conseguido usted nuevos ejemplares para su herbario?

—Sí capitán —respondí yo—, pero desgraciadamente nos hemos traído detrás una compañía de bípedos cuya proximidad me resulta inquietante.

—¿Qué bípedos?

—Salvajes.

—¡Salvajes! —respondió el capitán Nemo irónicamente—. ¿Y se extraña usted, profesor, de encontrarse con salvajes tras pisar una de las tierras del globo? ¡Salvajes! ¿Y dónde no hay salvajes? Además, ¿acaso son peores que los demás estos que usted llama salvajes?

—Pero, capitán...

—Yo le puedo asegurar, señor, que me he encontrado con salvajes por doquier.

—¡Muy bien! —respondí—. Pero, si no quiere usted recibirlos a bordo del *Nautilus*, haría bien en tomar algunas precauciones.

—Tranquilícese, profesor, no hay nada de qué preocuparse.

—Pero es que son muchos esos nativos.

—¿Cuántos ha contado?

—Un centenar, por lo menos.

—Señor Aronnax —respondió el capitán Nemo, cuyos dedos se habían vuelto a posar sobre las teclas del órgano—, ni aunque se reunieran todos los indígenas de Papuasias en esa playa, tendría el *Nautilus* nada que temer de sus ataques.

Los dedos del capitán Nemo recorrían el teclado del instrumento, y pude observar que solo tocaba las teclas negras, lo

que imprimía a sus melodías un color marcadamente escocés [283]. Inmediatamente, olvidó mi presencia y se sumió en una ensoñación que ya no quise perturbar.

Volví a subir a la plataforma. La noche ya había caído, pues en latitudes bajas como aquellas, el sol se pone rápidamente y sin crepúsculo. Apenas se podía distinguir la isla de Gueboroar, pero las numerosas hogueras encendidas en la playa eran la prueba de que los nativos no pensaban abandonarla.

Permanecí solo durante unas horas, pensando en los indígenas a veces —pero sin sentir temor, ya que la imperturbable confianza del capitán se había adueñado de mí—, y olvidándome de ellos a ratos, para admirar el esplendor de la noche de los trópicos. Mis recuerdos volaban hasta Francia, siguiendo las estrellas zodiacales que iban a iluminarla unas horas más tarde. La luna brillaba en medio de las constelaciones del cenit.

Entonces pensé que nuestro fiel y amable satélite regresaría dos días después a ese mismo lugar para levantar las olas y arrancar al *Nautilus* de su lecho de coral. Hacia medianoche, viendo que todo estaba tranquilo sobre las olas ensombrecidas y bajo los árboles de la orilla, volví a mi camarote y me dormí apaciblemente.

La noche transcurrió sin ningún contratiempo. Sin duda, los papúas se asustaban con solo contemplar el monstruo encallado en la bahía, pues las escotillas, que habían quedado abiertas, les habrían facilitado el acceso al interior del *Nautilus*.

A las seis de la mañana del 8 de enero, subí de nuevo a la plataforma. Las sombras del alba se desvanecían. Después, la isla nos mostró, a través de sus brumas disipadas, sus playas y, a continuación, sus cumbres.

Los indígenas permanecían allí, más numerosos que en la víspera —quinientos o seiscientos, quizá—. Algunos, aprovechando la marea baja, habían avanzado hacia los arrecifes coralinos, a menos de dos cables del *Nautilus*. Los distinguí fácilmente. Se trataba, efectivamente, de auténticos papúas, de complexión atlética, hombres de una raza hermosa, de frente ancha y despejada, nariz gruesa, pero no aplastada, y dientes blancos. Su cabellera lanosa, teñida de rojo, destacaba sobre sus cuerpos negros y relucientes como los de los nubios. De los lóbulos de sus orejas, perforados y distendidos, colgaban sartas de huesos. Por lo general,

los salvajes iban desnudos. Entre ellos, distinguí a algunas mujeres, vestidas desde las caderas a la rodilla con una auténtica crinolina de hierbas ceñida por un cinturón vegetal. Algunos jefes habían adornado su cuello con collares en forma de media luna y otros de abalorios rojos y blancos. Casi todos, armados con arcos, flechas y escudos, llevaban a sus espaldas una especie de red que contenía esas piedras redondeadas que tan diestramente lanzaban con sus hondas.

Uno de los jefes se encontraba muy cerca del *Nautilus* y lo examinaba atentamente. Debía de tratarse de un *mado* de alto rango, puesto que iba ataviado con un sayo de hojas de banano, con muescas en los bordes y teñido de colores deslumbrantes.

No me habría sido difícil acabar con aquel indígena, que se encontraba a escasa distancia, pero creí más oportuno esperar a que se produjeran gestos de abierta hostilidad. Entre europeos y salvajes, conviene que los europeos sean quienes respondan y no quienes ataquen.

Durante todo el tiempo que duró la marea baja, los indígenas merodearon junto al *Nautilus*, pero no se mostraron ruidosos. Yo los oía repetir frecuentemente la palabra *assai*, y por sus gestos comprendí que me invitaban a llegarme a tierra, invitación que creí juicioso declinar [284].



Los indígenas merodearon junto al *Nautilus*

Así pues, aquel día, el bote no abandonó el buque, para gran desilusión del arponero Land, que no pudo completar sus provisiones. El hábil canadiense empleó su tiempo en preparar las carnes y las harinas que había traído de la isla de Gueboroar. En cuanto a los salvajes, volvieron a tierra hacia las once de la

mañana, tan pronto como los escollos de coral comenzaron a desaparecer bajo el oleaje de la marea alta. Pero vi cómo su número aumentaba considerablemente en la playa. Era probable que viniesen de las islas vecinas o de Papuasias propiamente dicha. Sin embargo, yo no había visto una sola piragua indígena.

Al no tener nada mejor que hacer, pensé en dragar las bellas y límpidas aguas en que nos encontrábamos, repletas de conchas, zoófitos y plantas pelágicas. Era, además, la última jornada que iba a pasar el *Nautilus* en aquellos parajes, si es que salía a flote con la pleamar del día siguiente, como había prometido el capitán Nemo.

Llamé a Conseil, que me trajo una red barredera ligera, más o menos similar a las que sirven para pescar las ostras.

—¿Y esos salvajes? —me preguntó Conseil—. No se ofenda el señor, pero no me parecen muy peligrosos.

—Pues, a pesar de su apariencia, son antropófagos, muchacho.

—Se puede ser antropófago y buena persona —respondió Conseil—; como se puede ser glotón y honrado. Una cosa no excluye la otra.

—De acuerdo, Conseil. Te concedo que se trata de antropófagos honrados y que devoran honradamente a sus prisioneros. No obstante, como no me apetece nada ser devorado, aun honradamente, me mantendré alerta, pues no parece que el comandante del *Nautilus* haya adoptado precaución alguna. Y ahora, ¡manos a la obra!

Durante dos horas, pescamos con ahínco, pero sin conseguir capturar ninguna pieza rara. La red barredera se llenó de orejas de Midas, arpas y melanias; pero, sobre todo, de los más bellos martillos que hubiera visto hasta entonces. También capturamos holoturias, ostras perlíferas y una docena de pequeñas tortugas, que apartamos para las gambuzas de a bordo.

Sin embargo, cuando menos me lo esperaba, puse la mano sobre una maravilla, debería de decir sobre una deformidad natural muy rara de encontrar. Conseil había echado la barredera, y al izarla, subía repleta de diversas conchas bastante comunes; de repente, Conseil me vio hundir rápidamente los brazos en la red, retirar una concha y dar un grito de conquiliólogo, es decir: el grito más penetrante que pueda lanzar una garganta humana.

—¡Eh! ¿Qué le ocurre al señor? —preguntó Conseil, muy

sorprendido—. ¿Ha recibido un mordisco el señor?

—No, muchacho, ¡pero de buena gana habría dado un dedo por mi descubrimiento!

—¿Qué descubrimiento?

—Esta concha —dije, mostrándole mi trofeo.

—Pero si es simplemente una oliva porfiria, género de las olivas, orden de los pectinibranquios, clase de los gasterópodos, tipo de los moluscos...

—¡Sí, Conseil, pero en lugar de enrollarse de derecha a izquierda, esta oliva lo hace de izquierda a derecha!

—¿Es eso posible? —exclamó Conseil.

—Sí, muchacho, es una concha levógira.

—¡Una concha levógira! —repetía Conseil, con el corazón palpitante.

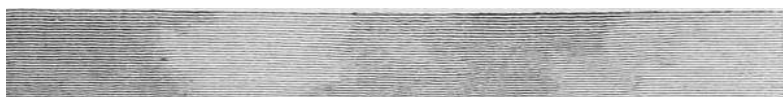
—Observa su espira.

—¡Ah! ¡El señor puede creerme —dijo Conseil tomando la preciosa concha con mano trémula—, si le digo que nunca he experimentado una emoción similar!

Y había razón para estar emocionado. En efecto, tal como han hecho observar los naturalistas, sabemos que una de las leyes de la naturaleza es la dextrorsidad. Los astros y sus satélites, en sus movimientos de traslación y de rotación, se mueven de derecha a izquierda. El hombre utiliza mucho más a menudo la mano derecha que la izquierda; por lo tanto, sus instrumentos y aparatos, escaleras, cerraduras, resortes de reloj, etc., están concebidos de manera que se puedan utilizar de derecha a izquierda. Y también la naturaleza ha seguido por regla general esta ley en la torsión de sus conchas. Son todas dextrógiras, con raras excepciones, y si por casualidad presentan una espira levógira, los aficionados las pagan a precio de oro [285].

Conseil y yo estábamos inmersos en la contemplación de nuestro tesoro, y yo me prometía ya enriquecer la colección del Museo con ella cuando una piedra, inoportunamente lanzada por un indígena, hizo añicos el precioso objeto que Conseil tenía en la mano.

Lancé un grito de desesperación. Conseil se abalanzó sobre su fusil y apuntó hacia un salvaje que balanceaba su honda a diez metros de él. Quise detenerlo, pero su disparo partió y rompió la pulsera de amuletos que colgaba del brazo del indígena.





Conseil se abalanzó sobre su fusil

—¡Conseil! —exclamé—. ¡Conseil!

—¡Qué! ¿No ve el señor que ese caníbal ha comenzado el ataque?

—¡Una concha no vale la vida de un hombre! —le dije.

—¡Ah, maldito! —gritó Conseil—. ¡Habría preferido que me

hubiese roto un hombro!

Conseil era sincero, pero yo no estaba de acuerdo con él. Sin embargo, la situación había cambiado desde hacía unos instantes y no nos habíamos dado cuenta. Una veintena de piraguas rodeaban el *Nautilus*. Las piraguas, ahuecadas en troncos de árboles, largas, estrechas, muy marineras, se equilibraban mediante una doble batanga de bambú que flotaba en la superficie del agua. Los remeros, semidesnudos, las manejaban con pericia; yo no podía evitar la preocupación al verlos avanzar.

Era evidente que aquellos papúas ya habían tenido relaciones con los europeos, y que conocían sus embarcaciones. Pero ¿qué podían pensar de aquel largo cilindro de hierro encallado en la bahía, sin mástiles, sin chimenea? Nada bueno, ya que, inicialmente, se mantuvieron a una distancia respetuosa. Sin embargo, al verlo inmóvil, iban recobrando paulatinamente la confianza e intentaban familiarizarse con él. Precisamente, era la familiarización lo que había que impedir. Nuestras armas, a las que les faltaba la detonación, apenas podían hacer efecto en los indígenas, que solo tienen respeto por los artilugios que hacen ruido. Sin el tremolar del trueno, el rayo asustaría poco a los hombres, aunque el peligro esté precisamente en el relámpago y no en el ruido.

En aquel momento, las piraguas se aproximaron aún más al *Nautilus*, y una nube de flechas se abatió sobre él.

—¡Demonios! ¡Está granizando! —exclamó Conseil—. ¡Y quizá se trate de un granizo envenenado!

—Tenemos que avisar al capitán Nemo —dije yo, entrando por la escotilla.

Bajé al salón. No encontré a nadie. Me apresuré a llamar a la puerta, que daba al camarote del capitán.

Un «adelante» me respondió. Entré y me encontré al capitán Nemo sumido en un cálculo en el que no faltaban las x y otros signos de álgebra.

—¿Lo molesto? —pregunté cortésmente.

—Así es, señor Aronnax —respondió el capitán—, pero supongo que tiene usted serias razones para verme, ¿no es cierto?

—Muy serias. Las piraguas de los nativos nos están rodeando, y dentro de unos minutos seguramente nos habrán asaltado varios

centenares de salvajes.

—¡Ah! —exclamó el capitán Nemo—. ¿Han venido con sus piraguas?

—Sí, señor.

—Pues bien, profesor, basta con cerrar las escotillas.

—Exactamente, y yo venía a decirle...

—No hay nada más sencillo —dijo el capitán Nemo.

Y, pulsando un botón eléctrico, transmitió una orden al puesto de la tripulación.

—Ya está, profesor —me dijo tras unos instantes—. El bote está en su sitio y las escotillas están cerradas. No irá usted a temer, me imagino, que esos señores derriben unas murallas que ni las balas de su fragata han podido atravesar.

—No, capitán, pero existe todavía otro peligro.

—¿Cuál, señor?

—Que mañana, a la misma hora, será necesario volver a abrir las escotillas para renovar el aire del *Nautilus*...

—No le diré lo contrario, profesor, ya que nuestro barco respira igual que los cetáceos.

—Pero, si en ese momento los papúas ocupan la plataforma, no sé cómo podría usted impedirles que entren.

—Entonces, ¿supone usted que subirán a bordo?

—Estoy convencido.

—Pues bien, en ese caso, ¡que suban! No veo ninguna razón para impedirselo. En el fondo, esos papúas son unos pobres diablos, y no quiero que mi visita a la isla de Gueboroar le cueste la vida a uno solo de esos desdichados [286].

Una vez dicho eso, me iba a retirar, pero el capitán Nemo me retuvo y me invitó a sentarme junto a él. Me preguntó con interés sobre nuestras excursiones a tierra y la cacería, y no pareció entender esa necesidad de carne que apasionaba al canadiense. Después, la conversación tocó diversos asuntos, y aunque no fue más comunicativo, el capitán Nemo se mostró más amable.

Entre otras cosas, llegamos a hablar de la situación del *Nautilus*, encallado en el estrecho en que el propio Dumont d'Urville

estuvo a punto de perderse. Después, el capitán me comentó a este propósito:

—Fue uno de sus grandes marinos;

D'Urville

fue uno de sus navegantes más inteligentes. Es el capitán Cook de ustedes, los franceses. ¡Sabio desdichado! Desafiar los bancos de hielo del Polo Sur, los corales de Oceanía y a los caníbales del Pacífico para morir miserablemente en un tren [287]. Si aquel hombre enérgico pudo reflexionar en los últimos segundos de su existencia, ¿se imagina usted cuáles fueron sus pensamientos postreros?

Al hablar así, el capitán Nemo parecía conmovido, por lo que consigno esa emoción en su activo.

Después, con el mapa en la mano, repasamos los trabajos del navegante francés, sus viajes de circunnavegación, su doble tentativa en el Polo Sur, que condujo al descubrimiento de las tierras de Adelia y de Luis Felipe, y por último, sus cartas hidrográficas de las principales islas de Oceanía.

—Lo que su D'Urville hizo en la superficie de los mares —me dijo el capitán Nemo— yo lo he hecho en el interior del océano, y más cómoda y exhaustivamente que él. La *Astrolabe* y la *Zélée*, incesantemente azotadas por los huracanes, no podrían estar a la altura del *Nautilus*, tranquilo gabinete de trabajo y auténticamente sedentario en medio de las aguas.

—Sin embargo, capitán —le dije yo—, hay un punto de similitud entre las corbetas de Dumont

d'Urville

y el *Nautilus*.

—¿Cuál, señor?

—El hecho de que el *Nautilus* haya encallado como ellas.

—El *Nautilus* no está encallado, señor —me respondió fríamente el capitán Nemo—. El *Nautilus* está concebido para reposar sobre el lecho de los mares, y los penosos trabajos y maniobras a que se vio obligado

D'Urville

para reflotar sus corbetas no los tendré que hacer yo. La *Astrolabe* y la *Zélée* estuvieron a punto de perecer, pero mi *Nautilus* no corre ningún peligro. Mañana, en la fecha señalada, a la hora prevista, la marea lo levantará suavemente y volverá a navegar por los mares.

—Capitán —le dije—, no dudo...

—Mañana —añadió el capitán Nemo levantándose—, mañana, a las dos y cuarenta de la tarde, el *Nautilus* flotará y abandonará sin averías el estrecho de Torres.

Una vez pronunciadas esas palabras en un tono muy seco, el capitán Nemo se inclinó ligeramente. Era la señal de que se despedía de mí, y regresé a mi camarote.

Allí me encontré con Conseil, que quería conocer el resultado de mi entrevista con el capitán.

—Muchacho —respondí yo—, cuando he dado la impresión de creer que su *Nautilus* estaba amenazado por los nativos de Papuasias, el capitán me ha respondido muy irónicamente. Por consiguiente, solo tengo una cosa que decirte: ten confianza en él y ve a dormir tranquilamente.

—¿El señor no necesita mis servicios?

—No, Conseil. ¿Qué está haciendo Ned Land?

—Que el señor me disculpe —respondió Conseil—, pero el amigo Ned está preparando un paté de canguro que será una delicia.

Una vez solo, me acosté, pero dormí bastante mal. Oía el ruido de los salvajes que pisoteaban la plataforma y proferían unos gritos ensordecedores. Transcurrió así la noche, sin que la tripulación saliera de su inercia habitual. La presencia de los caníbales le causaba tanta preocupación como pueden causar las hormigas que corren sobre las empalizadas de un fuerte a los soldados de la guarnición.

A las seis de la mañana, me levanté. Aún no se habían abierto las escotillas. Por lo tanto, el aire del interior no se había renovado, pero los depósitos, cargados para prevenir cualquier eventualidad, funcionaron a su debido tiempo y aportaron unos metros cúbicos de oxígeno a la atmósfera enrarecida del *Nautilus*.

Trabajé en mi camarote hasta el mediodía, sin haber visto en ningún momento al capitán Nemo. A bordo, no parecía que se estuviese haciendo ningún preparativo para zarpar.

Esperé un poco más y luego me dirigí al gran salón. El péndulo marcaba las dos y media. Diez minutos más tarde, el nivel del agua debería de haber alcanzado el máximo, y si el capitán Nemo no me había hecho una promesa temeraria, el *Nautilus* estaría

inmediatamente desencallado. Si no, pasarían bastantes meses antes de que pudiese abandonar su lecho de coral.

Entre tanto, se dejaban sentir unas sacudidas precursoras en el casco del barco. Oía cómo arañaban el casco las asperezas calcáreas del fondo coralino.

A las dos y treinta y cinco minutos, el capitán Nemo apareció en el salón.

—Vamos a zarpar —dijo.

—¡Ah! —exclamé yo.

—He dado orden de abrir las escotillas.

—¿Y los papúas?

—¿Los papúas? —respondió el capitán Nemo, alzando ligeramente los hombros **[288]**.

—¿No van a penetrar en el interior del *Nautilus*?

—¿Cómo?

—Pasando por las escotillas que habrá abierto.

—Señor Aronnax —respondió tranquilamente el capitán Nemo —, no se entra así como así por las escotillas del *Nautilus*, ni aunque estén abiertas.

Miré al capitán.

—¿No comprende usted? —me dijo.

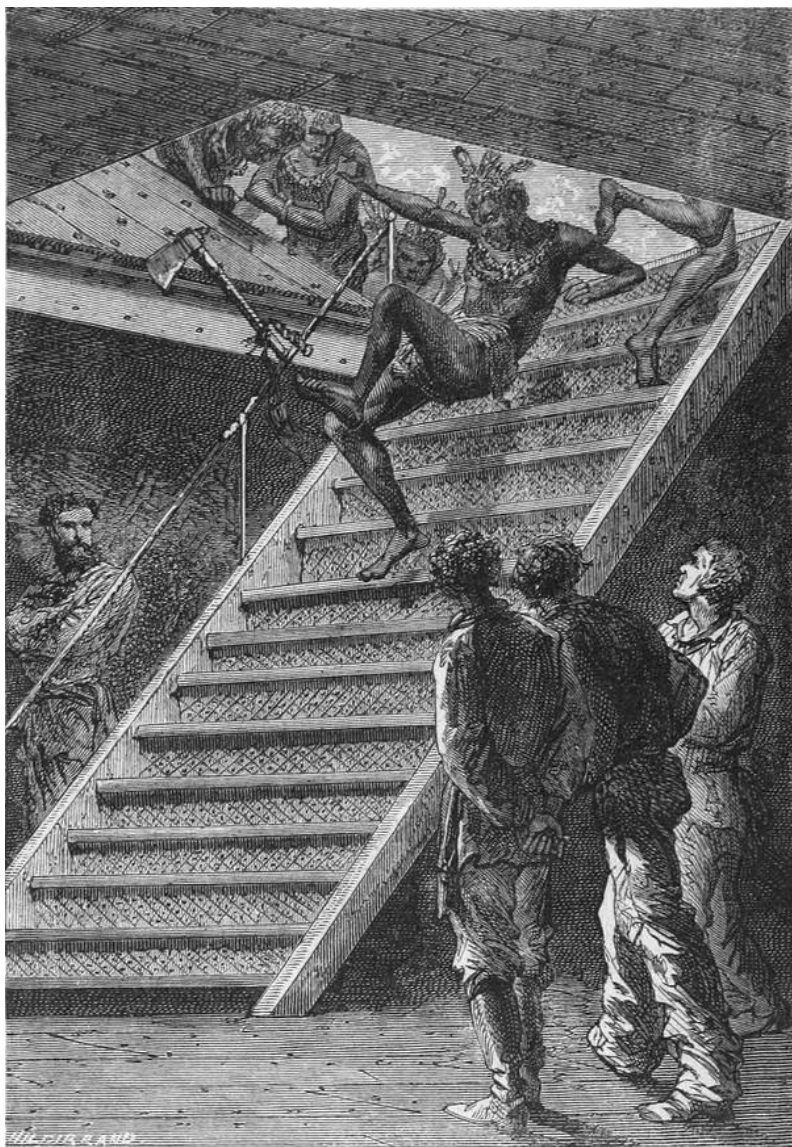
—En absoluto.

—Muy bien, venga y lo verá.

Me dirigí hacia la escalera central. Allí, Ned Land y Conseil, muy intrigados, miraban a algunos hombres de la tripulación que abrían las escotillas, mientras que afuera resonaban gritos de rabia y espantosas vociferaciones.

Se corrieron las portas del exterior. Aparecieron veinte rostros horribles. Pero el primer indígena que puso la mano sobre la barandilla de la escalera salió despedido por no sé qué fuerza invisible y se dio a la huida, profiriendo gritos horribles y dando unas zancadas exorbitantes.

Diez compañeros suyos se sucedieron en el intento. Los diez corrieron igual suerte.



Diez compañeros suyos corrieron igual suerte

Conseil estaba fascinado. Ned Land, dejándose llevar por sus instintos violentos, se abalanzó hacia la escalera. Pero, tan pronto como puso ambas manos sobre la barandilla, cayó fulminado a su vez.

—¡Por mil diablos! —gritó—. ¡Me ha partido un rayo!

Esa palabra lo explicaba todo. No era un pasamanos, sino un cable de metal enteramente cargado con la electricidad de a bordo lo que desembocaba en la plataforma. Cualquiera que la tocaba sentía una formidable sacudida —y esta sacudida habría sido mortal si el capitán Nemo hubiera transferido al conductor toda la corriente de sus aparatos—. En verdad, se podía decir que entre sus asaltantes y él había tendido una red eléctrica que nadie podía franquear impunemente [289].

Mientras tanto, los papúas aterrados se habían batido en retirada, presa del pánico. Nosotros, reprimiendo la risa, consolábamos y dábamos friegas al desdichado Ned Land, que maldecía como un poseso.

Precisamente en aquellos momentos, el *Nautilus*, al que elevaban las últimas ondulaciones de la corriente, abandonó su lecho de coral en el minuto cuarenta exactamente fijado por el capitán. Su hélice batía las aguas con majestuosa lentitud. Su velocidad fue incrementándose poco a poco, y navegando por la superficie del océano, abandonó sano y salvo los peligrosos pasajes del estrecho de Torres.

XXIII

Ægri somnia [290]

Al día siguiente, 10 de enero, el *Nautilus* prosiguió su marcha entre dos aguas, pero con una velocidad notable, que según mis cálculos no sería inferior a las treinta y cinco millas por hora. La velocidad de la hélice era tal, que no podía ni seguir sus revoluciones ni contarlas.

Cuando pensaba que aquel maravilloso agente eléctrico, además de dar movimiento, calor y luz al *Nautilus*, también lo protegía contra los ataques exteriores, transformándolo en un arca sagrada que nadie podía profanar sin ser fulminado, mi admiración ya no tenía límites y pasaba del aparato inmediatamente al ingeniero que lo había creado [291].

Navegábamos directamente hacia el oeste, y el 11 de enero, doblamos el cabo Wessel —situado a

135°

de longitud y

10°

de latitud norte—, que forma la punta este del golfo de Carpentaria. Todavía abundaban los arrecifes, pero estaban más diseminados y aparecían marcados en el mapa con extrema precisión. El *Nautilus* evitó fácilmente los rompientes de Money, a babor, y los arrecifes Victoria, a estribor, situados a

130°

de longitud y en el décimo paralelo, que seguíamos rigurosamente.

El 13 de enero, el capitán Nemo, tras llegar al mar de Timor, avistó la isla homónima a

122°

de longitud. Esta isla se extiende en una superficie de mil seiscientas veinticinco leguas cuadradas y está gobernada por rajás. Estos príncipes se autodenominan «hijos de los cocodrilos», es decir,

nacidos de la más alta estirpe a que puede aspirar un ser humano. Esos ancestros escamosos pululan en los ríos de la isla y son objeto de una veneración particular. Se los protege, se los miman, se los adula, se los alimenta e, incluso, se les dan doncellas en ofrenda; ¡pobre del extranjero que ose levantar la mano sobre esos reptiles sagrados!

Pero el *Nautilus* no tuvo ningún trato con esas repulsivas bestias [292]. No pudimos distinguir Timor más que un instante, a mediodía, mientras que el segundo de a bordo tomaba la posición. Igualmente, solo llegamos a entrever la pequeña isla de Roti, que forma parte del grupo y es famosa por sus mujeres, cuya belleza goza de una reputación muy acreditada en los mercados malayos.

A partir de ese momento, el derrotero del *Nautilus*, en latitud, giró hacia el sudoeste, poniendo rumbo hacia el océano Índico. ¿Adónde nos arrastraría la fantasía del capitán Nemo? ¿Volvería hacia las costas de Asia? ¿Se aproximaría a las orillas de Europa? Resoluciones poco probables por parte de un hombre que huía de los continentes habitados. ¿Descendería hacia el sur? ¿Se dispondría a doblar el cabo de Buena Esperanza y luego el cabo de Hornos, para continuar hasta el Polo Antártico? ¿Regresaría a los mares del Pacífico, donde su *Nautilus* podría navegar cómoda y libremente? El futuro se encargaría de respondernos.

Después de haber franqueado los escollos de Cartier, de Hibernia, de Seringapatam y de Scott, últimos esfuerzos del elemento sólido contra el elemento líquido, el 14 de enero habíamos perdido de vista cualquier asomo de tierra. La velocidad del *Nautilus* había disminuido notablemente y, muy caprichoso en su navegación, tan pronto avanzaba sumergido bajo las aguas como flotaba en su superficie.

Durante ese período del viaje, el capitán Nemo llevó a cabo interesantes experimentos sobre las diversas temperaturas del mar en diferentes capas. En condiciones normales, ese tipo de datos se obtienen por medio de instrumentos bastante complicados, cuyos resultados son como mínimo dudosos, ya sean sondas termométricas, cuyos vidrios se rompen frecuentemente por la presión de las aguas, ya sean aparatos basados en la variación de resistencia de los metales a las corrientes eléctricas. Los resultados así obtenidos no pueden ser debidamente verificados. En este caso,

sin embargo, era el mismo capitán Nemo quien iba hasta las profundidades del mar a buscar esa temperatura, y su termómetro, en comunicación con las distintas capas líquidas, le indicaba inmediatamente y con toda seguridad el grado en cuestión.

Así fue como, recargando sus depósitos unas veces o descendiendo oblicuamente mediante sus planos inclinados otras, el *Nautilus* alcanzó sucesivamente profundidades de tres, cuatro, cinco, siete, nueve y diez mil metros, y como resultado definitivo de esos experimentos se obtuvo que, en todas las latitudes, el mar tenía una temperatura constante de cuatro grados y medio a una profundidad de mil metros.

Yo seguía los experimentos con el más vivo interés. El capitán Nemo los realizaba con auténtica pasión. En ocasiones, me preguntaba yo con qué objetivo efectuaría sus observaciones. ¿Sería en provecho de sus semejantes? No era probable, pues uno u otro día sus trabajos debían de perecer con él en algún mar ignorado; a no ser que fuese yo el destinatario del resultado de sus experimentos. Pero eso equivalía a admitir que mi extraño viaje tendría un final, y ese final aún no lo podía divisar.

Sea como fuere, el capitán Nemo me informó igualmente sobre diversas cifras obtenidas por él, con las que establecía la proporción de las distintas densidades del agua en los principales mares del globo. De ello extraje una lección personal sin relación alguna con la ciencia.

Ocurrió la mañana del 15 de enero. El capitán, con quien paseaba por la plataforma, me preguntó si sabía cuáles eran las distintas densidades de las aguas marinas. Le respondí con una negativa, y añadí que la ciencia carecía de observaciones rigurosas a ese respecto.

—Esas observaciones ya las he efectuado yo —me dijo— y puedo afirmar que son ciertas.

—Bien —respondí—, pero el *Nautilus* es un mundo aparte, y los secretos de sus sabios no llegan a la tierra.

—Tiene usted razón, profesor —me dijo tras unos instantes de silencio—. Es un mundo aparte. Es tan extraño a la tierra como los planetas que acompañan al globo alrededor del sol; y nadie conocerá jamás los trabajos de los sabios de Saturno o de Júpiter. Sin embargo, y ya que el azar ha unido nuestras existencias, puedo

comunicarle el resultado de mis observaciones.

—Lo escucho, capitán.

—Usted sabe, profesor, que el agua marina es más densa que el agua dulce, pero esa densidad no es uniforme. En efecto, si suponemos que la densidad del agua dulce es igual a uno, obtendremos lo siguiente: uno con veintiocho milésimas en las aguas del Atlántico; uno con veintiséis milésimas en las aguas del Pacífico; uno con treinta milésimas en las aguas del Mediterráneo...

«¡Ah! —pensé yo para mis adentros—. Así es que se aventura a navegar por las aguas del Mediterráneo».

—... uno con dieciocho milésimas en las aguas del mar Jónico; y uno con veintinueve milésimas en las aguas del Adriático.

Decididamente, el *Nautilus* no rehuía los mares frecuentados de Europa, y de ese modo concluí que nos llevaría —quizá poco tiempo después— hacia continentes más civilizados. Pensé que Ned Land, al enterarse de la noticia, reaccionaría con una satisfacción muy natural.

Durante varios días, el tiempo se nos pasó realizando experimentos de todo tipo, que abarcaban desde los grados de salinidad de las aguas a diferentes profundidades, hasta su electrización, coloración y transparencia; en todo momento, el capitán Nemo hizo gala de un ingenio tan solo equiparable a su buena disposición hacia mí. Después, no volví a verlo durante varios días más, y me quedé de nuevo como aislado a bordo.

El 16 de enero, el *Nautilus* pareció dormirse a tan solo unos metros por debajo del nivel del mar. Sus aparatos eléctricos dejaron de funcionar, y su hélice inmóvil hacía que vagara a merced de la corriente. Supuse que la tripulación procedía a reparaciones en el interior, necesarias por la violencia de los movimientos de la máquina.

Mis compañeros y yo fuimos entonces testigos de un curioso espectáculo. Los paneles del salón estaban abiertos y, como el fanal del *Nautilus* no estaba encendido, reinaba una vaga oscuridad en medio de las aguas. El cielo, tempestuoso y cubierto de gruesos nubarrones, no confería a las capas del océano más que una claridad insuficiente.

Observaba yo el estado de la mar en esas condiciones, y los peces más grandes me parecían nada más que unas sombras

difuminadas, cuando el *Nautilus* se encontró de repente transportado a plena luz. Al principio, pensé que habían vuelto a encender el fanal, que proyectaba su resplandor eléctrico a la masa líquida. Me equivocaba, y tras una rápida observación, reconocí mi error.

El *Nautilus* flotaba en medio de una capa fosforescente, que en aquella oscuridad resultaba deslumbrante. La producían miríadas de animálculos luminosos cuyos destellos se incrementaban al deslizarse sobre el casco metálico del aparato. Entonces, pude distinguir un relampagueo en medio de las capas luminosas, semejante a las coladas de plomo fundido en un horno o a masas metálicas al rojo vivo; de manera que, por contraste, algunas porciones luminosas resultaban oscuras en aquel medio ígneo, donde parecía estar prohibida cualquier sombra. No. No se trataba ya de la suave irradiación de nuestra iluminación habitual. ¡Había en ella un vigor y un movimiento insólitos! ¡Aquella luz parecía estar viva!

Era una aglomeración infinita de infusorios pelágicos, de noctilucas miliarias, verdaderos glóbulos de gelatina diáfana, provistos de un flagelo filiforme, y de los que se ha contado hasta veinticinco mil en treinta centímetros cúbicos de agua. Su luz estaba además redoblada por los resplandores particulares de medusas, asterias, aurelias, fóladas dáctilos [293] y diversos zoófitos fosforescentes, impregnados de la viscosidad de las materias orgánicas descompuestas por el mar, y quizá del mucus que segregan los peces.

Durante varias horas, el *Nautilus* estuvo flotando en aquellas olas brillantes, y nuestra admiración se acrecentó al observar los grandes animales marinos jugar como salamandras. Pude ver allí, en medio de aquel fuego que no quemaba: marsopas elegantes y rápidas, infatigables payasos marinos, y unos histióforos, peces vela de tres metros de longitud, inteligentes anunciadores de los huracanes, cuya formidable espada golpeaba a veces el cristal del panel del salón. Después, aparecieron unos peces más pequeños: peces ballesta variados; escomberoides saltadores; cirujanos narigudos, y otros centenares que fustigaban en su carrera el luminoso entorno.

¡Aquel maravilloso espectáculo parecía ser fruto de un

sortilegio! ¿Quizá ciertas condiciones atmosféricas aumentaban la intensidad de este fenómeno? ¿Podía estar desencadenándose alguna tempestad en la superficie del mar? Fuera como fuese, a aquella profundidad de unos metros, el *Nautilus* no notaba su furor y se mecía apaciblemente en medio de las aguas tranquilas.

De aquella manera navegábamos, incesantemente maravillados por algún nuevo prodigio. Conseil observaba y clasificaba sus zoófitos, sus articulados, sus moluscos y sus peces. Los días se desgranaban rápidamente, y yo había dejado ya de contarlos. Ned, siguiendo su costumbre, intentaba variar nuestra alimentación. Como auténticos caracoles, nos habíamos habituado a nuestro caparazón, y puedo afirmar que es fácil convertirse en un auténtico caracol.

Así pues, la vida a bordo nos parecía sencilla, natural, y ni siquiera imaginábamos ya que hubiera una vida diferente en la superficie del globo terrestre, hasta que un suceso vino a recordarnos lo extraño de nuestra situación.

El 18 de enero, el *Nautilus* se hallaba a

105°

de longitud y

15°

de latitud meridional[294]. El tiempo era amenazador, la mar estaba dura y picada. Soplabla del este un viento frescachón. El barómetro, que llevaba varios días descendiendo, anunciaba el combate de los elementos que se avecinaba.

Yo había subido a la plataforma en el momento en que el segundo tomaba sus medidas de los ángulos horarios. Como de costumbre, esperaba oír la frase cotidiana. Pero aquel día fue sustituida por otra frase no menos incomprensible. Casi inmediatamente, vi aparecer al capitán Nemo, quien dirigió su mirada hacia el horizonte con un catalejo.

Durante unos minutos, el capitán permaneció inmóvil, sin dejar de mirar el punto enfocado en su objetivo. Después, bajó el catalejo e intercambió una decena de palabras con su segundo. Este parecía ser víctima de una emoción que a duras penas intentaba refrenar. El capitán Nemo, más dueño de sí, mantenía su aplomo. Parecía formular algunas objeciones a las que el segundo respondía con afirmaciones. Al menos, así me pareció a mí, a juzgar por la

diferencia de su tono y de sus gestos.

Pese a haber oteado escrupulosamente el horizonte en la dirección indicada, yo no pude apreciar nada. El cielo y el agua se confundían en la línea del horizonte absolutamente nítida.

Sin embargo, el capitán Nemo deambulaba de uno a otro extremo de la plataforma sin mirarme, tal vez sin verme. Su paso era firme, pero menos regular que de costumbre. A veces, se detenía, y con los brazos cruzados sobre el pecho, observaba el mar. ¿Qué podía buscar en aquel inmenso espacio? El *Nautilus* se encontraba entonces a varios centenares de millas de la costa más próxima.

El segundo había vuelto a coger su lente y escudriñaba obstinadamente el horizonte, yendo y viniendo, golpeando con el pie, en contraste con su jefe por su agitación nerviosa.

El misterio tenía que aclararse por fuerza, y pronto, ya que, a una orden del capitán Nemo, la máquina incrementó su potencia de propulsión e imprimió a la hélice una rotación más rápida.

En aquellos momentos, el segundo volvió a señalar algo al capitán. Este se detuvo y dirigió el catalejo hacia el punto indicado. Lo observó con atención. Yo bajé al salón, profundamente intrigado, y regresé con un excelente catalejo del que me servía a menudo. Después, apoyándolo sobre la torreta del fanal, que formaba un saledizo delante de la plataforma, me dispuse a recorrer toda la línea del cielo y del mar.

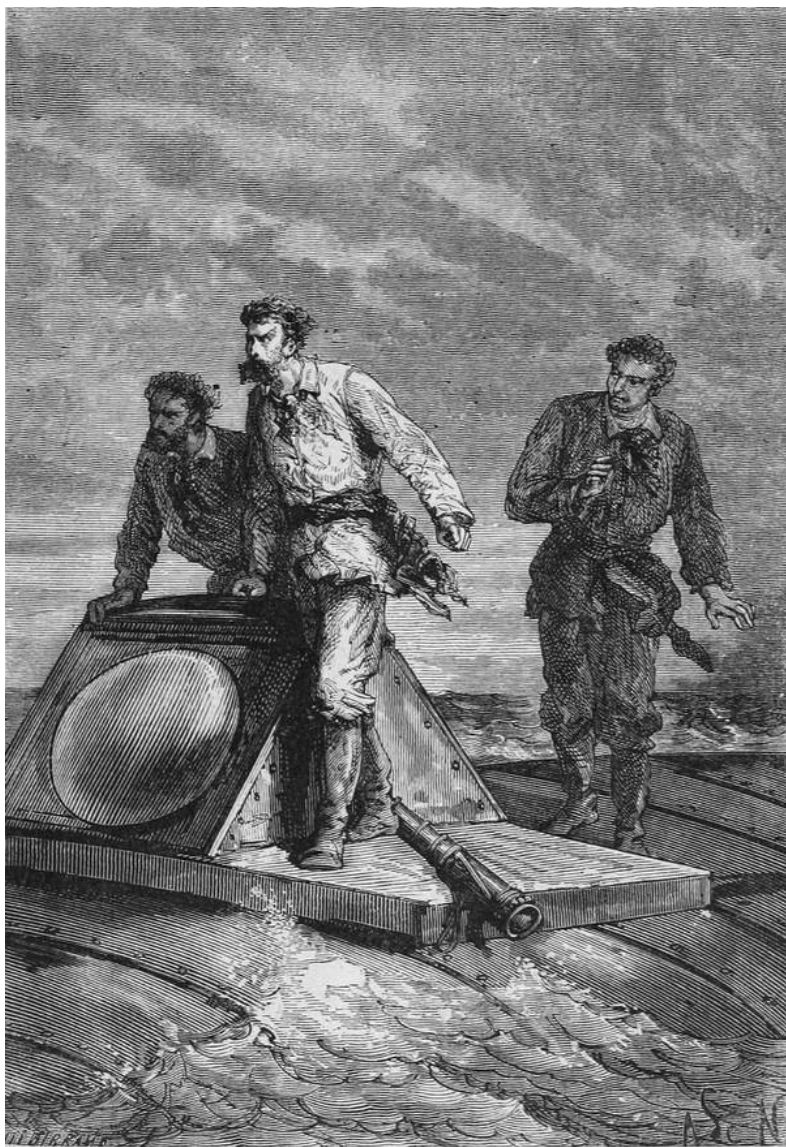
Pero ni siquiera había llegado a poner el ojo en el ocular cuando el instrumento me fue rápidamente arrebatado de las manos.

Me volví. El capitán Nemo estaba ante mí, pero no lo podía reconocer. Su semblante estaba transfigurado [295]. Sus ojos brillaban con un destello sombrío y se perdían bajo el ceño fruncido. Se podían ver sus dientes, casi al descubierto. Su cuerpo rígido, sus puños apretados y su cabeza hundida entre los hombros eran pruebas del violento odio que despedía toda su persona. Ya no se movía. El catalejo, caído de sus manos, había rodado a sus pies.

¿Era yo quien había provocado involuntariamente aquella actitud de cólera? ¿Se imaginaba aquel incomprensible personaje que había sorprendido algún secreto prohibido a los huéspedes del *Nautilus*?

No. No era yo el objeto de su odio; el capitán Nemo no me

miraba a mí; su vista continuaba obstinadamente fija en aquel punto impenetrable del horizonte.



Su vista continuaba fija en el horizonte

Finalmente, el capitán Nemo recuperó su autodomínio. Su rostro, tan profundamente alterado, recobró su calma habitual. Dirigió a su segundo algunas palabras en aquella extraña lengua y después se volvió hacia mí.

—Señor Aronnax —me conminó—, tengo que exigirle que

cumpla uno de los compromisos que contrajo conmigo.

—¿De qué se trata, capitán?

—Es preciso que usted y sus compañeros acepten que los encierre hasta el momento en que estime oportuno devolverles la libertad.

—Usted manda —le respondí yo mirándolo fijamente—. Pero ¿puedo hacerle una pregunta?

—Ninguna, señor.

Así pues, no había margen para réplicas; simplemente, debía obedecer, ya que todo acto de resistencia habría sido imposible.

Volví a bajar al camarote que ocupaban Ned Land y Conseil y les comuniqué las órdenes del capitán. Huelga decir cómo las acogió el canadiense. Además, no hubo tiempo para más explicaciones. Cuatro hombres de la tripulación esperaban a la puerta y nos condujeron a la celda en que habíamos pasado nuestra primera noche a bordo del *Nautilus*.

Ned Land quiso protestar, pero, por toda contestación, la puerta se cerró tras él.

—¿Puede explicarnos el señor qué significa todo esto? —preguntó Conseil.

Conté a mis compañeros lo que había ocurrido y se quedaron tan sorprendidos como yo y no menos perplejos.

Me encontraba sumido en un abismo de reflexiones y sin poder alejar de mi pensamiento la extraña imagen de las facciones del capitán Nemo. Era incapaz de hilvanar dos ideas lógicas y me extraviaba entre las más absurdas hipótesis; entonces, unas palabras de Ned Land me sacaron de ese estado de ánimo:

—¡Vaya! ¡El almuerzo está servido!

En efecto, la mesa estaba preparada. Era evidente que el capitán Nemo había dado esa orden al mismo tiempo que mandaba forzar la velocidad del *Nautilus*.

—¿Me permite el señor que le haga una recomendación? —me preguntó Conseil.

—Sí, muchacho —respondí yo.

—Pues bien, el señor debería tener la bondad de almorzar. Es lo más prudente, puesto que no sabemos qué puede suceder.

—Tienes razón, Conseil.

—Desgraciadamente —dijo Ned Land—, nos han vuelto a poner

el menú de a bordo.

—Amigo Ned —replicó Conseil—, ¿qué diría usted si ni siquiera nos hubieran servido el almuerzo?

Este razonamiento frenó en seco las recriminaciones del arponero.

Nos sentamos a la mesa. La comida transcurrió silenciosamente. Yo comí poco. Conseil «se esforzó», por prudencia, y Ned Land, pese a todo, no perdió bocado. Después, una vez concluido el almuerzo, cada uno de nosotros se apoyó en su rincón.



Cada uno de nosotros se apoyó

En esos momentos, el globo luminoso que iluminaba la celda se apagó y nos sumió en una profunda oscuridad. Ned Land no tardó en dormirse, y Conseil se dejó atrapar asimismo por un profundo sopor, cosa que me extrañó. Precisamente, me estaba preguntando qué podría haberle provocado esa imperiosa necesidad de dormir,

cuando sentí cómo se impregnaba mi cerebro de un espeso letargo. Quería mantener los ojos abiertos, pero se me cerraban involuntariamente. Era víctima de una alucinación dolorosa. Sin duda, habían añadido sustancias somníferas a los alimentos que acabábamos de tomar. Al parecer, no bastaba con la prisión para escamotearnos los proyectos del capitán Nemo, sino que incluso era necesario recurrir al sueño.

Oí cerrarse las escotillas. Las ondulaciones del mar, que provocaban un ligero movimiento de balanceo, cesaron. ¿Había abandonado el *Nautilus* la superficie del océano? ¿Había penetrado en las capas inmóviles de las aguas?

Quise resistir al sueño, pero fue imposible. Mi respiración se debilitó. Sentí un frío mortal que helaba mis miembros, pesados y como paralizados. Los párpados, auténticos casquetes de plomo, cayeron sobre mis ojos. No pude volver a abrirlos. Un sueño mórbido, asaltado por alucinaciones, se apoderó de todo mi ser. Después, desaparecieron las visiones y me abandonaron en un completo abatimiento.

XXIV

El reino del coral

Al despertarme al día siguiente, me extrañó lo despejada que tenía la mente. Para sorpresa mía, me encontraba en mi camarote. Supuse que mis compañeros también debían de haber sido trasladados al suyo sin que se dieran cuenta, como yo. Ignoraban lo que había ocurrido esa noche, como lo ignoraba yo mismo, y para desvelar aquel misterio solo podía contar con lo que el azar nos deparase.

Pensé entonces en salir de mi camarote. ¿Volvía a ser libre o seguía siendo un prisionero? Completamente libre. Abrí la puerta, atravesé los corredores y subí por la escalera central. Las escotillas, cerradas la víspera, estaban abiertas. Llegué a la plataforma.

Ned Land y Conseil me esperaban allá. Les pregunté, pero no sabían nada. Dormidos con un sueño profundo del que no conservaban ningún recuerdo, se habían sorprendido enormemente al verse de nuevo en su camarote.

En cuanto al *Nautilus*, nos pareció tranquilo y misterioso, como siempre. Navegaba por la superficie del mar a una velocidad moderada. Nada parecía haber cambiado a bordo.

Ned Land, con sus ojos penetrantes, observó el mar. Estaba desierto. El canadiense no apreció nada nuevo en el horizonte, ni velas ni tierras. Se dejaba sentir una fuerte brisa del oeste, y el viento, que arremolinaba largas olas, imprimía al aparato un balanceo muy perceptible.

Tras haber renovado sus reservas de aire, el *Nautilus* se mantuvo a una profundidad media de quince metros, de manera que podía volver rápidamente a la superficie marina, operación que, contrariamente a lo que solía ocurrir, fue practicada varias veces durante la jornada del 19 de enero. El segundo subía entonces a la plataforma y la frase habitual resonaba en el interior del navío.

El capitán Nemo no apareció. Del resto de la tripulación, solo vi al impasible *steward*, que me sirvió con su mutismo y precisión acostumbrados.

Hacia las dos, estaba yo en el salón, ocupado en clasificar mis notas, cuando el capitán abrió la puerta y apareció. Lo saludé. Me devolvió un saludo casi imperceptible, sin dirigirme la palabra. Volví a mi trabajo, confiando en que tal vez me daría explicaciones sobre lo que había sucedido la noche anterior. Pero no fue así. Lo miré. Su rostro me pareció cansado; el sueño no había refrescado sus ojos enrojecidos; de su aspecto se desprendía una profunda tristeza, un auténtico pesar. Iba y venía, se sentaba y se volvía a levantar; tan pronto cogía un libro al azar, como lo abandonaba, consultaba sus instrumentos sin tomar sus notas habituales y parecía no poder estar quieto ni un instante.

Por fin, se dirigió hacia mí y me preguntó:

—¿Es usted médico, señor Aronnax?

Su pregunta me resultaba tan inesperada que me quedé mirándolo sin contestar.

—¿Es usted médico? —repitió—. Algunos de sus colegas estudiaron medicina, como Gratiolet, Moquin-Tandon [296] y otros.

—Así es —dije yo—. Soy médico y he trabajado como interno en hospitales. Ejercí la medicina durante varios años antes de entrar en el Museo.

—Bien, señor.

Sin duda, mi respuesta había satisfecho al capitán Nemo. Pero, al no saber yo adónde quería ir a parar, esperé nuevas preguntas, reservándome el derecho de responder según las circunstancias.

—Señor Aronnax —me dijo el capitán—, ¿aceptaría usted atender a uno de mis hombres?

—¿Hay alguien enfermo a bordo?

—Sí.

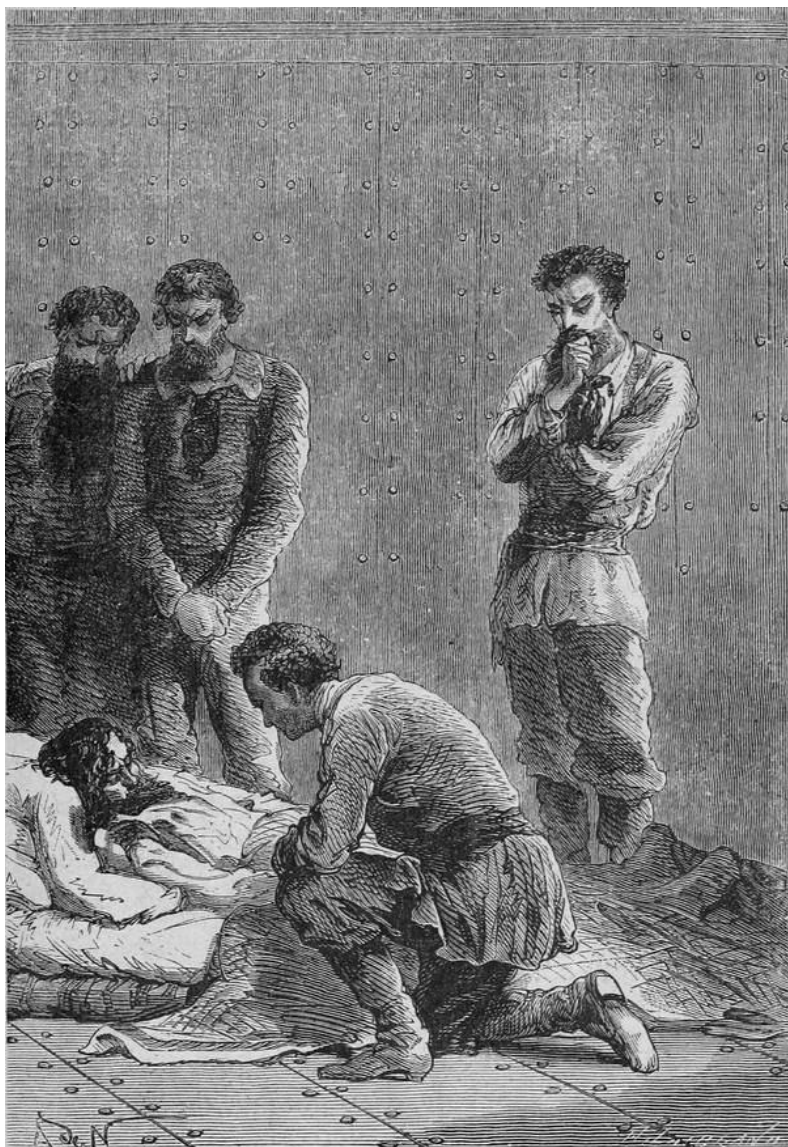
—Estoy dispuesto a acompañarlo.

—Sígame.

He de confesar que el corazón me palpitaba con fuerza. No sé por qué, veía cierta conexión entre la enfermedad de un hombre de la tripulación y los sucesos de la víspera, y ese misterio me preocupaba al menos tanto como el enfermo.

El capitán Nemo me condujo a la popa del Nautilus y me hizo entrar en un camarote situado cerca del puesto de los marineros.

Allí, en un camastro, yacía un hombre de unos cuarenta años, de rostro enérgico, un auténtico exponente de anglosajón.



En un camastro yacía un hombre de rostro enérgico

Me incliné sobre él. No se trataba solamente de un enfermo, sino de un herido. Su cabeza, envuelta en un vendaje sanguinolento, descansaba sobre dos almohadas. Lo desvendé, y él, mirándome fijamente con sus grandes ojos, me dejó actuar sin exhalar ni un solo lamento.

La herida era horrible. El cráneo, hundido por un instrumento contundente, dejaba al descubierto la sustancia cerebral, que había sufrido una profunda atrición. Se habían formado unos coágulos sanguíneos en la masa difluente, que adquiriría un color de heces de vino. Había sufrido a la vez una contusión y una conmoción cerebral. La respiración del enfermo era lenta, y algunos movimientos espasmódicos de los músculos estremecían su rostro. La flegmasia cerebral era completa y provocaba una parálisis sensitiva y motora.

Tomé el pulso al herido. Era intermitente. Las extremidades del cuerpo ya se iban enfriando y vi que la muerte se aproximaba, sin que me pareciera posible alejarla. Coloqué un apósito al desdichado, volví a vendarle la cabeza y me dirigí al capitán Nemo.

—¿Cómo se ha hecho esta herida? —le pregunté.

—¡Qué importa! —respondió evasivamente el capitán—. Una de las palancas de la máquina se rompió con un choque del Nautilus y lo golpeó [297]. ¿Qué opina usted sobre su estado?

Yo vacilaba en pronunciarme.

—Puede usted hablar —me dijo el capitán—. Este hombre no entiende el francés.

Miré una vez más al herido y respondí:

—Este hombre habrá muerto de aquí a dos horas.

—¿No hay nada que pueda salvarle?

—Nada.

Las manos del capitán Nemo se crisparon, y de aquellos ojos que no creía yo hechos para llorar rodaron unas lágrimas.

Durante unos instantes, seguí observando al moribundo, cuya vida lo iba abandonando poco a poco. Su palidez se acentuaba aún más por efecto del resplandor de la luz eléctrica que bañaba su lecho de muerte. Miré su rostro inteligente, surcado por arrugas prematuras, que la desgracia, o tal vez la miseria, habían trazado desde hacía tiempo. Intenté sorprender el secreto de su vida en las últimas palabras que escaparan de sus labios.

—Puede usted retirarse, señor Aronnax —me dijo el capitán Nemo.

Dejé al capitán en el camarote del moribundo y regresé al mío, muy conmovido por aquella escena. Durante toda la jornada, me sobresaltaron siniestros presentimientos. Por la noche, dormí mal y,

entre mis sueños frecuentemente interrumpidos, creí oír suspiros lejanos y una especie de salmodia fúnebre. ¿Sería el oficio de difuntos, musitado en aquella lengua incomprensible para mí?

Al día siguiente por la mañana, subí al puente. El capitán Nemo me había precedido. En cuanto me vio, se dirigió a mí.

—Profesor —me dijo—, ¿le apetecería hacer hoy una excursión submarina?

—¿Con mis compañeros? —pregunté yo.

—Si así lo desean.

—Estamos a sus órdenes, capitán.

—Vayan a ponerse las escafandras, pues.

Del moribundo o muerto no se dijo nada. Me reuní con Ned Land y Conseil. Les di a conocer la propuesta del capitán Nemo. Conseil se apresuró a aceptar y, en esta ocasión, el canadiense se mostró sumamente dispuesto a seguirnos.

Eran las ocho de la mañana. A las ocho y media, ya estábamos vestidos para el nuevo paseo y equipados con dos aparatos de iluminación y de respiración. La doble puerta se abrió y, acompañados por el capitán Nemo, a quien seguía una docena de hombres de la tripulación, tocamos el suelo a diez metros de profundidad en el lugar donde reposaba el *Nautilus*.

Una ligera pendiente conducía a un fondo accidentado a unas quince brazas de profundidad. Aquel fondo era totalmente diferente del que yo había visitado durante mi primera excursión bajo las aguas del océano Pacífico. Allí no había arena fina ni praderas submarinas ni bosques pelágicos. Reconocí inmediatamente la región maravillosa que el capitán Nemo nos permitía contemplar aquel día. Era el reino del coral.

Dentro del tipo de los zoófitos y de la clase de los alcionarios, se puede distinguir el orden de los gorgonáceos, compuesto por tres grupos: las gorgonias, los isídidos y los coralinos. A este último pertenece el coral, curiosa sustancia que fue sucesivamente clasificada en los reinos mineral, vegetal y animal. Remedio para los antiguos, joya para los modernos, hubo que esperar a 1694 para que el marsellés Peyssonnel [298] lo clasificara definitivamente en el reino animal.

El coral es un conjunto de animálculos, reunidos en un pólipo de naturaleza quebradiza y pétrea. Esos pólipos tienen un progenitor

único, que los produce por gemación, y poseen una existencia propia, sin dejar de participar en la vida común. Es, pues, una especie de socialismo natural. Yo conocía los últimos trabajos hechos sobre ese extraño zoófito, que se mineraliza y al mismo tiempo se convierte en árbol, según la justa observación de los naturalistas. Nada me resultaba más interesante que visitar uno de esos bosques petrificados que la naturaleza ha plantado en el fondo de los mares.

Encendimos los aparatos Ruhmkorff y seguimos un banco de coral en vías de formación, que, con el paso del tiempo, llegará a cerrar esa parte del océano Índico. El camino estaba bordeado de matorrales inextricables, formados por arbustos enmarañados y cubiertos de florecillas en forma de estrellitas con puntas blancas. Sin embargo, a diferencia de las plantas de la tierra, esas arborescencias, fijadas a las rocas del suelo se dirigían todas de arriba hacia abajo.

La luz producía mil efectos encantadores, jugueteando entre aquellas ramificaciones tan intensamente coloreadas. Me parecía ver los tubos membranosos y cilíndricos temblar bajo la ondulación de las aguas. Estaba tentado de arrancar sus frescas corolas adornadas por tentáculos delicados, recién brotadas unas, otras con las yemas apenas insinuadas, mientras que unos peces gráciles y de veloces aletas las rozaban al pasar como si fuesen bandadas de pájaros. Pero tan pronto como aproximaba mi mano a aquellas flores vivientes, a aquellos sensibles seres animados, la alarma corría por la colonia. Las corolas blancas se agazapaban en sus estuches rojos, las flores se desvanecían bajo mi mirada y el sotobosque se convertía en un bloque de pezones pétreos.

El azar me había llevado en presencia de las más hermosas muestras de este zoófito. Aquel coral era tan valioso como el que se pesca en el Mediterráneo, en las costas de Francia, de Italia y de Berbería. Por sus tonos vivos justificaba los nombres poéticos de *flor de sangre* y *espuma de sangre* que el comercio da a sus más bellos productos. El coral se vende hasta a quinientos francos el kilo y en aquel lugar las capas líquidas cubrían la fortuna de toda una legión de coralleros. Esta preciosa materia, mezclada a menudo con otros políperos, formaba entonces unos bloques compactos e inextricables, denominados *macciotta* [299], sobre los que observé

admirables especímenes de coral rosáceo.

Conforme avanzábamos, los matorrales se tornaban más tupidos, las arborizaciones crecían. Unos auténticos bosquecillos petrificados y unas amplias bóvedas, ejemplos de una arquitectura quimérica, se abrían a nuestros pasos. El capitán Nemo avanzó por una oscura galería, cuya suave pendiente nos condujo a una profundidad de cien metros. La luz de nuestros serpentines producía a veces unos efectos mágicos, aferrándose a las rugosas asperezas de aquellos arcos naturales y a las pechinas, dispuestas como candelabros, a las que adornaba con chispas de fuego. Entre los arbustos coralinos, observé otros pólipos no menos curiosos: melitas; iris de ramificaciones articuladas; después, algunas matas de coralinas, unas verdes, otras rojas, verdaderas algas engarzadas en sus sales calcáreas, que los naturalistas, tras amplias discusiones, han clasificado definitivamente en el reino vegetal. Aunque, de acuerdo con las observaciones de un pensador, «quizá sea ese el punto real en que la vida oscuramente comienza a despertar de su sueño de piedra, sin desprenderse todavía de su rudo punto de partida» [300].

Por fin, tras dos horas de marcha habíamos alcanzado una profundidad de trescientos metros aproximadamente, es decir, el límite extremo en que comienza a formarse el coral. Pero allí, ya no eran los matorrales aislados, ni los modestos arbustos de bajo tallo. Había un bosque inmenso, grandes vegetaciones minerales, enormes árboles petrificados, reunidos por guirnalda de elegantes plumarias, lianas de mar, todas adornadas de matices y de reflejos. Pasábamos libremente bajo su alto ramaje perdido en la sombra de las olas, mientras que a nuestros pies las tubíporas, las meandrinas, las astreas, las fungias y las cariofilas formaban una alfombra de flores, sembrada de deslumbrantes gemas.

¡Qué indescriptible espectáculo! ¡Ah, qué lástima no poder comunicarnos nuestras sensaciones! ¡Por qué estábamos aprisionados en aquella máscara de cristal y de hierro! ¡Por qué nos estaba vedado comunicarnos! ¡Qué pena no vivir como los peces que habitan el líquido elemento, o más bien como los anfibios, que durante largas horas pueden recorrer a voluntad tanto los dominios de la tierra como los de las aguas!

Entretanto, el capitán Nemo se había detenido. Mis compañeros

y yo detuvimos nuestra marcha; al volverme, vi que sus hombres formaban un semicírculo en torno al capitán. Miré con más atención y observé que cuatro de ellos llevaban a hombros un objeto de forma oblonga.

Nos hallábamos en el centro de un vasto claro, rodeado de las altas arborizaciones del bosque submarino. Nuestras lámparas proyectaban en aquel espacio una claridad crepuscular que alargaba desmesuradamente las sombras en el suelo. En el límite del claro, la oscuridad volvía a ser profunda y solo recogía pequeñas chispas, retenidas por las vivas aristas del coral.

Ned Land y Conseil estaban junto a mí. Nos miramos y pensé que iba a asistir a una extraña escena. Al observar el suelo, vi que en algunos puntos estaba abombado y presentaba unos montículos con depósitos calcáreos incrustados y dispuestos con una regularidad que delataba la mano del hombre.

En medio del claro, en un pedestal de rocas hacinadas toscamente, se alzaba una cruz de coral que extendía sus largos brazos; se habría dicho que era de sangre petrificada.

A una señal del capitán Nemo, uno de sus hombres avanzó y, a algunos pasos de la cruz, comenzó a excavar en el suelo con un pico que sacó de su cinturón.

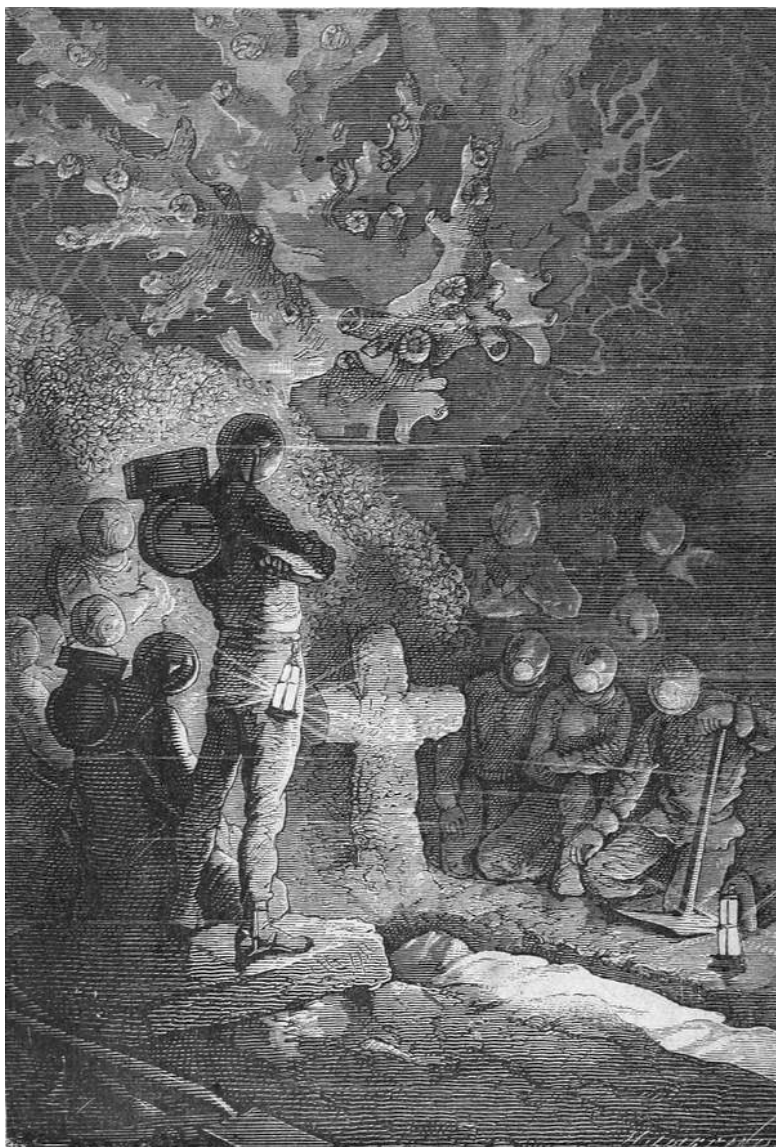
¡Entonces lo comprendí todo! El claro era un cementerio; la fosa, una tumba; el objeto oblongo, el cuerpo del hombre muerto por la noche. El capitán Nemo y los suyos venían a enterrar a su compañero en esa morada común, en el fondo de aquel océano inaccesible.

¡No, jamás había estado mi espíritu sobreexcitado hasta ese extremo! Nunca hasta entonces habían invadido mi cerebro unas ideas más impresionantes. No quería ver lo que estaban viendo mis ojos.

Mientras tanto, lentamente, la sepultura se iba haciendo más profunda. Perturbado el sosiego de su refugio, los peces huían en todas direcciones. Yo oía resonar sobre el suelo calcáreo el hierro del pico, que a veces arrancaba destellos al chocar con algún sílex perdido en el fondo de las aguas. La fosa se iba alargando y ensanchando, y pronto fue lo suficientemente profunda para acoger el cuerpo.

Entonces, los porteadores se aproximaron. El cuerpo, envuelto

en un sudario de biso blanco, descendió a su húmeda tumba. El capitán Nemo, con los brazos cruzados sobre el pecho, y todos los amigos de aquel que los había querido se arrodillaron en actitud de plegaria... Mis dos compañeros y yo nos inclinamos religiosamente.



Todos se arrodillaron en actitud de plegaria

La tumba fue entonces recubierta con los restos extraídos del suelo, que formaron un ligero túmulo.

Hecho esto, el capitán Nemo y sus hombres se volvieron a poner en pie; después, se acercaron a la tumba, hicieron una nueva genuflexión y extendieron sus manos en señal de adiós definitivo...

Entonces, el cortejo fúnebre volvió rumbo al Nautilus, pasando de nuevo bajo los arcos del bosque, en medio de los matorrales, a lo largo de los arbustos de coral y sin dejar de ascender.

Finalmente, apareció el fanal de a bordo. Su estela luminosa nos guio hasta el *Nautilus*. A la una, estábamos de vuelta.

Una vez me mudé de ropa, volví a subir a la plataforma y, presa de terribles ideas obsesivas, fui a sentarme cerca del fanal.

El capitán Nemo se me unió. Me levanté y le dije:

—De modo que, según mis previsiones, ese hombre murió la noche pasada.

—Sí, señor Aronnax —respondió el capitán Nemo.

—¿Y reposa ahora junto a sus compañeros en el cementerio de coral?

—¡Sí, olvidados por todos, pero no por nosotros! Nosotros excavamos la tumba y los pólipos se encargan de sepultar a nuestros muertos para la eternidad.

Ocultándose con las manos crispadas el rostro, en un gesto brusco, el capitán intentó en vano contener un sollozo. Después, añadió:

—Ese es nuestro apacible cementerio, a unos centenares de pies bajo la superficie del mar.

—Al menos, sus muertos reposan tranquilos, capitán, lejos del alcance de los tiburones.

—Sí, señor —respondió gravemente el capitán Nemo—, de los tiburones y de los hombres.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Segunda parte

VINGT MILLE LIEUES
SOUS
LES MERS



DEUXIEME PARTIE

HILDEBRAND. SC.

SEGUNDA
PARTE

I

El océano Índico

Aquí da comienzo la segunda parte de este viaje bajo los mares. La primera concluyó con la conmovedora escena del cementerio de coral, que se ha quedado profundamente grabada en mi ánimo. Así pues, dentro de la inmensidad del mar transcurría por entero la vida del capitán Nemo; ni siquiera había olvidado preparar su tumba en el más impenetrable de sus abismos. Allí, ningún monstruo del océano podría perturbar el último sueño de los huéspedes del *Nautilus*, de aquellos amigos unidos por lazos insolubles, tanto en la muerte como en la vida. «¡Ningún hombre, tampoco!», había añadido el capitán.

¡Una vez más la misma desconfianza, cruel, implacable, hacia la sociedad humana [1]!

A mí ya no me bastaban las hipótesis que satisfacían a Conseil. El buen muchacho persistía en la idea de ver al comandante del *Nautilus* como uno de esos sabios ignorados que responden a la indiferencia de la humanidad con desprecio. Aún más, era para él un genio incomprendido, que, harto de las decepciones en la tierra, había tenido que refugiarse en ese medio inaccesible donde podía dar rienda suelta a sus instintos. Pero, a mi juicio, esta hipótesis solo explicaba una de las caras del capitán Nemo.

En efecto, el misterio de la última noche, durante la cual habíamos permanecido encadenados en la prisión y en el sueño, la precaución tan violenta del capitán de arrebatar-me el catalejo dispuesto a escrutar el horizonte, la herida mortal de aquel hombre debida a un choque inexplicable del *Nautilus*, todo eso me llevaba a encarar el asunto de otra manera. No. El capitán Nemo no se contentaba con huir de los hombres. Su portentosa máquina no servía únicamente a sus instintos de libertad, sino quizás también a los intereses de no sé qué terribles represalias.

En estos momentos, sin embargo, nada me parece claro; a través de estas tinieblas, no me llega sino un leve atisbo de luz, y debo limitarme a escribir, por decirlo de algún modo, al dictado de los hechos.

Por otra parte, nada nos ata al capitán Nemo. Él sabe que es imposible escaparse del *Nautilus*. Ni siquiera hemos aceptado ser prisioneros bajo palabra. Tampoco hemos comprometido nuestra palabra de honor. Tan solo somos cautivos, prisioneros a quienes por una apariencia de cortesía se les da el nombre de huéspedes. De todas maneras, Ned Land no ha renunciado todavía a recuperar su libertad. Es seguro que aprovechará la primera ocasión que el destino le brinde. Yo actuaré como él, sin duda; pero me pesará llevarme lo que la generosidad del capitán nos haya permitido conocer de los misterios del *Nautilus*. Después de todo, ¿hay que odiar a este hombre o admirarlo?, ¿es una víctima o un verdugo? Para ser sincero, antes de abandonarlo para siempre, querría haber dado la vuelta al mundo submarino, cuyos inicios han sido tan magníficos. Querría haber observado la serie completa de las maravillas que atesoran los mares del globo. Querría haber visto lo que ningún hombre ha visto todavía, aun cuando tuviera que pagar con mi vida este insaciable afán de conocimiento. ¿Qué he descubierto hasta ahora? Nada o casi nada, ya que por lo pronto solo hemos recorrido seis mil leguas a través del Pacífico.

No obstante, sé con certeza que el *Nautilus* se aproxima a tierras habitadas y que, si surge alguna oportunidad de salvación, sería cruel sacrificar a mis compañeros por mi pasión por lo desconocido. Tendré que seguirlos, puede que incluso guiarlos. Pero ¿se dará alguna vez esta ocasión? La persona a la que se priva de su libre arbitrio por la fuerza desea una ocasión semejante, mas el sabio, el curioso, la teme.

Aquel día, 21 de enero de 1868, a las doce del mediodía, el segundo vino a tomar la altura del sol. Yo subí a la plataforma, encendí un puro y seguí de cerca la operación. Me parecía evidente que aquel hombre no entendía el francés, ya que en varias ocasiones había hecho yo algunas reflexiones en voz alta que, de haberlas comprendido, deberían haberle arrancado algún signo involuntario de atención, y sin embargo, había permanecido impasible y mudo.

Mientras el segundo realizaba sus observaciones con el sextante, uno de los marineros del *Nautilus*, aquel hombre valiente que nos acompañó en nuestra primera excursión submarina a la isla de Crespo, se acercó a limpiar los cristales del fanal. Entonces, pude examinar la instalación de aquel aparato, cuyos anillos lenticulares, dispuestos como los de los faros, multiplicaban por cien su potencia, además de permitir que se aprovechara al máximo su rendimiento. La lámpara eléctrica estaba fabricada de forma que pudiera dar toda su capacidad de iluminación. Su luz se producía en el vacío, lo que garantizaba su regularidad y su intensidad a la vez. Este vacío servía también para limitar el desgaste de las puntas de grafito entre las que se crea el arco luminoso. Era este un ahorro importante para el capitán Nemo, que no habría podido renovarlas con facilidad. Pero, en esas condiciones, su consunción era casi inapreciable.

Cuando el *Nautilus* se preparaba para reanudar su navegación submarina, volví a bajar al salón. Se cerraron las escotillas y se puso rumbo directamente al oeste.

Entonces, atravesábamos las aguas del océano Índico, vasta llanura líquida con un contenido de quinientos cincuenta millones de hectáreas y cuyas aguas son tan transparentes que provocan vértigo a quien se asoma a su superficie. El *Nautilus* se mantenía, por lo general, entre los doscientos y los trescientos metros de profundidad. Y así transcurrieron algunos días. A cualquier otro que no hubiera sido yo, con mi inmenso amor por el mar, las horas le habrían parecido, sin duda, largas y monótonas; pero los paseos cotidianos por la plataforma, donde me empapaba del aire vivificante del océano, junto con el espectáculo que ofrecían aquellas ricas aguas a través de los cristales del salón, la lectura de los libros de la biblioteca y la redacción de mis notas ocupaban todo mi tiempo y no me concedían ni un momento para la holganza o el tedio.

La salud de todos nosotros se mantenía en un estado muy satisfactorio. El régimen de a bordo nos resultaba perfectamente apropiado y, en lo que a mí se refiere, habría prescindido sin problemas de las variantes que Ned Land, por espíritu de contradicción, se ingeniaba para proponernos. Además, a aquella temperatura constante, ni siquiera había que tener miedo de los

resfriados, que, llegado el caso, podríamos haber combatido con la carne delicada de los pólipos de la madreporaria *Dendrophyllia*, conocida en Provenza con el nombre de «hinojo de mar» y de la que teníamos una pequeña reserva a bordo por ser un excelente remedio contra la tos [2] .

Durante algunos días, vimos una gran cantidad de aves acuáticas, palmípedos y gaviotas de todos tipos. Algunas, certeramente abatidas y preparadas según una receta especial, se convirtieron en platos muy aceptables. Entre los grandes voladores, aves que se desplazan a largas distancias desde cualquier punto de tierra y descansan de la fatiga del vuelo sobre las olas, pude distinguir magníficos albatros, que pertenecen al suborden de las longipenas, con sus gritos discordantes cual rebuznos de asnos. La familia de las pelecaniformes estaba representada por rápidos rabihorcados que pescaban con presteza los peces de la superficie, y por numerosos faetones o rabijuncos, entre otros el rabijunco de cola roja, del tamaño de una paloma y cuyo plumaje es blanco y matizado de tonos rosados, lo que realza el color negro de las alas.



Albatros, rabihorcados y faetones

Las redes del *Nautilus* nos trajeron varios tipos de tortugas marinas del género carey, con el caparazón abombado, cuya concha goza de tanto aprecio. Esos reptiles se sumergen fácilmente y pueden mantenerse bastante tiempo bajo el agua cerrando la válvula carnosa situada en el orificio externo de su canal nasal.

Algunos careyes dormían aún encogidos en su caparazón y al abrigo de los animales marinos cuando fueron capturados. Por lo general, la carne de aquellas tortugas era mediocre, pero sus huevos resultaban un manjar exquisito.

En cuanto a los peces, continuaban despertando nuestra admiración cuando sorprendíamos a través de los paneles abiertos los secretos de su vida acuática. Observé a varias especies que no había podido ver hasta entonces.

Puedo citar, sobre todo, los ostraciónidos o peces cofre, típicos del mar Rojo, del mar de las Indias y de esa parte del océano que baña las costas de la América equinoccial. Esos peces, como las tortugas, los tatúes, los erizos y los crustáceos están protegidos por una coraza que, en realidad, no es ni cretácea ni pétreo, sino auténticamente ósea. Tan pronto adopta la forma de un cuerpo sólido triangular como de un cuerpo sólido cuadrangular. Entre los triangulares, observé algunos de medio decímetro de longitud, de carne sabrosa y sabor exquisito, con la cola pardusca y las aletas amarillas, y cuya aclimatación puedo aconsejar incluso en aguas dulces, a las que, por otra parte, numerosos peces se acostumbran sin ningún inconveniente. Citaré también los ostraciónidos cuadrangulares, con cuatro tubérculos que realizaban sus dorsales; ostraciónidos salpicados de puntos blancos en la parte inferior del cuerpo, que se pueden domesticar como pájaros; chapines, provistos de aguijones formados por la prolongación de su cubierta ósea y a los que por su singular gruñido se les da el nombre de «cerdos marinos», y, después, unos cofres jorobados, especie de dromedarios con grandes gibas en forma de cono, de carne dura y coriácea.

Entre las notas cotidianas redactadas con maestría por Conseil, destacan también algunos peces del género de los tetraodóntidos, típicos de estos mares; tamboriles collaretes de lomo rojo y vientre blanco, que se distinguen por tener tres hileras longitudinales de filamentos; eléctricos, de siete pulgadas de longitud, adornados con los colores más vivos. Además, como muestras de otros géneros, unos ovoides, parecidos a un huevo, de color marrón casi negro, surcados de bandas blancas y que carecen de caudal; diodóntidos, auténticos puercoespines de los mares, provistos de aguijones y capaces de inflarse, formando un globo erizado de dardos; hipocampos, comunes a todos los océanos; pegasos voladores, de

morro alargado, que con sus aletas pectorales, muy amplias y dispuestas en forma de alas, pueden, si no volar, lanzarse al menos a los aires; pegasos de espátula, cuya caudal está cubierta por numerosos anillos con escamas; macrognatos de anchas mandíbulas, excelentes peces de veinticinco centímetros de longitud, que despiden reflejos con los colores más agradables; caliomoros lívidos, cuya cabeza presenta ciertas rugosidades; miríadas de babosas saltadoras, con franjas negras y anchas aletas pectorales, que se deslizaban por la superficie de las aguas a una velocidad prodigiosa; deliciosos histióforos, que pueden izar sus aletas como otras tantas velas desplegadas a las corrientes favorables; kurtos espléndidos, a los que la naturaleza ha vestido de amarillo, azul celeste, plata y oro; tricópteros, cuyas alas están formadas por filamentos; ranúnculos, siempre manchados de légamo, capaces de emitir gruñidos; triglas, cuyo hígado se considera venenoso; peces linterna, que llevan en los ojos una especie de anteojera móvil; por último, unos peces mariposa, con el morro alargado en forma de cerbatana, auténticos papamoscas del océano, armados con un fusil que ni siquiera previeron los Chassepot ni los Remington [3], y capaces de matar a los insectos lanzándoles una simple gota de agua.

Dentro del octogésimo nono género de peces clasificados por Lacépède, perteneciente a la segunda subclase de los óseos, caracterizados por un opérculo y una membrana branquial, distinguí la escorpena, cuya cabeza está tachonada de agujones y que solo posee una aleta dorsal; estos animales están revestidos o privados de pequeñas escamas, según el subgénero al que pertenezcan. El segundo subgénero se nos presentó en forma de peces demonio con franjas amarillentas, de tres a cuatro decímetros de longitud, con una cabeza de aspecto fantástico. En cuanto al primer subgénero, vimos varios especímenes de ese raro pez apodado con razón «pez piedra», que tiene una cabeza enorme, bien hundida por profundas depresiones o bien inflada de protuberancias, erizada de agujones y sembrada de tubérculos, posee unos cuernos irregulares y atroces, su cuerpo y su caudal están recubiertos de callosidades y sus picaduras provocan heridas peligrosas: es repugnante y horrendo [4].

Del 21 al 23 de enero, el *Nautilus* marchó a razón de doscientas cincuenta leguas por día, es decir: quinientas cuarenta millas, o

veintidós millas por hora. Si pudimos reconocer a nuestro paso las diversas variedades de peces, fue porque estos, atraídos por el resplandor eléctrico, buscaban nuestra compañía. La mayoría, distanciados por la velocidad del *Nautilus*, se quedaban rezagados enseguida, aunque algunos conseguían mantenerse durante cierto tiempo en su estela.

El día 24 por la mañana, a

12° 5'

de latitud sur y

94° 33'

de longitud, nos encontramos frente a la isla de Keeling [5], eminencia madreporica plantada de magníficos cocoteros, que fue visitada por el Sr. Darwin y el capitán Fitz-Roy [6]. El *Nautilus* pasó a poca distancia de los acantilados de esta isla desierta. Sus dragas nos trajeron numerosas muestras de pólipos y de equinodermos y curiosas conchas de moluscos. Algunos preciosos ejemplares de la especie de las delfínulas enriquecieron los tesoros del capitán Nemo, a los que añadí una astrea de puntas, especie de pólipo parásito que suele fijarse sobre una concha.

Muy pronto, la isla de Keeling desapareció en el horizonte y entonces el *Nautilus* arrumbó al noroeste, hacia el extremo de la península india.

—Tierras civilizadas —me dijo Ned Land—. Serán mejores que las islas de Papuasias, donde hay más salvajes que corzos. En esta tierra india, profesor, hay carreteras, ferrocarriles, ciudades inglesas, francesas e indias. No haría uno ni cinco millas de viaje sin encontrarse con un compatriota. En fin, ¿no ha llegado el momento de dejar en la estacada al capitán Nemo?

—No, Ned, no —respondí con un tono muy firme—. Mantengamos nuestro rumbo, como dicen ustedes los marinos. El *Nautilus* se está acercando a los continentes habitados. Regresa a Europa, dejemos que nos lleve. Una vez que nos encontremos en nuestras aguas, veremos cómo nos aconseja obrar la prudencia. Además, no creo que el capitán Nemo nos permita ir a cazar en las costas de Malabar o de Coromandel [7] como fue el caso con los bosques de Nueva Guinea.

—¡Muy bien, señor! ¿Y no podemos prescindir de su autorización?

No respondí al canadiense. No quería discutir. En el fondo, mi mayor empeño era aprovechar al máximo lo que me deparase el destino que me había conducido a bordo del *Nautilus*.

A partir de la isla de Keeling, nuestra marcha se volvió por regla general más lenta. También fue más caprichosa, y nos llevó frecuentemente a grandes profundidades. En varias ocasiones, se utilizaron los planos inclinados, que unas palancas interiores podían colocar oblicuamente a la línea de flotación. Así, descendimos hasta dos y tres kilómetros, pero sin llegar jamás a tocar los grandes fondos de ese mar indio que ni siquiera han podido alcanzar las sondas de trece mil metros. En cuanto a la temperatura de las capas bajas, el termómetro indicaba constantemente cuatro grados. Observé que en las capas superiores el agua estaba siempre más fría sobre los grandes fondos que en mar abierto.

El 25 de enero, con el océano absolutamente desierto, el *Nautilus* pasó la jornada en su superficie, batiendo las olas con su poderosa hélice y haciéndolas saltar a gran altura. ¿Cómo no se lo habría tomado por un gigantesco cetáceo, al verlo en esas condiciones? Pasé las tres cuartas partes del día en la plataforma. Miraba el mar. Nada en el horizonte, a no ser, hacia las cuatro de la tarde, un gran vapor que navegaba al oeste en sentido contrario al nuestro. Su arboladura fue visible durante unos instantes, pero no podía distinguir al *Nautilus*, que iba demasiado a flor de agua. Pensé que aquel vapor pertenecía a la línea Peninsular y Oriental, que presta servicio entre la isla de Ceilán y Sídney, con escalas en la punta del Rey Jorge y en Melbourne.

A las cinco de la tarde, antes del rápido crepúsculo que enlaza el día con la noche en las zonas tropicales, Conseil y yo nos quedamos maravillados por un curioso espectáculo.

Se trataba de un encantador animal, cuyo encuentro, según los antiguos, era presagio de buena suerte. Aristóteles, Ateneo, Plinio y Opiano [8] habían estudiado sus costumbres y agotado en sus alabanzas toda la poesía de los sabios de Grecia e Italia. Lo llamaron *nautilus* y *pompylius*. Pero la ciencia moderna no ha ratificado su denominación, y ese molusco ahora es conocido con el nombre de «argonauta».

Quien hubiera consultado a Conseil se habría enterado por boca del buen muchacho de que el tipo de los moluscos se divide en

cinco clases: la primera clase, los cefalópodos, cuyos miembros se presentan, bien desnudos, o bien dotados de concha, comprende dos familias, la de los dibranquiales y la de los tetrabranquiales, que se distinguen por el número de sus branquias; la familia de los dibranquiales comprende tres géneros, el argonauta, el calamar y la sepia, y la familia de los tetrabranquiales no contiene más que uno, el nautilo. Si, después de esta nomenclatura, un espíritu rebelde hubiese confundido al argonauta, que es *acetabulífero*, es decir: portador de ventosas, con el nautilo, que es *tentaculífero*, es decir: provisto de tentáculos, no habría tenido perdón.

Pues bien, por la superficie del océano viajaba un tropel de argonautas que podíamos calcular en varios centenares. Pertenecían a la especie de los argonautas tuberculados, que es característica de los mares de la India.



Los argonautas

Esos graciosos moluscos se desplazaban a reculones por medio de su tubo locomotor y expulsaban por ese tubo el agua que habían aspirado. De sus ocho tentáculos, seis, alargados y delgados, flotaban sobre el agua, mientras que los otros dos, redondeados como un abanico, se tendían al viento formando una vela ligera. Yo

podía distinguir su concha espiraliforme y ondulada, que Cuvier compara justamente a una elegante chalupa. Un auténtico barco, en efecto, que transporta al animal que lo ha segregado sin que esté adherido a él.

—El argonauta es libre de abandonar la concha que lo alberga —dije a Conseil—, mas nunca lo hace.

—Al igual que el capitán Nemo —respondió atinadamente Conseil—. Por eso habría sido mejor que hubiera llamado a su buque el *Argonauta*.

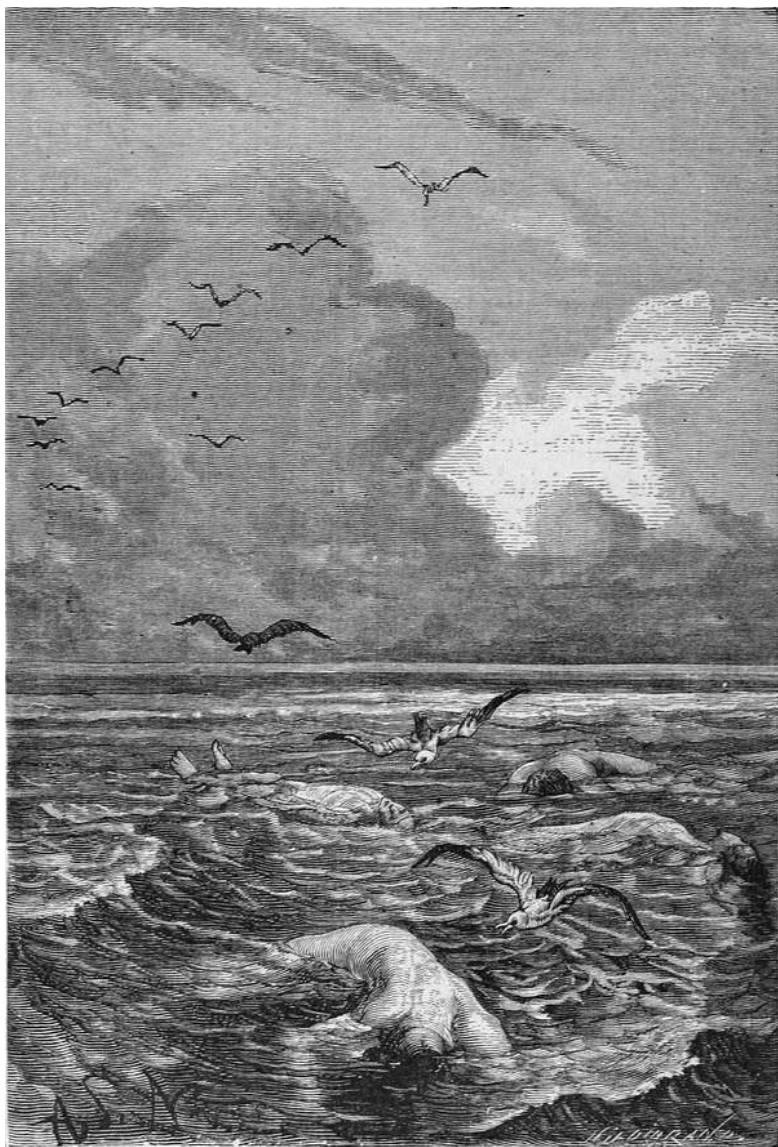
Durante una hora aproximadamente, el *Nautilus* flotó en medio de aquellos centenares de moluscos. Después, no sé qué pánico se apoderó súbitamente de ellos; como si hubieran obedecido a una señal, todas las velas fueron inmediatamente arriadas, los brazos se replegaron, los cuerpos se contrajeron, las conchas, al dar la vuelta, cambiaron su centro de gravedad, y toda la flotilla desapareció bajo la superficie del mar. Fue instantáneo, y nunca se habrá visto buques de una escuadra maniobrar con tanta coordinación.

En aquellos momentos, la noche cayó súbitamente, y las olas, apenas rizadas por la brisa, lamían apaciblemente los flancos del *Nautilus*.

El día siguiente, 26 de enero, atravesamos el ecuador por el meridiano ochenta y dos y entramos en el hemisferio boreal.

Durante aquel día, nos hizo de séquito una impresionante legión de escualos, terribles animales que pululan en esos mares y los hacen extremadamente peligrosos. Eran dormilones toro, de lomo pardo y vientre blancuzco, armados con once filas de dientes; pintarrojas oceladas, que tienen en el cuello una gran mancha negra rodeada por un círculo blanco, semejante a un ojo; pejegatos ajedrezados, con el hocico redondeado y moteado de puntos oscuros. A menudo, esos poderosos animales se abalanzaban contra el cristal del salón con una violencia inquietante. Entonces, Ned Land no podía contenerse. Quería volver a subir a la superficie del mar y arponear a aquellos monstruos, sobre todo a ciertas musolas, cuya boca está claveteada de dientes dispuestos como un mosaico, y a los grandes tiburones acebrados, de cinco metros de longitud, que provocaban a Ned con especial insistencia. Pero el *Nautilus* aumentó su velocidad y dejó fácilmente atrás a los tiburones más rápidos.

El 27 de enero, en las embocaduras del gran golfo de Bengala, nos encontramos varias veces con un siniestro espectáculo: cadáveres que flotaban en la superficie del agua. Eran los muertos de los pueblos indios, arrastrados por el Ganges hasta alta mar, y que los buitres, los únicos sepultureros del país, no habían acabado de devorar. Pero no faltaban escualos para ayudarlos en su macabra tarea.



Los cadáveres flotantes

Hacia las siete de la tarde, el *Nautilus* navegó, a media inmersión, en medio de un mar lechoso. El océano parecía haberse convertido en leche hasta donde alcanzaba la vista. ¿Sería el efecto de los rayos lunares? No, pues la luna, de apenas dos días, estaba aún perdida bajo el horizonte, tras los rayos del sol. Todo el cielo,

pese a estar iluminado por esa irradiación sideral, parecía negro en contraste con la blancura de las aguas.

Conseil no podía dar crédito a lo que veían sus ojos y me preguntaba por las causas de tan singular fenómeno. Afortunadamente, estaba yo en condiciones de responderle.

—Es lo que se llama un mar de leche —le dije yo—. Es una enorme extensión de olas blancas que se ve frecuentemente en las costas de Amboina [9] y en estos parajes.

—Pero —preguntó Conseil—, ¿puede el señor informarme de las causas que producen semejante efecto? ¡Supongo que el agua no se ha transformado en leche!

—No, Conseil, y esta blancura que te sorprende se debe solamente a la presencia de miríadas de infusorios, una especie de diminutas luciérnagas, de aspecto gelatinoso e incoloro, tan gruesas como un cabello y cuya longitud no rebasa la quinta parte de un milímetro. Algunos infusorios se adhieren entre sí en un espacio de varias leguas.

—¡Varias leguas! —exclamó Conseil.

—Sí, muchacho, y no pretendas calcular el número de esos infusorios. No lo conseguirías, pues, si no me equivoco, algunos navegantes han surcado mares de leche durante más de cuarenta millas.

No sé si Conseil tuvo en cuenta mi recomendación, pero pareció sumirse en profundas reflexiones, intentando sin duda evaluar cuántas quintas partes de milímetro caben en cuarenta millas cuadradas [10]. Mientras tanto, yo continuaba observando el fenómeno. Durante varias horas, el *Nautilus* se abrió paso con su espolón a través de las olas blanquecinas y observé que se deslizaba silencioso por el agua jabonosa, como si estuviese flotando en los remolinos de espuma que dejan a veces entre sí las corrientes y contracorrientes de las bahías.

Hacia medianoche, el mar recobró de repente su color normal, pero a popa, y hasta los límites del horizonte, el cielo seguía reflejando la blancura de las olas y durante mucho tiempo pareció estar impregnado de los vagos fulgores de una aurora boreal.

II

Una nueva proposición del capitán Nemo

El 28 de febrero [11], cuando el *Nautilus* emergió al mediodía,
a
9° 4'

de latitud norte, aparecimos frente a una costa que quedaba a ocho millas al oeste. En primer lugar, observé una aglomeración de montañas, de aproximadamente dos mil pies de altitud, modeladas con formas muy caprichosas. Una vez marcada nuestra posición, regresé al salón y, después de que hubieran traspuesto las mediciones a la carta de navegación, reconocí que nos encontrábamos frente a la isla de Ceilán, esa perla que pende del lóbulo inferior de la península Índica.

Fui a buscar en la biblioteca algún libro relativo a la isla, una de las más fértiles del planeta, y precisamente hallé un volumen de Sirr H. C., Esq., titulado *Ceylon and the Cingalese* [12]. Una vez en el salón, tomé nota de la posición de Ceilán, a la que la Antigüedad había denominado con tantos nombres diferentes. Está situada entre
5° 55'

y

9° 49'

de latitud norte, y entre

79° 42'

y

82° 4'

de longitud al este del meridiano de Greenwich. Tiene doscientas setenta y cinco millas de longitud, ciento cincuenta millas de anchura máxima, novecientas millas de perímetro y veinticuatro mil cuatrocientas cuarenta y ocho millas de superficie, es decir, levemente inferior a la de Irlanda.

En esos momentos, aparecieron el capitán Nemo y su segundo.

El capitán echó un vistazo a la carta. Después, dirigiéndose a mí, dijo:

—La isla de Ceilán. Una tierra célebre por sus pesquerías de perlas. ¿Le apetecería visitar una, señor Aronnax?

—Por supuesto, capitán.

—Será cosa fácil, aunque veremos las pesquerías, pero no veremos a los pescadores. La explotación anual no ha empezado todavía, pero no importa. Voy a dar la orden de dirigirnos hacia el golfo de Mannar [13], adonde llegaremos esta noche.

El capitán dirigió unas palabras a su segundo, que salió inmediatamente. El *Nautilus* volvió a sumergirse en su líquido elemento, y el manómetro marcó una profundidad de treinta pies.

Con la carta a la vista, traté de localizar el golfo de Mannar. Comprobé que estaba situado en el noveno paralelo, en la costa noroeste de Ceilán. Estaba formado por una línea alargada de la pequeña isla de Mannar. Para alcanzarlo, era preciso remontar toda la orilla occidental de Ceilán.

—Profesor —me dijo el capitán Nemo—, se pescan perlas en el golfo de Bengala, en el mar de las Indias, en los mares de China y de Japón, en los mares del Sur de América, en el golfo de Panamá y en el golfo de California, pero es en Ceilán donde se obtienen los mejores resultados. Llegamos un poco pronto, es cierto. Los pescadores solo se reúnen en el golfo de Mannar durante el mes de marzo, y allí, a lo largo de treinta días, sus trescientos barcos practican esa lucrativa explotación de los tesoros del mar. Cada barco cuenta con diez remeros y diez pescadores. Estos, divididos en dos grupos, se alternan para bucear y descienden a una profundidad media de doce metros, gracias a una pesada piedra que sujetan entre sus pies y que está atada por una cuerda al barco.

—¿De modo que siguen utilizando ese medio primitivo?

—Así es —me respondió el capitán Nemo—, pese a que las pesquerías pertenecen al pueblo más industrial del globo, los ingleses, a quienes el Tratado de Amiens las cedió en 1802 [14].

—Me parece que la escafandra que usted utiliza sería de gran utilidad en una operación como esa.

—Sí, pues esos pobres pescadores no pueden permanecer mucho tiempo bajo el agua. El inglés Percival, en el relato de su viaje a Ceilán, refiere el caso de un cafre capaz de permanecer cinco

minutos sin subir a la superficie, pero ese hecho me parece poco creíble [15]. Sé que algunos buzos llegan hasta cincuenta y siete segundos, y los más hábiles hasta ochenta y siete; sin embargo, son escasos, y los pobres, al subir a la superficie, expulsan por los oídos y la nariz agua teñida de sangre. Creo que el promedio de tiempo que los pescadores pueden aguantar es de treinta segundos, durante los cuales se apresuran a introducir en una red cuantas madreperlas consiguen arrancar. Por lo general, estos pescadores no llegan a viejos, la vista se les debilita, se les ulceran los ojos y tienen el cuerpo plagado de heridas; a menudo, incluso sufren ataques de apoplejía en el fondo del mar.

—Sí —dije—. Es un oficio penoso y que solo sirve para dar satisfacción a algunos caprichos [16]. Pero, dígame, capitán, ¿qué cantidad de ostras puede pescar un barco en una jornada?

—Entre cuarenta y cincuenta mil, aproximadamente. Incluso se comenta que en 1814, el Gobierno inglés hizo pescar por su propia cuenta y que, en veinte jornadas de trabajo, sus buzos consiguieron setenta y seis millones de ostras.

—Al menos —pregunté—, ¿están suficientemente remunerados esos pescadores?

—Apenas, profesor. En Panamá, solo ganan un dólar por semana. Normalmente, ganan un sol por cada ostra que contenga una perla, pero ¡cuántas pescan que no contienen ninguna!

—¡Un sol a esas pobres gentes que están enriqueciendo a sus amos! ¡Es odioso!

—Así pues, profesor —me dijo el capitán Nemo—, sus compañeros y usted visitarán el banco de Mannar, y si por casualidad algún pescador madrugador se encuentra ya allí, lo veremos trabajar.

—De acuerdo, capitán.

—A propósito, señor Aronnax, imagino que no tendrá usted miedo de los tiburones.

—¿De los tiburones? —exclamé asombrado.

La pregunta me pareció, como mínimo, ociosa.

—¿Qué me dice? —preguntó el capitán Nemo.

—He de confesarle, capitán, que todavía no estoy muy familiarizado con ese tipo de peces.

—Nosotros ya estamos acostumbrados —replicó el capitán Nemo

—, y con el tiempo ustedes también se acostumbrarán. Además, iremos armados y, de paso, quizá podamos cazar algún tiburón. Es una caza interesante. Hasta mañana, profesor... y bien temprano.

Tras haber dicho eso en un tono desenvuelto, el capitán Nemo abandonó el salón.

Si a uno lo invitaran a cazar osos en las montañas de Suiza, diría: «¡Muy bien, mañana iremos a la caza del oso!». Si, por el contrario, lo invitaran a uno a cazar leones en las llanuras del Atlas [17] o tigres en las junglas de la India, diría: «¡Ajá, parece que vamos a cazar leones, o tigres!». Pero si la invitación fuera para cazar tiburones en su elemento natural, quizá pediría uno que lo dejaran reflexionar antes de aceptarla.

Me pasé la mano por la frente, en la que afloraban algunas gotas de sudor frío.

«Reflexionemos —me dije—, y tomémonos nuestro tiempo. Cazar nutrias en los bosques submarinos, como hemos hecho en los bosques de la isla de Crespo, tiene un pase. ¡Pero correr por el fondo de los mares, cuando se está prácticamente seguro de encontrar escualos, es otra cosa! Ya sé yo que en algunos países, en las islas Andamanes sobre todo, los negros no vacilan en atacar a los tiburones con un puñal en una mano y un lazo en la otra, pero también sé que muchos de los que se enfrentan a esos terribles animales no regresan vivos. Además, yo no soy negro y aunque fuera negro no creo que, en este caso, esté fuera de lugar una ligera vacilación por mi parte».

Al punto, comencé a soñar despierto con tiburones, a pensar en esas enormes mandíbulas armadas capaces de partir a un hombre en dos. Empecé incluso a sentir cierto dolor en torno a los riñones. Además, no podía digerir la absoluta frialdad con la que el capitán había hecho su deplorable invitación. ¡Ni que saliéramos a cazar un inofensivo zorro en cualquier bosque!

«Bueno —pensé—, Conseil no querrá venir de ningún modo, y eso me dispensará de acompañar al capitán».

En cuanto a Ned Land, confieso que no me sentía tan seguro de su sensatez. Un peligro, por muy grande que fuera, siempre era un estímulo para su espíritu combativo.

Reanudé mi lectura del libro de Sirr, pero lo hojeaba ya maquinalmente. Entre las líneas veía mandíbulas terriblemente

abiertas.

En esos momentos, entraron Conseil y el canadiense, con aspecto tranquilo e incluso jovial. No sabían lo que les esperaba.

—¡Vaya, señor! —me dijo Ned Land—. Su capitán Nemo (¡que el diablo se lo lleve!) acaba de hacernos una proposición muy amable.

—¡Ah! —exclamé—. Así es que el capitán...

—Que el señor perdone —respondió Conseil—, pero el comandante del *Nautilus* nos acaba de invitar a visitar mañana, en compañía del señor, las magníficas pesquerías de Ceilán. Lo ha hecho en términos excelentes y se ha comportado como un auténtico caballero.

—¿No ha dicho nada más?

—Nada, señor —respondió el canadiense—, sino que también le había hablado a usted de esa excursioncita.

—En efecto —dije yo—. ¿Y no ha dado ningún detalle más sobre...?

—Ninguno, señor naturalista. Pero nos acompañará usted, ¿no es cierto?

—Yo... ¡Sin duda! Veo que le agrada la idea, señor Land.

—Sí, es algo curioso, muy curioso.

—Y peligroso, tal vez —insinué.

—¡Peligroso! —respondió Ned Land—. ¡Una simple excursión a un banco de ostras!

Decididamente, el capitán Nemo había considerado inútil poner sobre aviso a mis compañeros acerca de los tiburones. Yo los miraba preocupado y como si les faltase ya algún miembro. ¿Debía prevenirlos? Sí, por supuesto, pero no veía cómo hacerlo.

—Señor —me dijo Conseil—, ¿podría darnos el señor algún detalle sobre la pesca de las perlas?

—¿Sobre la pesca misma —pregunté yo—, o sobre los incidentes que...?

—Sobre la pesca misma —respondió el canadiense—. Antes de adentrarse en el terreno, es conveniente conocerlo.

—¡Bien! Siéntense, amigos míos, y les diré todo lo que el inglés Sirr acaba de enseñarme a mí mismo.

Ned y Conseil se sentaron en un diván y, de entrada, el canadiense me preguntó:

—Señor, ¿qué es una perla?

—Querido Ned —respondí—, para el poeta la perla es una lágrima del mar; para los orientales, es una gota de rocío solidificada; para las damas, es una joya de forma oblonga, de resplandor hialino, de una materia nacarada, que lucen en los dedos, en el cuello o en la oreja; para el químico, es una mezcla de fosfato y de carbonato de cal con un poco de gelatina y, por último, para el naturalista, es una simple secreción patógena del órgano que produce el nácar en ciertos bivalvos.

—Tipo de los moluscos —dijo Conseil—, clase de los acéfalos, orden de los testáceos.

—Exactamente, sabio Conseil. Ahora bien, entre los testáceos, la oreja de mar iris, las peonzas, las tridacnas y las nacras marinas — en una palabra: todos aquellos moluscos que segregan nácar—, o sea, esa sustancia azul, azulada, violeta o blanca que recubre el interior de sus valvas, son capaces de producir perlas.

—¿Los mejillones también? —preguntó el canadiense.

—Sí, los mejillones de algunos ríos de Escocia, Gales, Irlanda, Sajonia, Bohemia y Francia.

—¡Estupendo! A partir de ahora les prestaremos más atención — respondió el canadiense.

—Pero —repuse— el molusco por excelencia que destila la perla es la ostra perlífera, la *Meleagrina margaritifera*, la preciosa madreperla [18]. La perla no es más que una concreción nacarada que adquiere una forma esferoidal. O bien se adhiere a la concha de la ostra o bien se incrusta entre los pliegues del animal. En las valvas, la perla está adherida, mientras que en las carnes está libre. Pero siempre tiene por núcleo un pequeño cuerpo duro, ya sea un óvulo estéril o un grano de arena, en torno al cual la materia nacarada se va depositando a lo largo de varios años, sucesivamente y por capas delgadas y concéntricas.

—¿Se pueden encontrar varias perlas en una misma ostra? — preguntó Conseil.

—Sí, muchacho. Hay algunas madreperlas que son un auténtico joyero. Se ha hablado incluso de una ostra, aunque me permito ponerlo en duda, que contenía no menos de ciento cincuenta tiburones.

—¡Ciento cincuenta tiburones! —exclamó Ned Land.

—¿He dicho tiburones? —exclamé—. Quiero decir ciento

cincuenta perlas. Tiburones no tendría ningún sentido.

—Así es —dijo Conseil—. ¿Nos puede explicar ahora el señor por qué medios se extraen esas perlas?

—Se procede de varias maneras: a menudo, cuando las perlas están adheridas a las valvas, los pescadores las arrancan con pinzas, pero lo más normal es extender las madreperlas en esteras de esparto que cubren la orilla. Así, mueren al aire libre, y, al cabo de diez días, se encuentran en un estado de putrefacción satisfactorio. Entonces las sumergen en grandes depósitos de agua marina, después las abren y las lavan. En ese momento comienza el doble trabajo de los extractores de perlas. En primer lugar, separan las placas de nácar conocidas en el comercio con los nombres de *franca plateada*, *bastarda blanca* y *bastarda negra*, que se entregan por cajas de ciento veinticinco a ciento treinta kilogramos. Luego, extraen el parénquima de la ostra, lo hierven y lo tamizan para extraer hasta las perlas más pequeñas.

—¿El precio de las perlas varía según su tamaño? —preguntó Conseil.

—No solamente según su tamaño —respondí—, sino también según su forma, según sus aguas, es decir, el color, y según su oriente, es decir, ese brillo tornasolado y esmaltado que las hace parecer tan encantadoras a la vista. Las perlas más preciosas son llamadas perlas vírgenes o parangones: se forman aisladamente en el tejido del molusco, son blancas, a menudo opacas, pero a veces tienen una transparencia opalina y comúnmente son esféricas o piriformes. Las esféricas se utilizan para hacer pulseras, mientras que con las piriformes se hacen pendientes, y como son las más hermosas, se venden por unidades. Las restantes son perlas adheridas a la concha de la ostra, y dado que son más irregulares se venden al peso. Por último, a una categoría inferior pertenecen las perlas de menor tamaño, conocidas con los nombres de «simiente», «grano de perla» o «aljófar»; se venden según sus dimensiones y sirven sobre todo para confeccionar los adornos en los paramentos eclesiásticos.

—Pero el trabajo de separar las perlas según su tamaño ha de ser largo y difícil —dijo el canadiense.

—No, amigo mío. Ese trabajo se hace por medio de once tamices o cribas que tienen un número variable de agujeros. Las perlas que

quedan en los tamices de entre veinte y ochenta agujeros son de primer orden. Las que no se escapan de las cribas de cien a ochocientos agujeros son de segundo orden. Por último, las perlas para las que se emplean los cedazos de novecientos a mil agujeros forman el aljófar.

—Es ingenioso —dijo Conseil—. Y veo que la división y clasificación de las perlas se realiza de manera mecánica. ¿Podría el señor indicarnos qué beneficios se obtienen de la explotación de los bancos de ostras perlíferas?

—Si nos atenemos al libro de Sirr —respondí—, las pesquerías de Ceilán están arrendadas por una cifra anual de tres millones de escualos.

—¡De francos! —repuso Conseil.

—¡Sí, de francos! Tres millones de francos —rectifiqué—. Pero creo que esas pesquerías no producen más que en otras ocasiones. Lo mismo ocurre con las pesquerías americanas, que, en el reinado de Carlos V [19], producían cuatro millones de francos, aunque en la actualidad se han visto mermados a sus dos terceras partes. En definitiva, se puede calcular en nueve millones de francos el rendimiento general de la explotación de las perlas.

—Pero —preguntó Conseil—, ¿no se habla de algunas perlas célebres cuya cotización ha alcanzado precios elevadísimos?

—Sí, muchacho. Se cuenta que César regaló a Servilia una perla valorada en ciento veinte mil francos de nuestra época [20].

—Incluso he oído comentar —dijo el canadiense— que cierta dama de la Antigüedad bebía perlas en vinagre.

—Cleopatra [21] —dijo Conseil.

—Ese brebaje debía de tener mal sabor —añadió Ned Land.

—Detestable, amigo Ned —respondió Conseil—; pero un vasito de vinagre que cuesta un millón ciento cincuenta mil francos no está mal de precio.

—Lamento no haberme casado con esa dama —dijo el canadiense, moviendo su brazo de modo poco tranquilizador.

—¡Ned Land, marido de Cleopatra! —exclamó Conseil.

—Pues yo he estado a punto de casarme, Conseil —replicó seriamente el canadiense—, y no tengo la culpa de que el asunto no saliera bien. Incluso había comprado un collar de perlas a Kat Tender, mi prometida, que, encima, se casó con otro [22]. Aquel

collar no me había costado más de un dólar y medio, y sin embargo —espero que el señor profesor me crea— las perlas que lo componían no habrían pasado por el tamiz de veinte agujeros.

—Mi buen Ned —respondí yo riendo—, eran perlas artificiales, simples glóbulos de vidrio impregnados en su interior de esencia de Oriente.

—¡Eh! Esa esencia de Oriente —respondió el canadiense— debe de ser cara.

—Tan cara como nada. No es más que el albetó, la sustancia plateada de las escamas del alburno, recogida en el agua y conservada en amoníaco. No tiene ningún valor.

—Será por eso, tal vez, por lo que Kat Tender se casó con otro —respondió filosóficamente Ned Land.

—Volviendo a las perlas de precio elevado, no creo que ningún soberano haya llegado jamás a poseer una superior a la del capitán Nemo.

—Esta —dijo Conseil, mostrando la magnífica joya guardada en su vitrina.

—Seguramente no me equivoco si calculo su valor en dos millones de...

—¡Francos! —exclamó Conseil.

—Sí —dije—. Dos millones de francos, y el único trabajo del capitán habrá sido el de recogerla.

—¡Eh! —exclamó Ned Land—. ¿Quién nos dice que mañana, durante nuestro paseo, no nos encontraremos con su pareja?

—¡Bah! —exclamó Conseil.

—¿Y por qué no?

—¿Para qué nos servirían los millones a bordo del *Nautilus*?

—A bordo, para nada —dijo Ned Land—, pero en otro sitio...

—¡Oh, en otro sitio! —dijo Conseil sacudiendo la cabeza.

—En realidad —dije—, Ned Land tiene razón. Si alguna vez lleváramos a Europa o a América una perla de varios millones, por lo menos serviría para darle una gran credibilidad y, al mismo tiempo, un gran precio al relato de nuestras aventuras.

—Ya lo creo —dijo el canadiense.

—Pero —dijo Conseil, que siempre se decantaba del lado instructivo de las cosas—, ¿no es peligrosa la pesca de las perlas?

—No —respondí firmemente—, sobre todo si se adoptan ciertas

precauciones.

—¿Qué peligros tiene este oficio? —dijo Ned Land—. Como no sea tragar un poco de agua salada...

—Exactamente, como usted dice, Ned. A propósito —dije yo, intentando utilizar el tono desenvuelto del capitán Nemo—, ¿no tiene usted miedo de los tiburones, Ned?

—¡Yo! —respondió el canadiense—. ¡Un arponero profesional! ¡Mi trabajo es burlarme de ellos!

—No se trata —dije— de pescarlos con un arpón, izarlos al puente del buque, cortarles la cola a hachazos, abrirles el vientre, arrancarles el corazón y lanzarlo al mar.

—Entonces, ¿se trata de...?

—Sí, precisamente.

—¿En el agua?

—En el agua.

—¡La verdad es que con un buen arpón...! ¿Sabe usted, señor? Esos tiburones son unos animales bastante mal hechos. Tienen que dar un giro sobre el vientre para hincarle a uno los dientes, y mientras tanto...

Ned Land tenía una manera de decir «hincarle a uno los dientes» que me provocaba escalofríos.

—Bien, y tú Conseil, ¿qué piensas de esos escualos?

—Yo —dijo Conseil— seré franco con el señor.

«Menos mal», pensé.

—Si el señor se enfrenta a los tiburones —dijo Conseil—, no veo por qué razón su fiel criado no les iba a hacer frente con él.

III

Una perla de diez millones

Llegó la noche. Me acosté. Dormí bastante mal. Los escualos desempeñaron un papel importante en mis sueños, y me pareció muy justa y muy injusta al mismo tiempo esa etimología que se atribuye al término francés para designar al tiburón, *requin*, según la cual procede de la palabra *réquiem* [23].

Al día siguiente, a las cuatro de la mañana, me despertó el *steward* que el capitán Nemo había puesto especialmente a mi servicio. Me levanté rápidamente, me vestí y pasé al salón.

El capitán Nemo me esperaba allí.

—Señor Aronnax —me dijo—, ¿está usted listo para salir?

—Estoy listo.

—Sígame, por favor.

—¿Y mis compañeros, capitán?

—Ya están preparados y nos esperan.

—¿No nos vamos a poner las escafandras? —pregunté.

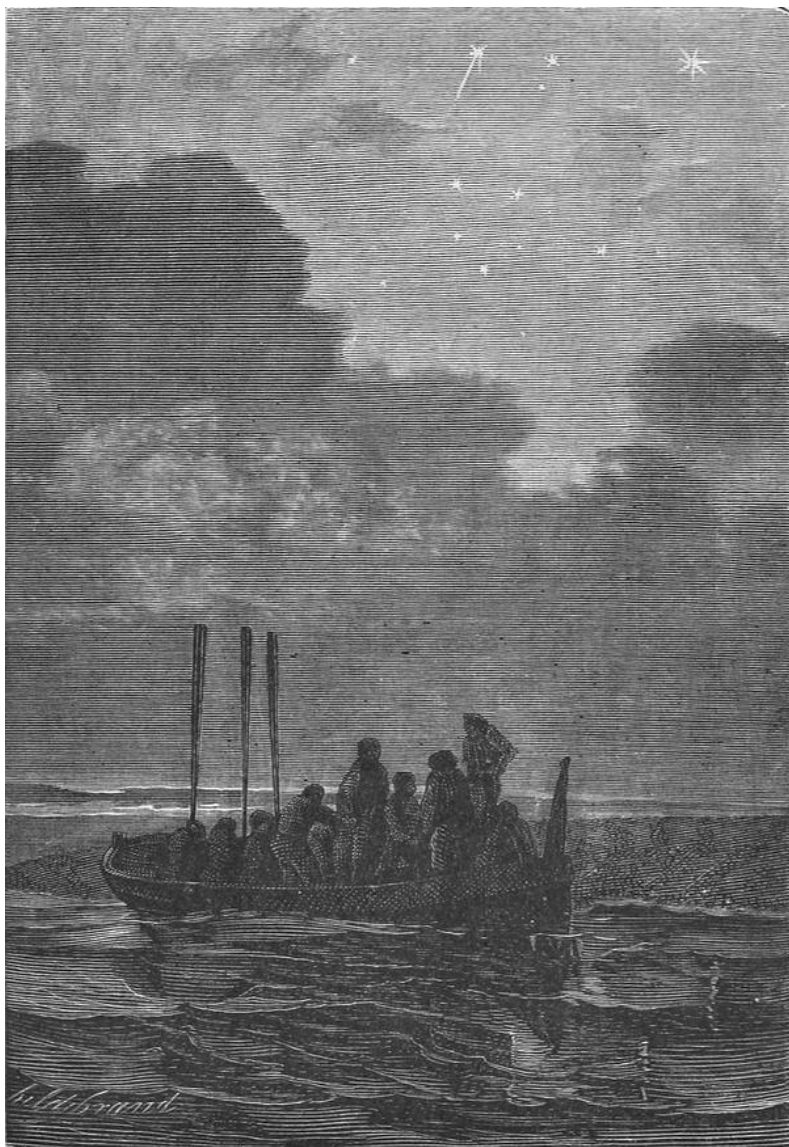
—Todavía no. No he dejado que el *Nautilus* se aproximara demasiado a la costa, y nos encontramos a bastante distancia del banco de Mannar; pero he ordenado que preparen el bote para que nos deje en el punto exacto de desembarco, así nos ahorraremos un trayecto bastante largo. Lleva nuestros equipos de buceo, que nos pondremos en el momento en que dé comienzo la expedición submarina.

El capitán Nemo me condujo a la escalera central, cuyos peldaños desembocaban en la plataforma. Ned y Conseil ya estaban allí, encantados con la «partida de caza» que se preparaba. Cinco marineros del *Nautilus* nos esperaban en el bote, abozado contra el borde y con los remos armados.

Aún era noche cerrada. Unas masas nubosas cubrían el cielo y apenas dejaban ver unas estrellas. Yo dirigía mi mirada hacia tierra,

pero no veía más que una línea difusa que ocultaba las tres cuartas partes del horizonte, del sudoeste al noroeste. El *Nautilus*, que había costeado durante la noche el litoral occidental de Ceilán, se encontraba al oeste de la bahía o, mejor dicho, de ese golfo formado por la tierra y la isla de Mannar. Bajo las aguas sombrías, se extendía el banco de madreperlas, cuya extensión rebasa las veinte millas, un campo de perlas inagotable.

El capitán Nemo, Conseil, Ned Land y yo tomamos asiento en la popa del bote. El patrón de la embarcación se puso al timón; sus cuatro compañeros empujaron con los remos, se largó la boza y desbordamos.



Tomamos asiento en la popa del bote

El bote se dirigió hacia el sur. Los remeros no se apresuraban. Observé que sus bogadas, que calaban vigorosamente en el agua, se sucedían de diez en diez segundos, conforme al método generalmente usado en las marinas de guerra. Mientras la embarcación corría con su arrancada, las gotitas líquidas golpeaban

el fondo negro de las aguas, crepitando como virutas de plomo fundido. El ligero oleaje procedente de mar abierto imprimía al bote un suave balanceo, mientras que las crestas de las olas salpicaban a proa.

Permanecíamos en silencio. ¿En qué pensaba el capitán Nemo? Quizá en la tierra a la que se aproximaba, que le parecía demasiado cercana, contrariamente a la opinión del canadiense, a quien le parecía demasiado alejada. Conseil iba como un simple curioso.

Hacia las cinco y media, los primeros albores en el horizonte dibujaron más nítidamente la línea superior de la costa. Era bastante llana al este y se elevaba un poco hacia el sur. Cinco millas nos separaban todavía de ella, y la orilla se confundía con las aguas brumosas. Entre la tierra y nosotros, el mar estaba desierto. Ni un barco, ni un buzo. Reinaba una profunda soledad en el lugar en que se daban cita los pescadores de perlas. Tal como el capitán Nemo me había anunciado, llegábamos a esos parajes con un mes de antelación.

A las seis, se hizo de día súbitamente, con esa rapidez característica de las regiones tropicales, que no conocen ni la aurora ni el crepúsculo. Los rayos solares atravesaron la cortina de nubes amontonadas en el horizonte oriental, y el astro radiante ascendió rápidamente.

Vi claramente la tierra, con algunos árboles diseminados por acá y por allá.

El bote avanzó hasta la isla de Mannar, cuyo perfil se redondeaba por el sur. El capitán Nemo se había levantado de su banco y observaba el mar.

A una señal suya, se largó el ancla, y la cadena apenas corrió, pues el fondo no distaba más de un metro y formaba en ese lugar uno de los puntos más elevados del banco de madreperlas. Al mismo tiempo, el bote borneó por el empuje del reflujo que llevaba a mar abierto.

—Ya hemos llegado, señor Aronnax —dijo entonces el capitán Nemo—. Mire usted esta bahía recogida. Aquí mismo, dentro de un mes se reunirán los numerosos pesqueros de los armadores, y en estas mismas aguas se sumergirán sus buzos para escudriñarlas audazmente. Afortunadamente, esta bahía es idónea para ese tipo de pesca. Queda al abrigo de los vientos más fuertes y el mar no

está nunca demasiado agitado, lo que favorece el trabajo de los buzos. Ahora, vamos a ponernos las escafandras y empezaremos nuestra expedición.

Yo no respondí nada y, mientras miraba aquellas aguas sospechosas, comencé a enfundarme mi pesado traje de buzo con la ayuda de los marineros. El capitán Nemo y mis dos compañeros también se vestían. En aquella nueva excursión, no iba a acompañarnos ningún hombre del *Nautilus*.

Inmediatamente, los trajes de goma nos aprisionaron hasta el cuello, y unos tirantes fijaron en nuestra espalda los aparatos de aire. Sin embargo, no llevábamos aparatos Ruhmkorff. Antes de introducir la cabeza en la esfera de cobre, se lo hice observar al capitán.

—Esos aparatos no servirían de nada —me respondió el capitán—. No iremos a grandes profundidades, y los rayos solares bastarán para iluminar nuestra marcha. Además, tampoco es prudente llevar bajo estas aguas una linterna eléctrica. Su luz podría atraer inopinadamente a algún peligroso habitante de estos parajes.

Mientras el capitán Nemo pronunciaba esas palabras, me volví hacia Conseil y Ned Land, pero mis dos amigos ya se habían puesto la esfera metálica y no podían ni oír ni responder.

Solo me quedaba una última pregunta que dirigir al capitán Nemo:

—¿Y nuestras armas, nuestros fusiles?

—¿Fusiles, para qué? ¿No atacan los cazadores de su tierra a los osos con un puñal en la mano? ¿No es más seguro el acero que el plomo? Aquí tiene un cuchillo de hoja sólida, póngaselo en el cinturón y en marcha.

Miré a mis compañeros. Estaban armados como nosotros; además, Ned Land empuñaba un enorme arpón que había colocado en el bote antes de dejar el *Nautilus*.



Ned Land empuñaba un enorme arpón

Después, siguiendo el ejemplo del capitán, me dejé poner la pesada esfera de cobre, y al punto nuestras botellas de aire comenzaron a funcionar.

Un instante después, los marineros del bote nos desembarcaron uno a uno y pisamos un fondo de arena compacta, que estaba a un

metro y medio de profundidad. El capitán Nemo nos hizo una señal con la mano. Lo seguimos y, descendiendo por una suave pendiente, desaparecimos bajo las aguas.

Allí, me abandonaron las ideas que obsesionaban mi cerebro. De nuevo me sentía sorprendentemente tranquilo. La facilidad de mis movimientos hizo que aumentara mi confianza, y lo extraño del espectáculo cautivó mi imaginación.

El sol enviaba ya bajo las aguas una claridad suficiente, con lo que eran visibles los más insignificantes objetos. Tras diez minutos de caminata, nos encontrábamos a cinco metros de profundidad, y poco a poco el terreno pasaba a ser llano.

A nuestro paso, como si fueran bandadas de agachadizas en una laguna, se levantaban curiosos grupos de peces del género de los monópteros, cuyos especímenes no tienen más aleta que la caudal. Reconocí al javanés, auténtica serpiente de ocho decímetros de longitud, con el vientre lívido, que se podría confundir fácilmente con el congrio sin las líneas de oro de sus flancos. Dentro del género de los estromateidos, cuyo cuerpo es muy comprimido y oval, observé unas palometas pámpanos de colores resplandecientes, que llevan como una especie de hoz su aleta dorsal, peces comestibles que, secos y escabechados, forman un manjar exquisito, conocido con el nombre de *karawade*; después, unos aspidoforoides de Tranquebar, pertenecientes a la familia de los agónidos [24], cuyo cuerpo está recubierto por una coraza de escamas de ocho franjas longitudinales.

La elevación progresiva del sol iluminaba cada vez más la masa de las aguas. El suelo se iba transformando paulatinamente. A la fina arena, sucedía una auténtica calzada de rocas redondeadas, recubiertas de una alfombra de moluscos y de zoófitos. Entre las muestras de esos dos tipos pude observar placunas de valvas delgadas y desiguales, especie de ostráceos que viven en el mar Rojo y en el océano Índico en particular; lucinas anaranjadas de concha orbicular; terebelos subulados; algunas de esas púrpuras pérsicas que proporcionaban al *Nautilus* unos tintes sin igual; múrices de quince centímetros de longitud [25], que se alzaban bajo las olas como manos dispuestas a abrazarle a uno; turbinelas corníferas, erizadas de espinas; lóculas hialinas; anatinas, conchas comestibles que surten los mercados del Indostán; pelagias

panópiras, ligeramente luminosas; y, por último, admirables oculinas flabeliformes, magníficos abanicos que forman una de las más ricas arborizaciones de esos mares.

En medio de aquellas plantas vivas y bajo las bóvedas de hidrófitos, corrían torpes legiones de articulados, sobre todo: raninas dentadas, con su caparazón que se asemeja a un triángulo abombado; birgos, que son característicos de esos parajes, y horribles parténopes, cuyo aspecto repugnaba a la vista. Varias veces vi otro animal no menos horrendo, que ya había sido observado por el Sr. Darwin: se trataba de ese enorme cangrejo ladrón al que la naturaleza ha dotado con el instinto y la fuerza necesarios para alimentarse de nuez de coco: trepa a los árboles de la orilla, derriba la nuez de coco, que se raja al chocar con el suelo, y la abre con sus poderosas pinzas [26]. Allí, bajo aquellas aguas claras, el cangrejo corría con una agilidad inigualable, mientras que unas tortugas verdes, quelonios de una especie que abunda en las costas de Malabar, se desplazaban lentamente entre las rocas quebrantadas.

Hacia las siete, empezamos por fin a recorrer el banco de madreperlas, en el que las ostras perlíferas se reproducen por millones. Estos preciosos moluscos estaban fuertemente adheridos a las rocas gracias a su bisco de color pardo, que no les permite desplazarse [27]. Por ello, estas ostras son inferiores a los mejillones, a los que la naturaleza no ha negado toda facultad de locomoción.

La ostra *meleagrina*, la madreperla por antonomasia, cuyas valvas son más o menos iguales, presenta una forma de concha redondeada, de gruesas valvas, muy rugosas en el exterior. Algunas de esas conchas estaban formadas por varias láminas y surcadas por bandas verduscas que irradiaban desde su ápice. Se trataba de ostras jóvenes. Las demás, de superficie áspera y negra, y más de diez años, medían hasta quince centímetros de anchura.

El capitán Nemo me señaló ese prodigioso amontonamiento de madreperlas, y entonces comprendí que aquella mina era verdaderamente inagotable, pues la fuerza creadora de la naturaleza predomina sobre el instinto destructor del hombre. Ned Land, fiel a ese instinto [28], se apresuraba en llenar con los más bellos moluscos una red que llevaba consigo.

Pero no nos podíamos detener. Teníamos que seguir al capitán, que parecía dirigirse por senderos conocidos solamente por él. El suelo ascendía sensiblemente, y a veces, al alzar mi brazo, este sobresalía de la superficie del mar. A continuación, el nivel del banco se volvía a inclinar descendiendo caprichosamente. A menudo girábamos en torno a rocas dispuestas en forma de pirámides. En sus oscuras anfractuosidades, grandes crustáceos firmes sobre sus largas patas como máquinas de guerra nos miraban con sus ojos fijos, y bajo nuestros pies pululaban miriánidos, gliceras, aricias y anélidos, que extendían desmesuradamente sus antenas y sus cirros tentaculares.

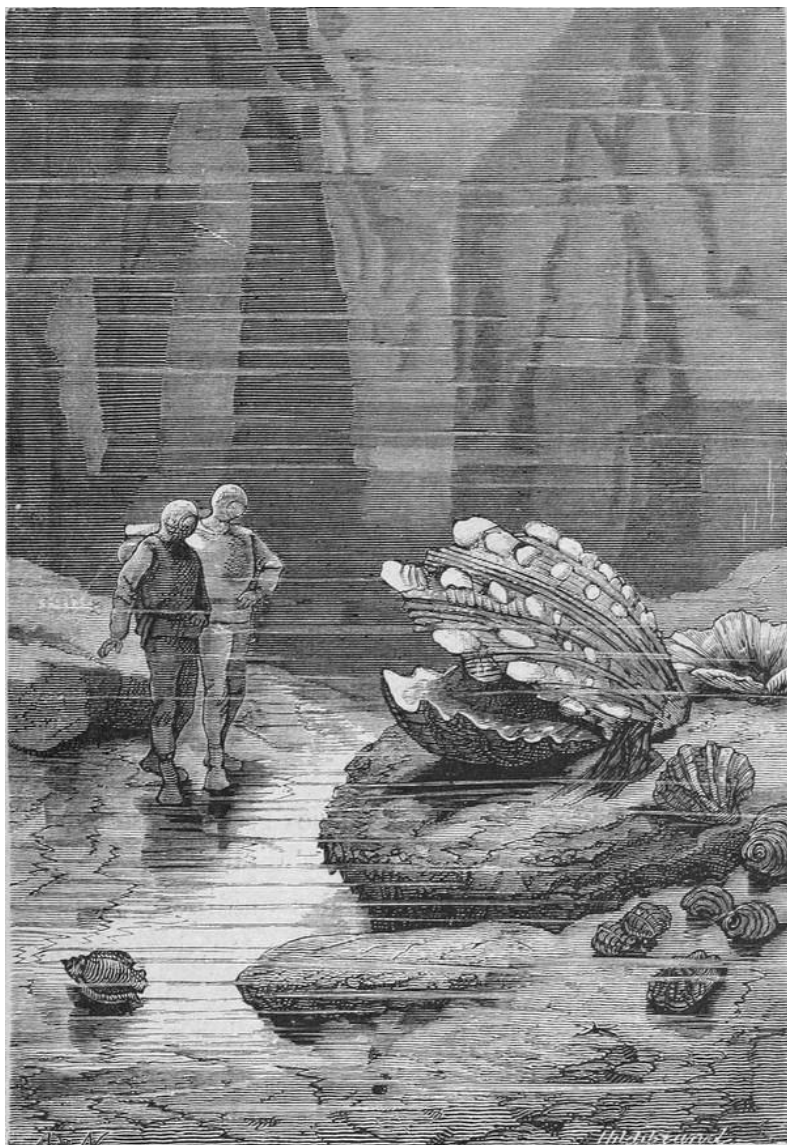
En aquel momento, se abrió a nuestros pasos una enorme gruta, excavada en un pintoresco bloque de rocas tapizadas con lo más selecto de la flora submarina. Al principio, la gruta me pareció profundamente oscura. Los rayos solares parecían apagarse por degradaciones sucesivas. Su tenue transparencia ya no era más que luz ahogada.

El capitán Nemo entró y nosotros lo seguimos. Mis ojos se acostumbraron inmediatamente a esas relativas tinieblas. Distinguí los arranques, tan caprichosamente contorneados, de las bóvedas, aguantadas por pilares naturales, en gran medida apoyados sobre su base granítica como las pesadas columnas de la arquitectura toscana. ¿Por qué nos llevaba nuestro incomprensible guía al fondo de aquella cripta submarina? Pronto iba a conocer la respuesta.

Tras haber descendido por una pendiente bastante pronunciada, nuestros pies tocaron el fondo de una especie de pozo circular. Allí, el capitán Nemo se detuvo y nos indicó un objeto del que yo todavía no me había dado cuenta.

Era una ostra de dimensiones extraordinarias, una tridacna gigantesca, una pila de agua bendita que podría haber contenido un lago de agua, un pilón de más de dos metros de anchura, y por tanto más grande que la que decoraba el salón del *Nautilus*.

Me acerqué a aquel molusco fenomenal. Estaba adherido mediante el biso a una especie de mesa de granito, y allí crecía aisladamente en las aguas calmas de la gruta. Calculé que el peso de la tridacna sería de trescientos kilogramos. Ahora bien, visto que tales ostras contienen quince kilos de carne, sería necesario el estómago de un Gargantúa [29] para consumir unas docenas.



Me acerqué a aquel molusco fenomenal

Evidentemente, el capitán Nemo conocía la existencia de aquel bivalvo. No era la primera vez que lo visitaba, y yo pensé que al llevarnos a aquel lugar solamente quería mostrarnos una curiosidad natural. Me equivocaba. El capitán Nemo tenía especial interés en comprobar el actual estado de la tridacna.

Las dos valvas del molusco estaban entreabiertas. El capitán se aproximó e introdujo su puñal entre las conchas para impedir que se cerraran; después, con la mano, levantó la túnica membranosa y con franjas en los bordes, que formaba el manto del animal.

Entre los pliegues foliáceos, vi una perla libre cuyo tamaño era como el de una nuez de coco. Su forma esferoidal, su perfecta limpidez y su oriente admirable la convertían en una joya de precio incalculable. Llevado por la curiosidad, extendí la mano para cogerla, palparla, sopesarla. Pero el capitán me detuvo, hizo un signo negativo, y, retirando su puñal con un rápido movimiento, dejó que las dos valvas se cerraran súbitamente.

Entonces comprendí qué pretendía el capitán Nemo. Al dejar la perla oculta bajo el manto de la tridacna, le permitía que creciera lentamente. Cada año, la secreción del molusco añadía nuevas capas concéntricas. Únicamente el capitán conocía la gruta donde «maduraba» aquel admirable fruto de la naturaleza; únicamente él lo criaba, de modo que algún día lo transportaría a su precioso museo. Quizá, siguiendo el ejemplo de los chinos y los indios, incluso había provocado la producción de la perla introduciendo en los pliegues del molusco algún trozo de vidrio y de metal, que poco a poco se había ido recubriendo de la sustancia nacarada. En cualquier caso, comparando aquella perla con las que yo conocía ya, con las que brillaban en la colección del capitán, calculé su valor en diez millones de francos por lo menos. Maravillosa curiosidad natural y no joya de lujo, pues no sé qué orejas femeninas la habrían podido aguantar.

La visita a la opulenta tridacna había concluido. El capitán Nemo abandonó la gruta y volvimos a remontar hasta el banco de madreperlas, en medio de unas aguas cristalinas que el trabajo de los buzos no enturbiaba todavía.

Cada uno caminaba aisladamente, como auténticos vagabundos, deteniéndose o alejándose según le placía. A mí no me preocupaban ya los peligros que mi imaginación había exagerado tan ridículamente. El fondo submarino se aproximaba sensiblemente a la superficie del mar, y en un momento mi cabeza rebasó el nivel del océano. Conseil se me acercó y, pegando su grueso casco al mío, me hizo con los ojos un saludo amistoso. Pero esa especie de mesetilla no medía más de unas toesas y pronto volvimos a

sumergirnos en nuestro elemento. Ahora creo tener el derecho de calificarlo así.

Diez minutos después, el capitán Nemo se detuvo de repente. Creí que lo hacía para volver sobre sus pasos. No. Con un gesto, nos ordenó que nos acurrucáramos a su lado en el fondo de una ancha anfractuosidad. Su mano se dirigió hacia un punto de la masa líquida y yo miré atentamente.

A cinco metros de mí, una sombra apareció y descendió hasta el fondo. La inquietante idea de los tiburones atravesó mi mente. Pero me equivocaba, y por esta vez, no teníamos que vérnoslas con los monstruos del océano.

Se trataba de un hombre, un hombre vivo, un indio, un negro, un pescador, un pobre diablo, sin duda, que venía a rebuscar antes de la cosecha. Vi la quilla de su bote, anclado a unos pies por encima de su cabeza. Se sumergía y volvía a emerger, sucesivamente. Sujetaba con los pies una piedra tallada en forma de pan de azúcar y atada al bote por un cabo, con lo que alcanzaba más rápidamente el fondo del mar. Esos eran todos sus pertrechos. Llegado al suelo, a cinco metros de profundidad aproximadamente, se arrodillaba con rapidez y llenaba su saco de madreperlas recogidas al azar. Después, volvía a subir, vaciaba su saco, recogía la piedra y comenzaba de nuevo su operación, que no duraba más de treinta segundos.

El buzo no nos podía ver. La sombra de la roca nos sustraía a su mirada. Y, además, ¿cómo iba a suponer ese pobre indio que unos hombres, unos seres semejantes a él, podían estar allí, bajo las aguas, espiando los movimientos, sin perder ningún detalle de su pesca?

Varias veces, volvió a emerger así y a sumergirse. No podía llevar más de una decena de madreperlas en cada inmersión, pues era menester arrancarlas del banco al que estaban adheridas por su poderoso bisco. ¡Pero cuántas ostras carecían de las perlas por las que arriesgaba su vida!

Yo lo observaba con profunda atención. Realizaba su maniobra con regularidad, y durante una media hora, no pareció amenazarlo ningún peligro. Ya me estaba familiarizando con el espectáculo de aquella pesca interesante, cuando, de repente, en un momento en que el indio estaba arrodillado en el fondo marino, lo vi hacer un

gesto de terror, incorporarse y tomar impulso para volver a la superficie del mar.

Entonces comprendí su pánico. Una sombra gigantesca apareció por encima del desgraciado pescador. ¡Era un tiburón de gran tamaño, que avanzaba transversalmente, con los ojos encendidos y las mandíbulas abiertas!

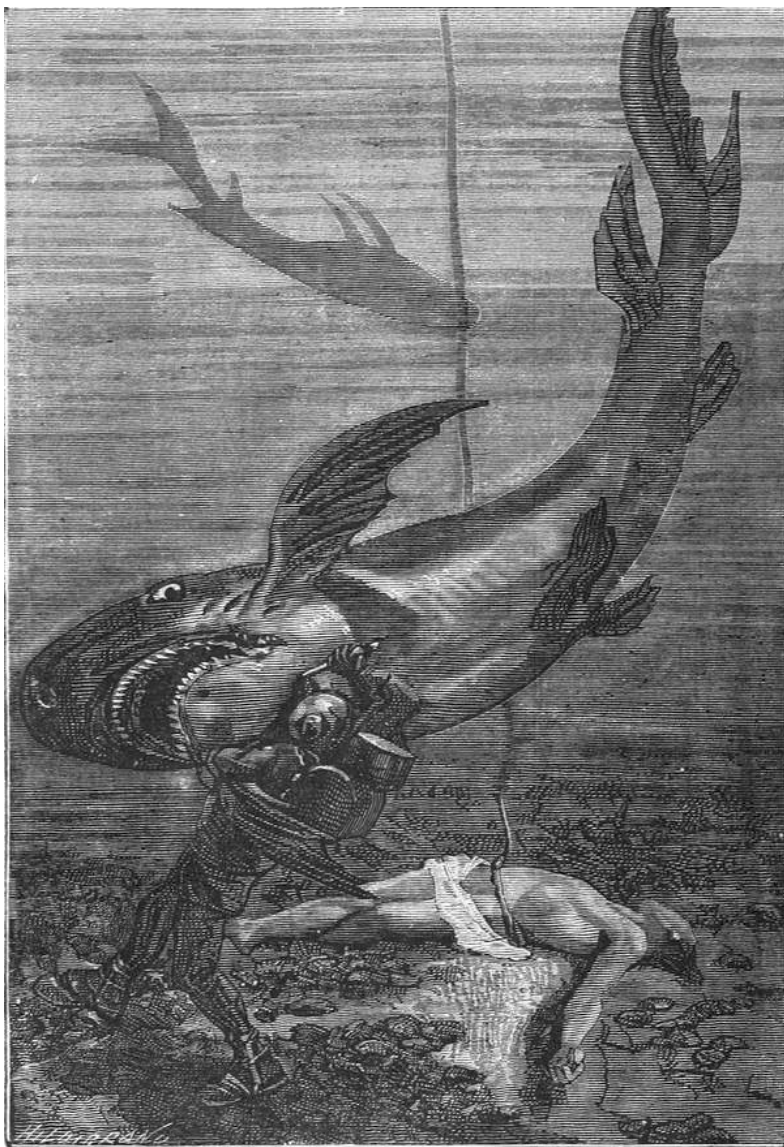
Enmudecí de terror; era incapaz de hacer un movimiento.

Con un vigoroso movimiento de su aleta, el voraz animal se lanzó hacia el indio, este se echó de lado y evitó que el tiburón le clavara los dientes, pero no la sacudida de su cola, que, tras golpearlo en el pecho, lo tiró al fondo.

Esta escena había durado apenas unos segundos. El tiburón volvió y girándose sobre su lomo se disponía a partir al indio en dos, cuando sentí que el capitán Nemo, apostado junto a mí, se levantaba súbitamente. Después, con el puñal en la mano, se dirigió derecho hacia el monstruo, dispuesto a luchar cuerpo a cuerpo contra él.

El escualo, en el momento en que iba a clavar los dientes en el infortunado pescador, vio a su nuevo adversario y, girándose sobre el vientre, se dirigió rápidamente hacia él.

Todavía puedo ver el gesto del capitán Nemo. Replegado sobre sí mismo, aguardaba con admirable sangre fría al terrible escualo, y cuando este se abalanzó sobre él, el capitán, echándose a un lado con prodigiosa velocidad, evitó el choque y le hundió su puñal en el vientre. Pero no estaba todo dicho. Entonces se fraguó un terrible combate.



Se fraguó un terrible combate

Por expresarlo gráficamente, el tiburón rugía. La sangre manaba a borbotones de sus heridas, el mar se iba tiñendo de rojo y, a través de ese líquido opaco, ya no podía ver nada.

Nada, hasta que en un momento de claridad distinguí al audaz capitán, asido a una de las aletas del animal, luchando cuerpo a

cuerpo con el monstruo, asestándole puñaladas en el vientre, sin poder darle el golpe definitivo, es decir: alcanzarlo en pleno corazón. El escualo, debatiéndose, agitaba la masa de las aguas con furia, y su torbellino amenazaba con derribarme.

Yo habría querido prestar ayuda al capitán, pero, petrificado de horror, no podía ni moverme.

Miraba, con la vista despavorida. Veía cómo los lances del combate se alternaban. El capitán cayó al suelo, derribado por la enorme masa que pesaba sobre él. Después, las mandíbulas del tiburón se abrieron desmesuradamente como una cizalla industrial, y aquel podría haber sido el final del capitán si Ned Land, rápido como el pensamiento, empuñando su arpón y lanzándose contra el tiburón, no le hubiese clavado su punta terrible.

Las aguas se impregnaron de una masa de sangre. Se agitaron debido a los movimientos del escualo, que las batía con un furor indescriptible. Ned Land no había errado su objetivo. Era la agonía del monstruo. Herido en el corazón, se debatía en espasmos horribles, uno de cuyos contragolpes derribó a Conseil.

Mientras tanto, Ned Land había liberado al capitán. Este se levantó indemne y se dirigió directamente hacia el indio, cortó rápidamente la cuerda que lo ataba a la piedra, lo cogió en sus brazos y, de un vigoroso talonazo, lo llevó a la superficie del mar.

Los tres lo seguimos y, en unos instantes, milagrosamente sanos y salvos, alcanzamos la embarcación del pescador.

La primera preocupación del capitán Nemo era reanimar al desgraciado buzo. Yo no sabía si lo conseguiría. Así lo esperaba, pues la inmersión del pobre diablo no había sido larga. Pero el golpe de la cola del tiburón podía haberlo herido de muerte.

Afortunadamente, gracias a las vigorosas friegas de Conseil y del capitán, poco a poco el ahogado volvió en sí. Abrió los ojos. ¡Qué sorpresa se llevaría, por no decir qué terror, al ver los cuatro grandes cascos de cobre que se inclinaban sobre él!

Y, sobre todo, ¿qué pensaría, cuando el capitán Nemo, tras sacar de un bolsillo de su traje un saquito de perlas, se lo puso en la mano? Esa magnífica limosna del hombre de las aguas al pobre indio de Ceilán fue aceptada por este con mano temblorosa. Sus ojos desencajados indicaban que no sabía a qué seres sobrehumanos debía a la vez la fortuna y la vida.

A una señal del capitán, volvimos a bajar al banco de madreperlas y, siguiendo la ruta ya recorrida, tras media hora de camino, encontramos el ancla que había fondeado el bote del *Nautilus*.

Una vez a bordo y con la ayuda de los marineros, nos quitamos los pesados cascos de cobre.

Las primeras palabras del capitán Nemo fueron para el canadiense.

—Gracias, señor Land —le dijo.

—Es mi revancha, capitán —respondió Ned Land—. Se lo debía.

Una leve sonrisa se esbozó en los labios del capitán, y eso fue todo.

—Al *Nautilus* —ordenó.

La embarcación voló sobre las olas. Unos minutos más tarde, encontramos el cadáver del tiburón flotando.

Por el color negro que marcaba el extremo de sus aletas, reconocí al terrible melanóptero del mar de la India, de la especie de los tiburones propiamente dichos [30]. Su longitud excedía de veinticinco pies; su enorme boca ocupaba un tercio del cuerpo. Era un adulto, lo que se veía en sus seis filas de dientes, dispuestas en la mandíbula superior como triángulos isósceles.

Conseil lo miraba con un interés totalmente científico, y estoy seguro de que lo clasificaba, no sin razón, en la clase de los cartilaginosos, orden de los condropterigios de branquias fijas, familia de los selacios, género de los tiburones.

Mientras yo contemplaba aquella masa inerte, una docena de voraces melanópteros apareció de pronto en torno a la embarcación; pero, sin prestarnos atención, se lanzaron sobre el cadáver y se disputaron sus jirones.

A las ocho y media, habíamos regresado a bordo del *Nautilus*.

Allí, me puse a reflexionar sobre los incidentes de nuestra excursión al banco de Mannar. Inevitablemente, tenía que extraer dos conclusiones. Una, sobre el arrojo sin par del capitán Nemo; otra sobre su entrega por un ser humano, uno de los representantes de esa raza a la que él rehuía bajo los mares. Pese a lo que pudiera sostener, aquel hombre extraño aún no había llegado a matar del todo su propio corazón.

Cuando le hice esta observación, me respondió con cierta

emoción:

—¡Ese indio, señor profesor, es un habitante del país de los oprimidos, y yo sigo siendo y seré hasta mi último aliento de ese país**[31]** !

IV

El mar Rojo

Durante la jornada del 29 de enero, la isla de Ceilán desapareció del horizonte, y el *Nautilus*, a una velocidad de veinte millas por hora, se deslizó por el laberinto de canales que separa las islas Maldivas de las Laquedivas. Costeó la isla de Kiltán [32], tierra de origen madreporico, descubierta por Vasco de Gama [33] en 1499 y una de las diecinueve islas principales del archipiélago de las Laquedivas, situado entre

10°

y

14° 30'

de latitud norte y

69°

y

50° 72'

de longitud este.

Hasta entonces, habíamos recorrido dieciséis mil doscientas veinte millas, o sea: siete mil quinientas leguas desde nuestro punto de partida en los mares de Japón.

Al día siguiente, 30 de enero, cuando el *Nautilus* emergió a la superficie del océano, ya no había ninguna tierra a la vista. Se había puesto proa al nornoroeste y nos dirigíamos hacia el mar de Omán, que separa Arabia y la península Índica, y que sirve de desembocadura al golfo Pérsico.

Se trataba, obviamente, de una ruta sin salida posible. ¿Adónde nos conducía el capitán Nemo? Lo ignorábamos, lo cual no satisfizo al canadiense, que aquel día me preguntó hacia dónde navegábamos.

—Vamos adonde se le antoje al capitán, Ned.

—Pues con el antojo del capitán —respondió el canadiense— no

podremos llegar muy lejos. El golfo Pérsico no tiene salida, y si nos adentramos por allí no tardaremos en volver sobre nuestros pasos.

—En ese caso, volveremos, Ned, y si después del golfo Pérsico el *Nautilus* desea visitar el mar Rojo, allí está el estrecho de Bab el Mandeb para dejarle paso.

—No hace falta que le diga, señor —respondió Ned Land—, que el mar Rojo está tan cerrado como el golfo, puesto que aún no se ha perforado el istmo de Suez, y aunque se hubiera hecho, un barco misterioso como el nuestro no se arriesgaría por sus canales llenos de esclusas. Así que el mar Rojo tampoco es el camino que nos conducirá a Europa.

—Tampoco he dicho que regresáramos a Europa.

—¿Entonces, qué piensa usted?

—Supongo que después de haber visitado estos curiosos parajes de Arabia y de Egipto, el *Nautilus* volverá a tomar la ruta del océano Índico, quizá a través del canal de Mozambique, o bien por la ruta de las Mascareñas, y alcanzará el cabo de Buena Esperanza.

—¿Y cuando arribemos al cabo de Buena Esperanza? —preguntó el canadiense con especial insistencia.

—Bueno, pues penetraremos en el océano Atlántico, que todavía no conocemos. Pero, vamos a ver, amigo Ned, ¿ya está usted cansado de este viaje submarino? ¿Le aburre el espectáculo de las maravillas submarinas en perpetuo cambio? Para mí sería una gran decepción que acabara este viaje que tan pocos hombres habrán tenido la oportunidad de realizar.

—Pero ¿sabe usted, señor Aronnax —me preguntó el canadiense —, que pronto hará tres meses que somos prisioneros a bordo del *Nautilus*?

—No, Ned, ni lo sé ni quiero saberlo, y tampoco cuento los días ni las horas.

—Pero ¿y el final?

—El final llegará a su debido tiempo. Además, no podemos hacer nada y es inútil que le demos vueltas. Si viniera usted a decirme, querido Ned: «Tenemos una oportunidad de escapar», la sopesaría con usted. Pero no es ese el caso y, hablando con franqueza, no creo que el capitán Nemo se aventure a surcar los mares europeos.

Por este corto diálogo, se podrá ver que, cual fanático del

Nautilus, yo me había metido en la misma piel de su comandante.

Ned Land terminó la conversación con estas palabras en forma de monólogo: «Todo eso es muy bonito y está muy bien, pero, a mi parecer, cuando a uno lo obligan, el placer se esfuma».

Durante cuatro días, hasta el 3 de febrero, el *Nautilus* navegó por el mar de Omán, a diferentes velocidades y profundidades. Parecía navegar al azar, como si vacilara ante el camino que debía seguir, pero no rebasó el trópico de Cáncer.

Al dejar este mar, pasamos un instante frente a Mascate, la ciudad más importante del país de Omán. Contemplé su aspecto extraño, en medio de los negros peñascos que la circundan, sobre los cuales destacan la blancura de sus casas y sus fuertes enjalbegados. Vislumbré la cúpula redondeada de las mezquitas, la punta elegante de sus alminares, sus terrazas frescas y verdeantes. Pero no duró más que una fugaz visión, y el *Nautilus* se hundió enseguida bajo las sombrías aguas de aquellos parajes.

Luego perlongó a una distancia de seis millas las costas arábigas de Mahra y de Hadramaút [34], y su línea sinuosa de montañas, donde se alzaban algunas ruinas antiguas. El 5 de febrero, pasamos por fin al golfo de Adén, verdadero embudo introducido en el cuello de botella de Bab el Mandeb, por donde las aguas indias penetran en el mar Rojo.

El 6 de febrero, el *Nautilus* navegaba frente a Adén, colgado de un promontorio al que un estrecho istmo une con el continente, suerte de inexpugnable Gibraltar, cuyas fortificaciones han sido reconstruidas por los ingleses tras haberse adueñado de ellas en 1839. Entreví los alminares octogonales de aquella ciudad, que antaño fuera el emporio más rico y con más tráfico comercial de la costa, según asegura el historiador Edrisi [35].

Yo estaba convencido de que el capitán Nemo, tras llegar a ese punto, iba a retroceder; pero, con gran sorpresa mía, comprobé que me equivocaba.

Al día siguiente, 7 de febrero, embocábamos el estrecho de Bab el Mandeb, cuyo nombre árabe quiere decir «Puerta de las lágrimas». Tiene veinte millas de anchura y solo mide cincuenta y dos kilómetros de longitud. El *Nautilus*, lanzado a toda velocidad, no necesitó más de una hora para franquearlo. Pero no vi nada, ni siquiera la isla de Perim, con la que el Gobierno británico ha

fortificado la posición de Adén. Había demasiados vapores ingleses y franceses —de las líneas de Suez a Bombay, a Calcuta, a Melbourne, a Bourbon, a Mauricio— surcando ese estrecho paso como para que el *Nautilus* intentara asomarse, de modo que se mantuvo prudentemente entre dos aguas.

Por fin, a mediodía, surcábamos las aguas del mar Rojo.

El mar Rojo: célebre lago de las tradiciones bíblicas, al que apenas llega el frescor de las lluvias, adonde ningún río vierte sus aguas, bombeado incesantemente por la excesiva evaporación, y que cada año pierde una capa líquida de hasta un metro y medio. Golfo singular, que, si estuviese cerrado como un lago, estaría quizá completamente seco; inferior en eso a sus vecinos el Caspio o el Asfaltita [36], cuyo nivel tan solo ha descendido hasta el punto en que su evaporación equivale precisamente a la cantidad de las aguas recibidas en su seno.

El mar Rojo tiene dos mil seiscientos kilómetros de longitud, con una anchura media de doscientos cuarenta. En tiempos de los Ptolomeos [37] y de los emperadores romanos fue la gran arteria comercial del mundo, y la perforación del istmo le devolverá su antigua importancia, que, en parte, ya le han procurado los ferrocarriles de Suez.

Ni siquiera me propuse averiguar a qué obedecía el capricho del capitán Nemo de adentrarnos en el golfo. Pero aprobé sin reservas que el *Nautilus* entrase. Su velocidad era moderada y se mantenía en la superficie o bien se sumergía para evitar algún buque, y pude observar así el interior y la superficie de este mar tan curioso.

El 8 de febrero, desde las primeras luces del día, avistamos Moca, ciudad actualmente en ruinas, cuyas murallas se desmoronan al simple estallido de un cañón y donde se encuentran diseminadas verdes palmeras datileras. Antaño fue una ciudad importante, en la que se contaban seis mercados públicos y veintiséis mezquitas, y sus murallas, defendidas por catorce fuertes, tenían un perímetro de tres kilómetros.

Después, el *Nautilus* se acercó a las costas africanas, donde la profundidad del mar es más considerable. Allí, entre dos aguas de una limpidez cristalina, con los paneles abiertos, pudimos contemplar admirables concreciones de corales fulgurantes y enormes peñascales revestidos de un espléndido manto verde de

algas y fucos. Qué indescriptible espectáculo y qué variedad de sitios y de paisajes en el enrase de esos escollos e islotes volcánicos, cuyos confines lindan con la costa libia. Sin embargo, fue en las orillas orientales, a las que el *Nautilus* no tardó en llegar, donde esas arborizaciones hicieron patente toda su belleza: las costas de Tihama. Allí, no solo florecían zoófitos sobre el nivel del mar, como expuestos en una vitrina, sino que también se entrelazaban de manera pintoresca a diez brazas de la superficie; había unos de formas más caprichosas, que, sin embargo, tenían menos color que otros, de inmarcesible frescura gracias a la húmeda vitalidad de las aguas.



Peñascales revestidos de un manto de algas

¡Qué deliciosos momentos pasé así frente al cristal del salón!
¡Cuántas nuevas muestras de la flora y la fauna submarinas admiré
bajo el resplandor de nuestro fanal eléctrico! Fungias agariciformes;
actinias de color de pizarra, entre otras la *Thalassianthus aster*;
tubíporas dispuestas como flautas, a la espera tan solo del soplo

del dios Pan [38]; conchas exclusivas de este mar, que se instalan en las excavaciones madreporicas y cuya base está rodeada de una corta espira; y millares de especímenes de un polípero que no había podido observar hasta entonces: la esponja común.

La clase de los espongiarios, primera del grupo de los pólipos, ha sido creada precisamente para incluir ese curioso producto de incontestable utilidad. La esponja no es un vegetal, como todavía sostienen algunos naturalistas, sino un animal del último orden, un polípero inferior al coral. Su carácter animal no ofrece dudas, y tampoco se puede adoptar la opinión de los antiguos, que la consideraban un ser intermedio entre las plantas y los animales. Debo decir, sin embargo, que los naturalistas no están de acuerdo sobre el modo de organización de la esponja. Para unos, se trata de un polípero, y para otros, como Milne-Edwards, es un individuo aislado y único.

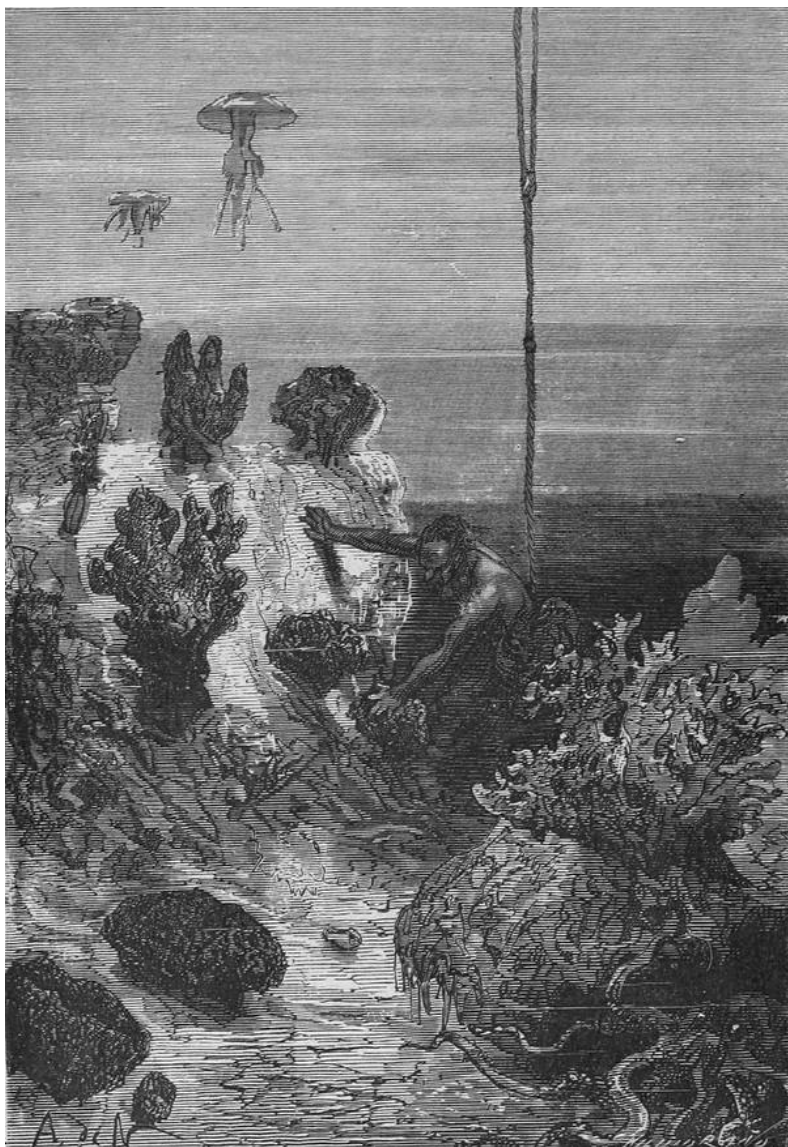
La clase de los espongiarios contiene alrededor de trescientas especies, que se encuentran en un gran número de mares e incluso en ciertos ríos, por lo que han recibido el nombre de fluviátiles. Pero sus aguas predilectas son las del Mediterráneo, las del Archipiélago griego [39], las de las costas de Siria y las del mar Rojo. Allí se reproducen y se desarrollan esas esponjas finas y suaves cuyo valor asciende hasta ciento cincuenta francos, la esponja rubia de Siria, la esponja dura de Berbería, etc. Pero, puesto que yo no podía esperar estudiar esos zoófitos en las Escalas de Levante, de las que nos separaba el infranqueable istmo de Suez, me contenté con observarlas en las aguas del mar Rojo.

Entonces, llamé a Conseil a mi lado, mientras el *Nautilus*, a una profundidad media de ocho a nueve metros, pasaba lentamente a ras de las hermosas rocas de la costa oriental.

Allí crecían esponjas de todo tipo: pediculadas, foliáceas, esferoidales, digitadas. Justificaban con exactitud los nombres de cestillas, cálices, astas de ciervo, copos de rueda, garras de león, colas de pavo real y guantes de Neptuno con que las han bautizado los pescadores, más poetas que los sabios. De su tejido fibroso, impregnado de una sustancia gelatinosa semifluidificada, brotaban continuamente pequeños chorros de agua, los cuales, tras haber llevado la vida a cada célula, eran expulsados por un movimiento de contracción. Esta sustancia desaparece a la muerte del pólipo, y

al pudrirse desprende amoníaco. Entonces, no quedan más que las fibras córneas o gelatinosas de las que se compone la esponja doméstica, que adquiere un tinte rojizo y se emplea en usos diversos, según su grado de elasticidad, de permeabilidad o de resistencia a la maceración.

Estos políperos se adhieren a las rocas, a las conchas de los moluscos e incluso a los talos de los hidrófitos. Adornaban las más diminutas anfractuosidades, unos desplegándose y otros irguiéndose o colgando como excrecencias coralígenas. Informé a Conseil de que las esponjas se pescan de dos maneras, bien con una draga o bien a mano. Este último método, que requiere el trabajo de buzos, es preferible, pues, al respetar el tejido del polípero, aumenta mucho su valor.



La pesca de las esponjas

Los demás zoófitos que pululaban alrededor de los espongíarios consistían principalmente en medusas de una especie muy elegante; los moluscos estaban representados por variedades de calamares que son características del mar Rojo, según d'Orbigny;

y los reptiles, por las tortugas *virgata*, que pertenecen al género de los quelonios y abastecieron nuestra mesa en forma de alimento sano y delicado.

En cuanto a los peces, eran abundantes y, a menudo, de notables características. Los que las redes del *Nautilus* traían habitualmente a bordo eran: rayas, entre las que se encuentran la raya látigo rabo cinta, de forma ovalada y color teja, con manchas azules desiguales repartidas por el dorso, e identificables por su doble agujón dentado; chupares de dorso plateado; pastinacas, con la cola puntillada, y peces cuñas manchados, enormes lienzos de dos metros de longitud que ondulaban entre las aguas; anodóntidos, absolutamente desprovistos de dientes, especie de cartilaginosos cercanos a los escualos; cofres jorobados, de un pie y medio de longitud y cuya giba está rematada en un agujón curvo; lorchas, auténticas morenas de cola plateada, con el dorso azulado y las pectorales marrones bordadas con una orla gris; pámpanos, una variedad de estromateidos, rayados cual cebras con estrechas franjas doradas y vestidos con los tres colores de Francia; *garamits*, de cuatro decímetros de longitud, blénidos a medio camino entre las babosas y los gádidos; soberbios carángidos, ornados con siete bandas transversales de hermoso color negro, con aletas azules y amarillas y escamas de oro y plata; rambalíes plateados; salmonetes de cabeza amarilla; escáridos; lábridos; peces ballesta; góbidos y otros millares de peces comunes a los océanos que ya habíamos atravesado.

El 9 de febrero, el *Nautilus* flotaba en la parte más ancha del mar Rojo, comprendida entre Suakin, en la costa oeste, y Al Qunfudhah, en la costa este, que tiene un diámetro de ciento noventa millas.

Al mediodía, después de marcar la posición, el capitán Nemo subió a la plataforma, donde yo me encontraba. Me había prometido a mí mismo no dejar que bajara sin haber indagado sobre sus proyectos futuros. Al verme, se dirigió hacia mí, me ofreció cortésmente un puro y me dijo:

—Bien, profesor, ¿le gusta el mar Rojo? ¿Ha observado usted detenidamente las maravillas que atesora, sus peces y sus zoófitos, sus jardines de esponjas y sus bosques de coral? ¿Ha contemplado usted las ciudades que se asoman a sus orillas?

—Sí, capitán Nemo —respondí yo—. Y el *Nautilus* ha sido maravillosamente útil para estas observaciones. ¡Ah! ¡Es un barco inteligente!

—Sí, señor, inteligente, audaz e invulnerable. No teme ni las terribles tormentas del mar Rojo, ni sus corrientes ni sus escollos.

—En efecto —dije yo—, se considera que este mar es uno de los peores y, si no me equivoco, en la Antigüedad su fama era detestable.

—Detestable, señor Aronnax. Los historiadores griegos y latinos no son benevolentes con él; Estrabón [40] dice que es especialmente duro en la época de los vientos etesios y en la estación de las lluvias. El árabe Edrisi, que lo describe con el nombre de golfo de Colzum cuenta que numerosos barcos zozobraron en sus bancos de arena, y que nadie se atrevía a navegar de noche. Es, según él, un mar sujeto a horribles huracanes, constelado de islas inhóspitas, y «que no ofrece nada bueno», ni en sus profundidades ni en su superficie. E idéntica es, también, la opinión que predomina en Arriano, Agatárquides y Artemidoro [41].

—Ya se ve —apunté yo— que esos historiadores no han navegado a bordo del *Nautilus*.

—Así es —respondió sonriente el capitán—. Y a ese respecto, los contemporáneos no han logrado más avances que los antiguos. Han sido necesarios bastantes siglos para descubrir el poder mecánico del vapor. Quién sabe si, dentro de cien años, no se verá un segundo *Nautilus*. Los progresos son lentos, señor Aronnax.

—Es cierto —asentí—, su navío va un siglo, o quizá varios siglos, por delante de su época. ¡Qué lástima que semejante secreto haya de morir con su inventor!

El capitán Nemo no me respondió. Tras unos minutos de silencio dijo:

—Habla usted antes de la opinión de los historiadores antiguos acerca de los peligros que plantea la navegación del mar Rojo, ¿no es cierto?

—Así es, pero ¿no eran un poco exagerados sus temores? —pregunté.

—Según se mire, señor Aronnax —me respondió el capitán Nemo, que me pareció conocer a fondo «su mar Rojo»—. Lo que

actualmente ya no entraña riesgos para un barco moderno, bien aparejado, sólidamente construido y dueño de su dirección gracias a la obediencia del vapor, sí presentaba peligros de todo tipo para las embarcaciones de los antiguos. Hemos de imaginarnos a aquellos primeros navegantes aventurándose en barcas hechas de planchas cosidas con cuerdas de palma, calafateadas con resina machacada e impregnadas de grasa de pintarroja. Ni siquiera disponían de instrumentos para controlar su dirección, y navegaban por estima en medio de corrientes que apenas conocían. En tales condiciones, los naufragios eran numerosos, y por fuerza tenían que serlo. Pero, en nuestros tiempos, los vapores que navegan por la ruta de Suez y los mares del Sur no tienen ya nada que temer de las iras del golfo, pese a los monzones contrarios. Capitanes y pasajeros no se encomiendan antes de zarpar mediante sacrificios propiciatorios, ni van a su regreso, adornados con guirnaldas y cintas doradas, a postrarse agradecidos ante los dioses en el templo más cercano.

—Estoy de acuerdo —dije yo—. Creo que el vapor ha eliminado el agradecimiento en el corazón de los marinos. Cambiando de tema, capitán, ya que parece que ha estudiado usted especialmente este mar, ¿puede usted informarme del origen de su nombre?

—Existen numerosas explicaciones a ese respecto, señor Aronnax. ¿Desea usted saber cuál era la opinión de un cronista del siglo XIV?

—Con mucho gusto.

—Este inspirado escritor pretende que se le impuso tal nombre a raíz del paso de los israelitas, cuando el Faraón pereció en las aguas que se volvieron a cerrar a una orden de Moisés:

*En señal del prodigio que acaeció,
De rojo y bermejo el mar se tiñó.
Y ningún nombre le pudieron dar
Que no fuese aquel de la roja mar.*

—Explicaciones de poeta, capitán Nemo —respondí—, que no pueden satisfacerme. Le ruego que me dé usted su opinión.

—A mi juicio, señor Aronnax, en esa denominación de «mar Rojo» es preciso ver una traducción del término hebreo *Edom* [42], y si los antiguos le dieron ese nombre fue a causa de la particular coloración de sus aguas.

—Hasta ahora no hemos visto más que aguas límpidas y sin ningún color especial.

—Sin duda, pero a medida que avancemos hacia el fondo del golfo, observará usted esa singular coloración. Recuerdo haber visto la bahía de Tor como si fuese un lago de sangre, completamente de color rojo [43].

—Y ese color, ¿lo atribuye usted a la presencia de un alga microscópica?

—Sí. Es una materia mucilaginosa púrpura producida por unas algas diminutas, conocidas con el nombre de trICODESMIAS, de las que hacen falta cuarenta mil para ocupar el espacio de un milímetro cuadrado. Tal vez nos las encontremos al llegar a Tor.

—Así pues, capitán Nemo, ¿no es la primera vez que recorre usted el mar Rojo a bordo del *Nautilus*?

—No, señor.

—Entonces, puesto que anteriormente se refería usted al éxodo de los israelitas y a la catástrofe de los egipcios, ¿ha encontrado usted bajo las aguas alguna huella de ese gran hecho histórico?

—No, profesor, y por una excelente razón.

—¿Cuál?

—Que el preciso lugar por el que Moisés pasó con todo su pueblo está lleno de tal manera de arena, que los camellos apenas pueden mojarse las patas. Comprenderá usted que no habría suficiente agua para mi *Nautilus*.

—¿Y ese lugar...? —pregunté yo.

—Ese lugar está situado un poco por debajo de Suez, en los brazos que antiguamente formaban un profundo estuario, cuando el mar Rojo se extendía hasta los lagos Amargos. Ahora bien, que tal paso sea milagroso o no, no por ello dejaron de pasar los israelitas para ganar la Tierra Prometida, y el ejército del Faraón sucumbió precisamente en ese lugar. Pienso que si se realizaran excavaciones en los arenales, saldría a la luz una gran cantidad de armas y de instrumentos de origen egipcio.

—Es evidente —respondí—. Esperemos por los arqueólogos que antes o después se lleven a cabo esas excavaciones, cuando se instalen en el istmo nuevas ciudades, tras excavar el canal de Suez. Un canal totalmente inútil para un navío como el *Nautilus*.

—Sin duda, pero útil para el mundo entero —dijo el capitán

Nemo—. Los antiguos habían comprendido la utilidad de establecer una comunicación entre el mar Rojo y el Mediterráneo para sus negocios; pero no pensaron en hacer un canal directo y tomaron el Nilo como intermediario. Muy probablemente, el canal que unía el Nilo al mar Rojo fue comenzado en tiempos de Sesostris [44], si hemos de dar crédito a la tradición. Lo que sí es seguro es que, 615 años antes de Jesucristo, Necos [45] emprendió los trabajos de un canal alimentado por las aguas del Nilo, a través de la llanura de Egipto que mira a Arabia. Ese canal se podía atravesar en cuatro días, y su anchura permitía que dos trirremes pudieran pasar de frente. Fue continuado por Darío, hijo de Histaspes y, probablemente fue acabado por Ptolomeo II [46]. Estrabón vio cómo se utilizaba para la navegación; pero la falta de pendiente entre su punto de partida, cerca de Bubastis [47], y el mar Rojo no lo hacía navegable más que durante pocos meses al año. El canal sirvió para el comercio hasta los tiempos de los Antoninos [48]; luego fue abandonado y cubierto de arena; en 761 o 762, se restableció su funcionamiento por orden del califa Omar, hasta que el califa Al Mansur lo mandó cegar definitivamente para impedir, de ese modo, que pudiera aprovisionarse de víveres Mohammed ben Abdallah [49], que se había alzado contra él. Durante la campaña de Egipto, su general Bonaparte [50] encontró vestigios de aquellos trabajos en el desierto de Suez y, al verse sorprendido por la marea, estuvo a punto de morir unas horas antes de alcanzar Hadjaroth [51], el mismo lugar en que Moisés había acampado tres mil trescientos años antes que él.

—Bien, capitán, lo que los antiguos no habían osado emprender, la unión entre los dos mares, que abreviará en nueve mil kilómetros la ruta de Cádiz a las Indias, el Sr. De Lesseps [52] lo ha realizado, y dentro de poco habrá convertido África en una inmensa isla.

—En efecto, Sr. Aronnax, puede usted estar legítimamente orgulloso de su compatriota: es un hombre que honra a una nación más que los más grandes capitanes. Empezó como tantos otros afrontando problemas y rechazos, pero ha triunfado, pues está dotado del genio de la voluntad. Es triste pensar que esta obra, que habría tenido que ser una obra internacional, que habría bastado para dar lustre a todo un reinado, no habrá salido adelante sino por la energía de un solo hombre. Por lo tanto, ¡honor al Sr. De Lesseps!

—Sí, honor a ese insigne ciudadano —respondí, totalmente sorprendido del tono en que el capitán Nemo acababa de hablarme.

—Desgraciadamente —prosiguió él—, no puedo llevarlo a través del canal de Suez, pero podrá usted ver las largas escolleras de Port Said pasado mañana, cuando estemos en aguas del Mediterráneo.

—¿En el Mediterráneo! —exclamé yo.

—Sí, profesor. ¿Le sorprende?

—Lo que me sorprende es pensar que estaremos allí pasado mañana.

—¿De verdad?

—Sí, capitán, a pesar de que ya tenía que estar acostumbrado a no sorprenderme de nada desde que estoy a bordo del *Nautilus*.

—¿Y a qué se debe tanta sorpresa?

—¡Pues a la terrorífica velocidad que tendrá que exigirle al *Nautilus* si quiere navegar pasado mañana por el Mediterráneo, tras haber dado la vuelta a África y doblado el cabo de Buena Esperanza!

—¿Quién le ha dicho que daré la vuelta a África, profesor? ¿Quién le habla de doblar el cabo de Buena Esperanza?

—¡Claro! A no ser que el *Nautilus* navegue por tierra firme y pase por encima del istmo...

—O por debajo, señor Aronnax.

—¿Por debajo?

—Por supuesto —respondió tranquilamente el capitán Nemo—. Desde hace tiempo, la naturaleza ha hecho en esta lengua de tierra lo que los hombres están haciendo actualmente en su superficie.

—¿Qué? ¿Hay un paso?

—Sí, un paso subterráneo al que he denominado *Arabian Tunnel*. Arranca por debajo de Suez y acaba en la bahía de Pelusio [53].

—Pero ¿no está formado el istmo por arenas movedizas?

—Hasta cierta profundidad, sí. Pero a tan solo cincuenta metros se encuentra un sólido estrato de roca.

—¿Ha descubierto usted ese paso por casualidad? —le pregunté, cada vez más sorprendido.

—Por casualidad y por deducción, profesor, y seguramente más por deducción que por casualidad.

—Capitán, lo estoy escuchando, pero mis oídos se resisten a

creer lo que oyen.

—¡Ah, señor! *Aures habent et non audient*[54] sirve para todos los tiempos. No solo existe ese paso, sino que ya lo he utilizado en varias ocasiones. De lo contrario, no me habría adentrado hoy en este callejón sin salida que es el mar Rojo.

—¿Sería una indiscreción preguntarle cómo ha descubierto usted ese túnel?

—Señor —respondió el capitán—, no puede haber ningún secreto entre personas que no van a separarse nunca.

No me di por aludido ante la insinuación y esperé el relato del capitán Nemo.

—Profesor —me dijo—, es un simple razonamiento de naturalista lo que me ha llevado a descubrir ese paso que solamente yo conozco. Había observado que en el mar Rojo y en el Mediterráneo existían una serie de peces de especies absolutamente idénticas: lorchas, pámpanos, julias, cabrillas, pejerreyes, peces voladores. Teniendo esa certidumbre, me pregunté si no existiría una vía de comunicación entre ambos mares. Si existía, la corriente submarina tenía que fluir forzosamente del mar Rojo al Mediterráneo, por la simple razón de la diferencia de niveles. Así pues, pesqué un gran número de peces cerca de Suez. Les pasé por la cola un anillo de cobre y los arrojé de nuevo al mar. Unos meses más tarde, en las costas de Siria, recuperé algunos de mis peces que llevaban el anillo. Por consiguiente, quedaba demostrada la comunicación entre ambos mares. La busqué con mi *Nautilus*, la descubrí y me aventuré por ella. Dentro de poco, profesor, usted también habrá cruzado mi túnel arábigo.

V

Arabian Tunnel

Aquel mismo día, relaté a Ned Land y a Conseil la parte de nuestra conversación que les interesaba más directamente. Cuando les comuniqué que, al cabo de dos días, estaríamos navegando en las aguas del Mediterráneo, Conseil aplaudió, pero el canadiense se encogió de hombros.

—¡Un túnel submarino! —exclamó—. ¡Una comunicación entre los dos mares! ¿Pero quién ha oído hablar de algo semejante?

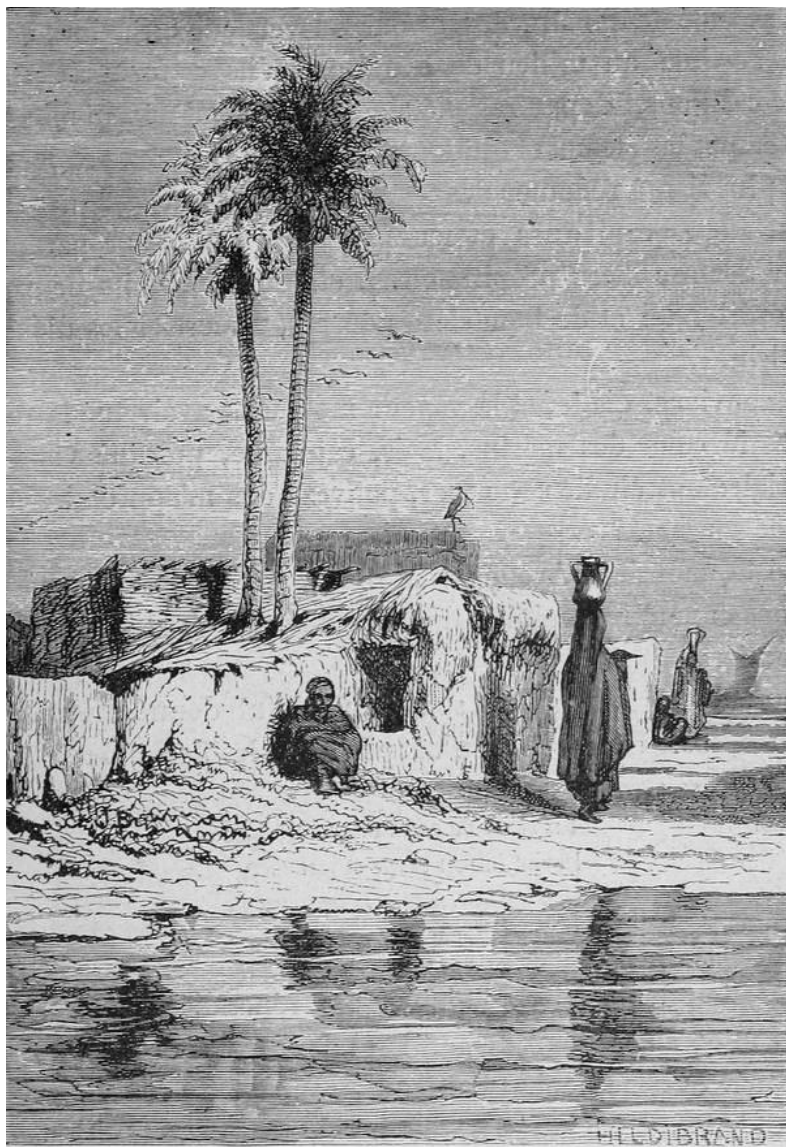
—Amigo Ned —respondió Conseil—, ¿había oído usted hablar del *Nautilus* antes? No. Y, sin embargo, existe. Por lo tanto, no se encoja usted de hombros tan a la ligera, y no rechace nada so pretexto de que nunca ha oído hablar de ello.

—¡Ya lo veremos! —replicó Ned Land, sacudiendo la cabeza—. Después de todo, ¡qué más desearía yo que creer en ese paso, y en este capitán, que quiera el Cielo que nos lleve al Mediterráneo!

Aquella misma tarde, a

21° 30'

de latitud norte, el *Nautilus*, flotando en superficie, se aproximó a la costa árabe. Vi Yeda, importante enclave comercial para Egipto, Siria, Turquía y las Indias. Distinguí con bastante claridad el conjunto de sus construcciones, los buques amarrados a lo largo de los muelles y otros a los que su calado obligaba a fondear en la rada. El sol, muy bajo ya en el horizonte, daba de lleno en las casas de la ciudad y hacía resaltar su blancura. En los arrabales, algunas chozas de madera o de cañas señalaban el barrio habitado por los beduinos.



Algunas chozas de madera o de cañas

Poco después, Yeda desapareció entre las penumbras del atardecer, y el *Nautilus* volvió a sumergirse bajo las aguas ligeramente fosforescentes.

Al día siguiente, 10 de febrero, nos cruzamos de vuelta encontrada con varios buques. El *Nautilus* reanudó su navegación

submarina; pero, al mediodía, en el momento de tomar la posición, el mar estaba desierto y emergió hasta su línea de flotación.

Acompañado de Ned y de Conseil, me senté en la plataforma. La costa aparecía por el este como una masa casi imperceptible en medio de una bruma húmeda.

Apoyados en los costados del bote, departíamos sobre las cosas más diversas, cuando Ned Land, extendiendo la mano hacia un punto del mar, me dijo:

—¿No ve nada allá, profesor?



«¿No ve nada allá, profesor?»

—No, Ned —respondí—. Pero ya sabe que yo no tengo la misma vista que usted.

—Mire bien —insistió Ned—, allá a proa, por estribor, más o menos a la altura del fanal, ¿no ve usted una masa que parece moverse?

—Sí, es cierto —dije, tras una atenta observación—; parece un largo cuerpo negruzco en la superficie de las aguas.

—¿Otro *Nautilus*? —dijo Conseil.

—No —respondió el canadiense—, pero mucho me equivoco o se trata de algún animal marino.

—¿Hay ballenas en el mar Rojo? —preguntó Conseil.

—Sí, muchacho —respondí—, a veces se pueden encontrar.

—No es una ballena, ni mucho menos —repuso Ned Land, que no perdía de vista el objeto señalado—. Las ballenas y yo somos viejos conocidos y no me equivocaría con su aspecto.

—Esperemos —dijo Conseil—. El *Nautilus* se dirige hacia allá y dentro de poco sabremos a qué atenernos.

En efecto, pronto aquel objeto negruzco estuvo a tan solo una milla de nosotros. Parecía un gran escollo en plena mar. ¿Qué era? Aún no podía pronunciarme.

—¡Ah, se mueve, se sumerge! —gritó Ned Land—. ¡Por mil demonios! ¿Qué animal puede ser ese? No tiene la cola bifurcada como las ballenas o los cachalotes y sus aletas parecen miembros truncados.

—Pues, entonces... —empecé a decir.

—¡Ajá! —prosiguió el canadiense—, mírenlo, se da la vuelta, y muestra las mamas.

—Es una sirena —exclamó Conseil—, una auténtica sirena, si el señor me lo permite.

El nombre de sirena me puso sobre la pista y comprendí que el animal pertenecía al orden de los seres marinos de los que el mito ha engendrado a las sirenas, mitad mujeres y mitad peces.

—No —le dije a Conseil—, no es una sirena, sino un curioso ser del que apenas quedan unos representantes en el mar Rojo. Es un dugongo.

—Orden de los sirenios, grupo de los pisciformes, subclase de los monodelfos, clase de los mamíferos, tipo de los vertebrados —respondió Conseil.

Y cuando Conseil había hablado de esa manera, no quedaba ya más que añadir.

Mientras tanto, Ned Land seguía mirando. Sus ojos brillaban anhelantes al ver aquel animal. Su mano parecía estar lista para lanzar el arpón. Se habría dicho que esperaba el momento de

lanzarse al mar para atacarlo en su elemento.

—¡Oh, señor! —me dijo con voz trémula—. Nunca he matado nada de *eso*.

La quintaesencia del arponero quedaba al descubierto en estas palabras.

En aquellos instantes, el capitán Nemo apareció en la plataforma. Vio el dugongo, comprendió la actitud del canadiense y le preguntó sin más rodeos:

—¿Si tuviese usted un arpón, señor Land, no le estaría quemando en las manos?

—Tal como dice, señor.

—¿Y no le desagradaría en absoluto volver por un día a su oficio de arponero y añadir ese cetáceo a la lista de todos los que ya ha matado?

—No me desagradaría en absoluto.

—Pues bien, adelante, puede intentarlo.

—Gracias, señor —respondió Ned Land, con los ojos refulgentes.

—Lo único que le advierto —prosiguió el capitán—, y por su propio interés, es que más vale que no falle su objetivo.

—¿Es peligroso atacar al dugongo? —pregunté yo, a pesar de que el canadiense se encogía de hombros.

—Sí, a veces —respondió el capitán—. Ese animal se revuelve contra quienes lo atacan y hace zozobrar su embarcación. Pero el señor Land no debe temer ese peligro. Su vista es aguda y su brazo, seguro. Si le recomiendo que no falle es porque se lo considera con toda justicia una deliciosa pieza de caza, y sé que el señor Land no detesta los buenos bocados.

—¡Ah! —exclamó el canadiense—. Además, este animal se permite el lujo de ser sabroso...

—Sí, señor Land. Su carne, una auténtica vianda, goza de gran aprecio, y en toda Malasia se la reserva para las mesas de los príncipes. Además, ese excelente animal es objeto de una caza tan encarnizada que, como su congénere el manatí, es cada vez más escaso.

—Entonces, capitán —dijo seriamente Conseil—, si por casualidad este fuera el último de su raza, ¿no sería necesario perdonarle la vida, en interés de la ciencia?

—Quizá —respondió el canadiense—; pero, en interés de la

cocina, más vale darle caza.

—Adelante, pues, señor Land —respondió el capitán Nemo.

En aquellos momentos, siete hombres de la tripulación, mudos e impasibles como siempre, subieron a la plataforma. Uno llevaba un arpón y una estacha semejante a las utilizadas por los balleneros. Le quitaron el puente al bote, lo sacaron de su cavidad y lo echaron al mar. Seis remeros tomaron posición en sus bancos y el patrón se puso al timón. Ned, Conseil y yo nos sentamos a popa.

—¿No viene usted, capitán? —pregunté.

—No, señor, pero les deseo una buena cacería.

Se desatracó el bote y, empujado por sus seis remos, se abrió rápidamente hacia el dugongo, que flotaba entonces a dos millas del *Nautilus*.

Llegado a unos cables del cetáceo, el bote acortó su marcha y los remos se posaron suavemente sobre las aguas tranquilas. Ned Land, con su arpón en la mano, fue a ponerse de pie en la proa del bote. Normalmente, el arpón que sirve para atacar a las ballenas lleva atada una larga estacha que se desenrolla rápidamente cuando el animal herido lo arrastra clavado. Pero en este caso, la estacha no medía más de unas diez brazas, y su extremo estaba rematado por un barrilito que debía hacer las veces de boya e indicar la marcha del dugongo bajo las aguas.

Yo me había levantado y observaba atentamente al adversario del canadiense. Ese dugongo, que lleva también el nombre de «halícore» [55], se parecía mucho al manatí. Su cuerpo oblongo terminaba en una caudal muy alargada, y sus aletas laterales en verdaderos dedos. Su diferencia con el manatí consiste en que su mandíbula superior está armada de dos dientes largos y puntiagudos que forman a cada lado sendas defensas divergentes.

El dugongo que Ned Land se preparaba a atacar tenía unas dimensiones colosales, y su longitud superaba los siete metros por lo menos. No se movía y parecía dormir en la superficie de las aguas, hecho que hacía más fácil su captura.

El bote se aproximó prudentemente a tres brazas del animal. Los remos quedaron suspendidos de sus damas. Yo hice un amago de incorporarme. Ned Land, con el cuerpo ligeramente echado hacia atrás, empuñaba su arpón con pericia.

De repente, se oyó un silbido, y el dugongo desapareció. Sin

duda, el arpón, lanzado con fuerza, no había dado más que en el agua.

—¡Por mil demonios! —gritó el canadiense enfurecido—. ¡No le he acertado!

—No —dije yo—, el animal está herido, mire su sangre, pero el arpón no se le ha quedado clavado en el cuerpo.

—¡Mi arpón! ¡Mi arpón! —vociferaba Ned Land.

Los marineros volvieron a remar, y el patrón dirigió el bote hacia el barrilito flotante. Tras recuperar el arpón, el bote se lanzó a perseguir al animal.

Este emergía cada cierto tiempo para respirar. La herida no lo había debilitado, pues nadaba a una velocidad rapidísima. El bote, maniobrado por brazos vigorosos, volaba en pos de su estela. Varias veces se le aproximó a unas brazas, y el canadiense estaba listo para lanzar el arpón; pero el dugongo se sumergía de repente y era imposible alcanzarlo.

Huelga describir la ira que enardecía al impaciente Ned Land. Lanzaba al pobre animal los más enérgicos vituperios de la lengua inglesa. Por mi parte, yo solo sentía la decepción de ver cómo el dugongo desbarataba todas nuestras artimañas.

Lo perseguimos incesantemente durante una hora, y empecé a pensar que sería muy difícil atraparlo; entonces, al animal se le ocurrió una desgraciada idea de venganza de la que iba a arrepentirse: volvió al bote para abordarlo.

La maniobra no le pasó inadvertida al canadiense.

—¡Atención! —exclamó.

El patrón pronunció en su extraña lengua unas palabras, sin duda para ordenar a sus hombres que se mantuvieran alerta.

El dugongo se detuvo a veinte pies del bote, husmeó bruscamente el aire con sus enormes narinas, situadas no en el extremo sino en la parte superior de su hocico y, después, recobrando impulso se lanzó contra nosotros.

El bote no pudo evitar el choque; medio hundido, embarcó una o dos toneladas de agua que hubo que achicar; pero, gracias a la habilidad del patrón, fue abordado al través y no de lleno, por lo que no zozobró. Ned Land, aferrado a la roda, asestaba arponazos al gigantesco animal, que, con sus dientes incrustados en la regala, levantaba el bote fuera del agua como si fuese un corzo en las

fauces de un león. Habíamos caído unos encima de otros, y no sé cómo habría acabado la aventura si el canadiense, que proseguía su lucha encarnizada con el animal, no lo hubiese herido por fin en el corazón.



El gigantesco animal levantaba el bote

Oí rechinar los dientes del animal contra las chapas del bote y el dugongo desapareció, llevándose clavado el arpón. Pero en seguida vimos el barrilito en la superficie y, unos instantes después, apareció el cuerpo del animal, vuelto sobre su lomo. El bote se le acercó, lo enganchó para remolcarlo y se dirigió hacia el *Nautilus*.

Fue preciso emplear aparejos de gran potencia para izar el dugongo a la plataforma. Pesaba cinco mil kilos. Fue descuartizado ante la mirada del canadiense, que no quería perderse ni un detalle de la operación. Ese mismo día, el *steward* me sirvió para cenar unos filetes de aquella carne, hábilmente preparada por el cocinero de a bordo. Me pareció excelente, e incluso superior a la de ternera, si no a la del buey.

Al día siguiente, 11 de febrero, la cocina del *Nautilus* se enriqueció con otras piezas delicadas. Una bandada de pagazas piconegras se abatió sobre el *Nautilus*. Pertenecían a la especie *Sterna nilotica*, propia de Egipto, de pico negro, cabeza gris y moteada, ojos rodeados de puntos blancos, dorso, alas y cola grisáceas, vientre y cuello blancos y patas rojas. Capturamos también unas docenas de patos del Nilo, aves salvajes de exquisito sabor, de cuello y nuca blancos y salpicados de negro.

A la sazón, la velocidad del *Nautilus* era moderada. Podría decirse que andaba como en un crucero de recreo. Observé que, a medida que nos acercábamos a Suez, el agua era cada vez menos salada.

Hacia las cinco de la tarde, avistamos al norte el cabo de Ras Mohammed. Se trata de ese cabo que forma el extremo de la Arabia pétrea, comprendida entre el golfo de Suez y el golfo de Áqaba.

El *Nautilus* penetró en el estrecho de Jubal, que conduce al golfo de Suez. Distinguí una alta montaña que dominaba, entre los dos golfos, el Ras Mohammed. Era el monte Horeb, el Sinaí en cuya cumbre Moisés vio a Dios cara a cara, y que uno se imagina siempre coronado de relámpagos.

A las seis, el *Nautilus*, ora en superficie, ora sumergido, pasaba frente a Tor, situada en el fondo de una bahía cuyas aguas parecían teñidas de rojo, observación ya hecha por el capitán Nemo. Después, anocheció en medio de un pesado silencio que rompían a veces el graznido del pelícano y de algunas aves nocturnas, el rumor de la resaca reavivado por las rocas o el lejano gemido de un vapor batiendo las aguas del golfo con sus palas sonoras.

Entre las ocho y las nueve, el *Nautilus* se quedó a unos metros bajo el agua. Según mis cálculos, debíamos de estar muy cerca de Suez. A través de los paneles del salón, vi los fondos con rocas intensamente iluminadas por nuestra luz eléctrica. Me parecía que

el estrecho se volvía cada vez más angosto.

A las nueve y cuarto, tras emerger de nuevo el barco, subí a la plataforma. Estaba muy impaciente por atravesar el túnel del capitán Nemo, no podía permanecer quieto en ningún sitio y quería respirar el aire fresco de la noche.

Después, entre la penumbra, vislumbré una luz pálida, casi desleída por la bruma, que brillaba a una milla de nosotros.

—Un faro flotante —oí decir junto a mí.

Me volví y reconocí al capitán.

—Es el faro flotante de Suez —añadió—. No tardaremos en llegar al orificio del túnel.

—La entrada no debe de ser nada fácil, ¿no?

—No lo es, no, señor. Por eso, tengo por costumbre situarme en la torreta del timonel para dirigir yo mismo la maniobra. Y ahora, señor Aronnax, tenga usted la amabilidad de bajar: el *Nautilus* va a sumergirse bajo las aguas y ya no volverá a la superficie hasta haber atravesado el *Arabian Tunnel*.

Seguí al capitán Nemo. La escotilla se cerró, los depósitos de agua se llenaron y el aparato se sumergió una decena de metros.

En el momento en que me disponía a volver a mi camarote, el capitán me detuvo.

—Profesor —me dijo—, ¿le gustaría acompañarme en la torreta del piloto?

—No me atrevía a pedírselo —respondí.

—Venga, pues. Así podrá ver todo lo que se puede ver de esta singladura, a la vez subterrestre y submarina.

El capitán Nemo me condujo hacia la escalera central. A mitad de la rampa, abrió una puerta, siguió los corredores superiores y llegó a la torreta del piloto, que, como quedó dicho, se elevaba en el extremo de la plataforma.

La cabina medía seis pies por cada lado, más o menos similar a la que ocupan los timoneles de los *steamboats* de los ríos Misisipi o Hudson [56]. En medio, se maniobraba una rueda dispuesta verticalmente, con el engranaje sobre los guardines del gobernalle, que llegaban hasta la popa del *Nautilus*. Cuatro ojos de buey de cristales lenticulares, instalados en las paredes de la cabina permitían al timonel ver en todas las direcciones.

La cabina estaba a oscuras; pero no tardaron mis ojos en

acostumbrarse a la oscuridad y vi al timonel, un hombre vigoroso, cuyas manos reposaban en las llantas de la rueda. Afuera, el mar parecía intensamente iluminado por el fanal, que irradiaba su luz a popa de la cabina, en el otro extremo de la plataforma.

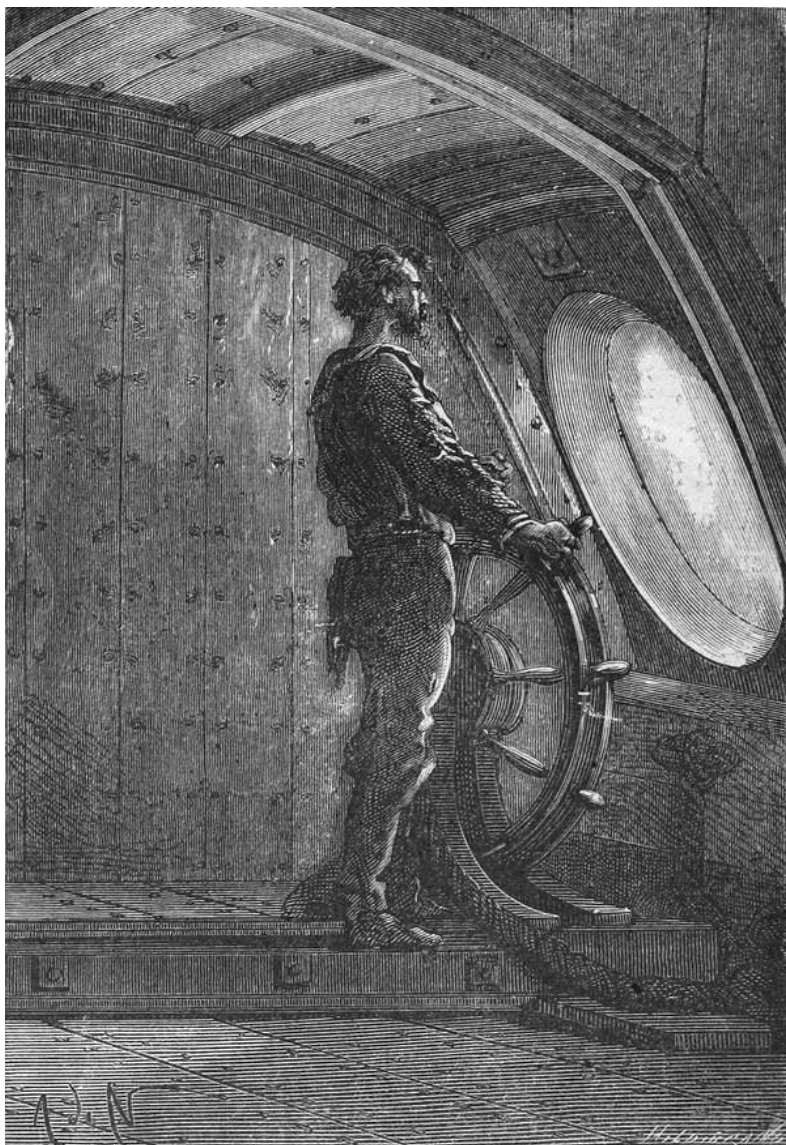
—Ahora —dijo el capitán Nemo—, busquemos nuestro paso.

Unos cables eléctricos conectaban la torreta del timonel a la sala de máquinas, y desde allí, el capitán podía comunicar simultáneamente a su *Nautilus* el rumbo y el movimiento. Apretó un botón metálico y, al punto, la velocidad de la hélice disminuyó notablemente.

Yo miraba en silencio la alta y muy escarpada muralla junto a la que pasábamos en aquel momento, inmovible cimientado del macizo arenisco de la costa. La bordeamos durante una hora, a unos metros de distancia solamente. El capitán Nemo no perdía de vista el compás suspendido en la cabina por sus dos círculos concéntricos. A un simple gesto suyo, el timonel modificaba a cada instante la dirección del *Nautilus*.

Yo me había colocado en el ojo de buey de babor y podía ver magníficos basamentos de corales, zoófitos, algas y crustáceos agitando sus enormes patas que asomaban fuera de las anfractuosidades de la roca.

A las diez y cuarto, el propio capitán Nemo se hizo cargo del timón. Una vasta galería, negra y profunda, se abrió ante nosotros. El *Nautilus* se adentró por ella audazmente. En sus flancos se dejó sentir un zumbido desacostumbrado. Eran las aguas del mar Rojo, que la inclinación del túnel precipitaba hacia el Mediterráneo. El *Nautilus* seguía el torrente, rápido como una flecha, a pesar de los esfuerzos de su máquina, que, para resistir, batía las aguas a contrahélice.



El capitán Nemo se hizo cargo del timón

En las murallas estrechas del paso, yo no veía ya más que un rastro refulgente, líneas rectas, surcos de fuego trazados por la velocidad bajo el resplandor de la electricidad. Mi corazón palpitaba y yo intentaba refrenarlo con la mano.

A las diez y treinta y cinco minutos, el capitán Nemo abandonó

la rueda del gobernalle y, volviéndose hacia mí, me dijo:

—El Mediterráneo.

En menos de veinte minutos, el *Nautilus*, arrastrado por aquel torrente, acababa de atravesar el istmo de Suez.

VI

El Archipiélago griego [57]

El *Nautilus* emergió al amanecer del día siguiente, 12 de febrero. Yo me dirigí rápidamente a la plataforma. A tres millas al sur se dibujaba la vaga silueta de Pelusio. Un torrente nos había llevado de un mar al otro. Pero aquel túnel, fácil de descender, debía de ser impracticable en sentido contrario.

Hacia las siete, Ned y Conseil también acudieron. Los dos inseparables compañeros habían dormido plácidamente, sin preocuparse por las proezas del *Nautilus*.

—Bueno, señor naturalista —preguntó el canadiense con un tono ligeramente burlón—, ¿y el famoso Mediterráneo?

—Estamos flotando en su superficie, amigo Ned.

—¿Qué? —exclamó Conseil—. ¿Esta misma noche...?

—Sí, esta misma noche, en unos minutos, hemos franqueado ese istmo infranqueable.

—No me lo creo —respondió el canadiense.

—Pues mal hecho, señor Land —repuse—. Esta costa baja que va redondeándose hacia el sur es la costa egipcia.

—A otro con ese cuento, señor —replicó el empecinado canadiense.

—Puesto que el señor lo afirma —le dijo Conseil—, hay que creer al señor.

—Además, Ned, el capitán Nemo me hizo el honor de invitarme a ver su túnel, yo estaba a su lado, en la torreta del timonel, mientras que él mismo dirigía el *Nautilus* a través de ese estrecho paso.

—¿Lo está usted oyendo, Ned? —dijo Conseil.

—Y usted, Ned, que tiene tan buena vista —añadí—, puede ver las escolleras de Port Said que se adentran en el mar.

El canadiense miró atentamente.

—Es cierto —dijo—, tiene usted razón, profesor, y su capitán es un hombre de una pieza. Estamos en el Mediterráneo; bien, entonces vamos a hablar de nuestros asuntos, por favor, pero de manera que nadie nos pueda oír.

Vi claramente adónde quería ir a parar el canadiense. Fuera como fuese, pensé que era mejor hablar, si así lo deseaba, y los tres fuimos a sentarnos cerca del fanal, donde estábamos menos expuestos a recibir el húmedo rocío de las olas.

—Lo escuchamos, Ned —dije yo—. ¿Qué tiene usted que decirnos?

—Lo que tengo que decirles es muy sencillo —respondió el canadiense—. Estamos en Europa, y antes de que los caprichos del capitán Nemo nos lleven hasta el fondo de los mares polares o nos vuelvan a transportar a Oceanía, quiero abandonar el *Nautilus*.

Confieso que esa discusión con el canadiense siempre me causaba desasosiego. Yo no quería obstaculizar de ningún modo la libertad de mis compañeros y, sin embargo, tampoco sentía ningún deseo de abandonar al capitán Nemo. Gracias a él, gracias a su aparato, podía ir completando a diario mis estudios submarinos y reescribir mi libro sobre los fondos del mar en el interior mismo de su elemento. ¿Volvería a encontrar alguna vez otra ocasión como aquella de observar las maravillas del océano? ¡Por supuesto que no! De modo que no me podía hacer a la idea de abandonar el *Nautilus* antes de culminar nuestro ciclo de investigaciones.

—Amigo Ned —dije yo—, respóndame francamente. ¿Se aburre usted a bordo? ¿Lamenta usted que el destino lo haya puesto en manos del capitán Nemo?

El canadiense se quedó unos instantes sin responder. Después, cruzando los brazos, dijo:

—Sinceramente —dijo él—, no lamento este viaje submarino. Estaré contento de haberlo hecho; pero para haberlo hecho, es necesario que acabe. Así es como lo siento.

—Se acabará, Ned.

—¿Dónde y cuándo?

—Dónde, no lo sé. Cuándo, no podría decirlo; o, mejor dicho, supongo que se acabará cuando los mares ya no tengan nada más que enseñarnos. En este mundo, todo lo que empieza tiene que acabar necesariamente.

—Yo pienso como el señor —respondió Conseil—, y es bastante probable que tras haber recorrido todos los mares del globo, el capitán Nemo nos deje emprender el vuelo a todos.

—¡De vuelo, nada! —exclamó el canadiense— ¡Diga, más bien, el duelo!

—No exageremos, Ned —repliqué—. No tenemos nada que temer del capitán, pero tampoco comparto las ideas de Conseil. Hemos penetrado los secretos del *Nautilus*, y no tengo esperanzas de que su comandante vaya a devolvernos nuestra libertad y a resignarse a verlos correr el mundo con nosotros.

—Pero, entonces, ¿a qué está usted esperando? —preguntó el canadiense.

—A que se den las circunstancias que podamos y debamos aprovechar; es igual que sea dentro de seis meses que ahora.

—¡Sí, claro! —exclamó Ned Land—. ¿Y puede usted hacer el favor de decirme, señor naturalista, dónde estaremos dentro de seis meses?

—Tal vez aquí, tal vez en China. Ya sabe usted que el *Nautilus* es de muy buen andar. Atraviesa los océanos como una golondrina atraviesa los aires o un expreso los continentes. No tiene el más mínimo temor a los mares más frecuentados. ¿Quién nos dice que no va a acercarse a las costas de Francia, de Inglaterra o de América, en las que se podría intentar emprender la huida en condiciones tan favorables como aquí?

—Señor Aronnax —respondió el canadiense—, sus argumentos se tambalean por la base. Usted habla en futuro: «¡Estaremos allá! ¡Estaremos acá!». Yo hablo en presente: «Estamos aquí, y hay que aprovecharlo».

Ned Land me había acorralado con su lógica, y en ese terreno me sentía derrotado. Ya no sabía qué argumentos podía utilizar en mi defensa.

—Señor —prosiguió Ned—, supongamos, por muy imposible que sea, que el capitán Nemo le ofrece hoy mismo la libertad, ¿la aceptaría?

—No lo sé —respondí.

—¿Y si añade que la oferta que le hace hoy no la volverá a hacer más tarde, aceptaría?

Yo no respondí.

—¿Y qué piensa el amigo Conseil? —preguntó Ned Land.

—El amigo Conseil —respondió tranquilamente el digno muchacho—, el amigo Conseil no tiene nada que decir. Está absolutamente desinteresado sobre el particular. Al igual que su señor y su compañero Ned Land, es soltero. No lo esperan en su país ni mujer, ni padres, ni hijos. Está al servicio del señor, piensa como el señor, habla como el señor y, sintiéndolo mucho, no se debe contar con él para formar una mayoría. Solo hay dos personas en liza: el señor, por un lado, y Ned Land, por otro. Una vez dicho esto, el amigo Conseil escucha y está listo para anotar los tantos.

No pude evitar sonreír, al ver a Conseil aniquilar tan completamente su personalidad. En el fondo, el canadiense debía de estar encantado de no tenerlo en contra.

—Entonces, señor —dijo Ned Land—, puesto que Conseil no existe, discutamos entre nosotros dos. Yo he hablado y usted me ha escuchado. ¿Qué tiene usted que responder?

Evidentemente, había que concluir la discusión y las evasivas me repugnaban.

—Amigo Ned, aquí va mi respuesta. Usted tiene razón contra mí, y mis argumentos no pueden tenerse en pie contra los suyos. No hay que contar con la buena voluntad del capitán Nemo. La más elemental prudencia le prohíbe ponernos en libertad. Por el contrario, la prudencia exige que aprovechemos la primera ocasión que se presente para abandonar el *Nautilus*.

—Bien, señor Aronnax, eso es hablar con sensatez.

—Únicamente —añadí— quisiera hacer una observación, solo una. Es preciso que la ocasión sea seria. Es preciso que nuestra primera tentativa de evasión tenga éxito, pues, si fracasa, no volveremos a tener la posibilidad de intentarlo, y el capitán Nemo no nos perdonará.

—Todo eso es justo —respondió el canadiense—. Pero su observación se aplica a cualquier intento de huida, tanto dentro de dos años como de dos días. Por lo tanto, la cuestión sigue siendo la siguiente: si se presenta una ocasión favorable, hay que aprovecharla.

—De acuerdo. Y ahora, dígame, Ned, ¿qué entiende usted por ocasión favorable?

—Por ejemplo, una en que, durante una noche oscura, el

Nautilus se encuentre a poca distancia de una costa europea.

—¿E intentaría usted escaparse a nado?

—Sí, siempre que estuviéramos lo suficientemente cerca de una costa y el *Nautilus* navegara en superficie. No, si estuviéramos alejados y el navío sumergido.

—¿Y en ese caso...?

—En ese caso, intentaría apoderarme del bote. Sé cómo se maneja. Nos introduciríamos en el interior y, una vez desatornillado, volveríamos a la superficie, sin que ni siquiera se percatase de nuestra fuga el timonel, que está situado a proa.

—Bien, Ned. Atento, pues, a esa ocasión; pero no olvide que un fracaso sería nuestra perdición.

—No lo olvidaré, señor.

—Y ahora, Ned, ¿quiere usted saber todo lo que pienso acerca de su proyecto?

—Con mucho gusto, señor Aronnax.

—Pues bien, pienso, y no digo espero, pienso que esa ocasión favorable no se presentará.

—¿Por qué?

—Porque el capitán Nemo no puede pasar por alto que no hemos renunciado [58] a la esperanza de recobrar nuestra libertad y estará alerta, sobre todo en los mares que bañan las costas europeas.

—Opino igual que el señor —dijo Conseil.

—Ya veremos —respondió Ned Land, que sacudía la cabeza con determinación.

—Por lo pronto, Ned Land, dejémoslo así. Ni una palabra más sobre este asunto. El día en que esté usted listo, nos avisará y lo seguiremos. Tiene usted mi absoluta confianza [59].

Así acabó aquella conversación, que habría de tener más tarde tan graves consecuencias. Debo decir ahora que los hechos parecieron confirmar mis previsiones, para gran desesperación del canadiense. ¿Desconfiaba el capitán Nemo de nosotros en aquellos mares tan frecuentados, o quería solamente escapar a la vista de los numerosos navíos de todas las naciones que surcan el Mediterráneo? Lo ignoro, pero la mayor parte del tiempo se mantuvo entre dos aguas y mar adentro, alejado de las costas. O bien el *Nautilus* emergía, dejando asomar nada más que la torreta

del timonel, o bien se sumergía a grandes profundidades, pues entre el Archipiélago griego y el Asia Menor no llegamos a tocar fondo ni a dos mil metros.

Así es que no supe que nos encontrábamos junto a la isla de Cárpatos, una de las Espóradas, más que por estos versos de Virgilio que me citó el capitán Nemo, mientras indicaba un punto del planisferio:

*Est in Carpathio Neptuni gurgite vates
Cæruleus Proteus... [60].*

Efectivamente, era la antigua morada de Proteo, el viejo pastor de los rebaños de Neptuno, actualmente isla de Escarpanto, situada entre Rodas y Creta. Solo pude ver su basamento granítico a través del panel del salón.

Al día siguiente, 14 de febrero, decidí emplear algunas horas en el estudio de los peces del archipiélago, pero, por alguna razón desconocida, los paneles permanecieron herméticamente cerrados. Al observar el derrotero del *Nautilus*, me di cuenta de que navegaba hacia Candía, la antigua isla de Creta. En el momento en que me había embarcado en la *Abraham Lincoln*, la isla entera acababa de rebelarse contra el despotismo turco [61]. Pero ignoraba por completo qué había ocurrido con la insurrección desde entonces; y el capitán Nemo, privado de toda comunicación con la tierra, no era quien me podría haber informado.

Por consiguiente, cuando me encontré a solas con él en el salón aquella noche, no hice ninguna mención de este suceso. Además, me pareció taciturno, preocupado. Luego, contrariamente a sus costumbres, ordenó abrir los dos paneles del salón y, yendo de uno al otro, se dedicó a observar atentamente la masa de las aguas. No podía adivinar qué razón le inducía a ello, así que me dediqué a estudiar los peces que pasaban ante mis ojos.

Entre otros, observé unos góbidos afias, citados por Aristóteles y conocidos vulgarmente con el nombre de «chanquetes», que se encuentran sobre todo en las aguas saladas cercanas al delta del Nilo [62]. Junto a ellos, avanzaban pargos semifosforescentes, especie de espáridos que los egipcios clasificaban entre los animales sagrados; su llegada a las aguas del río, cuyo fecundo

desbordamiento anunciaban, era festejada mediante ceremonias religiosas. Observé igualmente unos queilinos de treinta centímetros de longitud, peces óseos de escamas transparentes, cuyo color lívido está salpicado de manchas rojas; son grandes devoradores de vegetales marinos, lo que les confiere un sabor exquisito; los queilinos eran muy apreciados por los gastrónomos de la antigua Roma, y sus vísceras preparadas con lechaza de morenas, sesada de pavo real y lenguas de fenicópteros componían un plato divino que encantaba a Vitelio [63].

Otro habitante de esos mares atrajo mi atención y me hizo rememorar todos los recuerdos de la Antigüedad. Se trataba de la rémora, que viaja adherida al vientre de los tiburones; según los antiguos, ese pececillo podía detener la navegación de un buque al adosarse a su carena, y fue una rémora la que facilitó la victoria de Augusto en la batalla de Accio, al retener el navío de Antonio [64]. ¡De lo que dependen los destinos de las naciones! Observé ejemplares, igualmente admirables, de tres colas, que pertenecen al orden de los lutiánidos, peces sagrados para los griegos, que les atribuían el poder de alejar a los monstruos marinos de las aguas que frecuentaban; *anthías*, su nombre griego, significa «flor», y lo justifican sus colores tornasolados, sus matices que abarcan toda la gama del rojo, desde la palidez del rosa hasta el resplandor del rubí, y los reflejos fugaces que despedía su aleta dorsal. No podía apartar la vista de aquellas maravillas del mar, cuando, de repente, una aparición inesperada me sobresaltó.

En medio de las aguas, apareció un hombre, un buzo que llevaba atada a su cintura una bolsa de cuero. No era un cuerpo abandonado a merced de las aguas. Aquel hombre estaba vivo, nadaba vigorosamente y desaparecía a veces para tomar aire en la superficie, sumergiéndose después inmediatamente.

Me volví hacia el capitán y con emoción en la voz, exclamé:

—¡Un hombre! ¡Un náufrago! ¡Hay que salvarlo a toda costa!



inmediatamente a la superficie del mar y no reapareció.

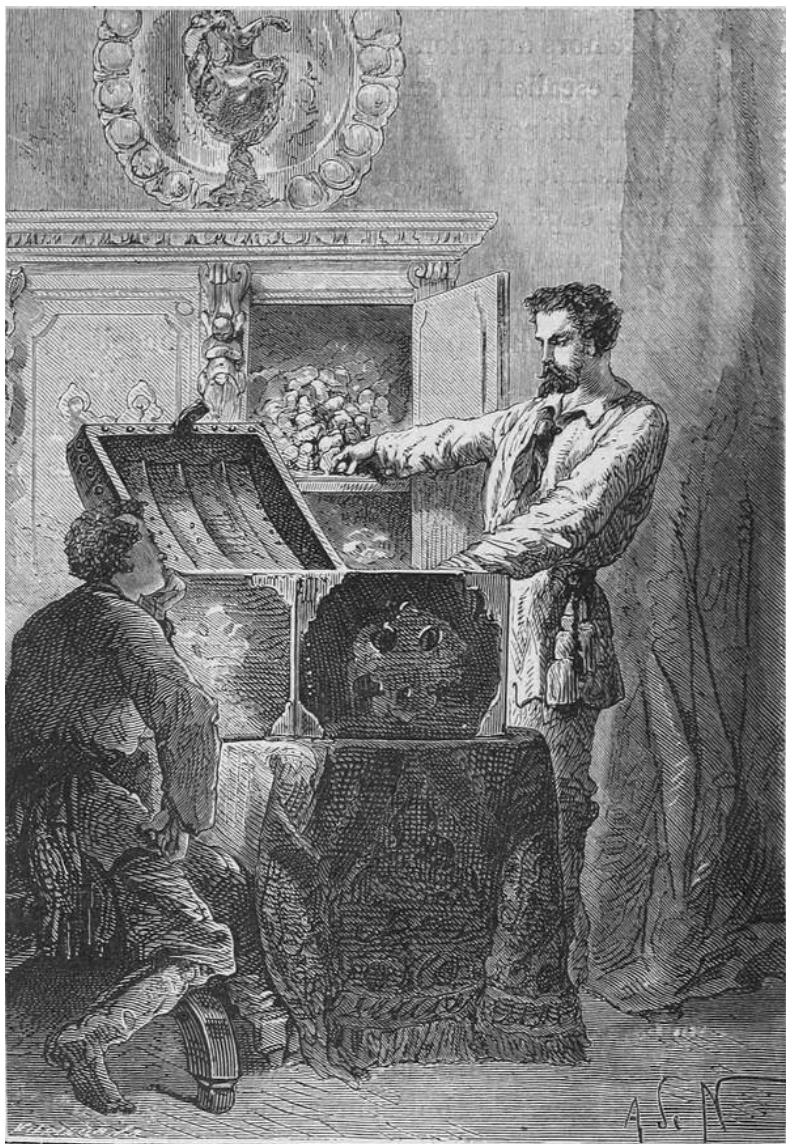
—No se preocupe —me dijo el capitán—. Es Nicolás, del cabo de Matapán [65], apodado «el *Pesce*». Es bien conocido en todas las Cícladas [66]. ¡Un buzo muy audaz! El agua es su elemento, vive en ella más que en tierra y va continuamente de una isla a otra, e incluso a Creta.

—¿Lo conoce usted, capitán?

—¿Y por qué no, señor Aronnax?

Después de decir eso, el capitán Nemo se dirigió hacia un mueble situado junto al panel de babor del salón. Cerca del mueble, vi un cofre enarcado de hierro, cuya tapa llevaba en una placa de cobre la inicial del *Nautilus*, con su divisa *Mobilis in mobili*.

En esos momentos, el capitán, sin preocuparse de mi presencia, abrió el mueble, una especie de caja fuerte que contenía un gran número de lingotes.



El capitán Nemo abrió el mueble

Eran lingotes de oro. ¿De dónde procedía aquel precioso metal, que representaba una suma enorme? ¿Dónde recogía el capitán el oro, y qué iba a hacer con él?

No pronuncié ni una palabra. Solo me quedé mirando. El capitán Nemo sacó uno por uno los lingotes y los fue colocando

cuidadosamente en el cofre hasta que lo llenó. Calculé que contendría más de mil kilogramos de oro, es decir: cerca de cinco millones de francos.

El capitán cerró herméticamente el cofre y escribió en la tapa una dirección en caracteres que debían de pertenecer al griego moderno.

Al acabar, el capitán Nemo pulsó un botón, cuyo cable comunicaba con el puesto de la tripulación. Aparecieron cuatro hombres y empujaron el cofre al exterior del salón, no sin trabajo. Después, oí cómo lo izaban por medio de palancas a la escala de hierro.

En ese momento, el capitán Nemo se volvió hacia mí:

—¿Decía usted, profesor? —me preguntó.

—No decía nada, capitán.

—Entonces, señor, si me lo permite, le deseo buenas noches.

Inmediatamente después, el capitán Nemo salió del salón.

Regresé a mi camarote muy intrigado, como podrá comprenderse. Intenté dormir, pero fue en vano. Pensaba en qué relación habría entre la aparición del buzo y el cofre lleno de oro. Enseguida me di cuenta, por unos movimientos de cabeceo y balanceo, de que el *Nautilus* dejaba las capas inferiores del mar y emergía a la superficie de las aguas.

Luego, oí un ruido de pasos en la plataforma. Comprendí que estaban soltando y arriando el bote. Golpeó un instante los costados del *Nautilus*, y cesaron los ruidos.

Dos horas después, se reprodujeron los mismos golpes, las mismas idas y venidas. Tras izar el bote a bordo, lo ajustaban otra vez a su cavidad, y el *Nautilus* volvía a sumergirse bajo las aguas.

Por lo tanto, aquellos millones habían alcanzado su destino. ¿Qué punto del continente? ¿Quién era el corresponsal del capitán Nemo?

Al día siguiente, relaté a Conseil y al canadiense los sucesos de la noche anterior, que excitaban mi curiosidad al máximo. Mis compañeros no parecieron menos sorprendidos que yo.

—¿Pero dónde consigue esos millones? —preguntó Ned Land.

A eso no había respuesta posible. Regresé al salón tras haber almorzado, y me puse a trabajar. Hasta las cinco de la tarde, estuve redactando mis notas. Estaba ocupado en eso y, sin saber si debía

atribuirlo a una indisposición personal, sentí un calor extremadamente intenso y tuve que quitarme el traje de biso. Era un efecto incomprensible, pues no nos encontrábamos en latitudes muy altas y, además, el *Nautilus*, al estar sumergido, no tenía por qué experimentar aumento alguno de temperatura. Consulté el manómetro, que marcaba una profundidad de sesenta pies, a la que no habría podido llegar el calor atmosférico.

Continué con mi trabajo, pero la temperatura se elevó hasta el punto de ser intolerable.

«¿Habrà fuego a bordo?», me preguntaba.

Iba a salir del salón, cuando el capitán Nemo entró. Se aproximó al termómetro, lo consultó y, volviéndose hacia mí, dijo:

—Cuarenta y dos grados.

—Ya me doy cuenta, capitán —respondí—, y por poco que este calor aumente no podremos aguantarlo.

—¡Oh!, profesor, el calor solo aumentará si así lo queremos.

—¿Puede usted controlarlo?

—No, pero puedo alejarme del foco que lo genera.

—Por tanto, ¿procede del exterior?

—Desde luego. Estamos navegando en una corriente de agua hirviendo.

—¿Es posible? —exclamé.

—Mire.

Se abrieron los paneles y vi el mar enteramente de color blanco en torno al *Nautilus*. Un humo de vapores sulfurosos se desprendía en medio de las aguas, que hervían como el agua de una caldera. Apoyé mi mano en uno de los cristales, pero el calor era tan intenso que tuve que retirarla.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—Cerca de la isla de Santorín, profesor —me respondió el capitán—; precisamente, en el canal que separa Nea Cameni de Paleá Cameni. He querido ofrecerle el curioso espectáculo de una erupción submarina.

—Yo creía que la formación de estas nuevas islas había terminado.

—Nada acaba en los parajes volcánicos —respondió el capitán Nemo—; el globo sigue estando trabajado por los fuegos subterráneos. Ya en el año 19 de nuestra era, según Casiodoro y

Plinio, apareció en el mismo lugar donde se han formado recientemente esos islotes una isla nueva, Tía, la Divina. Después, se hundió bajo las aguas y volvió a aparecer en el año 69 para hundirse de nuevo. Desde esa época hasta nuestros días, el trabajo plutónico se detuvo. Pero, el 3 de febrero de 1866, un nuevo islote, al que se llamó Jorge I, emergió en medio de los vapores sulfurosos, cerca de Nea Cameni, y se soldó el 6 del mismo mes a esta. Siete días después, el 13 de febrero, apareció el islote de Afróesa, dejando entre Nea Cameni y este un canal de diez metros. Cuando se produjo el fenómeno, yo me encontraba en estos mares, por lo que he podido observar todas sus fases. El islote de Afróesa, de forma redondeada, medía trescientos pies de diámetro por treinta pies de altitud. Se componía de lavas negras y vítricas, mezcladas con restos feldespáticos. Por último, el 10 de marzo, un islote más pequeño, llamado Rea, apareció junto a Nea Cameni, y desde entonces, esos tres islotes, soldados entre sí, no forman más que una sola y única isla [67].

—¿Y el canal en el que nos encontramos en estos momentos? —pregunté.

—Aquí está —respondió el capitán Nemo, mostrándome una carta del Archipiélago—. Como puede ver, he añadido los nuevos islotes.

—¿No quedará algún día cegado ese canal?

—Es probable, señor Aronnax, pues, desde 1866, han surgido ocho pequeños islotes de lava frente al puerto de San Nicolás de Paleá Cameni. Es evidente, por lo tanto, que Nea y Paleá se unirán en un futuro no muy lejano. Si en medio del Pacífico son los infusorios los que forman los continentes, aquí son los fenómenos eruptivos. Vea, señor, vea el trabajo que se realiza bajo estas aguas.

Volví al cristal. El *Nautilus* había dejado de navegar. El calor era insoportable. Del blanco, el mar había pasado al rojo, coloración debida a la presencia de sales ferruginosas. Pese a que el salón estaba herméticamente cerrado, nos invadía un insoportable olor sulfuroso, y yo veía llamas escarlatas que, con su vivacidad, atenuaban los resplandores de la electricidad.

Estaba empapado en sudor, me asfixiaba, estaba a punto de cocerme. ¡Sí, la verdad es que sentía como si me estuviera cociendo!

—No podemos quedarnos más tiempo en esta agua hirviendo —

dije al capitán.

—No, no sería prudente —respondió el impasible Nemo.

Dio una orden, el *Nautilus* viró y se alejó de aquel brasero al que no podía desafiar impunemente. Un cuarto de hora más tarde, respirábamos en la superficie de las aguas.

Entonces, me vino a la mente la idea de que si Ned hubiera escogido aquellos parajes para llevar a cabo nuestra fuga, no habríamos salido vivos de aquel mar de fuego.

El día siguiente, 16 de febrero, dejábamos aquella cuenca donde se registran profundidades de tres mil metros entre Rodas y Alejandría, y el *Nautilus*, pasando frente a la isla de Cerigo [68], abandonaba el Archipiélago griego, tras haber doblado el cabo de Matapán.

VII

El Mediterráneo en cuarenta y ocho horas

El Mediterráneo, el mar azul por excelencia, el *Gran Mar* de los hebreos, el *Mar* de los griegos, el *Mare Nostrum* de los romanos, con sus orillas de naranjos, de áloes, de cactus, de pinos marítimos, perfumado por el aroma de los mirtos, rodeado de rudas montañas, saturado de un aire puro y transparente, pero incesantemente atormentado por los fuegos de la tierra, es un verdadero campo de batalla donde Neptuno y Plutón [69] aún se disputan el imperio del mundo. Allí, en sus orillas y en sus aguas, según Michelet, el hombre recobra fuerzas en uno de los climas más poderosos del globo.

Pero a pesar de su belleza, solo pude obtener una impresión rápida de esa cuenca, que se extiende en una superficie de dos millones de kilómetros cuadrados. Incluso me faltaron los conocimientos personales del capitán Nemo, pues aquel enigmático personaje no apareció ni una sola vez durante la travesía. Calculo que fueron seiscientas leguas aproximadamente las que el *Nautilus* recorrió en cuarenta y ocho horas, a gran velocidad, bajo aguas mediterráneas. Partimos la mañana del 16 de febrero de los parajes de Grecia y el 18, al despuntar el alba, habíamos atravesado el estrecho de Gibraltar.

Me pareció evidente que el Mediterráneo, abrazado entre las tierras de las que quería huir, desagradaba al capitán Nemo. Sus aguas y brisas le traían demasiados recuerdos, por no decir pesares. Allí carecía de la libertad de movimientos, de la independencia de maniobras que le permitían los océanos, y su *Nautilus* se sentía asfixiado entre las costas vecinas de África y de Europa.

Así pues, nuestra velocidad fue de veinticinco millas por hora, es decir: doce leguas de cuatro kilómetros. Huelga decir que, para gran decepción suya, Ned Land tuvo que renunciar a los proyectos de

evadirse. No podía utilizar el bote tal como navegábamos, a una velocidad de doce a trece metros por segundo. Abandonar el *Nautilus* en aquellas condiciones habría sido como saltar de un tren en marcha a esa velocidad, acto imprudente donde los hubiera. Además, el aparato solo emergía por las noches a la superficie del mar, para renovar su provisión de aire, y se dirigía únicamente según las indicaciones de la brújula y de la corredera.

Por lo tanto, solo vi del interior del Mediterráneo lo que el viajero de un expreso puede vislumbrar del paisaje que escapa ante sus ojos: los horizontes lejanos y no los primeros planos, que pasan como un relámpago. Sin embargo, Conseil y yo pudimos observar aquellos peces del Mediterráneo que la potencia de sus aletas mantenía unos instantes en las aguas del *Nautilus*. Permanecíamos al acecho ante los cristales del salón, y las notas que tomamos me permiten rehacer brevemente la vida ictiológica del Mediterráneo.

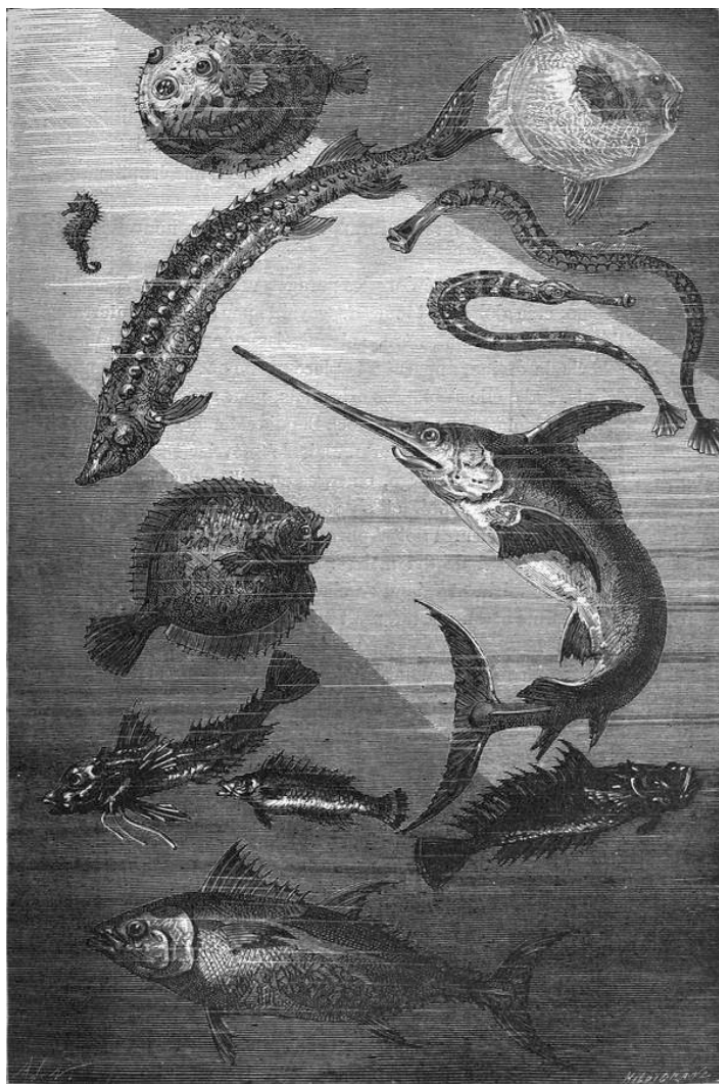
De los diversos peces que lo pueblan, vi algunos, pero solo entreví otros, sin hablar de los que la velocidad del *Nautilus* me escamoteó. Permítaseme, pues, que los clasifique siguiendo este orden fantasioso. Resumirá mejor mis rápidas observaciones.

En medio de la masa de las aguas intensamente iluminadas por las capas eléctricas, serpenteaban algunas lampreas de un metro de longitud, comunes en casi todos los climas; la corriente mecía, como si fueran grandes chales, a las cardadoras, especie de rayas de cinco pies de longitud, que tienen el vientre blanco y el lomo gris ceniza y moteado; otras rayas pasaban tan rápidamente que no podía reconocer si merecían el nombre de águilas que les dieron los griegos o los apelativos de rata, sapo y murciélago, con que las denominan los pescadores modernos; cazones, de doce pies de longitud, que competían en velocidad entre sí y que son especialmente temidos por los buceadores; zorros marinos, de ocho pies de longitud y dotados de un finísimo olfato, que aparecían como grandes sombras azuladas. También pasaron doradas, del género de los espáridos, de las que algunas medían hasta trece decímetros: aparecían engalanadas de plata y azul, rodeadas de franjas que destacaban sobre el tono sombrío de sus aletas. Eran peces antiguamente consagrados a Venus, y cuyos ojos están engastados en un anillo de oro; una especie preciosa, amiga de todas las aguas, dulces o saladas, habitante de los ríos, los lagos y

los océanos, vive en todos los climas y soporta todo tipo de temperaturas; una raza que se remonta a las épocas geológicas de la tierra y ha conservado toda la belleza de sus primeros días. Después, magníficos esturiones, de nueve a diez metros, animales de gran velocidad, que golpeaban con su caudal poderosa los cristales de los paneles, mostrando su lomo azulado con pequeñas salpicaduras marrones; se parecen a los escualos, cuya fuerza, empero, no igualan, y se encuentran en todos los mares; en primavera, gustan de remontar los grandes ríos y luchar contra las corrientes del Volga, del Danubio, del Po, del Rin, del Loira y del Óder; se alimentan de arenques, caballas, salmones y gádidos; aunque pertenecen a la clase de los cartilaginosos, son delicados; se comen frescos, secos, escabechados o salados, y en Roma se los llevaba triunfalmente a la mesa de los Lúculos [70]. Pero entre todos estos habitantes del Mediterráneo, los que mejor pude observar cuando el *Nautilus* se aproximaba a la superficie pertenecían al sexagésimo tercer género de los peces óseos. Eran atunes, escómbridos de lomo entre azul y negro, y vientre plateado; sus franjas dorsales despiden destellos de oro. Tienen fama de seguir la marcha de los navíos, cuya sombra fresca procuran bajo el tórrido cielo tropical, y no la desmintieron al acompañar al *Nautilus* como acompañaron otras veces a los bajeles de La Pérouse [71]. Durante largas horas, compitieron en velocidad con nuestro aparato. Yo no podía dejar de admirar a aquellos animales, auténticamente hechos para la carrera, con su cabeza pequeña, su cuerpo liso y fusiforme que en algunos rebasaba los tres metros, sus pectorales dotadas de un extraordinario vigor y sus caudales ahorquilladas. Nadaban en punta de flecha, como algunas bandadas de pájaros cuya rapidez igualaban, lo que hacía decir a los antiguos que no les resultaban extrañas la geometría y la estrategia. Pese a todo, no escapan a las persecuciones de los provenzales —que los aprecian como los apreciaban los habitantes de la Propóntide [72] y de Italia—, y estos preciosos animales se arrojan y perecen a millares, como ciegos y aturdidos, en las almadrabas marsellesas.

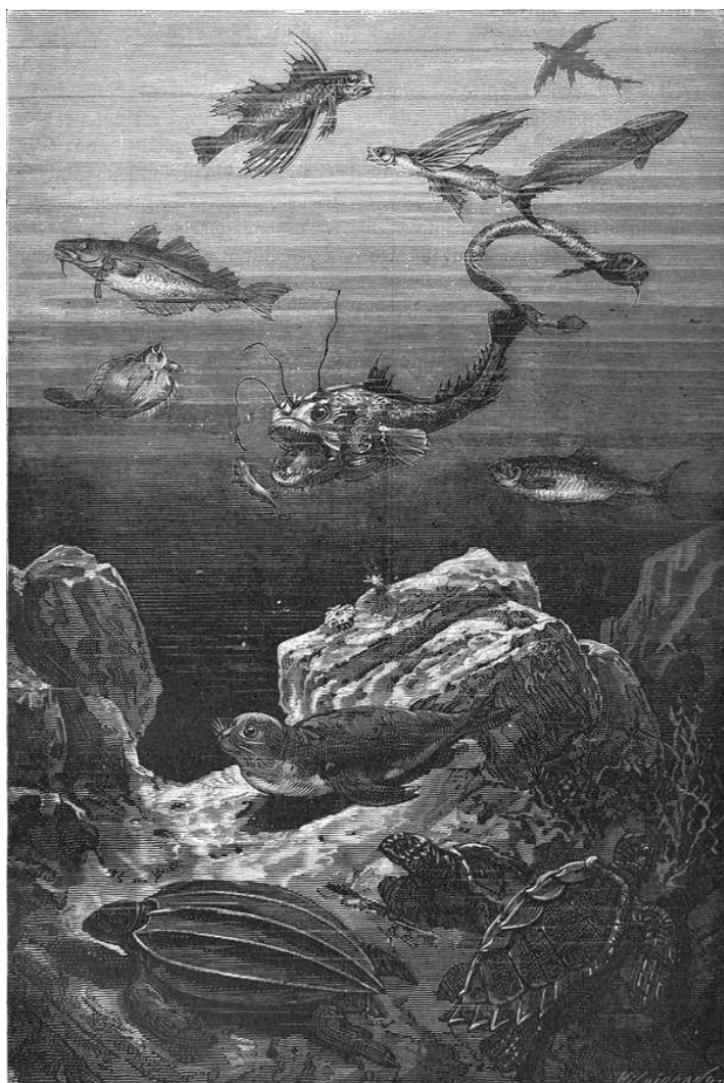
Para que conste, citaré también los peces del Mediterráneo que Conseil o yo solo pudimos entrever: blanquecinas rubiocas, que pasaban como inasequibles vapores; congrios, serpientes de tres a cuatro metros, revestidos de verde, azul y amarillo; merluzas,

gádidos de tres pies de longitud, cuyo hígado es un delicado manjar; cepolas o cintas, que flotaban como finas algas; garneos, que los poetas denominan peces lira, y los marinos peces silbadores, cuyo hocico está dotado de dos láminas, triangulares y dentadas, semejantes al instrumento del viejo Homero; bejeles, triglas que nadan con la misma velocidad con que vuela la golondrina, ave de la que han tomado su nombre científico [73]; meros, con la cabeza rojiza, cuya dorsal está guarnecida de filamentos; sábalos, salpicados de manchas negras, grises, marrones, azules, amarillas y verdes, que son sensibles al argentino tintineo de las campanillas [74]; espléndidos rodaballos, esos faisanes de mar, especie de rombos con aletas amarillentas, punteados de marrón, y cuya parte superior, a la izquierda, está generalmente surcada de marrón y de amarillo; y, por último, bandadas de admirables salmonetes, auténticas aves del paraíso de los océanos, que los romanos llegaban a pagar hasta a diez mil sestercios la pieza y hacían morir en su mesa, para seguir con crueldad sus cambios de color, desde el rojo cinabrio de la vida hasta el pálido blanco de la muerte [75].



La vertiginosa velocidad que propulsaba al *Nautilus* a través de aquellas aguas opulentas fue la culpable de que no pudiéramos observar más variedades de múlidos, ni rayas de espejos, ni peces ballesta, ni tetraodóntidos, ni caballitos de mar, ni chafarrocas [76], ni centríscidos, ni blénidos, ni lábridos, ni eperlanos, ni peces voladores, ni anchoas, ni brecas, ni bogas, ni besugos; tampoco vimos el resto de principales representantes del orden de los pleuronéctidos: las limandas, las platijas, los mendos, los lenguados y las sollas, comunes al Atlántico y al Mediterráneo.

En cuanto a los mamíferos marinos, creo haber reconocido, al pasar por mar abierto en el Adriático: dos o tres cachalotes con aleta dorsal, del género *Physeter*; algunos calderones, del género de los globicéfalos, característicos del Mediterráneo, que tienen la parte anterior de la cabeza marcada con pequeñas líneas claras [77]; también, una docena de focas de vientre blanco y pelaje negro, conocidas con el nombre de monjes, y que tienen todo el aspecto de dominicos de tres metros de longitud.



Por su parte, Conseil cree haber vislumbrado una tortuga de seis pies, adornada con tres aristas salientes dirigidas longitudinalmente. Lamenté no haber visto ese reptil, pues, por la descripción que me hizo Conseil de él, creí reconocer al laúd, una especie bastante rara. Por mi parte, solo pude observar algunas tortugas bobas, de caparazón alargado.

En cuanto a los zoófitos, pude admirar durante unos instantes una admirable galeloaria anaranjada que se adhirió al cristal del panel de babor; era un largo y tenue filamento que se arborizaba en ramas infinitas y rematadas por el más fino encaje que jamás hubiesen hilado las rivales de Aracne [78]. Desgraciadamente, no pude atrapar aquel admirable ejemplar. Además, me habrían pasado desapercibidos otros zoófitos mediterráneos de no ser porque, durante la noche del 16, el *Nautilus* acortó su velocidad. Estas son las circunstancias en que ocurrió.

Pasábamos entonces entre Sicilia y la costa de Túnez. En ese espacio angosto entre el cabo Bon y el estrecho de Mesina, el fondo del mar asciende casi de repente. Allí, se ha formado una auténtica cresta sobre la que no quedan más que diecisiete metros de agua, mientras que la profundidad es de ciento setenta metros a cada lado. Por lo tanto, el *Nautilus* tuvo que maniobrar prudentemente para no golpearse contra esa barrera submarina.

Mostré a Conseil el lugar que ocupaba ese largo arrecife en la carta del Mediterráneo.

—Si el señor me lo permite —observó Conseil—, es como un auténtico istmo que une Europa a África.

—Sí, muchacho —respondí yo—, obstruye por completo el estrecho de Libia, y los sondeos de Smith han demostrado que los continentes estaban en otros tiempos unidos entre el cabo Boeo y el cabo Farina [79].

—No lo dudo —respondió Conseil.

—Hay que añadir —continué yo—, que entre Gibraltar y Ceuta existe una barrera semejante, que en las eras geológicas cerraba completamente el Mediterráneo.

—¡Eh! —exclamó Conseil—. ¡Si alguna erupción volcánica volviera a elevar un día esas dos barreras por encima de las aguas...!

—No es muy probable, Conseil.

—En fin, permítame el señor que concluya, si se produjera ese fenómeno, sería enojoso para el Sr. De Lesseps, que tanto se afana por abrir su istmo.

—Estoy de acuerdo, pero te repito, Conseil, que ese fenómeno no se va a producir. La violencia de las fuerzas subterráneas va en progresiva disminución. Los volcanes, tan abundantes en los primeros días del mundo se van apagando paulatinamente; el calor interno se debilita, la temperatura de las capas inferiores del globo desciende de forma importante cada siglo, y todo ello en detrimento de nuestro planeta, pues ese calor es su vida.

—Sin embargo, el sol...

—El sol es insuficiente, Conseil. ¿Puede devolverle el calor a un cadáver?

—No, que yo sepa.

—Bien, amigo mío, la Tierra será algún día ese cadáver yerto. Será inhabitable y estará deshabitada como la Luna, que desde hace tiempo ha perdido su calor vital.

—¿Dentro de cuántos siglos? —preguntó Conseil.

—Dentro de unos centenares de miles de años, muchacho.

—Entonces —respondió Conseil—, tenemos tiempo de acabar nuestro viaje, siempre y cuando Ned Land no se meta de por medio.

Y Conseil, tranquilizado, se puso de nuevo a estudiar aquel bajío que el *Nautilus* casi rozaba a una velocidad moderada.

Allí, en un suelo rocoso y volcánico crecía toda una flora viva: esponjas; holoturias; cidípidos hialinos adornados de cirros rojizos y que emitían una ligera fosforescencia; beroes, vulgarmente conocidos con el nombre de «dedales de mar» y bañados en las irisaciones de un espectro solar; comátulas ambulantes, de un metro de anchura y cuya púrpura enrojecía las aguas; euríalas arborescentes de incomparable belleza; pavonarias, largas plumas de mar [80]; un gran número de erizos de mar comestibles, de especies variadas, y actinias verdes con el tronco grisáceo y el disco pardo, que se perdía en su cabellera de tentáculos verduscos.

Conseil se había ocupado más detenidamente de observar los moluscos y los articulados, y aunque la nomenclatura de estos sea un poco árida, no quiero desairar al buen muchacho omitiendo sus observaciones personales.

Dentro del tipo de los moluscos, cita: numerosas zamburiñas

pectiniformes; ostras rojas que se amontonaban unas encima de otras; coquinas triangulares; hías tridentadas, de pseudópodos amarillos y conchas transparentes; pleurobranquios anaranjados; óvulas punteadas o moteadas de puntos verduscos; aplisias, conocidas también por el nombre de liebres de mar; dolabelas; áceras carnosas; umbráculos, exclusivos del Mediterráneo; orejas de mar, cuya concha produce un nácar muy apreciado; zamburiñas flamígeras; luceros, que los del Languedoc, según se dice, prefieren a las ostras; almejas finas tan apreciadas por los marseleses; escupiñas dobles, blancas y gruesas; algunas *clams*, almejas que abundan en las costas de América del Norte y de las que tantas se consumen en Nueva York; volandeiras de colores variados; litodomas, hundidos en sus agujeros y cuyo sabor picante tanto apreciaba yo [81]; cárdidos esculpido, veneroides cuya concha, con la cúspide abombada, se distinguía por sus costillas prominentes; cintias, erizadas de tuberosidades de color escarlata; carinarias, de extremos encorvados y parecidas a ligeras góndolas; firolas coronadas; pímulas de concha espiraliforme; tetis grises, salpicadas de blanco y recubiertas por su mantilla festoneada; eólicas, similares a pequeñas babosas; cavolinias, que reptaban sobre su dorso; aurículas, y entre estas, la aurícula miosotis, de concha ovalada; escalarias leonadas; bígaros; jantinas; cinerarias; petrícolas; lamelarias; caperuzas; pandoras, etc.

En lo que hace a los articulados, Conseil los dividió muy correctamente en sus notas en seis clases, tres de las cuales pertenecen al mundo marino: se trata de los crustáceos, los cirrópodos y los anélidos.

Los crustáceos se subdividen en nueve órdenes; el primero de estos lo forman los decápodos, es decir, los animales que, por regla general, tienen la cabeza y el tórax soldados, cuyo aparato bucal está compuesto de varios pares de miembros y que poseen cuatro, cinco o seis pares de patas torácicas o ambulatorias. Conseil había seguido el método de nuestro maestro Milne-Edwards, que subdivide en tres secciones a los decápodos: los braquiuros, los macruros y los anomuros. Estos nombres resuenan con un eco ligeramente bárbaro, pero son exactos y precisos. Entre los braquiuros [82], Conseil cita los anamatías, cuya frente está armada con dos grandes espinas divergentes; el ínaco escorpión que

—ignoro el motivo— simbolizaba la sabiduría entre los griegos [83]; el lambro *massena* y el lambro espinoso, probablemente extraviados en aquellos altos fondos, ya que normalmente viven a grandes profundidades; xántidos; pilumnoides; romboides de largas patas; cangrejos reales, muy fáciles de digerir, según destaca Conseil; cangrejos enmascarados; ebalios; cimopolios; doripos velludos, etc. Entre los macruros — subdivididos en cinco familias: los acorazados, los excavadores, los astacáceos, los palemónidos y los esquizópodos— cita: las langostas comunes, cuya carne es tan apreciada, sobre todo la de las hembras; esciláridos, como los santiaguíños; los camarones y toda suerte de especies comestibles, pero no se refiere a la subdivisión de los astacáceos, que comprende los bogavantes, pues las langostas son los únicos bogavantes del Mediterráneo. Por último, entre los anomuros, vio dromias comunes, resguardadas tras la concha abandonada de la que se apoderan; cangrejos barbudos; cangrejos ermitaños, otros de porcelana, etc.

Ahí concluía el trabajo de Conseil. Le había faltado tiempo para completar la clase de los crustáceos mediante el examen de los estomatópodos, los anfípodos, los homópodos, los isópodos, los trilobites, los branquiópodos, los ostrácodos y los entomostráceos. Para acabar el estudio de los articulados marinos, habría tenido que citar la clase de los cirrópodos, que reúne a los ciclópodos y a los argúlidos, y la clase de los anélidos, que no habría dudado en clasificar en tubícolas y en dorsibranquios. Pero el *Nautilus*, tras haber rebasado el estrecho de Libia, recobró en aguas más profundas su velocidad usual. A partir de entonces, se acabaron los moluscos, los articulados y los zoófitos. Apenas algunos peces grandes que pasaban como sombras.

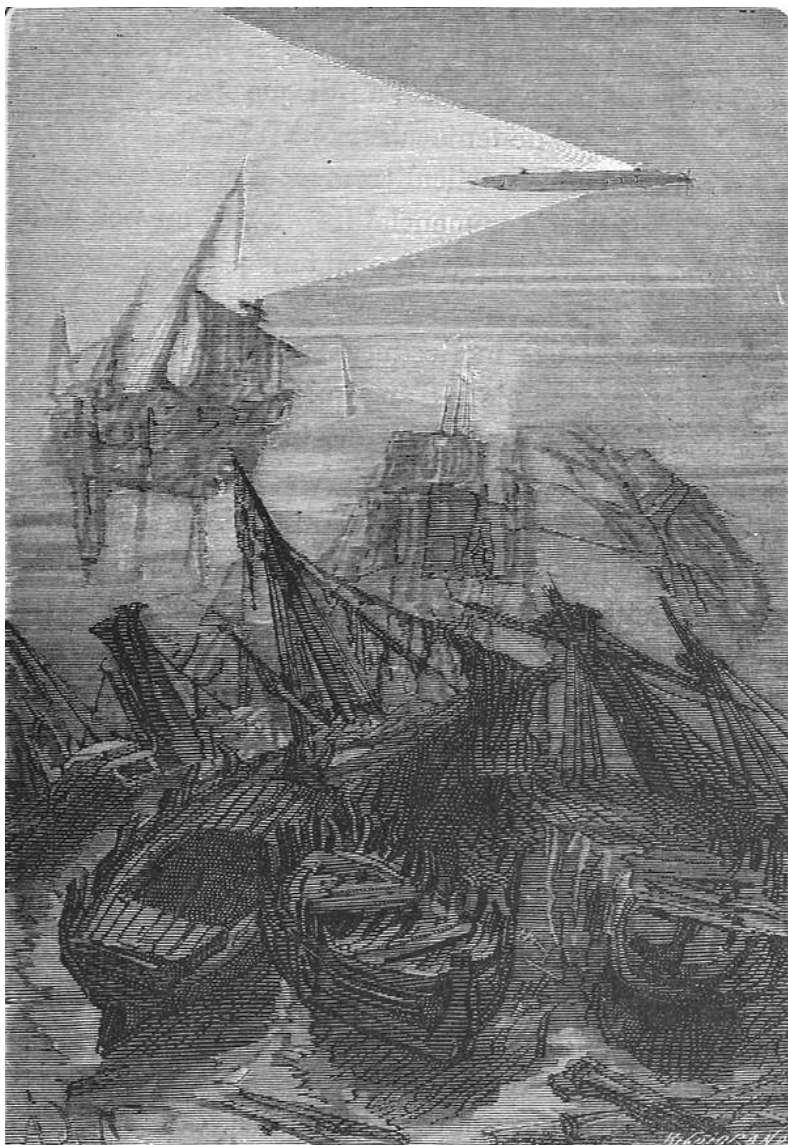
Durante la noche del 16 al 17 de febrero, habíamos entrado en esa especie de segunda cuenca mediterránea cuyas mayores profundidades aparecen a tres mil metros. El *Nautilus*, con el impulso de su hélice y deslizándose gracias a sus planos inclinados, se hundió hasta las últimas capas del mar.

Allí, a falta de maravillas naturales, la masa de las aguas ofreció a mis ojos numerosas escenas emocionantes y terribles. En efecto, atravesábamos entonces toda esa parte del Mediterráneo tan fecunda en siniestros. Desde la costa argelina a las orillas de

Provenza, ¡cuántos navíos han naufragado, cuántos barcos han desaparecido! El Mediterráneo no es más que un lago, comparado con las enormes extensiones líquidas del Pacífico, pero es un lago caprichoso, de aguas volubles; un día, propicio y acariciante para la frágil tartana que parece flotar entre el doble azul de las aguas y del cielo y, al día siguiente, iracundo, atormentado, desarbolado por los vientos, capaz de destrozar los navíos más fuertes con sus olas secas, que los zarandean con repetidos embates.

En aquel rápido paseo a través de las capas profundas, cuántos pecios vi que yacían en el fondo: unos, recubiertos ya de coral; otros, revestidos solamente por una capa de óxido; áncoras, cañones, balas, guarnimientos de hierro, ramas de hélices, piezas de máquinas, cilindros rotos, calderas reventadas; y después, cascos flotando entre dos aguas, unos hacia arriba y otros, tumbados.

De aquellos barcos naufragados, unos se habían hundido a causa de abordajes, otros, por haber embestido algún escollo de granito. Vi algunos que se habían ido a pique, con el mástil derecho, el aparejo enhiesto por el agua. Tenían aspecto de estar anclados en una inmensa rada abierta y de aguardar el momento de zarpar. Cuando el *Nautilus* pasaba entre ellos y los envolvía con sus haces eléctricos, parecía que los buques iban a saludarlo con su pabellón y enviarle su número de matrícula; pero no, tan solo reinaban el silencio y la muerte en aquel campo de catástrofes.



En el fondo yacían un gran número de siniestros pecios

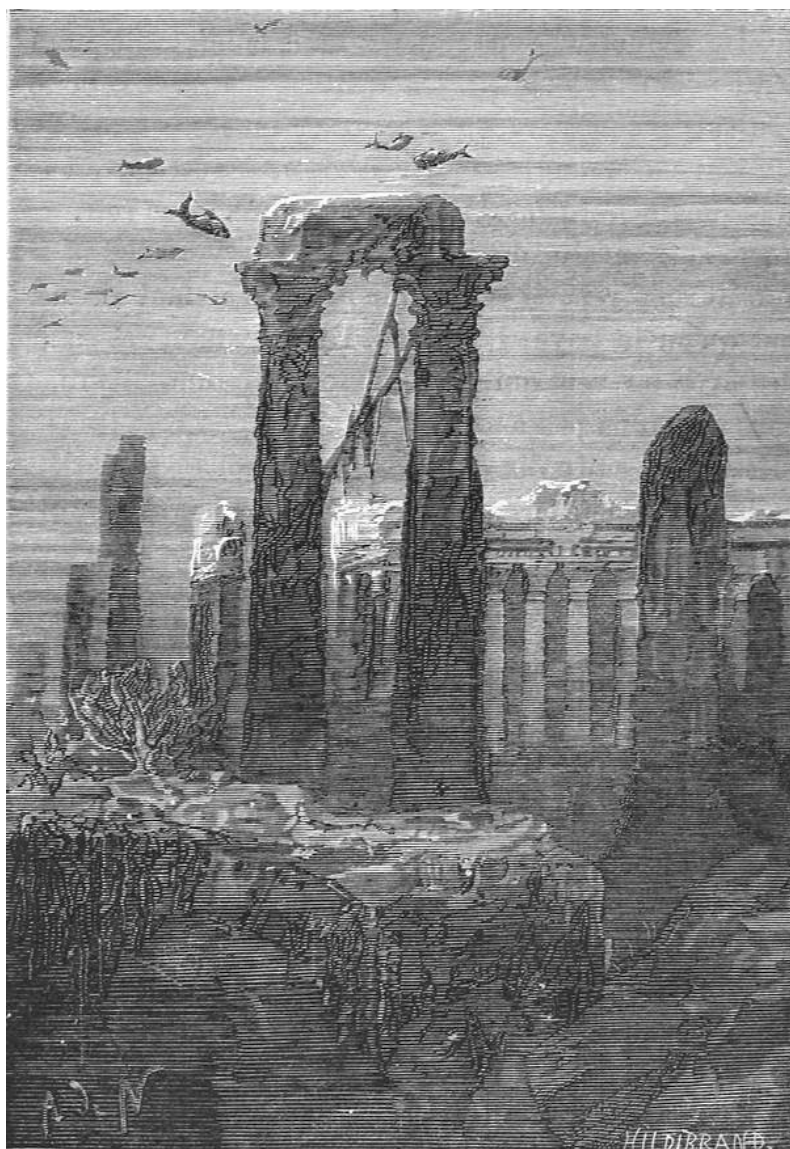
A medida que el *Nautilus* se aproximaba al estrecho de Gibraltar, observé que aquellos siniestros pecios eran más frecuentes en los fondos mediterráneos. Allí se acercan las costas de África y Europa, y en ese estrecho espacio los choques son frecuentes. Vi numerosas carenas de hierro, fantásticas ruinas de

vapores, unas tumbadas, otras verticales, parecidas a animales enormes. Uno de aquellos barcos, con sus flancos abiertos, su chimenea curvada, sus ruedas de las que solo quedaba la montura, su gobernalle separado del codaste y retenido aún por una cadena de hierro y su espejo de popa corroído por las sales marinas, tenía un aspecto terrible. ¡Cuántas existencias truncadas en su naufragio! ¡Cuántas víctimas arrastradas bajo las aguas! ¿Habría sobrevivido algún marinero de a bordo para contar aquel terrible desastre, o las aguas seguían guardando el secreto del siniestro? No sé por qué, me vino a la mente que el barco hundido bajo las aguas podría haber sido el *Atlas*, desaparecido desde hacía veinte años y del que jamás se había vuelto a oír nada [84]. ¡Ah, qué siniestra historia de los fondos mediterráneos se podría redactar: ese enorme osario donde se han perdido tantas riquezas, donde tantas víctimas han encontrado la muerte!

Mientras, el *Nautilus*, indiferente y rápido, avanzaba a toda máquina en medio de los restos. El 18 de febrero, hacia las tres de la mañana, se presentaba ante la entrada del estrecho de Gibraltar.

Se cruzan allí dos corrientes: una corriente superior, reconocida desde hace tiempo, que lleva las aguas del océano a la cuenca del Mediterráneo; después, hay una contracorriente inferior, cuya existencia ha quedado probada actualmente por deducción. En efecto, la suma de las aguas del Mediterráneo, en incesante aumento por las aguas del Atlántico y por los ríos que vierten sus aguas, debería de hacer crecer cada año el nivel del mar, pues su evaporación es insuficiente para restablecer el equilibrio. Ahora bien, esto no es así, y ha tenido que admitirse naturalmente la existencia de una corriente inferior que, por el estrecho de Gibraltar, vierte en la cuenca del Atlántico el exceso de agua del Mediterráneo.

Hecho exacto, sin duda. De esta contracorriente se aprovechó el *Nautilus* y avanzó rápidamente por el estrecho paso. Por un instante, pude entrever las admirables ruinas del templo de Hércules sumergido, según Plinio y Avieno [85], con la isla baja que le servía de sostén; unos minutos más tarde, flotábamos en aguas del Atlántico.

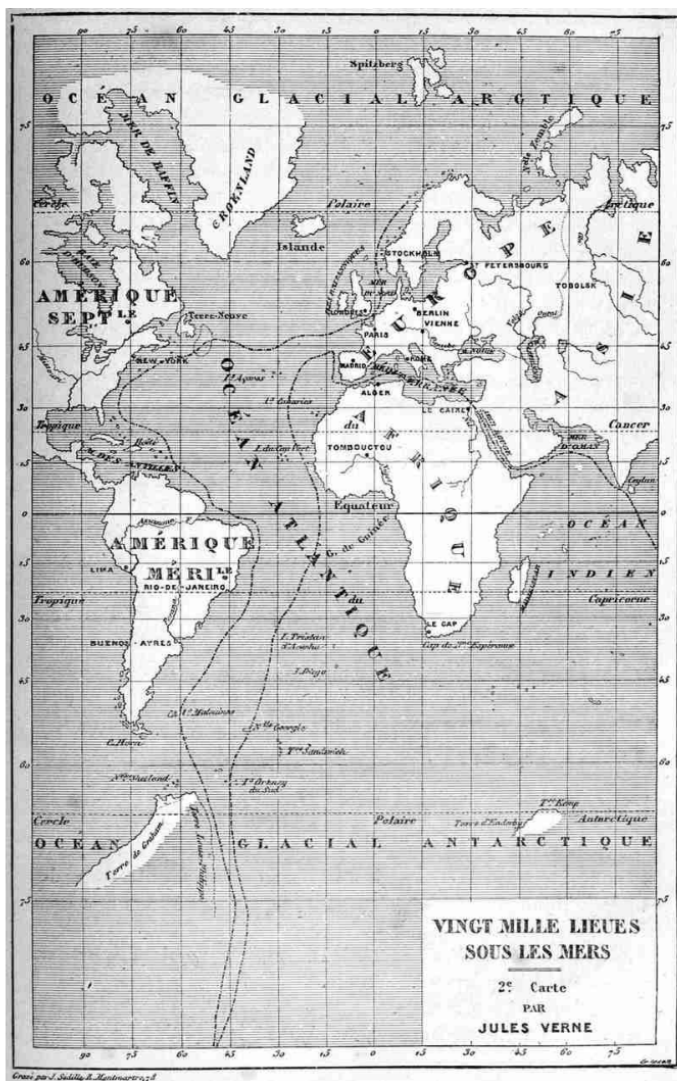


El templo de Hércules

VIII

La ría de Vigo

¡El Atlántico! Vasta extensión de agua que se extiende por una superficie de veinticinco millones de millas cuadradas: tiene nueve mil millas de longitud y una anchura media de dos mil setecientas. Mar importante, pero casi ignorado por los antiguos, salvo por los cartagineses tal vez, esos holandeses de la Antigüedad que en sus peregrinaciones comerciales seguían las costas occidentales de Europa y de África. Océano cuyas orillas de sinuosidades paralelas abarcan un perímetro inmenso, regado por los ríos más grandes del mundo: el San Lorenzo, el Misisipi, el Amazonas, el de la Plata, el Orinoco, el Níger, el Senegal, el Elba, el Loira, el Rin, que vierten las aguas de los países más civilizados y de los rincones más salvajes. Magnífica llanura, incesantemente surcada por los buques de todas las naciones, al amparo de todos los pabellones del mundo, y rematada en esas dos puntas terribles tan temidas por los navegantes: el cabo de Hornos y el cabo de las Tormentas [86] .



El *Nautilus* cortaba las aguas con el filo de su espolón, tras haber viajado cerca de diez mil leguas en tres meses y medio, recorrido superior a uno de los grandes círculos de la tierra. ¿A dónde nos dirigíamos? ¿Qué nos depararía el futuro?

Al salir del estrecho de Gibraltar, el *Nautilus* se había adentrado por mar abierto. Volvió a la superficie y pudimos proseguir con nuestros paseos cotidianos en la plataforma.

Subí inmediatamente, acompañado de Ned Land y de Conseil. A una distancia de doce millas, se distinguía vagamente el cabo de San Vicente, que forma la punta sudoeste de la península ibérica [87]. Soplaban un viento bastante fuerte del sur. La mar estaba gruesa, muy agitada, y sacudía al *Nautilus* con un violento balanceo. Era casi imposible mantenerse en la plataforma, a causa de los enormes muros de agua con que la azotaba el oleaje. Vista la situación, y tras haber aspirado unas bocanadas de aire fresco, volvimos a bajar.

Regresé a mi camarote, y Conseil al suyo; pero el canadiense, con semblante preocupado, me siguió. Nuestro rápido paso a través del Mediterráneo no le había permitido llevar a término sus proyectos, y a duras penas podía disimular su contrariedad.

Una vez cerrada la puerta de mi camarote, tomó asiento y me miró silencioso.

—Amigo Ned —le dije—, lo entiendo, pero no tiene usted nada que reprocharse. En las condiciones en que navegaba el *Nautilus*, pensar en abandonarlo habría sido una locura.

Ned Land no respondió nada. Su boca apretada y su ceño fruncido revelaban la violenta obsesión de una idea fija.

—Veamos —proseguí yo—, aún no tenemos que desesperar. Llevamos rumbo norte y vamos costeanado el litoral portugués. No muy lejos, se encuentran Francia e Inglaterra, donde hallaríamos fácilmente refugio. Si el *Nautilus*, al salir del estrecho de Gibraltar, hubiese puesto proa al sur, si nos hubiese llevado a esas regiones donde no hay continentes, yo compartiría sus preocupaciones; pero ahora sabemos que el capitán Nemo no huye de los mares civilizados, y creo que dentro de unos días podrá usted actuar con cierta seguridad.

Ned Land me miró más fijamente todavía y al fin despegó los labios:

—Será esta noche —dijo.

Me levanté de repente. Debo confesar que estaba poco preparado para oír lo que acababa de decir Ned. Habría querido responder al canadiense, pero no encontraba las palabras.

—Habíamos acordado esperar una oportunidad favorable —prosiguió Ned Land—. Aquí está. Esta noche estaremos a unas millas de la costa española. La noche será oscura. El viento sopla de mar adentro. Tengo su palabra y cuento con usted, señor Aronnax.

Como yo seguía callado, el canadiense se levantó y se acercó a mí:

—Esta noche, a las nueve —dijo él—. Conseil ya lo sabe. A esa hora, el capitán Nemo estará en su camarote y, probablemente, dormido. Ni los maquinistas ni el resto de la tripulación pueden vernos. Conseil y yo subiremos por la escalera central. Usted, señor Aronnax, se quedará en la biblioteca, a dos pasos de nosotros, esperando mi señal. Los remos, el mástil y la vela están en el bote. Incluso he conseguido llevar algunas provisiones. Me he procurado una llave inglesa para aflojar las tuercas que fijan el bote al casco del *Nautilus*. Así que lo tengo todo listo. ¡Hasta esta noche!

—Hay mala mar —repliqué.

—Es verdad —respondió el canadiense—. Pero es un riesgo que tenemos que correr. La libertad tiene su precio [88]. Además, la embarcación es sólida, y unas millas con viento favorable no serán insalvables. A lo mejor, mañana estaremos a cien leguas en alta mar, quién sabe. Si las circunstancias nos acompañan, entre las diez y las once habremos desembarcado en algún punto en tierra firme o estaremos muertos. Por lo tanto, que sea lo que Dios quiera y hasta esta noche.

Dicho eso, el canadiense se retiró, dejándome anonadado. Yo me había hecho a la idea de que, llegado el caso, tendría tiempo de reflexionar, de discutir. Mi terco compañero no me lo permitía. Y, después de todo, ¿qué podía replicarle yo? Ned Land tenía toda la razón del mundo. Era casi una circunstancia favorable y la aprovechaba. ¿Podía yo desdecirme de la palabra dada y asumir la responsabilidad de comprometer el futuro de mis compañeros por un interés absolutamente personal? ¿No era posible que al día siguiente el capitán Nemo nos llevara lejos de cualquier tierra?

En aquel momento, un fuerte silbido me indicó que los depósitos

estaban llenos, y el *Nautilus* se sumergió bajo las aguas del Atlántico.

Me quedé en mi camarote. Quería evitar al capitán para ocultar a sus ojos la emoción que me embargaba. Así pasé una triste jornada, entre el deseo de volver a poseer mi libre albedrío y el pesar de abandonar el maravilloso *Nautilus* con mis estudios submarinos inconclusos. ¡Dejar así ese océano, «mi Atlántico», como me gustaba llamarlo, sin haber observado sus capas más profundas, sin haberle arrancado esos secretos que me habían revelado los mares de las Indias y del Pacífico! Mi novela se me caía de las manos desde el primer volumen, mi sueño se interrumpía en el mejor momento. Qué angustiosos momentos transcurrieron de ese modo; tan pronto me veía a salvo, en tierra, con mis compañeros, como deseando, contra toda razón, que alguna circunstancia imprevista impidiera la realización de los proyectos de Ned Land.

Volví al salón dos veces. Quería consultar el compás y ver si el rumbo del *Nautilus* nos acercaba realmente a la costa o bien nos alejaba de ella. Pero no. El *Nautilus* se mantenía en aguas portuguesas. Se dirigía hacia el norte costearo las orillas del océano.

Por lo tanto, había que decidirse y prepararse a huir. Mi equipaje era ligero: únicamente mis notas.

En cuanto al capitán Nemo, me preguntaba yo qué pensaría de nuestra evasión, qué preocupaciones, qué perjuicios le podría ocasionar y qué haría en caso de que se descubriera o fracasara. Yo no tenía queja de él, al contrario. Jamás hubo una hospitalidad más franca que la suya. Al abandonarlo, no se me podía culpar de ingratitud. Ningún juramento nos ligaba a él. El capitán contaba con la fuerza de las cosas, pero no con nuestra palabra para tenernos por siempre junto a él. Su pretensión claramente confesada de retenernos eternamente como prisioneros a bordo justificaba todas nuestras tentativas [89].

No había vuelto a ver al capitán desde nuestra visita a la isla de Santorín. ¿Me llevaría el azar a su presencia antes de nuestra partida? Lo deseaba y, al mismo tiempo, lo temía. Me detuve a escuchar si lo oía caminar en el camarote contiguo al mío, pero no percibí ningún ruido. El camarote debía de estar desierto.

Empecé entonces a preguntarme si aquel extraño personaje

estaría a bordo. Desde la noche en que el bote había abandonado el *Nautilus* para realizar un servicio misterioso, mis ideas se habían modificado ligeramente respecto de él. Yo pensaba que, pese a todo lo que hubiera dicho, el capitán Nemo tenía que haber conservado con tierra firme algunas relaciones, fueran cuales fueran. ¿Nunca abandonaba el *Nautilus*? A menudo habían transcurrido semanas enteras sin que me hubiese encontrado con él. ¿Qué hacía durante ese tiempo? Cuando yo lo creía víctima de esos ataques de misantropía, ¿no llevaba a cabo lejos de allí algún acto secreto cuya finalidad aún se me escapaba?

Me asaltaron a la vez todas esas ideas y otras mil similares. El campo de las conjeturas no puede ser más que infinito en la extraña situación en que nos encontramos [90]. Yo experimentaba un malestar insoportable. Aquella jornada de espera me parecía eterna. Las horas pasaban demasiado lentamente para mi impaciencia.

Como siempre, la cena se me sirvió en mi camarote. Comí mal, por el exceso de preocupación. Acabé de comer a las siete. Ciento veinte minutos —los iba contando— me separaban todavía del momento en que tendría que encontrarme con Ned Land. Mi agitación se acrecentaba. Mi pulso latía con violencia. No podía permanecer quieto. Iba y venía, con la esperanza de calmar el estado de turbación de mi mente mientras deambulaba. La idea de perecer en nuestra temeraria empresa no era mi preocupación más acuciante; pero, al pensar que nuestro proyecto podía ser descubierto antes de haber abandonado el *Nautilus*, ante la perspectiva de ser llevado ante el capitán Nemo irritado o, lo que habría sido peor, entristecido por mi abandono, mi corazón palpitaba.

Quise volver a ver el salón una última vez. Me dirigí allí a través de los corredores y llegué a aquel museo en el que tantas horas provechosas y agradables había pasado. Miré todas las riquezas, todos los tesoros, como quien está en vísperas de un exilio eterno y parte para no regresar nunca. Aquellas maravillas de la naturaleza, aquellas obras maestras del arte, entre las que se concentraba mi vida desde hacía tantos días, las iba a abandonar para siempre. Habría querido hundir mi mirada en las aguas del Atlántico a través del cristal del salón, pero los paneles estaban herméticamente cerrados, y una pared de acero me separaba de ese océano que yo

aún no conocía.

Tras recorrer el salón, llegué junto a la puerta, situada en el chaflán que daba al camarote del capitán. Con gran extrañeza, vi que estaba entreabierta. Involuntariamente, di un paso atrás. Si el capitán Nemo estaba en su camarote, podía verme. Pero al no oír ningún ruido, me aproximé. El camarote estaba vacío. Empujé la puerta y entré. Allí reinaba el mismo ambiente severo, cenobial.

En ese instante, llamaron mi atención unos aguafuertes colgados de la pared y que yo no había observado durante mi primera visita. Eran retratos, retratos de esos grandes hombres de la Historia cuya existencia fue una perpetua devoción a una gran idea humana: Kosciuszko, el héroe caído al grito de *Finis Poloniae*; Bótsaris, el Leónidas de la Grecia moderna;

O'Connell,

el defensor de Irlanda; Washington, el fundador de la Unión americana; Manin, el patriota italiano; Lincoln, caído por la bala de un esclavista; y, por último, ese mártir de la causa de la liberación de la raza negra, John Brown, ahorcado en el patíbulo, tan terriblemente como lo dibujó el lápiz de Victor Hugo [91].

¿Qué relación existía entre aquellas almas heroicas y la del capitán Nemo? ¿Podría yo, por fin, despejar el misterio de su existencia gracias a esa colección de retratos? ¿Era el campeón de los pueblos oprimidos, el libertador de las razas esclavizadas? ¿Habría participado en las últimas conmociones políticas o sociales de este siglo? ¿Habría sido uno de los héroes de la terrible guerra americana, guerra lamentable, pero eternamente gloriosa?

De pronto, dieron las ocho en el reloj. El primer tañido de la campanilla me sacó de mis sueños. Me sobresalté, como si un ojo invisible hubiese podido sumergirse en lo más recóndito de mis pensamientos, y salí apresuradamente del camarote.

Mi mirada se detuvo en la brújula. Nuestro rumbo seguía siendo norte. La corredera indicaba una velocidad moderada, y el manómetro señalaba una profundidad de sesenta pies aproximadamente. Por lo tanto, las circunstancias favorecían los proyectos del canadiense.

Regresé a mi camarote. Me vestí con ropa de abrigo, botas de mar, gorro de nutria y casaca de biso forrada con piel de foca. Estaba listo. Esperaba. Las vibraciones de la hélice eran lo único

que perturbaba el profundo silencio que reinaba a bordo. Me concentré con la intención de escuchar, agucé el oído. ¿No me indicaría de repente algún grito que los proyectos de evasión de Ned Land acababan de ser descubiertos? Me invadió una preocupación mortal. En vano, intenté recobrar la sangre fría.

A las nueve menos unos minutos, pegué mi oído cerca de la puerta del capitán. Ningún ruido. Salí de mi camarote y volví al salón, que estaba sumergido en una especie de semioscuridad, pero desierto.

Abrí la puerta que comunicaba con la biblioteca. La misma claridad insuficiente y la misma soledad. Iba a apostarme junto a la puerta que daba a la caja de la escalera central. Esperaba la señal de Ned Land.

En ese momento, las vibraciones de la hélice disminuyeron sensiblemente; después cesaron del todo. ¿A qué obedecía ese cambio en la velocidad del *Nautilus*? ¿Favorecía aquella parada los planes de Ned Land o los obstaculizaba? No podía pronunciarme.

Tan solo los latidos de mi corazón rompían el silencio.

De pronto, se dejó sentir un ligero choque. Comprendí que el *Nautilus* acababa de detenerse en el fondo del océano. Mi inquietud aumentó. La señal del canadiense no llegaba. Tenía ganas de ir en busca de Ned Land para que aplazase su tentativa. Algo me decía que nuestra navegación ya no tenía lugar en las condiciones de costumbre.

En ese momento, se abrió la puerta del gran salón y apareció el capitán Nemo. Me vio y, sin más preámbulo, se dirigió a mí en tono amable:

—¡Ah, profesor! Lo estaba buscando. ¿Conoce usted la historia de España?

Por mucho que uno conociera a fondo la historia de su propio país, en las condiciones en que me encontraba, con el entendimiento turbado y la cabeza trastornada, no podría haber citado ni una palabra.

—¿Ha oído usted mi pregunta? —inquirió de nuevo el capitán Nemo—. ¿Conoce usted la historia de España?

—Muy mal —respondí.

—Vaya con los sabios —dijo el capitán—, resulta que no saben. Entonces, siéntese usted —añadió—, voy a contarle un curioso

episodio de esa historia.

El capitán se tendió en un diván; yo, espontáneamente, tomé asiento junto a él, en la penumbra.

—Profesor —me dijo—, preste atención. En cierto modo, esta historia le interesará, pues responde a una cuestión que sin duda no ha podido usted resolver.

—Lo escucho, capitán —dije, sin adivinar la intención de mi interlocutor y preguntándome si este incidente tenía algo que ver con mis proyectos de huida.

—Profesor —continuó el capitán Nemo—, si me lo permite, nos remontaremos al año 1702. No ignorará usted que en aquella época, su rey Luis XIV, creyendo que bastaba con un gesto de potentado para hacer desaparecer los Pirineos, había impuesto a los españoles como rey al duque de Anjou, su nieto. Ese príncipe, que reinó más o menos mal con el nombre de Felipe V [92], tuvo que enfrentarse a grandes dificultades exteriores.

»Y es que, el año anterior, las casas reales de Holanda, de Austria y de Inglaterra habían concluido en La Haya un tratado de alianza, con el objetivo de arrancar la corona de España a Felipe V para que la ciñera un archiduque, al que dieron prematuramente el nombre de Carlos III.

»España tuvo que resistir a aquella coalición. Pero carecía prácticamente de soldados y marineros, aunque no le faltaba el dinero, a condición, eso sí, de que sus galeones, cargados con el oro y la plata de América, atracaran en sus puertos. A finales de 1702, esperaba un rico convoy que Francia hacía escoltar por una flota de veintitrés navíos mandados por el almirante de Châteaurenault [93], ya que las marinas aliadas recorrían entonces el Atlántico.

»El convoy tenía que llegar a Cádiz, pero el almirante, al enterarse de que la flota inglesa surcaba aquellos parajes, decidió dirigirse a un puerto de Francia.

»Los comandantes españoles del convoy protestaron contra esta decisión. Querían que se les condujera a un puerto español, y que, si no podía ser Cádiz, fuese la ría de Vigo, situada en la costa noroeste de España, que no estaba bloqueada.

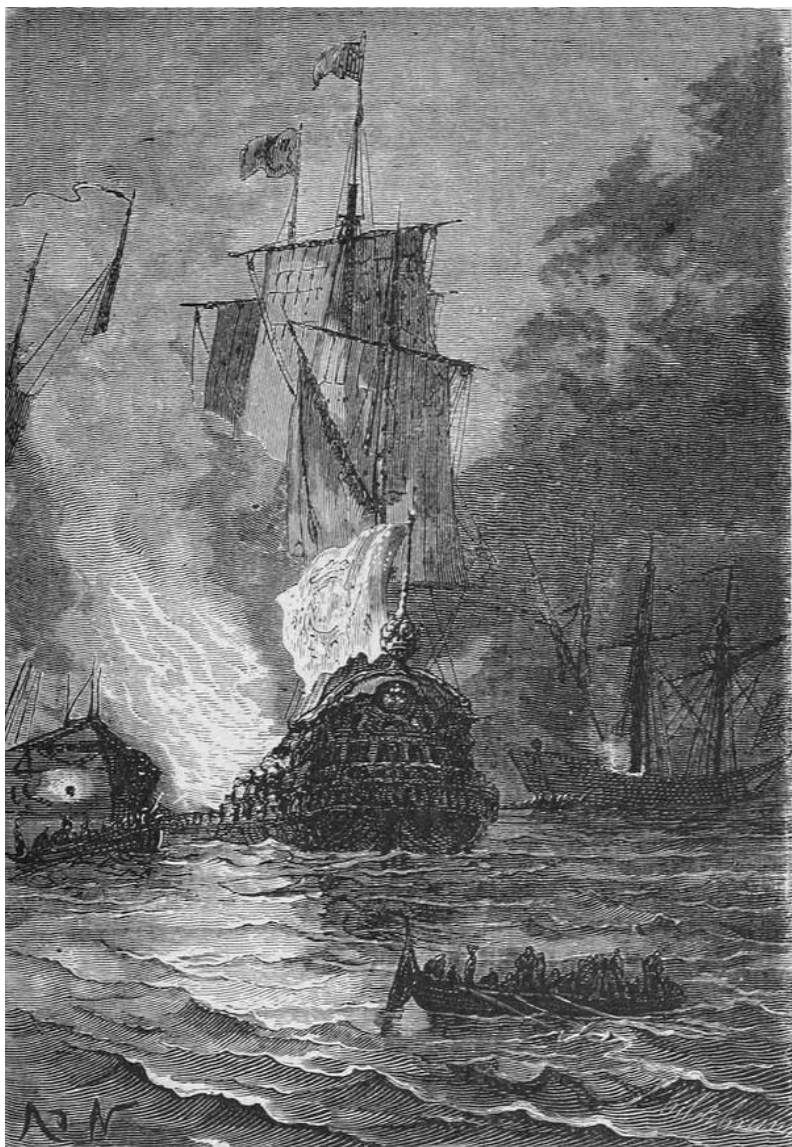
»El almirante de Châteaurenault tuvo la debilidad de acceder y los galeones entraron en la ría de Vigo.

»Desgraciadamente, esta ría forma una rada abierta que no puede ser defendida de manera alguna. Por consiguiente, era necesario apresurarse a descargar los galeones antes de la llegada de las flotas aliadas, y habría habido tiempo para efectuar el desembarco si no hubiera surgido de repente una desgraciada cuestión de rivalidad. ¿Va usted siguiendo el hilo de los acontecimientos? —me preguntó el capitán Nemo.

—Perfectamente —respondí, ignorando todavía por qué razón se me daba esta lección de historia.

—Continúo. Esto es lo que pasó: los comerciantes de Cádiz gozaban del privilegio de recibir todas las mercancías procedentes de las Indias Occidentales. Por eso, desembarcar los lingotes de los galeones en el puerto de Vigo era ir contra sus derechos. Se quejaron a Madrid y obtuvieron del débil Felipe V que el convoy, sin descargar, permaneciera secuestrado en la rada de Vigo hasta el momento en que las flotas enemigas se hubiesen alejado.

»Pero, mientras se adoptaba esta decisión, los barcos ingleses llegaron a la ría de Vigo el 22 de octubre de 1702. El almirante de Châteaurenault, a pesar de la inferioridad de sus fuerzas, luchó con valentía, pero cuando vio que las riquezas del convoy iban a caer entre las manos de los enemigos, incendió y hundió los galeones, que se tragó el mar con sus inmensos tesoros.



El almirante incendió y hundió los galeones

El capitán Nemo se había detenido. Confieso que todavía no veía yo en qué podía interesarme esta historia.

—¿Y bien? —le pregunté.

—Pues bien, señor Aronnax —me respondió el capitán Nemo—, nos encontramos en la ría de Vigo, y penetrar sus misterios solo

depende de usted.

El capitán se levantó y me pidió que lo siguiera. Yo había tenido tiempo de reponerme y obedecí. El salón estaba a oscuras, pero, a través de los cristales transparentes, las aguas centelleaban. Me quedé mirando.

En torno al *Nautilus*, en un radio de media milla aproximadamente, el mar aparecía impregnado de su luz eléctrica. El fondo arenoso se veía nítida y claramente. Algunos hombres de la tripulación, vestidos con escafandras, se ocupaban de limpiar toneles medio podridos y cajas desvencijadas, en medio de restos ennegrecidos. De las cajas y barriles rebosaban lingotes de oro y de plata, cascadas de piastras y joyas que alfombraban la arena. Después, cargados con ese precioso botín, los hombres regresaban al *Nautilus*, depositaban su carga y reanudaban su inagotable pesca de plata y oro.



De las cajas y barriles rebosaban lingotes

Entonces lo entendí todo. Estábamos en el lugar de la batalla del 22 de octubre de 1702. Allí mismo se habían hundido los galeones cargados por cuenta del Gobierno español. Allí, el capitán Nemo venía a recoger, a medida que lo necesitaba, los millones con los que lastraba el *Nautilus*. Era a él, a él solo a quien América había

entregado esos preciosos metales. Era el heredero directo y universal de esos tesoros arrancados a los Incas y a los vencidos por Hernán Cortés [94].

—¿Sabía usted —me preguntó sonriente— que el mar contenía tantas riquezas, profesor?

—Sabía —respondí yo— que se calcula en dos millones de toneladas la plata que tienen sus aguas en suspensión.

—Efectivamente, pero para extraer esa plata los gastos serían superiores a los beneficios. Aquí, por el contrario, no tengo más que recoger lo que los hombres han perdido, y no solamente en esta ría de Vigo, sino también en otros mil lugares, escenarios de naufragios que han quedado marcados en mi carta submarina. ¿Entiende usted ahora por qué soy inmensamente rico?

—Sí, ahora lo entiendo, capitán. Sin embargo, permítame decirle que al explotar precisamente esta ría de Vigo, no ha hecho usted sino adelantarse a los trabajos de una empresa rival.

—¿Cuál?

—Una empresa que ha recibido del Gobierno español el privilegio de buscar los galeones hundidos. Los accionistas están engatusados por la posibilidad de obtener un enorme beneficio, pues se calcula en quinientos millones el valor de las riquezas naufragadas.

—¡Quinientos millones! —me respondió el capitán Nemo—. Allí estaban, pero ya no.

—En efecto —dije yo—. Un aviso a esos accionistas sería un acto de caridad, pero quién sabe si sería bien recibido. A menudo, lo que los jugadores lamentan por encima de todo no es tanto la pérdida de su dinero como la de sus locas esperanzas. Al fin y al cabo, me dan menos pena que esos miles de desgraciados a los que podrían haber sido de provecho tantas riquezas bien repartidas, que ya serán estériles para ellos.

No había acabado de lamentarme, cuando me di cuenta de que había herido al capitán Nemo.

—¡Estériles! —respondió con vehemencia—. ¿Cree usted, entonces, señor, que esas riquezas se han perdido, siendo yo quien las recoge? ¿Es por mí por quien me preocupo al recoger esos tesoros, según usted? ¿Quién le ha dicho que no hago yo buen uso de ellos? ¿Cree usted que yo ignoro que existen seres que sufren,

razas oprimidas en la tierra, miserables a los que consolar, víctimas que vengar? ¿Es que no comprende usted [95] ?...

El capitán Nemo se detuvo al pronunciar estas últimas palabras, lamentando quizá haber hablado de más. Pero yo había comprendido. Cualesquiera que fuesen los motivos que lo habían obligado a buscar la independencia bajo los mares, por encima de todo seguía siendo un hombre. Su corazón palpitaba aún por los sufrimientos de la humanidad, y su inmensa caridad se volcaba no solo con las razas esclavizadas sino también con los individuos.

¡Entonces comprendí a quién iban destinados esos millones expedidos por el capitán Nemo cuando el *Nautilus* navegaba en las aguas de la Creta insurrecta!

IX

Un continente desaparecido

Al día siguiente por la mañana, 19 de febrero, el canadiense entró en mi camarote. Yo esperaba su visita. Traía cara de estar muy contrariado.

—¿Qué tal, señor? —me dijo.

—Bueno, Ned, ayer el azar se conjuró contra nosotros.

—¡Sí! Precisamente, ese maldito capitán tuvo que pararse cuando íbamos a escapar de su barco.

—Sí, Ned, tenía que arreglar un asunto con su banquero.

—¡Su banquero!

—Bueno, más bien con su banco. Me refiero al océano, donde las riquezas están más seguras que en las arcas de cualquier estado.

Entonces, le conté al canadiense lo que había ocurrido en la víspera, con la secreta esperanza de persuadirlo de no abandonar al capitán; pero mi relato no tuvo más resultado que la queja, enérgicamente expresada por Ned, de no haber podido hacer por su cuenta un paseo por el campo de batalla de Vigo.

—En fin —dijo—, no está todo perdido. No es más que un arponazo fallido. En otra ocasión saldrá bien, y esta misma noche, si es preciso...

—¿Qué rumbo lleva el *Nautilus*? —pregunté.

—Lo ignoro —respondió Ned.

—Bien. A mediodía veremos nuestra posición.

El canadiense regresó junto a Conseil. Tras vestirme, pasé al salón. El compás no era muy tranquilizador. El rumbo del *Nautilus* era sursudoeste. Le dábamos la espalda a Europa.

Esperé con cierta impaciencia a que marcaran la posición en la carta. Hacia las once y media, los depósitos se vaciaron y nuestro aparato regresó a la superficie del océano. Acudí corriendo a la plataforma. Ned Land se me había adelantado.

No había tierra a la vista. Solo la inmensidad del mar. Algunas velas en el horizonte, de esas que, sin duda, van a buscar hasta el cabo de San Roque los vientos favorables para doblar el cabo de Buena Esperanza. El cielo estaba cubierto. Se preparaba una fuerte marejada.

Ned, furioso, intentaba escrutar el horizonte lleno de brumas. Seguía esperando que, tras toda aquella niebla, se extendiera la tierra tan anhelada.

A mediodía, el sol apareció un instante. El segundo aprovechó el claro para tomar la altura. Después, al encrespase el mar, volvimos a bajar, y se cerró de nuevo la escotilla.

Una hora después, cuando consulté la carta, vi que la posición del *Nautilus* estaba marcada a

16° 17'

de longitud y

33° 22'

de latitud, es decir: a ciento cincuenta leguas de las costas más cercanas [96]. No valía la pena ni siquiera pensar en escapar, y es fácil de imaginar qué ataque de cólera se apoderó del canadiense cuando le di a conocer nuestra situación.

Por mi parte, yo no me preocupé más de lo normal [97]. Me sentí aliviado del peso que me oprimía, y pude reanudar con relativa calma mis trabajos habituales.

Por la noche, hacia las once, recibí la visita inesperada del capitán Nemo. Me preguntó con gran amabilidad si me sentía cansado por haber permanecido en vela la noche anterior. Respondí que no.

—Entonces, señor Aronnax, le propondré una curiosa expedición.

—Proponga, capitán.

—Hasta ahora ha visitado usted los fondos submarinos de día y con la luz del sol. ¿Le apetecería verlos en una noche oscura?

—Con sumo gusto.

—Le advierto que el paseo será agotador. Tendremos que caminar durante bastante tiempo y ascender una montaña. Los caminos no están muy bien mantenidos.

—Capitán, lo que me dice acentúa mi curiosidad. Estoy listo para seguirlo.

—Entonces, sígame, profesor, vamos a ponernos las escafandras.

Una vez en el vestuario, vi que ni mis compañeros ni ningún hombre de la tripulación iban a acompañarnos en la excursión. El capitán Nemo ni siquiera me había propuesto que viniesen Ned o Conseil.

En un momento, nos pusimos nuestros aparatos. Nos colocamos a la espalda las botellas abundantemente cargadas de aire, pero las lámparas eléctricas no estaban preparadas. Se lo comenté al capitán.

—No nos serían de ninguna utilidad —respondió él.

Creí haber oído mal, pero no pude reiterar mi observación, pues la cabeza del capitán había desaparecido ya en su casco metálico. Acabé de ponerme el equipo, sentí que me colocaban en la mano un bastón con virola de hierro y unos minutos más tarde, tras la maniobra habitual, tocábamos fondo en el Atlántico a una profundidad de trescientos metros.

Se acercaba la medianoche. Las aguas estaban profundamente oscuras, pero el capitán Nemo me mostró a lo lejos un punto rojizo, una especie de gran resplandor que brillaba a dos millas alrededor del *Nautilus*. No podía saber qué era aquel fuego, qué materiales lo alimentaban, por qué y cómo se revivificaba en la masa líquida. En cualquier caso, nos iluminaba, aunque vagamente, pero pronto me acostumbré a aquellas tinieblas especiales, y comprendí que habría sido inútil llevar los aparatos Ruhmkorff.

El capitán Nemo y yo caminábamos uno junto al otro, directamente hacia el foco de luz. El suelo llano ascendía imperceptiblemente. Dábamos grandes pasos, ayudándonos por el bastón; pero nuestra marcha era lenta, pues los pies se nos hundían a menudo en una especie de mezclanza de fango y algas, plagada de cantos rodados.

Al tiempo que avanzábamos, oía una especie de chisporroteo por encima de la cabeza. A veces, el ruido aumentaba y producía un continuo burbujeo. Enseguida comprendí la causa. Era la lluvia que caía violentamente estrellándose en la superficie de las aguas. Instintivamente, pensé que me iba a calar. ¡Por el agua y en medio del agua! No pude evitar reírme con aquella idea disparatada. Pero, en realidad, con el grueso traje de la escafandra no se siente ya el líquido elemento, y uno se creería en medio de una atmósfera un

poco más densa que la atmósfera terrestre, eso es todo.

Tras una media hora de marcha, volvimos a pisar un suelo rocoso. Las medusas, los microscópicos crustáceos y las pennátulas lo iluminaban ligeramente con tenues resplandores fosforescentes. Entreveía montones de piedras cubiertos por millones de zoófitos y un desbarajuste de algas. A menudo resbalaba en aquella viscosa alfombra de fucos y, de no haber sido por el bastón, habría caído más de una vez. Al volverme, seguía viendo el fanal blanquecino del *Nautilus*, que empezaba a palidecer en la distancia.

Aquellos bloques pétreos que acabo de mencionar estaban dispuestos en el lecho oceánico con una regularidad que no podía explicarme. Vi unos gigantescos surcos que se perdían en la oscuridad lejana y cuya longitud escapaba a todo cálculo. Había, asimismo, otros detalles que me costaba aceptar. Me parecía que mis pesadas suelas de plomo aplastaban un yacimiento de osamentas que crujían con un ruido seco. ¿Qué era aquella enorme llanura que iba recorriendo? Habría querido preguntarle al capitán, pero su lengua de signos, que le permitía hablar con sus compañeros cuando lo seguían en sus excursiones submarinas, seguía siendo incomprensible para mí.

Mientras tanto, la rojiza claridad que nos guiaba aumentaba e inflamaba el horizonte. La presencia de ese fuego submarino me intrigaba en extremo. ¿Era alguna emanación eléctrica lo que así se manifestaba? ¿Iba a presenciar un fenómeno natural aún ignorado por los sabios de la tierra? ¿O quizá —pues este pensamiento atravesó mi mente— el resplandor estaba relacionado con la mano del hombre? ¿Era este quien avivaba el incendio? ¿Me iba a encontrar, en aquellas capas profundas, a compañeros, amigos del capitán Nemo, que vivían como él una extraña existencia y a los que iba a visitar? ¿Encontraría allí a toda una colonia de exiliados que, hartos de las miserias de la tierra, habían buscado y hallado la independencia en lo más profundo del océano? Todas esas ideas locas, inadmisibles, me perseguían, y con un estado de ánimo excitado sin cesar por la serie de maravillas que pasaban ante mis ojos, no me habría extrañado encontrar en el fondo del mar una de las ciudades submarinas con las que soñaba el capitán Nemo.

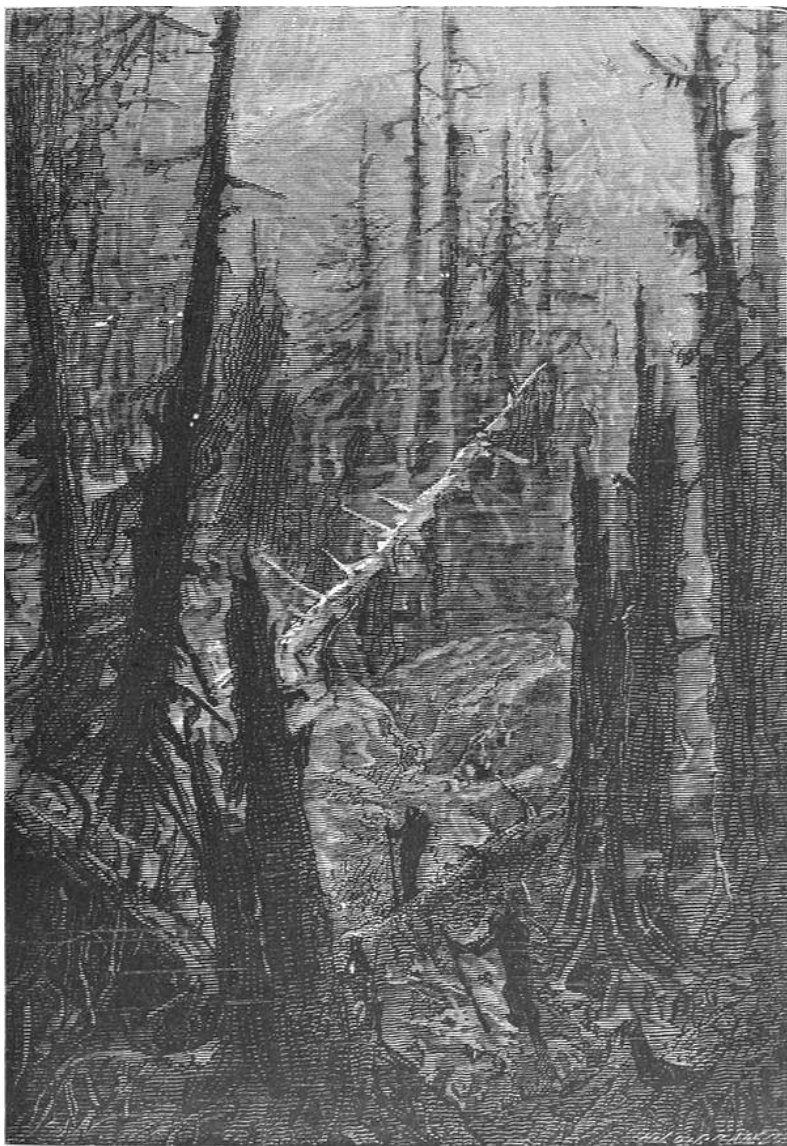
Nuestra ruta se volvía paulatinamente más clara. El resplandor blanquecino irradiaba en la cumbre de una montaña de unos

ochocientos pies de altitud. Pero lo que yo veía no era más que una simple reverberación trasladada por el cristal de las capas de agua. La fuente de aquella inexplicable claridad estaba en la vertiente opuesta de la montaña.

En medio de los laberintos de piedra que jalonaban el fondo del Atlántico, el capitán Nemo avanzaba sin vacilación. Conocía aquella oscura ruta. Sin duda la había recorrido con frecuencia y no podía perderse. Yo lo seguía con una confianza inquebrantable. Me parecía uno de los genios del mar, y cuando caminaba delante de mí, admiraba su alta estatura que se dibujaba sobre el fondo luminoso del horizonte.

Era la una de la madrugada. Habíamos llegado a las primeras pendientes de la montaña. Pero para abordarlas, fue preciso aventurarse por los difíciles senderos de un gran bosque.

¡Sí! Un bosque de árboles muertos, sin hojas, sin savia, árboles petrificados por la acción del agua; un bosque dominado por doquier por pinos gigantescos. Parecía una hullera todavía en pie, aferrada por sus raíces al suelo hundido y cuyo ramaje, a la manera de delicadas siluetas de cartón negro, se veía nítidamente sobre el techo formado por las aguas. Cabía imaginarse un bosque del Harz [98], asido a los flancos de una montaña, mas un bosque sumergido. Los senderos rebosaban de algas y fucos, entre los que pululaba una infinidad de crustáceos. Yo seguía caminando, trepando por las rocas, saltando los troncos caídos, rompiendo las lianas de mar que se balanceaban de uno a otro árbol, espantando a los peces que volaban de rama en rama. Entusiasmado, ya no sentía el cansancio. Iba tras mi guía, que no se cansaba [99] .



Un bosque de árboles muertos

¡Qué espectáculo! ¿Cómo describirlo? ¿Cómo dibujar el aspecto de aquellos bosques y roquedales en el medio líquido, con sus basamentos oscuros y feroces, sus cimas coloreadas de tonalidades rojas bajo la claridad que multiplicaba el reverberante poder de las aguas? Escalábamos por rocas que acto seguido se desprendían en

fragmentos enormes en medio de un sordo estruendo de avalancha. A la derecha y a la izquierda, se abrían tenebrosas galerías en las que se perdía la mirada. Después, pasábamos por grandes claros que la mano del hombre parecía haber despejado, y a veces me preguntaba si no iba a aparecer súbitamente algún habitante de aquellas regiones submarinas.

Pero el capitán Nemo seguía ascendiendo. Yo no quería quedarme atrás. Lo seguía intrépidamente. Mi bastón me prestaba una gran ayuda. Un paso en falso habría sido peligroso en aquellos estrechos desfiladeros que surcaban los flancos de los abismos; pero yo caminaba con paso firme y sin sentir la embriaguez del vértigo. Tan pronto saltaba una grieta cuya profundidad me habría hecho retroceder en medio de los glaciares de la tierra, como me aventuraba por el tronco vacilante de los árboles tendidos de un abismo a otro, sin mirar bajo mis pies, con los ojos puestos únicamente en los rincones salvajes de aquella región. Por allá, unas rocas monumentales que, inclinándose sobre sus bases irregularmente recortadas, parecían desafiar las leyes del equilibrio. Entre sus arqueadas raíces de piedra despuntaban los árboles como un surtidor, con una enorme presión, aguantando a los que los aguantaban a ellos mismos. Más adelante, unas torres naturales, amplios muros que caían a plomo como cortinas, se inclinaban en un ángulo que la ley de gravedad no habría permitido en la superficie de las regiones terrestres.

Yo mismo sentía la diferencia debida a la poderosa densidad del agua cuando, pese a llevar mi casco de cobre y mi pesado traje, y a calzar las suelas de metal, ascendía por unas pendientes de impracticable desnivel, franqueándolas, valga la imagen, con la agilidad de un corzo o de un gamo.

Al narrar esta expedición submarina, soy perfectamente consciente de que no puedo ser verosímil. Soy el cronista de las cosas de apariencia imposible, que, sin embargo, son reales, incontestables. No he soñado. He visto y he sentido [100].

Dos horas después de haber abandonado el *Nautilus*, habíamos rebasado la línea de los árboles, y a cien pies por encima de nuestras cabezas se erguía el pico de la montaña, cuya proyección daba sombra por la deslumbrante irradiación de la vertiente opuesta. Algunos arbustos petrificados corrían por doquier en

zigzags grotescos [101] . Los peces se levantaban en masa a nuestro paso cual pájaros sorprendidos en los herbazales. La masa rocosa estaba horadada por impenetrables anfractuosidades, profundas espeluncas, grutas insondables en cuyos fondos se oía el hormigueo de seres pavorosos. Me daba un vuelco el corazón al ver una antena enorme que me impedía el paso o una terrorífica pinza que se cerraba ruidosamente en la sombra de las cavidades. Millares de puntos luminosos brillaban en medio de las tinieblas. Eran los ojos de los crustáceos gigantescos, agazapados en sus guaridas, gigantescos bogavantes que se alzaban como alabarderos y sacudían sus patas como chatarra que retiñera, cangrejos titánicos, apuntando como cañones en sus cureñas, y pulpos espantosos que entrelazaban sus tentáculos como una maraña viva de serpientes.



Gigantescos bogavantes, cangrejos titánicos

¿Qué mundo exorbitante era aquel que yo aún no conocía? ¿A qué orden pertenecían esos articulados a los que las rocas les ofrecían una especie de segundo caparazón? ¿Dónde había encontrado la naturaleza el secreto de su existencia vegetativa, y cuántos siglos hacía que vivían así en las últimas capas del océano?

Pero no podía detenerme. El capitán Nemo, familiarizado con aquellos terribles animales no tomaba ninguna precaución. Habíamos llegado a un primer altozano, donde aún me aguardaban otras sorpresas. Allí se dibujaban pintorescas ruinas, que revelaban la mano del hombre y no la del Creador [102]. Eran enormes bloques de piedras amontonadas en las que se distinguían vagas formas de fortalezas, de templos recubiertos de una constelación de zoófitos en flor y a los que, en lugar de hiedra, las algas y los fucos servían de tupido manto vegetal.

¿Qué parte del globo era aquella, engullida por los cataclismos? ¿Quién había colocado aquellas rocas y piedras como dólmenes de tiempos prehistóricos? ¿Dónde estaba? ¿Adónde me había llevado el capricho del capitán Nemo?

Habría deseado preguntarle, pero, al no poder hacerlo, lo detuve. Cogí su brazo. Pero él, moviendo la cabeza y mostrándome la última cima de la montaña, pareció decirme:

—¡Ven! ¡Sigue adelante! ¡No te detengas!

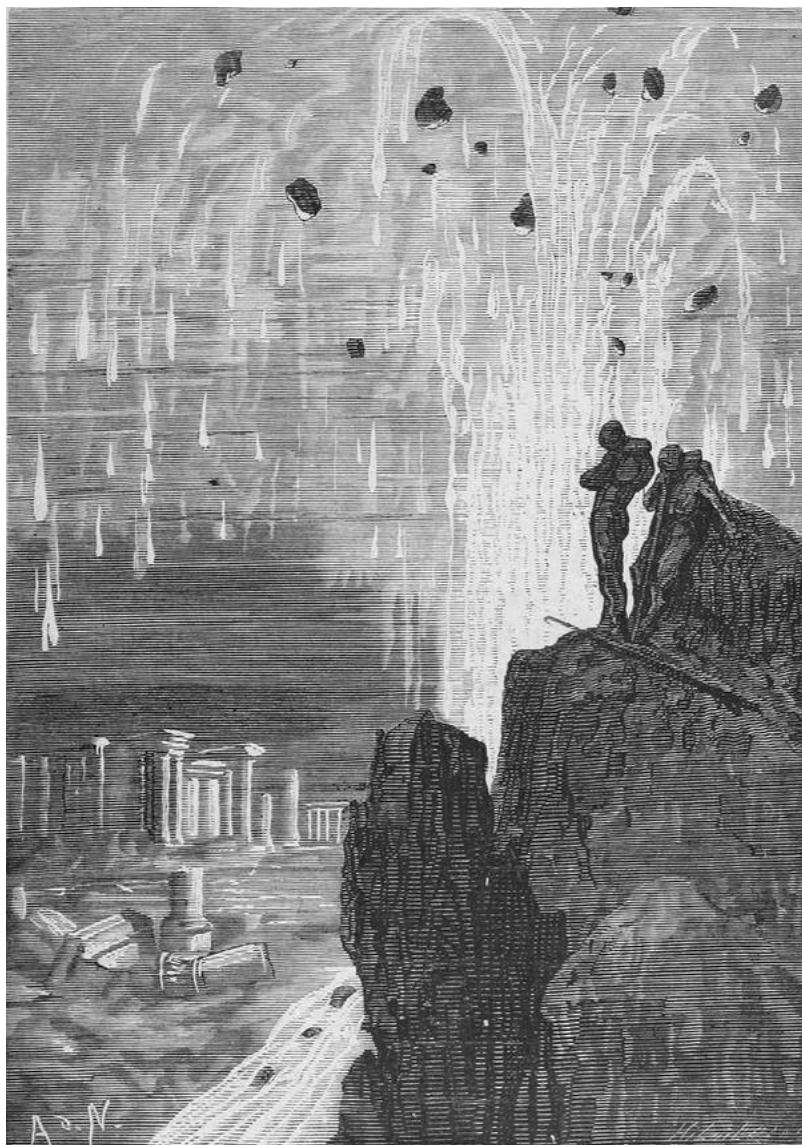
Yo lo seguí en un último esfuerzo, y unos minutos después trasasé el pico que dominaba con una decena de metros más toda la masa rocosa.

Miré la vertiente que acabábamos de cruzar. La montaña no se elevaba más que de setecientos a ochocientos pies por encima de la llanura; pero, desde su vertiente opuesta, dominaba con una altitud doble el fondo de aquella porción del Atlántico. Mi mirada se extendía a lo lejos y abrazaba un vasto espacio iluminado por un violento fulgor. En efecto, aquella montaña era un volcán. A cincuenta pies por encima del pico, en medio de una lluvia de piedras y de escorias, un enorme cráter vomitaba torrentes de lava, que se dispersaban en cascada de fuego dentro de la masa líquida. Desde allí, el volcán, como una inmensa antorcha, iluminaba la llanura inferior hasta los últimos límites del horizonte.

He escrito que el cráter submarino arrojaba lava, mas no llamas. Para que hubiese sido así, habría sido necesario el oxígeno del aire y, por lo tanto, no podían producirse bajo las aguas; pero las riadas de lava, que contienen el principio de la incandescencia, pueden llegar hasta el rojo vivo, luchar victoriosamente contra el elemento líquido y vaporizarse al entrar en contacto con este. Rápidas corrientes transportaban todos esos gases en difusión, y los

torrentes de lava se deslizaban hasta el fondo de la montaña como las deyecciones del Vesubio en otra Torre del Greco.

En efecto, allí, ante mis ojos, desmoronada, derruida, arrasada, aparecía una ciudad destruida, con sus tejados hundidos, sus templos caídos, sus arcos dislocados, sus columnas yaciendo por el suelo, donde se intuían aún las sólidas proporciones de una especie de arquitectura toscana; más lejos, los restos de un gigantesco acueducto; por un lado, la borrosa elevación de una acrópolis, con las formas flotantes de un Partenón; por otro lado, vestigios de un muelle, como si antaño, a la orilla de un océano desaparecido, un puerto antiguo hubiese albergado los barcos mercantes y las trirremes de guerra; más lejos todavía, largas líneas de murallas devastadas, anchas calles desiertas, toda una Pompeya hundida bajo las aguas, que el capitán Nemo resucitaba a mi vista.



Allí, ante mis ojos, aparecía una ciudad destruida

¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba? Quería saberlo a toda costa, quería hablar, quería arrancarme la esfera de cobre que aprisionaba mi cabeza.

Pero el capitán Nemo se llegó a mí y me detuvo con un gesto. Después, cogiendo un trozo de piedra gredosa, avanzó hacia una

roca de basalto negro y trazó esta única palabra:

ATLÁNTIDA

¡Qué relámpago atravesó mi mente! La Atlántida, la antigua Merópide de Teopompo, la Atlántida de Platón, ese continente negado por Orígenes, Porfirio, Jámblico, d'Anville,

Malte-Brun y Humboldt [103], que achacaban su desaparición a los relatos legendarios, admitidos, empero, por Posidonio, Plinio, Amiano Marcelino, Tertuliano, Engel, Sherer, Tournefort, Buffon y d'Avezac

[104], se extendía ante mis ojos y continuaba mostrando las huellas irrefutables de su destrucción. Así pues, se trataba de esa región sumergida que existía más allá de Europa, Asia y Libia, más allá de las columnas de Hércules, donde vivía el poderoso pueblo de los Atlantes contra el que se libraron las primeras guerras de la antigua Grecia.

El historiador que consignó en sus escritos los hechos memorables de esos tiempos heroicos es el propio Platón. Su diálogo de Timeo y Critias [105] fue, en cierto modo, pergeñado bajo la inspiración de Solón [106], poeta y legislador.

Un día, Solón departía con unos sabios ancianos de la ciudad de Sais, ciudad que ya contaba con ochocientos años de antigüedad, tal como lo atestiguaban sus anales grabados en los muros sagrados de sus templos. Uno de aquellos ancianos relató la historia de otra ciudad, con mil años más de antigüedad. Esta primera ciudad ateniense, de novecientos siglos, había sido invadida y, en parte, destruida por los Atlantes. Esos Atlantes, según decía el anciano, ocupaban un inmenso continente, más grande que África y Asia juntas, que cubría una superficie comprendida entre el duodécimo grado de latitud y el cuadragésimo de longitud norte. Su dominio se extendía incluso hasta Egipto. Quisieron imponerlo a Grecia, pero hubieron de retirarse ante la indomeñable resistencia de los Helenos. Pasaron los siglos. Se produjo un cataclismo, inundaciones, temblores de tierra. Una noche con su día bastaron para aniquilar aquella Atlántida, cuyas más altas cumbres, las islas de Madeira, Azores, Canarias y Cabo Verde, todavía emergen.

Esos eran los recuerdos históricos que la inscripción del capitán Nemo hacía palpar en mi mente. Así pues, guiado por el destino más extraño, hollaba yo una de las montañas de aquel continente. Tocaba con las manos las ruinas mil veces seculares y contemporáneas de las eras geológicas. Recorría el mismo camino que habían recorrido los contemporáneos del primer hombre. Aplastaba bajo mis gruesas suelas los esqueletos de animales de los tiempos fabulosos que aquellos árboles, ahora petrificados, cubrían antaño con su sombra.

¡Ah, por qué me faltaba el tiempo! Habría querido descender las pendientes abruptas de aquella montaña, recorrer completamente ese inmenso continente que, sin duda, unía África a América y visitar las grandes ciudades antediluvianas. Allá tal vez, bajo mis ojos, se extendían Máquimos, la guerrera, y Eusebés, la piadosa, cuyos gigantescos habitantes vivían siglos enteros y no carecían de la fuerza necesaria para acumular aquellos bloques que todavía resistían a la acción de las aguas. Quizá algún día un fenómeno eruptivo volverá a llevar a la superficie de las aguas esas ruinas sumergidas. Se han señalado numerosos volcanes submarinos en esta porción del océano, y muchos barcos han experimentado extraordinarias sacudidas al pasar por esos fondos atormentados. Unos oyeron ruidos sordos que anunciaban una profunda lucha de los elementos; otros recogieron cenizas volcánicas proyectadas fuera del mar. Las fuerzas plutónicas no cejan en su trabajo sobre ese suelo hasta el ecuador. ¡Y quién sabe si, en una época futura, acrecentadas por las deyecciones volcánicas y las sucesivas capas de lava, no aparecerán en la superficie del Atlántico cimas de montañas ignívolas!

Mientras yo soñaba así, mientras intentaba fijar en mi recuerdo todos los detalles de aquel paisaje grandioso, el capitán Nemo, acodado en una estela cubierta de ovas, permanecía inmóvil y como petrificado en un éxtasis mudo. ¿Estaría pensando en aquellas generaciones desaparecidas y preguntándoles el secreto del destino humano? ¿Era ese el lugar al que aquel hombre extraño venía a fortalecerse con los recuerdos de la historia y a revivir la vida antigua, él, que no quería saber nada de la vida moderna? ¡Cuánto habría dado yo por conocer sus pensamientos, por compartirlos, por comprenderlos!

Permanecimos en el mismo lugar durante una hora entera, contemplando la vasta llanura bajo el brillo de las lavas que, a veces, adoptaban una intensidad sorprendente. Los borboteos interiores sacudían con rápidos temblores la corteza de la montaña. Rumores profundos, nítidamente transmitidos por el medio líquido, se repetían con una majestuosa amplitud.

En aquel momento, apareció la luna por un instante a través de la masa de las aguas y arrojó unos pálidos rayos de luz sobre el continente sumergido. No fue más que un tenue resplandor, pero de un efecto indescriptible. El capitán se incorporó, dirigió una última mirada a la inmensa llanura y después me hizo una señal con la mano para que lo siguiera.

Descendimos rápidamente la montaña. Una vez pasado el bosque petrificado, vi el fanal del *Nautilus* que brillaba como una estrella. El capitán caminó directo hacia allí y, cuando las primeras luces del alba blanqueaban la superficie del océano, nos encontrábamos ya a bordo.

X

Las hulleras submarinas [107]

Al día siguiente, 20 de febrero, me levanté bastante tarde. El cansancio de la noche había prolongado mi sueño hasta las once. Me vestí rápidamente. Estaba impaciente por conocer el rumbo del *Nautilus*. Los instrumentos me indicaron que seguía navegando hacia el sur a una velocidad de veinte millas por hora y a cien metros de profundidad.

Conseil entró. Le relaté nuestra excursión nocturna, y, gracias a que seguían abiertos los paneles, pudo entrever una parte del continente sumergido.

En efecto, el *Nautilus* pasaba a tan solo diez metros del suelo de la llanura de la Atlántida. Navegaba como un globo impulsado por el viento por encima de las praderas terrestres; pero sería más exacto decir que estábamos en el salón como en el vagón de un tren expreso [108]. Los primeros planos que desfilaban ante nuestros ojos eran rocas de fantásticos perfiles, bosques de árboles que habían pasado del reino vegetal al reino animal [109] y cuya inmóvil silueta componía grotescas figuras bajo las aguas. También había unas masas pétreas ocultas bajo alfombras de ascidias [110] y de anémonas, erizadas de largos hidrófitos verticales; después, unos bloques de lavas de extraños contornos que eran la prueba de todo el furor de las expansiones plutonianas.

Mientras aquellos extraños lugares resplandecían bajo nuestra luz eléctrica, conté a Conseil la historia de los Atlantes, los cuales, desde un punto de vista meramente imaginario, inspiraron a Bailly [111] tantas páginas encantadoras. Le hablé de las guerras de aquellos pueblos heroicos. Expuse la cuestión de la Atlántida como quien ya no puede dudar. Pero Conseil, distraído, no me prestaba demasiada atención, y su indiferencia a tratar ese punto histórico tuvo una rápida explicación.

Numerosos peces atraían su mirada, y cuando pasaban los peces, Conseil, arrastrado a los abismos de la clasificación, abandonaba el mundo real. En ese caso, ya no tenía yo más remedio que seguirlo y reanudar con él nuestros estudios ictiológicos.

He de decir que aquellos peces del Atlántico no eran muy diferentes de los que habíamos observado hasta entonces: rayas de dimensiones gigantescas, de cinco metros de longitud y dotadas de una gran fuerza muscular que les permite lanzarse por encima de las aguas; escualos de diversas especies, entre otras, una tintorera de quince pies, con dientes triangulares y agudos, que su transparencia hacía casi invisible en medio de las aguas; oscuros negritos; cerdos marinos, con forma de prismas y acorazados por una piel llena de tuberosidades; esturiones, parecidos a sus congéneres del Mediterráneo; agujas de mar, de la familia de los singnátidos, de un pie y medio de longitud, de color amarillo pardusco, dotadas de pequeñas aletas grises, sin dientes ni lengua, y que desfilaban como finas y flexibles serpientes.

Entre los peces óseos, Conseil observó unos marlines azules, de tres metros y armados en su mandíbula superior con una espada penetrante; arañas, de colores vivos, conocidas en tiempos de Aristóteles con el nombre de dragones marinos [112], y a las que los aguijones de su dorsal hacen muy difíciles de atrapar; después, lirios, de lomo pardo, y pequeñas estrías azules orilladas de un ribete de oro; hermosas doradas; peces luna, especie de discos con reflejos azules, que, iluminados desde arriba por los rayos solares, parecían manchas de plata; por último, unos xífidos, peces espada de ocho metros de longitud, nadando en formación, con sus aletas amarillentas y falcadas; junto a estos, largos sables de seis pies, animales intrépidos, más bien herbívoros que piscívoros, que obedecían a la mínima señal de sus hembras como maridos bien amaestrados.

Mientras observábamos los diversos ejemplares de la fauna marina, no dejaba yo de examinar las largas llanuras de la Atlántida. A veces, caprichosos accidentes del suelo obligaban al *Nautilus* a moderar su velocidad, y entonces se deslizaba con la agilidad de un cetáceo por los estrechos pasos de las colinas. Si el laberinto se volvía inextricable, el aparato ascendía como un globo, y una vez franqueado el obstáculo, proseguía su rápida carrera a

unos metros por encima del fondo. Admirable y encantadora navegación, que recordaba las maniobras de un paseo aerostático, con la diferencia de que el *Nautilus* obedecía pasivamente a la mano de su timonel.

Hacia las cuatro de la tarde, el terreno, compuesto principalmente de un fango denso y mezclado con ramas petrificadas, fue modificándose poco a poco; se tornó más rocoso y apareció lleno de conglomerados, de suelos basálticos, con algunas lavas y obsidianas sulfurosas dispersas. Pensé que la región de las montañas no tardaría en suceder a las largas llanuras y, en efecto, en algunas evoluciones del *Nautilus* vi el horizonte meridional obstaculizado por una alta muralla que parecía cerrar cualquier posible salida. Su cumbre sobrepasaba claramente el nivel del océano. Debía de ser un continente, o al menos una isla, bien una de las Canarias, bien una del archipiélago caboverdiano. Al no estar marcada nuestra posición —posiblemente adrede—, ignoraba dónde nos encontrábamos. En todo caso, aquella muralla me pareció que marcaba el fin de aquella Atlántida de la que, en definitiva, no habíamos recorrido más que una mínima porción.

La noche no interrumpió mis observaciones. Me había quedado solo. Conseil había regresado a su camarote. El *Nautilus*, disminuyendo su velocidad, revoloteaba sobre las masas confusas del suelo, a veces rozándolas como si quisiera posarse, y otras veces emergiendo caprichosamente a la superficie de las aguas. Entonces, pude observar a través del cristal de las aguas unas constelaciones de intenso brillo, y concretamente cinco o seis de esas estrellas zodiacales que se encuentran en la cola de Orión [113].

Permanecí así durante bastante tiempo ante el cristal, admirando las bellezas del mar y del cielo, hasta que los paneles se volvieron a cerrar. En esos momentos, el *Nautilus* había llegado a los escarpes de la alta muralla. No podía imaginarme cómo iba a maniobrar. Regresé a mi camarote. El *Nautilus* ya no se movía. Me dormí con la firme intención de despertarme tras unas horas de sueño.

Pero, por la mañana, eran ya las ocho cuando volví al salón. Miré el manómetro. Indicaba que el *Nautilus* flotaba en la superficie del océano. Además, podía oír un ruido de pasos en la plataforma. Sin embargo, no había balanceo que delatara la

ondulación de las olas superiores.

Subí hasta la escotilla. Estaba abierta. Pero, en lugar de la plena luz de día que yo esperaba, me vi envuelto en una profunda oscuridad. ¿Dónde estábamos? ¿Me habría equivocado? ¿Sería aún de noche? ¡No! No brillaba ni una estrella, y la noche no tiene tinieblas tan absolutas.

No sabía qué pensar, cuando una voz me dijo:

—¿Es usted, profesor?

—¡Ah!, capitán Nemo —respondí—. ¿Dónde estamos?

—Bajo tierra, profesor.

—¡Bajo tierra! —exclamé—. ¿Y el *Nautilus* sigue flotando?

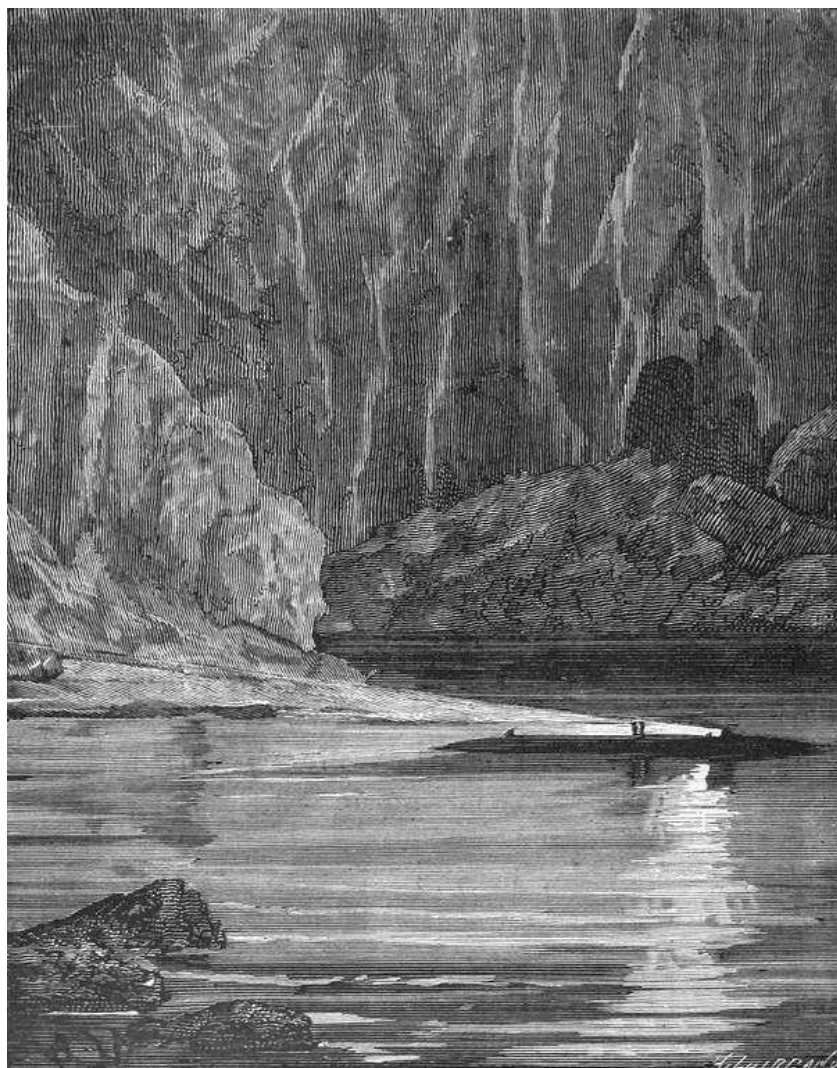
—Sigue flotando.

—No lo entiendo.

—Espere un momento. Nuestro fanal va a encenderse, y si le gustan las situaciones claras, se quedará satisfecho.

Puse el pie en la plataforma y esperé. La oscuridad era tan absoluta que ni siquiera podía distinguir al capitán Nemo. No obstante, al mirar al cenit, exactamente sobre mi cabeza, creí ver un resplandor tenue e indeciso, una especie de semitiniebla que llenaba una abertura circular. En ese momento, el fanal se iluminó de repente y su vivo destello hizo desaparecer aquella vaga luz.

Miré, tras haber cerrado los ojos un instante, deslumbrado por el reflector eléctrico. El *Nautilus* permanecía inmóvil. Flotaba junto a una orilla acondicionada como un muelle. El mar en que se hallaba entonces era un lago encerrado en un circo de murallas, de dos millas de diámetro, es decir seis millas de perímetro. Su nivel —que indicaba el manómetro— solo podía ser el nivel exterior, pues necesariamente existía una comunicación entre el lago y el mar. Las altas paredes, inclinadas en su base, se redondeaban en una bóveda y se asemejaban a un inmenso embudo del revés, cuya altitud era de quinientos o seiscientos metros. En la cúspide, se abría un orificio circular por el que había vislumbrado la leve claridad, debida naturalmente a la luz diurna.



El *Nautilus* flotaba junto a una orilla

Antes de examinar más atentamente la estructura interior de aquella enorme caverna, antes de preguntarme si era una obra de la naturaleza o humana, fui a ver al capitán Nemo.

—¿Dónde nos encontramos? —pregunté.

—En el centro mismo de un volcán apagado —me respondió el capitán—; un volcán cuyo interior ha sido invadido por el mar a raíz de alguna convulsión del suelo. Mientras usted dormía,

profesor, el *Nautilus* ha penetrado en esta laguna por un canal natural abierto a diez metros por debajo de la superficie del océano. Este es su puerto de amarre, un puerto seguro, cómodo, misterioso, al abrigo de todos los vientos, vengan del rumbo que vengan. ¿Podría usted encontrar en las costas de sus continentes o de sus islas una rada que valga lo que este refugio, a resguardo del furor de los huracanes?

—Así es —respondí—, aquí se encuentra usted seguro, capitán Nemo. ¿Quién podría atacarlo en el centro de un volcán? Pero ¿no me ha parecido ver una abertura en su cumbre?

—Sí, el cráter, un cráter que antes rebosaría de lava, de vapores y de llamas, y que ahora da paso al aire vivificante que respiramos.

—¿Qué montaña volcánica es esta? —pregunté.

—Pertenece a uno de los numerosos islotes que abundan en este mar. Un simple escollo para los buques, pero una caverna inmensa para nosotros. La descubrí por casualidad, y he de decir que el azar me ha sido en este caso de gran utilidad.

—¿Y no se podría descender por ese orificio que forma el cráter del volcán?

—No más lejos de lo que yo podría subir [114]. Hasta un centenar de metros, la base interior de esta montaña es accesible, pero, por encima, sus paredes extraplomadas hacen que sea infranqueable.

—Capitán, veo que la naturaleza le sirve a cualquier hora y en cualquier momento. Está usted seguro en este lago, y nadie más que usted puede visitar sus aguas, pero ¿cuál es la razón de ser de este refugio? El *Nautilus* no necesita ningún puerto.

—No, profesor, pero necesita electricidad para desplazarse, elementos para producir esa electricidad, sodio para alimentar los elementos, carbón para fabricar el sodio y minas para extraer el carbón. Y precisamente aquí, el mar recubre bosques enteros que quedaron sumergidos en las eras geológicas; ahora están petrificados y convertidos en hulla, de modo que es una mina inagotable.

—¿Eso quiere decir que sus hombres trabajan aquí como mineros?

—Exactamente. Estas minas se extienden bajo las aguas como las hulleras de Newcastle [115]. Aquí, vestidos con la escafandra, y

empuñando el pico y la piqueta, mis hombres extraen la hulla que tampoco he tenido que solicitar a las minas de la tierra. Cuando quemo el combustible para la fabricación del sodio, el humo que escapa por el cráter de esta montaña le sigue dando el aspecto de un volcán en actividad.

—¿Y a sus compañeros, los vamos a ver manos a la obra?

—No, al menos esta vez no. No quiero que se retrase nuestra vuelta al mundo submarino. Por lo demás, me contentaré con reponer sodio de las reservas que poseo. Necesito solamente un día, es decir, el tiempo de embarcarlas a bordo, y entonces reanudaremos nuestro viaje. Por lo tanto, si quieren ustedes recorrer esta caverna y dar la vuelta al lago, aprovechen la jornada, señor Aronnax.

Di las gracias al capitán y fui a buscar a mis dos compañeros, que aún no habían salido de su camarote. Los invité a que me siguieran, sin decirles dónde se encontraban.

Subieron a la plataforma. Conseil, que no se extrañaba de nada, vio muy natural despertarse bajo una montaña tras haberse dormido bajo las aguas. Pero a Ned Land lo primero que se le ocurrió fue buscar si la caverna tenía otra salida.

Después de desayunar, hacia las diez, bajamos a la orilla.

—Bueno, estamos una vez más en tierra —dijo Conseil.

—Yo no llamaría «tierra» a esto —replicó el canadiense—. Y, además, no estamos en tierra, sino bajo tierra.

Entre la base de la montaña y las aguas del lago había una orilla arenosa, que, en su punto de mayor anchura, medía quinientos pies. Se podía dar fácilmente la vuelta al lago por ese arenal. Pero el arranque de las altas paredes formaba un suelo atormentado, en el que yacían, en un pintoresco amontonamiento, bloques volcánicos y enormes piedras pómez. Todas aquellas masas disgregadas, recubiertas de un esmalte pulido por la acción de los fuegos subterráneos, resplandecían al reflejar los rayos eléctricos del fanal. El polvo de mica de la ribera, que se levantaba a nuestro paso, volaba como una nube de centellas.

El suelo se elevaba sensiblemente conforme nos alejábamos del reflujo de las olas, y enseguida llegamos a unas rampas largas y sinuosas, auténticos repechos que permitían ascender poco a poco; a pesar de todo, era preciso caminar con prudencia en medio de

aquellos conglomerados, que no estaban unidos por ningún tipo de cemento; los pies resbalaban en las traquitas vítreas, formadas por cristales de feldespatos y de cuarzo.

La naturaleza volcánica de aquella enorme excavación quedaba patente en todas partes, y así se lo hice observar a mis compañeros.

—¿Cómo imaginar —exclamé— lo que debía de ser este embudo cuando se llenaba de lava hirviendo y el nivel del líquido incandescente ascendía hasta el orificio de la montaña, como el hierro colado por las paredes de un horno!

—Me lo imagino perfectamente —respondió Conseil—. Pero ¿puede decirnos, señor, por qué el gran fundidor ha suspendido su operación, y cómo es posible que el horno haya dado paso a las aguas tranquilas de un lago?

—Muy probablemente, Conseil, porque alguna convulsión produjo en la superficie del océano esta abertura que el *Nautilus* ha utilizado como paso. Entonces, las aguas del Atlántico se precipitaron en el interior de la montaña. Hubo una lucha terrible entre los dos elementos, que terminó con la ventaja de Neptuno. Pero han transcurrido muchos siglos desde entonces, y el volcán sumergido se ha transformado en una apacible gruta.

—Muy bien —replicó Ned Land—. Acepto la explicación, pero por nuestro propio interés lamento que esta abertura de la que habla el profesor no se haya producido por encima del nivel del mar.

—Pero, amigo Ned —repuso Conseil—, si este paso no hubiera sido submarino, el *Nautilus* no habría podido penetrar en él.

—Y debo añadir, señor Land, que las aguas no se habrían precipitado bajo la montaña, y que el volcán habría continuado siendo un volcán. Por lo tanto, sus lamentos son superfluos.

Nuestra ascensión continuó. Las pendientes eran cada vez más acentuadas y estrechas. A veces, estaban cortadas por profundos socavones que teníamos que franquear, bloques colgantes por donde era preciso dar un rodeo. Nos deslizábamos de rodillas, nos arrastrábamos sobre el vientre, pero gracias a la habilidad de Conseil y a la fuerza del canadiense, sorteamos todos los obstáculos.

A una altitud de unos treinta metros, la configuración del terreno se modificó, aunque no por ello resultaba más practicable. A los conglomerados y las traquitas les sucedieron los negros basaltos:

unos, extendidos por capas, hinchadas todas ellas por ampollas arracimadas; otros, formando prismas regulares, dispuestos como una columna que soportaba los arranques de una bóveda inmensa, admirable modelo de arquitectura natural. Después, entre los basaltos serpenteaban largas coladas de lava solidificada, incrustadas de vetas bituminosas, y, por ciertos lugares, se extendían anchas alfombras de azufre. Una luz más potente, que entraba por el cráter superior, inundaba con una vaga claridad todas las deyecciones volcánicas, sepultadas para siempre jamás en el interior de la montaña apagada.

Sin embargo, nuestra ascensión se vio rápidamente detenida a una altitud de doscientos cincuenta pies aproximadamente por obstáculos infranqueables. La dovela interior acababa extraplomada, y la ascensión tuvo que convertirse en un paseo circular. A esa altura, el reino vegetal comenzaba a luchar contra el reino mineral. Algunos arbustos, e incluso algunos árboles, brotaban de las anfractuosidades de la pared. Reconocí unos euforbios, que dejaban manar su jugo cáustico. Unos heliotropos —que difícilmente podrían justificar allí su nombre, ya que los rayos solares no llegaban jamás hasta ellos— inclinaban tristemente sus racimos de flores con los colores y los perfumes medio marchitos. Aquí y allá, unos crisantemos crecían tímidamente al pie de áloes de largas hojas, tristes y enfermizas. Pero, entre las coladas de lava, observé pequeñas violetas, todavía perfumadas con un ligero aroma, y he de confesar que las respiré con delectación. El perfume es el alma de la flor, y las flores marinas, los espléndidos hidrófitos, carecen de alma.

Habíamos llegado al pie de unos ramos de robustos dragos, que separaban las rocas gracias al esfuerzo de sus musculosas raíces; entonces, Ned Land gritó:

—¡Eh, una colmena, señor!

—¡Una colmena! —exclamé, haciendo un gesto de absoluta incredulidad.

—¡Sí! Una colmena —repitió el canadiense—, y con abejas que zumban alrededor.

Me aproximé, y tuve que rendirme a la evidencia. En la boca de un orificio hecho en el tronco de un drago, había unos millares de esos ingeniosos insectos, tan comunes en todas las Canarias, donde

aprecian especialmente sus productos.

Lógicamente, el canadiense quiso aprovisionarse de miel, y habría sido una pena que yo me opusiera. Con su mechero encendió unas cuantas hojas secas mezcladas con azufre, y empezó a ahumar a las abejas. Poco a poco fueron cesando los zumbidos, y una vez reventada la colmena, nos dio varias libras de miel perfumada, que Ned Land metió en su mochila.

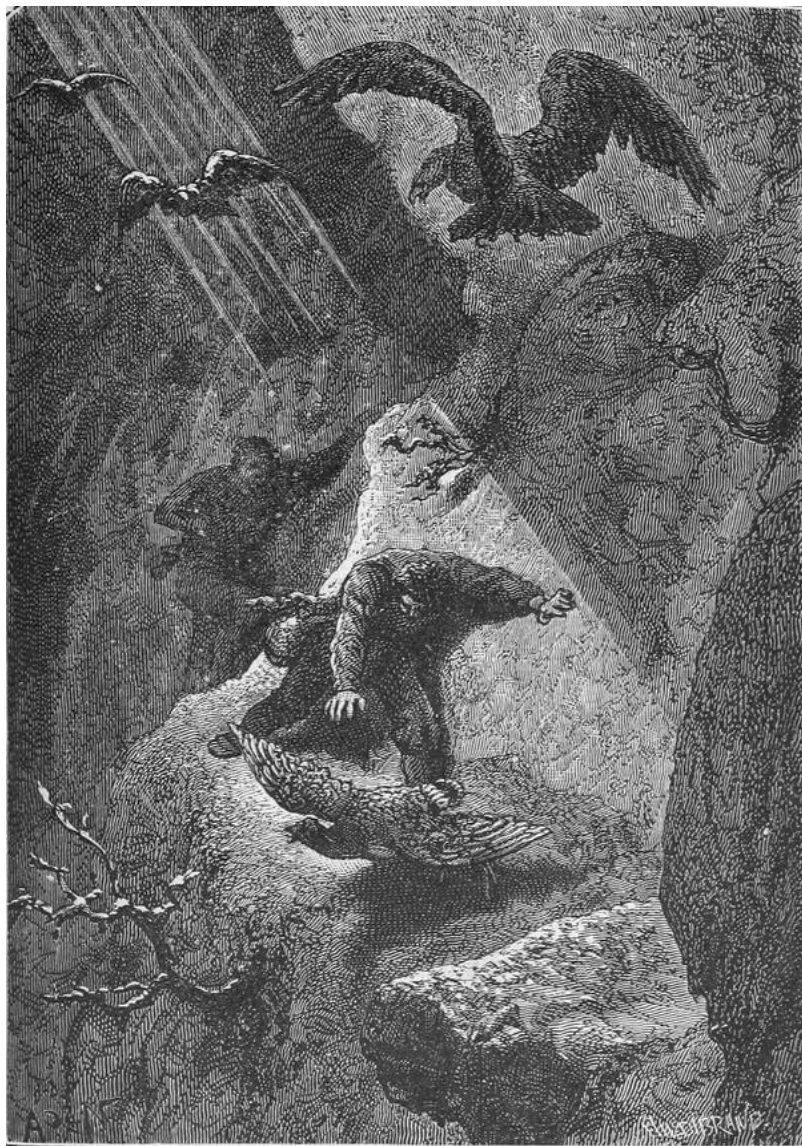
—Cuando haya mezclado esta miel con la pasta del artocarpó —nos dijo—, podré ofrecerles un succulento pastel.

—¡Caramba! —exclamó Conseil—. ¡Miel sobre hojuelas!

—Estupendas, la miel y las hojuelas —añadí—, pero reanudemos este interesante paseo.

En algunos recodos del sendero por el que avanzábamos, el lago aparecía en toda su extensión. El fanal iluminaba completamente su apacible superficie, cuya serenidad era ajena a toda ondulación. El *Nautilus* se mantenía perfectamente inmóvil. En su plataforma y en el ribazo se movían los hombres de su tripulación, negras sombras claramente definidas en medio de aquella atmósfera luminosa.

En aquel momento, rodeábamos la cresta más elevada de los bloques de piedra que aguantaban la bóveda. Entonces vi que las abejas no eran los únicos representantes del reino animal en el interior del volcán. Había aves rapaces que planeaban y volaban trazando círculos en la sombra, o se escapaban de sus nidos encaramándose a la punta de las rocas. Eran gavilanes de vientre blanco y cernícalos chillones. En las pendientes también huían velozmente, con toda la velocidad de sus zancas, hermosas y gruesas avutardas. Es fácil de comprender hasta qué punto se vio azuzada la glotonería del canadiense al contemplar aquellas sabrosas piezas, y cuánto se lamentó por no tener un fusil entre las manos. Intentó sustituir el plomo por las piedras y, tras varios ensayos infructuosos, consiguió herir a una de las avutardas. Decir que arriesgó veinte veces su vida para atrapar la presa no es más que la pura verdad, pero lo hizo tan bien que el animal fue a unirse en su mochila con los panales de miel.



Arriesgó veinte veces su vida

Entonces nos vimos obligados a descender a la orilla, pues el terreno resultaba impracticable. Por encima de nosotros, el cráter boquiabierto parecía el ancho brocal de un pozo. Desde ese lugar, el cielo se distinguía con suma nitidez, y yo veía correr unas nubes desgrednadas por poniente, que dejaban arrastrar hasta la cima de la

montaña sus brumosos jirones. Prueba irrefutable de que esas nubes se mantenían a escasa altitud, pues el volcán no alcanzaba más de ochocientos pies por encima del nivel del océano [116].

Una media hora después de la última hazaña del canadiense, habíamos regresado a la orilla interior. Allí, la flora estaba representada por anchas alfombras de hinojo marino, pequeña planta umbelífera, muy buena para confitar, a la que también se le dan los nombres de cresta marítima y de perejil de mar. Conseil recogió unos manojos. En cuanto a la fauna, se contaban por millares los crustáceos de todas las especies: bogavantes, bueyes, camarones, misidáceos, arañas de mar y sastres; y también un prodigioso número de conchas, porcelanas, múrices y lapas.

En aquel lugar, se abría una magnífica gruta. Mis compañeros y yo nos tendimos en su fina arena con placer. El fuego había pulido sus paredes esmaltadas y brillantes, todas ellas espolvoreadas de mica. Ned Land tocaba las paredes e intentaba averiguar su espesor, ante lo que no pude evitar sonreír. La conversación giró entonces hacia los eternos proyectos de evasión y, sin adelantar demasiadas cosas, creí poder darle una esperanza: que el capitán Nemo solo había descendido hacia el sur para renovar sus reservas de sodio. Por lo tanto, esperaba que entonces se dirigiera hacia las costas de Europa y de América, lo que permitiría al canadiense reemprender con más éxito su tentativa abortada.

Estábamos tendidos desde hacía una hora en aquella encantadora gruta. La conversación, animada al principio, iba languideciendo. La somnolencia se iba apoderando de nosotros. Como no veía ninguna razón para resistir al sueño, me dejé vencer por un profundo sopor. Soñaba —uno no elige sus sueños—, soñaba que mi existencia se reducía a la vida vegetativa de un simple molusco. Me parecía que la gruta formaba la doble valva de mi concha...

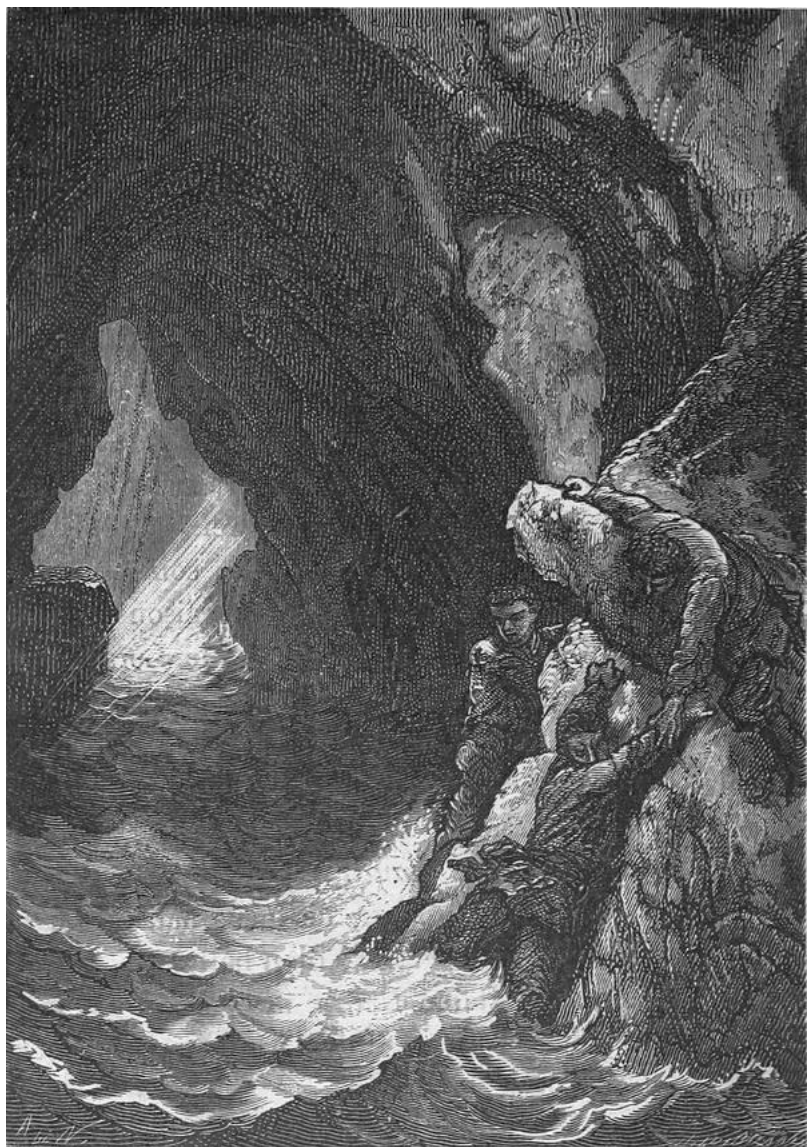
De repente, me despertó la voz de Conseil.

—¡Alerta! ¡Alerta! —gritaba el muchacho.

—¿Qué pasa? —pregunté yo, incorporándome a medias.

—¡El agua nos atrapa!

Me puse de pie. El mar se precipitaba como un torrente en nuestro refugio y, puesto que no éramos moluscos, no quedaba más remedio que salir huyendo.



El mar se precipitaba como un torrente

En unos instantes, nos pusimos a salvo en lo alto de la gruta.

—¿Qué está pasando? —preguntó Conseil—. ¿Es algún nuevo fenómeno?

—No, amigos míos —respondí—, es la marea, no es más que la marea, que ha estado a punto de sorprendernos como al héroe de

Walter Scott[117]. El océano sube por fuera y, por una ley del equilibrio totalmente natural, el nivel del lago también asciende. Nos hemos librado con un chapuzón nada más. Vamos a cambiarnos al *Nautilus*.

Tres cuartos de hora más tarde, habíamos acabado nuestro paseo circular y regresábamos a bordo. Los hombres de la tripulación acababan de embarcar en esos momentos las provisiones de sodio, y el *Nautilus* habría podido zarpar al instante.

Sin embargo, el capitán Nemo no dio ninguna orden. ¿Querría esperar la noche y salir secretamente por su paso submarino? Tal vez.

Fuera como fuese, al día siguiente, y tras haber abandonado su puerto de amarre, el *Nautilus* navegaba lejos de cualquier costa y a unos metros por debajo de las aguas del Atlántico.

XI

El mar de los Sargazos

El rumbo del *Nautilus* no había sido modificado. Por lo tanto, en aquellos momentos había que renunciar a la esperanza de regresar a los mares europeos. El capitán Nemo mantenía proa al sur. ¿Adónde nos llevaba? No me atrevía a imaginarlo.

Aquel día, el *Nautilus* atravesó una curiosa zona del océano Atlántico. Nadie ignora la existencia de esa gran corriente de agua cálida, conocida con el nombre de corriente del Golfo [118], que, tras salir de los canales de Florida, se dirige hacia el Spitzberg [119]. Pero antes de penetrar en el golfo de México, hacia los

44°

de latitud norte, la corriente se divide en dos brazos; el principal va hacia las costas de Irlanda y de Noruega, mientras el otro gira hacia el sur a la altura de las Azores; luego, tras bañar las orillas africanas y describir un óvalo alargado, regresa hacia las Antillas.

Ese segundo brazo —se trata más bien de un collar, no de un brazo— envuelve con sus anillos de agua cálida esa porción del océano fría, tranquila e inmóvil conocida como mar de los Sargazos. Las aguas de la gran corriente tardan no menos de tres años en recorrer el contorno de este auténtico lago en pleno Atlántico.

El mar de los Sargazos propiamente dicho cubre toda la parte sumergida de la Atlántida. Algunos autores han admitido incluso que las numerosas hierbas de que está sembrado proceden de las antiguas praderas de ese antiguo continente. Es más probable, empero, que esas hierbas, algas y fucos, arrancadas de la orilla de Europa y de América, sean arrastradas hasta esta zona por la corriente del Golfo. Fue una de las razones que condujeron a Colón a suponer la existencia de un nuevo mundo. Cuando los navíos de aquel audaz descubridor llegaron al mar de los Sargazos, navegaron

no sin trabajo en medio de aquellas hierbas que detenían su marcha —lo que provocó un gran terror entre las tripulaciones— y necesitaron tres largas semanas para atravesarlo.

Esa era la región que surcaba entonces el *Nautilus*, una auténtica pradera, una tupida alfombra de algas, de *Fucus natans*, de uvas de los trópicos, tan densa y tan compacta que la roda de un barco no la habría deshecho sin trabajo. El capitán Nemo, no queriendo comprometer su hélice dentro de la masa herbácea, se mantuvo a unos metros de profundidad por debajo de la superficie de las aguas.

El mar de los Sargazos se llama así por la palabra española «sargazo», con la que se denomina esta alga, la encina de mar o fuco vesiculoso, que es el principal componente de ese inmenso banco [120]. Según el sabio Maury, autor de la *Geografía física del mar*, la razón de que esos hidrófitos se reúnan en la apacible cuenca del Atlántico es la siguiente:

La explicación que puede darse creo que resulta de un experimento por todos conocido. Si se introducen en un recipiente fragmentos de corcho o de cuerpos flotantes cualesquiera y se imprime a dicho recipiente un movimiento circular, se observará que los fragmentos diseminados se reúnen en el centro de la superficie líquida, es decir, en el punto menos agitado. En el fenómeno que nos ocupa, el recipiente es el Atlántico, la corriente del Golfo es la corriente circular y el mar de los Sargazos es el punto central al que vienen a reunirse los cuerpos flotantes [121].

Comparto la opinión de Maury, y he podido estudiar el fenómeno en ese medio especial en el que los buques raramente penetran. Por encima de nosotros flotaban cuerpos de toda procedencia, amontonados en medio de las hierbas parduscas, troncos de árboles arrancados a los Andes o a las montañas Rocosas y transportados por el Amazonas o el Misisipi, numerosos pecios, restos de quillas o de carenas, cuartones desvencijados y tan cargados de conchas y de anafes que no podían remontar a la superficie del océano. El tiempo justificará algún día la otra opinión de Maury de que estos materiales, acumulados durante siglos, se

mineralizarán por la acción de las aguas y formarán entonces unas hulleras inagotables: reserva preciosa que prepara la previsora naturaleza para cuando los hombres hayan agotado las minas de los continentes.

En medio de aquel inextricable laberinto de hierbas y de fucos, observé unos encantadores alcionarios en forma de estrella y de matices rosados, unas actinias que dejaban arrastrar su larga cabellera de tentáculos, unas medusas verdes, rojas y azules, concretamente los grandes rizóstomos de Cuvier, cuya ombrela azulada está bordeada por un festón violeta [122].

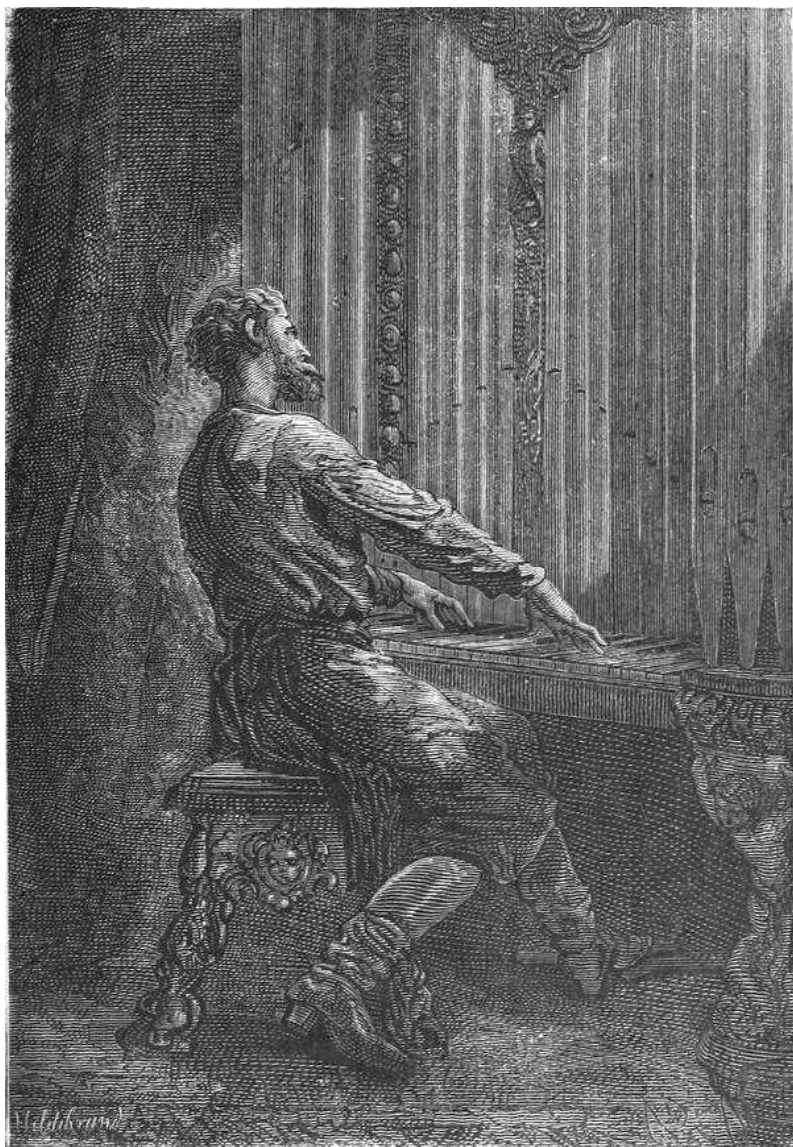
Toda la jornada del 22 de febrero transcurrió en el mar de los Sargazos, donde los peces, que se deleitan con las plantas marinas y los crustáceos, encuentran abundante alimento. Al día siguiente, el océano había recuperado su aspecto habitual.

Desde ese momento y durante diecinueve días, del 23 de febrero al 12 de marzo, el *Nautilus*, manteniéndose en pleno corazón del Atlántico, nos transportó a una velocidad constante de cien leguas por veinticuatro horas. A todas luces, el capitán Nemo quería cumplir su programa submarino, y yo no dudaba de que estaría pensando en regresar a los mares australes del Pacífico tras haber doblado el cabo de Hornos.

Por lo tanto, no le faltaba razón a Ned Land al seguir recelando. En aquellos vastos mares sin islas no se podía intentar salir de a bordo. Tampoco había ningún medio de oponerse a la voluntad del capitán Nemo. El único partido que se podía tomar era someterse; pero yo quería pensar que mediante la persuasión podríamos obtener lo que no cabía ya esperar de la fuerza o de la astucia. ¿No consentiría el capitán Nemo, una vez acabado el viaje, en devolvernos la libertad bajo juramento de que nunca revelaríamos su existencia? Una palabra de honor que nosotros habríamos respetado. Era preciso tratar de aquella delicada cuestión con el capitán [123]. ¿Sería yo bien recibido al pedir la libertad? ¿No había declarado él mismo, desde el principio y de manera formal, que el secreto de su vida exigía nuestra prisión a perpetuidad a bordo del *Nautilus*? El silencio que yo guardaba desde hacía cuatro meses, ¿no le parecería una aceptación tácita de aquella situación? El hecho de volver a abordar esta cuestión, ¿no habría tenido por resultado levantar sospechas que podrían perjudicar nuestros

proyectos, si más tarde se presentaba alguna circunstancia favorable para llevarlos a la práctica? Pesaba y sopesaba en mi mente todas esas razones y se las planteaba a Conseil, el cual no estaba menos confuso que yo. En definitiva, aunque yo no fuera fácil presa del desaliento, comprendía que las oportunidades de volver a ver algún día a mis semejantes iban disminuyendo, sobre todo al observar que el capitán Nemo corría temerariamente hacia el sur del Atlántico.

Durante los diecinueve días que acabo de mencionar, nuestro viaje no estuvo marcado por ningún incidente especial. El capitán trabajaba, y yo lo veía poco. A menudo encontraba yo en la biblioteca libros que dejaba entreabiertos, sobre todo libros de historia natural. Mi obra sobre los fondos submarinos, hojeada por él, estaba plagada de notas al margen, que a veces contradecían mis teorías y sistemas. Pero el capitán se contentaba con corregir así mi trabajo, y rara vez hablábamos sobre ello. A veces oía resonar los acordes melancólicos de su órgano, que tocaba con gran pasión, pero solamente de noche, en medio de la más secreta oscuridad, cuando el *Nautilus* se adormecía en los desiertos del océano.



Oía resonar los acordes melancólicos de su órgano

Durante esa parte del viaje, navegamos jornadas enteras en la superficie de las olas. El mar estaba como abandonado. Apenas se veían algunos veleros, con carga para las Indias y rumbo hacia el cabo de Buena Esperanza. Un día nos vimos perseguidos por las embarcaciones de un ballenero que, sin duda, nos tomaba por

alguna enorme ballena de gran valor. Pero el capitán Nemo no quiso hacer perder a aquellas buenas gentes su tiempo y su trabajo, y terminó con la cacería sumergiéndose bajo las aguas. Ese incidente pareció interesar profundamente a Ned Land. Creo no equivocarme al afirmar que el canadiense lamentó que nuestro cetáceo de acero no hubiese podido ser herido de muerte por el arpón de aquellos pescadores.

Los peces observados por Conseil y por mí, durante este período, no eran muy distintos de los que ya habíamos estudiado en otras latitudes. Los principales fueron algunas muestras de ese terrible género de los cartilaginosos, dividido en tres subgéneros que cuentan con no menos de treinta y dos especies: alitanes listados, de cinco metros de longitud, que tienen la cabeza aplastada, más ancha que el cuerpo, y la caudal redondeada, y cuyo lomo tiene siete grandes bandas negras paralelas y longitudinales; después, unos boquidulces, de color ceniciento, atravesados por siete aberturas branquiales y dotados de una única aleta dorsal situada más o menos hacia la mitad del cuerpo.

Pasaron también grandes pintarrojas, peces voraces donde los haya. Nada nos impide rechazar los relatos de los pescadores, pero cuentan lo siguiente: se han encontrado en el cuerpo de uno de esos animales una cabeza de búfalo y un ternero entero; en otro, dos atunes y un marinero de uniforme; en otro, un soldado con su sable; y por último, en otro, un caballo con su jinete. A fuer de sincero, he de reconocer que todo eso no es artículo de fe. De todas maneras, ninguno de esos animales se dejó atrapar por las redes del *Nautilus*, y yo no pude comprobar su voracidad.

Durante días enteros, nos acompañaron también grupos de elegantes y juguetones delfines. Iban por bandadas de cinco o seis, cazando en jauría, como los lobos por el campo; además, no son menos voraces que las pintarrojas, si damos crédito a un profesor de Copenhague que sacó del estómago de un delfín trece marsopas y quince focas [124]. Hay que decir que era una orca, perteneciente a la especie más grande conocida, y cuya longitud rebasa a veces los veinticuatro pies. Esta familia de los delfínidos cuenta con diez géneros, y los que yo vi pertenecían al género de los delfinorrincos, dignos de mencionar por su hocico excesivamente estrecho y cuatro veces más largo que el cráneo. Su cuerpo, que medía tres metros,

negro por encima, era por debajo de un color blanco rosado moteado de manchitas muy dispersas.

Citaré también, por pertenecer a esos mares, curiosas muestras de los peces del orden de los acantopterigios y de la familia de los escienoides. Algunos autores, más poetas que naturalistas, pretenden que estos peces cantan melodiosamente y que con sus voces reunidas se puede componer un concierto que no podría igualar un coro de voces humanas. No digo que no, pero aquellas corvinas no nos dieron ninguna serenata a nuestro paso, cosa que lamento [125].

Ya para terminar, Conseil clasificó una gran cantidad de peces voladores. No había nada más curioso que ver a los delfines darles caza con maravillosa precisión. Fuera cual fuese el alcance de su vuelo o su trayectoria, incluso por encima del *Nautilus*, el desgraciado pez siempre encontraba la boca del delfín abierta para recibirlo. Bien se trataba de unos pirapedes o bien de unos borrachos de boca luminosa, que, durante la noche, tras haber trazado rayas de fuego en la atmósfera, se sumergían en las aguas sombrías como estrellas fugaces.

Hasta el 13 de marzo, nuestra derrota se mantuvo en las mismas condiciones. Ese día, el *Nautilus* se dedicó a practicar sondeos que despertaron mi vivo interés.

Habíamos navegado, a la sazón, cerca de trece mil leguas desde nuestra partida de los altos mares del Pacífico. Nuestra situación era de

45° 37'

de latitud sur y

37° 53'

de longitud oeste. Eran los mismos parajes donde el capitán Denham [126], del *Herald*, largó catorce mil metros de sonda sin tocar fondo. Allí también, el teniente Parker, de la fragata americana *Congress*, no había podido alcanzar el suelo submarino con quince mil ciento cuarenta metros [127].

El capitán Nemo decidió enviar su *Nautilus* a la profundidad más extrema para contrastar los diversos sondeos. Yo me preparé para anotar todos los resultados del experimento. Se abrieron los paneles del salón y comenzaron las maniobras para alcanzar aquellas capas tan prodigiosamente alejadas.

Como puede suponerse, no intentó sumergirse llenando los depósitos. Probablemente, no habrían podido incrementar el peso específico del *Nautilus* y, por el contrario, para emerger de nuevo, habría sido necesario evacuar esa sobrecarga de agua, y las bombas no habrían tenido la suficiente potencia para vencer la presión exterior.

El capitán Nemo decidió dirigirse al fondo oceánico siguiendo un vector diagonal suficientemente largo por medio de sus planos laterales, que se situaron en un ángulo de cuarenta y cinco grados con respecto a las líneas de agua del *Nautilus*. Después, la hélice alcanzó su máxima velocidad, y su cuádruple pala batió las aguas con una indescriptible violencia.

Por efecto de tan poderoso empuje, el casco del *Nautilus* vibró como una cuerda sonora y se hundió bajo las aguas con toda regularidad. El capitán y yo, apostados en el salón, seguíamos la aguja del manómetro, que se desviaba rápidamente. Enseguida pasamos la zona habitable donde viven la mayor parte de los peces. Algunos de esos animales no pueden vivir más que en la superficie de los mares o de los ríos, pero otros, menos numerosos, se mantienen a profundidades bastante grandes. Entre esos últimos, observé al tiburón cañabota, especie de tintorera provista de seis aberturas respiratorias; al pez diablo, de enormes ojos; al armadillo, con sus aletas dorsales grises y pectorales negras, protegido por un peto de placas óseas de color rojo pálido, y, por último, al granadero, que vive a mil doscientos metros de profundidad y soporta una presión de ciento veinte atmósferas.

Pregunté al capitán Nemo si había observado peces a mayores profundidades.

—¿Peces? —me respondió—. En raras ocasiones. Pero, dígame: en el estado actual de la ciencia, ¿qué conjeturas se hacen al respecto?, ¿qué se sabe?

—Lo siguiente, capitán: se sabe que, conforme se avanza hacia las capas profundas del océano, la vida vegetal desaparece más deprisa que la vida animal. Se sabe que, allí donde todavía se pueden encontrar seres animados, no vegeta ya ni un solo hidrófito. Se sabe que las veneras y las ostras viven a dos mil metros de profundidad, y que McClintock [128], el héroe de los mares polares, sacó una estrella viva de una profundidad de dos mil

quinientos metros. Se sabe que la tripulación del *Bull-Dog*, de la Real Armada británica, pescó una asteria a dos mil seiscientas veinte brazas, es decir, más de una legua de profundidad. Pero tal vez me dirá usted, capitán Nemo, que no se sabe nada.

—No, profesor —respondió el capitán—, no seré tan descortés. Lo que deseo preguntarle es cómo se explica usted que puedan existir seres vivos a tales profundidades.

—Lo puedo explicar por dos razones —respondí yo—. En primer lugar, porque las corrientes verticales, determinadas por la diferencia de salinidad y de densidad de las aguas, producen un movimiento que basta para mantener la vida rudimentaria de los crinoideos y de las asterias.

—Exacto —dijo el capitán.

—Después, porque, si bien el oxígeno es la base de la vida, se sabe que la cantidad de oxígeno disuelto en el agua de mar aumenta con la profundidad en vez de disminuir y que la presión de las capas bajas contribuye a comprimirlo.

—¡Ah! ¿Eso se sabe? —respondió el capitán Nemo, aparentando una ligera sorpresa—. ¡Pues bien! profesor, tienen razón, porque es la verdad. He de añadir que la vejiga natatoria de los peces encierra más nitrógeno que oxígeno cuando esos animales son pescados en la superficie de las aguas, y más oxígeno que nitrógeno, por el contrario, cuando se los saca de grandes profundidades, lo que corrobora su argumentación. Pero continuemos nuestras observaciones.

Mi mirada se posó sobre el manómetro. El instrumento marcaba una profundidad de seis mil metros. Nuestra inmersión duraba ya una hora. El *Nautilus*, deslizándose sobre sus planos inclinados seguía sumergiéndose. Las aguas desiertas eran de una admirable transparencia y de una diafanidad indescriptible. Una hora más tarde, nos encontrábamos a trece mil metros —alrededor de tres leguas y cuarto— y aún no se adivinaba el fondo del océano.

Sin embargo, a catorce mil metros, vi unos picos negruzcos que surgían en medio de las aguas. Aquellas cumbres podían pertenecer a montañas tan altas como el Himalaya o el Mont Blanc, incluso más altas, y la profundidad de aquellos abismos seguía siendo incalculable.

El *Nautilus* continuó su descenso, a pesar de las enormes

presiones que soportaba. Yo sentía cómo sus planchas temblaban en las junturas de los Pernios; sus barras se arqueaban; sus mamparos gemían; los cristales del salón parecían abombarse por la presión de las aguas. Y aquel sólido aparato habría cedido si, tal como había dicho su capitán, no hubiera sido capaz de resistir como un bloque compacto.

Al pasar rozando las pendientes de aquellas rocas perdidas bajo las aguas, vi todavía algunas conchas, sérpulas, *spirorbis* vivos [129] y algunos ejemplares de asterias.

Pero, inmediatamente, los últimos representantes de la vida animal desaparecieron, y a tres leguas bajo el nivel del mar, el *Nautilus* rebasó los límites de la existencia submarina, como hace el globo que asciende por los aires por encima de las zonas respirables. Habíamos alcanzado una profundidad de dieciséis mil metros —cuatro leguas—, y los flancos del *Nautilus* aguantaban en esos momentos una presión de mil seiscientas atmósferas, es decir: ¡mil seiscientos kilogramos por cada centímetro cuadrado de su superficie!

—¡Qué situación! —exclamé—. ¡Recorrer las profundas regiones a las que el hombre no ha llegado jamás! Mire usted, capitán, mire esas magníficas rocas, esas grutas deshabitadas, esos últimos receptáculos del globo, en los que la vida ya no es posible. ¡Qué lugares ignotos! ¿Por qué estaremos obligados a conservar tan solo su recuerdo?

—¿Le gustaría llevarse algo mejor que el recuerdo? —me preguntó el capitán Nemo.

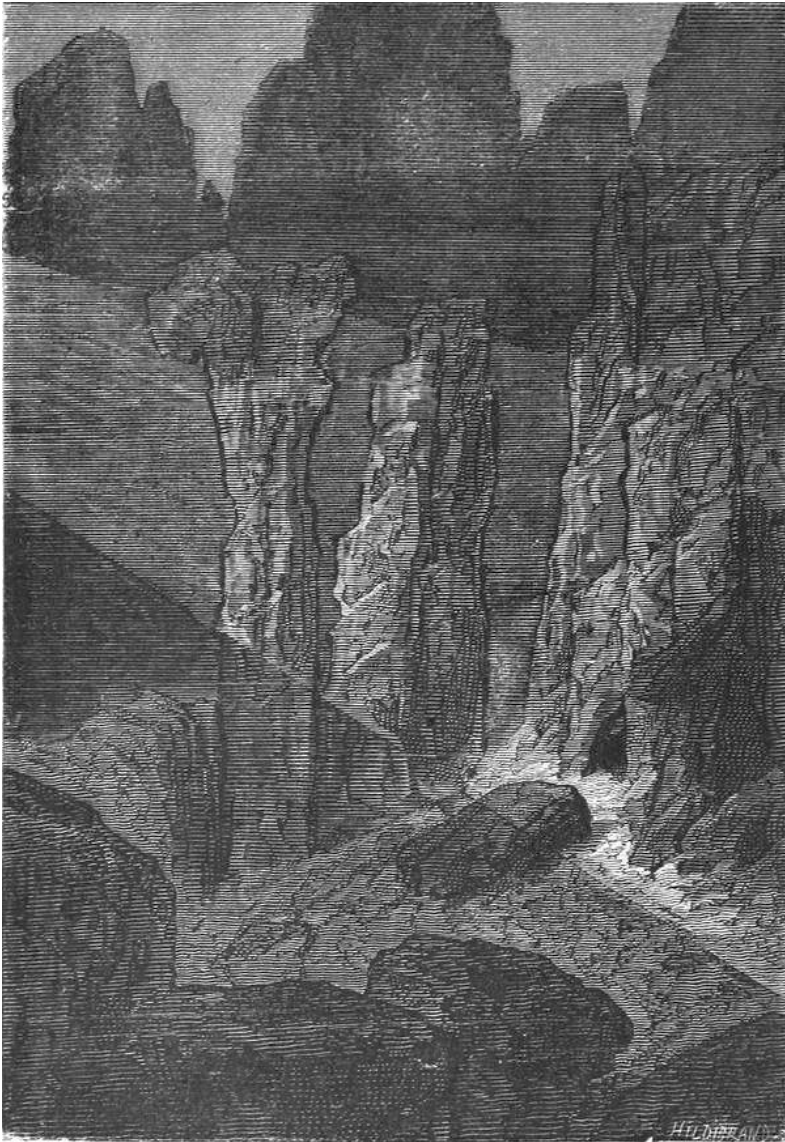
—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que no hay nada más fácil que sacar una fotografía de esta región submarina.

No había tenido tiempo de manifestar la sorpresa que me causaba esta nueva oferta cuando, a una orden del capitán Nemo, trajeron una cámara al salón. A través de los paneles completamente abiertos, el medio líquido iluminado eléctricamente se distinguía con perfecta claridad. Ninguna sombra, ninguna degradación de nuestra luz artificial. El sol no habría podido ser más favorable a una operación de este tipo. El *Nautilus*, por el empuje de su hélice, dominada por la inclinación de sus planos, permanecía inmóvil. El instrumento se orientó hacia aquellos

parajes del fondo oceánico y, en unos segundos, habíamos obtenido un negativo de gran calidad.

Aquí adjunto el positivo. Se ven las rocas primordiales que jamás han conocido la luz de los cielos, los granitos inferiores que forman los poderosos cimientos del globo, las grutas profundas vaciadas en la masa pétrea, los perfiles de una incomparable nitidez y cuyos trazos se destacan en negro, como si fueran obra de algún artista flamenco. Después, más allá, un horizonte de montañas, una admirable línea ondulada que compone los planos de fondo del paisaje. No tengo palabras para describir aquel conjunto de rocas lisas, negras, pulidas, sin ovas, impolutas, cuyas formas componían extrañas siluetas sólidamente asentadas en esa alfombra de arena que brillaba por el impacto del reflector eléctrico.



Aquí adjunto el positivo

Tras haber acabado la operación, el capitán Nemo me dijo:

—Ascendamos, profesor. No hay que abusar de esta situación, ni exponer demasiado tiempo el *Nautilus* a estas presiones.

—¡Ascendamos! —respondí yo.

—Agárrese fuerte.

No había tenido tiempo de comprender por qué el capitán me hacía esta recomendación cuando caí de bruces a la alfombra.

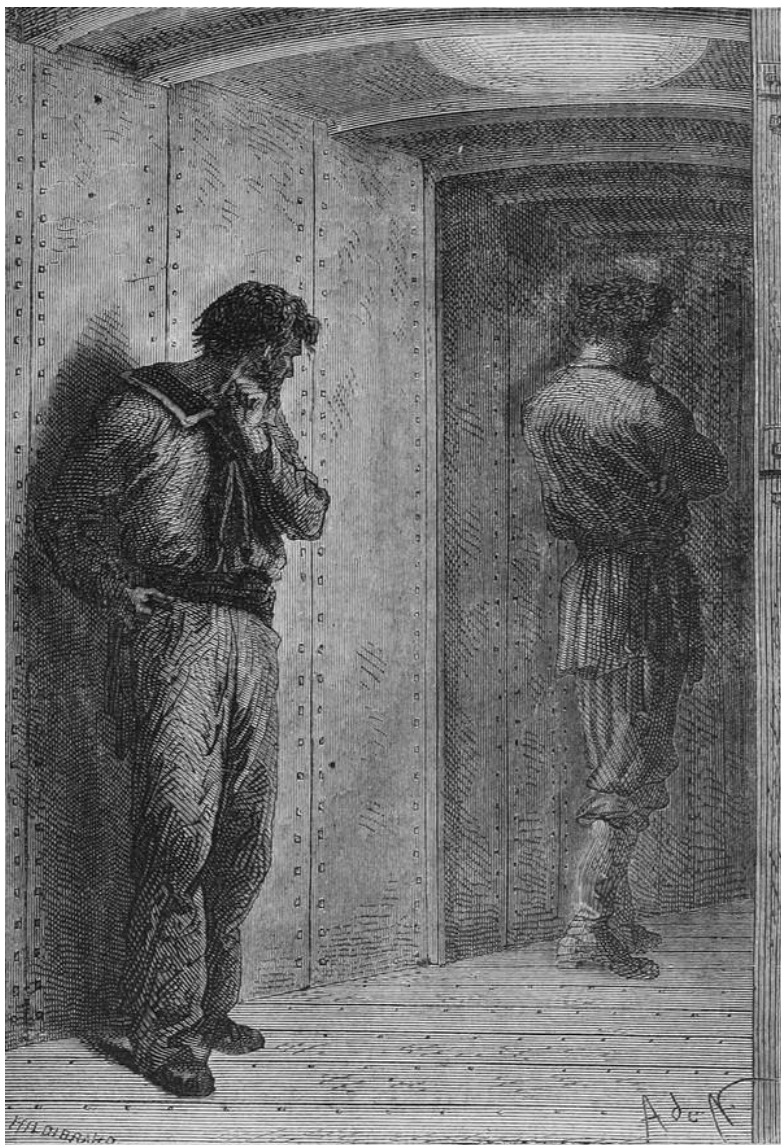
Embragada la hélice a una señal del capitán, con sus planos en posición vertical, el *Nautilus*, llevado como un globo por los aires, ascendía con una rapidez fulminante. Cortaba la masa de las aguas con un estremecimiento sonoro. No se podía ver ningún detalle. En cuatro minutos, había franqueado las cuatro leguas que lo separaban de la superficie del océano y, tras haber emergido como un pez volador, volvía a caer haciendo saltar las aguas a una prodigiosa altura.

XII

Cachalotes y ballenas

Durante la noche del 13 al 14 de marzo, el *Nautilus* reanudó su navegación con rumbo sur. Yo pensaba que a la altura del cabo de Hornos, pondría proa hacia el oeste para llegar a los mares del Pacífico y concluir su vuelta al mundo. No fue así y continuó dirigiéndose hacia las regiones australes. ¿Adónde quería ir? ¿Al Polo? Era una insensatez. Empecé a creer que la temeridad del capitán justificaba de sobra la aprensión de Ned Land.

De un tiempo a esa parte, el canadiense había dejado de hablarme de sus proyectos de evasión. Se había vuelto menos comunicativo, casi silencioso. Yo veía cómo le pesaba la reclusión prolongada. Sentía cómo se le iba acumulando la ira. Cuando se encontraba con el capitán, sus ojos se encendían impregnados de un fuego sombrío, y a mí me embargaba constantemente el temor de que su natural violento lo condujera a cometer algún disparate.



Cuando Ned se encontraba con el capitán...

Aquel día, 14 de marzo, Conseil y él vinieron a mi camarote.

—Tengo una simple pregunta que hacerle, señor —me respondió el canadiense, tras haberles preguntado por la razón de su visita.

—Hable, Ned.

—¿Cuántos hombres cree usted que hay a bordo del *Nautilus*?

—No sabría decirlo, amigo mío.

—Me parece —continuó Ned Land— que para maniobrarlo no hacen falta demasiados tripulantes.

—En efecto —respondí—. En las condiciones en que se encuentra, diez hombres como máximo deben bastar para realizar las maniobras.

—Pues bien —dijo el canadiense—, ¿por qué tendría que haber más?

—¿Por qué? —repuse yo.

Miré fijamente a Ned Land, cuyas intenciones eran fáciles de adivinar.

—Porque, si he de confiar en mis presentimientos —respondí—, si he comprendido correctamente la existencia del capitán, el *Nautilus* no es solamente un navío. Debe de ser también un lugar de refugio para aquellos que, como su comandante, han roto todo vínculo con la tierra.

—Tal vez —dijo Conseil—, pero en cualquier caso, en el *Nautilus* no puede haber más que un número determinado de hombres, ¿no podría el señor averiguar ese máximo?

—¿Y cómo, Conseil?

—Por el cálculo. Dada la capacidad del navío, que el señor conoce, y, por consiguiente, la cantidad de aire que almacena; sabiendo, por otro lado, lo que cada hombre consume en el acto de la respiración, y comparando esos resultados con la necesidad de que el *Nautilus* emerja cada veinticuatro horas...

La frase de Conseil quedó inconclusa, pero yo veía claramente adónde quería ir a parar.

—Entiendo —dije—; pero ese cálculo, sin duda fácil de hacer, no puede arrojar más que una cifra muy incierta.

—No importa —añadió Ned Land con insistencia.

—Bien, este es el cálculo: cada hombre gasta en una hora el oxígeno contenido en cien litros de aire, es decir: en veinticuatro horas, el oxígeno contenido en dos mil cuatrocientos litros. Así pues, hemos de hallar cuántas veces contiene el *Nautilus* dos mil cuatrocientos litros de aire.

—Exactamente —dijo Conseil.

—Pues bien —continué—, si la capacidad del *Nautilus* es de mil quinientas toneladas, y la de la tonelada mil litros, el *Nautilus*

contiene un millón quinientos mil litros de aire, que, divididos por dos mil cuatrocientos... —calculé rápidamente con un lápiz—, arrojan un cociente de seiscientos veinticinco: lo que equivale a decir que el aire contenido en el *Nautilus* podría servir estrictamente para seiscientos veinticinco hombres durante veinticuatro horas.

—¡Seiscientos veinticinco! —repitió Ned.

—Pero tenga usted por seguro —añadí—, que tanto pasajeros como marinos u oficiales no formamos ni la décima parte de esa cifra.

—¡Sigue siendo demasiado para tres hombres! —murmuró Conseil.

—Así pues, mi pobre Ned, no puedo más que aconsejarle paciencia.

—Y mejor aún que la paciencia —añadió Conseil—, resignación. Conseil había empleado la palabra justa.

—Después de todo —continuó—, el capitán Nemo no puede mantenerse siempre rumbo al sur. Tendrá que detenerse alguna vez, aunque sea ante la banquisa, y regresar a mares más civilizados. Entonces, será el momento de reanudar los proyectos de Ned Land.

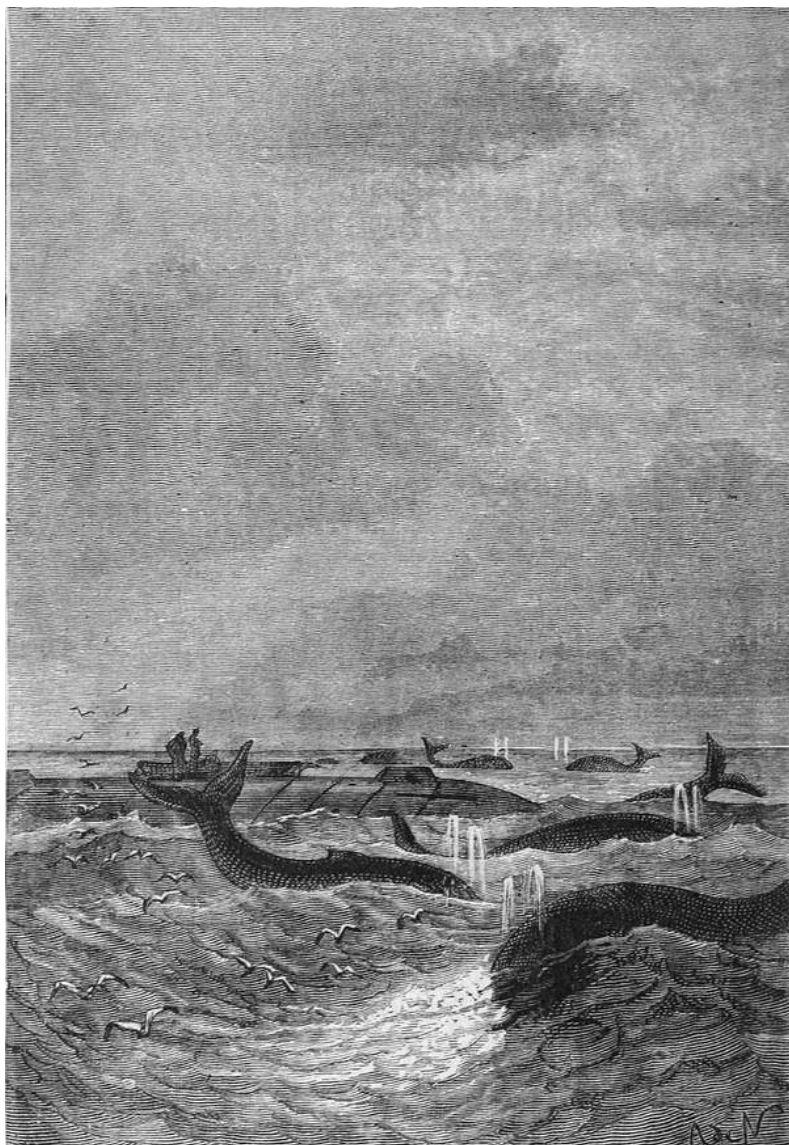
El canadiense movió la cabeza, se pasó la mano por la frente, no respondió y se retiró.

—Si el señor me lo permite, haré una observación —me dijo Conseil—. El pobre Ned no para de pensar en todo lo que no puede tener. Toda su vida pasada le ronda la memoria. Echa de menos todo lo que nos está prohibido. Sus recuerdos del pasado lo oprimen, y está apesadumbrado. Hay que comprenderlo. ¿Qué tiene que hacer él aquí? Nada. No es un sabio como el señor, y no puede disfrutar como nosotros de las cosas admirables del mar. Correría cualquier riesgo con tal de poder entrar en una taberna de su país [130].

Es cierto que la monotonía de a bordo debía de parecerle insoportable al canadiense, habituado a una vida libre y activa. Los acontecimientos que podían apasionarlo eran escasos. Sin embargo, aquel día, un hecho vino a recordarle sus hermosos días de arponero.

Hacia las once de la mañana, en la superficie del océano, el *Nautilus* se vio en medio de una manada de ballenas. Ese encuentro

no me sorprendió, pues ya sabía yo que estos animales, perseguidos sin tregua, se refugian en las aguas de las latitudes altas.



El *Nautilus* se vio en medio de una manada de ballenas

El papel que desempeña la ballena en el mundo marino y su influencia en los descubrimientos geográficos han sido considerables. La ballena, arrastrando tras de sí a los vascos, en primer lugar, y después a los asturianos, los ingleses y los holandeses, les infundió ánimos contra los peligros del océano y los

condujo de un extremo de la tierra al otro. Las ballenas gustan de frecuentar los mares australes y boreales. Algunas antiguas leyendas pretenden incluso que esos cetáceos han llevado a los pescadores a siete leguas solamente del Polo Norte. Aunque ese hecho fuera falso, será verdad algún día, y será probablemente así, cazando la ballena en las regiones árticas o antárticas, como los hombres alcanzarán ese punto desconocido del globo [131].

Estábamos sentados en la plataforma y la mar estaba en calma. Pero el mes de octubre de aquellas latitudes nos brindaba unos hermosos días de otoño [132]. Fue el canadiense —que no podía equivocarse— quien señaló una ballena en el horizonte, al este. Mirando con atención, se la veía asomar y sumergir alternativamente su lomo negruzco sobre las aguas, a cinco millas del *Nautilus*.

—¡Ay! —exclamó Ned Land—. Si estuviera a bordo de un ballenero, ¡menudo encuentro tendríamos! Es un animal de gran tamaño. Mire con qué potencia despiden sus respiraderos chorros de agua y de vapor. ¡Por mil diablos! ¿Por qué tengo que estar encadenado a este montón de chapas?

—¿Cómo, Ned! —respondí—. ¿Todavía no se le han ido de la cabeza esas viejas ideas de pesca [133] ?

—¿Puede olvidar un ballenero su antiguo oficio, señor? ¿Puede uno llegar a cansarse de las emociones de una caza como esa?

—¿No ha pescado usted nunca por estos mares, Ned?

—Nunca, señor. Solamente, en los mares boreales: en el estrecho de Bering y también en el de Davis, en los dos.

—Entonces, todavía no ha visto a la ballena austral. Hasta ahora solo ha cazado usted ballenas francas, que no se atreverían a pasar de las cálidas aguas del ecuador.

—¿Pero qué me dice usted, profesor? —respondió el canadiense con un aire un poco incrédulo.

—Digo la verdad.

—¡De eso nada! Este que le habla, en el sesenta y cinco, hace dos años y medio, arponeó cerca de Groenlandia una ballena que aún llevaba clavado en el lomo el arpón afilado de un ballenero de Bering. ¿Puede decirme cómo, después de que lo hubieran herido al oeste de América, podría haber venido el animal a que lo arponeáramos al este, si no fue doblando el cabo de Hornos o el de

Buena Esperanza y, por lo tanto, atravesando el ecuador?



Arponeó, cerca de Groenlandia, una ballena

—Pienso como el amigo Ned —dijo Conseil—. ¿Qué responde el señor?

—El señor responde, amigos míos, que las ballenas se localizan, según sus especies, en algunos mares que no abandonan. Y si uno de esos animales ha pasado del estrecho de Bering al de Davis, es

sencillamente porque existe una vía que enlaza ambos mares, ya sea en las costas de América o en las de Asia [134].

—¿Hay que creerlo? —preguntó el canadiense, guiñando un ojo.

—Hay que creer al señor —respondió Conseil.

—Así que como no he pescado nunca en estos parajes no conozco en absoluto las ballenas que se mueven por aquí, ¿no es eso?

—Ya se lo he dicho, Ned.

—Razón de más para conocerlas —repuso Conseil.

—¡Miren, miren! —gritó el canadiense, con la voz emocionada—. ¡Se acerca, viene hacia nosotros! ¡Se burla de mí! ¡Sabe que no puedo hacer nada contra ella!

Ned daba taconazos en la plataforma. Su mano vibraba blandiendo un arpón imaginario.

—Esos cetáceos —preguntó él—, ¿son tan grandes como los de los mares boreales?

—Más o menos, Ned.

—Pues yo he visto unas cuantas ballenas grandes, señor; ballenas que medían hasta cien pies. Incluso alguien me dijo que la Hullamock y la Umgallick [135] de las islas Aleutianas superan a veces los ciento cincuenta pies.

—Eso me parece exagerado —respondí yo—. Esos animales no son más que balenopteridos que tienen aletas dorsales y, al igual que los cachalotes, son generalmente más pequeños que la ballena franca.

—¡Ah! —exclamó el canadiense, cuya mirada no abandonaba el océano—. ¡Se acerca, viene a las aguas del *Nautilus*!

Después, reanudando su conversación, dijo:

—Habla usted del cachalote como de un animalito. Sin embargo, se habla de que existen cachalotes gigantescos. Son unos cetáceos inteligentes. Se cuenta que algunos se cubren de algas y de fucos. Hay quien los toma por islotes, acampa encima, se instala y enciende un fuego...

—Y se construyen casas —dijo Conseil.

—Sí, farsante —respondió Ned Land—. Después, un buen día, el animal se sumerge y arrastra a todos sus habitantes al fondo del abismo.

—Como en los viajes de Simbad el Marino [136] —repliqué yo

riendo—. Señor Land, parece que le encantan las historias extraordinarias. ¡Vaya con sus cachalotes! ¡Espero que no se lo crea!

—Señor naturalista —respondió seriamente el canadiense—, de las ballenas hay que creerlo todo. ¡Y cómo nada esta! ¡Cómo juguetea! Se dice que estos animales pueden dar la vuelta al mundo en quince días.

—No digo que no.

—Pero, lo que sin duda no sabrá usted, señor Aronnax, es que al comienzo del mundo, las ballenas eran aún más rápidas.

—¿De verdad, Ned? ¿Y cómo es eso?

—Porque entonces tenían la cola de través, como los peces; es decir, que aquella cola, aplastada verticalmente, golpeaba el agua de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Pero el Creador, viendo que iban demasiado deprisa, les retorció la cola, y desde entonces golpean las aguas de arriba hacia abajo, a costa de perder velocidad.

—Bueno, Ned —dije yo, recogiendo una expresión del canadiense—. ¿Hay que creerlo?

—No demasiado —respondió Ned Land—, y no más que si le contara que existen ballenas de trescientos pies de longitud y que pesan cien mil libras.

—Es mucho, sin duda —repuse—. Sin embargo, hemos de reconocer que algunos cetáceos adquieren un desarrollo considerable, puesto que, según algunas noticias, dan hasta ciento veinte toneladas de aceite.

—Eso sí que lo he visto —dijo el canadiense.

—Lo creo sin dudar, Ned, como creo que algunas ballenas igualan en tamaño a cien elefantes. Piense usted en los efectos de semejante masa lanzada a toda velocidad.

—¿Es cierto que pueden hundir barcos? —preguntó Conseil.

—Barcos, no lo creo —respondí yo—. Pero cuentan que en 1820, precisamente en los mares del Sur, una ballena se precipitó sobre el *Essex* y lo hizo retroceder a una velocidad de cuatro metros por segundo. El barco hizo agua por la popa y se fue a pique casi inmediatamente [137].

Ned me miró con sorna.

—Pues yo —dijo— recibí un coletazo de una ballena —en mi bote, se entiende—. Mis compañeros y yo salimos disparados a una

altura de seis metros. Pero al lado de la ballena del profesor, la mía no era más que un ballenato.

—¿Viven mucho tiempo esos animales? —preguntó Conseil.

—Mil años, respondió el canadiense sin vacilar.

—¿Y cómo lo sabe usted, Ned?

—Porque es lo que dicen.

—¿Y por qué lo dicen?

—Porque se sabe.

—No, Ned, no se sabe, pero se supone, y este es el razonamiento sobre el que se apoya esta teoría: hace cuatrocientos años, cuando los pescadores cazaron ballenas por primera vez, esos animales tenían un tamaño superior al que tienen en la actualidad. Por consiguiente, se supone, con bastante lógica, que la inferioridad de las ballenas actuales proviene de que no han tenido el tiempo de alcanzar su completo desarrollo. Eso es lo que ha hecho decir a Buffon que esos cetáceos podían e incluso debían de vivir mil años. ¿Me oye?

Ned Land ni oía ni escuchaba ya. La ballena seguía acercándose. La devoraba con los ojos.

—¡Ah! —exclamó—, ¡ya no es una ballena, son diez, veinte, una manada entera! ¡Y no poder hacer nada! ¡Estar aquí atados de pies y manos!

—Pero, amigo Ned —dijo Conseil—, ¿por qué no le pide al capitán Nemo permiso para cazar...?

Conseil apenas había acabado su frase, y Ned Land se había lanzado ya por la escotilla corriendo en busca del capitán. Unos instantes después, los dos reaparecieron en la plataforma.

El capitán Nemo observó la manada de cetáceos que nadaba a una milla del *Nautilus*.

—Son ballenas australes —dijo—. La fortuna de una flota de balleneros.

—Bueno, señor —preguntó el canadiense—, ¿no podría cazarlas aunque solo fuese para no olvidar mi antiguo oficio de arponero?

—Para qué cazar únicamente por destruir —respondió el capitán Nemo—. No nos hace falta el aceite de ballena a bordo.

—Sin embargo, señor —replicó el canadiense—, en el mar Rojo nos autorizó a perseguir un dugongo.

—Entonces se trataba de procurar carne fresca a mi tripulación.

Aquí, sería matar por matar. Sé bien que es un privilegio reservado al hombre, pero no admito esos pasatiempos asesinos. Al destruir a la ballena austral, como a la ballena franca, seres buenos e inofensivos, sus semejantes, señor Land, cometen un acto reprochable. Así es como ya han despoblado toda la bahía de Baffin y como aniquilarán toda una clase de animales útiles. Deje, pues, en paz a esos desdichados cetáceos. Bastante tienen con sus enemigos naturales, los cachalotes, los peces espada y los peces sierra, sin que se meta usted también de por medio.

No es difícil imaginar qué cara puso el canadiense durante ese curso de moral. Dar semejantes razones a un cazador era malgastar las palabras. Ned Land miraba al capitán Nemo y, obviamente, no comprendía lo que le quería decir. Sin embargo, el capitán tenía razón. El bárbaro y desconsiderado encarnizamiento de los pescadores hará desaparecer antes o después a la última ballena del océano.

Ned Land silbó entre dientes su *Yankee doodle* [138], se metió las manos en los bolsillos y nos volvió la espalda.

Mientras tanto, el capitán Nemo observaba la manada de cetáceos y, dirigiéndose a mí, me dijo:

—Tenía yo razón al decir que, sin contar con el hombre, las ballenas tienen otros enemigos naturales bastante numerosos. Dentro de poco se las van a ver con un buen grupo de estos. ¿Puede distinguir usted, señor Aronnax, a ocho millas a sotavento esos puntos negruzcos que se mueven?

—Sí, capitán —respondí.

—Son cachalotes, unos animales terribles que en otras ocasiones me he encontrado en manadas de doscientos o trescientos. Por lo que a estos se refiere, bestias crueles y dañinas, sí hay razón para exterminarlos.

El canadiense, al oír esas palabras, se giró bruscamente.

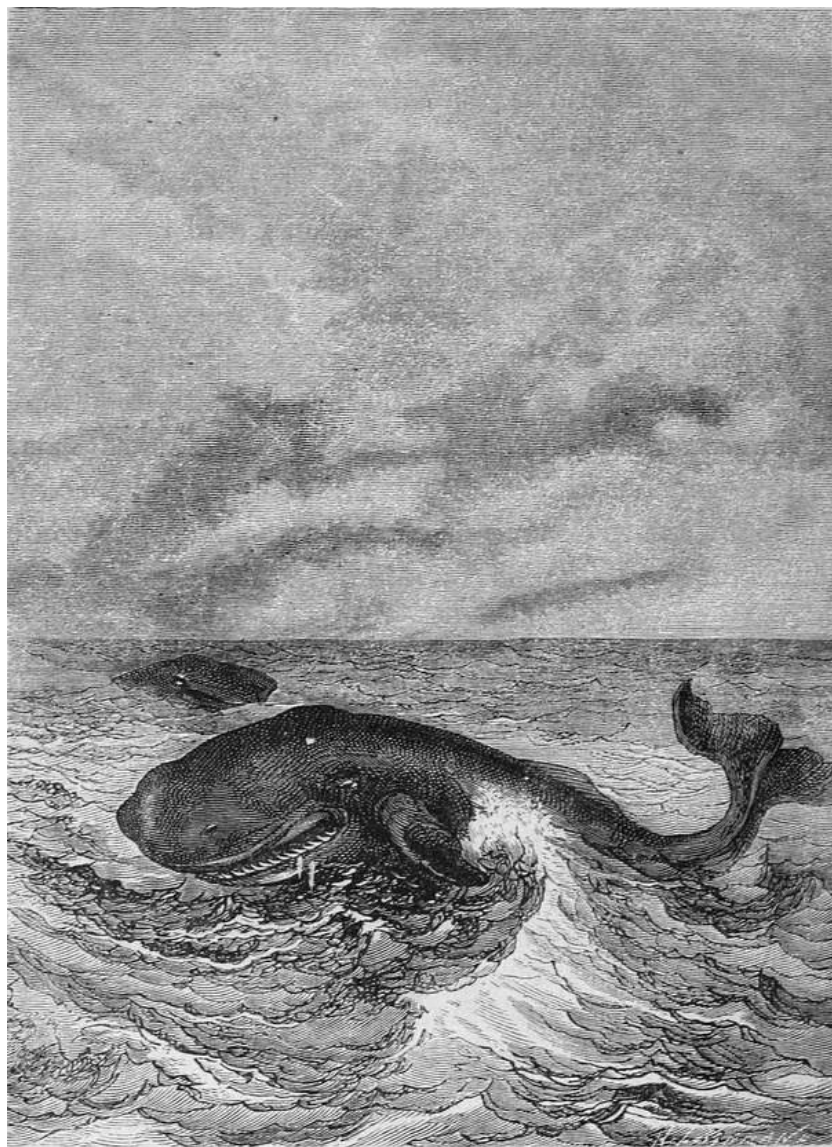
—¿Lo ve, capitán? —dije—. Todavía estamos a tiempo, en beneficio de las ballenas...

—Es inútil arriesgarse, profesor. El *Nautilus* bastará para dispersar a los cachalotes. Está armado con un espolón de acero que vale tanto como el arpón del señor Land, creo yo.

El canadiense no se privó de encogerse de hombros. ¡Atacar cetáceos a golpe de espolón! ¿Quién había oído hablar alguna vez

de eso?

—Espere, señor Aronnax —dijo el capitán Nemo—. Le mostraremos una caza que no conoce usted todavía. No ha de haber compasión con esos feroces cetáceos. ¡No son más que boca y dientes!



No son más que boca y dientes

¡Boca y dientes! No se podía describir mejor al cachalote macrocéfalo, cuyo tamaño rebasa a veces los veinticinco metros. La cabeza enorme de ese cetáceo representa alrededor de la tercera parte de su cuerpo. Mejor armado que la ballena, cuya mandíbula superior está solamente provista de barbas, cuenta con veinticinco

grandes dientes cilíndricos, de veinte centímetros de longitud, y de punta cónica, que pesan dos libras cada uno. En la parte superior de esa enorme cabeza, y en grandes cavidades separadas por cartílagos, se encuentran entre trescientos y cuatrocientos kilogramos de ese precioso aceite, llamado «esperma de ballena». El cachalote es un animal poco agraciado, con más aspecto de renacuajo que de pez, según la observación de Frédol [139]. Está mal construido, por decirlo gráficamente salió «contrahecho» en toda la parte izquierda de su armazón y prácticamente solo ve por el ojo derecho.

Mientras tanto, la monstruosa manada seguía aproximándose. Habían visto a las ballenas y se preparaban a atacarlas. Por anticipado, se podía prever la victoria de los cachalotes, no solamente porque están mejor concebidos para el ataque que sus inofensivos adversarios, sino también porque pueden permanecer mucho más tiempo bajo las aguas sin emerger a respirar a la superficie.

No quedaba tiempo más que para acudir en socorro de las ballenas. El *Nautilus* se situó entre dos aguas. Conseil, Ned y yo tomamos posición ante los paneles del salón. El capitán Nemo acudió al puesto del timonel para utilizar su aparato como un ingenio de destrucción. Inmediatamente, sentí cómo aumentaban las paletadas de la hélice y se aceleraba nuestra velocidad.

Ya se había entablado el combate entre los cachalotes y las ballenas, cuando el *Nautilus* llegó. Hizo una maniobra para dividir la manada de los macrocéfalos. Estos, al principio, no se mostraron especialmente impresionados ante la llegada del nuevo monstruo que venía a tomar parte en la batalla. Pero enseguida tuvieron que protegerse de sus golpes.

¡Qué lucha! El propio Ned Land, rápidamente entusiasmado, acabó por aplaudir. El *Nautilus* se había convertido en un arpón terrible, empuñado por la mano de su capitán. Se lanzaba contra las masas carnosas y las atravesaba de parte a parte, dejando a su paso dos mitades de animal palpitantes. Los impresionantes coletazos que se abatían sobre sus flancos ni siquiera los sentía, como tampoco sentía los choques que provocaba. Una vez exterminado un cachalote, corría hacia otro, viraba para no errar su presa, yendo de proa, de popa, obediente al gobernalle, sumergiéndose cuando el

cetáceo se sumergía en las capas más profundas, emergiendo con él cuando este subía a la superficie, golpeándolo de lleno o de través, cortándolo o desgarrándolo, en todas las direcciones y a todas las velocidades, clavándole su terrible espólón.

¡Qué carnicería! ¡Qué fragor en la superficie de las aguas! ¡Qué agudos silbidos y qué estertores, los de aquellos animales aterrorizados! En medio de unas aguas de ordinario tan tranquilas, su cola levantaba un auténtico oleaje.

Durante una hora se prolongó esta homérica masacre, a la que los macrocéfalos no podían sustraerse. Varias veces, diez o doce reunidos intentaron aplastar al *Nautilus* con sus masas. Se veía en el cristal su enorme boca, empedrada de dientes, y su terrible ojo. Ned Land, que no podía ya contenerse, los amenazaba e injuriaba. Sentíamos cómo se aferraban a nuestro aparato, cual sabuesos que acometen a un jabato entre los matorrales. Pero el *Nautilus*, forzando su hélice, los embestía, los arrastraba o los llevaba al nivel superior de las aguas, sin inquietarse ante su enorme peso o sus poderosas acometidas.

Por último, la masa de cachalotes se aclaró. Las aguas volvieron a estar tranquilas. Noté cómo subíamos a la superficie del océano. Se abrió la escotilla y nos precipitamos a la plataforma.

El mar estaba cubierto de cadáveres mutilados. Ni una tremenda explosión habría partido, desgarrado y destrozado con más violencia aquellas masas carnosas. Flotábamos en medio de cuerpos gigantescos, de lomo azulado, blanquecinos en el vientre, y todos ellos deformados por enormes protuberancias. Algunos cachalotes aterrorizados huían por el horizonte. Las aguas estaban teñidas de rojo en un espacio de varias millas, y el *Nautilus* flotaba en medio de un mar de sangre.

El capitán Nemo se nos unió.

—¿Y bien, señor Land? —dijo.

—Pues bien, señor —respondió el canadiense, en el que el entusiasmo se había apaciguado—, es un espectáculo terrible, es cierto. Pero yo no soy un carnicero: soy un cazador, y esto no es más que una carnicería.

—Es una matanza de animales dañinos —respondió el capitán—, y el *Nautilus* no es un cuchillo de carnicero.

—Prefiero mi arpón —repuso el canadiense.

—A cada cual su arma —respondió el capitán, mirando fijamente a Ned Land.

Yo temía que este se dejase arrastrar a algún acto de violencia que habría tenido consecuencias lamentables. Pero su ira se apaciguó al ver una ballena a la que se acercaba el *Nautilus*.

El animal no había podido escapar a las dentelladas de los cachalotes. Reconocí a la ballena austral, de cabeza aplastada, que es completamente negra. Anatómicamente, se distingue de la ballena blanca y de la *nordcaper* [140] porque tiene las siete vértebras cervicales soldadas y dos costillas más que sus congéneres. El desgraciado cetáceo, recostado sobre un lado, con el vientre acribillado a dentelladas, estaba muerto. En el extremo de su aleta mutilada llevaba todavía a un pequeño ballenato al que no había podido salvar de la masacre. Su boca abierta dejaba fluir el agua, que murmuraba como la resaca a través de sus barbas.

El capitán Nemo condujo al *Nautilus* junto al cadáver del animal. Dos de sus hombres subieron al costado de la ballena y vi, no sin sorpresa, que retiraban de sus mamas toda la leche que estas contenían, es decir una cantidad equivalente a dos o tres toneladas.

El capitán me ofreció una taza de aquella leche aún tibia. No pude evitar un mohín de repugnancia por aquel brebaje. Me aseguró que la leche era excelente y que no se distinguía en nada de la leche de vaca.

La probé y compartí su opinión. Aquella leche, transformada en mantequilla salada o queso, sería útil entre nuestras provisiones, pues debía de aportar una agradable variación a nuestro régimen cotidiano.

Desde aquel día, observé con preocupación que la actitud de Ned Land para con el capitán Nemo se agriaba cada vez más y decidí estar muy atento a los actos y los gestos del canadiense.

XIII

La banquisa

El *Nautilus* había reanudado su imperturbable marcha hacia el sur. Seguía el quincuagésimo meridiano a una velocidad considerable. ¿Querría alcanzar el polo? No me parecía verosímil, pues, hasta la fecha, todas las tentativas por llegar hasta ese punto del globo habían fracasado. Además, la estación estaba ya bastante avanzada, dado que el 13 de marzo de las tierras antárticas corresponde al 13 de septiembre de las regiones boreales, que da paso al período equinoccial.

El 14 de marzo, avisté témpanos flotantes a 55°

de latitud, simples restos de colores desvaídos y de entre veinte y veinticinco pies, que formaban escollos que recubría el mar. El *Nautilus* se mantenía en la superficie del océano. Ned Land, que ya había faenado en las regiones árticas, estaba familiarizado con el espectáculo de los *icebergs* [141]. Conseil y yo lo admirábamos por vez primera.

Camino del horizonte meridional, la atmósfera estaba dominada por una franja blanca de deslumbrante luminosidad. Los balleneros ingleses le han dado el nombre de *ice-blink* [142]. Por muy espesas que sean las nubes, no pueden oscurecerla. Anuncia la presencia de un *pack* o banco de hielo.

Así fue. Inmediatamente aparecieron bloques de tamaño más considerable, cuyo resplandor se modificaba según los caprichos de la bruma. Algunas de aquellas masas mostraban vetas verdes, lo que sugería que sus líneas onduladas se debían al sulfato de cobre. Otras, parecidas a enormes amatistas, se dejaban penetrar por la luz. Unas reflejaban los rayos de luz en las mil facetas de sus cristales. Otras, matizadas por los vivos reflejos calcáreos, habrían bastado para construir toda una ciudad de mármol.

Conforme íbamos descendiendo hacia el sur, aquellas islas flotantes aumentaban en número y en importancia. Las aves polares anidaban en ellas a millares. Había petreles, comunes y dameros, y pardelas, que nos ensordecían con sus chillidos. Algunos confundían el *Nautilus* con el cadáver de una ballena, venían a posarse sobre él y picoteaban su acero sonoro.

Durante la travesía en medio de los hielos, el capitán Nemo pasaba largos ratos en la plataforma. Observaba atentamente aquellos parajes abandonados. Yo veía cómo su mirada tranquila se animaba a veces. ¿Se estaría diciendo para sus adentros que en los mares polares, vedados al hombre, se encontraba en su casa, como dueño y señor de aquellos infranqueables espacios? Tal vez. Pero no hablaba. Permanecía inmóvil, ensimismado, hasta que afloraban sus instintos de navegante. Entonces, dirigía el *Nautilus* con una consumada destreza, evitaba hábilmente el choque con las masas de hielo, algunas de las cuales tenían un tamaño de varias millas y una altura que oscilaba entre setenta y ochenta metros. A menudo, el horizonte parecía enteramente cerrado. A la altura de los sesenta grados de latitud, habían desaparecido los pasos. Sin embargo, el capitán Nemo, tras escrutarlo cuidadosamente, encontraba enseguida algún angosto canal por el que se deslizaba con audacia, sabiendo a ciencia cierta, sin embargo, que se cerraría tan pronto como lo atravesara.

Fue de ese modo como el *Nautilus*, guiado por aquella mano hábil, surcó el mar de hielos, clasificados, según su forma o tamaño, con una precisión que encantaba a Conseil: *icebergs* o montañas, *icefields* o campos unidos y sin límites, *drift-ice* o hielos a la deriva, *packs* o campos fracturados, denominados *patches* cuando son circulares y *streams* cuando están compuestos de bloques alargados.

La temperatura era bastante baja. El termómetro, expuesto al aire exterior, marcaba entre dos y tres grados bajo cero. Pero estábamos bien abrigados con pieles, obtenidas de las focas y los osos polares. El interior del *Nautilus*, regularmente calentado por sus aparatos eléctricos, desafiaba los fríos más intensos. Por otra parte, le habría bastado con sumergirse a unos metros de la superficie para hallar una temperatura soportable.

Dos meses antes, podríamos haber disfrutado de un día perpetuo en aquellas latitudes, pero ya se hacía de noche durante tres y

cuatro horas, y más tarde la sombra se apoderaría durante seis meses de las regiones circumpolares.

El 15 de marzo, atravesamos la latitud de las islas Shetland del Sur [143] y de las Órcadas del Sur. El capitán me informó de que, antiguamente, poblaban esas tierras numerosos rebaños de focas, pero los balleneros ingleses y americanos, con su saña destructora, habían exterminado a los adultos y a las hembras preñadas, y su paso por allí, donde existía la animación de la vida, había dejado el silencio de la muerte.

El 16 de marzo, hacia las ocho de la mañana, el *Nautilus*, siguiendo el quincuagésimo quinto meridiano, cruzó el círculo polar antártico. Los hielos nos rodeaban por todas partes y cerraban el horizonte. Sin embargo, el capitán Nemo navegaba de paso en paso y seguía avanzando imparable.

—Pero ¿adónde va? —me preguntaba yo.

—Hacia adelante —respondía Conseil—. Después de todo, cuando ya no pueda ir más lejos, se detendrá.

—¡Yo no lo daría por seguro! —repliqué.

Si soy sincero, he de confesar que aquella aventurada excursión no me desagradaba lo más mínimo. No podría expresar hasta qué punto me embargaba la belleza de aquellas nuevas regiones. Los hielos adoptaban unas formas soberbias. En algunos lugares, formaban una ciudad oriental con sus incontables minaretes y mezquitas. En otros, una ciudad semiderruida y arrasada por las convulsiones del suelo: aspectos continuamente modificados por los rayos oblicuos del sol, o perdidos en las brumas grises en medio de los huracanes de nieve. Después, se oían desde todas partes detonaciones, desprendimientos, grandes derrumbamientos de los *icebergs*, que cambiaban el decorado como el paisaje de un diorama.

Cuando el *Nautilus* estaba sumergido y coincidía con el momento en que se rompían los equilibrios, el ruido se propagaba bajo las aguas con una intensidad aterradora, y la caída de las masas originaba espantosos remolinos hasta en las capas más profundas del océano. El *Nautilus* cabeceaba y se balanceaba entonces como un buque abandonado a la furia de los elementos.

Muchas veces, al no ver ninguna salida, pensaba yo que habíamos quedado definitivamente aprisionados; pero, guiado por

su instinto, y al menor indicio, el capitán Nemo descubría nuevos pasos. No se equivocaba jamás al observar las sutiles venas de agua azulada que surcaban los *icefields*. Tampoco me cabía la menor duda de que ya se había arriesgado anteriormente con el *Nautilus* en medio de los mares antárticos.

Sin embargo, en la jornada del 16 de marzo, los campos de hielo nos cerraron totalmente el camino. No se trataba ya de la banquisa, sino de enormes *icefields* solidificados por el frío. Ese obstáculo no podía detener al capitán Nemo, y se lanzó contra el *icefield* con una terrible violencia. El *Nautilus* penetraba como una cuña en aquella masa friable y la partía provocando unos chasquidos terribles. Era el antiguo ariete propulsado por una fuerza infinita. Los pedazos de hielo, proyectados a las alturas, volvían a caer sobre nosotros como el granizo. Nuestro aparato se abría paso tan solo con su fuerza de propulsión. A veces, llevado por su impulso, emergía hasta el campo de hielo y lo destrozaba con su peso, otras veces, agazapado bajo el *icefield*, lo dividía con un simple movimiento de cabeceo que abría grandes grietas.

Durante esas jornadas nos asaltaron violentas ventiscas. Con brumas espesas, no podíamos vernos de un extremo al otro de la plataforma. El viento rolaba bruscamente por todos los puntos cardinales. La nieve se acumulaba en capas tan duras que era necesario romperla a golpes de pico. La temperatura de cinco grados bajo cero bastaba para que todas las partes exteriores del *Nautilus* se cubrieran de hielo. No habría sido posible laborear los aparejos de un velero, pues todas las betas se habrían congelado en las roldanas de la motonadura. Únicamente un navío sin velas y movido por un motor eléctrico que prescindiera del carbón podía afrontar tan extremas latitudes.

El barómetro, en semejantes condiciones, se mantuvo por lo general muy bajo. Llegó a caer hasta los 735 mm.

Las indicaciones de la brújula ya no ofrecían ninguna garantía. Sus agujas enloquecidas señalaban direcciones contradictorias al aproximarnos al polo magnético meridional, que no debe confundirse con el sur del mundo. En efecto, según Hansteen, este polo está situado aproximadamente a

70°

de latitud y

130°

de longitud, y según las observaciones de Duperrey, a

135°

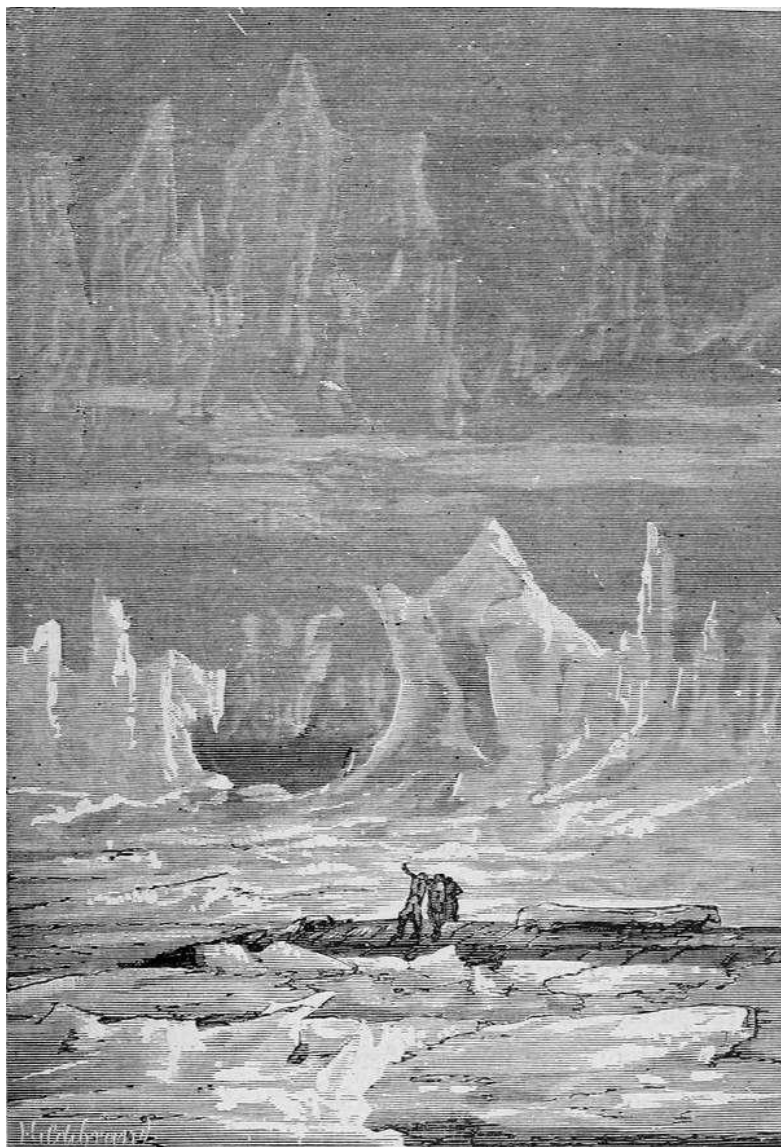
de longitud y

70° 30'

de latitud [144]. Por consiguiente, debíamos efectuar numerosas observaciones en los compases transportados a diferentes puntos del navío y hallar la media. Pero, a menudo, había que fiarse de un cálculo estimativo para averiguar la ruta recorrida, método poco satisfactorio en medio de aquellos pasos sinuosos cuyos puntos de referencia cambian constantemente.

Por fin, el 18 de marzo, tras veinte asaltos inútiles, el *Nautilus* quedó definitivamente encallado. Ya no se trataba ni de *streams*, ni de *patches*, ni de *icefields*, sino de una interminable e inmóvil barrera formada por montañas soldadas entre sí.

—¡La banquisa! —me dijo el canadiense.



«¡La banquisa!», dijo Ned Land

Comprendí que a juicio de Ned Land, como de cualquiera de los navegantes que nos habían precedido, se trataba del obstáculo infranqueable. Tras haber aparecido momentáneamente el sol al mediodía, el capitán Nemo realizó una observación bastante exacta con la que marcó nuestra situación a

51° 30'

de longitud y a

67° 39'

de latitud meridional. Era ya un punto avanzado de las regiones antárticas.

Del mar, de la superficie líquida, ya no había ni rastro ante nuestros ojos. Bajo el espolón del *Nautilus* se extendía una vasta llanura atormentada, en una confusión de bloques, con todo el desorden que caracteriza a la superficie de un río poco antes del deshielo, pero en proporciones gigantescas. Por doquier, picos agudos, agujas penetrantes que se alzaban a una altura de doscientos pies; más allá, una profusión de acantilados cortados a pico y revestidos de colores grisáceos, enormes espejos que reflejaban algunos rayos de sol casi ahogados en las brumas. En aquella naturaleza desolada, reinaba un feroz silencio, apenas roto por el batir de las alas de los petreles o de las pardelas. Todo estaba congelado, incluso el ruido.

El *Nautilus* tuvo que detenerse en su aventurada carrera en medio de los campos de hielo.

—Señor —me dijo aquel día Ned Land—, si su capitán llega más lejos...

—¿Qué?

—Entonces, será un hombre a carta cabal.

—¿Por qué, Ned?

—Porque nadie puede atravesar el banco de hielo. Su capitán es poderoso, pero ¡por mil diablos!, no es más poderoso que la naturaleza, y donde esta ha puesto sus límites hay que detenerse, guste o no guste.

—Así es, Ned Land, pero a mí me habría gustado ver qué hay detrás de ese banco de hielo. Un muro, ¡eso es lo que más me irrita!

—El señor tiene razón —dijo Conseil—. Los muros solo se han inventado para fastidiar a los sabios. No debería de haber muros en ninguna parte.

—¡Bueno! —dijo el canadiense—. Detrás de ese banco, ya se sabe lo que hay.

—¿Sí, y qué hay? —pregunté.

—¡Hielo y más hielo!

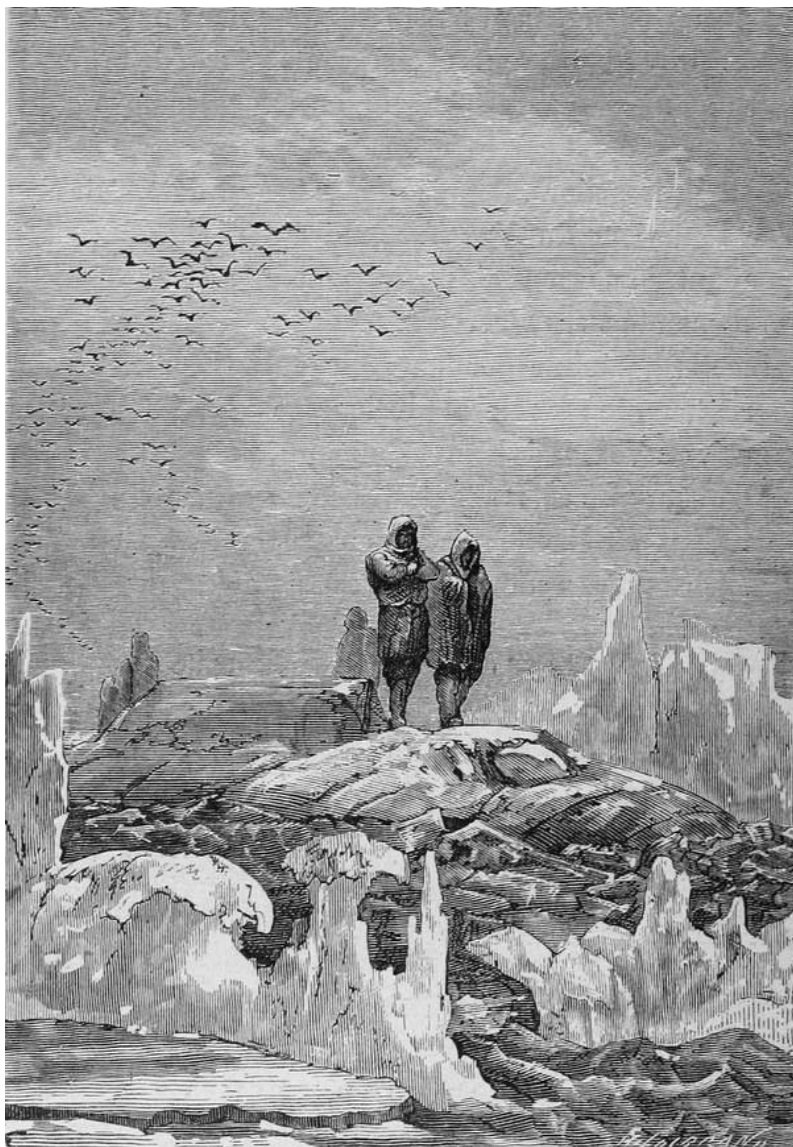
—Usted está convencido de ello, Ned, pero yo no lo estoy —

repliqué—. Por eso querría ir a verlo.

—Pues —respondió el canadiense—, renuncie a esa idea, profesor. Ha llegado usted a la banquisa, lo que no es poco, y ni usted ni su capitán Nemo ni su *Nautilus* llegarán más lejos. Lo quiera el capitán o no, tendremos que volver hacia el norte, es decir, adonde vive la gente honrada.

Tengo que reconocer que Ned Land tenía razón, y mientras los barcos no se fabriquen para navegar sobre los campos de hielo, tendrán que detenerse ante la banquisa.

En efecto, a pesar de sus esfuerzos, a pesar de los poderosos medios empleados para romper los hielos, el *Nautilus* se vio reducido a la inmovilidad. En condiciones normales, quien no puede ir más lejos es libre de desandar el camino. Pero en aquellas condiciones, retroceder era tan imposible como avanzar, pues los pasos se habían cerrado tras nosotros, y a poco que nuestro aparato permaneciera inmóvil, no habría tardado en quedarse bloqueado. Eso fue lo que ocurrió hacia las dos de la tarde, y sobre sus flancos se formó hielo joven con una sorprendente rapidez. Tengo que confesar que la conducta del capitán Nemo era más que imprudente.



El *Nautilus* se vio reducido a la inmovilidad

En aquellos momentos me encontraba yo en la plataforma. El capitán, que observaba la situación desde hacía unos instantes, me dijo:

—Bueno, profesor, ¿qué opina usted?

—Creo que estamos atrapados, capitán.

—¡Atrapados! ¿Qué entiende usted por atrapados?

—Creo que no podemos ir ni hacia adelante ni hacia atrás, ni hacia ninguna otra dirección. Me parece que es lo que se llama «atrapados», por lo menos en los continentes habitados.

—Así es que, señor Aronnax, ¿piensa usted que el *Nautilus* no podrá liberarse?

—Difícilmente, capitán, pues ya está demasiado avanzada la estación como para que pueda usted contar con el deshielo.

—¡Ah, señor profesor! —respondió el capitán Nemo con ironía—. ¡Siempre será usted el mismo! No ve usted más que impedimentos y obstáculos. Yo le aseguro que el *Nautilus* no solo se liberará de los hielos, sino que incluso llegará más lejos todavía.

—¿Más lejos rumbo al sur? —pregunté, mirando al capitán.

—Sí, señor, irá al polo.

—¡Al polo! —exclamé yo, sin poder contener un gesto de incredulidad.

—Sí —respondió fríamente el capitán—. Al Polo Antártico, a ese punto desconocido en el que se cruzan todos los meridianos del globo. Ya sabe usted que puedo hacer con el *Nautilus* lo que me place [145].

Sí, ya lo sabía. Sabía que aquel hombre era audaz hasta la temeridad, pero vencer los obstáculos que se erigen en el Polo Sur, más inaccesible todavía que el Polo Norte, al que aún no han podido llegar los navegantes más audaces, ¿no era una empresa absolutamente insensata y que únicamente podía concebir la mente de un loco?

Entonces se me ocurrió preguntar al capitán Nemo si había descubierto ya ese polo donde jamás había puesto el pie una criatura humana.

—No, señor —me respondió él—, y lo descubriremos juntos. Allá donde otros han fracasado, yo no fracasaré. Nunca he llevado mi *Nautilus* tan lejos en los mares australes, pero se lo repito: llegará más lejos todavía.

—Quiero creerlo capitán —proseguí yo también con cierta ironía—. ¡Lo creo! ¡Vayamos adelante! ¡Para nosotros no hay obstáculos! ¡Rompamos la banquisa! ¡Hagámosla saltar y, si resiste, dotemos de alas al *Nautilus* para que pueda pasar por encima!

—¿Por encima, profesor? —respondió tranquilamente el capitán

Nemo—. Por encima no: por debajo.

—¡Por debajo! —exclamé.

La súbita revelación de los proyectos del capitán acababa de iluminar mi mente. Entonces lo comprendí todo. Las maravillosas cualidades del *Nautilus* le iban a servir también en aquella empresa sobrehumana.

—Veo que empezamos a entendernos, profesor —me dijo el capitán esbozando una sonrisa—. Ya vislumbra usted la posibilidad (yo diría el éxito) de mi tentativa. Lo que es impracticable con un navío ordinario, le resulta fácil al *Nautilus*. Si en el polo encuentra un continente, se detendrá ante ese continente, pero si, por el contrario, es el mar libre el que lo baña, irá hasta el mismo polo.

—Claro —dije yo, seducido por el razonamiento del capitán—, si la superficie del mar está solidificada por los hielos, sus capas inferiores serán libres, por la providencial razón de que el máximo de densidad del agua de mar tiene un grado superior al de la congelación. Y si no me equivoco, la parte sumergida de este banco de hielo es a la parte emergente como cuatro a uno [146].

—Aproximadamente —profesor—. Por un pie que aflora de los *icebergs*, sobre la superficie del mar, hay tres por debajo. De modo que, como esas montañas de hielo no sobrepasan una altura de cien metros, solo están hundidas trescientos. ¿Y qué son trescientos metros para el *Nautilus*?

—Nada, señor.

—Podrá incluso alcanzar una profundidad mayor para hallar esa temperatura uniforme de las aguas marinas, y entonces capearemos impunemente los treinta o cuarenta grados de frío de la superficie.

—Exacto, señor, absolutamente exacto —respondí animado.

—La única dificultad —continuó el capitán Nemo—, consistirá en permanecer varios días sumergidos sin renovar nuestra provisión de aire.

—¿Nada más que eso? —repliqué—. El *Nautilus* dispone de unos depósitos grandes, los llenaremos y nos proporcionarán todo el oxígeno que necesitemos.

—Buena observación, señor Aronnax —respondió sonriente el capitán—. Pero, puesto que no deseo que me pueda acusar usted de temeridad, le presento por anticipado todas mis objeciones.

—¿Todavía le quedan?

—Solo una. Es posible que, aunque exista el mar en el Polo Sur, esté totalmente congelado y, por consiguiente, no podamos volver a la superficie.

—Bueno, señor, olvida usted que el *Nautilus* está armado de un temible espolón, ¿no podríamos lanzarlo de través contra esos campos de hielo, que se abrirán al choque?

—¡Bien, profesor! ¡Tiene usted el día inspirado!

—Además, capitán —añadí yo con mayor entusiasmo—, ¿qué razón hay para que no encontremos el mar libre en el Polo Sur como en el Polo Norte? Los polos del frío y los polos de la tierra no se confunden ni en el hemisferio austral ni en el hemisferio boreal, y hasta que no se demuestre lo contrario, se debe suponer la existencia de un continente o de un océano libre de hielos en esos dos puntos del globo [147].

—Yo también lo creo, señor Aronnax —respondió el capitán Nemo—. Solamente le haré notar que, después de haber formulado tantas objeciones contra mi proyecto, ahora me abruma usted con los argumentos a su favor.

El capitán Nemo estaba en lo cierto. Había llegado a vencerlo en audacia. Era yo quien lo llevaba al polo. Lo adelantaba, lo dejaba rezagado... ¡Mas no! Pobre loco. El capitán Nemo conocía mejor que tú los pros y los contras de la cuestión y se divertía viéndote arrebatado por las alucinaciones de lo imposible.

Mientras tanto, no había perdido un instante. A una señal, el segundo apareció. Los dos hombres intercambiaron unas frases en su lengua incomprensible y, bien porque el segundo ya estuviese advertido de antemano, o bien porque le pareciese que el proyecto era viable, no dejó traslucir sorpresa alguna.

No obstante, por muy impasible que fuese, no mostró un grado de impasibilidad más absoluto que Conseil, al anunciarle al buen muchacho nuestra intención de avanzar hasta el Polo Sur. Un «como el señor guste» acogió mi comunicación, y con eso tuve que contentarme. En cuanto a Ned Land, hasta entonces nadie se había encogido de hombros de manera tan intensa como él.

—Mire usted, señor —me dijo—. Usted y su capitán Nemo me dan pena.

—Pero iremos al polo, Ned.

—Es posible, pero no regresarán.

Y Ned Land entró en su camarote, «para no hacer una barbaridad», según dijo al dejarme.

Mientras tanto, los preparativos de tan audaz tentativa acababan de comenzar. Las poderosas bombas del *Nautilus* conducían el aire a los depósitos y lo almacenaban a alta presión. Hacia las cuatro, el capitán Nemo me anunció que se iban a cerrar las escotillas de la plataforma. Yo eché una última mirada al espeso banco de hielo que íbamos a franquear. El tiempo estaba despejado, la atmósfera suficientemente pura, el frío muy intenso, doce grados bajo cero; pero, al haberse calmado el viento, la temperatura no parecía demasiado insoportable.

Una decena de hombres subieron a los costados del *Nautilus* y, armados de picos, rompieron el hielo que había en torno a la carena, dejándola libre. La operación se realizó rápidamente, pues la capa de hielo recién formada todavía era delgada. Todos regresamos al interior. Los depósitos habituales se llenaron de aquella agua que había quedado libre hasta la línea de flotación. El *Nautilus* no tardó en sumergirse.

Yo me había situado en el salón con Conseil. Por el cristal abierto mirábamos las capas inferiores del océano Austral. El termómetro volvía a subir. La aguja del manómetro se desviaba en el cuadrante.

Aproximadamente a trescientos metros, tal como había previsto el capitán Nemo, flotábamos bajo la superficie ondulada de la banquisa. Pero el *Nautilus* se sumergió más profundamente todavía. Alcanzó una profundidad de ochocientos metros. La temperatura del agua, que marcaba doce grados en la superficie apenas llegaba ahora a once. Ya se habían ganado uno o dos grados. Ni que decir tiene que la temperatura del *Nautilus*, caldeado por sus aparatos de calefacción, se mantenía a un nivel muy superior. Todas las maniobras se ejecutaron con extraordinaria precisión.

—Pasaremos, si el señor me lo permite —dijo Conseil.

—¡No me cabe duda! —respondí con profunda convicción.

Bajo el mar libre, el *Nautilus* había tomado directamente el camino del polo, sin apartarse del meridiano cincuenta y dos. De 67° 30'

a
90°,

quedaban veintidós grados y medio de latitud por recorrer, es decir, un poco más de quinientas leguas. El *Nautilus* alcanzó una velocidad media de veintiséis millas por hora, la velocidad de un tren expreso. Si la mantenía, cuarenta y ocho horas le bastarían para alcanzar el polo.

Durante parte de la noche, la novedad de la situación nos retuvo, a Conseil y a mí, ante el panel del salón. El mar estaba iluminado por la irradiación eléctrica del fanal. Pero estaba desierto. Los peces no permanecían en aquellas aguas prisioneras. Aquel no era más que un paso para ir del océano Antártico al mar libre del polo. Nuestra navegación era rápida. Se notaba en las sacudidas del largo casco de acero.

Hacia las dos de la madrugada, fui a descansar durante unas horas. Conseil me imitó. Al pasar por los corredores, no me encontré con el capitán Nemo. Supuse que estaría en la torreta del piloto.

Al día siguiente, 19 de marzo, a las cinco de la mañana, regresé a mi sitio en el salón. La corredera eléctrica me indicó que la velocidad del *Nautilus* se había moderado. Entonces, volvió a subir a la superficie, pero prudentemente, vaciando lentamente los depósitos.

Mi corazón latía con fuerza. ¿Emergeríamos y encontraríamos la atmósfera libre del polo?

No. Un choque me indicó que el *Nautilus* había topado con la superficie inferior de la banquisa, muy espesa todavía, a juzgar por lo sordo del ruido. En efecto, habíamos «tocado», por utilizar la expresión marinera, pero en sentido inverso y a mil pies de profundidad: lo que daba dos mil pies de hielo por encima de nosotros, mil de los cuales emergían. La banquisa presentaba entonces una altura superior a la que habíamos encontrado en sus bordes. Circunstancia poco tranquilizadora.

Durante aquella jornada, el *Nautilus* realizó en varias ocasiones el mismo experimento, y una y otra vez embestía la muralla que teníamos por techo. En algunos momentos, la tocó a novecientos metros, lo que indicaba mil doscientos metros de espesor, de los cuales doscientos metros emergían por encima de la superficie del océano. Era el doble de altura que el *Nautilus* había encontrado cuando se había sumergido bajo las aguas.

Anoté cuidadosamente las diversas profundidades y así obtuve el perfil submarino de la cadena que se extendía bajo las aguas.

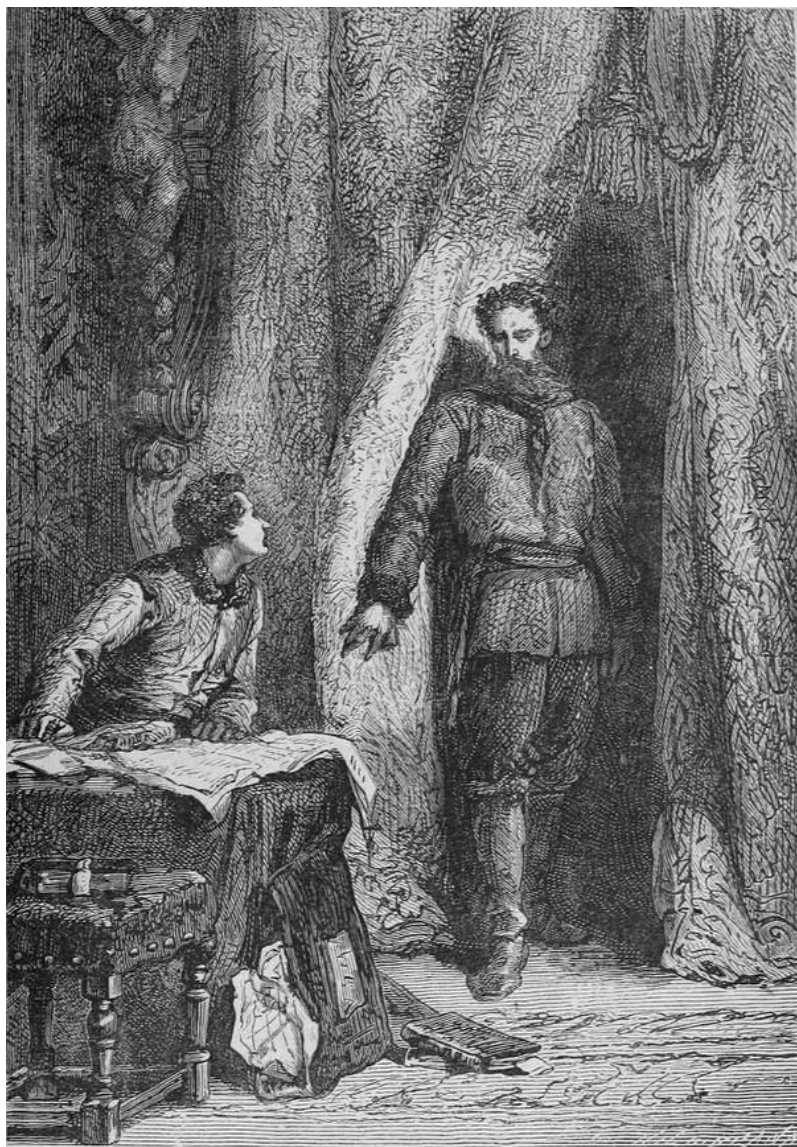
Por la tarde, no se había registrado ningún cambio en nuestra situación. El hielo permanecía entre cuatrocientos y quinientos metros de profundidad. Una disminución clara, pero ¡qué espesor quedaba todavía entre nosotros y la superficie del océano!

Entonces eran las ocho. Hacía ya cuatro horas que el aire debía haber sido renovado en el interior del *Nautilus*, según la costumbre cotidiana de a bordo. Sin embargo, yo no sufría demasiado, aunque el capitán Nemo no hubiese exigido aún de sus depósitos un suplemento de oxígeno.

Durante aquella noche, mi sueño fue penoso. Esperanza y temor me asediaban sucesivamente. Me levanté varias veces. Los tanteos del *Nautilus* continuaban. Hacia las tres de la madrugada, observé que la superficie inferior de la banquisa se encontraba solamente a cincuenta metros de profundidad. Ciento cincuenta pies nos separaban entonces de la superficie de las aguas. El banco de hielo se convertía poco a poco en *icefield*. La montaña se convertía en llanura.

Mis ojos no se apartaban del manómetro. Continuábamos ascendiendo y seguíamos, por una diagonal, la resplandeciente superficie que centelleaba por efecto de los rayos de luz eléctrica. La banquisa se reducía por arriba y por abajo formando rampas alargadas. Su grosor menguaba de milla en milla.

Por fin, a las seis de la mañana, aquel día memorable del 19 de marzo [148], se abrió la puerta del salón. El capitán Nemo apareció.



El capitán Nemo apareció

—¡El mar libre! —me dijo.

XIV

El Polo Sur

Subí a toda velocidad a la plataforma. ¡Sí! El mar libre. Apenas unos cuantos témpanos dispersos e *icebergs* móviles; en lontananza, el mar extenso; una pléyade de aves en los aires y miríadas de peces bajo aquellas aguas que, según los fondos, variaban del azul intenso al verde aceitunado. El termómetro marcaba tres grados centígrados sobre cero. Se podía decir que era una primavera relativa, encerrada tras el banco de hielo, cuyas masas alejadas se perfilaban en el horizonte del norte.

—¿Estamos en el polo? —pregunté al capitán, con el corazón palpitante.

—Lo ignoro —me respondió—. A las doce del mediodía tomaremos la posición.

—¿Pero va a aparecer el sol a través de estas brumas? —pregunté, mirando el cielo grisáceo.

—Por poco que aparezca, me bastará —respondió el capitán.

A diez millas del *Nautilus*, hacia el sur, un islote solitario se elevaba hasta una altitud de doscientos metros. Navegamos hasta allá, pero con prudencia, ya que el mar podía estar repleto de escollos.

Una hora más tarde habíamos alcanzado el islote. Dos horas más tarde, acabábamos de costearlo en todo su perímetro, que medía entre cuatro y cinco millas. Un estrecho canal lo separaba de una tierra de considerable extensión, quizá un continente, cuyos límites no podíamos distinguir. La existencia de aquella tierra parecía dar razón a las hipótesis de Maury. En efecto, el ingenioso americano ha observado que entre el Polo Sur y el paralelo sesenta, el mar está cubierto de hielos flotantes de enormes dimensiones, que jamás se encuentran en el Atlántico Norte. Por esa razón, ha llegado a la conclusión de que en el círculo polar antártico existen unas tierras

de vastas dimensiones, ya que los *icebergs* no pueden formarse en alta mar, sino solamente en las costas. Según sus cálculos, la masa de hielos que envuelve el polo austral forma un enorme casquete cuya anchura debe de alcanzar cuatro mil kilómetros.

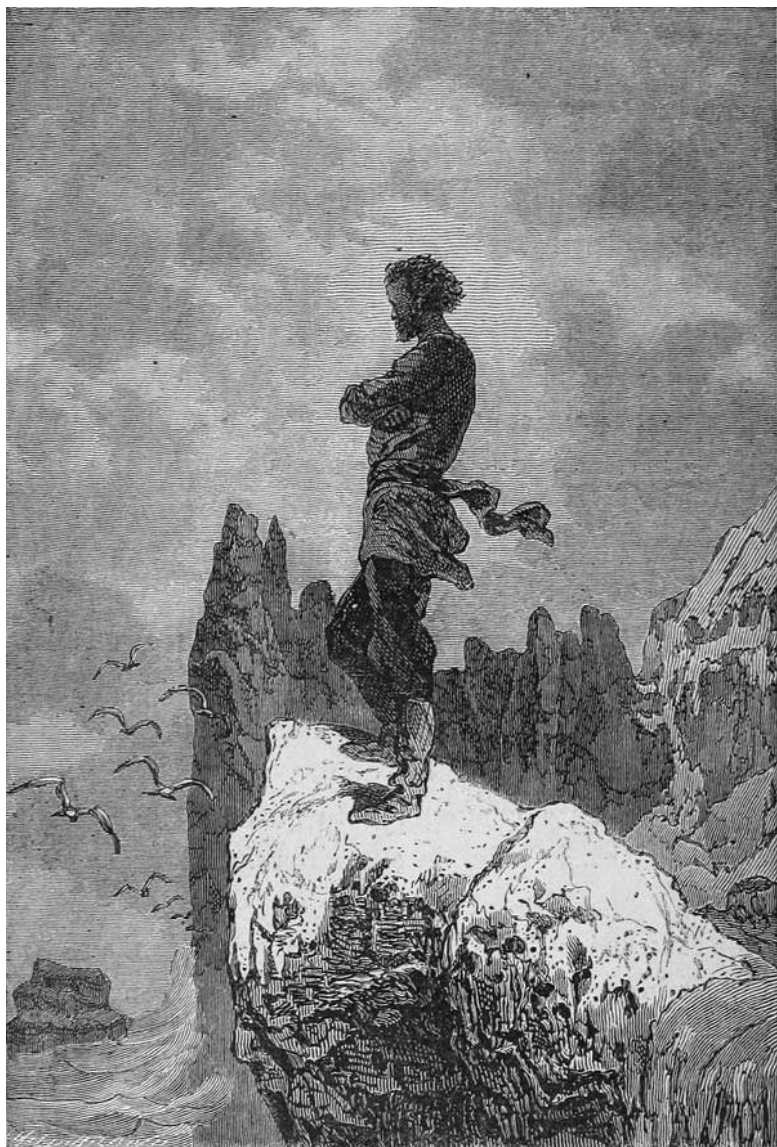
Mientras tanto, el *Nautilus*, por temor a encallar, se había detenido a tres cables de una playa dominada por un soberbio hacinamiento de rocas. Se echó el bote al mar. El capitán, dos de sus hombres con los instrumentos, Conseil y yo embarcamos. Eran las diez de la mañana. No habíamos visto a Ned Land. Sin duda, el canadiense no quería tener que retractarse si se encontraba en el Polo Sur.

Tras dar unas bogadas, el bote alcanzó la playa, donde quedó varado. En el momento en que Conseil iba a saltar a tierra, lo retuve.

—Señor —le dije al capitán Nemo—, a usted le corresponde el honor de ser el primero en pisar esta tierra.

—Sí, señor —respondió el capitán—, y si no vacilo en poner los pies en el suelo del polo es porque hasta ahora ningún otro ser humano ha dejado aquí el rastro de sus pasos.

Dicho eso, saltó ágilmente a tierra. Una viva emoción le hacía palpar el corazón. Escaló una roca que acababa extraplomada al final de un pequeño promontorio, y allí, con los brazos cruzados y la mirada ardiente, inmóvil, mudo, parecía tomar posesión de las regiones australes. Tras pasar cinco minutos en aquel éxtasis, se volvió hacia nosotros.



El capitán Nemo escaló una roca

—Cuando usted guste, señor —me gritó.

Yo desembarqué, seguido de Conseil, dejando a los dos hombres en el bote.

En un buen trecho, el suelo presentaba una toba de color rojizo, como formada por ladrillos triturados. Estaba recubierto también

por escorias, lava colada y piedra pómez. No podía ocultar su origen volcánico. En algunos lugares, unas ligeras fumarolas que desprendían un olor sulfuroso eran la prueba de que los fuegos interiores conservaban aún su potencia expansiva. Sin embargo, después de escalar una alta escarpa, no vi ningún volcán en un radio de varias millas. Se sabe que en estos parajes antárticos, James Ross encontró los cráteres del Erebo y del Terror en plena actividad en el meridiano

167°

y a

77° 32'

de latitud [149].

La vegetación de este continente desolado me pareció extremadamente limitada. Algunos líquenes de la especie *Usnea melanoxantha* [150] se repartían entre las rocas negras. Algunas plántulas microscópicas, rudimentarias diatomeas, especie de células dispuestas entre dos frústulas cuarzosas, y largos fucos púrpuras y carmesíes con pequeñas vejigas natatorias, que la resaca arrojaba a la costa, componían la escasa flora de esta región.

Los moluscos, pequeños mejillones, lapas, cárdidos lisos en forma de corazones, y especialmente ciones con el cuerpo oblongo y membranoso, cuya cabeza está formada por dos lóbulos redondeados, abarrotaban la orilla. También vi miríadas de ciones boreales [151] de tres centímetros de longitud, que las ballenas engullen en cantidades ingentes. Aquellos encantadores pterópodos, auténticas mariposas del mar, animaban las aguas libres en la orilla.

Entre otros zoófitos, aparecían en los bajíos algunas arborescencias coralígenas, de esas que, según James Ross, viven en los mares antárticos hasta a mil metros de profundidad; después, pequeños alciones pertenecientes a la especie *Procellaria pelagica* [152], así como un gran número de asterias, propias de aquellos climas, y estrellas de mar que se desplegaban como una constelación en el suelo.

Pero donde la vida rebosaba pletórica era en los aires. Volaban y revoloteaban a millares las aves de especies variadas que nos ensordecían con sus gritos. Otras atestaban las rocas, observando impávidas nuestra marcha, y acudían tras nuestros pasos con toda familiaridad. Eran pingüinos, tan ágiles y flexibles en el agua,

donde a veces se los ha confundido con rápidos bonitos, como torpes y pesados en tierra. Lanzaban unos chillidos barrocos y formaban asambleas numerosas, sobrios de gestos pero pródigos en clamores.



Millares de aves

Entre las aves, observé las palomas antárticas, quionínidos de la familia de las zancudas, aves gruesas y de color blanco, con el pico corto y cónico y los ojos rodeados por un círculo rojo. Conseil se aprovisionó de ellas, pues esos volátiles, convenientemente preparados, son un plato agradable. Por los aires pasaban los

albatros fuliginosos, de una envergadura de cuatro metros, llamados con razón los buitres del océano; gigantescos petreles, entre otros los *quebrantahuesos* [153], de alas arqueadas, que son grandes devoradores de focas; petreles dameros, especie de patos pequeños, con la parte superior del cuerpo de color negro y blanco; finalmente, toda una galería de otros petreles, unos blanquecinos, con las alas ribeteadas de marrón, otros azules y propios de los mares antárticos, «tan aceitosos —dije a Conseil— que a los habitantes de las islas Feroe les basta con ponerles una mecha y encenderlos».

—¡Un poco más —respondió Conseil—, y serían unas lámparas perfectas! Al fin y al cabo, no se puede pedir que, además, la naturaleza les haya puesto una mecha [154].

Tras media milla de marcha, el suelo apareció asaeteado de nidos de pingüino emperador, suerte de madrigueras preparadas para la puesta, de las que escapaban numerosas aves. El capitán Nemo mandó cazar más tarde unos centenares, pues su carne negra es comestible. Rebuznaban como asnos. Esos animales, del tamaño de una oca, con el cuerpo de color pizarra, de vientre blanco y con un ribete de color limón similar a una corbata en el cuello, se dejaban matar a pedradas sin intentar escapar.

Mientras tanto, la bruma no se levantaba y, a las once, el sol todavía no había aparecido. Su ausencia no dejaba de inquietarme [155]. Sin sol, no había observación posible. ¿Cómo determinar entonces si habíamos llegado al polo?

Cuando alcancé al capitán Nemo, lo encontré acodado en silencio en una roca y con la mirada dirigida hacia el cielo. Parecía impaciente, contrariado. Pero ¿qué se podía hacer? Aquel hombre audaz y poderoso no mandaba en el sol como en el mar.

Llegaron las doce del mediodía sin que el astro diurno hubiese aparecido ni una sola vez. Ni tan siquiera se podía reconocer el lugar que ocupaba tras la cortina de bruma. Enseguida, la bruma llegó a transformarse en nieve.

—Regresaremos mañana —me dijo simplemente el capitán.

Y regresamos al *Nautilus* en medio de las turbulencias de aire de la atmósfera.

Durante nuestra ausencia, se habían echado las redes y observé con interés los peces que acababan de ser capturados. Los mares

antárticos sirven de refugio a un número muy elevado de peces migratorios, que escapan de las tormentas de las zonas más elevadas para caer, bien es cierto, entre los dientes de las marsopas y de las focas. Observé algunos cótidos australes, de un decímetro de longitud, especie de peces cartilaginosos blanquecinos atravesados por franjas lívidas y armados de agujones; después, las quimeras antárticas, de tres pies de largo, con el cuerpo muy alargado, la piel blanca, plateada y lisa, la cabeza redondeada, el lomo con tres aletas y el morro terminado en una trompa que se retuerce hacia la boca. Probé su carne, pero la encontré insípida, a pesar de la opinión de Conseil, a quien no le pareció mal.

La tormenta de nieve duró hasta el día siguiente. Era imposible mantenerse en la plataforma. Desde el salón, donde yo anotaba los incidentes de la excursión al continente polar, oía los graznidos de los petreles y de los albatros alborozados en medio de la tormenta. El *Nautilus* no permaneció inmóvil y, costearlo, navegó todavía otras diez millas hacia el sur, bañado en la media luz que dejaba el sol al acariciar los bordes del horizonte.

Al día siguiente, 20 de marzo, la nieve había cesado. El frío era un poco más intenso. El termómetro marcaba dos grados bajo cero. Las nieblas se levantaron y yo esperaba que pudiéramos efectuar nuestra observación aquel día.

El capitán Nemo aún no había aparecido, y Conseil y yo subimos al bote, que nos transportó a tierra. El tipo de suelo era idéntico: volcánico. Por doquier, había restos de lavas, de escorias, de basaltos, aunque no era visible el cráter que los había arrojado. Aquí y allá, miríadas de pájaros animaban aquella parte del continente polar, pero compartían aquel imperio con grandes manadas de mamíferos marinos que nos miraban con sus dulces ojos. Eran focas de diversas especies: unas estaban tendidas al sol, otras sobre témpanos a la deriva, algunas salían del mar o entraban en él. Al acercarnos, no huían, pues jamás habían estado en contacto con ningún ser humano; conté un número suficiente para abastecer varios centenares de navíos.

—¡Menos mal —dijo Conseil— que Ned Land no nos ha acompañado!

—¿Por qué, Conseil?

—Porque ese furibundo cazador habría acabado con todo.

—Todo es mucho decir, pero creo que, ciertamente, no habríamos podido impedir que nuestro amigo el canadiense arponease algunos de esos magníficos cetáceos, lo cual habría disgustado al capitán Nemo, pues él no derrama inútilmente la sangre de los animales inofensivos.

—Tiene razón el capitán.

—Por supuesto, Conseil. Pero, dime, ¿no has clasificado todavía esos magníficos especímenes de la fauna marina?

—Bien sabe el señor —respondió Conseil— que no soy muy ducho en la práctica. Cuando el señor me haya dicho el nombre de esos animales...

—Son focas y morsas.

—Dos géneros que pertenecen a la familia de los pinnípedos —se apresuró a decir mi sabio Conseil—, orden de los carnívoros, grupo de los unguiculados, subclase de los monodelfos, clase de los mamíferos, tipo de los vertebrados.

—Bien, Conseil —respondí yo—. Pero esos dos géneros, focas y morsas, se dividen en especies, y si no me equivoco, tendremos aquí la ocasión de observarlas. Vamos.

Eran las ocho de la mañana. Nos quedaban cuatro horas por delante hasta el momento en que se pudiera observar con provecho el sol. Yo dirigí nuestros pasos hacia una vasta bahía que mordía el acantilado granítico de la orilla.

Hasta donde podía alcanzar la vista, en torno a nosotros, las tierras y los hielos estaban abarrotados de mamíferos marinos, y yo buscaba involuntariamente con la mirada al viejo Proteo, el mitológico pastor que guardaba los inmensos rebaños de Neptuno. Abundaban sobre todo las focas. Machos y hembras formaban grupos diferentes; mientras el padre velaba por la familia, la madre amamantaba a las crías; algunos jóvenes, ya fuertes, se emancipaban a unos pasos. Cuando aquellos mamíferos querían desplazarse, lo hacían a saltitos debidos a la contracción de su cuerpo, y se ayudaban bastante torpemente con su imperfecta aleta, que, en los manatíes, sus congéneres, forma un auténtico antebrazo. He de reconocer que esos animales, con su espina dorsal móvil, sus caderas estrechas, su pelaje corto y espeso y sus pies palmeados, se desplazan admirablemente en el agua, su elemento por excelencia. En reposo y en tierra, adoptaban unas actitudes extremadamente

graciosas. Los antiguos, al observar su dulce fisonomía y su expresiva mirada, sus ojos aterciopelados y límpidos, que ni la más hermosa mirada de mujer podría superar, y sus poses encantadoras, los poetizaron a su manera y metamorfosearon en tritones a los machos y en sirenas a las hembras.

Hice observar a Conseil el considerable desarrollo de los lóbulos cerebrales de esos inteligentes cetáceos [156]. Ningún mamífero, excepto el hombre, tiene una materia cerebral tan rica. Por lo tanto, las focas pueden recibir cierta educación, son fácilmente domesticables, y pienso, como algunos naturalistas, que podrían prestar grandes servicios como perros de pesca si se las amaestra convenientemente.

La mayor parte de las focas dormían en las rocas o en la arena. Entre las focas propiamente dichas, que carecen de oído externo —por lo que difieren así de los otáridos, que tienen orejas desarrolladas—, observé diversas variedades de estenorrincos [157], de tres metros de longitud, de pelaje blanco, con cabeza de *bull-dog*, armados con diez dientes en cada mandíbula, cuatro incisivos arriba y dos grandes colmillos en forma de flor de lis. Entre ellas se deslizaban los elefantes marinos, especie de focas con una trompa corta y móvil; son los gigantes de la especie y tienen un contorno de veinte pies y diez metros de longitud. Cuando nos acercábamos no hacían ningún movimiento.

—¿No son peligrosos estos animales? —me preguntó Conseil.

—No —respondí yo—, a menos que se los ataque. Cuando una foca defiende a su cría, su furia es terrible, y no es extraño que haga trizas la embarcación de los pescadores.

—Está en su derecho —replicó Conseil.

—No digo que no.

Dos millas más lejos, nos vimos detenidos por el promontorio que cubría la bahía contra los vientos del sur. Caía cortado a pico sobre el mar y quedaba cubierto por la espuma de la resaca. Más allá resonaban estentóreos bramidos, como los que puede producir una manada de rumiantes.

—¿Qué es eso, un concierto de toros? —preguntó Conseil.

—No —dije yo—, un concierto de morsas.

—¿Pelean?

—Pelean o juegan.

—Si el señor me permite, hay que ver eso.

—Hay que verlo, Conseil.

Y allá fuimos, atravesando las rocas negruzcas, en medio de desprendimientos imprevistos, y a través de piedras que el hielo volvía bastante escurridizas. Caí más de una vez, para castigo de mis riñones. Conseil, más prudente o más sólido, apenas tropezaba, y me ayudaba a levantarme diciendo:

—Si el señor tuviera la bondad de separar las piernas, el señor conservaría mejor el equilibrio.

Llegados a la vertiente superior del promontorio, vi una gran llanura blanca, cubierta de morsas. Los animales jugaban entre ellos. Eran bramidos de alegría y no de ira.

Las morsas se parecen a las focas por la forma de su cuerpo y por la disposición de sus miembros, pero su mandíbula inferior carece de colmillos y de incisivos; en cuanto a los colmillos superiores, se trata de dos defensas de ochenta centímetros de longitud, que miden treinta y tres en la circunferencia de su alvéolo. Esos colmillos, hechos de un marfil compacto y sin estrías, más duro que el de los elefantes y con menor tendencia a amarillear, son muy codiciados. Las morsas son víctimas de una caza despiadada que pronto acabará con la última de ellas, ya que los cazadores exterminan indiscriminadamente a las hembras preñadas y a los individuos jóvenes, destruyendo cada año más de cuatro mil ejemplares.

Al pasar junto a esos curiosos animales, pude observarlos detenidamente, pues nuestra presencia no los molestaba. Su piel era espesa y rugosa, de un matiz leonado con tonos de rojo; su pelaje, corto y ralo. Algunas tenían un tamaño de cuatro metros. Más tranquilas y menos temerosas que sus congéneres del norte, no confiaban a centinelas elegidos el cuidado de vigilar las inmediaciones de su campamento.

Tras haber examinado aquella ciudad de las morsas, pensé en dar media vuelta. Eran las once y, si se presentaba una coyuntura favorable para que el capitán Nemo efectuara sus observaciones, yo no quería faltar a la operación. A pesar de todo, no tenía muchas esperanzas de que el sol apareciese aquel día. Las nubes, sumidas en el horizonte, nos lo ocultaban. Parecía que aquel astro celoso no quería revelar a los seres humanos ese punto inabordable del globo.

Entretanto, pensé en regresar al *Nautilus*. Seguimos un estrecho desfiladero que corría a lo largo de la cima del acantilado. A las once y media, habíamos llegado al punto de desembarco. El bote varado había traído al capitán a tierra. Yo lo vi de pie sobre un bloque de basalto. Sus instrumentos estaban junto a él. Su mirada estaba clavada en el horizonte septentrional, junto al que el sol describía entonces una curva alargada.

Tomé posición junto a él y aguardé en silencio. Pasaron las doce del mediodía, y al igual que en la víspera, el sol no apareció.

Era una fatalidad. Seguía faltándonos la observación. Si al día siguiente no se conseguía realizar, habría que renunciar definitivamente a marcar nuestra posición.

En efecto, estábamos precisamente a 20 de marzo. Al día siguiente, 21, día del equinoccio, sin contar con la refracción, el sol desaparecería en el horizonte durante seis meses, y con su desaparición comenzaría la larga noche polar. Desde el equinoccio de septiembre, había emergido del horizonte septentrional, ascendiendo por espirales alargadas hasta el 21 de diciembre. En esa época, en el solsticio de verano de las regiones australes [158], había comenzado a descender y al día siguiente lanzaría sus últimos rayos.

Comuniqué mis observaciones y mis temores al capitán Nemo.

—Tiene usted razón, señor Aronnax —me dijo—. Si mañana no obtengo la altura del sol, no podré efectuar esta operación hasta que hayan transcurrido otros seis meses. Pero, precisamente porque los azares de mi navegación me permitirán estar en estos mares el 21 de marzo, si aparece el sol a mediodía, será fácil fijar la posición.

—¿Por qué, capitán?

—Porque, cuando el astro diurno describe espirales tan largas, es difícil tomar exactamente su altura sobre el horizonte, y los instrumentos están expuestos a cometer graves errores.

—Entonces, ¿cómo procederá usted?

—Solo emplearé el cronómetro —me respondió el capitán Nemo—. Si mañana, 21 de marzo, a las doce del mediodía y teniendo en cuenta la refracción, el disco del sol queda exactamente cortado por el horizonte septentrional, eso significará que estoy en el Polo Sur.

—En efecto —dijo—. Sin embargo, esta afirmación no es matemáticamente rigurosa, ya que el equinoccio no tiene por qué

coincidir necesariamente con las doce del mediodía.

—Cierto, señor; pero el error no pasará de cien metros, y con eso bastará. Así pues, hasta mañana.

El capitán Nemo regresó a bordo. Conseil y yo nos quedamos hasta las cinco, vagando por la playa, observando y estudiando. Yo no recogí ningún objeto curioso, a no ser un huevo de pingüino, extraordinario por su grosor y por el que un coleccionista habría pagado más de mil francos. Su color isabelino, con las rayas y los caracteres que lo adornaban como si fueran jeroglíficos, hacían de él un objeto raro. Lo puse en manos de Conseil, y el prudente muchacho, con paso seguro y tratándolo como a una preciosa porcelana de China, lo llevó intacto al *Nautilus*.

Allí coloqué ese huevo raro en una de las vitrinas del museo. Cené con apetito un excelente filete de hígado de foca, cuyo sabor recordaba al de la carne de cerdo. Después me acosté, no sin antes haber invocado, como un hindú, los favores del astro radiante.

Al día siguiente, 21 de marzo, a las cinco de la mañana, subí a la plataforma y me encontré con el capitán Nemo.

—El tiempo se está despejando un poco —me dijo—. Tengo esperanzas. Después de desayunar, bajaremos a tierra para elegir un buen puesto de observación.

Tras quedar de acuerdo sobre ese punto, fui a buscar a Ned Land. Quería llevarlo conmigo. El obstinado canadiense se negó, y pude comprobar que su carácter taciturno y su humor agrio iban empeorando cada día que pasaba. Después de todo, no lamentaba yo su empecinamiento en este caso. Había demasiadas focas en tierra y, la verdad, más valía no someter a ese pescador irreflexivo a la tentación.

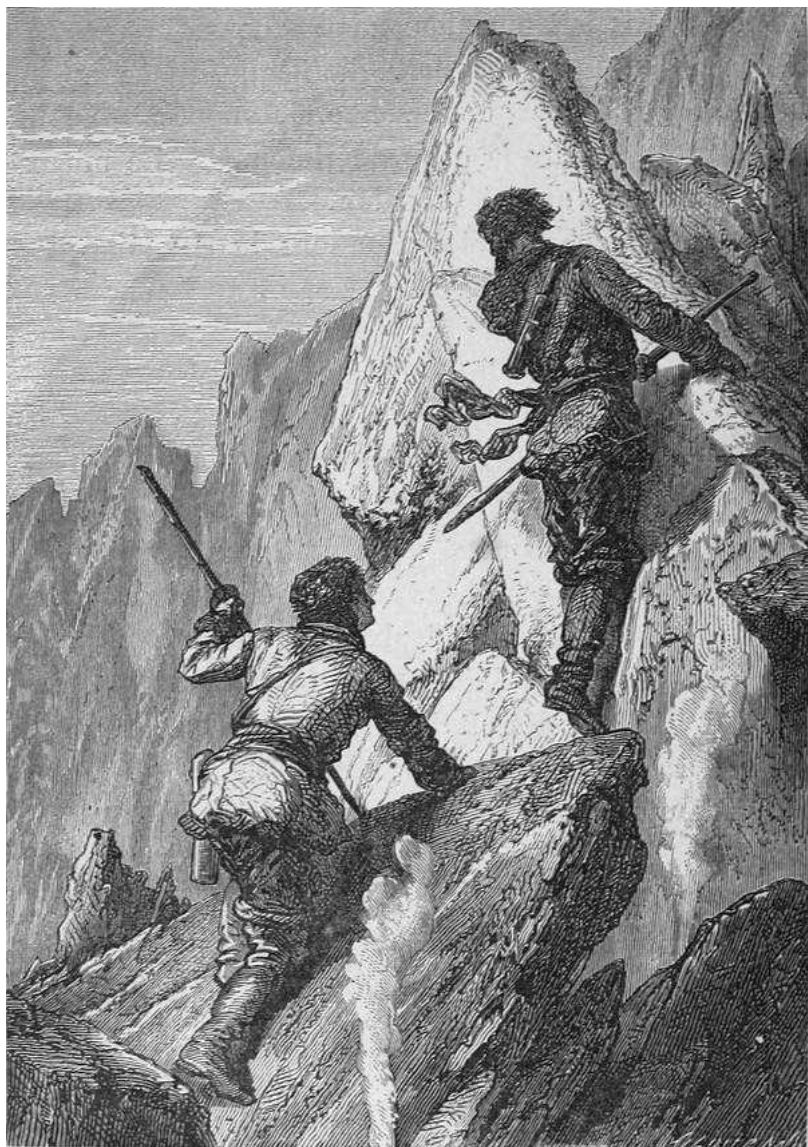
Una vez acabado el desayuno, bajé a tierra. El *Nautilus* se había desplazado varias millas durante la noche. Estaba en alta mar, a una buena legua de una costa que dominaba un pico agudo de cuatrocientos a quinientos metros. El bote nos llevaba a mí y al capitán Nemo, a dos hombres de la tripulación y los instrumentos, es decir: un cronómetro, un catalejo y un barómetro.

Durante nuestra travesía, vi una muchedumbre de ballenas que pertenecían a las tres especies que se encuentran en los mares australes: la ballena franca o *right whale* de los ingleses, que carece de aleta dorsal, la *humpback*, balenoptérico con el vientre estriado

y con grandes aletas blanquecinas que, a pesar de su nombre, no forman alas [159], y la *finback*, de color pardo amarillento, el más vivaz de los cetáceos [160]. Ese poderoso animal se deja oír desde lejos, cuando proyecta a gran altura sus chorros de aire y de vapor, parecidos a torbellinos de humo. Aquellos diversos mamíferos retozaban por grupos en las aguas tranquilas; pude apreciar que aquellas aguas del Polo Antártico servían de refugio a los cetáceos que sufrían el pertinaz acoso de los cazadores [161].

Igualmente, distinguí largos cordones blancuzcos de salpas, especie de moluscos agregados, y medusas de gran tamaño que se balanceaban entre el remolino de las aguas.

A las nueve, acostábamos. El cielo se iba aclarando. Las nubes escapaban hacia el sur. Las brumas abandonaban la superficie fría de las aguas. El capitán Nemo se dirigió al pico que quería convertir en su observatorio. Fue una penosa ascensión, sobre lavas afiladas y piedras pómez, en medio de una atmósfera a menudo saturada de las emanaciones sulfurosas de las fumarolas. El capitán, para ser un hombre no acostumbrado a pisar la tierra, escalaba las pendientes más pronunciadas con una agilidad que yo no podía igualar y que habría envidiado un cazador de rebecos.



Fue una penosa ascensión

Necesitamos dos horas para alcanzar la cumbre de aquel pico, mitad de pórvido, mitad de basalto. Desde allí, nuestras miradas abarcaban un vasto espacio del mar que, hacia el norte, trazaba nítidamente su línea de horizonte sobre el fondo del cielo. A nuestros pies, se extendían unos campos de blancura cegadora.

Sobre nuestras cabezas, un pálido azul, despejado de brumas. Al norte, el disco del sol como una bola de fuego ya segada por la línea del horizonte. Del interior de esas aguas se elevaban como magníficos surtidores centenares de chorros líquidos. A lo lejos, el *Nautilus* permanecía como un cetáceo dormido. Tras ellos, hacia el sur y el este, una tierra inmensa, un conglomerado caótico de rocas y de hielos cuyos límites eran imperceptibles.

El capitán Nemo, al llegar a la cumbre del pico, calculó cuidadosamente su altura por medio del barómetro, pues debía tenerla en cuenta en su observación.

A las doce menos cuarto, el sol, visto entonces por refracción solamente, se mostró como un disco de oro y arrojó sus últimos rayos sobre aquel continente abandonado, sobre aquellos mares que el hombre nunca había surcado hasta entonces.

El capitán Nemo, provisto de un catalejo de retículos, que corregía la refracción por medio de un espejo, observó el astro que poco a poco se hundía bajo el horizonte, trazando una diagonal muy prolongada. Yo tenía el cronómetro. Mi corazón latía con fuerza. Si la desaparición del semicírculo solar coincidía con las doce del mediodía del cronómetro, nos encontrábamos exactamente en el polo.

—¡Las doce! —exclamé.

—¡El Polo Sur! —respondió el capitán Nemo con voz grave, dándome el catalejo que mostraba al astro del día precisamente cortado en dos porciones iguales por el horizonte.

Miré cómo los últimos rayos coronaban el pico y las sombras ascendían poco a poco por sus rampas.

En ese momento, el capitán Nemo, apoyando su mano en mi hombro, me dijo:

—Profesor: en 1600, el holandés Gerritsz [162], arrastrado por las corrientes y las tempestades, alcanzó los

64°

de latitud sur y descubrió las islas Shetland del Sur. En 1773, el 17 de enero, el ilustre Cook, siguiendo el meridiano

38°,

alcanzó los

67° 30'

de latitud, y en 1774, el 30 de enero, en el meridiano

109°,
llegó a los
71° 15'
de latitud. En 1819, el ruso von Bellingshausen alcanzó el paralelo
69°,
y, en 1821, el
66°
a
111°
de longitud oeste. En 1820, el inglés Bransfield se tuvo que detener
en el
65°.
El mismo año, el americano Morrell, cuyos relatos son dudosos,
remontando el meridiano
42°,
descubría el mar libre a
70° 14'
de latitud. En 1825, el inglés Powell no podía rebasar el
62°.
El mismo año, un simple cazador de focas, el inglés Weddell,
llegaba hasta los
72° 14'
de latitud en el meridiano
35°,
y hasta los
74° 15'
en el
36°.
En 1829, el inglés Foster, al mando del *Chanticleer*, tomaba
posesión del continente antártico a
63° 26'
de latitud y
66° 26'
de longitud. El 1 de febrero de 1831, el inglés Biscoe descubría la
Tierra de Enderby a
68° 50'
de latitud, en 1832, el 5 de febrero, la Tierra Adelaida a

67°

de latitud, y el 21 de febrero, la Tierra de Graham a

64° 45'

de latitud. En 1838, el francés Dumont

d'Urville,

detenido ante la banquisa de hielo a

62° 57'

de latitud, descubría la Tierra de Luis Felipe; dos años más tarde, en una nueva incursión al sur, daba nombre a la Tierra Adelia a

66° 30',

el 21 de enero, y ocho días después, a

64° 40',

a la costa Clarie. En 1838, el inglés Wilkes avanzó hasta el paralelo

79°

por el meridiano

100°.

En 1839, el inglés Balleny descubría la Tierra Sabrina, en el límite del círculo polar. Por último, el 12 de enero de 1842, el inglés

James Ross, a bordo del *Erebus* y del *Terror*, a

75° 56'

de latitud y

171° 7'

de longitud este, hallaba la Tierra Victoria; el 23 del mismo mes, llegaba al paralelo

74°,

el punto más alejado alcanzado hasta entonces; el 27, estaba a

76° 8',

el 28, a

77° 32',

el 2 de febrero, a

78° 4',

y en 1842, volvía a los

71°,

de los que ya no pudo pasar. ¡Pues bien, yo, el capitán Nemo, este 21 de marzo de 1868, he alcanzado el Polo Sur, a los

90°,

y tomo posesión de esta parte del globo, igual a la sexta parte de los

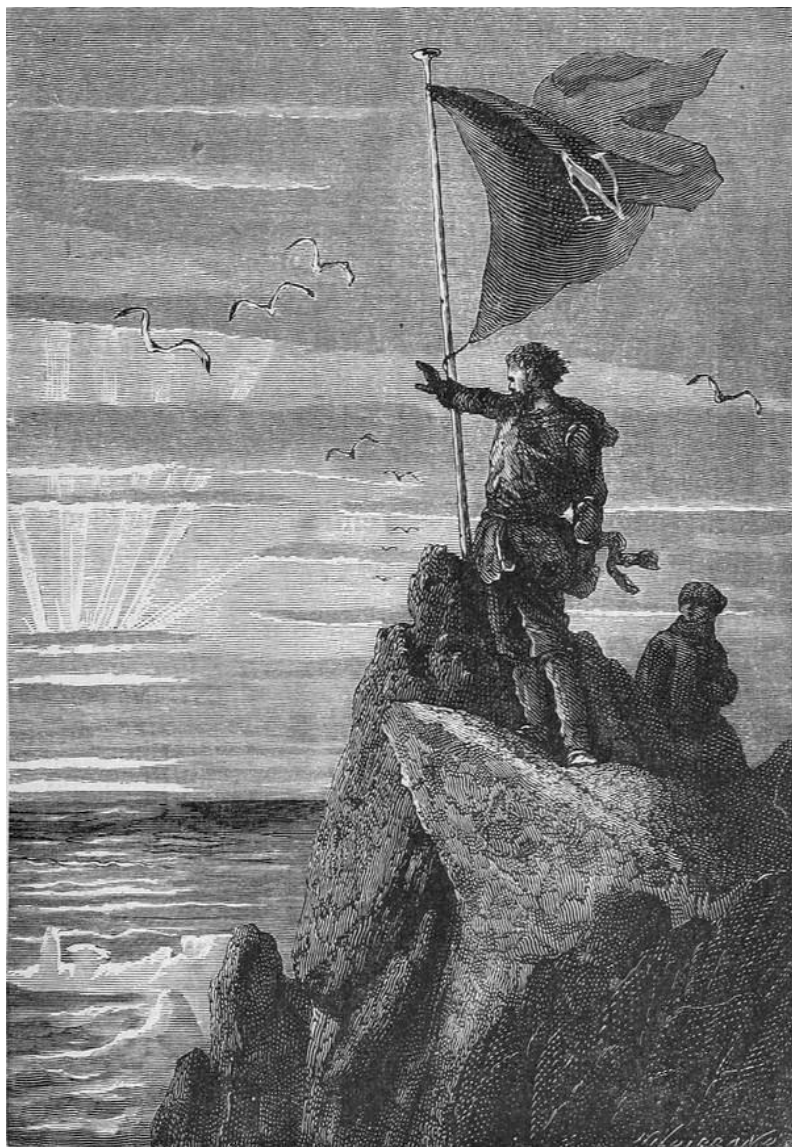
continentes conocidos!

—¿En nombre de quién, capitán?

—¡En el mío propio, señor!

Y, dicho esto, el capitán Nemo desplegó una bandera negra, con una N de oro recamada en la estameña. Después, volviéndose hacia el astro diurno, cuyos últimos rayos lamían el horizonte marino, exclamó:

—¡Adiós, sol! ¡Desaparece, astro radiante! ¡Duérmete bajo este mar libre y deja que una noche de seis meses despliegue sus sombras sobre mis nuevos dominios!



¡Adiós, sol! ¡Desaparece, astro radiante!

XV

¿Accidente o incidente?

El día siguiente, 22 de marzo, a las seis de la mañana, se dio comienzo a los preparativos para la partida. Los últimos resplandores del crepúsculo se desvanecían en la noche. El frío arreciaba. Las constelaciones refulgían con sorprendente intensidad. En el cenit brillaba la admirable Cruz del Sur, la estrella polar de las regiones antárticas.

El termómetro marcaba doce grados bajo cero, y cuando el viento cobraba fuerza, propinaba unas buenas dentelladas. Cada vez surgían más témpanos en las aguas libres. El mar comenzaba a congelarse por doquier. Numerosas placas de aspecto negruzco, extendidas por toda la superficie, anunciaban la inminente formación del hielo nuevo. Evidentemente, la cuenca antártica, helada durante los seis meses de invierno, era absolutamente inaccesible. ¿Qué ocurría con las ballenas durante ese período? Seguramente, se desplazaban bajo la banquisa en busca de mares más practicables. Las focas y las morsas, habituadas a vivir en los climas más rigurosos, se quedaban en aquellos parajes helados. Estos animales abren por instinto agujeros en los *icefields* y los mantienen siempre abiertos. A esos agujeros es adonde vienen a respirar. Cuando las aves, empujadas por el frío, han emigrado hacia el norte, estos mamíferos marinos se convierten en los únicos dueños del continente polar.

Mientras tanto, se habían llenado los depósitos de agua, y el *Nautilus* se sumergía lentamente. A una profundidad de mil pies, se detuvo. Su hélice removió las aguas y avanzó directamente hacia el norte a una velocidad de quince millas por hora. Por la tarde, flotaba ya bajo el inmenso caparazón helado de la banquisa.

Los paneles del salón habían sido cerrados en previsión de que el casco del *Nautilus* topara con algún bloque sumergido. Aquel día

me dediqué a pasar a limpio mis notas. Mi mente estaba completamente absorta en los recuerdos del polo. Habíamos alcanzado ese punto inaccesible sin cansarnos, sin peligro, como si nuestro vagón flotante se hubiese deslizado sobre los raíles de un ferrocarril. Y ahora, comenzaba realmente el retorno. ¿Me reservaría unas sorpresas semejantes? Así lo creía; hasta tal punto es inagotable la serie de las maravillas submarinas. Desde hacía cinco meses y medio, cuando el azar nos había puesto a bordo del *Nautilus*, habíamos recorrido catorce mil leguas, y en ese recorrido, más amplio que el ecuador terrestre, cuántos incidentes, curiosos o terribles, habían hechizado nuestro viaje: ¡la caza en los bosques de la isla de Crespo, la encalladura en el estrecho de Torres, el cementerio de coral, las pesquerías de Ceilán, el túnel arábigo, los fuegos de Santorín, los millones de la ría de Vigo, la Atlántida, el Polo Sur! Durante la noche, todos esos recuerdos, pasando de sueño en sueño, no dejaron reposar mi cerebro ni un instante.

A las tres de la madrugada, me despertó un choque violento. Me había incorporado en la cama, intentando percibir algún sonido en medio de la oscuridad, cuando, bruscamente, me vi proyectado en medio del camarote. Sin duda, el *Nautilus* había dado un bandazo considerable tras haber tocado.

Fui apoyándome por las paredes y arrastrándome por los corredores hasta el salón, iluminado por el techo luminoso. Los muebles habían caído. Afortunadamente, las vitrinas, sólidamente fijadas por los pies, habían aguantado. Los cuadros de estribor, debido al desplazamiento de la vertical, se pegaban a las paredes, mientras que los de babor se apartaban un pie de su borde inferior. El *Nautilus* estaba escorado a estribor y, además, completamente inmóvil.

Se oía un ruido de pasos y voces confusas que venían del interior. Pero el capitán Nemo no apareció. En el momento en que iba a dejar el salón, Ned Land y Conseil entraron.

—¿Qué ocurre? —les pregunté inmediatamente.

—Eso venía a preguntarle al señor —respondió Conseil.

—¡Por mil diablos! —gritó el canadiense— ¡Yo sí que lo sé! El *Nautilus* ha tocado y, visto como escora, no creo que pueda salir a flote como la primera vez en el estrecho de Torres.

—Pero —pregunté yo— ¿ha vuelto por lo menos a la superficie

del mar?

—No lo sabemos —respondió Conseil.

—Eso es fácil de averiguar —respondí yo.

Consulté el manómetro. Con gran sorpresa por mi parte, vi que indicaba una profundidad de trescientos sesenta metros.

—¿Qué quiere decir esto? —exclamé.

—Hay que preguntar al capitán Nemo —dijo Conseil.

—¿Pero dónde estará? —preguntó Ned Land.

—Vamos a ver —dije a mis dos compañeros, que me siguieron.

Salimos del salón. En la biblioteca, nadie. En la escalera central y en el puesto de la tripulación, nadie [163]. Supuse que el capitán Nemo debía de estar en la torreta del piloto. Lo mejor era esperar. Los tres regresamos al salón.

Guardaré silencio sobre las recriminaciones del canadiense. No le faltaba razón para enfurecerse. Lo dejé dar rienda suelta a su mal humor, sin responderle.

Llevábamos así veinte minutos, intentando sorprender los más mínimos ruidos que se producían en el interior del *Nautilus*, cuando el capitán Nemo entró. Pareció no vernos. Su rostro, habitualmente tan impasible, traslucía cierta inquietud. Observó en silencio la brújula y el manómetro, y señaló con el dedo un punto del planisferio en la parte que representaban los mares australes.

No quise interrumpirlo. Tan solo unos instantes más tarde, cuando se volvió hacia mí, le dije, devolviéndole una expresión que había utilizado en el estrecho de Torres:

—¿Un incidente, capitán?

—No, señor —respondió—, esta vez se trata de un accidente.

—¿Grave?

—Podría ser.

—¿Es inminente el peligro?

—No.

—¿Ha encallado el *Nautilus*?

—Sí.

—¿Y esa encalladura se debe a...?

—Un capricho de la naturaleza, no a la impericia de mis hombres. No se ha cometido ni un solo error en nuestras maniobras. De todas formas, no podríamos impedir al equilibrio que produzca sus efectos. Se pueden desafiar las leyes hechas por el hombre, pero

no es posible resistir a las leyes naturales.

¡Buen momento escogía el capitán Nemo para entregarse a tales reflexiones filosóficas! A fin de cuentas, su respuesta no me sacaba de dudas.

—¿Puedo saber, señor —le pregunté—, cuál es la causa de este accidente?

—Un enorme bloque de hielo, una montaña entera, se ha volcado —me respondió—. Cuando unas aguas más calientes, o bien los choques reiterados, socavan los *icebergs*, su centro de gravedad se desplaza hacia arriba. Entonces se giran, se vuelcan. Eso es lo que ha sucedido. Uno de los bloques, al volcarse, ha chocado con el *Nautilus*, que flotaba bajo las aguas. Después, tras deslizarse bajo su casco y levantarlo con una fuerza irresistible lo ha llevado hasta capas menos densas, donde está inclinado sobre su costado.

—¿Pero no se puede liberar al *Nautilus* vaciando sus depósitos, de manera que recobre el equilibrio?

—Eso es lo que estamos haciendo ahora mismo, señor. Puede usted oír cómo funcionan las bombas. Mire la aguja del manómetro. Indica que el *Nautilus* va emergiendo, pero el bloque de hielo sube con él, y hasta que un obstáculo no detenga su movimiento de ascensión, nuestra posición no se modificará.

En efecto, el *Nautilus* seguía dando por la misma banda a estribor. Sin duda, se enderezaría cuando el bloque se detuviera. Pero en ese momento, ¿quién sabe si no habríamos llegado a topar con la parte superior de la banquisa, si no quedaríamos terriblemente aprisionados entre las dos superficies congeladas?

Yo reflexionaba sobre todas las consecuencias de aquella situación. El capitán Nemo no dejaba de observar el manómetro. El *Nautilus*, después de la caída del *iceberg*, había ascendido ciento cincuenta pies aproximadamente, pero seguía describiendo el mismo ángulo con la perpendicular.

De pronto, percibimos un ligero movimiento en el casco. El *Nautilus* se enderezaba un poco. Los objetos que colgaban de las paredes del salón iban recuperando claramente su posición normal. Las paredes se acercaban a la verticalidad. Nadie hablaba. Con el corazón en un puño, observábamos, sentíamos el movimiento. El suelo iba recobrando la horizontalidad bajo nuestros pies.

Transcurrieron diez minutos.

—¡Por fin, estamos derechos! —exclamé.

—Sí —dijo el capitán Nemo, dirigiéndose hacia la puerta del salón.

—Pero ¿flotaremos? —le pregunté.

—Por supuesto —respondió—, ya que los depósitos no se han vaciado todavía, y cuando se vacíen, el *Nautilus* tendrá que ascender a la superficie del mar [164].

El capitán salió, e inmediatamente vi que, obedeciendo sus órdenes, se había detenido la ascensión del *Nautilus*. En efecto, habría chocado inmediatamente con la parte inferior del banco de hielo, por lo que era mejor mantenerlo entre dos aguas.

—¡Nos hemos escapado de milagro! —dijo entonces Conseil.

—Sí. Podíamos haber quedado aplastados entre esos bloques de hielo, o por lo menos aprisionados. Y entonces, sin poder renovar el aire... ¡Sí! ¡De buena nos hemos librado!

—Si es que se ha acabado... —murmuró Ned Land.

No quise iniciar con el canadiense una discusión inútil y no respondí. Por otra parte, los paneles se abrieron en ese momento y la luz exterior irrumpió a través de los cristales.

Estábamos inmersos, rodeados de agua, tal como he dicho; pero, a una distancia de diez metros, a cada banda del *Nautilus*, se elevaba una deslumbrante muralla de hielo. Por arriba y por abajo, la misma muralla. Por arriba, porque la superficie inferior del banco de hielo se extendía como un inmenso techo. Por abajo, porque el bloque volcado, tras deslizarse poco a poco, había encontrado en las murallas laterales dos puntos de apoyo que lo mantenían en aquella posición. El *Nautilus* estaba aprisionado en un verdadero túnel de hielo, de unos veinte metros de longitud aproximadamente, lleno de un agua en calma. Así pues, le habría sido fácil salir navegando de proa o de popa y, acto seguido, ir en busca de un paso libre por debajo de la banquisa unos cientos de metros más abajo.

Habían apagado el techo luminoso y, sin embargo, el salón resplandecía con una luz intensa. Ese fenómeno se debía a que la poderosa reverberación de las paredes de hielo devolvía violentamente la luz del fanal. No sería capaz de describir el efecto de los rayos voltaicos en aquellos grandes bloques caprichosamente recortados, donde cada ángulo, cada arista, cada cara, proyectaba

un resplandor distinto, según la naturaleza de las venas que corrían por el hielo: mina deslumbrante de gemas y de zafiros que cruzaban sus destellos azules con los verdes de las esmeraldas. Desde diversos puntos, los matices opalinos de infinita sutileza corrían en medio de puntos ardientes, cual diamantes de fuego cuyo fulgor era insoportable a la vista. La potencia del fanal quedaba centuplicada, como la de una lámpara a través de las láminas lenticulares de un faro de primer orden.

—¡Qué hermoso! ¡Qué hermoso! —exclamaba Conseil.

—¡Sí! —dije yo—. Es un espectáculo admirable. ¿No es cierto, Ned?

—¡Eh! ¡Por mil diablos! Sí —replicó Ned Land—. ¡Es impresionante! Me da rabia tener que aceptarlo. Nunca se ha visto nada parecido. Pero este espectáculo podría costarnos caro. Y, puestos a decirlo todo, pienso que estamos viendo aquí cosas que Dios ha querido prohibir a la vista del hombre [165].

Ned tenía razón. Era demasiado hermoso. De repente, un grito de Conseil hizo que me diera la vuelta.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—¡El señor ha de cerrar los ojos! ¡Que no mire el señor!

Al pronunciar esas palabras, Conseil se restregaba enérgicamente los ojos.

—¿Pero qué te ocurre, muchacho?

—Estoy deslumbrado, ciego.

Mi mirada se dirigió involuntariamente hacia el cristal, pero no pude soportar el fuego que la devoraba.

Entonces comprendí lo que había pasado. El *Nautilus* acababa de ponerse en movimiento a gran velocidad. Todos los destellos tranquilos de las murallas de hielo se habían tornado líneas fulgurantes. Los fuegos de esas miríadas de diamantes se confundían. El *Nautilus*, llevado por su hélice, viajaba envuelto en relámpagos.

Entonces se cerraron los paneles del salón. Manteníamos las manos en los ojos, totalmente impregnados de esos resplandores concéntricos que vagan ante la retina cuando los rayos del sol la impresionan con demasiada violencia. Pasó cierto tiempo hasta que se apaciguó la ofuscación de nuestras miradas.

Finalmente, bajamos las manos.

—¡Nunca lo habría creído! —dijo Conseil.

—¡Y yo todavía no me lo creo! —replicó el canadiense.

—Cuando regresemos a tierra —añadió Conseil—, ahítos de tantas maravillas de la naturaleza, ¿qué vamos a pensar de esos miserables continentes y de las nimiedades salidas de manos humanas? ¡No! ¡El mundo habitado ya no es digno de nosotros!

Palabras como aquellas, brotadas de la boca de un impassible flamenco muestran a qué grado de ebullición había llegado nuestro entusiasmo. Pero el canadiense no se abstuvo de echar su jarro de agua fría.

—¡El mundo habitado! —dijo sacudiendo la cabeza—. Quédese tranquilo, amigo Conseil, no lo volveremos a ver.

Entonces eran las cinco de la mañana. En ese momento, se produjo un choque en la popa del *Nautilus*. Comprendí que su espolón acababa de chocar con un bloque de hielo. Debía de ser una falsa maniobra, pues aquel túnel submarino, obstruido por los bloques, no era fácil de navegar. Pensé que el capitán Nemo, tras modificar su ruta, rodearía los obstáculos o seguiría las sinuosidades del túnel. En cualquier caso, la marcha adelante no podía estar totalmente bloqueada. Sin embargo, contra toda esperanza, el *Nautilus* adoptó un movimiento de retroceso muy pronunciado.

—¿Volvemos de popa? —dijo Conseil.

—Sí —respondí—. Seguramente, por esta parte el túnel no tiene salida.

—¿Qué haremos, pues...?

—Pues la maniobra es bien sencilla —dije yo—. Desandaremos el camino y saldremos por el orificio sur. Eso es todo.

Al hablar así, quise dar la impresión de que estaba más tranquilo de lo que realmente estaba. Sin embargo, el movimiento de retroceso del *Nautilus* se aceleraba y nos arrastraba a contrahélice con gran rapidez.

—Será un retraso —dijo Ned.

—¿Qué importan unas horas más o menos mientras salgamos.

—Sí... —repitió Ned Land—. ¡Mientras salgamos [166] !

Me paseé durante unos instantes del salón a la biblioteca. Mis compañeros, sentados, callaban. Después, me eché sobre un diván y tomé un libro que empezaron a recorrer mecánicamente mis ojos.

Un cuarto de hora después, Conseil, que se había acercado a mí,

me preguntó:

—¿Es interesante lo que lee el señor?

—Muy interesante —respondí.

—Ya lo creo. Es el libro del señor lo que está leyendo el señor.

—¿Mi libro?

En efecto, tenía en las manos la obra de *Los grandes fondos submarinos* [167]. Ni siquiera lo había sospechado. Cerré el libro y volví a deambular. Ned y Conseil se levantaron para retirarse.

—Quédense, amigos míos —dije reteniéndolos—. Quedémonos juntos hasta que hayamos salido de este atolladero.

—Como el señor desee —respondió Conseil.

Transcurrieron unas horas. Yo no dejaba de observar los instrumentos que había en la pared del salón. El manómetro indicaba que el *Nautilus* se mantenía a una profundidad constante de trescientos metros: la brújula, que seguía dirigiéndose continuamente al sur; la corredera, que navegaba a una velocidad de veinte millas por hora, velocidad excesiva en un espacio tan estrecho. Pero el capitán Nemo sabía que por muy rápido que anduviera nunca sería demasiado, y también sabía que los minutos valían siglos.

A las ocho y veinticinco, tuvo lugar un segundo choque. A popa esta vez. Palidecí. Mis compañeros se habían acercado a mí. Había cogido la mano de Conseil. Nos interrogábamos mutuamente con la vista, y más directamente que si las palabras hubieran sido intérpretes de nuestro pensamiento.

En aquel momento, el capitán entró en el salón. Me dirigí hacia él.

—¿Está obstruida la ruta por el sur? —le pregunté.

—Sí, señor. Al volcarse, el *iceberg* ha cerrado todas las salidas.

—¿Estamos bloqueados?

—Sí.

XVI

Falta de aire

Así pues, en torno al *Nautilus*, por arriba, por abajo, se erguía un impenetrable muro de hielo. ¡Éramos prisioneros de la banquisa! El canadiense había pegado un tremendo puñetazo encima de la mesa. Conseil callaba. Yo miraba al capitán. Su rostro había recobrado su impasibilidad habitual. Estaba de brazos cruzados. Reflexionaba. El *Nautilus* ya no se movía.

El capitán tomó la palabra:

—Señores —dijo con una voz calma—, hay dos maneras de morir en las condiciones en que nos encontramos.

Aquel inexplicable personaje tenía el aspecto de un profesor de matemáticas que despejaba una incógnita ante sus alumnos.

—La primera —prosiguió— es morir aplastados. La segunda, morir asfixiados. No contemplo la posibilidad de morir de hambre, ya que las provisiones del *Nautilus* durarán seguramente más que nosotros. Preocupémonos, pues, de las posibilidades de aplastamiento o de asfixia.

—Capitán —respondí—, la asfixia no hay que temerla, pues los depósitos están llenos.

—Exacto —replicó el capitán Nemo—, pero solo podrán suministrar aire para dos días. Hace ya treinta y seis horas que estamos sumergidos bajo las aguas, y es menester renovar la atmósfera enrarecida del *Nautilus*. Dentro de cuarenta y ocho horas, nuestra reserva se habrá agotado.

—¡Pues bien, capitán! ¡Liberémonos antes de que pasen las cuarenta y ocho horas!

—Al menos, lo intentaremos: atravesando la muralla que nos rodea.

—¿Por qué lado? —pregunté.

—La sonda nos lo indicará. Voy a hacer encallar el *Nautilus* en

el banco inferior, y mis hombres con las escafandras atacarán el *iceberg* por su pared menos densa.

—¿Se pueden abrir los paneles del salón?

—No hay inconveniente. El *Nautilus* está inmóvil.

El capitán Nemo salió. Inmediatamente después, unos silbidos me indicaron que el agua estaba entrando en los depósitos. El *Nautilus* descendió lentamente y se posó en el fondo de hielo a una profundidad de trescientos cincuenta metros, profundidad a la que estaba sumergido el banco de hielo inferior.

—Amigos míos —dije—, la situación es grave, pero cuento con su coraje y energía.

—Señor —me respondió el canadiense—, no es precisamente este momento el ideal para hacer recriminaciones. Estoy dispuesto a colaborar en todo lo posible por el bien común.

—Bien, Ned —dije tendiéndole la mano al canadiense.

—Y añadiré que con el pico soy tan hábil como manejando el arpón —dijo—; si puedo ser de utilidad al capitán, puede disponer de mí.

—El capitán no rechazará su ayuda. Venga, Ned.

Llevé al canadiense al camarote donde los hombres del *Nautilus* se ponían sus escafandras. Le comuniqué al capitán la proposición de Ned, que fue aceptada. El canadiense se puso su traje de buzo y estuvo preparado tan pronto como sus compañeros de trabajo. Cada uno de ellos llevaba a la espalda el aparato Rouquayrol al que los depósitos le habían suministrado una gran cantidad de aire puro; préstamo considerable, pero necesario, solicitado a la reserva del *Nautilus*. En cuanto a las lámparas Ruhmkorff, resultaban inútiles en medio de aquellas aguas luminosas y saturadas de rayos eléctricos.

Cuando Ned se hubo vestido, regresé al salón, donde estaban abiertos los paneles, y apostado junto a Conseil, examiné las capas circundantes que aguantaban al *Nautilus*.

Unos instantes después, veíamos cómo llegaban al banco de hielo una docena de hombres de la tripulación, y entre ellos Ned Land, reconocible por su elevada estatura. El capitán Nemo estaba con ellos.

Antes de proceder a horadar las murallas, mandó efectuar unas calas que debían garantizar la buena dirección de los trabajos. En

las paredes laterales, se introdujeron largas sondas, pero tras penetrar quince metros quedaron detenidas por el espesor de la muralla. Era inútil atacar la capa superior, ya que se trataba del mismo banco de hielo, que medía más de cuatrocientos metros de altura. El capitán Nemo mandó sondear la capa inferior. Allí, nos separaban del agua diez metros de pared. Ese era el espesor del *icefield*. A partir de ese instante, se trataba de perforar un trozo igual en superficie a la línea de flotación del *Nautilus*. Había que romper unos seis mil quinientos metros cúbicos, para practicar un hueco por donde descender bajo el campo de hielo.

Se comenzó enseguida el trabajo con una tenacidad incansable. En lugar de excavar en torno al *Nautilus*, lo que habría provocado las mayores dificultades, el capitán Nemo hizo dibujar el inmenso foso a ocho metros de su aleta de babor. Después, sus hombres lo taladraron simultáneamente en varios puntos de la circunferencia. Pronto, el pico atacó vigorosamente aquella materia compacta, y consiguieron desprender grandes bloques. Por un curioso efecto del peso específico, los bloques, menos pesados que el agua, volaban, valga la expresión, a la bóveda del túnel, que iba aumentando por arriba tanto como perdía por abajo. Pero eso importaba poco, siempre y cuando la pared inferior fuese reduciéndose otro tanto.

Tras dos horas de un trabajo enérgico, Ned Land regresó agotado. Sus compañeros y él fueron reemplazados por nuevos trabajadores a los que nos unimos Conseil y yo. Nos dirigía el segundo del *Nautilus*.

El agua me pareció especialmente fría, pero me calenté rápidamente manejando el pico. Mis movimientos se producían con gran libertad, pese a realizarlos a una presión de treinta atmósferas.

Cuando regresé, tras dos horas de trabajo, para tomar algún alimento y reposar, encontré una notable diferencia entre el fluido puro que me proporcionaba el aparato Rouquayrol y la atmósfera del *Nautilus*, ya cargada de ácido carbónico. El aire no había sido renovado desde hacía cuarenta y ocho horas, y sus vivificantes cualidades estaban considerablemente debilitadas. Mientras tanto, en un lapso de doce horas, solo habíamos extraído un trozo de hielo de un metro de espesor en la superficie dibujada, es decir: unos seiscientos metros cúbicos. Calculando que en otras doce horas podíamos efectuar un trabajo similar, todavía eran necesarias cinco

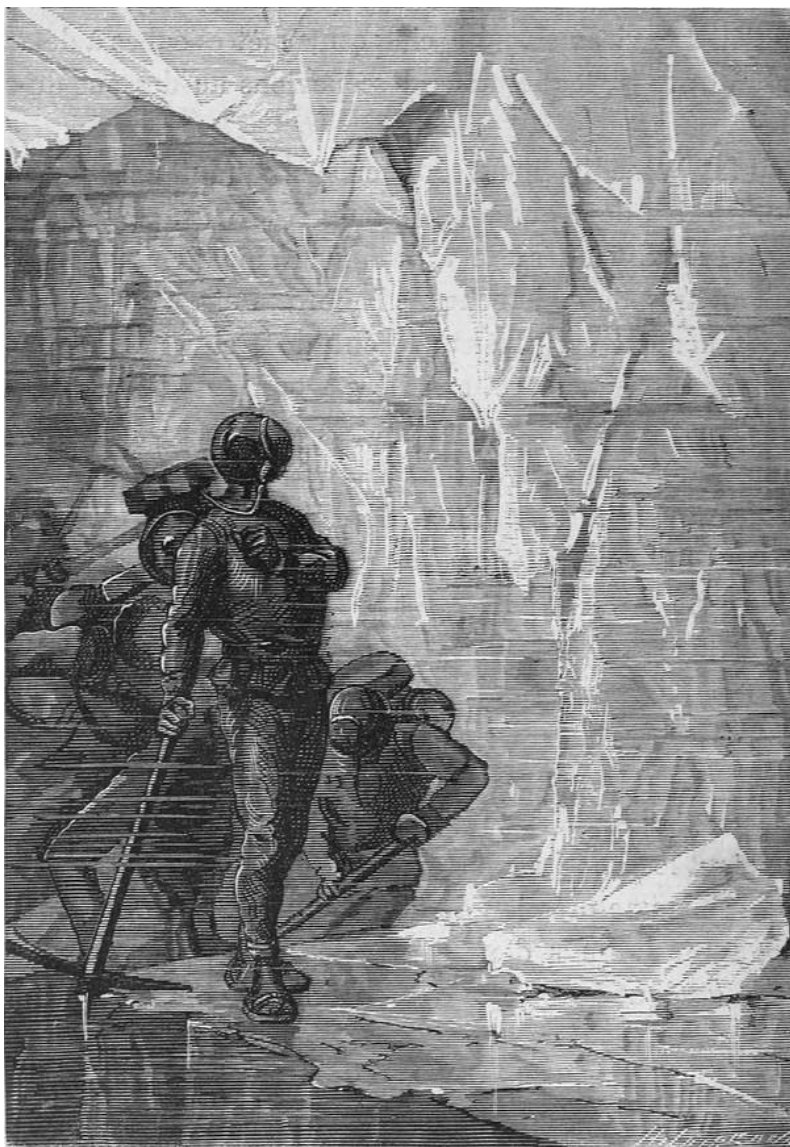
noches y cuatro días para llevar a término la empresa.

—¡Cinco noches y cuatro días! —les dije a mis compañeros—. Y no tenemos aire en los depósitos más que para dos días.

—¡Sin contar —respondió Ned— con que una vez hayamos salido de esta maldita prisión, todavía estaremos aprisionados bajo el banco de hielo y sin comunicación posible con la atmósfera!

Reflexión exacta. ¿Quién podía prever cuál era el mínimo de tiempo necesario para liberarnos? ¿No nos asfixiaríamos antes de que el *Nautilus* hubiese podido regresar a la superficie de las aguas? ¿Estaba destinado a perecer en aquella tumba de hielo con todos los que encerraba a bordo? La situación parecía terrible. Pero todos la encarábamos decididos a cumplir con nuestro deber hasta el final.

Tal como yo había previsto, durante la noche se extrajo una nueva porción de un metro al inmenso alvéolo. Pero, por la mañana, cuando, vestido con mi escafandra, recorrí la masa líquida a una temperatura de entre seis y siete grados bajo cero, observé que las murallas laterales se iban aproximando poco a poco. Las capas de agua alejadas de la fosa, que no calentaban ni el trabajo de los hombres ni el movimiento de las herramientas, acentuaban su tendencia a solidificarse. A la vista de ese nuevo e inminente peligro, ¿en qué se convertían nuestras posibilidades de salvación?, ¿cómo se podía impedir la solidificación de aquel medio líquido, que habría hecho estallar como el cristal las paredes del *Nautilus*?



Las murallas laterales se iban aproximando poco a poco

Me abstuve de informar sobre este nuevo peligro a mis dos compañeros. ¿Para qué arriesgarse a acabar con la energía que empleaban en las penosas tareas de salvamento? Sin embargo, cuando volví a bordo, le indiqué al capitán Nemo esta grave complicación.

—Lo sé —me dijo con ese tono tranquilo que no podían alterar las circunstancias más terribles—. Es un peligro más, pero no veo ningún medio de solucionarlo. La única oportunidad de salvarnos es avanzar más deprisa que la solidificación. Se trata de llegar los primeros. Eso es todo.

¡Llegar los primeros! Pero, para ser francos, no tenía por qué extrañarme esa manera de hablar.

Aquella jornada, manejé porfiadamente el pico durante varias horas. El trabajo me servía de estímulo. Además, trabajar suponía abandonar el *Nautilus*, significaba respirar directamente el aire puro que nos prestaban los depósitos y nos suministraban los aparatos, era abandonar una atmósfera empobrecida y viciada.

Hacia la noche, habíamos ahondado en la fosa un metro más. Cuando regresé a bordo, estuve a punto de caer asfixiado por el ácido carbónico que saturaba el aire. ¡Ah! ¡No disponer de los medios químicos que hubiesen permitido eliminar ese gas deletéreo! El oxígeno no nos faltaba. Toda esa agua contenía una cantidad considerable, y descomponiéndola mediante nuestras poderosas pilas, nos habría restituido el fluido vivificante. Ya lo había pensado yo, pero de qué habría servido si el ácido carbónico, producto de nuestra respiración, había invadido todas las partes del navío. Para absorberlo, tendríamos que haber llenado unos recipientes de potasa cáustica y agitarlos incesantemente. Pero, a bordo, carecíamos de ese material y nada podía reemplazarlo.

Aquella noche, el capitán Nemo tuvo que abrir las llaves de sus depósitos y lanzar algunos chorros de aire puro al interior del *Nautilus*. De no haber tomado esta precaución, no nos habríamos despertado.

Al día siguiente, 26 de marzo, reanudé mi trabajo de zapador, atacando el quinto metro. Las paredes laterales y la superficie inferior de la banquisa se hacían visiblemente más densas. Estaba claro que se soldarían antes de que el *Nautilus* hubiese podido zafarse del bloqueo. Por un instante, la desesperación se apoderó de mí. El pico estuvo a punto de escapárseme de las manos. De qué servía excavar si iba a morir asfixiado, aplastado por aquella agua que se volvía piedra, un suplicio que ni siquiera habría inventado la ferocidad de los salvajes. Me parecía hallarme entre las tremendas mandíbulas de un monstruo que se iban cerrando irresistiblemente.

En ese momento, el capitán Nemo, que dirigía los trabajos y además continuaba trabajando, pasó junto a mí. Lo toqué con la mano y le señalé las paredes de nuestra prisión. La pared de estribor había avanzado a menos de cuatro metros del casco del *Nautilus*.

El capitán me comprendió y me hizo un signo para seguirlo. Regresamos a bordo. Me quité la escafandra y lo acompañé al salón.

—Señor Aronnax —me dijo—, tenemos que recurrir a algún medio heroico o nos vamos a quedar sellados en esta agua solidificada como si fuera cemento.

—Sí —dije yo—, ¿pero qué podemos hacer?

—¡Ah! —exclamó—. ¿Y si mi *Nautilus* fuese lo suficientemente fuerte para aguantar esta presión sin ser aplastado?

—¿Y bien? —pregunté yo, sin captar la idea del capitán.

—¿No comprende usted —continuó— que la congelación del agua sería nuestro socorro? ¿No ve usted que gracias a su solidificación haría estallar esos campos de hielo que nos aprisionan, tal como, al helarse, hace estallar las piedras más duras? ¿No presiente usted que sería un factor de salvación más que un agente de destrucción?

—Sí, capitán, quizá. Pero por mucha resistencia al aplastamiento que posea el *Nautilus*, no podría soportar una presión tan espantosa y acabaría laminado como el palastro.

—Lo sé, señor. Por lo tanto, no hay que contar con la ayuda de la naturaleza, sino con nosotros mismos. Hay que luchar contra la solidificación. Hay que eliminarla. No solamente se van estrechando las paredes laterales, sino que no quedan ni diez pies de agua a proa o a popa del *Nautilus*. La congelación nos lleva ventaja por todos lados.

—¿Cuánto tiempo nos permitirá el aire de los depósitos respirar a bordo? —pregunté yo.

El capitán me miró a los ojos.

—Pasado mañana —dijo—, los depósitos estarán vacíos.

Un sudor frío me invadió. Pero ¿para qué extrañarme de esa respuesta? El 22 de marzo, el *Nautilus* se había sumergido bajo las aguas libres del polo. Estábamos a 26. Desde hacía cinco días, vivíamos a costa de las reservas de a bordo. Y lo que quedaba de aire respirable, había que conservarlo para los trabajadores. En el momento en que redacto estas líneas, aún conservo una impresión

tan vívida que un terror incontrolable se apodera de todo mi ser y parece que el aire no llega a mis pulmones.

Mientras tanto, el capitán Nemo reflexionaba, silencioso, inmóvil. Sin duda, una idea le atravesaba la mente. Pero parecía descartarla. Se respondía negativamente a sí mismo. Finalmente, le escaparon de los labios estas palabras:

—¡Agua hirviendo! —murmuró.

—¿Agua hirviendo? —exclamé yo.

—Sí, señor. Estamos encerrados en un espacio relativamente estrecho. ¿No elevarían la temperatura de ese medio unos chorros de agua hirviendo, constantemente inyectados por las bombas del *Nautilus*, y retrasarían así su congelación?

—Hay que intentarlo —dije yo resueltamente.

—Intentémoslo, profesor.

El termómetro marcaba entonces siete grados bajo cero en el exterior. El capitán Nemo me condujo a las cocinas, donde funcionaban grandes aparatos de destilación, que suministraban el agua potable por evaporación. Se cargaron de agua, y todo el calor eléctrico de las pilas fue lanzado a través de los serpentines bañados por el líquido. En unos minutos, el agua había alcanzado cien grados. Fue dirigida hacia las bombas y, a medida que salía, se la iba sustituyendo por agua nueva. El calor producido por las pilas era tan intenso que el agua fría, sacada del mar, tras haber atravesado solamente los aparatos, llegaba hirviendo al cuerpo de la bomba.

La inyección comenzó, y tres horas después el termómetro marcaba seis grados bajo cero en el exterior. Ya habíamos ganado un grado. Dos horas más tarde, el termómetro marcaba solo cuatro grados.

—Lo conseguiremos —le dije al capitán, tras haber seguido y controlado mediante numerosas observaciones cómo avanzaba la operación.

—Así lo creo —me respondió—. No moriremos aplastados. Solo hemos de temer la asfixia.

Durante la noche, la temperatura del agua subió a un grado bajo cero. La inyección no pudo llevarla a un punto superior. Pero, dado que la congelación del agua de mar solamente se produce a dos grados bajo cero, me tranquilicé en cuanto a los peligros de la

solidificación.

Al día siguiente, 27 de marzo, se habían arrancado al alvéolo seis metros de hielo. Quedaban tan solo cuatro metros por eliminar, lo que exigía aún cuarenta y ocho horas de trabajo. Ya no podía renovarse el aire a bordo del *Nautilus*. Así pues, durante esa jornada fue empeorando progresivamente.

Un agotamiento intolerable se abatió sobre mí. Hacia las tres de la tarde, ese sentimiento de angustia llegó a un extremo violento. Los bostezos me dislocaban las mandíbulas. Mis pulmones jadeaban en busca del fluido comburente e indispensable para la respiración, el cual se iba rarificando cada vez más. Un sopor mental se apoderó de mí. Yacía sin fuerzas, casi sin conocimiento. Mi buen Conseil, con idénticos síntomas, padecía los mismos sufrimientos, pero no me abandonaba. Me tomaba de la mano, me daba ánimos, e incluso lo oía murmurar:

—¡Ah! ¡Si pudiera no respirar para dejarle más aire al señor!

Me acudían las lágrimas a los ojos al oírlo hablar así.

Si bien nuestra situación, la de todos, era intolerable en el interior, ¡con qué velocidad, con qué felicidad, nos poníamos nuestras escafandras para trabajar en nuestros turnos! Los picos resonaban en la capa helada. Los brazos se cansaban, las manos se llagaban. ¡Pero qué significaban aquellas fatigas, qué importaban aquellas heridas! ¡El aire vital llegaba a los pulmones! ¡Respirábamos! ¡Respirábamos!

Y sin embargo, nadie prolongaba más allá del tiempo requerido su trabajo bajo las aguas. Cumplida su tarea, todos devolvían a sus compañeros jadeantes el depósito que debía darles la vida. El capitán Nemo daba ejemplo y era el primero en someterse a esa severa disciplina. Llegado su turno, cedía su aparato a otro y volvía a la atmósfera viciada de a bordo, siempre tranquilo, sin un desfallecimiento, sin un murmullo.

Aquel día, se cumplió con el trabajo habitual incluso con más desnudo. No restaban más que dos metros por desprender de toda la superficie. Dos metros solamente nos separaban del mar libre. Pero los depósitos estaban casi vacíos de aire. Lo poco que quedaba había que guardarlo para los trabajadores. ¡Ni un átomo para el *Nautilus*!

Cuando regresé a bordo, estaba medio asfixiado. ¡Qué noche! No

podría describirla. Semejantes sufrimientos no pueden ser descritos. Al día siguiente, sentía opresión al respirar [168]. A los dolores de cabeza se añadían vértigos que me aturdíen y me convertían en un hombre ebrio. Mis compañeros experimentaban los mismos síntomas. Algunos hombres de la tripulación se debatían en medio de estertores.

Aquel día, el sexto de nuestra reclusión, el capitán Nemo, a quien la piqueta y el pico le parecían demasiado lentos, decidió reventar la capa de hielo que nos separaba todavía de la capa líquida. Había conservado su sangre fría y su energía. Con su fuerza moral domeñaba los dolores físicos. Pensaba, planeaba, actuaba.

Con arreglo a sus órdenes, el *Nautilus* fue aligerado, es decir, levantado de la capa de hielo por un cambio en el centro de gravedad. Cuando estuvo flotando, se lo haló para situarlo encima de la inmensa fosa dibujada según su línea de flotación. Después, se llenaron los depósitos de agua, descendió y se encajó en el alvéolo.

En ese momento, toda la tripulación entró a bordo y se cerró la doble puerta de comunicación. El *Nautilus* reposaba entonces en la capa de hielo, que no tenía un metro de espesor y que las sondas habían agujereado por mil sitios.

Se abrieron totalmente las llaves de los depósitos y entraron rápidamente cien metros cúbicos de agua, aumentando en cien mil kilos el peso del *Nautilus*.

Esperábamos, escuchábamos, olvidando nuestros sufrimientos, todavía con esperanza. Nos jugábamos nuestra salvación a todo o nada.

A pesar de los zumbidos que poblaban mi cabeza, oí inmediatamente unos chasquidos bajo el casco del *Nautilus*. Se produjo una desnivelación. El hielo se rompió con un ruido especial, parecido al del papel al rasgarse, y el *Nautilus* descendió.

—¡Pasamos! —musitó Conseil a mi oído.

No pude responderle. Lo cogí de la mano. Se la apreté en una convulsión involuntaria.

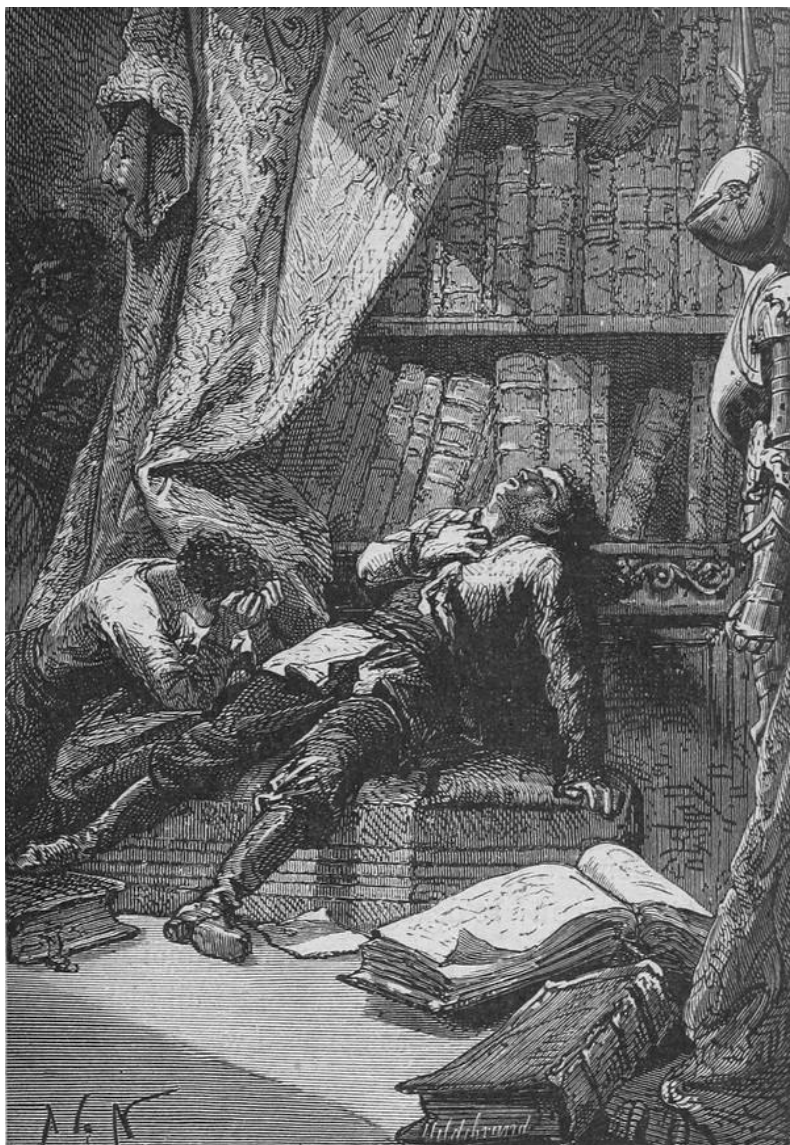
De repente, impulsado por su increíble sobrecarga, el *Nautilus* se hundió como un proyectil bajo las aguas, es decir: cayó como lo habría hecho en el vacío.

Entonces, toda su fuerza eléctrica pasó a las bombas, que, acto seguido, empezaron a expulsar el agua de los depósitos. Tras unos

minutos, nuestra caída finalizó. Rápidamente, el manómetro indicó un movimiento de ascensión. La hélice, a toda velocidad, hizo estremecerse el casco de acero hasta sus últimos pernos, y nos llevó hacia el norte.

¿Pero cuánto duraría la navegación bajo el banco de hielo hasta alcanzar el mar libre? ¿Un día más? ¡Habría muerto antes!

Medio tendido en el diván de la biblioteca, me ahogaba. Mi rostro estaba violáceo; mis labios, azules; mis facultades, en vilo. Ya no veía, ya no oía nada. La noción del tiempo había desaparecido de mi mente. Mis músculos ya no se podían contraer.



Tendido en el diván

No podría calcular cuántas horas pasaron así. Pero era consciente de que comenzaba mi agonía. Comprendí que iba a morir...

De repente, volví en mí. Unos soplos de aire penetraban en mis pulmones. ¿Habíamos alcanzado la superficie de las aguas?

¿Habíamos atravesado la banquisa?

¡No! Eran Ned y Conseil, mis dos valientes amigos, que se sacrificaban para salvarme. En el fondo de un aparato, quedaban unas moléculas de aire. En lugar de respirarlo, lo habían conservado para mí y, mientras ellos se ahogaban, me derramaban la vida gota a gota. Quise rechazar el aparato. Me sujetaron las manos y durante unos minutos respiré con fruición.

Mis miradas se dirigieron hacia el reloj. Eran las once de la mañana. Debíamos de estar a 28 de marzo. El *Nautilus* navegaba a una velocidad aterradora de cuarenta millas por hora. Se retorció bajo las aguas.

¿Dónde estaba el capitán Nemo? ¿Había perecido? ¿Habían muerto sus compañeros con él?

En aquel momento, el manómetro indicaba que estábamos a solamente veinte pies de la superficie. Un simple campo de hielo nos separaba de la atmósfera. ¿No podíamos romperlo?

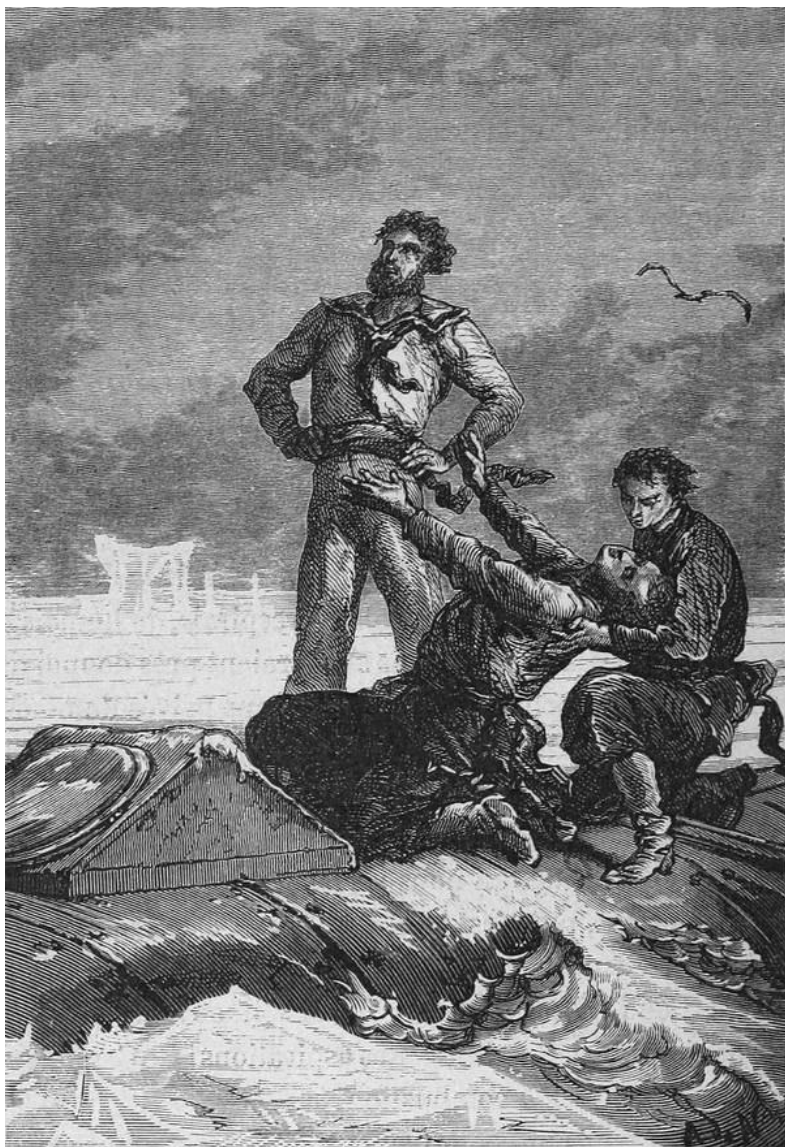
¡Quizá sí! En cualquier caso, el *Nautilus* iba a intentarlo. Y así fue cómo sentí que adoptaba una posición oblicua, inclinando la popa y levantando el espolón. Con introducir agua había bastado para modificar su equilibrio. Después, propulsado por su poderosa hélice, atacó el *icefield* por abajo, como un terrible ariete. Lo destrozaba poco a poco, se retiraba, daba a toda velocidad contra el campo que se desgarraba, y por último, gracias a un supremo embate, se lanzó sobre la superficie helada, que aplastó con su peso.

Se abrió la escotilla —se podría decir que la arrancaron— y el aire puro penetró a raudales por todos los rincones del *Nautilus*.

XVII

Del cabo de Hornos al Amazonas

No sabría decir cómo había llegado a la plataforma. Quizá me había llevado el canadiense [169]. El caso es que respiraba, absorbía el aire vivificante del mar. Mis dos compañeros se embriagaban de las frescas moléculas junto a mí. Los desdichados que han estado privados de comida durante mucho tiempo no pueden precipitarse irreflexivamente sobre los primeros alimentos que se les presentan. Nosotros, por el contrario, no teníamos por qué moderarnos, podíamos aspirar a pleno pulmón los átomos de la atmósfera, y era la brisa, la misma brisa, la que nos ofrecía aquella voluptuosa embriaguez.



Respiré

—¡Ah! —exclamaba Conseil—. ¡Qué bueno es el oxígeno! No tenga miedo de respirar el señor. Hay para todo el mundo.

Ned Land no hablaba, pero abría las mandíbulas como para asustar a un tiburón. ¡Qué bocanadas más poderosas las suyas! El canadiense «tiraba» como una chimenea en plena combustión.

Inmediatamente recobramos las fuerzas, y cuando miré a mi alrededor, vi que estábamos solos en la plataforma. No había ningún hombre de la tripulación. Ni siquiera el capitán Nemo. Los extraños marineros del *Nautilus* se contentaban con el aire que circulaba por el interior. Nadie había venido a disfrutarlo en plena atmósfera.

Las primeras palabras que pronuncié fueron de agradecimiento y de gratitud para mis dos compañeros. Ned y Conseil habían prolongado mi existencia durante las últimas horas de aquella larga agonía. Ni con todo mi reconocimiento podía yo pagar tal entrega como se merecía.

—Bueno, profesor —me respondió Ned Land—, no vale la pena hablar de eso. ¿Qué mérito tenemos? Ninguno. No era más que una cuestión de aritmética. Su existencia valía más que la nuestra, así que era forzoso conservarla.

—No, Ned —respondí yo—, no valía más. Nadie es superior a un hombre generoso y bueno, y usted lo es.

—¡Está bien! ¡Está bien! —repetía el canadiense azorado.

—Y tú, mi buen Conseil, has sufrido tanto.

—Para decir la verdad al señor, no demasiado. Me faltaban, claro, algunas bocanadas de aire, pero creo que me habría acostumbrado. Además, miraba al señor, que se desvanecía, y así no me entraba la menor gana de respirar. Se me cortaba, como se suele decir, la respirar...

Conseil, aturdido por haber caído en la banalidad, no acabó su frase [170].

—Amigos míos —respondí vivamente emocionado—, los lazos que nos unen son para siempre, y he contraído una deuda con ambos...

—Que yo reclamaré —replicó el canadiense.

—¿Qué? —exclamó Conseil.

—Sí —repuso Ned Land—. Reclamaré el derecho de llevarlo conmigo cuando abandone este infernal *Nautilus*.

—Por cierto —preguntó Conseil—, ¿vamos en la buena dirección?

—Sí —respondí—, porque vamos hacia el sol, y aquí el sol es el norte.

—Sin duda —añadió Ned Land—. Pero queda por saber si nos

dirigimos al Pacífico o al Atlántico, es decir, a los mares frecuentados o desiertos.

A eso, yo no podía responder, y temía que el capitán Nemo nos llevase más bien hacia ese vasto océano que baña a la vez las costas de Asia y de América. Así, completaría su vuelta al mundo submarino y regresaría hacia aquellos mares donde el *Nautilus* se desenvolvía en la más completa independencia. Pero, si regresábamos al Pacífico, lejos de cualquier tierra habitada, ¿en qué quedarían los proyectos de Ned Land?

En breve, íbamos a saber a qué atenernos sobre ese importante punto. El *Nautilus* navegaba rápidamente. Atravesamos el círculo polar pronto y pusimos rumbo hacia el promontorio de Hornos. El 31 de marzo, a las siete de la tarde, teníamos la punta americana por el través.

En aquellos momentos, olvidamos todos nuestros sufrimientos pasados. El recuerdo de nuestra prisión en los hielos se esfumaba de la mente. Solo pensábamos en el futuro. El capitán Nemo había dejado de comparecer en el salón o en la plataforma. Las marcaciones, que cada día eran trasladadas al planisferio por el segundo de a bordo, me permitían seguir el rumbo exacto del *Nautilus*. Por la tarde, se vio claramente que regresábamos al norte por la ruta del Atlántico.

Informé al canadiense y a Conseil del resultado de mis observaciones.

—Buena noticia —respondió el canadiense—. ¿Pero a dónde va el *Nautilus*?

—No lo sé, Ned.

—¿No querrá su capitán, después del Polo Sur, afrontar el Polo Norte y volver al Pacífico por el famoso paso del noroeste?

—Más vale que no lo retemos —respondió Conseil.

—¡Muy bien! —dijo el canadiense—. Nos largaremos de aquí antes de eso.

—Sea como sea —añadió Conseil—, el capitán Nemo es un hombre a carta cabal, y no lamentaremos haberlo conocido.

—¡Sobre todo cuando lo hayamos abandonado! —replicó Ned Land.

Al día siguiente, 1 de abril, cuando el *Nautilus* ascendió a la superficie de las aguas, unos minutos antes del mediodía, avistamos

tierra al oeste. Era la Tierra del Fuego, a la que los primeros navegantes le dieron ese nombre tras observar las numerosas humaredas que salían de las chozas de los indígenas. La Tierra del Fuego constituye una gran aglomeración de islas que se extiende por treinta leguas de longitud y ochenta de anchura, entre

53°

y

56°

de latitud austral y

67° 50'

y

77° 15'

de longitud oeste. La costa me pareció baja, pero en lontananza se alzaban unas altas montañas. Incluso creí vislumbrar el monte Sarmiento, con sus 2070 metros sobre el nivel del mar, bloque piramidal de esquisto, con la cima muy aguda, que, según esté cubierto o despejado de vapores, «anuncia buen o mal tiempo», como me dijo Ned Land.

—Excelente barómetro, amigo Ned.

—Sí, señor, un barómetro natural que nunca me falló cuando navegaba por los pasos del estrecho de Magallanes.

En aquel momento, el pico apareció nítidamente dibujado sobre el fondo del cielo. Era un presagio de buen tiempo, y se cumplió.

El *Nautilus* volvió a sumergirse y se aproximó al litoral, que perlongó a tan solo unas millas. Por los cristales del salón, vi largas lianas y fucos colosales, ejemplares de aquellos sargazos gigantes que contenía el mar libre del polo. Con sus filamentos viscosos y pulidos, medían hasta trescientos metros de longitud; son auténticos cables, más gruesos que el pulgar y muy resistentes, por lo que los buques los utilizan frecuentemente como amarras. Otra hierba, conocida con el nombre de *kelp* [171], de hojas de cuatro pies de longitud encastradas en concreciones coralígenas, tapizaba los fondos. Servía de nido y de alimento a miríadas de crustáceos y de moluscos, de cangrejos y de sepias. Allí, las focas y las nutrias se daban espléndidos festines, mezclando la carne del pescado con las verduras marinas, como manda la receta de los ingleses.

Por aquellos fondos fértiles y exuberantes, el *Nautilus* pasaba con extremada rapidez. Al caer la tarde, se aproximó al archipiélago

de las Malvinas, cuyas escarpadas cimas pude distinguir al día siguiente. El mar no era demasiado profundo. Se me ocurrió pensar, no sin razón, que aquellas dos islas, rodeadas de un gran número de islotes, formaban antaño parte de las tierras del estrecho de Magallanes. Las Malvinas fueron probablemente descubiertas por el célebre John Davis, que las llamó Davis Southern Islands. Más tarde, Richard Hawkins las llamó Maiden Islands, islas de la Doncella. Posteriormente, fueron denominadas Malouines a comienzos del siglo XVIII por unos pescadores de Saint-Malo, y, por último, Falkland por los ingleses, a quienes pertenecen actualmente [172].

En aquellos parajes, las redes nos trajeron bellos especímenes de algas, y especialmente, un tipo de fuco cuyas raíces estaban cargadas de los mejores mejillones del mundo. Ocas y patos cayeron a docenas a la plataforma y pasaron a las gambuzas de a bordo. Respecto a los peces, observé especialmente unos óseos, pertenecientes al género de los góbidos y, sobre todo, unos chaparrudos, de dos decímetros de longitud, todos ellos salpicados de manchas blanquecinas y amarillas.

Asimismo, admiré unas de las medusas más hermosas del género, las crisaoras, características de los mares de las Malvinas. Tan pronto tenían aspecto de sombrilla semiesférica muy lisa, con unas líneas de rojo cinabrio rematadas en doce festones regulares, como se convertían en una cestilla vuelta del revés, de la que brotaban graciosamente anchas hojas y una larga ramiza roja. Nadaban agitando sus cuatro brazos foliáceos y dejaban vagar a la deriva su opulenta cabellera de tentáculos. Habría deseado conservar algún espécimen de esos delicados zoófitos, pero no son más que nubes, sombras, apariencias, que se desvanecen y evaporan fuera de su elemento natural.

Cuando desaparecieron las últimas cumbres de las Malvinas en el horizonte, el *Nautilus* se sumergió entre veinte y veinticinco metros y costó el litoral americano. El capitán Nemo seguía sin aparecer.

Hasta el 3 de abril no superamos los confines de la Patagonia, bien en inmersión, bien navegando en superficie. El *Nautilus* pasó el ancho estuario que forma la desembocadura del río de la Plata, y el 4 de abril llegó frente a las costas del Uruguay, pero a cincuenta

millas mar adentro. Su rumbo se mantenía hacia el norte y seguía las largas sinuosidades de la América meridional. Desde que embarcamos en los mares de Japón, habíamos navegado unas dieciséis mil leguas.

Hacia las once de la mañana, cruzamos el trópico de Capricornio por el meridiano

37°,

y pasamos frente al cabo Frío. El capitán Nemo, para gran disgusto de Ned Land, no apreciaba la cercanía de las costas habitadas de Brasil, pues navegaba a una velocidad vertiginosa. Ni un pez ni un pájaro, por muy rápidos que fueran, podían seguirnos, y las curiosidades naturales de aquellos mares escapaban a cualquier observación.

Se mantuvo la velocidad durante varios días, y el 9 de abril por la tarde, avistábamos la punta más oriental de América del Sur, la que forma el cabo de San Roque. Pero, entonces, el *Nautilus* se alejó de nuevo y se sumergió a mayor profundidad en busca de un valle submarino que está situado entre ese cabo y Sierra Leona, en la costa africana. Ese valle se bifurca a la altura de las Antillas y acaba al norte en una enorme depresión de nueve mil metros. En ese lugar, el corte geológico del océano forma hasta las Antillas menores un acantilado de seis kilómetros, cortado a pico, y a la altura de las islas de Cabo Verde, otra muralla no menos considerable, que encierra así todo el continente sumergido de la Atlántida. El fondo de ese inmenso valle presenta un relieve accidentado, con algunas montañas que proporcionan un aspecto pintoresco a los fondos submarinos. Esto lo pude deducir, sobre todo, de las cartas de navegación trazadas a mano que contenía la biblioteca del *Nautilus*, cartas cuyo autor era, evidentemente, el capitán Nemo y que habían sido realizadas según sus observaciones personales.

Durante dos días, nos desplazamos por aquellas aguas desiertas y profundas utilizando los planos inclinados. El *Nautilus* daba grandes bandazos diagonales que lo llevaban a todo tipo de profundidades. Pero el 11 de abril emergió súbitamente, y volvimos a avistar tierra en la desembocadura del río Amazonas, ese enorme estuario cuyo caudal es tan impresionante que desala el mar en un espacio de varias leguas.

Habíamos cruzado el ecuador. A veinte millas al oeste quedaban las Guayanas, tierra francesa donde habríamos encontrado refugio fácilmente. Pero soplabla una fuerte brisa, y el furioso oleaje no habría permitido que lo afrontáramos con un simple bote. Ned Land lo comprendió, sin duda, pues no me hizo ningún comentario. Yo tampoco aludí a sus proyectos de evasión, ya que no quería incitarlo a una tentativa que habría fracasado indefectiblemente.

De modo que me resarcí fácilmente del retraso realizando unas interesantes observaciones. Durante las dos jornadas de los días 11 y 12 de abril, el *Nautilus* no abandonó la superficie del mar, y sus redes le procuraron toda una pesca milagrosa de zoófitos, peces y reptiles.

Algunos zoófitos habían sido dragados por las redes barrederas. En su mayor parte, se trataba de hermosos filáctidos, pertenecientes a la familia de los actiniarios, y, entre otras especies, figuraba la *Phyllactis praetexta*, originaria de esta parte del océano [173]: un pequeño tronco cilíndrico, adornado con líneas verticales y punteado de rojo, coronado además por un maravilloso despliegue de tentáculos. En cuanto a los moluscos, consistían en especímenes que ya había observado yo: turritelas, olivas porfirias, con líneas regularmente entrecruzadas y manchas rojas que destacaban vivamente sobre un fondo de color carnosos; arañas fantásticas, parecidas a escorpiones petrificados; híasas translúcidas; argonautas; sepias, de excelente sabor; algunas especies de calamares, que los naturalistas de la Antigüedad clasificaban entre los peces voladores y que ahora sirven principalmente de cebo para la pesca del bacalao [174].

Observé diversas especies de los peces de esos parajes que no había tenido tiempo todavía de estudiar. Entre los cartilaginosos: las lampreas de río, que son unos petromizóntidos parecidos a las anguilas, de quince pulgadas de longitud, con la cabeza de color verdoso, aletas violeta, lomo gris azulado, vientre pardo plateado y moteado de manchas intensas y el iris de los ojos rodeado de un círculo dorado: curiosos animales que la corriente del Amazonas había debido de llevar hasta el mar, pues viven en las aguas dulces; rayas hociconas, de morro puntiagudo, cola larga y suelta, armadas con un gran aguijón dentado; pequeños escualos de un metro, de piel gris y blanquecina, con dientes dispuestos en varias filas que se

giran hacia atrás, y que son vulgarmente conocidos con el nombre de «cornudas»; peces diablo, especie de lófidos como triángulos isósceles rojizos, de medio metro, con los pectorales sujetos por prolongaciones carnosas que les dan el aspecto de murciélagos, pero que por su apéndice córneo, situado junto a las aberturas nasales, se han hecho acreedores al nombre de unicornios de mar; por último, algunas especies de peces ballesta: el cocuyo de Curazao, cuyos costados punteados brillan con un resplandeciente color dorado, y el cochinito, de matices violáceos claros y tornasolados como el cuello de una paloma.

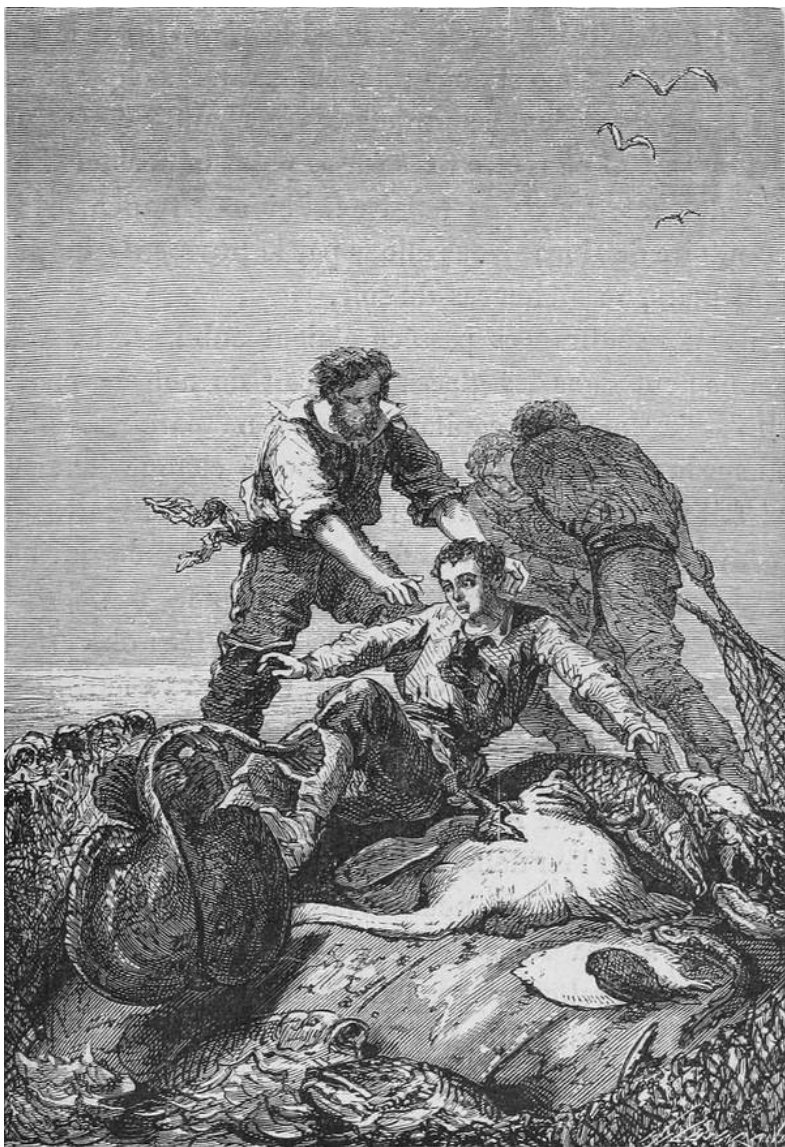
Terminaré esta nomenclatura un poco seca, pero muy exacta, con la serie de peces óseos que observé: gimnotos pertenecientes al género de los apteronotos, cuyo hocico es muy romo y de color blanco níveo, tienen el cuerpo pintado de negro azulado y están dotados de una especie de filamento carnoso muy largo y suelto; cuchillas, odontognatos parecidos a largas sardinas de tres decímetros, resplandecientes con un intenso destello argénteo; macarelas torpedo, provistas de dos aletas anales; cobias, de colores negros, que se pescan con hachones encendidos y son peces de dos metros de longitud, de carne grasa, blanca y firme, cuyo sabor cuando están frescos recuerda al de la anguila, mientras que, secos, tienen el paladar del salmón ahumado; viejas coloradas, unos lábridos revestidos de escamas solamente en la base de las aletas dorsales y anales; crisópteros, sobre los cuales el oro y la plata mezclan su resplandor con el de los rubíes y el topacio; rabirrubias, espáridos cuya carne es extremadamente delicada, y a los que sus propiedades fosforescentes delatan en medio de las aguas; catalinetas, espáridos cuya lengua es de sabor delicado y que visten una librea de tonos anaranjados [175]; *corocoros* de caudales doradas; acantúridos, como los barberos negruzcos; y anablépidos, como los cipoterios escamosos de Surinam, etc.

Este *et cætera* no podría impedirme que cite otro pez, del que Conseil se acordará durante mucho tiempo, y con razón.

Una de nuestras redes había traído una especie de raya de veinte kilos, muy aplastada, que, con la cola cortada, habría tenido la forma de un disco perfecto. Por debajo, era blanca; por encima, rojiza, con grandes manchas redondas de azul oscuro y rodeadas por círculos negros; su piel era muy lisa y acababa en una aleta

bilobulada. Extendida sobre la plataforma, se agitaba, intentaba darse la vuelta, y hacía tantos esfuerzos que en un último salto estuvo a punto de volver al mar. Pero Conseil, que no quería perder su raya por nada del mundo, se abalanzó sobre ella y, antes de que yo pudiera impedirselo, la cogió con las manos.

Conseil cayó fulminado, con los pies por el aire y la mitad del cuerpo paralizado, y gritando:



Conseil cayó fulminado

—¡Ay, señor, señor! ¡Ayúdeme!

Era la primera vez que el muchacho no me hablaba «en tercera persona».

El canadiense y yo lo levantamos y le dimos unas enérgicas friegas, y cuando recobró sus fuerzas, el empecinado taxonomista

murmuró con voz entrecortada:

—Clase de los cartilaginosos, orden de los condropterigios, con branquias fijas, suborden de los selacios, familia de las rayas, género de los torpedos.

—Así es, amigo mío, es un torpedo lo que te ha dejado en tan deplorable estado.

—¡Ah! Pero puede creerme el señor —replicó Conseil—, me vengaré de ese animal.

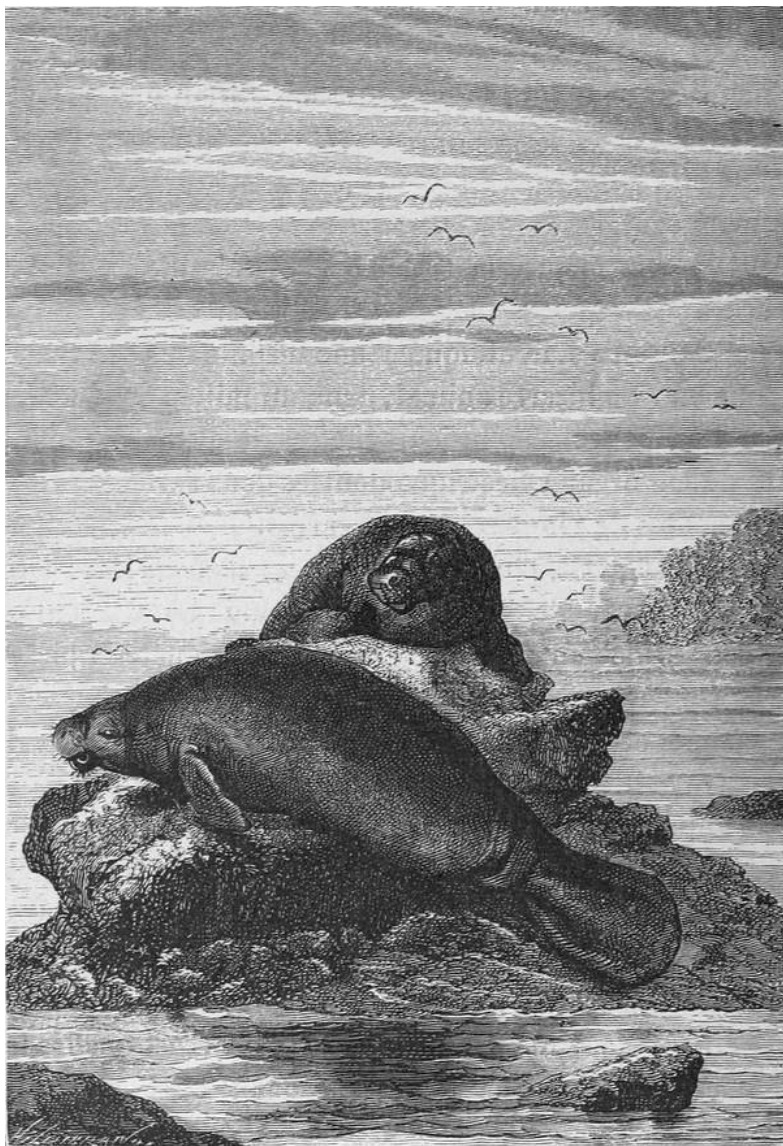
—¿Cómo?

—Comiéndomelo.

Lo que hizo aquella misma noche, pero por pura represalia, pues, con toda franqueza, su carne era coriácea.

El pobre Conseil se había arrojado sobre una raya de la especie más peligrosa: el torpedo de Cumaná. Ese extraño animal, en un medio conductor como el agua, fulmina a los peces a varios metros de distancia; hasta tal punto llega la potencia de su órgano eléctrico, cuyas dos superficies principales no miden menos de veintisiete pies cuadrados.

A lo largo del día siguiente, 12 de abril, el *Nautilus* se aproximó a la costa holandesa, hacia la desembocadura del Maroni [176]. Allí vivían en familia varios grupos de manatíes. Eran manatíes que, como el dugongo y la vaca marina de Steller, pertenecen al orden de los sirénidos. Aquellos hermosos animales, apacibles e inofensivos, de seis a siete metros de longitud, debían de pesar por lo menos cuatro mil kilogramos. Yo informé a Ned Land y a Conseil de que la previsora naturaleza había asignado a esos mamíferos un papel importante. Son ellos quienes, como las focas, deben pacer en las praderas submarinas y destruir así las aglomeraciones de hierbas que obstruyen la desembocadura de los ríos tropicales.



Vivían en familia

—Lo que ha ocurrido desde que los hombres han aniquilado casi por completo estas razas útiles —añadí yo— es que las hierbas putrefactas han envenenado el aire, y una vez envenenado el aire, la fiebre amarilla asuela estas admirables regiones. Las vegetaciones venenosas se han multiplicado bajo estos mares tórridos, y el mal se

ha esparcido irresistiblemente desde la desembocadura del Río de la Plata hasta las costas de Florida.

Si hemos de dar crédito a Toussenel [177], esta plaga no es nada en comparación con la que azotará a nuestros descendientes cuando los mares estén despoblados de ballenas y de focas. Entonces, abarrotados de pulpos, medusas y calamares se convertirán en enormes focos de infección, puesto que sus aguas no poseerán ya «esos grandes estómagos, a los que Dios había encargado de purgar la faz de los mares» [178].

No obstante, sin menospreciar esas teorías, la tripulación del *Nautilus* se apoderó de media docena de manatíes. En efecto, se trataba de aprovisionar las gambuzas con una carne excelente, superior a la del buey y la ternera. La caza no fue interesante. Los manatíes se dejaban matar sin defenderse. Se almacenaron varias toneladas de carne, destinada a ser secada a bordo.

Aquel día, gracias a una singular práctica pesquera y visto lo prodigiosos que eran aquellos mares, se incrementaron las reservas del *Nautilus*. La red había traído en sus mallas un buen número de peces cuya cabeza acababa en una placa ovalada de bordes carnosos. Eran equeneidos, pertenecientes a la tercera familia de los malacopterigios subraquianos. Su disco aplastado se compone de láminas cartilaginosas transversales móviles, entre las que el animal puede hacer el vacío, lo que le permite adherirse a los objetos como si fuera una ventosa.

La rémora, que yo había observado en el Mediterráneo, pertenece a esta especie. Pero aquellos ejemplares eran «agarradores», unos equeneidos osteóquiros característicos de este mar. Nuestros marineros, a medida que los capturaban, los depositaban en dos baldes llenos de agua.

Concluida la pesca, el *Nautilus* se aproximó a la costa; en aquel paraje, dormían unas tortugas marinas en la superficie de las olas. Habría sido difícil apoderarse de esos preciosos reptiles, pues el menor ruido los despierta, y su sólido caparazón está hecho a prueba de arpón. Sin embargo, era el equeneido el que iba a realizar la captura con una seguridad y una precisión extraordinarias. Ese animal es en verdad un anzuelo vivo que haría las delicias y la fortuna del feliz pescador con caña.

Los hombres del *Nautilus* ataron a la cola de aquellos animales

una argolla, lo suficientemente ancha como para no obstaculizar sus movimientos, y a esa argolla, un cabo largo amarrado a bordo por el otro extremo.

Los equeneidos, arrojados al mar, comenzaron enseguida a cumplir con su cometido y fueron a adherirse al peto de las tortugas. Era tal su tenacidad que se habrían desgarrado antes de abandonar a su presa. Se los izó a bordo y, con ellos, a las tortugas a las que estaban adheridos.

Así, capturamos varias tortugas bobas, de un metro de tamaño, que pesaban doscientos kilos. Su caparazón, cubierto de placas córneas grandes, delgadas, transparentes, pardas y con manchas blancas y amarillentas, las hacía muy valiosas. Además, eran excelentes desde el punto de vista comestible, al igual que las tortugas francas, cuyo sabor es exquisito.

Con aquella pesca culminó nuestra estancia en los parajes del Amazonas, y al caer la noche, el *Nautilus* volvió a alta mar.

XVIII

Los pulpos

Durante unos días, el *Nautilus* navegó manteniéndose constantemente a distancia de la costa americana. Quería evitar, a todas luces, el golfo de México o el mar de las Antillas. Y no es que le hubiera faltado agua bajo la quilla, ya que la profundidad media de esos mares es de mil ochocientos metros, pero, probablemente, al capitán Nemo no le convenían esos parajes, surcados por los vapores y sembrados de islas.

El 16 de abril, avistamos la Martinica y Guadalupe, a una distancia de unas treinta millas. Por un instante vislumbré sus picos elevados.

El canadiense, que pensaba poner en práctica sus proyectos una vez estuviéramos en el golfo, ya fuera ganando la costa, o bien abordando uno de los numerosos barcos que practican el cabotaje entre las islas, se quedó sumamente desconcertado. Tal vez, la huida habría sido fácil si Ned Land hubiese podido apoderarse del bote a escondidas del capitán. Pero en pleno océano, más valía ni pensar en ello.

El canadiense, Conseil y yo mantuvimos una larga conversación sobre este asunto. Hacía ya seis meses que éramos prisioneros a bordo del *Nautilus*. Habíamos navegado diecisiete mil leguas y, como decía Ned Land, no había razón para que las cosas siguieran otro derrotero. Así pues, me hizo una propuesta que yo no me esperaba. Se trataba de plantear abiertamente al capitán Nemo la siguiente pregunta: ¿pensaba el capitán retenernos indefinidamente a bordo del *Nautilus*?

A mí me repugnaba dar un paso como ese. En mi opinión, sería inútil. No había nada que esperar del comandante del *Nautilus*, solamente podíamos contar con nosotros mismos. Además, desde hacía tiempo, aquel hombre se había vuelto más hosco, más

retraído, menos sociable. Parecía que me evitaba. No me lo encontraba más que en raras ocasiones. En otras circunstancias, habría estado dispuesto a explicarme las maravillas submarinas; ahora, me dejaba que me dedicara a mis investigaciones y ya no aparecía por el salón.

¿Qué cambio se había producido en él? ¿Por qué razón? Yo no tenía nada que reprocharme. ¿Quizás nuestra presencia a bordo le pesaba? No cabía esperar que el capitán fuese el hombre que nos iba a devolver la libertad.

Por tanto, rogué a Ned que me dejara reflexionar antes de actuar. Si la gestión resultaba infructuosa, podía reavivar sus sospechas, hacer que nuestra situación fuese insoportable y perjudicar los proyectos del canadiense. Tengo que añadir que no podíamos valernos de la excusa de nuestra salud. A excepción de la ruda prueba que había sido la banquisa del Polo Sur, jamás nos habíamos encontrado tan bien, ni Ned, ni Conseil ni yo. Aquellos alimentos sanos y aquel entorno salubre, más la regularidad de nuestra vida cotidiana y la uniformidad de la temperatura no permitían que enfermáramos; y yo comprendía que un hombre que no añoraba en absoluto la tierra, un capitán Nemo que estaba en su casa, que iba adonde quería, que —por vías misteriosas para los otros, pero no para él mismo— se dirigía directo hacia su objetivo, llevase una existencia como aquella. Pero nosotros no habíamos roto con la humanidad. Yo no quería que feneciera conmigo el fruto de mis investigaciones, tan interesantes y tan novedosas. Ahora tenía derecho a escribir el auténtico libro del mar y quería que ese libro pudiese ver la luz cuanto antes posible.

Allí, en aquellas aguas de las Antillas, a diez metros bajo la superficie del mar, con los paneles abiertos, ¡cuántos ejemplares interesantes tenía que reflejar en mis notas diarias! Había, entre otros zoófitos: carabelas, conocidas con el nombre de fisalias pelágicas, especie de grandes vejigas oblongas, con reflejos nacarados, que tendían sus membranas al viento y dejaban flotar sus tentáculos azules como hilos de seda; encantadoras medusas a primera vista, pero auténticas ortigas al tacto, debido al líquido corrosivo que destilan. Entre los articulados, había anélidos de un metro y medio de longitud, armados con una trompa rosácea y provistos de mil setecientos órganos locomotores, que serpenteaban

bajo las aguas y, al pasar, proyectaban todas las irisaciones del espectro solar. Dentro de la clase de los peces, había mantas *mobular* [179], enormes cartilaginosos de diez pies de longitud que pesan seiscientas libras, tienen la aleta pectoral triangular, el centro del lomo un poco abombado y los ojos situados en las extremidades de la cara anterior de la cabeza; flotaban como el casco de un navío y se adherían como una cortina opaca a nuestro cristal. Había calafates ásperos, para los que la naturaleza no solo ha reservado la melancolía del negro, sino también el blanco; góbidos de Plumier [180], alargados y carnosos, de aletas amarillas y mandíbula prominente; escómbridos de dieciséis decímetros, con los dientes cortos y agudos, cubiertos de pequeñas escamas, pertenecientes a la especie de las albacoras. Después, aparecían bancos de salmonetes, encorsetados en rayas de oro desde la cabeza hasta la cola, agitando sus aletas resplandecientes; auténticas obras maestras de orfebrería consagradas en la Antigüedad a Diana y particularmente apreciadas por los ricos romanos, cuyo refrán decía: «No los come quien los captura» [181]. También había pomacántidos dorados —conocidos como «banderitas»— que lucían franjas esmeralda y pasaban vestidos de terciopelo y seda ante nuestros ojos como señores del Veronés; espáridos, que huían gracias a su rápida aleta torácica; clupanodóntidos de quince pulgadas, envueltos en sus resplandores fosforescentes; lisas, que batían el mar con su gruesa caudal carnosa; corégono rojos, que parecían rasgar las aguas con su pectoral cortante, y peces dignos de la plateada Selene, que surgían en el horizonte de las aguas cual lunas con sus reflejos albos.

Cuántos especímenes maravillosos y nuevos habría seguido observando si el *Nautilus* no hubiera descendido lentamente hacia aguas profundas. Sus planos inclinados lo llevaron hasta unos fondos de dos mil y tres mil quinientos metros. Allí, la vida animal no estaba representada más que por crinoideos; estrellas de mar; encantadores pentacrinos, denominados «cabeza de medusa», cuyo talo recto aguantaba un pequeño cáliz; trocos; churulejas, con aspecto de dientecillos sanguinolentos; y fisurelas, especie muy abundante de moluscos litorales.

El 20 de abril, habíamos ascendido a una profundidad media de mil quinientos metros. La tierra más cercana era el archipiélago de

las islas Lucayas [182], diseminadas como un montón de adoquines en la superficie de las aguas. Allí se alzaban altos cantiles submarinos, murallas rectas formadas por bloques toscos dispuestos sobre enormes basamentos de donde surgían agujeros negros que nuestros rayos eléctricos no iluminaban hasta el fondo.

Las rocas estaban alfombradas de grandes hierbas, de laminarias gigantes, de fucos gigantescos, un auténtico enrejado de hidrófitos digno de un mundo de Titanes [183].

De las plantas colosales de que hablábamos, Conseil, Ned y yo pasamos naturalmente a citar a los animales gigantescos del mar. Unos están destinados a servir de alimento a los otros. Sin embargo, por los cristales del *Nautilus* casi inmóvil, solo vislumbraba yo entre aquellos largos filamentos a los principales articulados de la división de los braquiuros, lambros de largas patas, cangrejos violáceos y cliques, típicos de los mares antillanos.

Eran alrededor de las once cuando Ned Land me señaló una tremenda agitación que se producía en medio de las grandes algas.

—¡Ah! —dije—. Son auténticas cavernas de pulpos; no me extrañaría ver algunos monstruos de esos.

—¡Cómo! —dijo Conseil—. ¿Calamares, simples calamares de la clase de los cefalópodos?

—No —dije—. Pulpos de grandes dimensiones. Pero el amigo Land se ha debido de equivocar, porque no veo nada.

—Lo lamento —repuso Conseil—. Me gustaría ver cara a cara uno de esos pulpos de los que tanto he oído hablar, esos que pueden arrastrar a los navíos al fondo de los abismos. Esas bestias se llaman kr...

—Crédulo, Conseil, es usted un crédulo —apostilló irónicamente el canadiense.

—Krakens —acabó Conseil sin preocuparse por la broma de su compañero.

—Nadie conseguirá hacerme creer que existen semejantes animales —concluyó Ned Land.

—¿Por qué no? —respondió Conseil—. También creímos en el narval del señor.

—Y nos equivocamos, Conseil.

—¡Cierto! Pero hay otros que todavía siguen creyéndolo [184].

—Probablemente, Conseil, pero yo estoy bien decidido a no

admitir la existencia de esos monstruos hasta que no los haya disecado con mi propia mano.

—¿De modo que el señor no cree en los pulpos gigantes? —me preguntó Conseil.

—¡Bah! ¿Y quién demonios cree en esas cosas? —exclamó el canadiense.

—Mucha gente, amigo Ned.

—Los pescadores, no. Si acaso, serán los sabios.

—Perdone, Ned. Pescadores y sabios.

—Pues este que les habla —dijo Conseil con el aire más serio del mundo— se acuerda perfectamente de haber visto una gran embarcación arrastrada bajo las aguas por los tentáculos de un cefalópodo.

—¿Y dice usted que lo ha visto? —preguntó el canadiense.

—Sí, Ned.

—¿Con sus propios ojos?

—Con mis propios ojos.

—¿Me puede decir dónde?

—En Saint-Malo —respondió imperturbablemente Conseil.

—¿En el puerto? —dijo Ned Land irónicamente.

—No, en una iglesia —respondió Conseil.

—¡En una iglesia! —exclamó el canadiense.

—Sí, amigo Ned. Era un cuadro en el que se representaba al pulpo en cuestión.

—¡Anda! —exclamó Ned Land, estallando en una carcajada—. El señor Conseil me toma el pelo.

—Pues tiene razón —dije yo—. He oído hablar de ese cuadro; pero el tema que representa está sacado de una leyenda, y ya sabe lo que hay que pensar de las leyendas en relación con la historia natural [185]. Además, tratándose de monstruos, a la imaginación le encanta extraviarse. No solo se ha pretendido que esos pulpos podían arrastrar navíos, sino que un tal Olaus Magnus habla de un cefalópodo de una milla de longitud, que parecía más una isla que un animal [186]. Se cuenta también que el obispo de Nidros [187] erigió un día un altar sobre una roca inmensa. Concluida la misa, la roca se puso en marcha y volvió al mar. La roca era un pulpo.

—¿Y eso es todo? —preguntó el canadiense.

—No —respondí yo—. Otro obispo, Pontoppidan de Bergen,

habla igualmente de un pulpo sobre el que podía maniobrar un regimiento de caballería [188].

—¡Menudos eran aquellos obispos! ¡Ya veo qué bien estaban! —dijo Ned Land.

—Por último, los naturalistas de la Antigüedad citan a monstruos cuya boca parecía un golfo y que eran tan grandes que no podían atravesar el estrecho de Gibraltar.

—¡No faltaría más! —replicó el canadiense.

—Pero en todos esos relatos, ¿qué hay de verdad? —preguntó Conseil.

—Nada, amigos míos, nada en todo lo que rebasa los límites de la verosimilitud para desembocar en la fábula o la leyenda. De todas formas, la imaginación de los cuentistas necesita una causa o, por lo menos, un pretexto. No se puede negar que existen pulpos y calamares de muy gran tamaño, pero inferiores en cualquier caso a los cetáceos. Aristóteles constató las dimensiones de un calamar de cinco codos, es decir: tres metros diez [189]. Nuestros pescadores ven frecuentemente otros cuya longitud supera un metro ochenta. Los museos de Trieste y de Montpellier conservan restos de pulpos que miden dos metros. Además, según los cálculos de los naturalistas, uno de esos animales, de seis pies de longitud, solamente tendría unos tentáculos de veintisiete pies. Lo que es más que suficiente para que el monstruo sea enorme.

—¿Se pescan actualmente ejemplares de esos? —preguntó el canadiense.

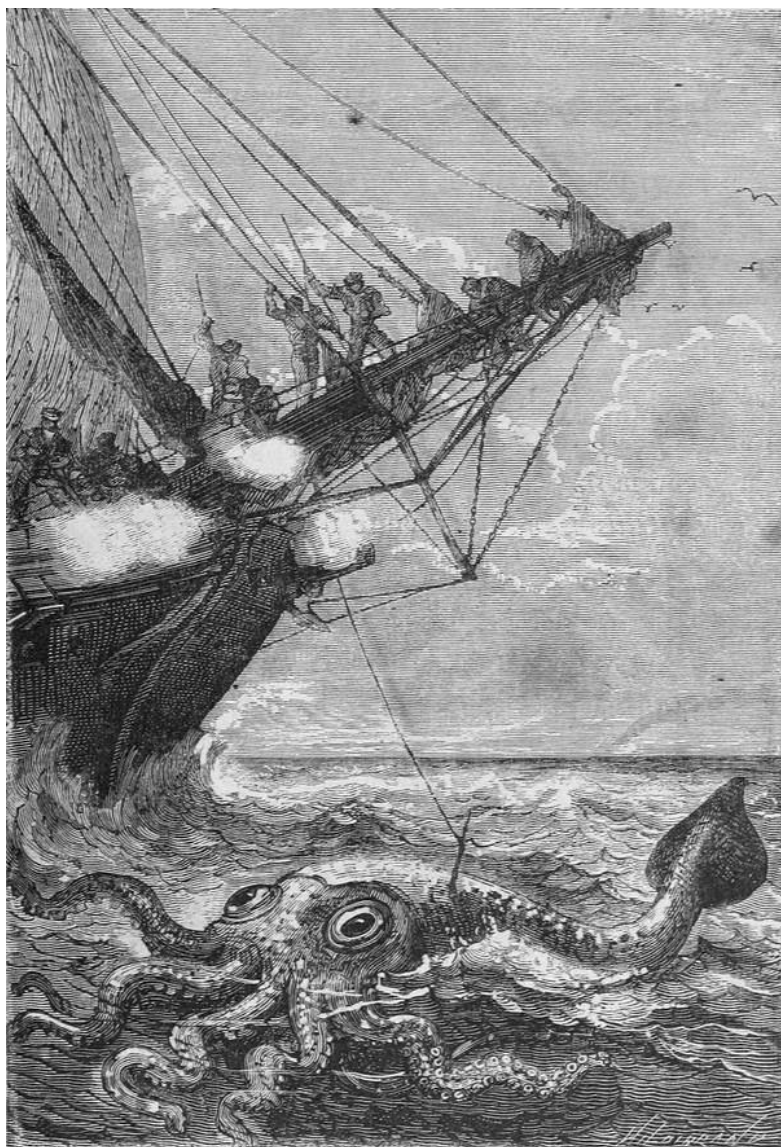
—Si no se pescan, al menos los marinos los ven. Uno de mis amigos, el capitán Paul Bos, de El Havre [190], me aseguró en una ocasión que se había encontrado con un monstruo de unas dimensiones colosales en los mares de la India. Pero el hecho más sorprendente y que impide que neguemos la existencia de esos gigantescos animales, ocurrió hace unos años, en 1861.

—¿Qué es lo que pasó? —preguntó Ned Land.

—Lo siguiente: en 1861, al nordeste de Tenerife, más o menos por la latitud en que nos encontramos ahora, la tripulación del aviso *Alecton* vio un monstruoso calamar que nadaba en sus aguas. El comandante Bouyer [191] se aproximó al animal y lo atacó a arponazos y a tiros, sin mucho éxito, pues las balas y hasta los arpones atravesaban sus carnes, blandas como gelatina sin

consistencia. Tras muchas tentativas infructuosas, la tripulación consiguió pasar un nudo corredizo en torno al cuerpo del molusco. Deslizaron el nudo hasta las aletas caudales y allí se detuvo. Entonces, se intentó izar al monstruo a bordo, pero su peso era tan considerable que se separó de su cola por la tracción de la cuerda y, privado de aquel ornamento, desapareció bajo las aguas.





Lo atacó a arponazos

—Por lo menos, es un hecho —dijo Ned Land.

—Un hecho indiscutible, mi buen Ned; de modo que se ha propuesto denominar a ese pulpo como «calamar de Bouyer» [192].

—¿Y cuánto medía de largo? —preguntó el canadiense.

—¿No medía alrededor de seis metros? —dijo Conseil, el cual, apostado ante el cristal examinaba de nuevo las anfractuosidades del acantilado.

—Exactamente —respondí yo.

—¿Y su cabeza —prosiguió Conseil— no estaba coronada por ocho tentáculos que se agitaban bajo el agua como un nido de serpientes?

—Exactamente.

—Sus ojos, situados en lo alto de la cabeza... ¿no eran de tamaño considerable?

—Sí, Conseil.

—¿Y su boca, no era un auténtico pico de papagayo, pero un pico terrible?

—Así es, Conseil.

—Pues, bien, si el señor me lo permite —respondió tranquilamente Conseil—, si este no es el calamar de Bouyer, seguro que es un hermano suyo.

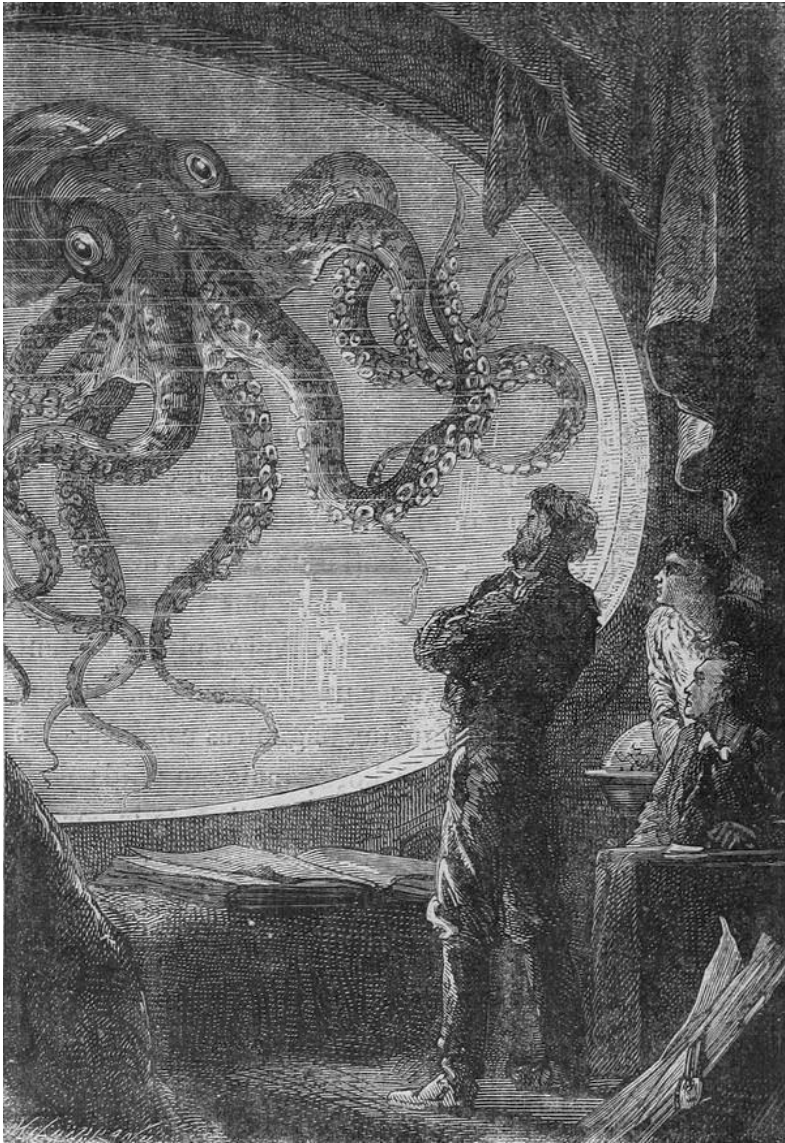
Yo miré a Conseil. Ned Land se precipitó al cristal.

—¡Qué bestia más horrorosa! —exclamó.

Yo también miraba y no pude reprimir un movimiento de repulsión. Ante mis ojos, se debatía un monstruo horrible, digno de engrosar las leyendas teratológicas.

Era un calamar de dimensiones colosales, de ocho metros de longitud. Nadaba marcha atrás a extremada velocidad y en dirección al *Nautilus*. Miraba con sus enormes ojos fijos de color glauco. Sus ocho brazos, o más bien sus ocho patas, implantadas en la cabeza, que les han valido a estos animales el nombre de cefalópodos, tenían un desarrollo del doble que el de su cuerpo y se retorcían como la cabellera de las Furias [193]. Se distinguían nítidamente las doscientas cincuenta ventosas, dispuestas en la cara interna de los tentáculos, en forma de cápsulas semiesféricas. Esas ventosas se aplicaban a veces al cristal del salón y hacían el vacío. La boca del monstruo —un pico córneo como el de un papagayo— se abría y se cerraba verticalmente. Su lengua, substancia también córnea y armada de varias filas de dientes agudos, salía agitándose de aquella auténtica cizalla. ¡Qué fantasía de la naturaleza! ¡Un pico de ave en un molusco! Su cuerpo, fusiforme e hinchado en su parte media, formaba una masa carnosa que debía de pesar entre veinte

mil y veinticinco mil kilogramos. Su color no era constantemente el mismo y mudaba con gran rapidez, según la irritación del animal, virando sucesivamente del gris lívido al marrón rojizo.



Era un calamar de dimensiones colosales

¿Por qué se irritaba aquel molusco? Sin duda, por la presencia del *Nautilus*, más enorme que él y al cual no podían aferrarse sus brazos de ventosas o sus mandíbulas. Pese a todo, ¡qué monstruos, aquellos pulpos, qué vitalidad les ha conferido el Creador, qué vigor en sus movimientos, puesto que poseen tres corazones!

El azar nos había llevado en presencia de aquel calamar, y yo no quería dejar pasar la ocasión de estudiar cuidadosamente aquel espécimen de los cefalópodos. Me sobrepuse al horror que me inspiraba su aspecto y, tomando un lápiz, comencé a dibujarlo.

—Quizá es el mismo que el del *Alecton* —dijo Conseil.

—No —respondió el canadiense— porque este está entero y el otro perdió la cola.

—Eso no es óbice —respondí—. Los brazos y la cola de esos animales vuelven a crecer, y al cabo de siete años, la cola del calamar de Bouyer ha tenido tiempo de sobra de hacerlo.

—Además —replicó Ned Land—, si no es este, puede ser uno de aquellos.

En efecto, habían comenzado a aparecer otros pulpos por el cristal de estribor. Conté siete. Rodeaban al *Nautilus* y se oían los chirridos de sus picos en el casco de acero. Estábamos bien servidos.

Yo continué con mi trabajo. Los monstruos se mantenían en nuestras aguas con tal precisión que parecían inmóviles, hasta tal punto que los habría podido calcar a escala sobre el cristal. Además, navegábamos a una velocidad moderada.

De repente, el *Nautilus* se detuvo. Un choque hizo que toda su armazón se cimbreada.

—¿Hemos tocado? —pregunté.

—Sea como sea —respondió el canadiense—, ya estamos libres, porque flotamos.

El *Nautilus* flotaba, sin duda, pero había dejado de navegar. Las palas de su hélice ya no golpeaban las aguas. Transcurrió un minuto. El capitán Nemo, seguido de su segundo, entró en el salón.

No lo había visto desde hacía tiempo. Su aspecto me pareció sombrío. Sin hablarnos, sin vernos quizás, fue al panel, miró los pulpos y dijo unas palabras a su segundo.

Este salió. En seguida, se volvieron a cerrar los paneles. El techo se iluminó.

Me dirigí hacia el capitán.

—Una curiosa colección de pulpos —le dije, con el tono desenvuelto que adoptaría un aficionado ante el cristal de un acuario.

—Así es, señor naturalista —me respondió—, y los vamos a combatir cuerpo a cuerpo.

Miré al capitán. Creía no haber oído bien.

—¿Cuerpo a cuerpo? —repetí yo.

—Sí, señor. La hélice se ha detenido. Creo que las mandíbulas córneas de uno de esos calamares se han introducido entre las palas. Eso es lo que nos impide navegar.

—¿Y qué va a hacer usted?

—Volver a la superficie y exterminar a toda esa carroña.

—Difícil empresa.

—Así es. Las balas eléctricas son impotentes contra esas carnes blandas, que no ofrecen la suficiente resistencia para estallar. Pero los atacaremos con las hachas.

—Y con el arpón, señor —dijo el canadiense—, si no rechaza usted mi ayuda.

—La acepto, señor Land.

—Los acompañaremos —dije, y siguiendo al capitán Nemo, nos dirigimos hacia la escalera central.

Allí, una decena de hombres, armados con hachas de abordaje, estaban listos para atacar. Conseil y yo cogimos dos hachas. Ned Land, un arpón.

El *Nautilus* había vuelto entonces a la superficie de las aguas. Uno de los marineros, situado en los últimos peldaños, desenroscaba el cierre de la escotilla. Pero, apenas quitadas las tuercas, la escotilla se levantó con una violencia inaudita, sin duda asida por las ventosas de un tentáculo de pulpo.

De repente, uno de esos largos brazos se deslizó como una serpiente por la abertura y otros veinte se agitaron por encima. De un hachazo, el capitán Nemo cortó aquel enorme tentáculo, que rodó por los peldaños retorciéndose.



Uno de esos largos brazos se deslizó por la abertura

En el momento en que nos agolpábamos unos sobre otros para alcanzar la plataforma, otros dos tentáculos, fustigando el aire, se abatieron sobre el marinero que estaba situado delante del capitán Nemo y lo levantaron con una violencia irresistible.

El capitán Nemo dio un grito y se lanzó hacia afuera. Nosotros

nos habíamos precipitado tras él.

¡Qué escena! El pobre marinero, atenazado por el tentáculo y adherido a sus ventosas, estaba siendo balanceado en el aire a merced de aquella enorme trompa. Jadeaba, se asfixiaba, gritaba: «¡Auxilio, auxilio!». Aquellas palabras, *pronunciadas en francés* [194], me causaron una profunda conmoción. Así que tenía yo a un compatriota a bordo, tal vez a varios. ¡Aquella exhortación desgarradora la escucharé durante toda la vida!

El desdichado estaba perdido. ¿Quién podía arrancarlo de aquel poderoso abrazo? Mientras tanto, el capitán Nemo se había precipitado sobre el pulpo y, de un hachazo, le había cercenado otro tentáculo. Su segundo luchaba con rabia contra otros monstruos que reptaban asiéndose a los costados del *Nautilus*. La tripulación luchaba a hachazos. El canadiense, Conseil y yo hundíamos nuestras armas en aquellas masas carnosas. Un violento olor de almizcle penetraba la atmósfera. Era horrible.

Por un instante, creí que podíamos arrancar al desdichado, enlazado por el pulpo, de su poderosa succión. Habíamos cortado siete de los ocho brazos. Uno solo, zarandeando a su víctima como a una pluma, se retorció en el aire. Pero en el momento en que el capitán Nemo y su segundo se abalanzaban sobre él, el animal soltó un chorro de un líquido negruzco, secretado por una bolsa situada en su abdomen. Nos cegó. Cuando la nube se disipó, el calamar había desaparecido, y con él mi infortunado compatriota.



Zarandeando a su víctima como a una pluma

¡Qué ira se apoderó de nosotros al acometer a aquellos monstruos! Ya no nos conteníamos. Diez o doce pulpos habían invadido la plataforma y los flancos del *Nautilus*. Rodábamos entrelazados en medio de aquellos trozos de serpiente que se sacudían sobre la plataforma como en un lagar de sangre y de tinta

negra. Parecía que aquellos tentáculos viscosos renacían como las cabezas de la Hidra [195]. A cada golpe, el arpón de Ned Land se hundía en los ojos glaucos del calamar y los reventaba. Pero mi audaz compañero cayó de repente derribado por los tentáculos de un monstruo al que no había podido evitar.

¡Ah! ¡Mi corazón se quebraba de emoción y de horror! El terrible pico del calamar se había abierto sobre Ned Land, que estaba a punto de ser partido por la mitad. Yo acudí rápidamente en su ayuda, pero el capitán Nemo se me había adelantado. Su hacha desapareció entre las dos enormes mandíbulas, y el canadiense, milagrosamente salvado, se incorporó y hundió su arpón entero hasta el triple corazón del pulpo.

—Era mi desquite —dijo el capitán Nemo al canadiense.

Ned se inclinó sin responderle.

El combate había durado un cuarto de hora. Los monstruos, vencidos, mutilados, heridos de muerte, dejaron por fin libre la plataforma y desaparecieron bajo las aguas.

El capitán Nemo, rojo de sangre e inmóvil junto al fanal, miraba el mar, que se había tragado a uno de sus compañeros, y unas gruesas lágrimas rodaban de sus ojos [196].

XIX

La corriente del Golfo [197]

Aquella terrible escena del 20 de abril no podrá olvidarla ninguno de nosotros. La he escrito subyugado por una violenta emoción. Después, he revisado la narración y la he leído a Conseil y al canadiense. Les han parecido exactos los hechos, pero insuficiente su efecto. Para pintar semejantes cuadros, haría falta la pluma de nuestro poeta más ilustre: el autor de *Los trabajadores del mar* [198].

He mencionado que el capitán Nemo lloraba al mirar las aguas del mar. Su dolor era inmenso. Era el segundo compañero que perdía desde nuestra llegada a bordo. ¡Y qué muerte! Aquel amigo, reventado, asfixiado, destrozado por el terrible tentáculo de un pulpo, triturado por sus mandíbulas de hierro, no podría ya reposar con sus compañeros en el cementerio de coral.

Por lo que a mí respecta, lo que me desgarró el corazón, en medio de aquel combate, fue el grito de desesperación proferido por el desdichado. Aquel pobre francés, olvidando la lengua de convención a bordo, había vuelto a hablar en la lengua de su país, en su lengua materna, para lanzar una última llamada de auxilio. ¡De modo que entre los tripulantes del *Nautilus*, unidos en cuerpo y alma al capitán Nemo, y que, como él, huían del contacto con los hombres, yo tenía a un compatriota! ¿Sería aquel el único que representaba a Francia dentro de aquella misteriosa asociación, compuesta, como era evidente, por individuos de diversas nacionalidades? Ese seguía siendo uno de los irresolubles problemas que me acuciaban sin cesar.

El capitán Nemo entró en su camarote y ya no lo vi durante cierto tiempo. A juzgar por el estado del buque, del que el propio capitán era el alma, y al cual transmitía todas sus sensaciones, qué triste, desesperado e indeciso debía de estar. El *Nautilus* ya no

mantenía un rumbo determinado. Iba, venía, flotaba como un cadáver a merced de las aguas. Su hélice ya estaba despejada, pero apenas la utilizaba. Navegaba al azar. No podía dejar atrás el escenario de su último combate, aquel mar que había devorado a uno de los suyos.

Así transcurrieron diez días. Hasta el 1 de mayo, el *Nautilus* no recobró claramente su rumbo hacia el norte, tras haber avistado las Lucayas en la embocadura del canal de las Bahamas. Entonces seguíamos la corriente del río más grande del mar, que tiene sus orillas, sus peces y su temperatura propios. Hablo de la corriente del Golfo.

En efecto, se trata de un río que fluye libremente en medio del Atlántico y cuyas aguas no se mezclan jamás con las aguas oceánicas. Es un río salado, con una salinidad más elevada que la del mar que lo rodea. Su profundidad media es de tres mil pies, su anchura media es de sesenta millas. En algunos lugares, su corriente se desplaza a una velocidad de cuatro kilómetros por hora. El invariable volumen de sus aguas es superior al de todos los ríos del globo.

La verdadera fuente de la corriente del Golfo, reconocida por el comandante Maury, su punto de partida, valga la expresión, está situada en el golfo de Vizcaya. Allí comienzan a formarse sus aguas, aún débiles en color y temperatura. Desciende hacia el sur, bordea el África ecuatorial, donde los rayos de la zona tórrida calientan su caudal, atraviesa después el Atlántico, alcanza el cabo de San Roque en la costa brasileña y se bifurca en dos ramas, de las que una va a saturarse todavía más de las moléculas cálidas del mar de las Antillas. Entonces, la corriente del Golfo, encargada de restablecer el equilibrio entre las temperaturas y de mezclar las aguas de los trópicos con las aguas boreales, desempeña su papel ponderador. Calentado al rojo vivo en el golfo de México, avanza hacia el norte por las costas americanas, llega hasta Terranova, se desvía por efecto del empuje de la corriente fría del estrecho de Davis [199], vuelve sobre el rumbo del océano, siguiendo en uno de los grandes círculos del globo la línea loxodrómica, y se divide en dos brazos hacia el paralelo

43°,

de los que uno, ayudado por los alisios del nordeste regresa al golfo

de Vizcaya y a las Azores, y el otro, luego de templar las orillas de Irlanda y Noruega, rebasa el Spitzberg, donde su temperatura cae hasta cuatro grados para formar el mar libre del polo.

Por ese río del océano navegaba entonces el *Nautilus*. A su salida del canal de las Bahamas, con catorce leguas de anchura y a trescientos metros de profundidad, la corriente del Golfo fluye a razón de ocho kilómetros por hora. Esta velocidad decrece regularmente a medida que avanza hacia el norte, y es de desear que su regularidad continúe, pues, si su velocidad y su dirección se modificaran, como se ha creído detectar, los climas europeos estarían sometidos a perturbaciones cuyas consecuencias serían incalculables.

Hacia el mediodía, Conseil y yo nos encontrábamos en la plataforma. Lo estaba informando de las particularidades de la corriente del Golfo. Cuando mi explicación hubo acabado, le pedí que metiera las manos en la corriente.

Así lo hizo Conseil, y se quedó muy sorprendido al no experimentar sensación de frío ni de calor.

—Eso ocurre —le dije— porque la temperatura de las aguas de la corriente del Golfo, al salir del golfo de México, apenas se diferencia de la de la sangre. La corriente del Golfo es un gran calorífero, que permite a las costas de Europa lucir un eterno verdor. De acuerdo con las teorías de Maury, si se utilizara totalmente el calor de la corriente, sería suficiente para mantener en fusión un río de hierro colado tan grande como el Amazonas o el Misuri.

En aquel momento, la velocidad de la corriente del Golfo era de dos metros veinticinco por segundo. Su corriente es tan distinta del mar que la circunda que sus aguas comprimidas se levantan sobre el océano, y entre ellas y las aguas frías se produce un desnivel. Sombrías, además, y muy ricas en materias salinas, hienden con su puro color índigo las aguas verdes que las rodean. Su línea de demarcación es tan nítida que el *Nautilus*, a la altura de las Carolinas [200], cortó con su espolón las aguas de la corriente del Golfo, mientras que su hélice aún agitaba las del océano.

La corriente arrastraba un sinnúmero de seres vivos. Los argonautas, tan comunes en el Mediterráneo, viajaban en tropeles numerosos. Entre los cartilaginosos, los más notables eran las rayas,

cuya cola, muy suelta, formaba aproximadamente la tercera parte del cuerpo, y cuyo aspecto era el de enormes rombos de veinticinco pies de longitud; después, pasaron pequeños escualos de un metro, de cabeza grande, hocico corto y redondeado, dientes puntiagudos y dispuestos en diversas filas y con el cuerpo aparentemente cubierto de escamas.

Entre los peces óseos, anoté: bodiones, lábridos particulares de estos mares; rayados, espáridos cuyo iris brillaba como el fuego; corvinas, de un metro de longitud, con una amplia boca erizada de dienteillos, y que dejaban escapar un leve sonido; cobias, de las que ya he hablado; loros azules, con libreas de oro y plata; doncellas, auténticos arcos iris del océano, que pueden rivalizar en color con las aves más hermosas de los trópicos; babosas de Bosc, que son blénidos de cabeza triangular; pámpanos azulados desnudos de escamas; sapos, unos batracoides recubiertos de una banda amarilla y transversal que recordaban a la *tau* griega; pequeños góbidos de Bosc, que retozaban con su punteado de lunares marrones; corvinetas de cabeza plateada y caudal amarilla; algunas variedades de salmónidos; malachos de esbelta figura que brillaban con un suave resplandor y que Lacépède ha dedicado a la amable compañera de su vida [201]; y, por último, un hermoso pez, el «caballero americano» que, condecorado con todas las órdenes y engalanado con todas las bandas, frecuenta las orillas de aquella gran nación donde las bandas y las órdenes gozan de tan escaso aprecio [202].

Añadiré que, durante la noche, las aguas fosforescentes de la corriente del Golfo rivalizaban con el resplandor eléctrico de nuestro fanal, sobre todo cuando el tiempo amenazaba tormenta, como era frecuente.

El 8 de mayo seguíamos estando por el través del cabo Hatteras, a la altura de Carolina del Norte. En esas señas, la anchura de la corriente del Golfo es de setenta y cinco millas, y su profundidad, de doscientos diez metros. El *Nautilus* continuaba errando a la aventura. Parecía como si se hubiese prohibido a bordo toda vigilancia. He de admitir que, en aquellas condiciones, la evasión podía haber tenido éxito. En efecto, las orillas habitadas ofrecían fáciles refugios por doquier. El mar estaba incesantemente surcado por numerosos vapores, que realizan el trayecto entre Nueva York o

Boston y el golfo de México, y noche y día estaba recorrido por esas pequeñas goletas encargadas del cabotaje en los diversos puntos de la costa americana. Cabía tener la esperanza de que nos acogieran. Por tanto, se trataba de una ocasión favorable, a pesar de las treinta millas que separaban al *Nautilus* de las costas de la Unión.

Pero una circunstancia enojosa contrariaba totalmente los proyectos del canadiense: el tiempo era bastante malo. Nos acercábamos a esos parajes en que son frecuentes las tempestades, la patria de los tornados y los ciclones, engendrados precisamente por la corriente del Golfo. Afrontar con un frágil bote una mar tan desatada, habría sido apostar por nuestra perdición segura. Incluso Ned Land estaba de acuerdo en ese punto. No le quedaba más remedio que morder su freno, embargado por una furiosa nostalgia que solamente habría podido remediar fugándose.

—Señor —me dijo ese día—, esto tiene que acabar. Quiero saber a qué atenerme. Su capitán Nemo se aleja de las tierras y sigue aproando al norte. Pero se lo diré bien claro: ya he tenido bastante con el Polo Sur y no pienso seguirlo al Polo Norte.

—¿Y qué podemos hacer, Ned, visto que la evasión es imposible en estos momentos?

—Vuelvo a mi idea original: hay que hablar con el capitán. Usted no dijo nada cuando estábamos en los mares de su país. Ahora que estamos en los mares del mío quiero hablar yo. Cuando pienso que dentro de unos días el *Nautilus* se encontrará a la altura de Nueva Escocia, y que allí, hacia Terranova, se abre una amplia bahía, que en esa bahía va a desembocar el San Lorenzo, y que el San Lorenzo es mi río, el mío, el río de Quebec, mi ciudad natal; cuando pienso en eso, la rabia me inflama la cara y se me ponen los pelos de punta. ¡Mire, señor, prefiero arrojarme al mar! ¡No me quedaré aquí! ¡Me estoy asfixiando!

El canadiense había llegado claramente al límite de su paciencia. Su vigorosa personalidad no podía acomodarse a la reclusión prolongada. Su semblante se alteraba de día en día. Su carácter se agriaba cada vez más. Yo me daba cuenta de lo que debía de sufrir, pues a mí también me atenazaba la nostalgia. Habían transcurrido cerca de siete meses sin que hubiésemos tenido ninguna noticia de tierra firme. Además, el aislamiento del capitán Nemo, su cambio de humor, sobre todo desde el combate contra los pulpos, su

semblante taciturno, todo me hacía ver las cosas desde otra perspectiva. Ya no sentía el entusiasmo de los primeros días. Hacía falta ser un flamenco como Conseil para aceptar aquella situación, en un medio reservado a los cetáceos y a los demás habitantes marinos. A decir verdad, si el buen muchacho hubiese tenido branquias en lugar de pulmones, creo que habría sido un pez notable.

—¿Qué piensa usted, señor? —añadió Ned Land, al ver que yo no le respondía.

—Bueno, Ned, usted quiere que le pregunte al capitán Nemo qué intenciones tiene respecto de nosotros, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿A pesar de que ya nos las ha explicado?

—Sí. Quiero que me lo deje claro una última vez. Hable solamente por mí, en mi nombre nada más, si le parece mejor.

—Ya sabe usted que me lo encuentro muy raras veces. Incluso me evita.

—Razón de más para ir a visitarlo.

—Se lo preguntaré, Ned.

—¿Cuándo? —preguntó insistiendo el canadiense.

—Cuando me lo encuentre.

—Señor Aronnax, ¿quiere usted que vaya a verlo yo?

—No. Déjeme a mí. Mañana...

—Hoy —dijo Ned Land.

—De acuerdo. Será hoy —respondí al canadiense, quien, de actuar por su cuenta, lo habría echado todo a perder.

Me quedé solo. Una vez decidida la pregunta, resolví zanjar el asunto inmediatamente. Prefiero las cosas hechas a las cosas por hacer.

Regresé a mi camarote. Desde allí, oí pasos en el del capitán Nemo. No había que dejar pasar la ocasión de verlo. Llamé a su puerta. No obtuve respuesta. Volví a llamar y después giré el pomo. La puerta se abrió.

Entré. El capitán estaba allí. Inclinado sobre su mesa de trabajo, no me había oído. Decidido a no irme sin haber hablado con él, me acerqué. Levantó la cabeza bruscamente, frunció las cejas y me dijo con un tono bastante brusco:

—¡Usted aquí! ¿Qué quiere?

—Hablarle, capitán.

—Estoy ocupado, señor, trabajando. ¿No puedo disfrutar yo de la misma libertad para retirarme que le concedo a usted?

El recibimiento era poco alentador. Pero yo estaba decidido a aguantarlo todo para que él también me escuchara.

—Señor —le dije fríamente—, tengo que hablarle de un asunto que no admite demora.

—¿Y qué asunto es ese, señor? —respondió irónicamente—. ¿Ha hecho usted algún descubrimiento que me haya pasado inadvertido? ¿Le ha revelado nuevos secretos el mar?

No íbamos por el mismo camino, pero antes de que yo hubiese respondido, me dijo en un tono más serio, mientras me mostraba un manuscrito abierto sobre la mesa:

—Mire usted, señor Aronnax: un manuscrito en varias lenguas. Contiene el resumen de mis estudios sobre el mar y, si Dios quiere, no perecerá conmigo. Guardaré este manuscrito, que contiene la historia entera de mi vida y lleva mi firma, en un pequeño aparato insumergible. El último superviviente de todos nosotros a bordo del *Nautilus* arrojará al mar el aparato, que irá allá adonde lo lleven las olas [203] .

¡El nombre del capitán Nemo! ¡Su historia escrita por él mismo! ¿Quedaría algún día disipado su misterio? Pero, en ese momento, no veía en aquella comunicación más que una entrada en materia.

—Capitán —respondí—, no puedo más que aprobar la idea que lo hace actuar así. El fruto de sus estudios no debe malograrse. Pero el medio que emplea usted me parece primitivo. ¿Quién sabe adónde llevarán los vientos ese aparato del que habla, en manos de quién caerá? ¿No podría encontrar usted un medio mejor? ¿Usted o uno de los suyos no podría...?

—Jamás, señor —dijo tajantemente el capitán, interrumpiendo mi frase.

—Pero yo..., mis compañeros, estamos dispuestos a custodiar ese manuscrito, y si nos devuelve usted la libertad...

—¡La libertad! —exclamó el capitán Nemo levantándose.

—Sí, señor, eso es lo que quería plantearle. Desde hace siete meses estamos a bordo del *Nautilus*, y le pregunto hoy, en nombre de mis compañeros y en el mío propio, si su intención es mantenernos aquí para siempre.

—Señor Aronnax —dijo el capitán Nemo—, le responderé hoy lo que le respondí hace siete meses: quien entra en el *Nautilus* no sale de él jamás.

—¡Nos impone usted la esclavitud misma [204] !

—Dele el nombre que le plazca [205] .

—Pero en todos sitios el esclavo conserva el derecho de recobrar su libertad. Cualesquiera que sean los medios que se le presenten le pueden parecer buenos.

—¿Quién les niega ese derecho? —respondió el capitán Nemo—. ¿He recurrido yo alguna vez a encadenarlos con un juramento?

El capitán me miraba con los brazos cruzados.

—Señor —le dije—, volver por segunda vez a este tema no es de su agrado ni del mío. Pero ya que hemos empezado, lleguemos hasta el final. Le repito una vez más que no es solo de mi persona de quien se trata. Para mí, el estudio es una ayuda, un poderoso entretenimiento, un acicate, una pasión que puede hacérmelo olvidar todo. Como usted, yo soy un hombre que pretende vivir ignorado, en la oscuridad, con la frágil esperanza de legar algún día para la posteridad los resultados de sus trabajos, por medio de un hipotético aparato confiado al azar de las aguas y de los vientos. En una palabra, puedo admirarlo, incluso seguirlo sin lamentarme en un papel que en algunos puntos entiendo; pero hay otros aspectos de su vida que me hacen ver que está rodeada de complicaciones y de misterios con los que únicamente mis compañeros y yo no tenemos ninguna relación a bordo. Incluso cuando nuestro corazón ha podido latir por usted, conmovido por su dolor o estremecido por algunos de sus actos de genialidad o de coraje, hemos tenido que aplacar en nosotros hasta el más ínfimo testimonio de esa simpatía que hace brotar la visión de lo que es bello y bueno, ya proceda del amigo o del enemigo. Pues bien: es ese sentimiento de que somos extraños a todo lo que le concierne lo que convierte nuestra posición en algo inaceptable, imposible, incluso para mí, pero sobre todo para Ned Land. Cualquier ser humano, por el mero hecho de serlo, merece que se piense en él. ¿Se ha parado usted a pensar en los proyectos de venganza que el amor de la libertad, el odio a la esclavitud, podrían engendrar en un carácter como el del canadiense, en lo que podía pensar, intentar, hacer...?

Callé. El capitán Nemo se levantó.

—¿Qué me importa a mí que Ned Land piense, intente y haga todo lo que quiera? ¡No soy yo quien ha ido a buscarlo! ¡No permanece a bordo por mi gusto! En cuanto a usted, señor Aronnax, usted es de aquellos que pueden comprenderlo todo, incluso el silencio. No tengo nada más que responderle. ¡Que esta sea la primera y la última vez que trata usted este asunto, porque una segunda vez no podría ni siquiera escucharle!

Me retiré. A partir de ese día, nuestra situación fue muy tensa. Yo informé de la conversación a mis dos compañeros.

—Ahora sabemos —dijo Ned— que no podemos esperar nada de ese hombre. El *Nautilus* se acerca a Long Island. Huiremos, esté el tiempo como esté.

Pero el cielo se tornaba cada vez más amenazador. Aparecían las señales que presagiaban un huracán. La atmósfera se volvía blanquecina y lechosa. A los cirros desmadejados sucedían en el horizonte las capas de cumulonimbos. Otras nubes bajas huían rápidamente. La mar se volvía gruesa y se henchía en olas largas. Los pájaros desaparecían, a excepción de los paños, amigos de las tempestades. El barómetro bajaba ostensiblemente e indicaba en el aire una extrema tensión de los vapores. La mezcla del *storm-glass* se descomponía por influencia de la electricidad que saturaba la atmósfera. La lucha de los elementos se acercaba.

La tempestad estalló durante la jornada del 18 de mayo [206], precisamente cuando el *Nautilus* navegaba a la altura de Long Island, a unas millas de los pasos de Nueva York. Puedo describir aquella lucha de los elementos, ya que, en lugar de rehuirla en las profundidades del mar, el capitán Nemo, por un capricho inexplicable, quiso arrostrarla en su superficie.

El viento soplaba del sudoeste, primero frescachón, es decir, a una velocidad de quince metros por segundo, que roló hasta veinticinco metros hacia las tres de la tarde. Es la velocidad de los temporales duros.

El capitán Nemo, impertérrito ante las rachas de viento, se había situado en la plataforma. Se había amarrado por la cintura para resistir el monstruoso oleaje que se abatía sobre el buque. Yo también había subido a la plataforma y me había atado, repartiendo mi admiración entre la tempestad y el incomparable hombre que le hacía frente.

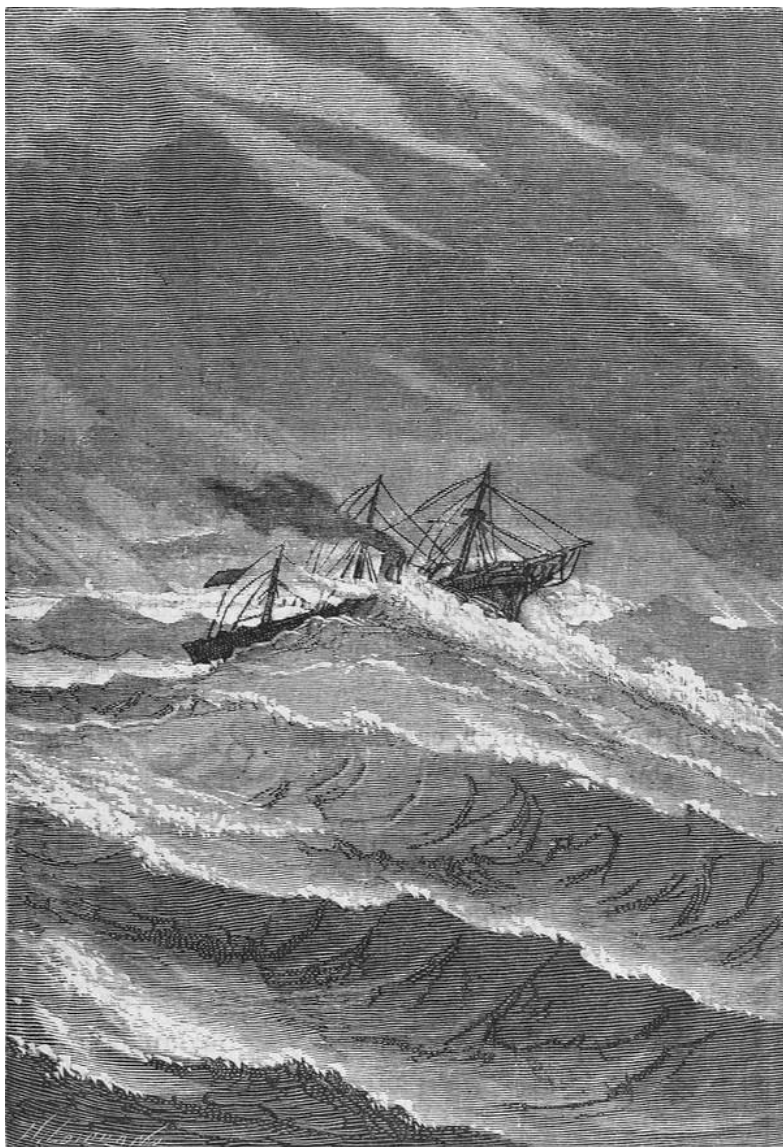
Grandes jirones de nubes que se hundían en sus aguas barrían un mar enfurecido. Ya no veía ninguna de las pequeñas olas intermedias que se forman en el fondo de los grandes senos. Solamente había largas ondulaciones fuliginosas cuyas crestas no rompían debido a lo compactas que eran. Su altura iba en aumento, y parecían desafiarse unas a otras. El *Nautilus*, escorado, o bien recto como un mástil, se balanceaba y cabeceaba espantosamente.

Hacia las cinco de la mañana, cayó una lluvia torrencial que no calmó ni al viento ni a la mar. El huracán se desencadenó a una velocidad de cuarenta y cinco metros por segundo, es decir, cerca de cuarenta leguas por hora. En condiciones como esas, derriba casas, hace volar las tejas y las destroza contra las puertas, rompe las cancelas de hierro, desplaza los cañones del veinticuatro. Y, sin embargo, el *Nautilus*, en medio del temporal, justificaba las palabras de un sabio ingeniero: «No hay casco bien construido que no pueda desafiar al mar». No era una roca resistente, que aquellas olas habrían destrozado, era un cohete de acero, obediente y móvil, sin aparejos, sin arboladura, que desafiaba impunemente su furor.

Mientras tanto, yo observaba atentamente las olas desencadenadas. Medían hasta quince metros de altura en una longitud de ciento cincuenta a ciento setenta y cinco metros, y su velocidad de propagación, de la mitad que la del viento, era de quince metros por segundo. Su volumen y potencia aumentaban con la profundidad de las aguas. Entonces comprendí el papel de esas olas que aprisionan el aire en su interior y lo envían al fondo de los océanos, adonde llevan la vida con el oxígeno. Su enorme fuerza de presión —que ha sido calculada— puede llegar hasta tres mil kilogramos por pie cuadrado de la superficie contra la que se abaten. Son unas olas de ese tipo las que en las Hébridas desplazaron un bloque que pesaba ochenta y cuatro mil libras. Son también las que, en la tempestad del 23 de diciembre de 1864, tras haber arrasado una parte de la ciudad de Yedo, en Japón, a setecientos kilómetros por hora, fueron a romper ese mismo día en las orillas de América [207].

La intensidad de la tempestad se acentuó por la noche. El barómetro, como durante un ciclón ocurrido en 1860 en la Reunión, bajó hasta los 710 milímetros. Al caer el día, vi pasar por el horizonte un gran buque que luchaba denodadamente. Capeaba a

poco vapor para mantenerse sobre las olas. Debía de ser uno de esos vapores de las líneas de Nueva York a Liverpool o a El Havre. Al poco, desapareció en la oscuridad.



Un gran buque capeaba a poco vapor

A las diez de la noche, ardía el cielo. Unos violentos relámpagos desgarraban la atmósfera. Yo no podía soportar su fulgor, pero el capitán Nemo, mirándolos de frente, parecía aspirar dentro de sí el alma de la tempestad. Un estentóreo fragor llenaba los aires, un ruido complejo formado por los bramidos de las olas destrozadas,

los vagidos del viento, los restallidos de los truenos. El viento saltaba por todos los puntos del horizonte, y el ciclón, partiendo del este, regresaba pasando por el norte, el oeste y el sur, con una rotación inversa a la de los temporales del hemisferio austral.

¡Ah! ¡La corriente del Golfo! ¡Justificaba sobradamente su apodo de reina de las tempestades! Es ella la que forma los terribles ciclones por la diferencia de temperatura de las capas de aire superpuestas a sus corrientes.

A la lluvia había sucedido un diluvio de fuego. Las gotas de agua se transformaban en haces fulminantes. Se habría dicho que el capitán Nemo, deseando una muerte digna de él, intentaba que un rayo acabara con su vida. En un terrible movimiento de cabeceo, el *Nautilus* levantó en el aire su espolón de acero, como la varilla de un pararrayos, del que vi brotar largas chispas [208] .



A la lluvia había sucedido un diluvio de fuego

Destrozado, al límite de mis fuerzas, me deslicé tendido hacia la escotilla. La abrí y bajé al salón. El temporal alcanzaba entonces su intensidad máxima. Era imposible mantenerse en pie en el interior del *Nautilus*.

Hacia las doce de la noche, regresó el capitán Nemo. Oí cómo

los depósitos se iban llenando de agua poco a poco, y el *Nautilus* se hundió lentamente bajo la superficie de las aguas.

Por los cristales abiertos del salón, vi grandes peces que pasaban despavoridos como fantasmas por el mar en llamas. Algunos cayeron fulminados ante mis propios ojos.

El *Nautilus* seguía descendiendo. Yo pensaba que recobraría la calma a una profundidad de quince metros. No. Las capas superiores estaban siendo sometidas a una agitación demasiado violenta. Fue preciso ir a buscar sosiego a cincuenta metros, en las entrañas del mar.

Pero, una vez allí, ¡qué tranquilidad, qué silencio, qué medio tan apacible! ¿Quién habría dicho que entonces se desataba un huracán terrible en la superficie de aquel océano?

XX

A 47° 24' de latitud y 17° 28' de longitud

A consecuencia de la tempestad, habíamos ido a parar hacia el este. Toda esperanza de evadirse en aguas cercanas a Nueva York o al San Lorenzo se desvanecía. El pobre Ned, desesperado, se aisló, como el capitán Nemo. Conseil y yo no nos separábamos ni un instante.

He dicho que el *Nautilus* se alejó hacia el este. Para ser más exactos, debería haber dicho el nordeste. Durante varios días, vagó a ratos por la superficie de las olas y, en otras ocasiones, bajo las aguas, en medio de esas brumas que tanto temen los navegantes, debidas principalmente al deshielo, que mantiene una humedad muy alta en la atmósfera. ¡Cuántos navíos se han perdido en aquellas señas cuando iban a reconocer los inciertos faros de la costa!, ¡cuántos siniestros producidos por aquellas brumas opacas!, ¡cuántos choques en esos escollos donde la resaca queda apagada por el ruido del viento!, ¡cuántas colisiones entre los buques, a pesar de sus luces de posición, a pesar de las advertencias de sus sirenas y de sus campanas de alarma!

El fondo de aquellos mares ofrecía el aspecto de un campo de batalla en el que seguían yaciendo todos aquellos a los que había vencido el océano; unos, viejos e incrustados, y otros, más recientes, que reflejaban el resplandor de nuestro fanal en sus herrajes y en sus carenas de cobre. ¡Cuántos barcos habían sido declarados pérdidas totales —con sus tripulaciones, sus fletes y su sinfín de emigrantes— en los puntos peligrosos indicados en las estadísticas: el cabo de Race, la isla de San Pablo, el estrecho de Belle-Isle, el estuario del San Lorenzo! Y desde hacía solo unos años, ¡cuántas víctimas habían añadido a esos fúnebres anales las líneas de las

compañías Royal Mail, Inman y Montreal [209], con buques como el *Solway*, el *Isis*, el *Paramatta*, el *Hungarian*, el *Canadian*, el *Anglo-Saxon*, el *Humboldt* y el *United States*, todos encallados; el *Arctic* y el *Lyonnais*, hundidos por abordaje; el *President*, el *Pacific* y el *City of Glasgow*, desaparecidos por causas desconocidas, sombríos pecios en medio de los cuales navegaba el *Nautilus* como si estuviese pasando revista de difuntos!

El 15 de mayo, nos encontrábamos en el extremo meridional del banco de Terranova, que es un producto de los aluviones marinos, un amasijo considerable de esos restos orgánicos transportados bien desde el ecuador por la corriente del Golfo, o bien desde el Polo Norte por esa contracorriente de agua fría que pasa a lo largo de la costa americana. También se amontonan allí los bloques arrastrados a la deriva por el deshielo. Y allí se ha formado un enorme osario de peces, moluscos o zoófitos que perecen a millares.

El mar no es demasiado profundo en el banco de Terranova. Como máximo, unos centenares de brazas. Pero hacia el sur se hunde súbitamente en una profunda depresión, una sima de tres mil metros. En ese lugar se ensancha la corriente del Golfo. Sus aguas se extienden. Pierde velocidad y temperatura, pero se convierte en un mar.

Entre los peces que el *Nautilus* espantó a su paso, citaré el ciclóptero, de un metro, de lomo negruzco y vientre anaranjado, que da a sus congéneres un ejemplo poco emulado de fidelidad conyugal; un *unernak* [210] de gran tamaño, especie de morena de color esmeralda y de sabor excelente; *karraks*, o perros del norte, de grandes ojos y cuya cabeza guarda cierta semejanza con la de los canes; algunos blénidos, ovovivíparos como las serpientes; chaparrudos o góbidos negros, de dos decímetros; macruros, de larga cola, peces veloces que se arriesgan a alejarse de los mares hiperbóreos y que brillaban con su fulgor plateado.

Las redes capturaron también un pez aguerrido, audaz, vigoroso, de músculos poderosos, armado en su cabeza con dardos y en sus aletas con agujones, auténtico escorpión de dos a tres metros, enemigo encarnizado de blénidos, gádidos y salmones: era el coto escorpión de los mares septentrionales, que tiene el cuerpo lleno de protuberancias y es de color pardo, pero con aletas rojas. Los

pescadores del *Nautilus* tuvieron dificultades para apoderarse de este animal, que, gracias a la configuración de sus opérculos, protege sus órganos respiratorios contra el contacto desecante de la atmósfera y puede vivir durante cierto tiempo fuera del agua.

Cito ahora —para dejar constancia— las babosas de Bosc, pececillos que acompañan a los buques en los mares boreales; los corégonos oxirrincos, propios del Atlántico septentrional; los rascacios; y llego a los gádidos, principalmente a la especie del bacalao, que sorprendí en sus aguas predilectas: el inagotable banco de Terranova.

Se podría decir que los bacalaos son peces de montaña, pues Terranova no es sino una montaña submarina. Cuando el *Nautilus* se abrió camino a través de las compactas falanges de bacalaos, Conseil no pudo evitar hacer esta observación:

—¿Eso, bacalaos? —exclamó—. ¡Pero si yo creía que los bacalaos eran planos como los gallos o los lenguados!

—¡Ingenuo! —exclamé yo—. Los bacalaos solo son planos en las tiendas, donde se exhiben bien abiertos para venderlos. Pero, en el agua, son peces fusiformes como los salmonetes y están perfectamente adaptados para nadar.

—Será como dice el señor —respondió Conseil—. ¡Qué nube, qué hormiguero!

—¡Ah, muchacho! ¡Todavía habría más de no ser por sus enemigos: los cabrachos y los hombres! ¿Sabes cuántos huevos se ha llegado a contar en una sola hembra de bacalao?

—Veamos, no nos quedemos cortos —respondió Conseil—. Quinientos mil.

—Once millones, amigo mío.

—¡Once millones! Eso sí que no lo admito como no los cuente yo mismo.

—Cuéntalos, Conseil, pero creyéndome habrás acabado antes. Además, los bacalaos los pescan a millares los franceses, los ingleses, los americanos, los daneses y los noruegos. Se consumen en cantidades prodigiosas y, de no ser por la asombrosa fecundidad de esos peces, los mares se quedarían pronto sin ninguno. Tan solo en Inglaterra y en América, se dedican a la pesca del bacalao cinco mil barcos, en los que faenan setenta y cinco mil marineros. Cada bacaladero captura unos cuarenta mil por término medio, lo que da

un total de veinticinco millones [211]. En las costas de Noruega, el resultado es el mismo.

—Bien —respondió Conseil—, confío en el señor. No los contaré.

—¿No contarás qué?

—Los once millones de huevos. Pero me gustaría decir una cosa.

—Dila.

—Pues que si todos esos huevos llegaran a eclosionar, bastaría con cuatro bacalaos para alimentar a Inglaterra, América y Noruega.

Mientras pasábamos rozando los fondos del banco de Terranova, vi perfectamente los largos palangres, armados de doscientos anzuelos, que cada barco tiende por docenas. Cada palangre, lastrado en un extremo mediante un pequeño rezón, quedaba retenido en la superficie por un orinque fijo sobre una boya de corcho. El *Nautilus* tuvo que navegar con habilidad en medio de aquella red submarina.

Pero no permaneció mucho tiempo en aquellas aguas tan frecuentadas. Siguió hasta los cuarenta y dos grados de latitud. Estaba a la altura de San Juan de Terranova y de Heart's

Content [212], donde culmina el extremo del cable transatlántico.

El *Nautilus*, en lugar de continuar rumbo al norte, puso proa hacia el este, como si quisiera seguir la planicie telegráfica en la que descansa el cable, y cuyo relieve se ha trazado con extrema exactitud gracias a los múltiples sondeos efectuados.

Fue el 17 de mayo, a quinientas millas aproximadamente de Heart's

Content, a dos mil ochocientos metros de profundidad, cuando vi el cable que yacía en el suelo. Conseil, al que no había prevenido, lo tomó al principio por una gigantesca serpiente de mar, y ya se preparaba a clasificarlo según su método habitual. Pero saqué de su error al buen muchacho y, para consolarlo de su desengaño, le conté diversos detalles sobre cómo había sido tendido.

El primer cable data de los años 1857 y 1858; pero, tras haber transmitido aproximadamente cuatrocientos telegramas, dejó de funcionar. En 1863, los ingenieros construyeron un nuevo cable, de tres mil cuatrocientos kilómetros de longitud y cuatro mil quinientas toneladas de peso, que fue embarcado a bordo del *Great*

Eastern. Ese intento volvió a fracasar.

El 25 de mayo, el *Nautilus*, sumergido a tres mil ochocientos treinta y seis metros de profundidad se hallaba precisamente en el lugar en que se produjo la avería que arruinó la empresa. Ocurrió a seiscientos treinta y ocho millas de la costa de Irlanda. A las dos de la tarde, se constató que las comunicaciones con Europa acababan de interrumpirse. Los electricistas de a bordo decidieron cortar el cable antes de repescarlo, y a las once de la noche, habían conseguido hacerse con la parte averiada. Le pusieron una junta y le hicieron un empalme; después volvieron a sumergir el cable. Pero, unos días más tarde, se rompió y no pudo ser recuperado de las profundidades del océano.

Los americanos no se desalentaron. El audaz promotor de la empresa, Cyrus Field, que arriesgaba toda su fortuna, abrió una nueva suscripción, que quedó inmediatamente cubierta [213]. Se preparó otro cable en mejores condiciones. El haz de hilos conductores, aislado por un revestimiento de gutapercha, estaba protegido por una funda de materiales textiles contenida en una armadura metálica. El *Great Eastern* se hizo de nuevo a la mar el 13 de julio de 1866.

La operación avanzaba bien, pero se produjo un incidente. En varias ocasiones, al desenrollar el cable, los electricistas observaron que alguien lo había perforado deliberadamente con clavos para deteriorar el hilo conductor. El capitán Anderson, los oficiales y los ingenieros se reunieron, deliberaron e hicieron público que si se atrapaba a bordo al culpable, se lo arrojaría al mar sin previo juicio. Desde entonces, no se volvió a producir aquella criminal tentativa.

El 23 de julio, el *Great Eastern* estaba tan solo a ochocientos kilómetros de Terranova, cuando se le telegrafió desde Irlanda la noticia del armisticio celebrado entre Prusia y Austria después de Sadowa [214]. El 27, avistaba en medio de las brumas el puerto de Heart's

Content. La empresa había acabado felizmente, y en su primer despacho, la joven América dirigía a la vieja Europa estas sensatas palabras, en tan escasas ocasiones comprendidas: «¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!» [215].

Yo no esperaba encontrarme el cable eléctrico en su estado

primitivo, tal como estaba al salir de fábrica. La larga serpiente, recubierta de restos de conchas, plagada de foraminíferos, estaba incrustada en una masa pétreo que la protegía contra los moluscos perforantes. Descansaba tranquilamente, resguardada de los movimientos del mar y bajo una presión favorable a la transmisión de una chispa eléctrica que pasa de América a Europa en treinta y dos centésimas de segundo. La duración de ese cable será infinita, sin duda, pues se ha podido comprobar que, sumergido en el agua marina, la calidad del revestimiento de gutapercha mejora.

Además, en aquella planicie tan afortunadamente elegida, la profundidad a la que está sumergido el cable no puede provocar su rotura. El *Nautilus* lo siguió hasta su lecho más profundo, situado a cuatro mil cuatrocientos treinta y un metros, y allí seguía sin estar sometido a ningún rozamiento ni tracción. Después, nos acercamos al lugar en que se había producido el accidente de 1863.

El fondo oceánico formaba allí un amplio valle de ciento veinte kilómetros, en el que se habría podido colocar al Mont Blanc sin que su cima emergiera de la superficie del agua. Ese valle está cerrado al este por una muralla de dos mil metros cortada a pico. Llegamos allí el 28 de mayo, y el *Nautilus* estaba a solo ciento cincuenta kilómetros de Irlanda.

¿Seguiría remontando el capitán Nemo hasta acercarse a las islas Británicas? No. Para sorpresa mía, volvió a dirigirse hacia el sur y puso de nuevo rumbo hacia aguas europeas. Costeando la isla Esmeralda vislumbré un instante el cabo Clear y el faro de Fastnet [216], que alumbraba a los millares de buques que zarpan de Glasgow y Liverpool.

Entonces, me vino a la mente una importante cuestión: ¿osaría el *Nautilus* adentrarse en el canal de la Mancha? Ned Land, que había reaparecido desde que nos acercábamos a tierra, no dejaba de preguntarme. ¿Cómo podía responderle? El capitán Nemo seguía siendo invisible. Tras haberle permitido al canadiense entrever las costas de América, ¿iba a dejarme vislumbrar a mí las costas de Francia?

Mientras tanto, el *Nautilus* seguía descendiendo continuamente hacia el sur. El 30 de mayo, pasaba frente a Land's

End, entre la punta extrema de Inglaterra y las Sorlingas [217],

que dejó a estribor.

Si quería entrar en el canal de la Mancha, tenía que poner rumbo decididamente al este. No lo hizo.

Durante toda la jornada del 31 de mayo, el *Nautilus* describió en el mar una serie de círculos que me intrigaron profundamente. Parecía como si estuviera buscando un lugar que tenía dificultades en localizar. A mediodía, el propio capitán Nemo vino a tomar la posición. No me dirigió la palabra. Me pareció más sombrío que nunca. ¿Qué era lo que podía entristecerlo de tal modo? ¿Era la cercanía de las costas europeas? ¿Lo invadía algún recuerdo de su país abandonado? ¿Qué sentía? ¿Remordimientos o pesares? Durante mucho tiempo ocuparon mi mente estas ideas, y tuve una especie de presentimiento de que el azar traicionaría en breve los secretos del capitán.

Al día siguiente, 1 de junio [218], el *Nautilus* mantuvo el mismo andar. Era obvio que intentaba reconocer un punto preciso del océano. El capitán Nemo vino a tomar la altura del sol, tal como había hecho en la víspera. El mar estaba en calma; el cielo, puro. A ocho millas al este, se recortaba la silueta de un gran barco de vapor contra la línea del horizonte. No enarbolaba pabellón alguno en su pico de cangreja, y no pude reconocer su nacionalidad.

El capitán Nemo, unos minutos antes de que el sol pasara por el meridiano, tomó su sextante y observó con una precisión extraordinaria. La calma absoluta de las olas facilitaba su operación. El *Nautilus*, inmóvil, no experimentaba ni cabeceo ni balanceo.

En aquellos momentos, yo estaba en la plataforma. Cuando concluyó su operación, el capitán pronunció únicamente dos palabras:

—Es aquí.





«¡Es aquí!», dijo el capitán Nemo

Volvió a bajar por la escotilla. ¿Había visto que el barco modificaba su rumbo y parecía aproximarse a nosotros? No podría decirlo.

Regresé al salón. La escotilla se cerró y oí los silbidos del agua al entrar en los depósitos. El *Nautilus* comenzó a sumergirse siguiendo

una línea vertical, pues su hélice detenida no le transmitía ya ningún movimiento.

Unos minutos más tarde, alcanzó una profundidad de ochocientos treinta y tres metros hasta descansar en el fondo.

En aquel momento, se apagó el techo luminoso del salón, se abrieron los paneles y, a través de los cristales, vi el mar intensamente iluminado por los rayos del fanal en un radio de media milla.

Miré a babor y tan solo vi la inmensidad de las aguas tranquilas.

A estribor, al fondo, aparecía un elevado montículo que atrajo mi atención. Se habría dicho que eran ruinas sepultadas bajo una costra de conchas blanquecinas, como si estuvieran bajo una capa de nieve. Al examinar atentamente aquella masa, creí reconocer las formas rotundas de un buque desarbolado, que parecía haber zozobrado de proa. Sin duda, el siniestro databa de hacía ya años. Para que los restos estuvieran tan incrustados en los sedimentos calcáreos de las aguas debían de llevar tiempo yaciendo en el fondo del océano.

¿Qué barco era aquel? ¿Por qué venía el *Nautilus* a visitar su tumba? ¿No era un naufragio lo que había arrastrado a aquel navío bajo las aguas?

No sabía yo qué pensar, cuando oí al capitán Nemo que hablaba pausadamente junto a mí, y decía lo siguiente:

—Hace años, ese barco se llamaba el *Marseillais*. Iba armado con setenta y cuatro cañones y fue botado en 1762. En 1778, el 13 de agosto, al mando de La Poype-Vertrieux [219], se batió audazmente contra el *Preston*. En 1779, el 4 de julio, asistió con la escuadra del almirante

d'Estaing

a la toma de Granada [220]. En 1781, el 5 de septiembre, tomó parte en el combate del conde de Grasse en la bahía de Chesapeake [221]. En 1794, la República Francesa le cambió el nombre. El 16 de abril de aquel mismo año, se unió en Brest a la escuadra de Villaret-Joyeuse [222], encargada de escoltar un convoy de trigo que venía de América al mando del almirante Van Stabel [223]. El 11 y el 12 de pradiel del año II, aquella escuadra se encontró frente a los barcos ingleses. Señor, el 13 de pradiel es hoy, 1 de junio de 1868. Hace setenta y cuatro años, tal día como

hoy, en este mismo lugar, a

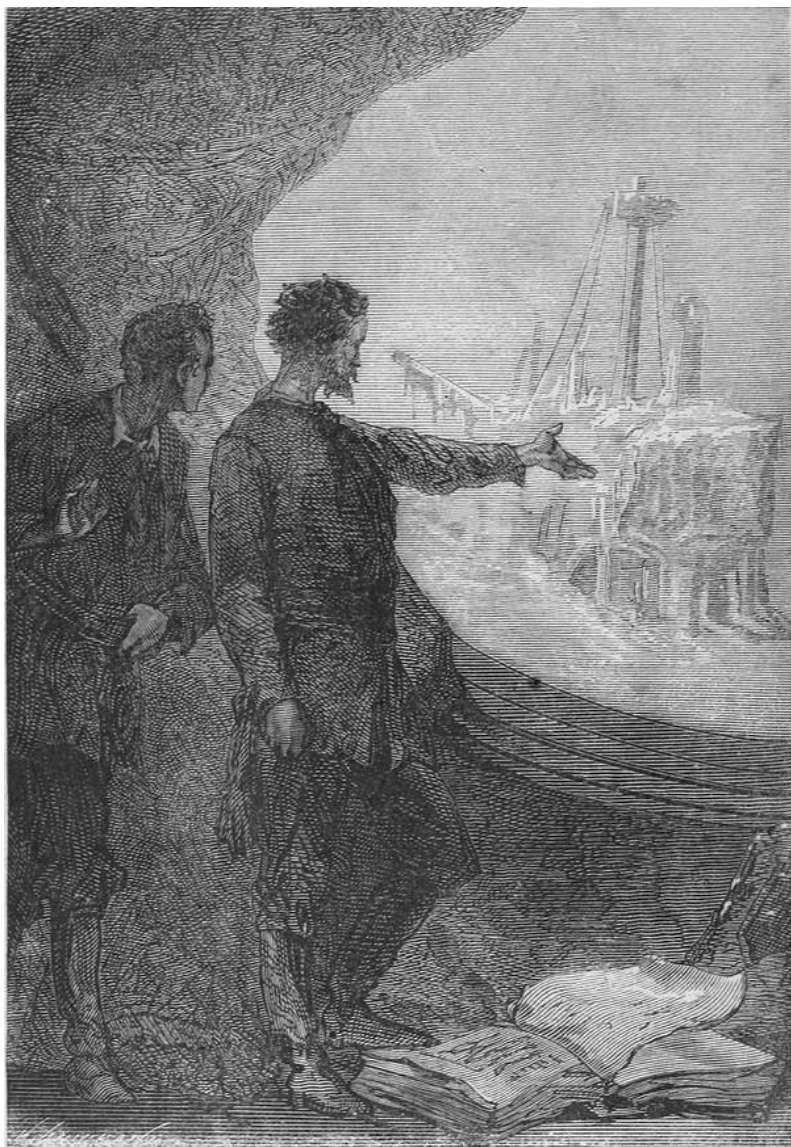
47° 24'

de latitud y

17° 28'

de longitud, ese barco, después de un combate heroico, desarbolado de sus tres palos, haciendo agua en sus bodegas y con una tercera parte de su tripulación fuera de combate, prefirió hundirse con sus trescientos cincuenta y seis marineros a rendirse, y clavando su pabellón en la popa, desapareció bajo las aguas al grito de «¡Viva la República!».

—¡El *Vengeur* [224] ! —exclamé yo.



«*Le Vengeur!*», exclamé

—Sí, señor. ¡El *Vengeur*! ¡Un hermoso nombre! —dijo el capitán Nemo cruzando los brazos.

XXI

Una hecatombe

Aquella manera de hablar, lo imprevisto de la escena, la recapitulación histórica sobre el navío patriota relatada en primer lugar y, después, la emoción con que el extraño personaje había pronunciado sus últimas palabras, el nombre del *Vengeur*, cuya significación ya no podía pasarme inadvertida, todo, en definitiva, se aliaba para impresionarme profundamente. Ya no apartaba la mirada del capitán. Este, con las manos tendidas hacia el mar, contemplaba con ojos ardientes el glorioso pecio [225]. Quizá no sabría yo nunca quién era, de dónde venía, adónde iba, pero cada vez veía con más claridad cómo el hombre se deslindaba del sabio. No era una misantropía común lo que había encerrado dentro del *Nautilus* al capitán Nemo y a sus compañeros, sino un odio monstruoso o sublime sobre el cual no podía hacer mella el tiempo.

¿Iba aquel odio en busca de nuevas venganzas? El futuro se encargaría de decírmelo sin tardanza.

Mientras tanto, el *Nautilus* ascendía lentamente hacia la superficie del mar, y poco a poco vi desaparecer los confusos contornos del *Vengeur*. Enseguida, un ligero balanceo me indicó que navegábamos al aire libre.

En ese momento, se escuchó una sorda detonación. Miré al capitán. El capitán ni se inmutó.

—¡Capitán! —dije yo.

No respondió.

Lo dejé y subí a la plataforma. Conseil y el canadiense me habían precedido.

—¿De dónde viene esa detonación? —pregunté.

—Un cañonazo —respondió Ned Land [226].

Miré en la dirección del barco que había visto. Se había acercado al *Nautilus* y se veía que forzaba el vapor. Lo separaban

de nosotros seis millas.

—¿Qué tipo de barco es, Ned?

—Por el aparejo y la altura de los masteleros —respondió el canadiense— apostarí a que es un buque de guerra. ¡Ojalá se nos eche encima y, si es preciso, hunda al maldito *Nautilus*!

—Amigo Ned —respondió Conseil—, ¿qué daño le puede hacer al *Nautilus*? ¿Irá a atacarlo bajo las aguas? ¿Le lanzará una andanada al fondo de los mares?

—Dígame, Ned —pregunté—, ¿puede usted reconocer la nacionalidad de ese barco?

El canadiense, frunciendo sus cejas, entornando los párpados, guiñando los ojos, fijó toda la potencia de su mirada durante unos instantes en el barco.

—No, señor —respondió—. No puedo reconocer a qué nación pertenece. No tiene izado el pabellón. Pero puedo afirmar que es un buque de guerra, porque en el tope de su palo mayor flamea un largo gallardete.

Durante un cuarto de hora, continuamos observando el navío, que se dirigía hacia nosotros. Pese a todo, yo no podía concebir que hubiese reconocido al *Nautilus* a tanta distancia y, mucho menos, que supiera lo que era aquel ingenio submarino.

Inmediatamente, el canadiense me anunció que el navío era un gran barco de guerra, con espolón: un acorazado de dos andanas. Un espeso humo negro se escapaba de sus dos chimeneas. Sus velas plegadas se confundían con la línea de las vergas. En el pico de cangreja no enarbolaba ningún pabellón. La distancia impedía también distinguir los colores de su gallardete, que flotaba como una tenue cinta.

Avanzaba rápidamente. Si el capitán Nemo lo dejaba aproximarse, se nos presentaba una oportunidad de huir.

—Señor —me dijo Ned Land—, como ese buque pase a una milla, me tiraré al mar, y les pido que hagan como yo.

No respondí a la proposición del canadiense y continué mirando al buque, cuya imagen se agrandaba a ojos vistas. Fuese inglés, francés, americano o ruso, era seguro que nos acogería si podíamos llegar a bordo.

—El señor —dijo Conseil— puede recordar que tenemos cierta experiencia como nadadores. Si el señor decide seguir al amigo

Ned, puede confiarme el cuidado de remolcarlo hasta ese barco.

Iba a responder cuando un vapor blanco surgió de la proa del buque de guerra. Después, unos segundos más tarde, las aguas agitadas por la caída de un cuerpo pesado salpicaron la popa del *Nautilus*. Poco más tarde, una detonación sacudió mis oídos.

—¿Cómo? ¡Abren fuego sobre nosotros! —exclamé.

—¡Así se hace! —murmuró el canadiense.

—¡No nos toman por náufragos aferrados a un pecio!

—Si el señor me permite... Bueno —dijo Conseil, sacudiéndose el agua que un nuevo proyectil había hecho llegar hasta él—. Si el señor me permite, han reconocido al narval y es al narval al que cañonean.

—Pero tienen que ver claramente que somos personas —exclamé yo.

—Puede que sea precisamente por eso —respondió Ned Land mirándome.

Entonces, se hizo la luz en mi mente con una revelación. Sin duda, ya se sabía a qué atenerse sobre la existencia del supuesto monstruo. Sin duda, en su abordaje con la *Abraham Lincoln*, cuando el canadiense lo arponeó, el comandante Farragut se había percatado de que el narval era un barco submarino, más peligroso que un cetáceo sobrenatural.

Sí, eso debía de ser, y en los restantes mares también se estaba persiguiendo al terrible aparato de destrucción.

Terrible, en efecto, sí, como cabía imaginar, el capitán Nemo empleaba el *Nautilus* en una empresa de venganza. Aquella noche, cuando nos recluyó en nuestros camarotes, en medio del océano Índico, ¿no habría sido para atacar algún barco [227]? Aquel hombre que yacía ahora enterrado en el cementerio de coral, ¿no había sido la víctima del choque provocado por el *Nautilus*? Sí, insisto. Esa tenía que ser la razón. Una parte de la misteriosa existencia del capitán Nemo se desvelaba. Aunque su identidad no era conocida, las naciones coaligadas en su contra no daban ya caza a un ser quimérico, sino a un hombre que les profesaba un odio implacable.

Vi todo ese inimaginable pasado con claridad. En lugar de encontrar amigos a bordo del barco que se acercaba, solamente podíamos encontrar enemigos sin piedad.

Mientras tanto, los proyectiles se multiplicaban en torno a nosotros. Algunos, tras chocar con la superficie líquida rebotaban y se perdían a distancias considerables. Pero ninguno alcanzaba al *Nautilus*.

El acorazado estaba entonces a tres millas solamente. A pesar de sus violentos cañonazos, el capitán Nemo no había acudido a la plataforma. Sin embargo, de haber alcanzado uno de aquellos proyectiles cónicos el casco del *Nautilus*, las consecuencias habrían sido funestas.

El canadiense me dijo entonces:

—Señor, tenemos que hacer todo lo posible por salir de este atolladero. ¡Vamos a hacer señales! ¡Por mil demonios! ¡Tal vez comprenderán así que somos gente honrada!

Ned Land cogió el pañuelo para agitarlo en el aire. Pero apenas lo hubo desplegado, cayó al puente, a pesar de su fuerza prodigiosa, derribado por una mano de hierro.

—¡Miserable! —le gritó el capitán—. ¿Quieres que te clave al espolón del *Nautilus* antes de que embista a ese barco?



«¡Miserable!», le grito el capitán

Era terrible oír al capitán Nemo hablar así, pero aún era más terrible verlo. Su cara estaba pálida a causa de los espasmos de su corazón, que había tenido que dejar de latir un instante. Sus pupilas estaban espantosamente contraídas. Su voz no hablaba, rugía. Con el cuerpo hacia adelante, retorció sus manos sobre los hombros del

canadiense.

Después, dejándolo, se volvió hacia el buque de guerra, que disparaba una lluvia de proyectiles contra él:

—¡Ah! ¡Sabes quién soy, barco de una nación maldita [228]! — exclamó con su potente voz—. ¡No me hace falta ver tus colores para reconocerte! ¡Mira! ¡Te voy a enseñar yo los míos!

Y el capitán Nemo desplegó a popa de la plataforma un pabellón negro, similar al que ya había plantado en el Polo Sur.

En ese momento, un proyectil rozó de soslayo el casco del *Nautilus*, sin dañarlo, y tras pasar de rebote junto al capitán fue a perderse en el mar.

El capitán Nemo se alzó de hombros y, después, se dirigió a mí:

—¡Baje! —me ordenó tajante—. ¡Bajen usted y sus compañeros!

—Señor —exclamé yo—, ¿va usted a atacar ese barco?

—Voy a hundirlo, señor.

—¡No lo hará!

—Claro que lo haré —respondió fríamente el capitán Nemo—. No se atreva usted a juzgarme, señor. La fatalidad le muestra lo que no debería haber visto. Han lanzado el ataque. La respuesta será terrible. ¡Entre!

—¿Qué barco es ese?

—¿No lo sabe? Pues tanto mejor. Por lo menos su nacionalidad será un secreto para usted. ¡Baje!

El canadiense, Conseil y yo no podíamos hacer nada más que obedecer. Una quincena de marineros del *Nautilus* rodeaban al capitán y miraban con un implacable sentimiento de odio aquel barco que avanzaba hacia ellos. Se sentía que en todas aquellas almas anidaba el mismo deseo de venganza.

Bajé justamente cuando un nuevo proyectil volvía a rozar el casco del *Nautilus*, y oí al capitán exclamar:

—¡Dispara, barco insensato! ¡Malgasta tus balas inútiles! ¡No escaparás al espolón del *Nautilus*! ¡Pero no es este el lugar en que has de perecer! ¡No quiero que tus restos vayan a confundirse con los del *Vengeur* [229]!

Regresé a mi camarote. El capitán y su segundo se habían quedado en la plataforma. La hélice se puso en marcha. El *Nautilus*, alejándose velozmente, se situó fuera del alcance de los artilleros del barco. Pero la persecución continuó, y el capitán Nemo se

contentó con guardar su distancia.

Hacia las cuatro de la tarde, incapaz de contener la impaciencia y la inquietud que me devoraban, regresé a la escalera central. La escotilla estaba abierta. Me decidí a subir a la plataforma. El capitán deambulaba con paso agitado. Miraba el barco, que le quedaba a sotavento a cinco o seis millas. Daba vueltas a su alrededor como una fiera y, atrayéndolo hacia el este, se dejaba perseguir. Sin embargo, no atacaba. ¿Quizá vacilaba todavía?

Quise intervenir una última vez. Pero apenas había preguntado al capitán Nemo, este me hizo callar:

—¡Yo soy el derecho! ¡Yo soy la justicia! —me dijo—. ¡Yo soy el oprimido y he ahí al opresor! ¡Por su culpa, todo lo que he amado, querido y venerado, patria, mujer, hijos, padre, madre, todo lo he visto perecer! ¡Todo lo que odio está ahí! ¡Cállese [230] !

Miré una última vez hacia el buque de guerra, que forzaba el vapor. Después, me reuní con Ned y Conseil.

—¡Huiremos! —dije.

—Bien —dijo Ned—. ¿Qué barco es ese?

—Lo ignoro, pero sea cual sea, lo habrá echado a pique antes de la noche. En cualquier caso, más vale morir con él que convertirse en cómplices de unas represalias cuya equidad no estamos en condiciones de juzgar.

—Lo mismo creo yo —respondió fríamente Ned Land—. Esperemos que sea de noche.

Llegó la noche. A bordo reinaba un profundo silencio. La brújula indicaba que el *Nautilus* no había modificado su rumbo. Oía el batir de la hélice, que golpeaba las aguas con rápida regularidad. Se mantenía en la superficie del mar, y un ligero balanceo lo llevaba de uno a otro lado.

Mis compañeros y yo habíamos decidido huir cuando el barco estuviese lo suficientemente cerca para que nos oyeran o al menos para que nos vieran, y es que la luna resplandecía, pues solo faltaban tres días para el plenilunio. Una vez a bordo de aquel barco, si no podíamos evitar el ataque que lo amenazaba, al menos haríamos todo lo que las circunstancias nos permitieran intentar. Varias veces, creí que el *Nautilus* se disponía a atacar. Pero se conformaba con dejar que su adversario se acercara y, poco después, volvía a su velocidad de huida.

Una parte de la noche la pasamos sin incidentes. Acechábamos la ocasión para actuar. Hablábamos poco, por efecto de la emoción. Ned Land habría querido arrojar al mar. Lo obligué a esperar. En mi opinión, el *Nautilus* atacaría al navío en la superficie de las aguas, y entonces escaparse no solamente sería posible, sino fácil.

A las tres de la madrugada, intranquilo, subí a la plataforma. El capitán Nemo no la había abandonado. Estaba de pie, a proa, junto a su pabellón, que una ligera brisa hacía ondear sobre su cabeza. No apartaba la vista del barco. Su mirada, de extraordinaria intensidad, parecía atraerlo, cautivarlo, arrastrarlo con más seguridad que si lo hubiera remolcado.



Su mirada parecía atraerlo

La luna pasaba entonces por el meridiano. Júpiter se levantaba por el este. En medio de aquella apacible naturaleza, el cielo y el océano rivalizaban en tranquilidad, y el mar ofrecía al astro nocturno el espejo más bello que jamás hubiera reflejado su imagen.

Cuando yo pensaba en esa profunda calma de los elementos, comparada con toda la ira que albergaban los costados del imperceptible *Nautilus*, sentía escalofríos por todo mi ser.

El barco se mantenía a dos millas de nosotros. Se había acercado, navegando sin cesar hacia el resplandor fosforescente que señalaba la presencia del *Nautilus*. Vi sus luces de posición, verdes y rojas, y su fanal blanco suspendido del gran estay del trinquete. Una vaga reverberación iluminaba su aparejo, muestra de que las calderas trabajaban al límite de sus posibilidades. Chispas y escoria de carbón al rojo vivo se escapaban como madejas de sus chimeneas y centelleaban en el aire.

Permanecí así hasta las seis de la mañana, sin que el capitán Nemo me hubiese visto. El barco nos quedaba a una milla y media, y con los primeros albores, volvió a disparar sus cañones. No podía estar muy lejos el momento en que al atacar el *Nautilus* a su adversario, mis compañeros y yo mismo abandonaríamos definitivamente a aquel hombre al cual yo no me atrevía a juzgar.

Me disponía a bajar para avisarlos, cuando el segundo subió a la plataforma. Varios marineros lo acompañaban. El capitán Nemo no los vio o no quiso verlos. Se adoptaron algunas medidas que se podrían haber denominado como el «zafarrancho de combate» del *Nautilus*. Eran muy simples. Se bajó el nervio que formaba una balaustrada en torno a la plataforma. Asimismo, las torretas del fanal y del timonel se introdujeron en el casco hasta asomar tan solo ligeramente. La superficie del largo huso de acero no ofrecía ya ningún saliente que pudiese estorbar sus maniobras.

Regresé al salón. El *Nautilus* seguía en la superficie. Algunas luces del alba comenzaban a infiltrarse por las capas líquidas. Siguiendo las ondulaciones de las olas, los cristales se animaban con los resplandores del sol naciente. Amanecía aquel terrible 2 de junio.

A las cinco, la corredera indicó que la velocidad del *Nautilus* se moderaba [231]. Comprendí que dejaba que se le aproximara el buque de guerra. Además, las detonaciones se oían cada vez con más violencia. Los proyectiles labraban el agua en torno al *Nautilus* y se hundían con un silbido característico.

—Amigos míos, ha llegado el momento —dije—. ¡Estrechémonos las manos y que Dios nos proteja!

Ned Land estaba resuelto; Conseil, tranquilo; yo, nervioso, me contenía a duras penas.

Pasamos a la biblioteca. En el momento en que empujaba la puerta que daba a la caja de la escalera central, oí cómo se cerraba bruscamente la escotilla superior.

El canadiense se precipitó a los peldaños, pero yo lo detuve. Un silbido fácil de reconocer me indicaba que el agua penetraba en los depósitos de a bordo. En efecto, en poco tiempo, el *Nautilus* se sumergió a unos metros por debajo de la superficie de las olas.

Entonces comprendí su maniobra. Era demasiado tarde para actuar. El *Nautilus* no iba a lanzarse contra la impenetrable coraza del buque de guerra, sino bajo su línea de flotación, allá donde el blindaje no protege ya el forro.

Volvíamos a ser prisioneros; éramos testigos forzosos del siniestro drama que se avecinaba. Tampoco tuvimos tiempo de pensar. Refugiados en mi camarote, nos mirábamos sin decir palabra. Un profundo estupor se había apoderado de mí. Mi pensamiento se había detenido. Me encontraba en ese estado penoso que precede a la espera de una espantosa detonación. Aguardaba, escuchaba, solo vivía por el sentido del oído.

Mientras tanto, la velocidad del *Nautilus* aumentó sensiblemente. Era la manera de tomar impulso. Su casco entero se estremecía.

De repente, grité. Se produjo un choque, aunque relativamente suave. Sentí la fuerza penetrante del espolón de acero, que provocaba un ruido de roces y rasgaduras. Pero el *Nautilus*, impulsado por su potencia de propulsión pasaba a través de la masa del barco como la lezna del velero a través de la lona.

No pude contenerme. Enloquecido, desesperado, salí del camarote y corrí al salón.

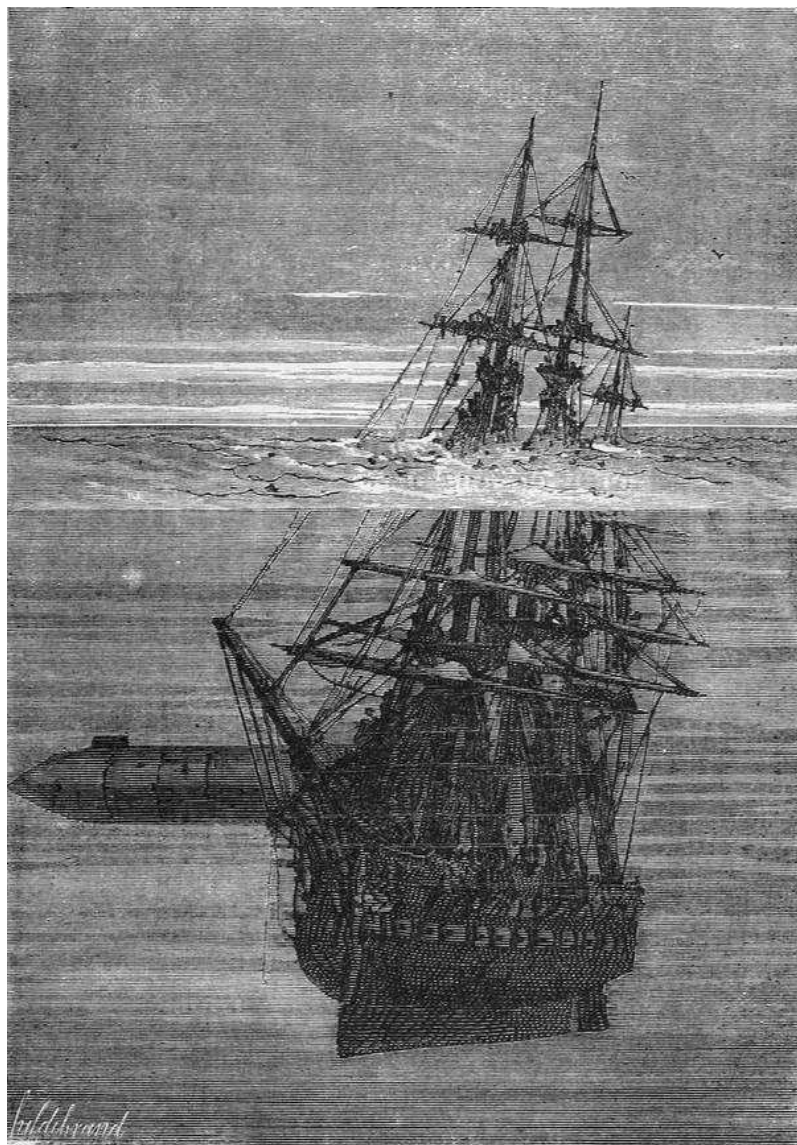
Allí estaba el capitán Nemo. Mudo, sombrío, implacable, miraba por el cristal de babor.

Una masa enorme se iba a pique bajo las aguas, y para no perder ningún detalle de su agonía, el *Nautilus* se sumergía hacia el abismo con ella. A diez metros de mí, vi el casco entreabierto, por donde el agua penetraba con el estampido de un trueno; después, la doble fila de cañones y las batayolas. El puente estaba cubierto de sombras negras que se agitaban.

El nivel del agua seguía subiendo. Los desdichados se lanzaban a los obenques, se aferraban a los mástiles, se retorcían bajo las aguas. ¡Era un hormiguero humano sorprendido por la invasión del mar!

Paralizado, agarrotado por la angustia, con el pelo de punta, los ojos abiertos de par en par, la respiración entrecortada, sin aliento, sin voz, miraba yo también. Una irresistible atracción me mantenía pegado al cristal.

Aquel enorme barco se hundía lentamente. El *Nautilus*, siguiéndolo, espiaba todos sus movimientos. De repente, se produjo una explosión. El aire comprimido hizo volar los puentes del barco como si se hubiesen incendiado los paños. El empuje de las aguas fue tan poderoso que el *Nautilus* se desvió de su derrota.



El enorme barco se hundía lentamente

Entonces, el infortunado barco se hundió más rápidamente. Sus cofas, cargadas de víctimas, aparecieron; luego, sus crucetas, doblgándose por el peso de los hombres arracimados y, por último, el tope del palo mayor[232]. Después, la masa sombría desapareció, y con ella la tripulación de cadáveres arrastrados por

una terrible corriente...

Me volví hacia el capitán Nemo. Aquel terrible justiciero, auténtico arcángel del odio, seguía mirando **[233]**. Cuando todo hubo acabado, el capitán Nemo, dirigiéndose hacia la puerta de su camarote, la abrió y entró. Yo lo seguí con la vista.

En la pared del fondo, debajo de los retratos de sus héroes, vi el retrato de una mujer todavía joven y de dos niños pequeños. El capitán Nemo los miró durante unos instantes, les tendió los brazos y, arrodillándose, estalló en sollozos **[234]**.

XXII

Las últimas palabras del capitán Nemo

Tras aquella terrorífica visión, se habían cerrado los paneles, pero la luz no había vuelto al salón. En el interior del *Nautilus*, reinaban las tinieblas y el silencio. Dejaba atrás aquel lugar de desolación, a cien pies bajo las aguas, a una velocidad prodigiosa. ¿Adónde iba? ¿Al norte o al sur? ¿Adónde huía aquel hombre tras su horrible represalia [235] ?

Yo había regresado a mi camarote, donde Ned y Conseil permanecían en silencio. Sentía un horror insoportable por el capitán Nemo. Por mucho que hubiera sufrido a causa de los hombres, no tenía derecho a castigarlos así. Si no cómplice, como mínimo me había hecho testigo de sus venganzas, algo que ya era excesivo.

A las once, reapareció la claridad eléctrica. Pasé al salón. Estaba desierto. Consulté los diversos instrumentos. El *Nautilus* huía al norte a una velocidad de veinticinco millas por hora, navegando tanto en la superficie del mar como a treinta pies en inmersión.

Marcado el punto sobre la carta, vi que pasábamos la embocadura de la Mancha y que nuestra dirección nos llevaba hacia los mares boreales a una incomparable velocidad.

Apenas podía vislumbrar a su rápido paso escualos de morro prominente, peces martillo, alitanes que frecuentan esas aguas, grandes águilas marinas, escuadrones de hipocampos, parecidos a los caballos del ajedrez, anguilas que se agitaban como las girándulas de los fuegos artificiales, ejércitos de cangrejos que huían en diagonal, cruzando sus pinzas sobre el caparazón, y, por último, tropeles de marsopas, que competían en velocidad con el *Nautilus*. No era el momento de observar, estudiar ni clasificar.

Por la tarde, habíamos navegado doscientas leguas por el Atlántico. Llegaron las sombras, y el mar quedó invadido por las

tinieblas hasta la salida de la luna.

Regresé a mi camarote. No pude dormir. Las pesadillas me asaltaban. Aquella horrible escena de destrucción no dejaba de reproducirse en mi mente.

Después de aquel día, ¿quién podría decir adónde nos llevó el *Nautilus* por la cuenca del Atlántico Norte? Mantenía una velocidad incalculable y no abandonaba las brumas hiperbóreas. ¿Llegó a los extremos del Spitzberg, a los acantilados de Nueva Zembla? ¿Recorrió aquellos mares ignorados, el mar Blanco, el mar de Kara, el golfo del Obi, las islas de Liajov y aquellas orillas ignotas de la costa asiática? No estoy en condiciones de afirmarlo. Ya no podía calcular el tiempo que se iba desgranando. En los relojes de a bordo, la hora había quedado detenida. Parecía que la noche y el día, como en las regiones polares, no seguían ya su curso regular. Yo me sentía arrastrado a ese ámbito de lo extraño donde se movía a placer la imaginación sobreexcitada de Edgar Poe. A cada instante, esperaba ver, como el fabuloso Gordon Pym, «aquella figura humana velada, de proporciones mucho más grandes que las de cualquier habitante de la tierra, echada de través sobre esa catarata que defiende las proximidades del Polo» [236].

Calculo —aunque quizá me equivoque— que aquella carrera alocada del *Nautilus* se prolongó durante quince o veinte días, y no sé lo que habría durado, de no ser por la catástrofe que acabó con el viaje. Del capitán Nemo, no sabíamos nada. De su segundo, otro tanto. Ningún hombre de la tripulación se dejó ver ni un solo instante. El *Nautilus* navegaba casi sin cesar bajo las aguas. Cuando emergía para renovar el aire, las escotillas se abrían o se cerraban automáticamente. Ya no se marcaba la posición en la carta de navegación. No sabía dónde estábamos.

Direé también que el canadiense, al límite de sus fuerzas y de su paciencia, también había dejado de aparecer. Conseil no podía arrancarle la más mínima palabra y temía que, en un acceso de delirio o asediado por una aterradora nostalgia, se matara. Así pues, lo vigilaba con una abnegación constante.

En esas condiciones, se podrá comprender que la situación era insostenible.

Una mañana —no podría precisar la fecha—, me había adormilado hacia las primeras horas del día, presa de un sopor

penoso y enfermizo. Cuando me desperté, vi a Ned Land inclinarse sobre mí y le oí decirme en voz baja:

—Vamos a huir.

Me incorporé.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Esta noche. La vigilancia parece haber desaparecido del *Nautilus*. Se puede decir que a bordo reina el estupor. ¿Estará usted listo, señor?

—Sí. ¿Dónde estamos?

—Cerca de unas costas que he avistado esta mañana en medio de las brumas, a veinte millas al este.

—¿Qué tierras son esas?

—No lo sé, pero sean las que sean nos refugiaremos en ellas.

—¡Sí, Ned! Sí, huiremos esta noche, ¡aunque tenga que tragarnos el mar!

—Hay mala mar y el viento sopla recio, pero hacer veinte millas en la ligera embarcación del *Nautilus* no me asusta. He podido llevar algunos víveres y algunas botellas de agua sin que se diera cuenta la tripulación.

—Lo seguiré.

—Además —añadió el canadiense—, si me descubren, me defenderé; tendrán que matarme.

—Moriremos juntos, amigo Ned.

Yo estaba decidido a todo. El canadiense me dejó solo. Subí a la plataforma, en la que apenas podía mantenerme frente al embate de las olas. El cielo se cernía amenazante, pero allá estaba la tierra, tras aquellas brumas espesas, y teníamos que huir. No debíamos perder ni un día ni una hora más.

Volví al salón, temiendo y deseando al mismo tiempo encontrarme con el capitán Nemo; queriendo y no queriendo verlo. ¿Qué le habría dicho? ¿Podía ocultarle el horror involuntario que me inspiraba? ¡No! ¡Más valía no encontrarme cara a cara con él! ¡Más valía olvidarlo! ¡Y, sin embargo...!

¡Qué larga fue aquella jornada, la última que iba a pasar a bordo del *Nautilus*! Me quedé solo. Ned Land y Conseil evitaban hablarme por miedo a delatarse.

A las seis cené, aunque no tenía apetito. Meforcé a comer, a pesar de mi repugnancia, pues no quería perder fuerzas.

A las seis y media, Ned Land entró en mi camarote y me dijo:

—No nos volveremos a ver hasta el momento de partir. A las diez, la luna no habrá salido todavía. Aprovecharemos la oscuridad. Venga al bote. Conseil y yo lo esperaremos allí.

Después, el canadiense salió, sin darme tiempo a responderle.

Quise comprobar el rumbo del *Nautilus*. Fui al salón. Marchábamos al nornordeste a una velocidad espantosa y a cincuenta metros de profundidad.

Miré por última vez aquellas maravillas de la naturaleza, aquellas riquezas del arte que abarrotaban el museo, aquella colección sin rival destinada a perecer un día en el fondo de los mares junto a quien la había reunido. La quise grabar en mi mente con una impresión definitiva. Me quedé una hora así, bañado en los efluvios del techo luminoso, pasando revista a aquellos tesoros resplandecientes bajo sus vitrinas. Después, regresé a mi camarote.

Allí, me puse una resistente indumentaria de marino. Reuní mis notas y las apreté con sumo cuidado contra mí. Mi corazón latía con fuerza. No podía controlar mis pulsaciones. Sin duda, la turbación y la agitación que me embargaban me habrían delatado a los ojos del capitán Nemo.

¿Qué estaría haciendo en aquel momento? Pegué el oído a la puerta de su camarote. Oí ruido de pasos. El capitán Nemo estaba dentro. No se había acostado. A cada movimiento, me parecía que iba a aparecer ante mí y a preguntarme por qué quería huir. Me veía en una situación de continua alerta. Mi imaginación la magnificaba aún más. La impresión se hizo tan acuciante que me pregunté si no valdría la pena entrar en el camarote del capitán, verlo cara a cara, desafiarlo con el gesto y con la mirada.

Era una idea de loco. Afortunadamente, me contuve y me eché en la cama para apaciguar la agitación de mi cuerpo. Mis nervios se sosegaron un poco, pero con el cerebro sobreexcitado repasé en un fugaz recuerdo toda mi existencia a bordo del *Nautilus*, todos los incidentes, afortunados o desdichados, que la habían atravesado desde mi desaparición de la *Abraham Lincoln*, las cacerías submarinas, el estrecho de Torres, los salvajes de Papuasía, la encalladura, el cementerio de coral, la travesía de Suez, la isla de Santorín, el buzo cretense, la ría de Vigo, la Atlántida [237], la banquisa, el Polo Sur, la prisión de hielo, el combate contra los

pulpos, la tempestad de la corriente del Golfo, el *Vengeur* y aquella horrible escena del barco hundido con toda su tripulación... Todos esos acontecimientos pasaron ante mis ojos, como esos telones de fondo que se despliegan en el escenario de un teatro. Entonces, el capitán Nemo crecía desmesuradamente en aquel medio extraño. Se agrandaba y adoptaba proporciones sobrehumanas. Ya no era mi semejante, era el hombre de las aguas, el genio de los mares.

Eran las nueve y media. Me sujeté la cabeza con las dos manos para evitar que estallara. Cerré los ojos. ¡Aún quedaba media hora de espera! ¡Media hora de una pesadilla que podía volverme loco!

En aquellos momentos, oí los vagos acordes del órgano, una armonía triste con un canto indefinible, verdaderos plantos de un alma ansiosa por romper sus vínculos terrestres. Escuché con todos los sentidos a la vez, casi sin respirar, inmerso como el capitán en aquellos éxtasis musicales que lo arrebatában fuera de los confines de este mundo.

Súbitamente, me aterrorizó una idea. El capitán Nemo había abandonado su camarote. Estaba en el salón, por donde yo tenía que pasar para huir. Allí, me encontraría con él por última vez. Me vería, tal vez me hablaría. ¡Un gesto suyo podía aniquilarme! ¡Una sola palabra, encadenarme a bordo del *Nautilus*!

Sin embargo, estaban a punto de dar las diez. Había llegado el momento de salir de mi camarote y de reunirme con mis compañeros.

No había que vacilar, aunque se interpusiera ante mí el capitán Nemo. Abrí mi puerta con precaución y, sin embargo, me pareció que al girar sobre sus goznes, hacía un ruido espantoso. Quizá ese ruido no existía sino en mi imaginación.

Avancé arrastrándome a través de los oscuros corredores del *Nautilus* [238], deteniéndome a cada paso para contener los latidos de mi corazón.

Llegué a la puerta achaflanada del salón. La abrí suavemente. El salón estaba sumido en una oscuridad profunda. Los acordes del órgano resonaban débilmente. El capitán Nemo estaba allí. No me veía. Creo, incluso, que ni a plena luz del día me habría visto, hasta tal punto su éxtasis lo absorbía por completo.

Me arrastré por la alfombra, evitando dar el más mínimo golpe que pudiera delatar mi presencia. Empleé cinco minutos en llegar a

la puerta del fondo que daba a la biblioteca.

Iba a abrirla, cuando un suspiro del capitán Nemo me dejó petrificado donde estaba. Me di cuenta de que se levantaba. Incluso, lo entreví, pues algunos rayos de luz de la biblioteca iluminada llegaban hasta el salón. Vino hacia mí con los brazos cruzados, silencioso, deslizándose más que caminando, como un espectro. Su pecho oprimido se deshacía en sollozos. Y lo oí decir estas palabras, las últimas de las que puedo dar cuenta:

—¡Dios todopoderoso! ¡Basta! ¡Basta [239] !

¿Era la confesión del remordimiento que brotaba así de la conciencia de aquel hombre?...

Fuera de mí, me precipité a la biblioteca. Subí por la escalera central y, a través del corredor superior, llegué al pasillo. Penetré por la abertura que ya había dado paso a mis dos compañeros.

—¡Vámonos! ¡Vámonos! —grité.

—¡Ahora mismo! —respondió el canadiense.

El orificio practicado en el casco del *Nautilus* fue previamente cerrado y atornillado por medio de una llave inglesa con la que se había hecho Ned Land. Cerramos también la abertura del bote y el canadiense comenzó a desatornillar los pernos que nos retenían todavía en el barco submarino.

De repente, se oyó un ruido que venía del interior. Eran voces que se cruzaban con viveza. ¿Qué ocurría? ¿Se habían dado cuenta de nuestra huida? Sentí cómo Ned Land me deslizaba un puñal en la mano.

—¡Sí! —dije—. ¡Sabremos morir!

El canadiense había dejado lo que estaba haciendo, pero una palabra, cien veces repetida, una terrible palabra, me reveló la causa de aquella agitación que se propagaba a bordo del *Nautilus*. ¡No éramos nosotros quienes preocupábamos a la tripulación!

—¡*Maelstrom*! ¡*Maelstrom*! —gritaban.

¡El *maelstrom* [240] ! ¿Podía resonar en nuestros oídos un nombre más aterrador en una situación más aterradora? ¿Acaso nos encontrábamos en aquellas peligrosas aguas que bañan la costa noruega? ¿Se veía el *Nautilus* arrastrado a esa vorágine, precisamente cuando nuestro bote iba a abandonarlo?

Es bien sabido que, en el momento del reflujo, las aguas comprimidas entre las islas Feroe y las Lofoten se precipitan con

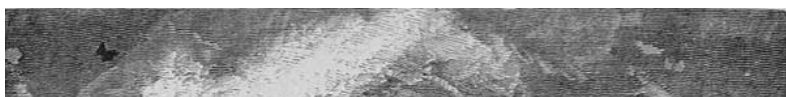
una irresistible violencia. Forman un torbellino del que jamás ha podido salir ningún barco. De todos los puntos del horizonte acuden olas monstruosas. Forman ese abismo justamente llamado el «ombligo del océano», cuya potencia de atracción se extiende hasta una distancia de quince kilómetros. Allí caen aspirados no solamente los barcos, sino también las ballenas y los osos blancos de las regiones boreales.

Allí era donde el *Nautilus* —involuntaria o, tal vez, voluntariamente— había sido arrastrado por su capitán. Describía una espiral cuyo radio disminuía progresivamente. Al igual que él, el bote, aún enganchado a su casco, estaba siendo aspirado a una velocidad vertiginosa. Yo lo notaba. Experimentaba ese vértigo enfermizo que sucede a un movimiento giratorio demasiado prolongado. Estábamos inmersos en el terror, en el horror llevado a su extremo, con la sangre paralizada y los nervios aniquilados, invadidos de sudores fríos como los sudores de la agonía. ¡Y qué ruido en torno a nuestro frágil bote! ¡Cómo mugía el eco a una distancia de varias millas! ¡Qué estrépito, las aguas rompiendo sobre las erizadas rocas del fondo, allá donde se rompen los cuerpos más duros, allá donde los troncos de los árboles quedan deshechos y se convierten en «una pelliza», según la expresión noruega!

¡Qué situación! Sufríamos unas sacudidas terribles. El *Nautilus* se defendía como un ser humano. Sus músculos de acero crujían. A veces se erguía, y nosotros con él.

—¡Tenemos que aguantar —dijo Ned— y volver a apretar los pernos! ¡Si nos quedamos sujetos al *Nautilus*, todavía podemos salvarnos!...

No había acabado de hablar cuando se produjo un crujido. Se soltaron los pernos, y el bote, arrancado de su alvéolo, salió lanzado en medio del torbellino como la piedra de una honda.





El bote salió lanzado en medio del torbellino

Mi cabeza fue a dar contra una cuaderna de hierro y, tras aquel violento choque, perdí el conocimiento [241].

XXIII

Conclusión

Aquí concluye este viaje submarino. Lo que ocurrió aquella noche, cómo escapó el bote de aquel extraordinario torbellino del *maelstrom*, cómo Ned Land, Conseil y yo salimos de la vorágine, no puedo recordarlo. Pero cuando recobré el sentido, estaba acostado en la cabaña de un pescador de las islas Lofoten. Mis dos compañeros, sanos y salvos, estaban junto a mí y me apretaban las manos. Nos abrazamos efusivamente [242] .



Estaba acostado en la cabaña de un pescador

En estos momentos, no podemos pensar en volver a Francia. Los medios de comunicación entre la Noruega septentrional y el sur son escasos. Así pues, estoy obligado a esperar la escala del vapor que realiza el servicio bimensual del cabo Norte.

Por lo tanto, es aquí, entre estas buenas gentes que nos han

acogido, donde repaso el relato de estas aventuras. Es exacto. Ni un solo hecho ha sido omitido, ni un detalle ha sido exagerado. Es la fiel narración de esta inverosímil expedición bajo un elemento inaccesible al hombre, cuyas rutas dejará libres algún día el progreso [243].

¿Me creerán? No lo sé. Al fin y al cabo, poco importa. Lo que puedo afirmar ahora es mi derecho a hablar de esos mares bajo los que he navegado veinte mil leguas en menos de diez meses; una vuelta al mundo submarina que me ha revelado tantas maravillas a través del Pacífico, del océano Índico, del mar Rojo, del Mediterráneo, del Atlántico, de los mares australes y boreales.

¿Qué habrá sido del *Nautilus*? ¿Habrá resistido los embates del *maelstrom*? ¿Sigue vivo el capitán Nemo? ¿Prosigue bajo el océano sus terribles represalias o se ha detenido tras aquella última hecatombe [244]? ¿Entregarán las olas algún día ese manuscrito [245] que contiene la historia entera de su vida? ¿Sabré yo por fin cuál es la identidad de ese hombre? ¿Nos revelará el barco desaparecido, cuando se conozca su nacionalidad, la nacionalidad del capitán Nemo?

Así lo espero. Como espero que su poderoso aparato haya vencido a la mar en su abismo más terrible y que el *Nautilus* haya sobrevivido allí donde tantos barcos sucumbieron. Si es así, si el capitán Nemo vive todavía en el océano, su patria adoptiva, ¡ojalá se apacigüe el odio en su feroz corazón! ¡Que la contemplación de tantas maravillas mitigue su sed de venganza! ¡Que desaparezca el justiciero, que el sabio prosiga la tranquila exploración de los mares! Aunque su destino sea extraño, no deja de ser sublime. ¿Acaso no lo he comprendido por mí mismo? ¿Acaso no he vivido diez meses de existencia extranatural? Por lo tanto, a la pregunta planteada hace seis mil años por el *Eclesiastés*: «¿Quién ha podido sondear jamás las profundidades del abismo?» [246], dos hombres entre todos los hombres tienen ahora derecho a responder. El capitán Nemo y yo [247].

FIN

Apéndices

A LOS LECTORES DEL
MAGASIN
D'ÉDUCATION
ET DE RÉCRÉATION [1]

Los lectores del *Magasin et de récréation
d'éducation*

entenderán que, al comienzo de este nuevo libro, sienta la necesidad de darles las gracias por haberme acompañado, tan grata, amable y fielmente, en los diferentes viajes que hemos realizado por América, Australia y el océano Pacífico, con los hijos del capitán Grant, e incluso al Polo Norte, tras las huellas del capitán Hatteras.

Espero que este viaje submarino los instruirá y les interesará tanto o más que los demás. No deben albergar ningún temor, pues tengo la certeza de que haré que regresen de esta expedición tan novedosa sin que se haya resentido su salud. El fondo del Océano, que seremos los primeros en recorrer en todos los sentidos y a todas las profundidades, no será tan terrible para nosotros como lo ha sido para tantos audaces marinos que han perecido en él con sus barcos y sus tripulaciones.

Veinte mil leguas se recorren pronto, sin duda; un viaje de un año no tarda en concluir cuando reina la concordia entre la tripulación y los pasajeros. No seré yo quien escatime esfuerzos por conseguir que esta concordia sea perfecta. Mis lectores son mis pasajeros, y es mi deber velar por que reciban buen trato durante la travesía y queden satisfechos a su regreso.

Por lo tanto, es a los lectores del *Magasin et de récréation
d'éducation*

a quienes dedico esta obra, deseando que su lectura les resulte tan interesante como a mí me ha resultado escribirla. Ese mundo curioso, extraño, casi desconocido, en el que era preciso penetrar a

toda costa, me ha pagado con el céntuplo por los trabajos y las fatigas que me ha costado descubrirlo.

Ojalá mis lectores puedan decir lo mismo cuando hayan llegado a la última página de este libro, al término de estas *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

JULES VERNE

Donde se da cuenta de la vida del «capitán Crespo» y se disipan algunas brumas que envolvían su célebre isla, también llamada Rica de Plata[1]

EL PÁRRAFO Y LOS DATOS

Consulté el planisferio y, a

32° 40'

de latitud norte y

167° 50'

de longitud oeste, encontré un islote, descubierto en 1801 por el capitán Crespo, que en las antiguas cartas españolas se denominaba Roca de la Plata [2] .

Con este párrafo, Verne comienza a tejer un relato en el que, como tantas otras veces, combina datos reales con otros de carácter legendario para servir de decorado a uno de los paseos más originales y fantásticos de la literatura. En el caso de la isla o el islote de Crespo, perdido en el Pacífico Norte, la ficción y la realidad fueron de la mano desde el siglo XVI hasta bien entrado el siglo XIX, y en el hecho de que esa ilusión cobrara fuerza y se consolidara, tuvieron mucho que ver los navegantes españoles que hacían el viaje y su tornaviaje entre la costa mexicana y las Filipinas.

Aunque, como ya hemos señalado en la nota correspondiente, Verne escribe *Rocca* en el manuscrito y en las ediciones originales, es obvio que se trata simplemente de Roca (de Plata o de la Plata, lo veremos); no obstante, nunca existió en la cartografía una isla o islote con ese nombre, que obedece a una mera confusión. Durante varios siglos, las naos y los galeones españoles de Manila y Acapulco sí buscaron en aquellos parajes del Pacífico Norte las islas

Rica de Oro y Rica de Plata, si bien su realidad solo consistía en sendos trazos diminutos en el papel de muchas cartas náuticas y atlas, dibujados tras haber sido supuestamente avistadas entre brumas, espejismos y nubarrones por sucesivas expediciones y marinos que nunca llegaron a poner los pies en ellas por la sencilla razón de que eran tan imaginarias como Eldorado.

La apasionante historia de la búsqueda de ambas islas está perfectamente hilvanada y resumida por el profesor y académico Juan Gil en su libro *Mitos y Utopías del Descubrimiento. 2: El Pacífico*, y a ese volumen imprescindible continuamos remitiendo a quienes quieran conocer con detalle, y acompañado de la oportuna bibliografía, todo lo tocante a la navegación hacia aquellas legendarias islas de oro y plata a cargo de marinos como Francisco Galí, Pedro de Unamuno, Sebastián Rodríguez Cermeño, Sebastián Vizcaíno o Hernando de los Ríos Coronel [3].

Sea como fuere, en el pasaje de *Veinte mil leguas de viaje submarino* con que se abre este apéndice y del que procede la primera referencia a la isla de Crespo en la obra, nos encontramos en el punto en que la novela da un giro metafórico crucial que deja su impronta en el resto de la novela, al invertir la lógica de un paseo por bosques y llanuras que cabía esperar fuese terrestre y provocar la admiración de los personajes y del lector, que asisten así a una *première*: la excursión será submarina, a través de los dominios que tan bien conoce un Nemo reacio a pisar tierra firme.

LAS PROBABLES FUENTES DIRECTAS DE VERNE

Como ya hemos mencionado, uno de los libros (en realidad, compuesto por tres volúmenes) a los que Verne recurrió para redactar buena parte de los capítulos que transcurren en aguas del Pacífico fue *Océanie ou cinquième partie du monde*, obra publicada en 1836, de la que fue autor Grégoire Louis Domeny de Rienzi.

En uno de sus párrafos, De Rienzi escribe lo siguiente:

Más al norte, hacia los

32° 46'

de latitud y los

167° 50'

de longitud oriental, se encuentra *Crespo*, llamada así por Crespo, capitán español que, en 1801, reconoció esa roca, la cual parece ser la *Roca de Plata* [escrito en español en el original] de las antiguas cartas [4] .

En 1840, De Rienzi recoge en la entrada correspondiente a Micronesia de su *Dictionnaire usuel et scientifique de géographie* unos datos prácticamente idénticos sobre la fantástica isla, si bien con la curiosa omisión de sus coordenadas geográficas [5] .

Sin embargo, lo que resulta más interesante es que, en ciertos párrafos cercanos al citado, De Rienzi menciona la isla de Crespo en un contexto de enormes dudas sobre la existencia de otras numerosas islas supuestamente descubiertas y visitadas por diversos navegantes, y así observa, por ejemplo, que «algunos marinos de la Unión [Estados Unidos] han señalado en el Gran Océano diversas islas que los navegantes europeos no encuentran», o bien «se dice que...», o «la isla podría tener [x] km de extensión», e incluso «tal islote no ha podido ser encontrado»; es decir, meras conjeturas debidas a la transmisión oral o simplemente documental pero carentes de toda base real.

Parece lícito pensar que Verne era consciente de que recurría a una isla imaginaria, aunque viniese avalada por un marchamo de prestigio entre los geógrafos del Gran Océano; sin embargo, nos parecía cada vez menos dudoso que el marino español apellidado Crespo no era un personaje inventado, sino que existió y creyó avistar Rica de Plata en algún momento a principios del siglo XIX.

Es preciso mencionar que la pista de De Rienzi sobre la isla de Crespo nos retrotrae a unas frases prácticamente idénticas a las suyas, escritas por el marino francés

J. S. C.

Dumont

d'Urville

(tan admirado por Verne y tantas veces mencionado en *Veinte mil leguas de viaje submarino*); pero también a las de otros geógrafos y viajeros como Conrad Malte-Brun, J.-B. Eyriès, J.-T. Verneur y el Barón de Zach, entre otros, con cuyas obras estaba familiarizado el escritor [6] .

La clave de este entramado es que todos ellos nos conducen

hacia atrás en el tiempo hasta llegar a Adam Johann von Krusenstern, quien sería almirante de la Armada imperial rusa y daría la vuelta al mundo en 1803-1806.

Al escribir en 1810 sobre ese periplo, von Krusenstern advierte a sus lectores de que «sería una gran pérdida de tiempo dedicarse a buscar estas islas fabulosas». Pese a ello, consigna sus supuestas coordenadas y añade el nombre de Isla de Crespo junto a Rica de Plata, pero, curiosamente, en la traducción francesa de su libro aparece también un doblote: Roca de Plata... [7].

En este juego de pistas, von Krusenstern es la persona que nos lleva, por fin, a quien nos dará la primera prueba fiable y en español sobre la existencia o no del «capitán Crespo»: el marino sevillano D. José Espinosa y Tello. El ya mencionado Jacques-Thomas Verneur refiere en su *Journal des voyages, découvertes et navigations modernes*, publicado en 1820, que entre las personas que durante la estancia de von Krusenstern en Inglaterra le facilitaron información de primera mano sobre descubrimientos y cuestiones hidrográficas estaba Espinosa [8].

Como «Gefe de esquadra [sic] de la Real Armada» y primer director de la Dirección de Trabajos Hidrográficos, Espinosa y Tello publica en 1809 unas *Memorias sobre las observaciones astronómicas, hechas por los navegantes españoles en distintos lugares del globo, las cuales han servido de fundamento para la formación de las cartas de marear publicadas por la Dirección de Trabajos Hidrográficos de Madrid*. Concretamente, en el tomo II de esta obra y en su «Memoria tercera», figura el siguiente texto, cuya ortografía actualizamos y que merece ser reproducido *in extenso*:

Isla que se cree sea la nombrada Rica de Plata. El día 15 de octubre de 1801, navegando para Acapulco en la nao de Filipinas nombrada el Rey Carlos, el primer Piloto de la Armada Don Francisco Sánchez Crespo avistó después de salido el Sol una isla por el N.

36° O.

corregido a distancia de 8 a 10 leguas. La latitud observada al medio día, y la longitud también observada (que se cree fuese por distancias lunares que les refirió), la colocan por latitud de

32° 46'

N., y longitud de

45° 55'

E. de San Bernardino, o

176° 27'

E. de Cádiz. Crespo juzga que esta isla sea la que ponen los planos de la carrera de Acapulco, medio grado más al N., y 6 más al O. y a que dan el nombre de Rica de Plata. A ser así, y suponiendo igual error en longitud a la otra isla que se halla en los mismos planos con el nombre de Rica de Oro, será la posición de esta por latitud de

29° 51'

N., y longitud de

172° 00'

al E. de Cádiz [9] .

Ahí estaban, por fin, los datos sobre nuestro marino español, cuya vida, pese a todo, seguía teniendo algo de escurridizo. Como suele ocurrir, muchas fuentes no españolas no solo no habían mencionado el nombre de pila de Crespo, sino que habían indicado simplemente uno de los dos apellidos del marino —en este caso, el segundo, lo que complicaba algo más la búsqueda— y habían modificado su grado en la Armada.

DON FRANCISCO SÁNCHEZ CRESPO

La existencia de D. Francisco Sánchez Crespo como primer piloto de la Armada (y, posteriormente, no como capitán, sino graduado como alférez de navío) viene corroborada por diversos documentos de la época.

Según lo que hemos podido averiguar, Francisco Joaquín de las Llagas Sánchez Crespo nació el 17 de septiembre de 1754 en Priego de Córdoba; fue hijo de Vicente Sánchez y de Josefa Crespo de Balderas, y fue bautizado en la iglesia parroquial de su localidad natal el día 19 de ese mismo mes.

Huérfano, probablemente desde corta edad, el muchacho ingresó en una institución que tenía entre sus misiones, precisamente, acoger y formar a huérfanos y jóvenes en situación de desamparo con el fin de que pudieran ingresar en la Armada: el Real Colegio Seminario de San Telmo de Sevilla [10] . Allí ingresó el 19 de junio de 1765 y, a partir de entonces, cursó estudios para convertirse en piloto de la Real Armada Española. Dentro de su formación, se

embarcó, primero como grumete, en los buques *Aquiles* y *Esmeralda* (1768 y 1770); posteriormente, como artillero, en las fragatas *Santa Teresa* y *Liebre* (en 1772). Tras examinarse como pilotín de la Armada, sirvió en la urca *Santa Ana* en 1775 [11]. Abandonó San Telmo en 1780 y pasó a ser segundo piloto en 1783.

Figura en el *Estado general de la Armada* —desde la primera publicación de este, en 1786— como segundo piloto en el departamento de Cádiz, y así prosigue hasta 1797. Fue nombrado primer piloto el 17 de agosto de 1797 también en Cádiz; está incluido como primer piloto, sin graduación, a partir de 1798 [12]. Consta que en esos años navegó por el Pacífico hacia y desde las Filipinas. Es probable que ya fuese primer piloto graduado de alférez de fragata en torno a 1808.

Sin embargo, antes de esa última fecha, en 1803, regresó a Priego, su localidad natal, deseoso de restablecer su salud, tras haber padecido escorbuto. Los achaques continuaron, puesto que en septiembre de 1808, al no estar apto para el servicio de la mar, se lo nombra como apoderado del Colegio de San Telmo en Cádiz [13].

En otros documentos, leemos que el 20 de julio de 1810, «[s]e da el mando en La Habana de la goleta *Veloz*, en relevo del Alférez de Navío D. Salvador Espadafora, al de Fragata, D. Francisco Sánchez Crespo» [14]. En 1810, se embarcó en la fragata *Cornelia* con destino a Filadelfia para comprar goletas, y el 6 de octubre de 1810 zarpó de allí al mando de la goleta *Ramona* con destino a Curazao [15].

D. Francisco Sánchez Crespo falleció el 7 de agosto de 1814 en las playas de Mayagüez, Puerto Rico. En su expediente del Archivo General de la Marina «Álvaro de Bazán», se encuentra la siguiente carta, que transcribimos:

Exmo. S.or

El Capitán General de Puerto Rico ha dado parte a este Ministerio con fecha de 19 de Agosto de 1814 que el alcalde del pueblo de Mayagüez en aquella Isla le noticiaba que el día 7 de dicho mes había fallecido intestado en la playa de aquel puerto el Alférez de Navío (del Cuerpo de Pilotos) D.n Francisco Sánchez Crespo, que de Puerto Cabello regresaba a España en la polacra *Industria*, y al cual se le había encontrado un baúl, un pequeño escritorio y alguna cantidad de dinero;

de todo lo que estaba haciendo el alcalde el correspondiente inventario y el [xxx] correspondiente luego que lo recibiera.

Lo digo a V. E. para su noticia y la de las dependencias de la Armada a que corresponda. Dios guarde a

V. E. m.

[uchos] a. [ños]

Madrid, 9 de marzo de 1815

Luis María Salazar

S.or Director Gen. de la Armada.

* * *

El genio de Verne hizo que existiera y que perdurase en la literatura una isla que navíos de muy diversos pabellones nacionales intentaron hallar durante varios siglos, no demasiado alejada de las costas de Japón. A sabiendas de que le ofrecía un escenario más próximo a la leyenda que a la realidad geográfica, nos hizo visitar sus bosques submarinos en una serie de episodios que tenían y continúan teniendo para el lector mucho de ensoñación, similar a la que vivieron tantos marinos, como D. Francisco Sánchez Crespo, que creyeron vislumbrar los contornos de unas islas mitológicas y cargadas de riquezas allí donde no existía más que la inmensidad del Gran Océano.

Sin embargo, Rica de Plata continuó existiendo obstinadamente sobre el papel en la carta n.º 2683 del Almirantazgo británico, hasta que el capitán hidrógrafo Sir Frederick Evans la suprimió definitivamente en 1875 [16].

En su edición de 1913, la célebre enciclopedia de Espasa-Calpe todavía incluía entre sus páginas la siguiente entrada:

CRESPO. *Geog.* Grupo de islas del océano Pacífico, sit. a los 32° 46'

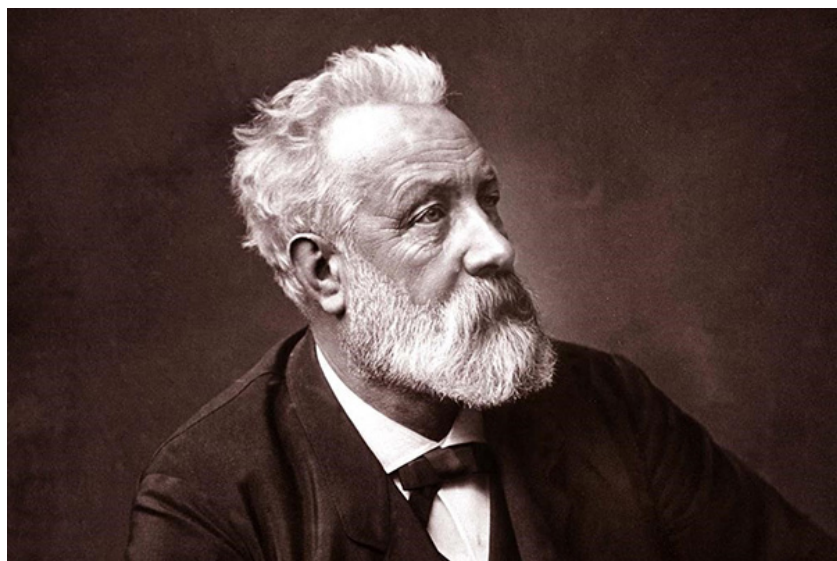
lat. N. Deben su nombre al español Crespo, quien las descubrió en 1801 [17].

E incluso muchos años después, en 1922, aún podía verse en el *Times Survey Atlas* [18].

En las viejas cartas de navegación, la forma de sus costas evocaba el cuarto menguante de la Luna.

BIBLIOGRAFÍA SUCINTA

- DE RIENZI, Grégoire L. D. (1836): *Océanie ou cinquième partie du monde*, vol. I, París, ed. Firmin Didot Frères.
- DUMONT D'URVILLE, Jules S. C. (1834): *Voyage autour du monde*, vol. I, París, ed. Tenré.
- ESPINOSA Y TELLO, José (1809): *Memorias sobre las observaciones astronómicas, hechas por los navegantes españoles en distintos lugares del globo, las quales han servido de fundamento para la formación de las cartas de marear publicadas por la Dirección de Trabajos Hidrográficos de Madrid*, vol. II, Madrid, Imprenta Real.
- GIL, Juan (1989): *Mitos y Utopías del Descubrimiento. 2: El Pacífico*, Madrid, Alianza Editorial.
- JIMÉNEZ JIMÉNEZ, Elisa María (2002): *El Real Colegio Seminario de San Telmo de Sevilla (1681-1808)*, Sevilla, ed. Universidad de Sevilla.
- KRUSENSTERN, Adam J. von (1819): *Beyträge zur Hydrographie der grössern Ozeane als Erläuterungen zu einer Charte des ganzen Erdkreises nach Projection Mercator's*, Leipzig, ed. Paul Gotthelf Kummer.
- STOMMEL, Henry (1984): *Lost Islands. The Story of Islands That Have Vanished from Nautical Charts*, Vancouver, ed. The University of British Columbia Press.
- VERNEUR, Jacques-Thomas (1820): *Journal des voyages, découvertes et navigations modernes*, vol. VIII, París, ed. Colnet.



JULES GABRIEL VERNE. Escritor francés, conocido en los países de lengua española como Julio Verne. El 8 de febrero de 1828 nació en Nantes este gran escritor, geógrafo de países fabulosos, creador de personajes enigmáticos, inventor de islas misteriosas y de originales máquinas, que con sus extraordinarias novelas inició a varias generaciones en el amor a la ciencia.

Tal vocación por lo extraordinario y lo fantástico no se advertía en Julio Verne cuando niño. Alumno estudioso y serio, no mostraba el afán de aventuras de otros chicos de su edad. Dotado de extraordinaria memoria, hizo con aprovechamiento sus primeros estudios, y luego marchó a París para cursar la carrera de abogado, profesión que ejercía su padre en Nantes.

Terminada la carrera, no demostró ninguna afición a ella. Su amistad con Alejandro Dumas y otros autores dramáticos había despertado en él la afición a ese género literario, y tenía escritas algunas obras como *La Conspiration des poudres*, *Un drame sous la Régence* y *Les Pailles rompues*, comedia en verso esta última, primera que estrenó (1850) y que solo se representó una docena de veces, en el *Gymnase*. Luego estrenó *Douce jours de siège*, comedia

en tres actos, en el *Vaudeville*.

Nombrado secretario del *Théâtre Lyrique*, continuó sus ensayos dramáticos con no mucho éxito, hasta que, interesado por la aerostación, escribió *Cinco semanas en globo* (1863), su primera novela científica.

El gran éxito que obtuvo con ella le animó a continuar este género de literatura y firmó un contrato exclusivo con su editor, J. Hetzel, comprometiéndose a proporcionarle dos obras anuales durante veinte años, o cuarenta en un breve espacio de tiempo, por lo cual recibiría 20 000 francos anuales o 10 000 por volumen. El éxito de las obras siguientes fue tal, que su editor hubo de mejorarle cinco veces el contrato.

Sucesivamente publicó, entre otras muchas, *Viaje al centro de la tierra* (1864); *De la tierra a la luna* (1865); *Las aventuras del capitán Hatteras* (1866); *Los hijos del capitán Grant* (1868); *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870) (que le valió ser coronado por la Academia Francesa); *La vuelta al mundo en ochenta días* (1873); *El doctor Ox* (1874); *La isla misteriosa* (1875); *Miguel Strogoff* (1876); *Las Indias negras* (1877); *Historia de los grandes viajes y de los grandes viajeros* (1878); *Un capitán de quince años* (1878); *Las tribulaciones de un chino en China* (1879); *El rayo verde* (1882) y *El archipiélago en llamas* (1884).

El mayor mérito de este gran novelista científico son sus anticipaciones, sus previsiones geniales, nacidas de un cerebro enciclopédico. Todo lo que predijo en cuestiones de navegación (aérea y submarina), cinematografía, televisión, telegrafía sin hilos, etc., etc., y que se ha realizado en nuestros días, demuestra la variedad de una erudición y la riqueza de una imaginación que no han sido superadas.

Además, su obra, exaltadora del valor, del esfuerzo, de la energía y de la bondad, sin bajezas morales de ninguna clase, ha ejercido siempre una influencia extraordinaria en la juventud.

Julio Verne murió en Amiens, el año 1905.

Notas de la introducción

[1] El texto de esta introducción se basa en buena medida en la introducción y el apéndice a nuestra edición de 1995 de *Veinte mil leguas de viaje submarino* en la colección «Tus libros», de Anaya; los artículos «Y Prometeo bajó a los abismos» y «Mira mi pecho tatuado... Una lectura de *Los hijos del capitán Grant*», publicados en el monográfico *Jules Verne*, vol. 2, de la revista *Graphicclassic* (2017); y en diversas colaboraciones sobre la obra de J. Verne publicadas en el blog de Oportet Editores. La traducción de las citas es nuestra, salvo que se indique otra cosa. < <

[1] Savater (1986): p. 56. < <

[2] Los datos de estas ediciones figuran en la bibliografía general.

< <

[3] Salabert (2005); Martínez de Pisón (2014). < <

[4] Es preferible ese título al de *Viaje a reculones por Inglaterra y Escocia*. < <

[5] Publicado por la editorial Tusquets en 2012. < <

[6] M. Lacroix (2003): «Présence et influence de *Vingt mille lieues sous les mers* dans l'œuvre poétique d'Arthur

Rimbaud», *BSJV*, n.º 148, SJV, París. Sobre *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, el libro de Philip K. Dick en que se basa *Blade Runner*, v. la edición y traducción de Julián Díaz (2017) en Letras Populares de Cátedra. < <

[7] Dumas (1988): p. 17. < <

[8] Charles Baudelaire, *Las flores del mal*, trad. de Antonio Martínez Sarrión, Madrid, Alianza Editorial, 1984. < <

[9] El movimiento insurreccional conocido con el nombre de *la Commune* ocurrió en París entre el 18 de marzo y el 28 de mayo de 1871. Adolphe Thiers

(1797-1877)

fue presidente de la República entre el 31 de agosto de 1871 y el 24 de mayo de 1873. El capitán Dreyfus, un militar de origen judío alsaciano fue injustamente acusado de espionaje y condenado por alta traición en un claro caso de antisemitismo, que estalló en 1894.

< <

[10] Los años que preceden y siguen al nacimiento de Jules Verne lindan con una serie de importantes efemérides culturales en Francia, por ejemplo: en 1821 fallece Napoleón Bonaparte y nace Gustave Flaubert; en 1822 nacen el músico César Franck (que fallece en 1890) y el científico Louis Pasteur (fallecido en 1895); en 1824 muere Luis XVIII, y en 1825 se entroniza a Carlos X; en 1832 nace el pintor Manet (fallecido en 1883); al año siguiente, Jules Michelet, a quien veremos frecuentemente citado en *Veinte mil leguas de viaje submarino*, comienza a publicar su *Historia de Francia*, y Balzac publica *Eugenia Grandet*. 1834 es el año en que nace el pintor Degas (fallecido en 1917), y al año siguiente nace el músico Saint-Saëns (fallecido en 1921). En 1839, Stendhal publica *La cartuja de Parma* y nace el pintor Paul Cézanne (que fallece en 1906). Por fin, 1840 es el año en que nacen Zola (fallecido en 1902) y el pintor Monet (que fallece en 1926). < <

[11] Citado por Dominique Lejeune (1993): p. 40. < <

[12] Arthur Rimbaud, *Poesías*
(1870-1871)

, versión de Aníbal Núñez, Madrid, ed. Visor, 1987, p. 91. < <

[13] Jules Verne (2000): «Souvenirs
d'enfance

et de jeunesse», en *Contes et nouvelles de Jules Verne*, Rennes, ed.
Ouest-France, pp. 173-175. < <

[14] Dumas (1988): carta de Jules Verne a su madre (n.º 101);
p. 380. < <

[15] Dumas (1988): carta de Jules Verne a su madre (n.º 28); p. 285.

< <

[16] Citado por Dumas (1988): p. 58. < <

[17] El *Musée des familles* [*Museo de las familias*] se publicó entre 1833 y 1900. < <

[18] Escrita en 1855 según algunos estudiosos o en torno a 1857-1858, según otros. < <

[19] Louis-Jules Hetzel
(1847-1930).

< <

[20] Es lo que se deduce de la entrevista que hizo Adolphe Brisson a Verne a finales de 1897 [v. Compère y Margot (1998): p. 135].

< <

[21] Butcher (2006): p. 215. < <

[22] Lemire (1908): pp. 15-16. < <

[23] Sobre la entrevista, efectuada por Adolphe Brisson, v. Compère y Margot (1998), p. 138. La datación de la carta de Sand la menciona Jacques Noiray en su edición de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, de Gallimard (2005), p. 9, y procede de: George Sand, *Correspondance*, carta n.º

11 807,

Garnier, vol. XIX, pp. 322-323. < <

[24] Dumas (1988): carta con fecha del 29 de enero de 1866, de Jules Verne a su padre (n.º 137); p. 430. < <

[25] En francés, la idea de «vuelta al mundo submarino» queda plasmada en una de las ilustraciones al inicio de la obra, como una especie de subtítulo (v. p. 72). La que parece ser la primera versión de la novela a otra lengua, traducida al español por Vicente Guimerá, y muy probablemente publicada ya en 1869 (datación que sigue siendo objeto de cierta polémica) por el establecimiento de Tomás Rey (Madrid), lleva el título tradicional en nuestra lengua. La traducción literal del título francés sería *Veinte mil leguas bajo los mares*. < <

[26] El viaje duró desde el 17 de marzo hasta el 29 de abril de 1867 [v. VD (2009): p. 711]. La novela breve *Una ciudad flotante*, de 1870, está enormemente inspirada por la travesía a bordo del *Great Eastern*. < <

[27] Dumas (1988): p. 430; carta con fecha del 29 de enero de 1866.

< <

[28] Dumas, Gondolo della Riva, Dehs (1999), p. 41; carta con fecha del 10 de agosto de 1866. < <

[29] Aristide Roger era el pseudónimo del dr. Jules Rengade (1841-1915?),

que había publicado por entregas, en

1867-1868

y en *Le Petit Journal*, *Les aventures du docteur Trinitus* [*Las aventuras del doctor Trinitus*], que sería publicado como libro en 1868 (ed. Brunet) con el título *Aventures extraordinaires de Trinitus. Voyage sous les flots* [*Aventuras extraordinarias de Trinitus. Viaje bajo las aguas*]. < <

[30] Cap. XXIII de la segunda parte. *Veinte mil leguas de viaje submarino* está dividida en dos partes, que constan de veinticuatro y de veintitrés capítulos, respectivamente. < <

[31] Dumas, Gondolo della Riva, Dehs (1999): vol. I, carta n.^o 49;
p. 80. < <

[32] Del mismo modo que Prometeo llevó el fuego y la ciencia a los seres humanos, Verne permite, gracias a Nemo, que Aronnax y sus compañeros atisben todos los tesoros naturales que encierran las profundidades oceánicas y conozcan de primera mano lugares que ninguna otra persona había contemplado antes, convirtiéndose así en una suerte de pioneros de la oceanografía. El dilema entre ver o no ver se traduce en saber o no saber, lo que entronca con la cita bíblica con las que se cierra la novela. A este respecto, son también muy reveladoras las palabras de Ned Land ante la contemplación de tanta belleza: «¡Es impresionante! Me da rabia tener que aceptarlo. Nunca se ha visto nada parecido. Pero este espectáculo podría costarnos caro. Y, puestos a decirlo todo, pienso que estamos viendo aquí cosas que Dios ha querido prohibir a la vista del hombre» (cap. XV de la segunda parte). < <

[33] V. muy especialmente Butcher (2015), donde se abordan con detalle las modificaciones de que fue objeto la novela en los diversos estadios de los manuscritos, pp. 165-204. Por nuestra parte, tras consultar el manuscrito más reciente, damos cuenta de algunas de las variantes y modificaciones más notables en las notas a nuestra edición. < <

[34] Jean-Baptiste-Adolphe Charras
(1810-1865).

V. Volker Dehs, «Nemo, Flourens et quelques autres - Divagations
autour de *Vingt mille lieues sous les mers*», *Verniana, Jules Verne
Studies - Études Jules Verne*, vol.

3, 2010-2011,

pp. 11-32. < <

[35] «Hemos rechazado [la idea de que Nemo fuese polaco] por razones puramente comerciales», palabras de Verne a Hetzel en una carta datada el 15 de mayo de 1869; v. Dumas, Gondolo della Riva, Dehs (1999), p. 105. < <

[36] Dumas, Gondolo della Riva, Dehs (1999): carta de Verne a Hetzel, datada el 8 de mayo de 1869, p. 104. Hetzel estaba también preocupado por la personalidad justiciera de Nemo tal como lo pintaba Verne. La discusión prosiguió en cartas sucesivas, y así, podemos leer que el capitán: «no corre tras los buques para hundirlos; no ataca; responde a los ataques. Diga lo que diga su carta, en ningún momento he hecho un hombre que mata por matar» (v. ob. cit., pp. 106-107; carta de Verne datada el 17 de mayo de 1869); o bien: «[...] si no puedo explicar a qué obedece su odio, o bien guardaré silencio sobre la causa que lo provoca, igual que sobre toda la existencia de este héroe, su nacionalidad, etc. o bien, si es preciso, modificaré el desenlace» (v. ob. cit., p. 112; carta de Verne datada el 11 de junio de 1869). < <

[37] Conrad Malte-Brun (1832): *Précis de géographie universelle*,
París, ed. Aimé André, vol. II, p. 591. < <

[38] Dekiss (1991): pp. 63-64. < <

[39] Salabert (2005): p. 178. < <

[40] Ray Bradbury, «Marvels and Miracles», *New York Times*,
20-III-1955,

p. 27. < <

[1] En el sitio <<https://gallica.bnf.fr>> de la Biblioteca Nacional de Francia se pueden consultar dos manuscritos de *Veinte mil leguas de viaje submarino*. El más antiguo, incompleto, y el más reciente, completo. Cuando nos referimos exclusivamente al «manuscrito» nos referimos a este último. En la bibliografía general, aportamos, además, diversas referencias a artículos y estudios sobre ambos manuscritos. < <

[2] V. cap. XVI de la primera parte. < <

[3] Jules S. C. Dumont

d'Urville

(1841): *Voyage au pôle sud et dans sur les corvettes Astrolabe et la Zélée*

l'Océanie

l'

, Paris, ed. Gide, vol. I, p. XXXV. < <

Notas de la primera parte

[1] Esta frase no figura en el manuscrito. < <

[2] *Skipper* y *master*: términos de origen inglés, utilizados también en francés, que designan, respectivamente, al capitán o al patrón de una embarcación, en función de la clase y de la categoría de esta. En cuanto a «América», es preciso tener en cuenta que Verne utiliza a menudo ese topónimo para referirse exclusivamente a los Estados Unidos; lo mismo ocurre con el gentilicio «americano». Algo similar sucede a veces con los términos «inglés» y «británico». < <

[3] H69 y *MÉR*: «la velocidad incalculable». < <

[4] Los cuatro sabios que siguen a continuación tuvieron en común algunos detalles: fueron naturalistas, franceses, hijos de la Ilustración y profesores del Museo de Historia Natural de París — hecho muy relevante en esta novela; v. la nota sobre el Jardín Botánico (el *Jardin des plantes*) en el capítulo siguiente—, pero, sobre todo, fueron grandes ictiólogos y estudiosos de la fauna marina en general. Ciertos datos de biología marina que utiliza Verne proceden de ellos, directa o indirectamente.

El primero, Georges Cuvier
(1769-1832),
quizá sea el más importante y a él le debe la ciencia aportaciones en los campos de la anatomía animal, la paleontología y la ictiología. Entre sus obras destacan *Le règne animal distribué son organisation d'après*

(1817), *Recherches sur les ossements fossiles de quadrupèdes* (1812) y la *Histoire naturelle des poissons* [publicada a partir de 1828, en colaboración con Achille Valenciennes (1794-1865)]. Cuvier se ocupó también del estudio de los cetáceos y definió a la ballena como «un mamífero que carece de patas». El interés que despertaron sus descubrimientos científicos hizo que hasta Honoré de Balzac

(1799-1850),
admirador de la prosa de Cuvier, lo denominara en *La piel de zapa* «el más grande poeta de [su] siglo».

Étienne de la Ville, conde de Lacépède
(1756-1825):
continuador de la *Histoire naturelle* del naturalista Georges-Louis Buffon
(1707-1788),
del que fue colaborador, y autor de la *Histoire naturelle des poissons*
(1798-1803)

y de la *Histoire naturelle des cétacés* (1804). Como se verá más adelante, la influencia de los estudios ictiológicos de Lacépède en el proceso de documentación de Verne para redactar la novela fue más que notable.

Auguste-André-Marie *Duméril*

(1812-1870)

también escribió una *Histoire naturelle des poissons*

(1865-1870).

Su padre, André-Marie-Constant *Duméril*

(1774-1860)

empezó su carrera como médico, pero pasó a trabajar como colaborador de Cuvier y Lacépède en el Museo. Escribió una *Ichthyologie analytique* (1856). En 1805, visitó España para estudiar la fiebre amarilla.

Jean-Louis *de Quatrefages* de Bréau

(1810-1892):

seguidor también de las teorías de Cuvier. Fue estudioso de la antropología prehistórica y llevó a cabo importantes investigaciones acerca del origen del hombre. Entre sus libros figura *humaine*

L'espèce

(2.^a ed., 1877). Según JN, Verne utiliza el tratamiento de cortesía, «señores», precediendo los apellidos de los dos últimos porque en la época en que se publicó la novela por primera vez estaban vivos.

< <

[5] En diversas ediciones aparece erróneamente Burnach, en vez de Burmah, tal como señala WB. Lo mismo ocurre en el manuscrito.

< <

[6] * Unos 106 metros aproximadamente. Un pie inglés equivale a 30,48 cm

(N. del T. Las notas que aparecen con asterisco son de Jules Verne). < <

[7] *Kullammak* y *Umgullick*: en *MÉR* y H69, los términos son «Kulammok y Umgullil». En el capítulo XII de la segunda parte, Verne escribe Hullamock y Umgallick. Ambos términos proceden de las lenguas aleutianas. Según la taxonomía moderna, el primero corresponde a la «ballena franca del Pacífico Norte» (*Eubalaena japonica*) y el segundo, a la «ballena azul» o el «rorcual azul» (*Balaenoptera musculus*); esta última es probablemente el animal más grande del mundo y puede alcanzar los 30 metros. Toda esta frase no figura en el manuscrito. Tal como recoge VD, es probable que Verne se inspirase en el libro *Les mystères de l'océan*

(v. bibl.; publicado en 1864), de Arthur Mangin (1824-1887),

donde menciona a la *culammak* y la *umgullik* (p. 330); Verne vuelve a utilizar estos términos en su libro *Las aventuras de Jean-Marie Cabidoulin* (1901).

Islas Aleutianas: archipiélago que prolonga la península de Alaska hacia el mar de Bering, en dirección al SO. Entre sus principales islas figuran: Umnak, Unalaska, Rat, Near, Agath y Attu.

< <

[8] En ciertas ediciones figura Iseman, pero en otras, Inmann, nombre que se repite en el capítulo XX de la segunda parte. El término correcto es Inman. WB apunta el nombre completo de la compañía: *Inman and International Steamship Company*. < <

[9] *Moby Dick*: en *MÉR* y en H69, escribe «Maby Dick». JN y VD mencionan la posible influencia, una vez más, de Arthur Mangin, que narra una leyenda escocesa del mismo nombre (ob. cit., p. 297). Es difícil, naturalmente, no pensar en el gigantesco cachalote blanco de ficción del que trata la obra del escritor norteamericano Herman Melville

(1819-1891)

Moby Dick or the Whale, publicada en 1851. En la novela, el capitán Achab persigue incansablemente por los mares al cachalote para darle muerte. Fuertemente inspirada por la obra de Edgar A. Poe

(1809-1849),

La narración de Arthur Gordon Pym (1838) —admirada por Verne y que, como se explica más adelante, dejará su huella en *Veinte mil leguas de viaje submarino*—, *Moby Dick* no se tradujo al francés hasta 1928, en una versión abreviada, como indica VD. Es probable que Verne hubiese leído una extensa referencia a la obra de Melville en un artículo de E.-D. Forgues

(1813-1883)

publicado en la *Revue des Deux Mondes* (enero-marzo de 1853; pp. 491-515).

En cuanto al *Kraken* o Craken, *El libro de los seres imaginarios* de Jorge Luis Borges describe a este animal como «una especie escandinava del zaratán y del dragón de mar o culebra de mar de los árabes». Siguiendo a Borges, entre los autores que tratan de este ser figuran Pontoppidan —que aparece más adelante— y el poeta inglés Tennyson

(1809-1892),

de quien el escritor argentino traduce una hermosa pieza juvenil que comienza: «Bajo los truenos de la superficie, en las honduras del mar abismal, el Kraken duerme su antiguo, no invadido sueño sin sueños». < <

[10] *Aristóteles* de Estagira (–384/–322). Filósofo griego, discípulo de Platón (–427/–347) en Atenas y, posteriormente, preceptor de Alejandro Magno (–356/–323). En sus estudios, tocó casi todos los campos del saber. Es el creador de la lógica como disciplina. Dentro de la filosofía de la naturaleza, destaca su *Historia de los animales* (o *Investigación sobre los animales*), que es el primer intento científico de clasificarlos. En esta obra, describe delfines, orcas, cachalotes y ballenas, a los que define como mamíferos, anticipándose a su tiempo (v. 489 b 4, 521 b 24, 537 a 31, etc.).

C. Plinius Secundus o *Plinio* el Viejo

(23-79),

naturalista romano, además de desempeñar la carrera militar, estudió materias como la zoología, la botánica y la mineralogía entre otras. Su principal obra es la *Historia natural*, que consta de 37 volúmenes, en la que sigue, frecuentemente, las teorías aristotélicas. También estudió a los cetáceos. Plinio, sin embargo, no tiene empacho en admitir la existencia de monstruos de colosales dimensiones, sobre todo en la India (v. *Historia natural*, IX, III, 2 y ss.). < <

[11] Erik *Pontoppidan*

(1698-1764):

teólogo y erudito danés. Fue obispo de Bergen (en Noruega, pero perteneciente entonces a Dinamarca) y procanciller de la Universidad de Copenhague. Publicó obras históricas y de geografía, entre ellas el *Atlas danés*

(1763-1764).

Sin embargo, nos interesa particularmente aquí por su obra *Historia natural de Noruega*, de 1752, citada en el ya mencionado *Libro de los seres imaginarios* de Jorge Luis Borges. Pontoppidan, que creía a pies juntillas en el Kraken, dice que el lomo de ese animal tiene una milla y media de longitud y sentencia que «las islas flotantes son siempre Krakens». < <

[12] La grafía oscila en las diversas ediciones entre Paul Heggede y Paul Eggede. Sin duda es a Poul Egede (1709-1789)

a quien se refiere Verne. Misionero dano-noruego, hijo de Hans Egede, a su vez misionero luterano en Groenlandia y fundador de Godthåb, capital de la isla. Fue su padre, Hans (1686-1758),

quien escribió una *Descripción e historia natural de Groenlandia* y aseguró haber visto una especie de pulpo gigante en 1734. Poul se ocupó sobre todo de estudios lingüísticos acerca de la lengua autóctona de los pueblos de Groenlandia. < <

[13] Según WB y VD, Verne sigue aquí a Mangin (v. bibli.; pp. 301-303), que se refiere al capitán George Henry Harrington, quien presenció un hecho similar al descrito, a bordo del *Castilian* (Verne escribe *Castillan*), el 12 de diciembre de 1857. La noticia se publicó en *The Times* el 16-II-1858.

< <

[14] *Le Constitutionnel*: no se trata de otro buque, sino de un periódico francés de corte conservador. La referencia es a la metáfora política sobre «la hidra de la anarquía» (JN), objeto del temor de la burguesía francesa. < <

[15] El *Instituto Smithsonian* (*Smithsonian Institution*) fue fundado en Washington en 1846, con el legado de James Smithson (1765-1829),

y se dedica al fomento de la investigación científica. La revista *The Journal of the Indian Archipelago and Eastern Asia* fue fundada por James Richardson Logan

(1819-1869)

en Singapur y se publicó entre 1847 y 1862. François-Napoléon-Marie Moigno

(1804-1884),

jesuita, matemático y físico francés, estudió el cálculo diferencial e integral. A partir de 1852, se encargó de dirigir la redacción de la revista *Cosmos* (creada por el español Benito R. de Monfort) y, en 1863, fundó *Les mondes*. August Petermann

(1822-1878),

geógrafo alemán, creó la publicación de su especialidad *Petermanns Geographische Mittheilungen* [*Comunicaciones geográficas de Petermann*]. Organizó expediciones científicas a África y a Groenlandia. Verne lo menciona en varios libros anteriores a *Veinte mil leguas de viaje submarino*, como *Cinco semanas en globo* (1863) o *Viaje al centro de la Tierra* (1864). < <

[16] Carl af Linné o Carlos de Linneo
(1707-1778):

naturalista y médico sueco. Es el padre de la sistemática y de la taxonomía modernas. Ideó un sistema de nomenclatura con dos elementos (binominal) que precisa las nociones de género y especie animal. Entre sus obras figuran: *Sistema de la naturaleza*, *Géneros de plantas* y *Especies de plantas*. La frase que cita Verne, en el original latino de Linneo es: *Natura non facit saltus* («La naturaleza no actúa a saltos»: *Philosophia botanica*, sección 77, ed. de 1809); el juego de palabras intraducible se produce en francés entre las palabras homófonas *sots*, estúpidos o tontos, y *sauts*, saltos. Tal como indica LP, se encuentra una referencia muy similar en la obra del filósofo G.

W. Leibniz

(1646-1716)

Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano (v. IV, 16), publicada póstumamente en 1765: «Todo avanza gradualmente en la naturaleza, y nada se produce a saltos». La idea de fondo procede de la *Historia de los animales*

(588 b)

de Aristóteles y se refiere al hecho de que la transición entre los seres vivos se produce de forma gradual, no abrupta. < <

[17] En el manuscrito, Verne mencionaba el periódico *Le Figaro*.

< <

[18] *Hipólito*: según la mitología griega, hijo de Teseo, rey de Atenas, y de la amazona Antíope. Apasionado por la caza, veneraba a Ártemis, diosa de las artes cinegéticas, y despreciaba a Afrodita, diosa del amor. Esta tramó la perdición de Hipólito haciendo que la segunda esposa de su padre, Fedra, se enamorase perdidamente del joven, que no accedió a sus requerimientos. Desesperada, Fedra simuló un intento de violación por parte de Hipólito, lo que llevó a Teseo a pedir la intervención de Posidón, dios del mar, para matar a su hijo, al ser él incapaz de hacerlo. Posidón envió un monstruo marino que espantó a los caballos de Hipólito y ocasionó su muerte. El tragediógrafo griego Eurípides (–485/–406) se inspira en este mito para componer su *Hipólito*, obra representada en Atenas en –428 (cf. verso 1210 y ss.). Posteriormente, el autor latino Séneca (–4/65) también se inspira en Eurípides para escribir su tragedia *Fedra* (cf. verso 1030 y ss.). En este pasaje, Verne parafrasea unos versos de la escena VI del acto V de otra *Fedra*, la tragedia del autor francés Jean Racine (1639-1699), representada en enero de 1677:

Hipólito va solo, de un héroe digno vástago,
refrena sus corceles, ya toma sus venablos,
al monstruo se le llega, arroja su arma impávido
y con profunda brecha traspásale el costado. < <

[19] Como señala WB no parece realista pensar que un buque procedente de Canadá navegase por esa latitud. Ello se debe, muy probablemente, a que Verne no corrigió las coordenadas geográficas, pese a haber sustituido por referencias al *Moravian* las que había hecho, en el manuscrito, al trayecto de otro buque denominado *Lafayette* entre la ciudad de Veracruz (México) y el puerto de Saint-Nazaire (muy cercano a Nantes). < <

[20] Samuel *Cunard* (1787-1865). Naviero de origen británico establecido en Canadá. Creó la compañía marítima *Cunard White Star Line* y estableció una línea postal regular entre Inglaterra y los Estados Unidos. La empresa continúa existiendo en la actualidad y cuenta con buques como el *Queen Mary 2*. < <

[21] Este buque, que iba a ser bautizado *Leviatán*, fue proyectado por el ingeniero Isambard K. Brunel

(1806-1859)

y botado como *Great Eastern* en 1857. A la sazón, era el buque más grande del mundo. Verne, que había quedado fuertemente impresionado al ver el transatlántico en Londres en 1859, viajó en él a Nueva York en 1867 (época de gestación de nuestra novela) en compañía de su hermano Paul. Posteriormente, en su obra *Una ciudad flotante* (1870), Verne utiliza el *Great Eastern* como *leitmotiv*. La explotación del buque resultó ser deficitaria. Tras servir para múltiples usos fue desguazado en 1889. < <

[22] Como otros barcos que cita Verne, el *Scotia* existió realmente. Fue construido en 1861 y fue el último buque mixto de ruedas de álabes y vapor de Cunard destinado al servicio trasatlántico. También aparece citado en *Los hijos del capitán Grant* (1865-1867),

por ejemplo. Curiosamente, en la edición de *The Times* del 3-V-1867

(p. 10), se recoge la noticia del abordaje producido en la madrugada del 11-IV-1867

en el Atlántico entre el vapor *Scotia* de la compañía Cunard y el buque *Berkshire*, de Boston, que transportaba algodón y acabó yéndose a pique, aunque, al parecer no se registraron víctimas mortales. El *Scotia* sufrió algunos daños en el incidente. El asunto pasó a los anales del Derecho del Mar. Se entiende que las coordenadas son norte y oeste, respectivamente. < <

[23] VD anota que se trata de Sir James Anderson
(1824-1893),

uno de los capitanes de la compañía Cunard. Verne se vuelve a
referir a él en el capítulo XX de la segunda parte. < <

[24] En *MÉR* y H69, el término utilizado era «los paleadores». < <

[25] *Bureau Veritas* [«Agencia Véritas»]: oficina internacional de información marítima fundada en 1828 en Amberes y trasladada a París en 1832. Se dedica a la estadística de las construcciones navales y los naufragios, entre otras cosas. Publica un registro y un repertorio. < <

[26] Las *mauvaises terres* («malas tierras» [para atravesarlas]) del original son el nombre que dieron los tramperos canadienses francófonos a unas vastas extensiones de terreno yermo, erosionado y muy accidentado en lo que hoy día son los Estados de Dakota del Sur y de Nebraska, cerca de las montañas Rocosas. Encierran importantes yacimientos de fósiles y en la actualidad forman parte de un parque nacional (Badlands National Park) en el Estado de Dakota del Sur. < <

[27] Esta institución de investigación científica se denomina en francés *Muséum national naturelle*

d'histoire

desde 1793, frecuentemente abreviado como «le *Muséum*» [v. en el capítulo siguiente la nota sobre el Jardín Botánico de París (*Jardin des plantes*)]. < <

[28] *Poner el dedo en la llaga*: clara alusión a Santo Tomás, paradigma cristiano de la incredulidad. V. los Evangelios de Juan

(20, 24-29),

Marcos

(16, 14-18)

y Lucas

(24, 36-49).

< <

[29] Muy atinadamente VD menciona un pasaje muy similar en el artículo ya mencionado de

E.-D. Forgues

(p. 494) sobre el *Moby Dick* de Melville, ya que el don de la ubicuidad del cachalote hacía pensar que estaba dotado de la potencia de una máquina de vapor. < <

[30] *Chassepot*: arma de fuego similar al mosquetón. Debe su nombre a Antoine A. Chassepot

(1833-1905),

maestro armero que perfeccionó el antiguo fusil del ejército francés, basándose en el de aguja prusiano. El *chassepot* era un arma ligera, de gran alcance y cómodo manejo. Verne la cita como una innovación porque fue precisamente en 1866 cuando la adoptó como arma reglamentaria el ejército de su país. En una carta a su familia, fechada en noviembre de 1870 —en el contexto de la guerra franco-prusiana

(1870-1871)

y de sus labores como guardia nacional—, Verne escribe que ha «comprado un *chassepot* y 150 cartuchos» [v. bibl.; Dumas (1988), carta n.º 159, p. 454; citado por Valetoux, p. 89]. En cuanto a los torpedos, seguimos a WB cuando recuerda que pueden ser también «minas submarinas». La segunda acepción de *ariete*, según el *Diccionario de la lengua española*, es: «buque de vapor, blindado y provisto de espolón, que se usaba para embestir a otras naves y echarlas a pique». < <

[31] Los *monitores* eran barcos de guerra de pequeño calado, fuertemente acorazados y armados para atacar y defender las costas y los ríos caudalosos. Fueron construidos en los EE. UU. por el ingeniero sueco-estadounidense John Ericsson (1803-1889)

y participaron activamente en la Guerra de Secesión de ese país. Una de las batallas navales más importantes de dicha guerra enfrentó en 1862 al *Monitor*, buque yanqui, con el *Virginia*, monitor confederado. En 1915, durante la I Guerra Mundial, los británicos emplearon *monitores* para atacar las costas belgas, los Dardanelos y el Canal de Suez. < <

[32] Cf. el título de la obra del profesor Aronnax con *Les mystères*
de

l'océan

[*Los misterios del océano*], de Arthur Mangin, que ya hemos mencionado (v. n. 6, cap. I de la primera parte), una de las obras más consultadas por Verne para la redacción de la novela. < <

[33] Se ha especulado mucho con el presunto origen del apellido del profesor *Aronnax*, por ejemplo como una variante del topónimo Oyonnax, a la que se habría añadido el apellido Aron. No se ha llegado a una solución convincente, aunque alguien podría pensar también en el topónimo Arona (existente en Tenerife y en Papúa Nueva Guinea, dos lugares que, como veremos, desempeñan un papel importante en la novela). En el manuscrito, Verne escribe a veces Arronnax. < <

[34] *MÉR* y H69: «la conclusión» en vez de «un extracto». < <

[35] Cabe señalar que la máxima profundidad del océano que se conoce hasta la fecha se encuentra en la denominada «fosa de las Marianas», en el Pacífico, y es de

10 994

metros. En el manuscrito, Verne no es tan preciso y escribe solamente: «varias millas». < <

[36] Verne utiliza un adjetivo que se emplea, esencialmente, para designar la madera que no flota. En la actualidad, la característica de los organismos marinos adaptados a vivir a grandes profundidades se conoce como «barofilia». < <

[37] En realidad, el tamaño del narval adulto (*Monodon monoceros*) oscila entre los 4 y los 4,5 metros. Se encuentran algunos párrafos muy similares a estos en *Le monde sous-marin* de Zurcher y Margollé (v. bibl.; pp. 134-135), quienes citan, a su vez, a Lacépède, científico del Museo. < <

[38] Esta comparación no figura en el manuscrito. < <

[39] H69: «por su velocidad al cuadrado». < <

[40] *Rams* (en inglés en el original): arietes, buques armados con un espolón. < <

[41] En el manuscrito, la frase acaba en «gigantes». < <

[42] La *Shipping and Mercantile Gazette* (fundada en 1838) se fusionó en 1884 con la *List*

Lloyd's

(título correcto de la publicación que cita Verne, que fue fundada en 1734 y continúa publicándose en la actualidad). Según LP, *Le Paquebot* se publicó en Francia entre 1866 y 1869. La *Revue maritime et coloniale*

(1861-1896)

fue una publicación del Ministerio de la Marina y de las Colonias francés. < <

[43] *MÉR* y H69: «una fragata-ariete, de muy buen andar». < <

[44] *Farragut*: existió un marino estadounidense con ese apellido. Se trata de David Glasgow Farragut (1801-1870).

Ingresó con solo nueve años de edad en la Marina. En 1821, ya era teniente de navío. Su celebridad es debida, sobre todo, a sus hazañas contra los rebeldes sudistas en el Misisipi y en Nueva Orleans durante la Guerra civil norteamericana (1861-1865).

En 1864, su ataque al puerto confederado de Mobile le valió el ascenso al grado de vicealmirante. En 1866, llegó a almirante. En 1867-1868

se hizo cargo de la Escuadra Europea de la Marina estadounidense y visitó diversos puertos europeos. El padre de Farragut, Jorge Farragut o Jordi Ferragut (1755-1817),

fue un menorquín, nacido durante la ocupación inglesa de la isla, que había emigrado en 1776 a tierras americanas y combatió por la independencia de los Estados Unidos, donde adaptó su nombre como George Farragut. < <

[45] *MÉR* y H69: «el *Tampico*, un vapor». < <

[46] * Tipo de muelle especial para cada embarcación. < <

[47] Según JN y WB se trata de un hotel, situado en la esquina entre la 5.^a Avenida y la calle 23, en el que se había alojado Jules Verne en abril de 1867, durante su breve estancia en los Estados Unidos. Entre el 17 de marzo y el 26 de abril, Jules y su hermano Paul cruzaron el Atlántico a bordo del *Great Eastern* y visitaron Nueva York, los lagos Ontario y Erie, y las cataratas del Niágara. Años más tarde, también se valió de esa experiencia en la redacción de *La isla de hélice* (1895). < <

[48] Verne destaca algo que en su época aún era imposible: cruzar el océano Ártico por el norte de Canadá. Durante años, en busca de una ruta marítima más corta hacia el Extremo Oriente, para unir el océano Atlántico con el Pacífico, los navegantes intentaron atravesar el archipiélago canadiense pasando por el océano Ártico. Tras los primeros intentos de John Cabot (1450?-1500?) en 1497, que al llegar a Terranova creyó estar en Asia, se sucedieron otras expediciones infructuosas como las de M. Frobisher (1535?-1594) en el siglo XVI, H. Hudson y W. Baffin (1584?-1622) en el siglo XVII, y C. Middleton (?-1770) en el XVIII. Ya en el XIX, fracasó también J. Ross

(1777-1856)

y se produjo la tragedia de la expedición de Sir John Franklin

(1786-1847),

navegando a bordo del *Erebus* y el *Terror*, que pereció con toda la tripulación en 1847. Hubo que esperar al 16 de junio de 1903 a que Roald Amundsen

(1872-1928),

a bordo de un simple pesquero noruego, el *Gjøa*, abriera el paso del noroeste. Amundsen zarpó de Baffin, atravesó los estrechos de Lancaster y Dear y llegó a la bahía de Beaufort. Por otra parte, la primera travesía submarina del Polo Norte, por el paso del noroeste, la realizó un submarino estadounidense, llamado *Nautilus*, en 1958 y en el sentido Pacífico → Atlántico. < <

[49] *Jardín Botánico (Jardin des plantes)*: fue fundado en París en 1626 como Jardín Real de Plantas Medicinales. Antes de la Revolución de 1789, se lo conocía como Jardín del Rey. En él investigaron los naturalistas de más renombre de los siglos XVII y XVIII, entre ellos el mencionado Buffon, maestro de Cuvier y Lacépède. Como quedó dicho, a partir de 1793, tras la Revolución, pasó a denominarse Museo Nacional de Historia Natural, donde el ilustre Aronnax era profesor adjunto. Según Pierre Boitard (1789-1859),

el Jardín se salvó del expolio gracias a la intercesión de algunas personas que consiguieron persuadir a los revolucionarios de que las plantas medicinales eran útiles para los enfermos y de que el laboratorio de química podría producir pólvora. Dice la leyenda que uno de los árboles más viejos de París es una falsa acacia del Jardín plantada en 1636. < <

[50] Como puede deducirse, Conseil significa «Consejo» en francés. Verne lo llama en todo momento así, por lo que podría tratarse tanto de su nombre como de su apellido. La última parte de la frase debe entenderse como un guiño irónico. Daniel Compère expone detalladamente en su artículo «Conseil» (v. bibl.) que Verne había conocido y tratado en Le Tréport, entre 1866 y 1868, a un ingeniero e inventor llamado Jacques-François Conseil (1814-?) y que, por tanto, el personaje de la novela se llama así en homenaje a este, quien desde 1836 llevaba a cabo pruebas con un aparato sumergible elipsoidal de tres toneladas de arqueo y «el 29 de abril de 1858 había efectuado en el Sena una inmersión de media hora aproximadamente entre el Pont Neuf y el Pont Saint Michel de París». Jacques-François Conseil había concebido su pequeño submarino como un barco de salvamento de naufragos y había publicado en 1865 un folleto explicativo. Al parecer, sus experimentos fueron baldíos y no encontró lo que hoy llamaríamos un «inversor providencial» para seguir adelante. < <

[51] En la actualidad, es preciso diferenciar la clasificación, que es el simple hecho de distinguir clases o especies de seres vivos, de la sistemática y de la taxonomía. La taxonomía trata del sistema o sistemas de clasificación de los seres vivos, para lo que son necesarios unos presupuestos teóricos que son el objeto de estudio de la sistemática. < <

[52] Esta frase no figura en el manuscrito. < <

[53] Son especies fósiles de mamíferos. < <

[54] H69: no aparece el adjetivo «vivo». El *babirusa* es un mamífero parecido al jabalí. Su nombre malayo está compuesto de los términos «puerco» y «ciervo». Su carne es de gran calidad y sus colmillos se utilizaban como adorno. No es infrecuente verlo aparecer en las novelas de Emilio Salgari. Como señalan diversos estudiosos, resulta sorprendente que Aronnax y Conseil, que viajan desde Nebraska, lo hagan con un babirusa vivo. < <

[55] Aunque en muchas versiones no se traduce, vemos en el inciso de Verne otro rasgo de ironía al insistir en el nombre de su país, que figura entre paréntesis. Por otra parte, los atlas nos revelan que París no es un topónimo inhabitual en otros lugares del mundo (recuérdese la película de Wim Wenders titulada *París, Texas*, de 1984). < <

[56] La «bocina» es un molusco que también se conoce como «buccino», «caracola» o «caracolillo de Bruselas» (*Buccinum undatum*). En el manuscrito se utilizaba el término de una de las especies de tróquidos, moluscos conocidos como «trompos» o «peonzas» por su forma. < <

[57] En el manuscrito la formulación de esta frase era más tajante: «cuya narración verídica, pese a todo, no hallará más que una inmensa mayoría de incrédulos». < <

[58] *Go ahead!* (en inglés en el original; en *MÉR*: *Go head!*):
«¡Avante toda! ¡De proa!». < <

[59] * Pequeños barcos de vapor que prestan servicio a los grandes vapores. < <

[60] Error de Verne. En 1867 componían los EE. UU. solamente 37 Estados. < <

[61] *Light-boat* (en inglés en el original): «barco faro». Barco fondeado para balizar, gracias a sus señales luminosas, un punto peligroso para la navegación. < <

[62] Siguiendo con la cuestión de los monstruos marinos, pulpos, krakens, etc., quedaba por aparecer el *Leviatán*, ya mencionado en el *Antiguo Testamento* (v. *Salmos* 74,14: «[...] las cabezas de Leviatán despedazaste / para hacer de ellas pasto de los monstruos del mar [...]]; v. también: *Salmos* 104,26; *Isaías* 27,1 (donde lo describe como «serpiente huidiza», «serpiente tortuosa»; y *Job* 3,8 y 40,25). Sobre el Leviatán, recordemos que fue el primer nombre del *Great Eastern* (v. n. 20 del cap. I de la primera parte). < <

[63] *Caballero de Rodas*: referencia a los caballeros hospitalarios de las cruzadas medievales, que se establecieron en 1309 en la isla griega de Rodas (la más importante del Dodecaneso, en el Egeo oriental), procedentes de Chipre, adonde habían llegado tras la caída de Acre en 1291. En Rodas, instalaron un hospital y la sede de la Orden de San Juan de Jerusalén. Concretamente, *Dieudonné de Gozon* (?-1353), caballero provenzal, fue el XXVII Gran Maestre de dicha orden. Según la tradición caballeresca, libró la isla de Rodas de un monstruo, con forma de serpiente o dragón, que la assolaba. Falleció repentinamente y en su tumba se mandó grabar la inscripción *Draconis extinator*, «exterminador del dragón». < <

[64] Según el *Diccionario de mitología* de Pierre Grimal, existen cuatro personajes llamados Argos en el mito griego. Parece claro que Verne se refiere al segundo de ellos, un tataranieto de Zeus dotado de cien ojos y de una fuerza prodigiosa. Hera, esposa de Zeus, le encargó que vigilara a Ío, de la que estaba celosa; Argos podía vigilarla sin cesar, ya que mantenía abiertos la mitad de sus cien ojos mientras dormía. Pero Zeus, que deseaba a Ío, ordenó a Hermes que hiciese dormir a Argos con la flauta de Pan y acabase con él. Hera, para inmortalizar a Argos, trasladó sus ojos al plumaje del ave que le estaba consagrada, el pavo real. En cualquier caso, Argos también es el nombre del constructor de la nave *Argo* («la célere») en la que navegaron los Argonautas en pos del vellocino de oro. < <

[65] La Exposición Universal de París de 1867 estaba consagrada al tema del trabajo y, según la Oficina Internacional de Exposiciones, se celebró entre el 1 de abril y el 3 de noviembre. Hemos de interpretar este pasaje como una conjetura del profesor Aronnax, que en la época del accidente del *Scotia*, como hemos visto, regresaba de una expedición de seis meses en Nebraska y, por ende, no podía haber asistido a la Exposición. < <

[66] En 1864, el capitán ballenero noruego Svend Foyn (1809-1894)

inventó el terrible cañón lanzaarpones, que revolucionó la caza de la ballena. El arpón, que podía alcanzar cincuenta metros de distancia, estallaba al clavarse en el cuerpo del cetáceo y liberaba un recipiente de ácido sulfúrico que, a su vez, prendía un cartucho de pólvora provocando una explosión. Evidentemente, las ballenas no tenían ninguna oportunidad de salir con vida. < <

[67] No se le escapará al lector el hecho de que, paradójicamente, el apellido inglés del rey de los arponeros, todo un marino, signifique «Tierra». Por otra parte, en inglés, los *landmen* o *landsmen* eran los embarcados forzosos en las levas practicadas por la Armada en las poblaciones costeras. Cabe añadir que Verne pudo estar influido por el libro de ambiente marino *Ned Myers* (1843), del escritor estadounidense James Fenimore Cooper

(1789-1851),

más conocido por ser el autor de *El último mohicano* (1826). < <

[68] François *Rabelais*

(1483-1553):

escritor y humanista francés, célebre sobre todo por sus obras satíricas *Pantagruel* (1532) y *Gargantúa* (1534), en las que se mofa de la épica. La alusión a la lengua hay que verla con la perspectiva de las siguientes líneas, cuando Verne se refiere a Quebec. En efecto, el francés es oficial en esta actual provincia (y también ciudad) canadiense, de la que Jacques Cartier

(1491-1557)

tomó posesión en nombre de la Corona francesa en 1534. Durante años, empero, la lengua se vio aislada por la presión del inglés y de los colonos ingleses, de modo que cuajó en la población manteniendo rasgos diferenciados respecto del francés metropolitano. < <

[69] En el manuscrito, añadía: «conmigo». < <

[70] Se ha dado en llamar Homero al supuesto creador único de las epopeyas griegas arcaicas, la *Ilíada* y la *Odisea*. Algunos filólogos y eruditos apuntan que no fue más que un rapsoda, un cantor, que reunió allá por el siglo -VIII una serie de leyendas orales. La *Ilíada* narra la guerra de Troya entre los pueblos helénicos (denominados en la obra aqueos, argivos, dánaos, etc.) contra los troyanos, habitantes de una ciudad bastión de los Dardanelos, en la actualidad territorio de Turquía. La guerra la había provocado el rapto de Helena, esposa del caudillo griego Menelao, a manos del troyano Paris, ayudado por la diosa Afrodita. Con la referencia obligada a la épica griega, Verne nos apunta uno de los rasgos fundamentales de Ned Land: su carácter de persona no «leída», de una cultura de la oralidad frente a lo escrito, de la épica, frente a la ciencia de Aronnax. Estos rasgos vienen a sumarse a los de la descripción de su fisonomía, que podrían encajar perfectamente con los de un héroe homérico. < <

[71] En el manuscrito, añadía: «y no como yo suponía que era al principio de la expedición». < <

[72] *Patagonia*: meseta semiárida del sur de la Argentina. Habitada originalmente por los patagones, su exploración exhaustiva no dio comienzo en realidad hasta después de mediados del siglo XIX. < <

[73] En el manuscrito, la frase era simplemente: «ese mar misterioso cuyas profundidades son inaccesibles a la mirada del hombre». < <

[74] La etimología del término nos dice que «molusco» viene del latín *molluscus*, derivado del adjetivo *mollis*, *molle*, que significa «blando». < <

[75] En *MÉR* y H69 no figura «tan poderoso», sino solamente «ese organismo». < <

[76] Jules Verne fue amigo, sobre todo, del explorador Jacques Arago

(1790-1855),

[v. Dumas (1988), pp. 301-302]. Sin embargo, la cita corresponde a Dominique-François-Jean Arago

(1786-1853):

astrónomo, físico y político francés, quien fue secretario del «Bureau des longitudes» donde prosiguió junto con Biot la tarea de medir el arco del meridiano terrestre; para ello, entre 1806 y 1808, permaneció en España, donde lo sorprendió la Guerra de la Independencia. Fue detenido por supuesto espionaje y consiguió evadirse. Como científico, sus trabajos más importantes fueron sobre la teoría ondulatoria, el índice de refracción y la densidad del aire, la polarización rotatoria y el magnetismo de rotación. Asimismo, determinó con precisión el diámetro de los planetas. En 1848, se le confiaron los ministerios de Marina y de Guerra, desde los que contribuyó a la abolición de la esclavitud en las colonias francesas. Volviendo a nuestra novela, tal como anota VD, la respuesta de Ned Land corresponde, abreviada, a un pasaje del historiador y pensador griego Plutarco (46?-120?) del que da cuenta François Arago en un capítulo sobre la Luna en su obra póstuma *Astronomie populaire* (1856, vol. 3, p. 510): «Un día preguntaba alguien a Plutarco por qué los potros a los que habían perseguido los lobos corrían más que los otros... y el filósofo respondió: “Porque eso... quizá no es verdad”». Arago se refería, así, a la necesaria prudencia y reserva del científico en su trabajo. En *De la Tierra a la Luna* (1865), Verne pone en boca de Michel Ardan palabras muy parecidas (cap. XXII) en relación con la supuesta influencia de la Luna en las enfermedades nerviosas. En su obra original, Plutarco indicaba que, en realidad, no es que algunos potros corrieran más porque hubiesen aprendido a escapar así de los lobos, sino que es «al contrario»: escapan de los ataques de las fieras porque son capaces de correr más (v. *Diálogos de banquete*, II. 8). < <

[77] En H69 no figura la expresión «o ingenios submarinos». < <

[78] Error de Verne, que no tiene en cuenta que la *Abraham Lincoln* había zarpado de Nueva York en julio. < <

[79] En el manuscrito, la primera frase del capítulo va seguida de esta, sin más texto entre ambas. < <

[80] El estrecho de Magallanes está situado entre el extremo del Cono Sur americano y la Tierra del Fuego

(54° S,

71° O).

Recibe ese nombre en honor del navegante portugués Fernão de Magalhães [conocido como Fernando de Magallanes en español (1480-1521)], que lo descubrió en octubre de 1520, durante su periplo de vuelta al mundo. Magallanes, al servicio de Carlos V, emperador de España, había zarpado el 20 de septiembre de 1519 de Sanlúcar de Barrameda, con cuatro naves, en busca de los mares del Sur; su objetivo era descubrir una nueva ruta para llegar a las Indias, evitando el cabo de Buena Esperanza (en la actual Sudáfrica). Magallanes falleció durante el viaje, víctima de los indígenas de las Filipinas, en 1521. Otro marino, el español Juan Sebastián de Elcano

(1476-1526),

tomó entonces el mando de la expedición y consiguió llegar a Sanlúcar el 6 de septiembre de 1522, con un solo navío, la nao *Victoria*, y dieciocho hombres. Acababan de dar la primera vuelta al mundo. El cabo de las Vírgenes está situado en la embocadura del estrecho de Magallanes, en un punto fronterizo entre Chile y la Argentina. < <

[81] En el extremo sur de América, más abajo de la Tierra del Fuego, se hallan diseminadas algunas islas e islotes. El punto más meridional de estos es el cabo de Hornos, en la isla homónima.

Fueron Jakob Le Maire

(1585-1616),

de Amberes, y Willem C. Schouten

(1580-1625),

marino holandés, quienes lo doblaron por primera vez, el 29 de enero de 1616. El nombre lo recibió en honor de la localidad natal de Schouten, Hoorn (provincia de Holanda Septentrional), pero pasó al español como Hornos. < <

[82] En H69 y *MÉR*, la fragata sigue ese rumbo «tras haber carboneado». Las islas *Pomotu* se conocen actualmente con el nombre de archipiélago de las Tuamotu, y pertenecen a la Polinesia francesa. Constan de innumerables atolones y arrecifes coralinos. Magallanes fue el primer navegante en avistarlas, en 1521. En este grupo se encuentra el famoso atolón de Mururoa, donde Francia llevó a cabo explosiones nucleares experimentales. Las *Marquesas*, también territorio francés en la actualidad (*Marquises*), fueron descubiertas por el navegante español Álvaro de Mendaña Neira (1541-1595)

en 1595, que las llamó así por el marqués de Cañete y virrey del Perú, García Hurtado de Mendoza (1535-1609).

Por último, las islas *Sandwich* no son sino las actuales Hawái, Estado de los Estados Unidos. Fueron descubiertas el 18 de enero de 1778 por el capitán inglés James Cook (1728-1779)

que las bautizó así en honor del IV barón de Sandwich, John Montagu (1718-1792),

primer Lord del Almirantazgo en esa época e impenitente jugador de naipes, afición por la que le debemos el famoso invento del bocadillo o *sandwich*, que Montagu se mandaba hacer y consumía con delectación para no abandonar la mesa de juego en sus partidas y ahorrarse así el tiempo del almuerzo. < <

[83] En *MÉR*, en vez de «nos estremecían de forma insoportable», figura «nos causaban dolores insoportables». En cuanto a «eretismo», Verne utiliza la palabra francesa *éréthisme*, cuya etimología griega significa «excitación, irritación». Según el *Diccionario de la lengua española* de la RAE, «eretismo» significa: «actividad muy intensa, y limitada en el tiempo, de un organismo o parte de él». < <

[84] En su *Historia de los grandes viajes y de los grandes viajeros* (ed. francesa de 1878, p.190), Verne menciona con cierto escepticismo el presunto trato entre Colón y su tripulación, calificándolo de algo meramente imaginario o legendario. Supuestamente, el 10 de octubre de 1492, acordaron darse un plazo de tres días para ver y tocar tierra; de no conseguirlo, pondrían proa a España. El capitán Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557),

uno de los más célebres cronistas de la época y autor de la *Historia general y natural de las Indias* (1535), describe lo que calificaríamos de conato de motín y añade: «y en conclusión [Colón] les dijo que dentro de tres días hallarían la tierra que buscaban [...]. Y [los marineros] dijeron a Colón que aquellos tres días que él tomaba de término y les asignaba, le seguirían; pero no una hora más, porque creían que ninguna cosa de cuantas les decía había de ser cierta» (citamos, actualizando la ortografía, por la edición de José Amador de los Ríos, Real Academia de la Historia, 1851, libro II, cap. V, p. 23, que puede consultarse en <<https://archive.org/stream/historiageneraly01fern#page/22/mode/2up>>). VD recuerda que Verne utiliza la misma anécdota, en boca del profesor Lidenbrock, al final del capítulo XXI de *Viaje al centro de la Tierra*. < <

[85] En el manuscrito, Conseil «miraba con indiferencia». < <

[86] En el manuscrito, se trata de un óvalo «que medía cien pies en su diámetro mayor». < <

[87] Esta frase no figura en el manuscrito. < <

[88] Esta frase no figura en el manuscrito. < <

[89] En el manuscrito, la frase concluye simplemente: «“se apagó”».

< <

[90] En el manuscrito, este pasaje presenta ciertas diferencias. Es el narval el que se aproxima a la fragata. Aronnax no menciona la procedencia de los informes y declara que estos «no habían exagerado en absoluto sus dimensiones». < <

[91] Referencia a los vapores de ruedas que navegaban por el río Misisipi en el siglo XIX y que competían en velocidad para llegar a su destino. WJM y FPW anotan en su edición que los capitanes de esos barcos manipulaban las válvulas de sus calderas y que incluso recurrían a quemar muebles en caso de que se quedaran sin carbón, algo que, salvadas las distancias, hace recordar la célebre escena de la película *Los hermanos Marx en el Oeste* (1940) en la que Groucho pide a gritos «¡Traed madera!» para aumentar la velocidad de una locomotora. < <

[92] En el manuscrito: «hacía vibrar todas las fibras de mi ser». < <

[93] En el manuscrito, los métodos son más «heroicos». < <

[94] En H69 y en *MÉR*: «Continuaré hasta que mi fragata vuele por los aires». < <

[95] En H69 califica a la fragata *Abraham Lincoln* como «ese valeroso navío». < <

[96] Tras la alusión del capítulo IV a Ned Land como «un Homero canadiense», resulta difícil no pensar en ciertos versos homéricos al leer esta frase. < <

[97] En el manuscrito, en vez de la frase anterior y esta, se lee:
«Todos los corazones palpitaban a bordo». < <

[98] En el manuscrito: «... y el arpón golpeó al cetáceo». < <

[99] En el manuscrito, el inicio de este párrafo queda así: «La claridad eléctrica se había extinguido súbitamente, haciendo aún más profundas las tinieblas que nos envolvían. Ya no sabía qué pensar cuando, en un momento, dos trombas de agua...». < <

[100] En el manuscrito, el título del capítulo era: «Una ballena de chapa galvanizada». < <

[101] George Gordon, *Lord Byron*

(1788-1824),

poeta romántico angloescocés, autor de obras como *Childe Harold* (1812-1818),

El corsario (1814), *Lara* (1814), *Don Juan*

(1819-1821),

etc. Célebre no solo por sus facultades literarias sino también por la intensidad con que vivió su vida, Byron destacó además por su helenismo militante, que lo llevó no solo a visitar Grecia en varias ocasiones, sino también a enrolarse con los revolucionarios griegos que luchaban por su independencia contra el Imperio otomano; de hecho, falleció víctima de unas fiebres contraídas en plena guerra en Misolongui, población costera frente al golfo de Lepanto. Byron, que cojeaba de un pie a raíz de una enfermedad infantil, poseía grandes cualidades como nadador, y la referencia de Verne tiene como base la famosa hazaña de aquel, realizada el 3 de mayo de 1810, cuando cruzó a nado el Helesponto —estrecho que marca la entrada en el mar de Mármara desde el Egeo—, a imitación del joven Leandro de Abidos, quien, según la leyenda, lo cruzaba a nado cada noche para ver a Hero, sacerdotisa de Afrodita en Sestos, de la que estaba enamorado.

Edgar Allan Poe (1809-1849), escritor y periodista estadounidense; aunque cultivó la poesía, es sobre todo conocido por sus relatos e historias cortas fantásticas y macabras, como *El gato negro* (1843). En 1838, publicó una novela titulada *La narración de Arthur Gordon Pym* (v. n. 8 del cap. I de la primera parte) —de la que Verne escribió una continuación en 1897 con el título *La esfinge de los hielos*—, que influiría también en ciertos pasajes de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, como se verá más adelante. Poe también era amigo de utilizar datos científicos entrelazados con la ficción, y Verne escribió en 1864 un ensayo sobre él con el título *Edgar Poe y sus obras*. Por otra parte, a Poe se le atribuye haber nadado en un río varias millas contra corriente a los quince años, hazaña que fuentes dignas de crédito consideran

una mera exageración. En un pasaje de su ensayo (v. su cap. I), Verne escribe que Poe era un «nadador notable, al igual que el poeta inglés [Byron], sin que haya de deducirse nada en especial de este paralelismo»; muy probablemente, Verne tenía presentes las palabras del gran poeta Charles Baudelaire

(1821-1867),

el cual había traducido las *Historias extraordinarias* de Poe en 1856 y que, en su introducción biográfica (v. su cap. III), declaraba que este tenía grandes cualidades físicas y «había ganado en su juventud una apuesta como nadador que supera la medida ordinaria de lo posible». < <

[102] *Jonás*: profeta del Antiguo Testamento (v. *Libro de Jonás*). Yahvé le había ordenado que viajara a Nínive a anunciar a sus habitantes la destrucción de la ciudad a causa de la maldad de estos, pero Jonás quiso escapar a su misión y se embarcó para Tarsis —podría tratarse de Tartesos— y durante el viaje fue engullido por un gran pez, que habitualmente se ha identificado con una ballena. Posteriormente, sin embargo, la ballena lo arrojó a tierra firme y Jonás cumplió el mandato divino. < <

[103] En el manuscrito, el título de este capítulo es: «Veinticuatro horas de prisión». Por otra parte, en diversas ediciones y versiones de la obra se perpetúa un error de latín que ya figuraba en *MÉR* y que el editor corrigió posteriormente. En aquella edición apareció un ablativo *mobile*, cuando el correcto es *mobili*. Por lo tanto, utilizaremos la lectura correcta siempre que aparezca este lema. Debe tenerse en cuenta que el adjetivo *mobilis* también podía significar «veloz». < <

[104] *Caledonianos*: el autor juega con el equívoco de las palabras, ya que este gentilicio puede hacer referencia tanto a las tribus indígenas escocesas que en época romana diezmaron las legiones de Septimio Severo

(146-211),

como a los indígenas de Nueva Caledonia, isla del Pacífico que se anexionó Francia en 1853. Se decía que en la isla, como en otras de Melanesia, las tribus podían haber llegado a practicar el canibalismo en ciertos rituales de guerra. Parece una reducción innecesaria traducir aquí simplemente «escoceses» como figura en determinadas versiones. < <

[105] En el manuscrito, Ned concluye la frase de otra manera: «... sin que discuta yo con qué salsa me querrán aderezar». < <

[106] * Cuchillo de hoja ancha que un americano siempre lleva encima. < <

[107] El autor utiliza parte del nombre científico de esta planta, *Phormium* [*tenax*], cuyas fibras utilizaban los maoríes para confeccionar ropa, cordelería, redes, manteles, etc. También se la conoce, menos comúnmente, como «formio». < <

[108] En *MÉR* y en H69 no figura el adjetivo «desnudas». < <

[109] Denis *Diderot*

(1713-1784):

filósofo francés del Siglo de las Luces y editor, junto con Jean le Rond

d'Alembert

(1717-1783),

de la famosa *Enciclopedia*, obra cumbre del racionalismo francés, en la que se pretendía abarcar todo el conocimiento de su época (con 17 volúmenes de texto y 11 de ilustraciones, apareció entre 1751 y 1772). La filosofía de Diderot, influida por las de John Locke

(1632-1704)

y Étienne de Condillac

(1714-1780),

se caracteriza por su defensa del empirismo. Aparte de sus obras filosóficas como los *Pensamientos filosóficos* (1746) o los *Pensamientos sobre la interpretación de la naturaleza* (1754), cultivó también la literatura con obras como *Jacques el fatalista* (1773, inédito hasta 1796) y *El sobrino de Rameau*

(1761-1774,

inédito hasta 1821), entre otras. Tal como anotan JN y LP, el comentario de Verne se refiere a una frase de la obra *Carta sobre los sordos y los mudos* (1751) de Diderot: «Obsérvese, de paso, cuán metafórica es la lengua de los gestos» (p. 43). < <

[110] Pierre-Louis *Gratiolet*

(1815-1865):

médico, anatomista y naturalista francés, especializado en la anatomía del cerebro humano y de otros mamíferos. Nos interesa aquí, especialmente, por sus estudios sobre fisiognomía, entre sus obras figuran *Mémoire sur les plis cérébraux de et des primates l'homme*

(1834) y *De la physionomie et des mouvements d'expression*

(1865). Verne lo cita en más de una obra, por ejemplo, en *El Chancellor* (1874) y en *Cinco semanas en globo* (1863). También desempeñó su labor en el Museo de Historia Natural.

Johann Jakob *Engel* (1741-1802): escritor en lengua alemana y autor, fundamentalmente, de obras de teatro. Escribió también *Ideen zur Mimik* (1785), suerte de manual para actores, que fue traducido al francés. Agradecemos a Volker Dehs la confirmación de la identidad de Engel. < <

[111] La *quiromonía* es, según la Enciclopedia Espasa-Calpe, «el arte de conocer el carácter o condición de las personas por la inspección de las manos». Esta disciplina gozó de cierta aceptación en Francia en el siglo XIX y también se conoce como «quirolología». En 1865 se publicó *La science de la main*, del capitán Casimir Stanislas

d'Arpentigny

(1791-1861).

En una entrevista con el periodista Adolphe Brisson

(1860-1925),

publicada originalmente en el periódico *Le Temps* en su edición del 29 de diciembre de 1897 (p. 2), este escribe que fue

D'Arpentigny

quien hizo que Verne conociera a Alexandre Dumas (v. bibl.: D. Compère y J.-M. Margot, *Entretiens...*, p. 135; otra versión de la entrevista). Por otro lado, los quiromonistas clasificaban las manos en los siguientes tipos: elemental, necesaria, artística, útil, filosófica, psíquica y mixta. < <

[112] Esta última parte de la frase no consta en el manuscrito, en el que el siguiente párrafo y la descripción del personaje difieren a partir de aquí: «Aquel personaje podía tener cincuenta años. Tenía el pelo corto y canoso. No llevaba barba, lo que facilitaba la lectura de su rostro». En párrafos anteriores del manuscrito, que fueron suprimidos en las versiones impresas, Aronnax intuye que el comandante debe de ser una persona apasionada y con un temperamento muy fuerte. < <

[113] En H69, «servir a un alma apasionada». < <

[114] En H69, «una perfecta libertad de movimientos». En el manuscrito, la descripción de la indumentaria era distinta; Verne se refería a la «incomparable elegancia» con que viste el personaje más alto. < <

[115] *Derecho de gentes*: el *ius gentium* de los romanos era el conjunto de reglas establecidas por la razón entre todos los hombres y observadas por la generalidad de los pueblos; también puede ser sinónimo de Derecho internacional público, al regular las relaciones entre las diversas naciones y, por último, suele equivaler también a las leyes de la guerra, con las que se pretende limitar a lo «razonable» los daños infligidos al enemigo en las operaciones militares. < <

[116] *Habeas corpus*: locución latina que significa literalmente «que presentes el cuerpo». Con estas dos palabras comienza una ley inglesa de 1679 por la que se pretendía garantizar la libertad individual en el Estado de derecho. En la práctica supone que cualquier detenido tiene que ser llevado (de ahí lo de «*corpus*») ante el juez o tribunal para que este dictamine sobre lo pertinente de la detención o decida la puesta en libertad del detenido. < <

[117] Michael *Faraday*

(1791-1867):

físico y químico inglés, especialmente conocido por sus aportaciones en el campo del electromagnetismo. Asimismo, intuyó el principio del motor eléctrico, del que construyó un primitivo modelo en 1821; también creó la primera dinamo y estableció las leyes de la electrólisis. < <

[118] Marco Tulio *Cicerón* (–106/–43): político y escritor romano que alcanzó una gran reputación como orador. Efectivamente, Cicerón, que llegó a alcanzar el consulado, máximo cargo de la Roma republicana, era conocido por su estilo inimitable y brillante. Por consiguiente, tiene mucha más gracia la paradoja de que Aronnax desempolva sus latines en una alocución improvisada invocando al maestro de la retórica romana. En el manuscrito, este párrafo y las referencias al latín constituían un añadido marginal.

< <

[119] El volapük y el esperanto, sendas lenguas artificiales inventadas con la intención de que sirvieran para la comunicación universal, no aparecerían hasta 1879 y 1887, respectivamente, después de publicada la primera edición de *Veinte mil leguas de viaje submarino*. No obstante, la frase de Conseil denota el interés existente al respecto en aquella época, al que Verne no era ajeno.

< <

[120] * Criado a bordo de un vapor. < <

[121] VD anota que Jules Verne y su hermano Paul se hospedaron en el hotel Adelphi de Liverpool entre el 18 y el 20 de marzo de 1867, antes de emprender su viaje a los Estados Unidos a bordo del *Great Eastern*. < <

[122] Ni esta frase sobre la ausencia del pan y el vino, en la que alguien podría ver reminiscencias religiosas, ni la siguiente figuran en el manuscrito. < <

[123] Al igual que el título definitivo del capítulo, el lema latino *Mobilis in mobili* era *Mobilis in mobile* en las primeras ediciones y fue corregido más tarde. En el manuscrito, Verne traza un semicírculo en torno a la letra N, lo que se repite en H71, mientras que en *MÉR* y en H69 el lema la rodea como un círculo. En breve aclarará el autor el porqué de ese monograma de aire aristocrático, que, tal como anota LP, podría hacer pensar en la inicial del emperador Napoleón. < <

[124] *Gratias* y *benedicite*: estas palabras forman parte de las oraciones de bendición de la comida que se rezan en las comunidades religiosas en el momento de sentarse a la mesa. El *benedicite* del superior marca el inicio de la comida; al final, la comunidad contesta *gratias agimus tibi, Domine*: «Te damos gracias, Señor». < <

[125] Esta frase no figura en H69. < <

[126] *Dos franceses y un canadiense*: aunque quedó dicho que Conseil era flamenco, recordemos que en Francia también existe un departamento de raíces flamencas como es el del Norte (Lille, la antigua Lila, es su capital y Dunkerque es otra de sus ciudades importantes). < <

[127] Esta frase no figura en el manuscrito. < <

[128] Las reflexiones que se resumen en este párrafo, en el que Verne expone la ambivalencia de los sentimientos del profesor Aronnax respecto al comandante del submarino y a la situación de cautiverio, en general, son las primeras de una serie de ideas que se repetirán a lo largo de la novela. < <

[129] En el manuscrito, la frase concluía en «tambaleándose»; la adversativa es un añadido posterior. < <

[130] En H69: «¿Le arrojó...?» al navío. < <

[131] En la mitología griega se describe habitualmente a la Esfinge como un monstruo con cabeza de mujer y cuerpo de león alado. Según la leyenda, la Esfinge aterrorizaba la ciudad de Tebas y, apostada a las puertas de la ciudad, aniquilaba a los que no respondían a la siguiente adivinanza: «¿Cuál es el animal que tiene cuatro pies en el alba, dos al mediodía y tres en la tarde?» (versión de Jorge Luis Borges, «H.

G. Wells

y las parábolas: *The Croquet Player. Star Begotten*» en *Discusión*, vol. I de sus *Obras completas*, Barcelona, Emecé editores, 1989, p. 275). Edipo, al llegar a Tebas, le respondió correctamente: «El hombre» (que gatea de bebé, camina erguido después y con bastón en la vejez). La Esfinge se autodestruyó y Edipo fue coronado rey de Tebas. La sangrienta continuación de la historia de Edipo está magistralmente recogida en el ciclo tebano de Sófocles (–496/–406). < <

[132] Tal como estudia con todo detalle WB y ya recogía Destombes (pp. 66-67), en este punto el texto del manuscrito está muy reelaborado y contiene diversos pasajes tachados por Verne. En su versión inicial, las condiciones, impuestas con el objetivo de «proteger el misterio de [la] existencia» del comandante, eran dos más aparte de la de «obediencia pasiva»: la primera era que los náufragos, a los que el comandante trataba como huéspedes y no como prisioneros, no debían intentar averiguar quién había sido ni quién era, qué había hecho ni qué hacía; la segunda, que nunca procurarían escaparse del submarino, sino que debían tener la paciencia de aguardar a que se presentaran las circunstancias en las que el comandante, y únicamente él, decidiera si les permitía volver a tierra firme («ese insoportable yugo de la tierra»). Por otra parte, en el manuscrito, junto a uno de los párrafos tachados, se pueden observar unas anotaciones de Verne a lápiz, se supone que para no olvidar ponerlas en boca del comandante: «soy clemente», «tras el combate», «soy generoso». < <

[133] La expresión «según los casos» no figura en H69. < <

[134] *Nemo* significa «Nadie» en latín. En otro guiño al mito griego, Verne llama a su héroe con el nombre que se dio a sí mismo Ulises, rey de Ítaca, cuando al regresar de Troya fue a parar a bordo de su barco y con sus compañeros a la isla en que vivían los cíclopes, gigantes que tenían un solo ojo, situado en medio de la frente. El episodio concreto es como sigue: el cíclope Polifemo retenía a Ulises y su tripulación en una gruta con intención de ir devorándolos; al preguntar Polifemo a Ulises por su nombre, este le responde que se llama «Οὐτις» (*Utis*, que significa «nadie» en griego y está próximo fonéticamente a *Odysséus*, nombre griego de Ulises). Este se vale de una treta para cegar al cíclope y consigue escapar de la gruta con los suyos y proseguir su viaje (v. *Odisea*, IX, 366 y ss.). < <

[135] *Nautilus* fue el nombre que el ingeniero estadounidense Robert Fulton

(1765-1815),

a quien Verne mencionará en el cap. XV de esta primera parte, dio en 1800 a uno de los primeros aparatos sumergibles, que había construido en Francia y propuesto al Directorio; sin embargo, ni las autoridades francesas, ni posteriormente las británicas, quedaron convencidas de la utilidad del aparato. Su propulsión mezclaba la fuerza humana, al sumergirse, con una vela en forma de abanico cuando navegaba por la superficie. Al comienzo de su novela *Viajes y aventuras del capitán Hatteras* (1864), aparece otro barco al que Verne bautiza como *Nautilus*. A lo largo del siglo XIX, otros ingenios similares también fueron bautizados con el mismo nombre, que ha tenido éxito a lo largo de la historia de la navegación en todo el mundo; entre otros, el primer submarino nuclear, construido por los Estados Unidos en 1953 se llamaba así. *Nautilus* es una palabra latina, pero el origen del término es griego (ναυτίλος, *nautilos*), lengua en que significaba «marino» o «marinero», aunque también servía para designar a un molusco cefalópodo, del que tendremos ocasión de hablar más adelante. < <

[136] El autor se refiere al personaje mitológico Proteo y lo volverá a hacer en términos muy similares en los capítulos VI y XIV de la segunda parte de la novela. < <

[137] El biso que puede hilarse, también conocido como «seda de mar» o «seda marina», suele ser el segregado por la nacra, un molusco de aspecto similar al mejillón, pero de mucho mayor tamaño y que, desgraciadamente, corre peligro de extinción. La aplisia es otro molusco, que se conoce vulgarmente con el nombre de «liebre de mar». En cuanto a la zostera, se trata de un tipo de planta acuática muy común, con forma de cinta. Tal como anota VD, se encuentran referencias a los usos del biso y a un colchón de zostera en Léon Renard (v. bibl.; pp. 166 y 238) entre otros. < <

[138] La expresión sobre el «infinito viviente» procede del libro *La mer*, del escritor e historiador Jules Michelet (v. bibl.; p. 57), a quien nos referiremos en el capítulo siguiente. De hecho, tal como señala WB, en el manuscrito la frase era distinta: «es el infinito viviente, como ha dicho su [compatriota] Michelet». VD apunta que Arthur Mangin (v. bibl.; p. 94) y Alfred Frédol (v. bibl.; p. 103) también utilizan la expresión «el infinito viviente». < <

[139] En el manuscrito, figuraba: «ni una sola obra de moral o de economía política». < <

[140] Entremos en la biblioteca del *Nautilus*: Victor Hugo (1802-1885):

escritor romántico y uno de los maestros de la literatura francesa de todos los tiempos. Desde muy joven, conoció el éxito en la novela y la poesía, con *Han de Islandia* (1823) u *Odas y baladas* (1826). En teatro, destacan sus obras *Cromwell* (1827) y *Hernani* (1830). Otras novelas suyas son *Nuestra Señora de París* (1831), *Los miserables* (1862) y *Los trabajadores del mar* (1866), obra esta cuyo eco se deja sentir en *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Aparte de escritor prolífico, fue también un hombre apasionado por la política. De monárquico, pasó a ser ferviente republicano a raíz de la Revolución de 1848. Como diputado republicano, fue expulsado de Francia en 1852 y permaneció en el exilio hasta 1870. Tras la proclamación de la República en 1870, volvió a ser diputado y posteriormente senador. Hugo, que también había publicado algunas de sus obras en la editorial Hetzel, era uno de los escritores más admirados por Verne.

Jenofonte (-428?/-354?): aristócrata, militar e historiador ateniense, fue discípulo de Sócrates. Quizá a partir de -401 se unió a la expedición de Ciro el Joven, rey de Persia, hecho que relata en su *Anábasis*. En -396, viajó a Esparta (tradicional enemiga de Atenas), con la que colaboró en campañas militares junto a su rey Agesilao. Atenas lo había declarado proscrito, mientras que los espartanos lo hicieron *próxenos* (cónsul) en Olimpia, donde permaneció veinte años. Finalmente, Atenas levantó la proscripción y pudo regresar a su ciudad natal. Como escritor, además de su obra más conocida, la *Anábasis*, es autor de la *Ciropedia*, también sobre su experiencia en la corte persa, así como de las *Helénicas* y otras obras históricas. Como recuerdos de Sócrates, escribió una *Apología*, las *Memorabilia* y el *Simposio*.

Jules Michelet (1798-1874): historiador francés, exponente del romanticismo en historiografía. Doctor en letras a los veintiún años, fue profesor del Collège de France desde 1838. En 1831, publicó su

Introduction à universelle

l'histoire

. A partir de 1833, y hasta 1846, aparecieron los primeros volúmenes de su monumental *Histoire de France*, cuya publicación continuaría entre 1855 y 1867. Entre 1847 y 1853 publicó la *Histoire de la Révolution française*. Su obra histórica está basada en una rigurosa documentación e imbuida de un anticlericalismo y un odio a la monarquía notables. Su estilo es lírico, brillante e inconfundible. Michelet es el historiador de las multitudes, de las masas anónimas que modelan la historia y que los historiadores suelen echar en el olvido. Por no querer prestar juramento a Napoleón III, fue destituido de su cátedra entre 1851 y 1852. Como hemos visto en el capítulo precedente, su obra *La mer* (1861) influyó en *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

George *Sand* (1804-1876): pseudónimo de la escritora francesa Amantine-Aurore-Lucile Dupin-Dudevant. Aunque no fue una gran figura, sí animó numerosos cenáculos literarios e intelectuales. Como testimonio del siglo XIX, destaca la publicación de su correspondencia. Escribió sobre todo novelas pasionales y de ambiente rústico. Como hemos visto en la introducción a la obra, Sand influyó de alguna manera en la elección del viaje submarino como tema de esta novela de Verne, con quien había mantenido correspondencia. También fue una escritora de la «casa» Hetzel. En el manuscrito, Verne suprime sendas referencias al autor griego de tragedias Esquilo (–525/–456) y a Alexandre Dumas hijo (1824-1895),

el autor de *La dama de las camelias* y amigo suyo. < <

[141] Algunos de los nombres de esta retahíla los hemos visto en notas anteriores. Veamos los nuevos: Alexander von *Humboldt* (1769-1859):

naturalista, explorador y geógrafo alemán. En sus viajes, visitó la península ibérica y las islas Canarias. Entre 1799 y 1804, se dedicó a explorar Sudamérica y México. Sus descubrimientos los publicó entre 1802 y 1832, en treinta volúmenes. También exploró los Urales y el mar Caspio. Su obra *Kosmos* apareció en 1845. Modelo de científico moderno, puso las bases de lo que más tarde serían la climatología y la oceanografía. La corriente Humboldt, en la costa oeste de Sudamérica, se llama así en su nombre.

Jean-Bernard-Léon *Foucault* (1819-1868):

físico francés que demostró la rotación de la Tierra sobre su propio eje mediante un experimento con un gran péndulo. También trabajó sobre la velocidad de la luz y demostró que esta viaja más velozmente a través del aire que por el agua.

Henri (o Henry) *Sainte-Claire Deville* (1818-1881):

químico francés de formación autodidacta. Fue docente en varias instituciones hasta llegar a la Academia de Ciencias. Sus investigaciones tuvieron como objeto principalmente los minerales, para cuyo análisis halló un nuevo procedimiento. A él se debe el método que permitió la primera preparación industrial del aluminio, realizada en 1854. También descubrió las propiedades del ácido nítrico.

Michel *Chasles* (1793-1880): matemático francés especialista en geometría, mecánica y geodesia. Su principal obra es el *Aperçu historique sur et le développement des méthodes en géometrie l'origine* (1837).

Henri *Milne-Edwards* (1800-1885):

naturalista francés de origen británico. Sus principales estudios los desarrolló sobre los moluscos, los crustáceos y los antozoarios. En la Academia de Ciencias, sucedió a Cuvier y también trabajó en colaboración con de Quatrefages. Aronnax se refiere a él a lo largo de la novela como «mi maestro». De hecho, Milne-Edwards fue profesor en el Museo de Historia Natural. Entre sus obras, destacan:

Histoire naturelle des crustacés

(1834-1840),

una de las fuentes consultadas por Verne, *Cahiers naturelle d'histoire*

(1833-1853)

y *Éléments de zoologie*

(1834-1837).

John Tyndall (1820-1893): físico británico que estudió la difusión de la luz y demostró por qué el cielo, a causa de la dispersión de los rayos solares por moléculas en la atmósfera, es azul. En la Royal Institution británica fue colega y amigo de Michael Faraday (v. n. 14, cap. VIII de la primera parte). Trabajó también sobre problemas de meteorología y estudió la generación espontánea.

Pierre-Eugène-Marcellin *Berthelot*

(1827-1907):

químico francés, especialista en química orgánica y descubridor de las ondas de detonación. Fue profesor del Collège de France y autor de una ingente cantidad de publicaciones. Por otro lado, desempeñó cargos políticos como ministro (de Instrucción pública en 1886-1887).

Sucedió a Louis Pasteur

(1822-1895)

como secretario de la Academia de Ciencias.

Pietro Angelo *Secchi*

(1818-1878):

jesuita y astrofísico italiano. Fue el primer científico en hablar del espectro de las estrellas y en proponer su clasificación conforme a su tipo espectral. Expulsado de Roma con los demás jesuitas en 1848, se le permitió regresar a su país por su reputación como

astrónomo.

Matthew Fontaine *Maury*

(1806-1873):

oficial de la Marina estadounidense y uno de los fundadores de la oceanografía como disciplina científica. Entre 1826 y 1830, dio la vuelta al mundo en barco. Posteriormente, trabajó compilando cartas de navegación e informaciones diversas para elaborar las primeras cartas náuticas anemométricas y de corrientes marinas. Publicó *The Physical Geography of the Sea* en 1855, que fue traducido al francés y es una de las fuentes de Verne. La primera Conferencia Internacional sobre el Mar, celebrada en Bruselas ese mismo año, estuvo directamente inspirada por los trabajos de Maury. Sus escritos influyeron en Jules Michelet, el autor de *La mer*, que, a su vez, es otra de las fuentes de *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Verne vuelve a referirse a Maury en varias ocasiones más adelante.

Jean-Louis-Rodolphe *Agassiz*

(1807-1873):

naturalista, geólogo y profesor estadounidense de origen suizo. Estudió sobre todo la actividad de los glaciares, así como diversos campos de la ictiología y la hidrología. Entre sus obras, ejemplo de oposición a las teorías de Darwin, figuran *Recherches sur les poissons fossiles*

(1833-1834),

Études critiques sur les mollusques fossiles

(1840-1845)

y *A Journey in Brazil* (1868), libro este último que sirvió de inspiración para la novela de Verne *La jangada* (1881), según WB y VD. < <

[142] Joseph-Louis-François *Bertrand*
(1822-1900):

matemático francés, estudioso de la matemática aplicada a la mecánica y termodinámica y del cálculo infinitesimal. El título completo de la obra que cita Verne es *Les fondateurs de moderne: Copernic, Tycho Brahé, Képler, Galilée, Newton l'astronomie*

, que fue publicada por primera vez en 1865 en la misma editorial que publicaba las obras de Verne: Hetzel. En 1865 vieron la luz tres ediciones, en 1866 una más, y la quinta apareció en 1874. Verne define el libro como «admirable» en una nota del cap. V de *De la Tierra a la Luna* (1865), para cuya redacción había recurrido al asesoramiento de Bertrand, según varios estudiosos. < <

[143] Pese a las disquisiciones sobre un posible error de Verne, que quizá hubiese querido escribir «anterior», coincidimos con LP en que «posterior» tiene sentido en este contexto y en que Aronnax especula con que el libro de Bertrand podría haber sido el último que adquirió el capitán Nemo antes de la botadura del *Nautilus*.

< <

[144] Se trataba de un habano elaborado inicialmente para su exportación a Inglaterra. < <

[145] Pasemos ahora a la pinacoteca. Raffaello Sanzio (*Rafael* de Urbino)

(1483-1520):

uno de los maestros de la pintura universal. Tras aprender los rudimentos del oficio con su padre, se trasladó con doce años a Perugia para estudiar allí. Su primera gran obra es *La boda de la Virgen*. Llegó a Florencia en 1504. Estudió la obra de Miguel Ángel

(1475-1564)

y de Leonardo, así como la de Masaccio

(1401-1428).

Sus madonas están muy influidas por Leonardo. El Papa Julio II (1443-1513)

lo llamó a Roma en 1508 y allí pasó los últimos años de su vida. En el Vaticano, pintó frescos como *La Escuela de Atenas*. Como arquitecto diseñó la iglesia de San Eligio de los Orfebres. En una entrevista a Verne, se puede leer: «Todavía hoy sigo disfrutando al ver en marcha una máquina de vapor o una buena locomotora tanto como al contemplar un cuadro de Rafael o Correggio» (Robert Sherard, «Jules Verne at home. His own account of his life and work», *Magazine*

McClure's

, vol. II, n.º 2, enero de 1894, p. 118).

Leonardo da Vinci (1452-1519): prototipo del genio renacentista, Leonardo fue no solo un excelente dibujante, escultor y pintor, profundo conocedor de la anatomía humana y animal (con obras como *La última cena*, *La Virgen de las rocas*, *Retrato de Mona Lisa* o *La Gioconda*, *Baco*, etc.), sino que también trabajó en proyectos arquitectónicos y de ingeniería (como el frustrado desvío del curso del río Arno). Como inventor, diseñó artefactos para uso militar y un prototipo de máquina voladora, entre otros.

Antonio Allegri da *Correggio*

(1494-1534):

pintor renacentista de la Escuela de Parma. Su obra abarca desde temas alegóricos y mitológicos hasta pintura religiosa. Influyó

poderosamente en los pintores del Barroco y del Rococó.

Tiziano Vecellio o *Ticiano* (1487?-1576): pintor italiano de la escuela veneciana. Hijo de un notario véneto y discípulo de Bellini (1433?-1516) y del Giorgione (1477-1510).

Fue nombrado pintor oficial de la Serenísima República de Venecia. Aparte de los temas caros a la época, mito, religión y alegoría, Tiziano fue autor de numerosos retratos. Fue nombrado pintor de la corte del emperador Carlos V (1500-1558).

Paolo Cagliari, conocido por el apodo de la ciudad que lo vio nacer como Veronese o «el *Veronés*» (1528-1588);

estuvo influido por Bellini y Correggio. Sus principales obras son *Las bodas de Canaán*, *El milagro de San Pantaleón* y diversos retratos.

Bartolomé Esteban *Murillo* (1617-1682):

pintor sevillano, que apenas salió de su ciudad natal. Las obras más conocidas de Murillo son las vírgenes, los santos, los frailes, los niños (*Niño Jesús*, *San Juanito*), etc. Su obra atravesó por varias épocas, del claroscuro de *La Sagrada Familia del Pajarito* al realismo cotidiano de *El sueño del patricio romano* o, posteriormente, los cuadros de más colorido como las Inmaculadas, el *Milagro de la multiplicación de los panes y los peces*, etc. Murillo gozó de gran fama ya en vida. Falleció en Sevilla al caer de un andamio mientras pintaba para los capuchinos de Cádiz.

Holbein: apellido de una familia de pintores alemanes. Los más importantes son Hans el Viejo (1465-1524) y Hans el Joven (1497-1543).

Ambos fueron autores de retratos. La influencia del Renacimiento italiano es más patente en el Joven, que, además, era decorador y miniaturista.

Diego *Velázquez* da Silva

(1599-1660):

maestro de la pintura, natural de Sevilla. Tras sus años de aprendizaje en Sevilla, Velázquez se trasladó en 1622 a Madrid, donde desarrolló el grueso de su obra. Allí consiguió convertirse en pintor de la corte. De la etapa sevillana quedan obras de temática popular como la *Vieja friendo huevos* o *La cena en Emaús*, o religioso, como *La Adoración de los Magos*. La obra cortesana gira sobre todo en torno a retratos de miembros de la realeza. Velázquez viajó también a Italia y fruto de ese viaje es *La fragua de Vulcano*. Otras obras de tema mitológico son *El triunfo de Baco*, *Las hilanderas* y *Mercurio y Argos*. Deben destacarse también otros cuadros como el famoso *Cristo*, *Las meninas*, *La rendición de Breda*, etc.

José de *Ribera*, Lo Spagnoletto

(1591-1652):

pintor español afincado en Italia, principalmente en Nápoles, donde falleció. Su obra gira en torno a temas religiosos, ejecutados dentro del tenebrismo y el naturalismo barroco. Fue autor asimismo de innumerables dibujos. Su fama hizo que no tardaran en surgir imitadores de su estilo.

Peter Paul *Rubens* (1577-1640): pintor flamenco que ejemplifica la exuberancia y la vitalidad del Barroco en sus obras alegóricas de tema mitológico, entre las que destacan *Venus y Adonis*, *Heráclito* y *Demócrito*. También pintó cuadros de tema religioso, como la *Adoración*, la *Circuncisión* y el *Descendimiento de la cruz*.

David *Teniers*, el Joven

(1610-1690):

pintor flamenco. Fue pintor de la corte del regente de los Países Bajos, el Archiduque Leopoldo Guillermo (1614-1662).

Aparte de los retratos de personajes de la sociedad, es célebre por sus escenas costumbristas y los temas de magia y brujería. También fue grabador y autor de cuadros religiosos.

Gerard *Dou* (también conocido como Gerrit Dou o Dow)

(1613-1675):

pintor holandés de la Escuela de Leiden, autor de naturalezas muertas, cuadros costumbristas y retratos. Fue alumno de Rembrandt.

Gabriel *Metsu* (1629-1667): pintor holandés, también de la Escuela de Leiden. Autor de cuadros costumbristas. Entre sus obras más conocidas figuran *El artista y su mujer* y *La lección de música*.

Paul *Potter* (1625-1654): pintor y autor de aguafuertes holandés conocido, sobre todo, por sus cuadros de animales y paisajes.

Théodore *Géricault* (1791-1824): pintor francés que tuvo una gran influencia en el desarrollo de la pintura romántica (por ejemplo, sobre Delacroix). Fue alumno de Carle Vernet (1758-1836),

citado un poco más adelante. Su obra maestra es *La balsa de la Medusa*, que retrata un hecho real y que fue acogida con suma hostilidad por el gobierno en el poder. Pintó también numerosas escenas de caza.

Pierre-Paul *Prud'hon* o *Prudhon*

(1758-1823):

dibujante y pintor francés, cuya obra es ejemplo de la transición entre el Neoclasicismo del siglo XVIII y el incipiente Romanticismo del siglo XIX. Su obra más conocida es el *Retrato de la Emperatriz Josefina*, esposa de Napoleón Bonaparte.

Ludolf *Bakhuizen* o *Backhuysen*

(1631-1708):

pintor holandés, autor sobre todo de marinas. También hizo grabados al aguafuerte.

Claude-Joseph *Vernet*

(1714-1789):

pintor francés, especialmente paisajista y autor de marinas, entre las que se encuentra su serie Puertos de Francia, donde destaca su especial tratamiento de la luz y de la atmósfera. Su hijo Carle, a quien ya hemos mencionado, y su nieto Horace

(1789-1863)

también fueron pintores de valía.

Ferdinand-Victor-Eugène *Delacroix*
(1798-1863):

pintor romántico francés. Por su tratamiento del color, se lo puede considerar precursor del impresionismo. Los temas de sus cuadros son, fundamentalmente, acontecimientos históricos (*La matanza de Quíos*, *La libertad guiando al pueblo*) pero también tocó temas exóticos para la época, como en *La caza del león*.

Jean-Auguste-Dominique *Ingres*
(1780-1867):

dibujante y pintor francés, hijo de un escultor y alumno de David
(1748-1825)

en París. Representó la continuación de la pintura clásica en un momento en que el Romanticismo predominaba. Admirador de Rafael y de Tiziano, permaneció dieciocho años en Italia. Entre sus obras más importantes, destacan: *La gran odalisca*, la *Apoteosis de Homero*, *Stratonice* y *El baño turco*.

Alexandre *Decamps* (1803-1860): pintor francés; en sus cuadros refleja el exotismo de Oriente Medio, adonde viajó en 1828.

Constant *Troyon* (1810-1865): pintor francés que cultivó sobre todo la pintura de rebaños de animales, influido por la pintura de Potter
(1625-1654)

a raíz de un viaje a los Países Bajos en 1847. Ejemplo de buena factura naturalista y de oficio pictórico.

Ernest *Meissonier* (1815-1891): pintor francés muy estimado y cotizado en su tiempo, pero objeto de duras críticas por parte de otros pintores por su estilo marcadamente academicista. Además de figurar en la nómina de los ilustradores del *Magasin et de récréation d'éducation*

, realizó algún retrato de Hetzel, editor de Verne; Meissonier es el autor del famoso cuadro *Campaña de Francia, 1814*, en el que se puede ver al ejército de Napoleón avanzando sobre la nieve. También fue escultor.

Charles-François *Daubigny*

(1817-1878):

pintor francés; cultivó el paisajismo. Pertenece al mismo grupo que Troyon. Es un autor de transición entre el naturalismo clásico y el impresionismo de Claude Monet

(1840-1926).

Fue maestro de Édouard Riou

(1833-1900),

uno de los ilustradores de *Veinte mil leguas de viaje submarino* y de otras novelas de Verne. < <

[146] En H69: «de un valor elevado». < <

[147] Y ahora los músicos: Carl Maria von *Weber*
(1786-1826):

compositor, pianista y director alemán. Con sus óperas románticas, como *El cazador furtivo* o *Euryantha*, abre camino a un nuevo tipo de expresión. Aparte de ópera, compuso numerosas obras para piano, que interpretaba personalmente, y música de cámara y para orquesta. Además, escribió numerosos artículos de prensa acerca de la música y dos libros: la novela *Vida de un músico* e *Ideas para una topografía musical*.

Gioacchino Antonio *Rossini*
(1792-1868):

compositor italiano, conocido por sus óperas, entre las que destacan *El barbero de Sevilla*, *Cenicienta* y *Semíramis*, todas ellas cómicas, y su ópera dramática *Guillermo Tell*.

Wolfgang Amadeus *Mozart*
(1756-1791):

compositor austríaco. Mozart es el representante más genial de la época clásica de la música. Desde los cinco años, en que empezó a componer música, hasta su temprana muerte a los treinta y cinco años, su obra está compuesta de numerosos conciertos, sobre todo para piano, música de cámara, óperas y sinfonías. Citaremos como las más conocidas: *Las bodas de Fígaro*, *Don Giovanni*, *La flauta mágica*, y las últimas sinfonías n.os 40 y 41. Como obra religiosa, cabe señalar su brillante *Réquiem*. Por otra parte, su papel y su influencia en la evolución de la estética musical son fundamentales.

Ludwig van *Beethoven*
(1770-1827):

compositor alemán. Si Mozart encarna el genio del clasicismo, Beethoven es el puente entre ese clasicismo y el Romanticismo. De hecho, Beethoven, músico profesional desde los once años, recibió clases en Viena del propio Mozart y de Haydn. Célebre en todo el mundo por sus nueve sinfonías, el resto de su obra no desmerece de estas. Compuso conciertos y sonatas para piano y una única ópera,

Fidelio. Su progresiva sordera hizo que limitara su trabajo en los últimos años de su vida.

Franz-Joseph *Haydn* (1732-1809): uno de los compositores cimeros del clasicismo austríaco del siglo XVIII. Estuvo vinculado a la familia noble Esterházy para la que escribió música festiva, conciertos, representaciones teatrales y óperas. Asimismo, compuso dos grandes oratorios: *La Creación* y *Las siete palabras de Cristo*.

Jakob Liebmann Beer (*Meyerbeer*)
(1791-1864):
compositor alemán afincado en París. Compuso óperas como *Los hugonotes*, *El profeta*, *La estrella del Norte*, etc.

Louis-Joseph-Ferdinand *Hérold*
(1791-1833):
compositor romántico francés. Autor de óperas, especialmente doce óperas cómicas para el teatro de la Opéra comique. Cabe recordar aquí que Verne era un gran aficionado a la ópera cómica y al vodevil.

Richard *Wagner* (1813-1883): compositor alemán, principalmente conocido por sus óperas, como *El holandés errante*, *Lohengrin* y la tetralogía del *Anillo de los Nibelungos*, inspirada en la mitología germánica. Wagner, cuya obra ha suscitado pasiones encontradas, expuso sus ideas artísticas también en varias obras en prosa como *Arte y revolución* y *Ópera y drama*.

Esprit *Auber* (1782-1871): compositor francés, autor de música de cámara, de óperas y de óperas cómicas: *Fra Diavolo*, *Manon Lescaut*, etc. Fue director del Conservatorio de París.

Charles-François *Gounod*
(1818-1893):
compositor francés, especialmente conocido por sus óperas *Fausto* y *Mireille*. A partir de 1882, se consagró a la composición de música religiosa.

Tal como recuerda VD, Verne añade en H69 al músico Victor Massé
(1822-1884),

amigo suyo, que compuso fundamentalmente operetas y del que ya había hablado elogiosamente en *París en el siglo XX*, novela cuya publicación había rechazado Hetzel a finales de 1863 o principios de 1864 y que no se publicó hasta 1994. < <

[148] En la mitología griega, *Orfeo* es un héroe especialmente dotado para la música. Según la leyenda, con su flauta apaciguaba a las fieras y hacía moverse a árboles y rocas. Se casó con Eurídice, que murió víctima de la mordedura de una serpiente. Orfeo bajó al Hades a rescatarla y con su música persuadió a la diosa Perséfone de que la dejara partir, aunque esta le puso como condición que no mirara hacia atrás mientras saliera del Hades. Cuando estaban cerca del mundo de los vivos, Orfeo incumplió su promesa, miró hacia atrás y Eurídice se desvaneció para siempre. La figura de Orfeo era también objeto de culto en los misterios órficos de la antigua Grecia. < <

[149] Dado que la tridacna o taclobo (*Tridacna gigas*) es un molusco bivalvo, Verne se refiere a que en Saint-Sulpice cada pila está formada por una de las valvas. Muy probablemente, el autor se inspiró para esta anécdota (y también para algunos de los siguientes párrafos de este capítulo) en el libro *La vie et les mœurs des animaux. Zoophytes et mollusques*, de Louis Figuier (v. bibl.; p. 338). *Francisco I*

(1494-1547)

fue rey de Francia desde 1515 hasta su muerte. Su reinado, en un período de prosperidad económica y demográfica, sirvió para asentar las bases del Estado francés moderno. El gran comercio marítimo también se desarrolló durante su época; asimismo, emprendió reformas en la administración. Por otra parte, fundó lo que posteriormente sería el Collège de France y fomentó la traducción de los clásicos por los humanistas. En política exterior mantuvo una pugna a partir de 1519 con el emperador Carlos V. La *iglesia de Saint-Sulpice* de París fue construida entre 1634 y 1766. Las dos valvas de tridacna en cuestión se encuentran en los segundos pilares de la nave de la iglesia y fueron donadas a la iglesia en 1745 por Luis XV. < <

[150] *Isla Borbón*: antiguo nombre que recibía la isla de la Reunión (actualmente, uno de los departamentos de ultramar de Francia). Fue descubierta en 1528 por los portugueses y ocupada en 1638 por los franceses, que le dieron el nombre de Borbón. < <

[151] El nombre científico del «*carro de Neptuno*», según Figuier, era *Madrepora palmata*; actualmente se denomina *Acropora palmata* y se conoce con el nombre vulgar de «coral de cuerno de alce».

Con «*astrófitos*» corregimos, al final del párrafo, una errata que ya figuraba en el manuscrito y se ha perpetuado en muchas ediciones desde la primera, no se trata de «asterófonos» ni «asterofonos». Más adelante, en el capítulo XVI, Verne se vuelve a referir a ellos y añade el adjetivo «verrucosos». < <

[152] *Nueva Holanda*: antiguo nombre que recibió Australia, en la que los primeros occidentales que tocaron realmente tierra parecen haber sido los marinos holandeses a partir del año 1616. < <

[153] Las «estelarias» no figuran en H69. < <

[154] *Tranquebar*: población de la India en el golfo de Bengala, cuyo nombre tamil es Tharangambadi. < <

[155] Corregimos la errata del original, *Coenodulli*, por *Cedonulli*.
< <

[156] Jean-Baptiste *Tavernier*
(1605-1689)

fue un viajero francés que recorrió Europa, Persia, Mongolia, la India, Sumatra y Java, y amasó una enorme fortuna comerciando con piedras preciosas. Sus notas de viaje fueron publicadas en 1676 con el título de *Les six voyages de Jean-Baptiste Tavernier en Turquía, en Perse et aux Indes*. Esta anécdota también parece proceder del libro de Figuiet ya mencionado (p. 320), así como la relativa al imán de Mascate, ciudad situada en la entrada al golfo Pérsico y capital de Omán (en árabe: Masqat). < <

[157] En el manuscrito: «representa para mí un problema irresoluble». < <

[158] En H69: «tendré el honor...». < <

[159] Esta frase no figura en el manuscrito. < <

[160] Robert Wilhelm *Bunsen*

(1811-1899):

químico y físico alemán. Además de realizar experimentos para aislar el magnesio y el cloro, inventó los primeros métodos de análisis espectral, el fotómetro de mancha de aceite y un mechero de gas que lleva su nombre, muy utilizado en el trabajo en laboratorio. Verne lo menciona en este pasaje a causa de la pila de zinc y carbono que inventó en 1841 (también conocida como «celda de Bunsen»). El novelista escribe en el manuscrito «Bunzen», grafía que ha permanecido en algunas ediciones. < <

[161] En el cap. XXIV de *La vuelta al mundo en 80 días* (1873), Verne escribe: «Passepartout ignoraba un detalle: si la esfera de su reloj hubiera estado dividida en veinticuatro horas como la de los relojes italianos, no habría tenido ningún motivo de triunfo, pues las agujas de su instrumento, cuando eran las nueve de la mañana a bordo, habrían indicado las nueve de la noche, es decir, la vigésima primera hora a partir de la media noche». < <

[162] Es posible que, en lo que se refiere al bote, canoa o lancha, Verne se inspirase en el prototipo de submarino bautizado *Le Plongeur*, que fue botado en Rochefort en 1863 y que había sido ideado y construido por el oficial de la Armada francesa Siméon Bourgois

(1815-1887)

y el ingeniero Charles Brun

(1821-1897).

Este modelo, cuya maqueta se puede contemplar en el Museo Nacional de la Marina francés en París, iba dotado de una especie de bote salvavidas, en el que podían embarcar hasta doce hombres de la tripulación, inserto en la parte superior del submarino, al igual que el del *Nautilus*. Recordemos, de paso, que el submarino en el que trabajaba el inventor Jacques-François Conseil estaba concebido inicialmente como un barco de salvamento marítimo.

< <

[163] En el manuscrito: «devorando filetes de marsopa». < <

[164] En el manuscrito, la frase es distinta: «Estaba vacío, quizá debido a mi visita. Las literas podían dar cabida a unos veinte hombres; es decir, una tripulación suficiente para la maniobra del *Nautilus*». < <

[165] Heinrich Daniel *Ruhmkorff* o Rühmkorff
(1803-1877):

físico alemán que concibió un sistema para producir corrientes de inducción en una bobina de grandes dimensiones con dos circuitos aislados el uno del otro. Como señala VD, Verne hace que los protagonistas de *Viaje al centro de la Tierra* (1864) utilicen aparatos de Ruhmkorff para alumbrar el camino en sus andanzas subterráneas; además, le dedica una larga nota, muy elogiosa, en la que lo trata de «sabio y hábil físico» (cap. XI). Por otra parte, en otros capítulos de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, el autor se refiere algunas veces más a esos aparatos, utilizados para idénticos fines. < <

[166] Probable lapsus del autor: «por minuto» es más acertado (WB, VD). < <

[167] * Precisamente, se habla de un invento de este tipo en el que un nuevo juego de palancas produce fuerzas considerables. ¿Se ha encontrado el inventor con el capitán Nemo? < <

[168] VD menciona la referencia a un invento que podría coincidir con el descrito por Verne en su nota y que recoge Philippe Valetoux en su libro *Jules Verne en mer et contre tous* (v. bibl.; pp. 77-79). Se trata de un sistema de palancas, bielas y manivelas presentado por un inventor de El Havre, apellidado Barbier, a la Academia de Ciencias de París en la época de la redacción de la novela. < <

[169] En ciertos pasajes del manuscrito, se puede observar que Verne dudaba y Nemo no era tan tajante respecto a la posibilidad de que los náufragos pudieran abandonar algún día el *Nautilus*. Prueba de ello son varias frases en ese sentido, que, pese a todo, el autor acabó tachando. < <

[170] Respetamos la escritura de los números en letras, tal como consta en las ediciones originales. Asimismo, de una lectura atenta de las cantidades expresadas en todo este capítulo se pueden deducir ciertos errores de cálculo, que, pese a todo, hemos mantenido en la traducción. < <

[171] La ambigua expresión que utiliza Verne en el original (una vez más, en letras y no con cifras) ha sido fuente de no pocos malentendidos. En resumidas cuentas, si la densidad del agua es 1, la del acero es 7,8. < <

[172] Marin Henri *Jansen*

(1817-1893):

marino holandés, amigo personal del marino estadounidense Matthew Fontaine Maury —cuya obra se encuentra en los estantes de la biblioteca del *Nautilus*— y traductor de *The Physic Geography of the Sea* al neerlandés en 1855 (*Natuurkundige beschrijving der zeeën*, Dordrecht, P.

K. Braat).

Jansen añadió un apéndice al libro de Maury, que este incorporó a su obra en sucesivas ediciones en inglés. La cita de Nemo procede de la versión francesa de ese apéndice (sección 771): «El sentimiento de los abismos y de la inmutabilidad es lo primero que impresiona a quien se adentra en el océano». Sin embargo, es muy probable que Verne la tomase del libro *La mer*, de Jules Michelet, que, refiriéndose directamente a Jansen, ofrece una versión ligeramente distinta: «En el mar, la primera impresión es el sentimiento del abismo, del infinito, de nuestra nada» (v. bibl.; p. 301). < <

[173] En el manuscrito, figura literalmente: «de los tristes continentes terrestres». < <

[174] En este párrafo encontramos ciertos topónimos y algunos nombres de empresas. Le Creusot es una ciudad de Borgoña (Francia) en la que existían, como en Motala, empresas dedicadas a la fabricación de material para el transporte naval y ferroviario. Respecto a las empresas restantes, Verne escribe erróneamente Peenn en el manuscrito y Pen en las demás ediciones; WB aclara que el nombre correcto es Penn y anota que, en realidad, Leard también es una errata y se trata de Laird de Birkenhead, del sector de la construcción naval. Krupp se dedicaba a la siderurgia y a la fabricación de armamento; no hemos encontrado datos sobre Hart Brothers. < <

[175] JN apunta que la cantidad de diez mil millones de francos era el importe de la deuda pública de Francia al final del Segundo Imperio. Mientras que, en el manuscrito, la cantidad es la misma, en *MÉR* y H69 figura: «doce mil millones de francos». < <

[176] De nuevo, pueden observarse ciertos errores o incoherencias en las cantidades expresadas en las versiones del original de Verne, que se han señalado en diversas ediciones. Nuestras dos únicas intervenciones consisten en la corrección del más importante («treinta y ocho mil millones de hectáreas», inciso que no figura en H69) y en la traducción por «trillones» del término *quintillions* del original, a sabiendas de que su significado ha evolucionado desde época de Verne; en el manuscrito, se puede leer una anotación marginal de su puño y letra que reza así: «3,000,000,000,000,000,000». < <

[177] En el manuscrito solamente figuraba la primera frase de este párrafo, a la que seguía la primera del siguiente. El autor insiste en la forma del *Nautilus*, muy similar a la de los modelos de los que ya estaba al corriente. < <

[178] Por un lapsus, Verne escribe oeste, cuando no puede tratarse más que del este, habida cuenta de las coordenadas que da y de la distancia del submarino a las costas de Japón. Corregimos la palabra. < <

[179] En H71 la longitud no es correcta

(37°

en vez de

137°).

< <

[180] Galileo *Galilei*

(1564-1642):

sabio renacentista, astrónomo y físico, nacido en Pisa. Tras inventar un telescopio de refracción, trabajó intensamente en probar el sistema copernicano (es decir, que la Tierra no es el centro del Universo, sino que se mueve y gira en torno al Sol). Ello le valió la condena de la Inquisición y lo obligó a abjurar de sus teorías. Del comandante Matthew Fontaine *Maury* ya hemos hablado en capítulos anteriores. Verne se refiere aquí al hecho de que, durante la Guerra Civil estadounidense, Maury estuvo en el bando confederado, lo que pudo hacer suponer a Verne que había hecho mella en su carrera científica al acabar la contienda. Sin embargo, WJM y FPW cuestionan que la situación de Maury fuese comparable a la de Galileo y afirman que, pese a todo, sus últimos años fueron relativamente satisfactorios como profesor de Meteorología en el Instituto Militar de Virginia. < <

[181] En inglés en el original: *Gulf Stream*. En relación con las corrientes marinas, Verne recuerda una vez más sus lecturas de Maury y de Michelet. Tal como apuntan WJM y FPW, las palabras con las que comienza este párrafo recuerdan las de Maury al comienzo del ya citado *The Physical Geography of the Sea*, en su capítulo sobre la corriente del Golfo: «Existe un río en el océano».

< <

[182] Alexandre *du Sommerard*, o Dusommerard

(1779-1842):

arqueólogo y coleccionista francés. En su residencia del Hôtel de Cluny, en París, guardaba una importante colección de objetos de arte medieval, que el Estado adquirió para crear un museo de público acceso inaugurado en 1844. < <

[183] En el manuscrito, el párrafo comenzaba con unas palabras algo más explícitas: «Unos veinte, como mucho, Ned; eso es lo que supongo yo». Además, Aronnax calificaba el *Nautilus* de «obra maestra de la industria moderna». < <

[184] Debe tenerse en cuenta que el autor utiliza la misma palabra (*panneau*; en plural, *panneaux*) para designar tanto la escotilla de acceso a la plataforma de cubierta como estos «paneles» que se abren y se cierran sobre una especie de enormes ojos de buey, que serán más que una ventana, un mirador al mundo submarino durante todo el periplo del *Nautilus*. < <

[185] Verne escribe «Eremberg» en el manuscrito, y en las ediciones del original que venimos citando figura «Erhemberg». Se trata en realidad de Christian Gottfried *Ehrenberg*

(1795-1876):

naturalista alemán y médico de formación. Viajó con Humboldt a Siberia y a los Urales. Estudió principalmente los infusorios y la fosforescencia del mar, a los que consagró su libro *Das Leuchten des Meeres* [*La luminosidad del mar*], de 1835. < <

[186] Ya quedó dicho al principio que Verne debe muchos datos, sobre todo de ictiología, a los naturalistas franceses de los siglos XVIII-XIX. El libro *Œuvres de Cuvier et Lacépède: contenant le complément de Buffon à des mammifères et des oiseaux, des cétacés, batraciens, serpents et poissons*

l'histoire

l'histoire

(vol. III, p. 38) contiene una descripción de la raya china muy similar a la de Verne; podría tratarse de una raya torpedo, parecida a la tembladera o tremielga. < <

[187] Corregimos la errata *aulostones*, que perdura en ciertas ediciones del original. < <

[188] Verne: «nornordeste»; en buena lógica, debe ser «esnordeste».

< <

[189] Todo este párrafo, salvo su primera frase, no figuraba en el manuscrito. < <

[190] Párrafo inspirado por un capítulo, dedicado a las algas, del libro *Le monde de la mer* de Frédol (v. bibl.; p. 36 y ss.). < <

[191] * Pequeñas nubes blancas, ligeras y de bordes dentados. < <

[192] Sobre el «capitán Crespo» y Roca de la Plata (en realidad, el nombre tendría que ser «Rica de Plata»), v. el apéndice correspondiente al final del libro, donde se da cumplida cuenta de la biografía del marino español y de la situación de la isla. En cuanto a las coordenadas, creemos que vuelve a tratarse de un error y que debe ser «este», vistas las características de la isla, por lo que corregimos el original «oeste». < <

[193] Este párrafo, del que solo figura la primera frase en el manuscrito, está inspirado por el siguiente de *Le fond de la mer*, de Léon Renard (v. bibl.; p. 239), en cuya traducción adecuo los nombres científicos a las grafías correctas: «La *Porphyra laciniata* se prepara con sal y vinagre; se utiliza como condimento o como aperitivo. [...] La *Rhodymenia palmata* exhala un aroma a violeta muy pronunciado y, debido a su sabor ácido, es un ingrediente muy solicitado para la preparación de salsas, a las que da consistencia y un hermoso color rojo. Antiguamente, los habitantes de las regiones septentrionales solían mascarla como si fuera tabaco. En Kamchatka se elabora con ella un licor fermentado. La *Laurencia pinnatifida* y la *Alaria esculenta* también se utilizan como ingredientes en algunos platos».

La *Rhodymenia palmata* es un alga roja que se conoce actualmente con el nombre científico *Palmaria palmata*. Se utiliza también para denominarla el término inglés *dulse*, de raíz gaélica (*duileasc/duileasg*). Pese a ciertos datos de viajeros de los siglos XVIII y XIX, no consta especialmente en la literatura científica que el alga en cuestión sirviera para elaborar licores; sí hay rastro del uso embriagador de ciertas hierbas, bayas y setas mezcladas con alcohol por los nativos de Kamchatka. Sea como fuere, la *dulse* sigue formando parte de la alimentación de las personas y del ganado en muchas zonas litorales del mundo. < <

[194] Este aparato debe su nombre a Auguste *Denayrouze*

(1837-1883),

teniente de navío e inventor de aparatos de buceo, que perfeccionó un artilugio de aire comprimido inventado por el ingeniero francés Benoît *Rouquayrol*

(1826-1875)

para facilitar el trabajo en las minas. Con Auguste también colaboraba su hermano Louis *Denayrouze*

(1848-1910),

ingeniero y escritor. < <

[195] Sobre Robert Fulton, v. n. 7 del cap. X de la primera parte. Al mencionar a estos artilleros, Verne se basa en datos recabados del capítulo «Canons sous-marins» (p. 317 y ss.) de *Le fond de la mer* de Léon Renard, en el que este cita a Coles, Furcy y Burley. En el caso de estos dos últimos, se refiere a ellos como a dos inventores cuyos modelos de cañones submarinos se exhibieron en la Exposición Universal de París de 1867. En el primer caso, se trata de Cowper *Phipps Coles*

(1819-1870),

y no *Philipps* ni *Philippe*: oficial de la Armada británica. Coles estudió la eficacia de las corazas de los buques e inventó cañones de grueso calibre. Falleció en un naufragio frente a Finisterre, probando *The Captain*, uno de los buques diseñados por él.

Por lo que se refiere a *Landi* podría tratarse de Nicola Landi (1786-1836):

militar originario de Nápoles, perteneciente al arma de artillería, a cuyo estudio y mejora se consagró. < <

[196] *Leniebroek*: este es uno de los enigmas de la novela que quedan por resolver satisfactoriamente. Algunos estudiosos señalan el enorme parecido del apellido de este supuesto químico austríaco, de quien no se puede hallar ninguna pista, con el del célebre personaje del profesor Otto Lidenbrock, protagonista de *Viaje al centro de la Tierra* (1864). A la vista de los manuscritos, cabe la posibilidad de que Verne escribiera realmente Leinebroek (o incluso Leinebrock), pero lo cierto es que no lo corrigió en ninguna de las ediciones de la novela. Digamos, de paso, que existe el topónimo Leyenbroek en los Países Bajos. Una conjetura que podría formularse es que Verne simplemente inventara el nombre de este personaje basándose en una de sus «obsesiones»: la botella de Leiden (ciudad de los Países Bajos conocida como Leyde o Leyden en francés), y jugara alterando el orden de algunas de sus letras — práctica suya frecuente— y mezclándolo con el componente final del apellido de su inventor, Pieter van Musschenbroek (v. la nota siguiente). Otra conjetura que podemos hacer es que Verne hubiese utilizado parte del apellido del científico francés Louis-Guillaume Le Monnier

(1717-1799),

botánico y colaborador de la *Enciclopedia* de Diderot y D'Alembert,

a cuyos artículos sobre el imán o la electricidad contribuyó. Dos fuentes de Verne para redactar *Veinte mil leguas de viaje submarino*, como fueron L. Figuier y A. Mangin, mencionan a Le Monnier; en el contexto de la botella de Leiden, Figuier incluso indica que una simple «cápsula de vidrio» podría servir para obtener una descarga eléctrica (v. *Les Merveilles de la science ou description populaire des inventions modernes*, París, Furne, Jouvet et Cie, 1867, vol. I, p. 471). Sobre la capacidad de la botella de Leiden para matar animales, Mangin menciona que ciertos experimentos habían causado la muerte de peces y gorriones. Y la última conjetura que haremos en este apasionante caso del fantasmagórico químico austríaco es que Verne rindiera homenaje a Gustave Lennier

(1835-1905),

conservador del Museo de Historia Natural de El Havre, geólogo, naturalista y creador del gran acuario marino de la Exposición Marítima Internacional que se celebró en aquella ciudad del 1 de junio al 31 de octubre de 1868. WB cita a Marcel Destombes (v. bibl.; p. 66), quien sugiere que Lennier pudo haber influido en la redacción de la novela y que el acuario «contenía especies de peces de África y de América»; es probable que Jules Verne, tal vez acompañado de su hermano Paul, visitara la exposición. La guinda es que la estructura de aquel acuario estaba inspirada en la gruta escocesa de Fingal, que más tarde sería uno de los escenarios de la novela *El rayo verde* (1882) de Jules. < <

[197] *Botellas de Leiden*: así llamadas por la ciudad de los Países Bajos en que fueron inventadas. Se trata de un condensador eléctrico en forma de botella o vaso de vidrio. En su puesta a punto participaron en

1745-1746

Pieter van Musschenbroek

(1692-1761)

y su discípulo Andreas Cunaeus

(1712-1788).

Se da la circunstancia de que el científico alemán Ewald Georg von Kleist

(1700-1748)

también inventó un artefacto similar de forma casi simultánea. La botella de Leiden fue perfeccionada por el físico inglés William Watson

(1715-1787).

< <

[198] En 1696, se había publicado en Francia una obra de Melchisédech Thévenot

(1620-1692)

sobre el arte de nadar *de nager*),

(*L'art*

que fue considerablemente aumentada en ediciones posteriores, en las que se incluía un capítulo sobre la «Manera de nadar artificialmente» (ed. Lamy, 1782, p. 179 y ss.). En ese capítulo, se enumeran una serie de inventos —como «las corazas de corcho» del Sr. Bachstrom, las «sobrevestés» del Sr. Bonal, los «chalecos marinos» del Sr. Gelaci y los «cofres» del Sr. Ozanam— destinados esencialmente a servir de ayuda a la natación o como salvavidas.

< <

[199] *Hércules*: nombre latino de Heracles, uno de los héroes más famosos de la mitología griega. Hijo de Zeus y de la mortal Alcmena, Hércules encarna el prototipo del vigor, la fuerza, la resistencia y el arrojo. Sus hazañas, que constituyen principalmente el ciclo de los doce trabajos, eran conocidas en todo el mundo griego. < <

[200] Como atinadamente anota VD, se trata de una leve contradicción de Verne, que en el capítulo anterior hablaba de diez balas, no de veinte. < <

[201] En H69: «moverme» o «hacer un movimiento». < <

[202] *Arquímedes* (–287/–212): astrónomo, matemático, físico e inventor de Siracusa (Sicilia). Al sabio Arquímedes se le atribuye no solo la invención de prodigiosas máquinas que retrasaron la caída de Siracusa en manos de los romanos, sino también la célebre exclamación «¡Eureka!» (en griego, εὕρηκα, *héureka*: [lo] he encontrado) y la frase: «Dadme un punto de apoyo y moveré la tierra». También realizó estudios de hidrostática, entre otras disciplinas, y a él se debe el conocido teorema que cita Verne en este pasaje. < <

[203] Esta frase no figura en el manuscrito. < <

[204] *Náyades*: en la mitología griega, son las ninfas que habitan en las aguas de los ríos, lagos, manantiales y fuentes, por lo general. Nereidas, oceánidas y tritones eran otros seres mitológicos directamente relacionados con el medio acuático. < <

[205] Aunque Verne escribe *aphysies*, creemos que es una errata y que se refiere a las «aplisias» o «liebres de mar». < <

[206] Como es habitual en la novela, Verne tiene cierta querencia por los calcos de los nombres científicos de los seres vivos que cita. La «fisalia» (*Physalia physalis*) es el organismo que se conoce como «carabela portuguesa»; la «pelagia panópira» (nomenclatura dudosa, que presumiblemente hemos de identificar con *Pelagia noctiluca*) se conoce como «clavel» o «medusa clavel». < <

[207] *Ooze* (en inglés en el original; Verne escribe *oaze*). «Sedimento pelágico»: se trata de una sustancia parecida al cieno, de color blanco o gris, compuesta en su mayor parte por los caparazones de protozoos como los foraminíferos, entre los que figuran los *nummulites*, o los radiolarios. Tal como apunta VD, Verne se basa en Renard (v. bibl.; p. 31). Zurcher y Margollé (v. bibl.; p. 18 y ss.) también dedican algunas páginas a ese sedimento. < <

[208] Tal como indica VD, el «agudo naturalista» es Frérol, quien en *Le monde de la mer* (v. bibl.; p. 48) escribe: «¡Extraño elemento, donde el reino animal *florece* y el reino vegetal *no florece*!». < <

[209] Esta frase sobre determinadas especies del Pacífico parece estar inspirada en algunos pasajes de Lacépède (v. bibl.). < <

[210] En Zurcher y Margollé leemos: «En las costas de Japón, donde viven tantos peces extraordinarios, se encuentran cangrejos que pertenecen a la especie de las *arañas de mar*, cuyo tamaño es monstruoso. El Museo de Historia Natural ha recibido los restos de uno de esos grandes crustáceos, capturado en la costa oriental de Nippon [*sic*], cuyas pinzas medían cada una

1,20 m

de longitud. Son comprensibles los relatos fantásticos de los pescadores sorprendidos por la aparición de esos seres extraños, cuyas aterradoras formas superan lo más horrible que haya podido soñar la imaginación ante las misteriosas profundidades» (v. bibl.; p. 142). < <

[211] Esta frase no figura en el manuscrito. < <

[212] Pasaje inspirado también por *Le monde de la mer* de FrédoI
(p. 593 y ss.) < <

[213] Como bien menciona VD, en las ediciones originales figura en francés *tintoréas*. Verne se refiere a la «tintorera» o «tiburón azul» (*Prionace glauca*). En cuanto a la supuesta fosforescencia de estos animales y su ataque a un buzo, parece basarse en unos párrafos de Jonathan Franklin (*La vie des animaux*, pp. 188-199), de los que entresacamos el siguiente: «Hay en el mundo algo más terrible que las cosas más terribles: su fantasma. En realidad, el tiburón es una calamidad, un peligro, un enemigo permanente en los mares; pero causa una impresión aún más intensa en la imaginación debido a una especie de poder maravilloso y supersticioso que por la fuerza —¡ay, demasiado auténtica!— de sus armas. Lo que aumenta el terror tan natural que inspira es una especie de *mucosidad* fosforescente que esparce alrededor del animal una apariencia luminosa y sobrenatural. Entonces, podría decirse que, en las aguas llenas de espanto, se ha aparecido un espectro». Por otra parte, Frédol apunta que el *Squalus fulgens* de Bennett, que actualmente se identifica como *Isistius brasiliensis*, es una especie fosforescente y que se conoce en algunos países de América Latina con el nombre de «tiburón cigarro» o «tiburón puro». V. Frederick Debell Bennett, *Narrative of a Whaling Voyage round the Globe from the Year 1833 to 1836*, Londres, Richard Bentley, 1840, vol. II, p. 255 y ss.

< <

[214] Las dos últimas frases de este párrafo y la primera parte del siguiente no figuran en el manuscrito. < <

[215] *Candiota*: habitante de la isla de Candía, nombre con que se conocía también a Creta. Verne distingue entre griegos y cretenses debido a que Creta no pasó a formar parte oficialmente de Grecia hasta 1913. Concretamente, en los años en que se sitúa la acción de la novela, se estaba produciendo uno de los levantamientos de la población cretense contra el ocupante otomano. Verne trató de la Grecia moderna en su novela *El archipiélago en llamas* (1884).

< <

[216] Entre los tetraodóntidos se encuentra una especie de tamboril que en japonés se denomina *fugu*, muy venenoso, pero que, en manos de expertos cocineros que reciben una formación especial para prepararlo, acaba convirtiéndose en un manjar muy apreciado. En el manuscrito, Verne escribió «funesto» en vez de «sutil». < <

[217] Verne sigue una antigua teoría sobre estos triquiúridos que Cuvier ya había puesto en duda. Lacépède, que los menciona en sus obras, tampoco parecía estar muy convencido al respecto. < <

[218] Según el *DLE*: «Principio o agente hipotético que se creyó causante de los fenómenos del calor». < <

[219] En H69: «el polo». < <

[220] Este párrafo no figura en el manuscrito. < <

[221] Todo este largo párrafo está inspirado por Mangin, que a su vez bebe del capítulo V de *La mer* de Michelet, en el que este rinde una vez más homenaje al comandante Matthew F. Maury. < <

[222] En efecto, el capitán James Cook murió el día de San Valentín de 1779 en la bahía de Kealahakua, Hawái, a manos de los nativos de la isla tras un altercado producido por el robo de un bote del buque *Discovery*. < <

[223] Al menos desde el manuscrito, Verne escribe Mouna-Kea o Mouna-Rea, que sustituimos por el correcto «Mauna Kea». < <

[224] Es muy probable que se trate de una confusión relativamente frecuente en la época de la redacción de la novela. Más que de pólipos, parece tratarse de una especie de algas. < <

[225] *Ateneo* (s. I): médico griego natural de Atalia; ejerció en Roma. De su obra, se conservan textos fragmentarios, recogidos por Oribasio, Galeno, etc. En cuanto a las cualidades nutritivas de los calamares, es difícil precisar a qué parte de la obra de Ateneo, que también estaba interesado por la dietética, se refiere nuestro autor. Lo que sí es cierto es que sepías, calamares, chipirones, etc., gozaban de predicamento entre los antiguos griegos. Por otra parte, una de las más conocidas alusiones literarias a estos cefalópodos proviene de Plutarco (46?-120?) en su *Vida de Temístocles* (§ 11). Plutarco pone en boca de Temístocles (-524?/-460?) la siguiente frase dirigida a los eretrios (habitantes de una localidad de la isla de Eubea en cuyo escudo estaba representado un calamar) ante la inminencia de un ataque persa: «¿Qué razón os mueve a hablar de la guerra, precisamente a vosotros que, como vuestros calamares, tenéis una espada, mas carecéis de corazón?». Más bien, creemos que Verne se refiere a otro célebre Ateneo, de Náucratis (siglos II-III), que fue autor de *El banquete de los sofistas* y da en su libro alguna receta para preparar los calamares. En todo caso, la referencia indirecta a estos cefalópodos procede de Alcide d'Orbigny

(v. la siguiente nota) y de Figuier (*Zoophytes et mollusques*, v. bibl.; pp. 482-484).

Galeno (129-199), médico griego originario de Pérgamo, fue médico del emperador Marco Aurelio en Roma y de su hijo Cómodo, así como de Septimio Severo. Hombre de vastos conocimientos, fue autor de numerosas obras de fisiología y anatomía, pero también se interesó por la filosofía y la filología. En medicina mantuvo una postura ecléctica, sin tomar partido por ninguna de las tendencias de la época. En la Edad Media, su obra gozaba de gran reputación debido en parte a las traducciones de su obra que desde el siglo IX habían realizado autores árabes. < <

[226] Alcide Dessalines

d'Orbigny

(1802-1857):

naturalista francés discípulo de Cuvier y uno de los fundadores de la paleontología estratigráfica. Trabajó sobre los cefalópodos y los foraminíferos, y realizó una expedición científica a Sudamérica. Su hermano Charles

(1806-1876)

fue autor de un *Dictionnaire universel naturelle d'histoire*

(1841-1849),

en cuya redacción también colaboró Alcide. < <

[227] *Jean Macé* (1815-1894): pedagogo y escritor francés de convicciones republicanas. Fue fundador de la Liga francesa de enseñanza y adalid de la escuela pública, laica y obligatoria, además de compañero de pupitre y amigo del editor de Verne, P.-J. Hetzel, con quien colaboró en la fundación y dirección del *Magasin et de récréation d'éducation*

(*MÉR*). *Les serviteurs de l'estomac*

fue publicado en forma de libro en 1866 por Hetzel, pero se había ido publicando previamente por entregas desde el n.º 1 del *MÉR* a partir de 1864 y estaba concebido como la continuación de *Histoire bouchée de pain*

d'une

(1861) del mismo Macé, que tuvo bastante éxito; de hecho, en el manuscrito, el libro que estaba leyendo Aronnax es ese, no *Les serviteurs de*

l'estomac

. Nuestro amigo y editor Emilio Pascual, conocedor de bibliotecas reales y ficticias, observa con perspicacia que Verne podría haber incurrido en un error en el capítulo XI de esta I parte, cuando afirma que *Los fundadores de la astronomía moderna*, libro de Joseph Bertrand, era el más reciente que ocupaba los estantes de la biblioteca del *Nautilus*; sin embargo, el de Bertrand había aparecido en 1865. A partir de marzo de 1864, la publicación por entregas de las *Aventuras del capitán Hatteras* de Verne coincidió con la de *Les serviteurs de*

l'estomac

de Macé en el *MÉR*. < <

[228] En H69: «... convulsivos y muertos haciendo un último esfuerzo...». < <

[229] *Sunderland*: ciudad portuaria del nordeste de Inglaterra situada en la desembocadura del río Wear. < <

[230] En este capítulo, como en algunos más de la novela, Verne toma, directa o indirectamente, muchos datos de los escritos de G.-L. Domeny de Rienzi, de Bougainville y de Dumont d'Urville.

Louis-Antoine de *Bougainville*

(1729-1811):

navegante y explorador francés. Participó en diversas campañas militares y, posteriormente, estuvo destinado en las islas Malvinas. Al mando de la fragata *Boudeuse* y de la corbeta *Étoile*, emprendió la primera vuelta al mundo que dieron los franceses. Descubrió el archipiélago de los Navegantes (actualmente, Samoa). En 1771, apareció publicada en París la obra en la que da cuenta de su viaje de circunnavegación. < <

[231] *Isla de Clermont-Tonnerre*: Actualmente Reao, en el archipiélago de las Tuamotu. En realidad, tal como anotan WB y VD, fue Fabian Gottlieb von Bellingshausen

(1778-1852),

quien descubrió ciertos islotes y atolones en una expedición al Polo Sur a bordo de los buques *Vostok* y *Mirny* de la Armada imperial rusa entre 1819 y 1821. Verne vuelve a basarse en datos del libro sobre Oceanía escrito por De Rienzi (vol. II, p. 255) para afirmar que el descubrimiento de Clermont-Tonnerre lo llevó a cabo el capitán Bell a bordo del buque *Minerva* en 1822. < <

[232] Charles Robert *Darwin*

(1809-1882):

naturalista inglés, padre de la teoría de la evolución. A bordo del buque *Beagle* dio la vuelta al mundo, recogiendo información científica que le habría de ser muy útil para desarrollar su teoría. Publicó diversos libros, pero es célebre sobre todo por su obra *El origen de las especies* (1859). < <

[233] Aunque en el manuscrito el término utilizado por Verne es el correcto, en las ediciones impresas se ha perpetuado una errata (*munerofis*) que corregimos aquí. Se trata de una especie de morena. < <

[234] Paul-Antoine-Marie Fleuriot *de Langle*
(1744-1787):

marino francés que participó en la misma expedición que La Pérouse. Murió el 11 de diciembre de 1787, víctima de un ataque de los indígenas de la isla de Mauna (o Manua, en el archipiélago de Samoa) donde hacía aguada, junto con doce marinos de los buques *Astrolabe* y *Boussole*. Puede leerse el relato pormenorizado de los hechos en el libro: J.-F. de Lapérouse, *Voyage autour du monde sur Astrolabe et la Boussole*
l'

, ed. La Découverte, París, 1991, pp. 340-362. < <

[235] *Viti*: es el antiguo nombre de las islas Fiyi. < <

[236] De Rienzi recoge datos muy similares (vol. III, p. 299). < <

[237] Basándose en datos de Dumont
d'Urville

o de Rienzi, que escribían Kandabon, Verne escribe Kandubon.
Actualmente, el topónimo es Kandavu o Kadavu. < <

[238] Abel Janszoon *Tasman*

(1603-1659),

navegante holandés, descubrió Tasmania, a la que denominó Van Diemen, y Nueva Zelanda. En un segundo viaje, descubrió las costas este y oeste del golfo de Carpentaria. Evangelista *Torricelli*

(1608-1647),

físico italiano, construyó telescopios y diversos instrumentos ópticos. Además de inventar el barómetro, ideó una nueva teoría sobre el movimiento de los fluidos. *Luis XIV*

(1638-1715),

rey de Francia, sucedió a su padre con apenas cinco años. Hasta que se lo declaró mayor de edad, la regente nominal fue su madre Ana de Austria, aunque de hecho la regencia la ejerció el cardenal Mazzarino. Figura emblemática de la monarquía absoluta y del siglo XVII francés, era conocido también como el rey Sol o el Grande. < <

[239] En el manuscrito: «... fue menos útil a la humanidad». < <

[240] Se trata de un error, que ya aparece en el manuscrito; los viajes del capitán Cook tuvieron lugar entre 1768 y 1779, y probablemente visitó una de las islas en 1774. < <

[241] Joseph Bruni (o Bruny)

d'Entrecasteaux

(1739-1793):

marino francés, gran conocedor de los océanos Índico y Pacífico. En 1791, se hizo a la mar en busca de La Pérouse. Tras navegar por las islas de Oceanía, pasó de largo por Vanikoro. Contrajo disentería y escorbuto a lo largo del viaje y falleció antes de llegar a la isla de Waigeo. Su segundo, Élisabeth-Paul-Édouard Rossel

(1765-1829),

publicó más tarde el diario de

d'Entrecasteaux

con el título de *Voyage de envoyé à la recherche de Lapérouse*

d'Entrecasteaux,

, París, 1808.

Jules-Sébastien-César *Dumont*

d'Urville

(1790-1842):

marino francés, alcanzó el grado de contraalmirante. Realizó numerosos viajes de exploración, entre los que destacan el efectuado entre 1825 y 1829 en busca de La Pérouse y el viaje al Polo Sur y a Oceanía, de 1837 a 1840. También había navegado por las islas griegas y fue él quien señaló al embajador francés en Constantinopla el hallazgo, por un pastor griego, de la famosa Venus de Milo, que se puede ver en el Museo del Louvre de París. Sus relatos de viaje van acompañados de numerosos anexos sobre asuntos científicos, como botánica, fauna, hidrología, filología, etc.

< <

[242] Peter *Dillon* (1785-1847): navegante británico de origen irlandés. Las terribles aventuras a que hace referencia Verne fueron una matanza de marinos perpetrada por los nativos de Wailea, de la que Dillon pudo escapar con vida. Como se verá más adelante, Dillon desempeñó un papel de crucial importancia para establecer el lugar exacto del naufragio de La Pérouse. < <

[243] Lucio Anneo *Séneca* (o Séneca el Joven)

(4-65):

filósofo romano, natural de Córdoba. Verne refiere en este pasaje una cita de la carta LXXVIII de las *Epístolas morales a Lucilio*, titulada «No hay que temer las enfermedades», en la que Séneca ironiza sobre los «problemas» que aquejan a un enfermo que, entre otras cosas, no puede degustar ostras abiertas en su propia mesa, lo que era el colmo de la exquisitez (*quia non ostrea illi lucrina in ipsa mensa aperiuntur*, [LXXVIII, 23, a]). Concretamente, sobre la calidad de las ostras del lago Lucrino, muy apreciadas en esa época, nos informa también Plinio (v. *Historia natural*, IX, 168). No obstante, Verne toma de Frédol (v. bibl.; pp. 237 y ss.) los datos esenciales de estos pasajes sobre las ostras. < <

[244] Jules Michelet esgrime ideas similares sobre los presuntos riesgos de la gran fecundidad de los seres marinos en diversos pasajes de su obra *La mer*. < <

[245] Pedro Fernandes de Queirós, conocido como Fernández de *Quirós* en español

(1565-1615):

navegante portugués al servicio de la Corona española. Estuvo en Perú con la flota de Álvaro de Mendaña, a quien acompañó a su expedición de las Marquesas como piloto mayor. Posteriormente, se le confió el mando de una expedición al Pacífico, en la que descubrió la isla a la que llamó Austrialia [sic] del Espíritu Santo (Nuevas Hébridas) y otras tierras. Pese a bordear la costa australiana, no se apercibió de que se trataba de un nuevo continente. En las coordenadas que siguen a continuación, Verne omite que se trata de longitud «este». < <

[246] Aunque Verne escribe *Aouou* en el manuscrito, grafía que se ha mantenido en las ediciones francesas, vista la ruta que sigue el *Nautilus*, creemos que debe de tratarse de la isla de la Aurora (bautizada *Aurore* por Bougainville y denominada Maewo actualmente). La descripción coincide con la que hace De Rienzi (vol. 3, pp. 413-414). Es posible que Verne se confunda y mezcle en su memoria el recuerdo de Aotourou, un personaje que aparece en los relatos del marino Bougainville. < <

[247] En el manuscrito, tras «Era el día de Navidad», figuran intercaladas estas palabras: «pero nada a bordo me permitió suponer que se celebrara esa fiesta esencialmente cristiana». < <

[248] Esta frase no figura en H69. < <

[249] Más bien, una latitud de

11° 4'

S. *Recherche* significa «búsqueda». < <

[250] H69 es más preciso: «una docena de salvajes». < <

[251] *Luis XVI* (1754-1793): rey de Francia desde 1774, nieto de Luis XV

(1710-1774)

y esposo de María Antonieta de Austria

(1755-1793).

Poco interesado por la política, no osó o no supo llevar a cabo las reformas que la situación social imponía en Francia. La crisis económica, junto con su negativa a suscribir la Declaración de derechos humanos, tras la Revolución de 1789, sus reacciones autoritarias y la derrota en la guerra contra Austria y Prusia, entre otras cosas, provocaron su destitución y posterior juicio por la Convención, que, por corta minoría, lo condenó a muerte. Fue guillotinado, y en Francia se instauró la República. Cuentan que una de sus últimas frases antes de subir al cadalso fue: «¿Se sabe algo de La Pérouse?». < <

[252] John *Hunter* (1737-1821): marino británico de origen escocés, que llegó al grado de vicealmirante. Cuando se produjeron los hechos que relata Verne, mandaba la fragata *Sirius*. También fue gobernador de la provincia australiana de Nueva Gales del Sur.

< <

[253] Con el término *lascar* se denomina en inglés, lengua de la que lo tomó prestado el francés, a un marinero nativo del este de la India, aunque también a otros soldados de la misma zona. Los hechos a que se refiere Verne tuvieron lugar realmente el 15 de mayo de 1826. Según relata el propio Dillon en su *Narrative* [...] *to ascertain the actual fate of expedition*

La Pérouse's

, publicada en Londres en 1829, se encontró en la isla de Tikopia (o Tucopia) con unos viejos conocidos suyos: el fusilero prusiano Martin Buschart —que había conseguido escapar con Dillon de la matanza de Wailea, trece años antes, y había desembarcado en aquella isla junto con su mujer encinta— y el *lascar* Joe. Cuando Dillon volvió a Tikopia, fue Joe quien vendió la empuñadura de la célebre espada al armero del buque de Dillon. La traducción francesa de la obra de Dillon fue publicada en 1830. Por otra parte, la empuñadura en cuestión forma parte actualmente de la colección del Museo de la Marina francés. < <

[254] Verne se refiere en francés al barco de Dillon, cuyo nombre inglés era *Research*. < <

[255] *Carlos X* (1757-1836): rey de Francia. Hijo del delfín Luis (1729-1765), el cual no llegó a reinar, y hermano del duque de Borgoña, de Luis XVI y de Luis XVIII (1755-1824). Exiliado de Francia, consiguió llegar al trono transcurridos la Revolución, el período napoleónico y el reinado de Luis XVIII. Reinó desde 1824 y abdicó en 1830. < <

[256] *Luisíada*: archipiélago de Melanesia al sudeste de Nueva Guinea. La *Cruz de San Luis* era una condecoración francesa. < <

[257] Puede leerse el informe de *Hobbs* en las páginas 227 y ss. del vol. V del relato de la expedición de Dumont d'Urville.

< <

[258] Charles-Hector *Jacquinet*

(1796-1879):

marino francés que alcanzó el grado de almirante. Participó también en la vuelta al mundo realizada entre 1837 y 1840 por Dumont

d'Urville

y, a raíz de la muerte de este, se encargó de la publicación del relato del *Voyage au pôle Sud et dans sur les corvettes Astrolabe et la Zélée*

l'Océanie

l'

, que apareció entre 1841 y 1854. < <

[259] La inscripción grabada en el cenotafio rezaba así: «A la memoria de La Pérouse y de sus compañeros. La Astrolabe. 14 de marzo de 1828». < <

[260] Louis-François-Marie-Nicolas *Le Goarant* o *Legoarant de Tromelin*

(1786-1867):

marino francés; alcanzó el grado de contraalmirante y participó en numerosas campañas, bélicas y de exploración, sobre todo entre 1827 y 1829, al mando de la *Bayonnaise*. < <

[261] Dumont d'Urville da cuenta de que, al paso de Le Goarant por Tikopia y Vanikoro, este pudo ver que los nativos veneraban el monumento erigido a la memoria de La Pérouse (*Voyage autour du monde*, vol. II, ed. Furne, París, 1853). < <

[262] En el manuscrito, la frase acaba: «y quiera el cielo que yo no tenga otra distinta». < <

[263] El navío al que se refiere Verne es el *Endeavour*, y los hechos mencionados tuvieron lugar realmente el 11 de junio de 1770, según se desprende de los diarios de a bordo del capitán Cook. < <

[264] En el manuscrito, la frase concluye en «trescientas sesenta leguas». < <

[265] Corregimos la errata *Nemastoma gelianiroides* del original. Los expertos consideran que es un sinónimo de *Gelinaria ulvoidea*, nombre científico de una hermosa alga. < <

[266] Verne escribe «Arfalxs». < <

[267] Echemos un rápido vistazo al descubridor y los visitantes:

Francisco Serrão (conocido en español como Francisco *Serrano*, que es lo que escribe Verne) (s. XVI): navegante portugués, participó en el proceso de expansión de los dominios portugueses en los archipiélagos del Pacífico. Viajó por las islas del archipiélago malayo. También fue amigo de Magallanes.

Jorge de *Meneses*, no *José* como escribe Verne (?-1531?): navegante portugués, fue gobernador de las islas Molucas en 1526. Viajó por Borneo y por Papuasía, a la que dio el nombre de Isla de don Jorge.

Con *Grijalva* se refiere al navegante español del siglo XVI, Hernando de Grijalva o Grijalba.

Álvaro de Saavedra Cerón: navegante español del siglo XVI, acompañó a México a Hernán Cortés (1485-1547).

Este, por órdenes del emperador Carlos V, lo envió en 1526 a explorar los mares del Sur. Tras llegar a Nueva Guinea y tocar en las Molucas, pereció con su embarcación en una tempestad en su intento por regresar a México.

Íñigo Ortiz de Retes (Verne escribe en el manuscrito «Juigo Ortiz», que se ha perpetuado en numerosas ediciones y traducciones de la obra con esa célebre concatenación de erratas): navegante español del siglo XVI. Parece ser que Ortiz había emprendido una expedición al Pacífico cuando en una tempestad su nave, la *San Juan*, fue lanzada a la costa de una gran isla, a la que llamó Nueva Guinea debido al color de la piel de los indígenas, que le recordaba a los de la Guinea africana.

Nicolaas *Struyck* (Verne escribe Nicolas Sruick) (1686-1769):

matemático, astrónomo y geógrafo holandés. No queda claro que Struyck viajara realmente a aquella zona.

William *Dampier* (1652-1715): bucanero, pirata y marino inglés,

fue también destacado hidrógrafo. Navegó por las costas americanas y por el Pacífico, y exploró las costas de Nueva Guinea. En 1697, publicó su libro *A New Voyage Round the World*. Se cuenta que fue él quien recogió de la isla de Juan Fernández a Alexander Selkirk

(1676-1721),

el marino escocés que había sido abandonado allí en un viaje anterior y que inspiraría posteriormente a Daniel Defoe (1660?-1731) para su *Robinson Crusoe* (1719).

Funnell (Verne escribe Fumel): parece referirse a William Funnell, personaje relacionado con W. Dampier y que publicó en 1707 un relato sobre los viajes de este por el Pacífico, *A Voyage Round the World; Containing an Account of Captain Expedition into the South Seas*

Dampier's

.

Philip *Carteret* (1730?-1796): navegante inglés, participó en una serie de expediciones con Samuel Wallis

(1728-1795)

y John Byron

(1723-1786)

por el Pacífico. Descubrió la isla de Pitcairn y reconoció el canal de San Jorge. Trazó el mapa de la costa oeste de las islas Célebes.

Thomas *Forrest* (1729?-1802): navegante inglés, gran conocedor de las aguas del Índico, recorrió las costas de Nueva Guinea y Mindanao. Publicó en 1779 su libro *A Voyage to New Guinea, and the Moluccas*.

John *McCluer* (Verne escribe Mac Cluer) (?-1794?), navegante e hidrógrafo inglés, estuvo en el Golfo Pérsico y en Bombay. Hacia 1793, realizó una expedición a Nueva Guinea, donde permaneció quince meses en soledad.

Y, finalmente, Louis-Isidore *Duperrey*

(1786-1863):

marino francés, fue notable cartógrafo, amén de científico interesado en la historia natural, la hidrología y el magnetismo. Al

mando del navío *Coquille* —que posteriormente sería rebautizado como *Astrolabe*, el buque de Dumont

d'Urville

— dio la vuelta al mundo y exploró los mares del Sur entre 1822 y 1825, en un viaje que aportó numerosos conocimientos científicos sobre las islas del Pacífico. Este periplo fue también la primera vuelta al mundo de Dumont

d'Urville,

que viajaba en la expedición. < <

[268] Louis-Grégoire Domeny *de Rienzi*

(1789-1843):

viajero y literato francés, que ya hemos mencionado como una de las fuentes más importantes de Verne. Viajó por Italia, África, Siria y el Asia Menor. Luchó en Grecia a favor de la independencia de este país. Posteriormente realizó una expedición que lo llevó por tierras de Egipto, Abisinia, Arabia, el Indostán, China y Oceanía. Regresó a Francia en 1829 con numerosos objetos de arte y manuscritos. Fue también diputado. Publicó un *Dictionnaire géographique* y su serie de cinco volúmenes sobre Oceanía en el *Univers pittoresque* de Didot. Dumont d'Urville,

en su «Noticia sobre las islas del Gran Océano» —que fue leída en la Sociedad Geográfica de París el 5 de enero de 1832— critica la división etnográfica que hace De Rienzi de los pueblos de Oceanía. Aunque la cita de Verne va entrecomillada no es una cita literal.

< <

[269] *Luis Váez de Torres* o *Vaz de Torres* (Verne escribe «Luis Paz de Torres») (1565?-1610?): navegante al servicio de la Corona española que acompañó a P. F. de Quirós en su viaje de

1605-1606

como capitán de la nave almiranta. Cruzó el estrecho que lleva su nombre, entre Australia y Nueva Guinea, aunque la existencia de este se guardó celosamente como un secreto hasta 1764. El estrecho fue bautizado «de Torres» más tarde por Alexander Dalrymple (1737-1808),

hidrógrafo del almirantazgo británico. < <

[270] Se refiere aquí el autor a la última expedición en que participó Dumont

d'Urville,

entre septiembre de 1837 y noviembre de 1840, que lo llevó a descubrir una península del continente antártico, a la que bautizó Tierra Adelia en honor de su esposa, el día de Año Nuevo de 1840.

< <

[271] Adrien-Clément *Vincendon Dumoulin*

(1811-1855):

ingeniero y viajero francés. Participó en el viaje de Dumont d'Urville

al Polo Sur y Oceanía, en el que se encargó de la física e hidrografía. A la muerte de aquel, colaboró en la redacción final de la narración de la expedición. Auguste-Élie-Aimé *Couvent-Desbois*

(1814-1892),

marino francés, figura como oficial en la expedición de Dumont d'Urville.

< <

[272] William Parker *King*

(1793-1856):

marino e hidrógrafo británico. Recorrió la costa australiana entre 1817 y 1821 y, más tarde, la de América, entre el río de la Plata y Tierra del Fuego. < <

[273] *Tound*: Aunque en las ediciones francesas suele figurar «Tound», que es lo que escribió Verne en el manuscrito, todo indica que se trata de la isla que Dumont d'Urville denominó Toud y los nativos llamaban Tudú. También se conoce como la isla de Warrior y, en sus inmediaciones, se encuentra el *canal Mauvais*. < <

[274] *Gueboroar*: no existe una isla con ese nombre en el estrecho de Torres. Verne se basa en datos de Dumont

d'Urville,

que menciona en esas señas una isla denominada *Gueborar* en su *Voyage au Pôle Sud et dans*

l'Océanie

(vol. IX, 1840, p. 237). Pese a todo, tampoco se encuentra atestiguado ese topónimo. En realidad, se trata de la isla australiana de Gabba, que también se conoce con otros nombres, como Gebara, Gerbar y Two Brothers («Dos Hermanos»). < <

[275] En el manuscrito: «Amigo Ned —respondí—, nos debemos a nuestra promesa de no abandonar el *Nautilus* sin la autorización de su comandante». < <

[276] En el manuscrito, se trata de «fusiles de aire comprimido y balas eléctricas». En H69, los fusiles son «eléctricos». < <

[277] En el manuscrito, Conseil califica a Ned de «caníbal». < <

[278] En el manuscrito Verne ya utiliza la palabra *clystomores*, no atestiguada. Tal vez se confundiera con otra que antiguamente se utilizaba en la taxonomía de las aves del paraíso: *conirostres*, «conirrostros»; o bien, según sugiere VD, pensara en alguna de las especies de passeriformes cuyo nombre científico comienza por el término *Cicinnurus*. < <

[279] Verne mezcla en el manuscrito *babi-outang* y *bari-outang*, palabra esta que fue la que pasó a las ediciones impresas. En realidad, se trata de *babi utan* o *babi hutan*: una especie de jabalí de Java. < <

[280] En H69: «a quien embriagaba la furia del cazador». < <

[281] *Canguros-conejos*: Podría tratarse de los famosos *wallabies*, especie de marsupiales de pequeño tamaño que viven en algunos parajes de Australia. Como no ignoran los aficionados al *rugby*, *wallabies* es también el apodo y el símbolo de la selección australiana. < <

[282] Esta frase no figura en el manuscrito. < <

[283] Como recuerda VD, al final del cap. XXIV de su *Viaje a Escocia e Inglaterra* (1859), Verne hace decir a la Srta. Amelia que existe una manera muy sencilla de interpretar melodías escocesas al piano: «basta con tocar las teclas negras únicamente». < <

[284] Una vez más, De Rienzi es la fuente de la lengua que presuntamente utilizan los nativos de la isla (vol. III, p. 338). < <

[285] Este pasaje se inspira en Frédol (v. bibl.; pp. 279-280). < <

[286] En el manuscrito, Verne redactó este pasaje otras dos veces, hasta que dio con la versión que le convencía. En una de esas pruebas, Nemo recomienda al profesor que no suban a la plataforma mientras estén cerca de la isla de Gueboroar; en la otra, parece haber pensado en un desenlace más rápido de la acción, ya que Aronnax le pregunta cómo se librará de los nativos, a lo que Nemo responde que lo hará de manera muy sencilla. < <

[287] Efectivamente, Jules-Sébastien Dumont
d'Urville

pereció, junto con su mujer e hijo, en el primer accidente de
ferrocarril ocurrido en Francia, en Meudon (departamento de Altos
del Sena), el 8 de mayo de 1842. < <

[288] Tras esta frase, en el manuscrito figuraban una serie de párrafos muy significativos que Verne tachó, en los que se leía lo siguiente: «El capitán se dirigió hacia un pequeño mueble, situado al fondo del salón. Lo abrió, y vi que contenía un aparato eléctrico o, más bien, un conmutador que permitía modificar instantáneamente la dirección de las corrientes producidas por las potentes pilas de a bordo. / El capitán Nemo levantó el dedo y dijo: “Ya no existen los papúas”. / Pulsó el conmutador. Fuera, se oyó un grito espantoso. El horror me hizo palidecer. Las escotillas estaban abiertas. Miré al capitán Nemo, que permanecía impassible, y salí a toda prisa del salón. / Llegué a la plataforma. Veinte piraguas huían. Cien cadáveres yacían en las bandas del *Nautilus*. / Entonces lo entendí. La plataforma, aislada por no sé qué mecanismo, y cargada con toda la electricidad de a bordo, había producido el efecto de una inmensa batería. ¡Los salvajes que la atestaban habían caído fulminados! / Yo estaba allí, aterrorizado. En ese momento...». < <

[289] Tal como recuerdan WB y LP, en estas palabras se puede ver condensado otro posible origen del nombre Nemo: la divisa escocesa *Nemo me impune lacessit*, es decir, «Nadie me ataca impunemente». < <

[290] *Ægri somnia*: estas dos palabras latinas forman parte del séptimo verso de la *Ars poetica* (*Epistula ad Pisones*) del poeta latino Quinto Horacio Flaco (-65/-8) y significan: «pesadillas de un enfermo». Horacio se refiere a la impresión que causaría un libro mal concebido y estructurado, que equipara a una pintura en la que un ser quimérico tuviese cabeza humana, cuello de caballo, plumaje y cola de pez. < <

[291] Tal como recuerda LP, esta alusión al «arca sagrada» tiene una doble connotación bíblica: el arca de Noé (*Génesis*, 6, 14-16) y el arca de la Alianza (*Éxodo*, XXV, 10-22).
< <

[292] En H69: «... con esas bestias». < <

[293] Las «fóladas dáctilos» (mera adaptación verniana del nombre científico *Pholas dactylus*) son moluscos bivalvos, conocidos vulgarmente como «barrenas» o «almejas bravas». Poseen ciertas propiedades luminiscentes. < <

[294] Aunque Verne no lo especifica, queda claro que el *Nautilus* continúa navegando de este a oeste. < <

[295] En H69: «... estaba transformado». < <

[296] Sobre *Gratiolet*, v. n. 7 del cap. VIII de la primera parte. En cuanto al otro médico, se trata de Horace-Bénédict-Alfred *Moquin-Tandon*

(1804-1863),

conocido por el pseudónimo *Frédol*, a quien ya nos hemos referido en varias notas y cuyo libro póstumo *Le monde de la mer* (fue publicado en 1865) es una de las principales fuentes de *Veinte mil leguas de viaje submarino*; zoólogo y botánico, también fue doctor en ciencias y en medicina. Se dedicó a la hirudinicultura, o cría de sanguijuelas; también dejó estudios sobre malacología. < <

[297] Aunque en el manuscrito no aparecen ni la pregunta de Aronnax ni la respuesta de Nemo, en *MÉR* y en H69 sí figuran, a continuación de esta, unas frases que no aparecen en la edición H71: «El segundo estaba a su lado. [El herido] se arrojó para evitarle el golpe... Un hermano que da su vida por su hermano; un amigo, por su amigo. ¡Nada más sencillo! Esa es la ley para todos a bordo del *Nautilus*». WB subraya la similitud de esas ideas con las que sintetiza el célebre lema de los mosqueteros de Dumas padre: «Todos para uno, uno para todos». < <

[298] Aunque Verne escribió *Peyssonnel* en el manuscrito, en ciertas ediciones se sigue viendo *Peyssonnel*. Se trata de Jean-André *Peyssonnel*

(1694-1759):

médico y naturalista marsellés. Escribió un *Traité du corail*, tras haber investigado en su ciudad natal y en el norte de África. Descubrió el carácter animal del coral en torno a

1723-1725,

y no en 1694, ya que este último fue el año de su nacimiento; este error sí se produce ya en el manuscrito. < <

[299] Verne escribe *macciota*; en realidad, *macciotta*, término de origen italiano. < <

[300] La cita pertenece al cap. «Flor de sangre» (*Fleur de sang*, cap. IV, II parte) del libro *La mer* de J. Michelet, cuya influencia vuelve a ser palpable en los párrafos precedentes y siguientes. < <

Notas de la segunda parte

[1] En el manuscrito Verne había escrito una serie de frases mucho más tajantes, que acabó suprimiendo: «¡Una vez más la misma desconfianza hacia la raza humana o, más bien, el mismo odio implacable y permanente! / Allí se encontraba el auténtico misterio que envolvía al capitán. / ¡Sí! En aquel odio era donde había que buscar el secreto del capitán Nemo». < <

[2] Estos datos parecen estar tomados del naturalista Peyssonnel, a través de las obras de Milne-Edwards y Figuier. No quedan claros los efectos terapéuticos de la *Dendrophyllia ramea*. < <

[3] Sobre *Chassepot*, v. n. 5, cap. II, primera parte. *Remington*: marca comercial de una fábrica de armas de fuego, fundada por el inventor estadounidense Eliphalet Remington (1793-1861).

A este, le sucedió su hijo Philo Remington (1816-1889),

que introdujo diversas mejoras en los famosos rifles de la casa. < <

[4] Aunque Verne habla de un «sapo de mar», por la descripción y las indicaciones se deduce que la referencia es a la especie *Synanceia horrida*, conocida como «pez piedra», muy venenosa.

< <

[5] *Isla de Keeling*: en realidad, se trata de una serie de atolones e islotes, conocidos como Cocos o Keeling y que se encuentran bajo administración australiana. < <

[6] Robert *Fitz-Roy* (también *Fitzroy* o *FitzRoy*)

(1805-1865):

marino, hidrógrafo, meteorólogo y astrónomo inglés. Estuvo al mando de la expedición del buque *Beagle* en el viaje que realizó con el naturalista Charles Darwin entre 1831 y 1836, visitando las islas de Cabo Verde, las costas sudamericanas, las islas Galápagos, Tahití, Nueva Zelanda, las Maldivas y Mauricio. En 1839, publicó un libro en dos volúmenes en el que recogía la narración del periplo del *Beagle*. Posteriormente fue diputado y, más tarde, gobernador de Nueva Zelanda entre 1843 y 1845. Se retiró de la vida pública y se dedicó a la meteorología. Fue uno de los precursores de los boletines de previsión del tiempo. < <

[7] *Malabar*: región costera del sudoeste de la India, situada entre el mar Árabe y los Ghates occidentales. *Coromandel*: costa oriental de la India junto al golfo de Bengala. Sus principales puertos son Madrás y Negapatam. < <

[8] Ya hemos mencionado las obras de Aristóteles, Ateneo y Plinio en diversos pasajes de la primera parte de la novela. *Opiano* de Anazarbo (siglo II): poeta didáctico griego, autor de una obra en cinco volúmenes sobre la pesca titulada *Haliéuticas*. Se le atribuye asimismo otro poema sobre la caza, de título *Cinegéticas*, pero al parecer su autor sería otro Opiano, originario de Apamea. < <

[9] *Amboina*: antiguo nombre de la isla de Ambon, perteneciente al archipiélago de las Molucas (Indonesia). En su libro *La mer*, Michelet dedica un capítulo al «mar de leche». < <

[10] El irónico final de esta frase, desde «profundas reflexiones», es un añadido marginal en el manuscrito. < <

[11] En diversas ediciones, aparece «febrero», pero se trata de una confusión de fechas, ya que más adelante vuelve a aparecer esta; por lo tanto, debe ser «28 de enero». El error figura también en el manuscrito. < <

[12] Henry Charles *Sirr*

(1807-1872):

vicecónsul británico de Hong Kong, permaneció asimismo en la isla de Ceilán (actualmente, Sri Lanka) al servicio de la Corona británica. El libro que cita Verne (en cuyo título escribe erróneamente *Ceylan* en vez de *Ceylon*) apareció publicado en 1850, en dos volúmenes, y es un compendio, muy al uso en aquellos tiempos, de geografía, historia, economía y etnografía de la isla. La abreviatura *Esq.* corresponde a *Esquire*, un tratamiento equivalente a «Caballero» (solo consta en H71). < <

[13] Verne escribe «Manaar». < <

[14] *Tratado de Amiens* o Paz de Amiens, firmado el 27 de marzo de 1802 entre el Reino Unido, España, la República Bátava (Países Bajos) y Francia, en medio de las guerras napoleónicas. La paz solo duró catorce meses. Los británicos se quedaron con Ceilán, que entonces pertenecía a los holandeses. Por su parte, España recuperó la isla de Menorca a cambio de ceder la de Trinidad a Inglaterra.

< <

[15] Verne escribe Perceval. En realidad, se trata de Robert *Percival* (1765-1826):

militar, viajero y escritor británico. El libro en cuestión lleva por título *An Account of the Island of Ceylon*. Fue publicado en 1803 (Londres, ed. Baldwin) e inmediatamente traducido al francés. Percival dedica el capítulo III de su libro a la pesca de las perlas. El dato del buceador «cafre» —adjetivo aplicado a quien no profesa la fe islámica—, aparece en la p. 65 de la citada edición. Verne aprovecha muchos datos de este libro y del anteriormente citado de Sirr para la redacción de este capítulo y del siguiente. < <

[16] En *MÉR* y H69: «caprichos de la moda». < <

[17] *Atlas*: cadena montañosa que se extiende por Marruecos, Argelia y Túnez. < <

[18] Aunque sí consta en el manuscrito, ni en *MÉR* ni en H69 figura el nombre científico de la madreperla. En este y en otros pasajes de este capítulo, Verne se basa en Frédol (v. bibl.; p. 257 y ss.), y en Renard (v. bibl.; p. 129 y ss.). < <

[19] *Carlos* I de España y *V* de Alemania
(1500-1558):

hijo de Felipe el Hermoso

(1478-1506)

y de Juana la Loca

(1479-1555),

y nieto de los Reyes Católicos. Titular del Sacro Imperio Romano Germánico. Por herencia, recibió una serie de territorios heterogéneos, de ahí su continuo esfuerzo por lograr el funcionamiento eficaz de su Imperio. Durante su estancia en el trono, prosiguió la expansión de los españoles en América, seguida, sin embargo, sin mucho interés por parte del Emperador. < <

[20] Cayo *Julio César* (-101/-44): general, historiador y político romano. Fue cónsul y participó en el primer triunvirato junto con Pompeyo (-106/-48) y Craso (-115/-53). A la muerte de este, se enfrentó directamente a Pompeyo. Tras un largo período de luchas, se hizo con el poder, lo que le granjeó la enemistad del Senado y de los republicanos. Sus memorias militares, *La guerra civil* y *La guerra de las Galias*, son importantes documentos históricos sobre su época. César murió víctima de un complot, asesinado en presencia de los senadores.

Servilia: dama romana que vivió en el siglo -I; hija de Quinto Servilio Cepión y madre de Marco Junio Bruto (-85?/-42), el cual participó en el asesinato de Julio César. Se rumoreaba en Roma que el propio Bruto era fruto de una relación entre César y Servilia. La historia de la perla la relata el historiador romano Suetonio (s. I) en su *Vida de los Doce Césares* (Libro I, cap. L): «[...] en su primer consulado [J. César] le había regalado una perla que costaba seis millones de sestercios». < <

[21] *Cleopatra* VII (-69/-30): reina de Egipto, última de la dinastía de los Lágidas. Dama políglota y muy culta. Célebre por sus amores con C. Julio César, con quien tuvo un hijo, y con Marco Antonio (-82?/-30). Su unión con este último ponía en peligro la hegemonía de Roma en el Mediterráneo, por lo que Octavio (-63/14), sucesor de César en el poder, les declaró la guerra. Tras ser vencidos en la batalla de Accio (2 de septiembre de -31), Marco Antonio y Cleopatra huyeron a Egipto y ambos se suicidaron. < <

[22] En H69, el nombre de la prometida de Ned es «Kate Tender».

< <

[23] Inicialmente, en el manuscrito escribía Verne solamente que la etimología le parecía «muy justa»; «y muy injusta a la vez» es un añadido marginal. *Requin*: según la etimología popular, deriva de la voz «réquiem» [v. Louis Figuier (1868): *Les poissons, les reptiles et les oiseaux*, París, ed. Hachette, p. 22]. Sin embargo, los lexicógrafos no se ponen de acuerdo y ofrecen dos distintas: bien la raíz normanda de perro, «-quin» (*chien* en francés; por ejemplo, *chien de mer* es la lija o pintarroja), o bien la raíz del verbo *rechigner* (obsérvese, en español, «rechinar los dientes»). < <

[24] Verne escribe, incorrectamente, *apsiphoroides* que corregimos por el correcto «aspidoforoides». El error también figura en el manuscrito. < <

[25] En *MÉR* y en H69: «once centímetros». < <

[26] Se trata de *Birgus latro*, conocido como «cangrejo de los cocoteros», el artrópodo terrestre más grande existente [v. Charles Darwin (1839): *Journal of Researches into the Geology and Natural History of the Various Countries Visited by Beagle H.M.S.*, Londres, ed. Colburn, pp. 551-552]. < <

[27] En H69: «no les permite moverse». < <

[28] En *MÉR* y en H69 Verne insiste y escribe: «fiel a ese instinto de destrucción». < <

[29] Como ya quedó dicho al hablar de Rabelais, *Gargantúa* es una obra de este autor (escrita en 1534). Gargantúa es un gigante de apetito desmesurado, pero de temperamento bondadoso y pacífico.

< <

[30] Se refiere a *Carcharhinus melanopterus*, el «tiburón de puntas negras». < <

[31] En el manuscrito, esta intervención del capitán Nemo estaba redactada inicialmente así: «¡Ese indio, señor profesor, es un habitante del país de los pobres diablos, y yo sigo siendo de ese país!»; Verne tachó la segunda parte de la frase y la modificó. < <

[32] *Islas Maldivas*: archipiélago situado al sudoeste de Sri Lanka (la antigua Ceilán) y compuesto por doce atolones coralinos. En 1965, se independizaron del Reino Unido. Islas *Laquedivas*: grupo de islotes, atolones y arrecifes de coral del océano Índico, situado al oeste de la costa de la India. Forman un Estado federado de dicho país. *Kiltán* (o *Kilthan*): mientras que en el manuscrito figura el topónimo correcto, en las ediciones impresas se ha perpetuado la errata Kittán (o Kittan). < <

[33] Vasco da Gama, conocido en español como *Vasco de Gama*, que es lo que escribe Verne

(1469-1524):

navegante portugués. Descubrió la ruta directa a la India por el cabo de Buena Esperanza

(1497-1499).

Fundó Mozambique, Sofala y Cochín. Murió como virrey de la India; Luís Vaz de Camões (1524?-1580?) lo convirtió en protagonista de su poema épico *Os Lusíadas* (1572). < <

[34] *Mahra*, Mahri o Mahrah: antiguo sultanato yemení, que formó parte del protectorado de Adén oriental (1866). Comprendía un sector continental desde los montes Mahra (en la frontera con Omán) hasta el mar. Actualmente forma parte de Yemen. *Hadramaút*: región histórica de límites indefinidos en la Arabia meridional, comprendida en la actualidad en Yemen, aunque sus confines septentrionales se adentran en Arabia Saudita. En las tres ediciones impresas que venimos mencionando figura la errata «Hadramant». < <

[35] *Edrisi* o Mohamed al Idrisi (1099?-1166?): geógrafo árabe natural de Ceuta. Estudió en Córdoba y vivió en la corte de Roger II de Sicilia; por encargo de este, escribió una geografía mundial acompañada de mapas. Dejó una representación circular de la Tierra, que sirvió de base a las demás cartas posteriores. Dividió las zonas habitadas en siete climas o latitudes. < <

[36] *Asfaltita*: antiguo nombre del mar Muerto. En latín: *Asphaltites lacus*. < <

[37] *Ptolomeo*: nombre de diversos soberanos de la época helenística, especialmente los de la dinastía egipcia de los lágidas (siglos -III / + I). < <

[38] *Pan*: en la mitología griega, es el dios de los pastores y de los rebaños. Se lo representa como un ser mitad hombre y mitad macho cabrío. Ágil y rápido, disfruta durmiendo la siesta cerca de algún fresco hontanar o espiando y persiguiendo a las ninfas de los bosques. Pan tocaba la siringa («especie de zampoña compuesta de varios tubos de caña que forman escala musical y van sujetos unos al lado de otros», según el *DLE*). < <

[39] Por *Archipiélago griego* debe entenderse las islas y aguas del mar Egeo, como veremos en el capítulo VI de esta parte de la novela. < <

[40] *Estrabón* de Amasia (–64/ + 24?): geógrafo griego, autor de una *Geografía* en diecisiete volúmenes, el tercero de los cuales está consagrado a la península ibérica. Su obra presenta un gran interés para la investigación histórica, geográfica y etnográfica de la Antigüedad, y, por otra parte, abunda en digresiones mitográficas. Gozó de gran prestigio hasta la Edad Media. < <

[41] Lucio Flavio *Arriano* (95?-175?), historiador griego discípulo de Epicteto; fue autor de las *Diatribas*, de una *Anábasis de Alejandro* y de un tratado sobre cinegética. *Agatárquides* de Cnido (s. II), historiador que desarrolló su actividad fundamentalmente en Alejandría, escribió dos obras históricas, una *Sobre Asia* y otra *Sobre Europa*. Asimismo, se conocen fragmentos de otro libro, *Sobre el mar Rojo*, que comprendía cinco volúmenes y estaba consagrado al estudio de los diversos pueblos de las costas aledañas al mar Rojo. *Artemidoro* de Éfeso (ss. -II/-I), geógrafo griego, es autor de una obra en once volúmenes de la que solo nos han llegado fragmentos y referencias a través de otros autores y por una compilación abreviada del siglo V. Estrabón la utilizó como fuente para sus escritos. < <

[42] En el manuscrito figura «Edrom», que pasó así a H69 y a H71, mientras que en *MÉR* figura el término correcto «Edom». Recordemos que una breve obra póstuma de Verne, de argumento futurista, se titula *Edom*, aunque fue más conocida durante cierto tiempo como *El eterno Adán*, en una versión publicada en 1910 que debía mucho a la pluma de su hijo Michel. < <

[43] Verne sigue en estas frases una vez más a Frédol (v. bibl.; p. 36 y ss.), que a su vez cita a Ehrenberg. < <

[44] *Sesostris* o Senusret: nombre de tres Faraones egipcios que gobernaron entre los siglos -XIX y -XVIII. Sus campañas fueron narradas por los historiadores griegos Heródoto (-490?/-425?) y Diodoro de Sicilia (s. -I), que hablaron de «Sesostris» como un único y legendario Faraón. < <

[45] *Necos II*, también *Necao* o *Nekau* (s. -vi): faraón egipcio, sucedió a su padre *Psamético*. Restableció en Palestina y en Siria la dominación de los faraones, aunque posteriormente fue vencido por *Nabucodonosor* y se vio obligado a abandonar sus conquistas. Intentó abrir de nuevo el canal que unía el Nilo al mar Rojo. < <

[46] *Darío I*, rey de Persia (-521/-486), hijo de Histaspes; emprendió una serie de conquistas que culminaron en el avance hacia el delta del Danubio, donde su ejército fue derrotado y sufrió grandes pérdidas. Sin embargo, sí pudo someter Tracia y Macedonia. En la I Guerra Médica («medos» es sinónimo de persas) fue derrotado en Maratón en el año -490. Su padre, *Histaspes* (s. -vi), al parecer tomó parte en la segunda expedición de Ciro contra los masagetas (-529). Fue sátrapa de Hircania y, al advenimiento de su hijo, reprimió la revuelta de los hircanios y contribuyó a restablecer la integridad del Imperio persa. *Ptolomeo II* Filadelfo (-308/-246), rey de Egipto (-285/-246), guerreó contra Siria e impuso su hegemonía en el Mediterráneo oriental. Fundó el Museo de Alejandría. < <

[47] Bubaste o *Bubastis*: antigua ciudad del Bajo Egipto donde residieron los reyes de la vigésima segunda dinastía. Fue conocida por sus fiestas religiosas. Actualmente, su nombre es Ez Zagazig.

< <

[48] *Antoninos*: nombre con que se conoce a una dinastía de emperadores romanos (Nerva, Trajano, Adriano, Antonino Pío, Marco Aurelio y Cómodo) que reinó desde el año 96 al 192, época de máximo esplendor del Imperio. < <

[49] *Omar* I o Umar, «Señor de los Creyentes» y segundo califa musulmán (586?-644), transformó el sistema árabe en un imperio teocrático, organizando una nueva administración en las tierras ocupadas, al pasar el jefe militar a ser delegado del califa para asuntos civiles, cabeza del islamismo y juez. En su califato, los árabes conquistaron Mesopotamia y Siria, y dio comienzo la conquista de Irán y de Egipto. Abu Yafar Abdallah *Al Mansur*, «El Victorioso» (710?-775), hermano y sucesor de Abul Abbás, fue el segundo califa de la dinastía de los abasíes, descendientes del profeta Mahoma. Estableció la capital en Bagdad para albergar a la creciente burocracia. Tuvo que hacer frente a diversas revueltas de jariyíes y alidas, entre ellas la de su tío *Mohammed ben Abdallah* (712?-764), que fue gobernador de Siria y pretendió suceder a su sobrino Al Mansur, pero no lo consiguió y pasó los últimos siete años de su vida encarcelado por este. < <

[50] Napoleón *Bonaparte*

(1769-1821):

militar y estadista francés. Ascendido a general, tras su actuación en la defensa de Tolón, pasó a la campaña de Italia, donde se adueñó del norte del país. Posteriormente, el Directorio le confió el mando de la expedición de Egipto, en 1798, para acabar con el dominio inglés, intento fallido por la derrota de la flota. En 1799, tras un golpe de Estado, se hizo con el poder con el título de Primer Cónsul. En 1804, gracias a un plebiscito, se proclama Emperador. La época napoleónica transcurrió entre campañas militares como la de España

(1808-1814),

Rusia (1812), etc. Tras una serie de derrotas, abdicó y tuvo que exiliarse a la isla de Elba en 1814. En marzo de 1815, desembarcó en Cannes y consiguió regresar al poder durante otros cien días, hasta la derrota definitiva de Waterloo. Fue desterrado a la isla de Santa Elena, donde murió. < <

[51] *Hadjaroth*: lugar difícil de localizar con precisión, parece ser el Pi Hajirot del Éxodo, que figura en la versión española de la Biblia (v. *Libro del Éxodo*, 14, 2). < <

[52] Ferdinand de *Lesseps*

(1805-1894):

diplomático e ingeniero francés. Entre 1842 y 1848, fue cónsul en Barcelona. Proyectó y realizó las obras de apertura del canal de Suez (entre 1859 y 1869, año este en que comenzó la publicación de *Veinte mil leguas de viaje submarino*). Otro proyecto similar en el istmo de Panamá fracasó, y De Lesseps se vio envuelto en un escándalo de corrupción, por el que fue inicialmente condenado (1893). En 1870, Jules Verne obtuvo la Legión de honor de manos de la emperatriz Eugenia a propuesta de Lesseps. < <

[53] Actualmente, Tell el Farama. < <

[54] *Aures habent et non audient*: «Tienen oídos y no oirán», del versículo 6 del salmo 113 B; equivale a nuestro refrán «No hay peor sordo que el que no quiere oír». < <

[55] La palabra «halícore» se utilizaba en algunos nombres científicos del dugongo, como *Halicore indicus*. Es un compuesto del latín tardío a partir de las raíces griegas de «mar» (ἅλς, *hals*) e «hija» (κόρη, *kore*). Los sirenios en general, y por tanto los dugongos, se han conocido también como «vacas marinas». Tal como indica LP, en estos pasajes Verne tiene en cuenta las páginas que Michelet (*La mer*, II, cap. XIII) y Mangin (v. bibl.; p. 339 y ss.) dedican al dugongo. < <

[56] Verne utiliza el término inglés *steamboats* para designar los vapores de navegación fluvial. < <

[57] Recordemos que Verne publicó en 1884 la novela *El Archipiélago en llamas*, cuyo argumento reúne escenas de guerra, piratería y amor romántico, y transcurre en los últimos años de la lucha de los griegos por su independencia contra el Imperio otomano (1821-1830).

< <

[58] En H69: «que no hemos renunciado de ningún modo a la esperanza...». < <

[59] En el manuscrito, este párrafo presenta ciertas variantes interesantes (en cursiva, las palabras tachadas por Verne): «Por lo pronto, Ned Land, *pongámonos de acuerdo*, dejémoslo así, y [n]i una palabra más sobre este asunto, *no volveremos a hablar de este asunto*. El día en que esté usted listo *para huir*, nos advertirá y lo seguiremos. *Sé que es usted un hombre prudente y hábil*. Tiene usted mi absoluta confianza». < <

[60] Se trata del verso 387 y del comienzo del verso 388 del Libro IV de las *Geórgicas* de Virgilio: «En los abismos de Escarpanto, mora un adivino de Neptuno, el cerúleo Proteo...». En la mitología griega, Proteo era una divinidad del mar. Solía guardar los rebaños de focas y otros animales marinos del dios del mar Posidón (el Neptuno griego) y tenía la capacidad de metamorfosearse en lo que deseaba, no solo en animal, sino también en un elemento como el agua o el fuego. Tenía también el don de la profecía, de ahí la palabra *vates*: adivino. < <

[61] La revolución o revuelta cretense contra el dominio otomano tuvo lugar entre 1866 y 1869. Sin embargo, hasta 1898 no conseguiría Creta la independencia, antes de unirse a Grecia en 1913 (Tratado de Londres). < <

[62] Otra errata en la denominación de una especie marina. Verne escribe *aphyses*, pero se trata de *aphyes*, mencionados por Aristóteles en su *Historia de los animales* (569 a 25). Los datos proceden, una vez más, de las obras de Lacépède. Es difícil discernir si se trata de la misma especie que la descrita por Aristóteles, pero todo apunta a que podría tratarse del góbido *Aphia minuta*, es decir, el chanquete. < <

[63] Aulo *Vitelio* (15-69): emperador romano, famoso por su glotonería y por lo breve de su paso por el poder (de abril a diciembre del año 69, cuando fue asesinado). Este pasaje procede, a través de Lacépède, del libro dedicado a Vitelio en la *Vida de los doce Césares* (v. cap. XIII) por el biógrafo romano Suetonio. El plato en cuestión se conocía con el nombre de «escudo de Minerva». En cuanto a los «queilinos», el término, basado en la raíz griega de «labio», lo utiliza Lacépède para distinguirlo de otros lábridos (*labrum* significa «labio» en latín). < <

[64] El pasaje de la rémora procede del capítulo I del libro XXXII de la *Historia natural* de Plinio. < <

[65] El cabo de *Matapán* es la punta central de las tres del sur del Peloponeso; también se conoce como cabo de Ténaro. < <

[66] *Pesce*: «pez» en italiano, así en el original. Como recuerda VD, Verne se basa en unos hechos relatados por Zürcher y Margollé (v. bibl.; pp. 59-60) y por Renard (v. bibl.; pp. 82-86) sobre las hazañas de un buzo al que apodaban Pesce-Cola (según otras fuentes, Colapesce), en la época de Federico II (1194-1250),

rey de Sicilia. Verne traslada la leyenda al mar griego, pero mantiene el nombre del buzo. Por otra parte, las *Cícladas* son el archipiélago situado al este de la Grecia continental y el Peloponeso. Sus islas principales son: Andros, Tinos, Paros y Naxos.

< <

[67] Verne se basa en datos de Figuier (*La terre et les mers*, p. 362) y en otros del volumen dedicado a las islas griegas por la publicación *pittoresque*

L'Univers

(1853; p. 486), que, en las páginas sobre la isla de Santorín (en la actualidad, conocida como Santorini), cita pasajes de la *Historia natural* de Plinio (II, 89). Aunque el nombre de Santorín en griego antiguo era Tera, la mención de Tía (*Theia*, «la Divina») no debe interpretarse como una errata, a la luz de lo que escribe Plinio.

< <

[68] *Cerigo* era uno de los nombres de la isla de Citera (o Citerea), situada al sudeste del Peloponeso. < <

[69] *Plutón*: en la mitología latina, es el equivalente del Hades de la mitología griega. Plutón es el dios del inframundo y de la muerte. Su nombre latino está relacionado con el término griego con que se designa la riqueza (πλοῦτος, *plutos*), ya que es en el mundo subterráneo donde yacen los minerales con los que se producen los metales, que, preciosos o no, simbolizaban a aquella. < <

[70] *Lúculos*: sobrenombre de una familia romana de la *gens* Licinia. Era especialmente conocido por sus excesos gastronómicos y afición a la buena mesa Lucio Licinio Lúculo (-114?/-57). El dato proporcionado aquí procede del libro sobre Lúculo escrito por Plutarco, pero, tal como indica VD, la cita de Verne procede de Figuiér (*Les poissons, les reptiles et les oiseaux*, p. 158). En el manuscrito y en H71 figura el plural «de los Lúculos»; sin embargo, en *MÉR* y en H69, aparece el singular «de Lúculo». < <

[71] Según Lacépède (v. bibl.; vol. III, pp. 330-331), el general de Milet de Mureau

(1756-1825)

relataba que los atunes siguieron a los navíos de La Pérouse desde la isla de Pascua hasta las islas Sandwich o Hawái. < <

[72] *Propóntide*: actualmente, el mar de Mármara, situado entre el Egeo y el mar Negro. < <

[73] El nombre científico del bejel —también llamado rubio, alfóndiga o perlón— es *Chelidonichthys lucerna*. *Chelidonichthys* es un compuesto grecolatino que significa «pez golondrina». < <

[74] Verne se basa en Lacépède, quien escribe: «Tienen fama de temer el estampido del trueno violento, mas ciertos sonidos o ruidos moderados no les desagradan, [...] incluso en algunos ríos, los pescadores colocaban en sus redes unos arcos de madera provistos de campanillas, cuyo tintineo atraía a los sábalos» (v. bibl.; vol. IV, pp. 401-403). < <

[75] Los episodios de la muerte del salmonete y del exorbitante precio pagado por algunos de estos múlidos están bien documentados en los capítulos 30 y 31 del libro IX de la *Historia Natural* de Plinio. Por otra parte, en H69 Verne escribe que los romanos los «hacían morir ante sus ojos, para seguir con una mirada cruel...». < <

[76] Verne escribe por error *jouans*, cuando se trata en realidad de *gouans*. Una vez más, los datos proceden de Lacépède. Se trata de la especie conocida como *Lepadogaster lepadogaster*, que debe su nombre francés al botánico e ictiólogo Antoine Gouan (1733-1821),

el cual fue el primer científico en adoptar en su país la nomenclatura binomial de Linneo. En general, en este capítulo, en el que abundan los nombres de especies marinas, proliferan las erratas en las ediciones originales. Más adelante solo señalaremos algunas de las más notables. < <

[77] En el manuscrito, Verne tachó la expresión «de Risso» tras el nombre del cetáceo, lo que nos permite pensar que se trata de *Grampus griseus*, el «calderón gris», que en otras lenguas se conoce como «delfín de Risso» [por Antoine Risso (1777-1845), naturalista de Niza]. < <

[78] *Aracne*: en la mitología griega, se trata de una doncella muy hábil tejedora. Quiere la leyenda que, tras desafiar a Atenea (la diosa de las hilanderas) a tejer un tapiz, Aracne eligió como tema para el suyo los amores de los dioses, lo que ofendió profundamente a Atenea, que destrozó la creación de su rival. Aracne se iba a suicidar ahorcándose, cuando Atenea la transformó en una araña: de ese modo, siempre estaría tejiendo en el extremo de su hilo.

< <

[79] En las ediciones impresas suele figurar «cabo Boco y cabo Furina», que es lo que se deduce del manuscrito; tal como recuerda WB, se trata de los cabos Boeo (Sicilia) y Farina (Túnez). En cuanto a Smyth (Verne escribe «Smith») —tal como anota WB, que se remite a Maury—, se trata de William Henry Smyth (1788-1865),

almirante e hidrógrafo británico que, entre otras cosas, realizó sondeos en el Mediterráneo y publicó en 1854 *Mediterranean: A Memoir, Physical, Historical, and Nautical*, Londres, ed. Parker.

< <

[80] En el manuscrito, Verne escribe correctamente *pavonaires*, pero la imprenta perpetuó la errata *pavonacées*, que corregimos en la traducción. < <

[81] Nueva errata: debe leerse *lithodomes* (correcto en el manuscrito) en vez de *lithodonces*, que corregimos en la traducción.

< <

[82] Verne escribe por error «macruros», crustáceos que aparecerán más adelante. < <

[83] Parece haber una confusión de nombres entre el *Inachus cornutus*, el «ínaco escorpión» que refiere Verne, y otro animal que lleva el nombre latino de *Maia squinado* y que, en español, se conoce por centolla o centollo. Al menos, este es el animal que, según Milne-Edwards (*Histoire naturelle des annélidés, crustacés et arachnidés*, vol. I, p. 155) y Cuvier (*Le règne animal*, vol. II, p. 169), representa la sabiduría, la prudencia o la razón entre los griegos (recordemos que la sabiduría la representaba también la lechuza, símbolo de Atenea). Por otra parte, la centolla se utilizó como emblema en monedas griegas de la Magna Grecia. < <

[84] VD anota que se trata del naufragio del vapor *Atlas*, que había zarpado de Marsella el 3 de diciembre de 1863 con destino a Argel. Por tanto, esos «veinte años» son una licencia poética o bien un simple error cronológico. < <

[85] Rufio Festo *Avieno*, o Avienio (305?-375?): procónsul latino y traductor al latín de una *Descripción del mundo* del autor griego Dionisio Periegeta (s. II) y autor de una *Ora marítima* en la que lleva a cabo una descripción del litoral mediterráneo, donde se puede leer: «Allí está la ciudad de Gadir, que antaño se llamaba Tartesos, y las columnas del infatigable Hércules, Ábila y Calpe, esta en la orilla izquierda y Ábila cercana a Libia». La referencia es a las mitológicas columnas de Hércules, quien «había librado a Libia de gran número de monstruos y que, en recuerdo de su paso por Tartesos, había erigido dos columnas, una a cada lado del estrecho que separa Libia de Europa: las Columnas de Hércules (el Peñón de Gibraltar y el de Ceuta)», leemos en el *Diccionario de mitología* de Grimal (p. 246). < <

[86] Primer nombre que tuvo el cabo de Buena Esperanza (Sudáfrica), descubierto en 1487 por el navegante portugués Bartolomeu Dias (1450?-1500). También se conoció con el nombre de cabo de las Tempestades. El cabo más meridional de África no es este, sino el cabo de las Agujas (Sudáfrica). < <

[87] En el original: *péninsule hispanique*. < <

[88] Esta frase es uno de los muchos añadidos marginales del manuscrito en este capítulo, en el que se puede ver el trabajo de Verne por presentar las dudas y el temor de Aronnax e ir aumentando el suspense sobre el desenlace del episodio con un estilo rápido y entrecortado a veces. < <

[89] Estas frases con que acaba el párrafo sustituyen en el manuscrito otras que Verne tachó después de la palabra «ingratitude» y que decían lo siguiente: «No, en ningún caso, pues el capitán, excediéndose en sus derechos, pretendía retenernos perpetuamente a bordo. Y no había ninguna promesa, ningún juramento, que nos atara a él». < <

[90] El uso del presente en este caso no es una errata. Ya figura en el manuscrito y así consta en las demás ediciones. Podría ser un lapsus de Verne o bien podría tratarse de una intervención de Aronnax como narrador que recuerda en el presente una situación «insoportable» como la que relataba en sus notas cotidianas (v. JN).

< <

[91] He aquí los personajes de la galería de retratos del camarote, que constituye otro de los largos añadidos marginales de Verne en el manuscrito: Tadeusz Andrzej Bonawentura *Kosciuszko* o *Kościuszko* (Verne escribe *Kosciuszko*)

(1746-1817):

aristócrata y militar polaco. Participó, enrolado en el ejército de los colonos sublevados contra la Corona británica, en la guerra de independencia de los Estados Unidos, donde permaneció desde 1776 hasta 1784. A su vuelta a Polonia, pasó una etapa difícil entre 1784 y 1789, fecha en que pudo reingresar en el ejército polaco. En 1792, el ejército de Catalina II la Grande

(1729-1796),

zarina de Rusia, invadió Polonia para evitar una posible pérdida de influencia en esa área, donde temía la expansión de las ideas liberales. Kosciuszko se convirtió en un auténtico líder militar y encabezó la lucha por la libertad de su país. Cosechó algunos grandes éxitos, pero finalmente fue herido y encarcelado por los rusos. Entonces tuvo lugar la tercera partición de Polonia. En 1797, Kosciuszko regresó a los Estados Unidos, pero un año más tarde se desplazó a Francia, donde permaneció hasta 1815.

Marcos *Bótsaris* (1788-1823): uno de los héroes del comienzo de la guerra de independencia de los griegos contra el Imperio otomano. Bótsaris, originario del Epiro, había luchado en su juventud contra Alí Pachá (1741?-1822), quien controlaba la región de Ioánnina. En 1803, se vio obligado a establecerse en la isla de Corfú, donde permaneció dieciséis años y se impregnó de las ideas europeas sobre el nacionalismo. En 1814, se unió a la *Filikí Etería*, la Sociedad de Amigos, una de las organizaciones patrióticas en que germinaba el nacionalismo griego. Al estallar la guerra en 1821, se puso al mando de los guerrilleros suliotas. Murió en Misolongui, en un ataque contra un cuerpo de ejército turco formado por albaneses, en 1823. A su muerte, Lord Byron pasó al mando de sus guerrilleros. Verne llama a Bótsaris el *Leónidas de la Grecia moderna* en referencia a Leónidas I (-540?/-480): rey de Esparta, de la familia de los agiadas, a quien los griegos confiaron el mando

del ejército de tierra en -481, en plenas guerras contra los persas. Leónidas cayó heroicamente defendiendo contra las tropas de Jerjes (-519?/-465) el célebre paso de las Termópilas, junto con trescientos hoplitas espartanos, tras haber sido traicionados por el griego Efialtes, que indicó a los persas la vía de ataque.

Daniel O'Connell, «el Libertador»

(1775-1847):

abogado y político nacionalista irlandés; fue el primero de los grandes líderes irlandeses en la Cámara de los Comunes británica. En 1823, fundó la *Great Catholic Association* que fue prohibida inicialmente. Gozaba de gran predicamento popular y fue elegido diputado en numerosas ocasiones, cargo en que demostró ser un magnífico orador. Tras comenzar propugnando la anulación de la unión entre Irlanda y Gran Bretaña, acabó proponiendo un plan para federar ambas partes, lo que le granjeó la enemistad de algunos nacionalistas irlandeses más radicales.

George Washington (1732-1799): acaudalado propietario de plantaciones de Virginia (EE.UU.). Fue proclamado comandante en jefe del ejército de los colonos sublevados contra los británicos en la guerra de independencia de los Estados Unidos

(1775-1783).

Además de organizar ese ejército, tuvo que hacer frente a los norteamericanos leales a la Corona y a las tribus indias aliadas de los británicos. El 4 de julio de 1776, tuvo lugar la declaración de la independencia de los 13 Estados Unidos. Kosciuszko luchó a las órdenes de Washington, al igual que La Fayette

(1757-1834)

y Von Steuben

(1730-1794),

aristócratas francés y prusiano, respectivamente. En 1789, George Washington fue proclamado primer presidente de los Estados Unidos (su mandato duró hasta 1797). Con su apellido se bautizó la nueva capital federal, fundada en 1793.

Daniele Manin (1804-1857): abogado y político veneciano. Tras pasar bastantes años sin sentirse especialmente atraído por la política, comenzó a finales de los años 1840, junto a Niccolò

Tommaseo

(1802-1874),

a criticar la dominación austríaca de Venecia y a luchar contra ella. Resistió al frente de Venecia el asedio de los austríacos y, tras ser derrotadas sus fuerzas, fue condenado al destierro en 1849. Residió en París hasta su muerte.

Abraham *Lincoln* (1809-1865) fue el decimosexto presidente de los Estados Unidos. De origen humilde —fue leñador entre otras cosas—, Lincoln estudió Derecho de forma autodidacta. Fue diputado por Illinois y, en 1860, resultó elegido presidente. Durante su mandato, se libró la guerra civil entre la Unión y los Confederados, partidarios estos últimos de mantener la esclavitud. Como medida de guerra, Lincoln decretó la libertad de los esclavos negros en 1863. Fue asesinado en 1865 en un teatro de Washington.

John Brown (1800-1859): activista blanco estadounidense partidario de la abolición de la esclavitud. Tras desempeñar multitud de trabajos, Brown se instaló con su familia en una comunidad negra del estado de Nueva York. Comprometido con la idea antiesclavista, llegó a encabezar un grupo mixto de blancos y negros en favor de la emancipación, que llevó a cabo algunas acciones armadas, entre ellas una contra unas instalaciones militares, que costó la vida a dos de sus hijos y a él mismo la condena a muerte. Víctor Hugo realizó un dibujo, en el que es visible la influencia de Goya, titulado *Ecce lex*, más conocido como *Le pendu* (El ahorcado). El dibujo retrataba la ejecución de un asesino en Guernesey, pero cinco años más tarde, al ser ajusticiado John Brown, Hugo utilizó su obra para concienciar a la opinión pública sobre el caso del antiesclavista americano. De ahí que, ya en vida de Victor Hugo, se asociara normalmente ese dibujo a la figura de John Brown (v. el libro de Gaétan Picon, *Hugo-Dessins, le soleil d'encre*

, Gallimard, 1985). < <

[92] *Felipe V* (1683-1746): rey de España. A la muerte de Carlos II (1661-1700), último de los Habsburgo españoles, se proclamó sucesor al trono al nieto del monarca francés Luis XIV, el duque de Anjou, que llegó a Madrid en 1701. Este se casó con María Luisa de Saboya (1688-1714), que tendría una gran influencia sobre él, al igual que Isabel Farnesio (1692-1766), que fue su segunda esposa a la muerte de aquella. En 1702, tuvo que librar la Guerra de Sucesión en una coalición con Francia y Baviera contra otra formada por el emperador del Sacro Imperio, Leopoldo I (1640-1705), ciertos estados alemanes, e Inglaterra y Holanda, partidarias del archiduque Carlos (1685-1740). El Tratado de Utrecht, firmado al concluir la guerra, lo privó de los Países Bajos españoles y de las posesiones italianas de los Habsburgo. Asimismo, España perdió Gibraltar. < <

[93] François-Louis de Rousselet, marqués de *Châteaurenault* o *Château-Renault* (Verne escribe *Château-Renaud*)

(1637-1716):

vicealmirante y mariscal de Francia. Entre sus acciones más conocidas se cuenta la victoria sobre los ingleses en Bantry (1689). En 1701, era vicealmirante de Levante; pese a los hechos desgraciados que narra Verne, fue promovido a mariscal de Francia en 1703. Hasta su muerte, fue teniente general y comandante de Bretaña. La flota española procedente de América estaba al mando del almirante Manuel de Velasco y Tejada. < <

[94] *Hernán Cortés* (Verne escribe *Fernand Cortez*)

(1485-1547):

uno de los más controvertidos conquistadores españoles del Nuevo Mundo. Se trasladó en 1504 (o en 1506) a La Española y participó en 1511 en la expedición a Cuba de Diego Velázquez

(1465-1524).

Este le confió el mando de la tercera expedición al actual territorio de México. En 1519 salió de Cuba hacia Yucatán y fundó la ciudad de Veracruz. Tras la caída definitiva, en 1521, de México-Tenochtitlan, la capital del Imperio azteca, Carlos V lo nombró en 1522 capitán general de Nueva España. Realizó diversas expediciones a Yucatán y Honduras y anexionó estos territorios a Nueva España, en la que implantó una sólida organización administrativa. Regresó a España en 1540 y participó en la fracasada expedición de 1541 a Argel. < <

[95] Inicialmente, esta parte de la respuesta de Nemo, tras «se han perdido», concluía así en el manuscrito: «¿Y quién le dice que no las utilizo para socorrer a los que sufren, sea cual sea la nación a la que pertenecen, y a ayudar a quienes se liberan del yugo del despotismo?». < <

[96] Aunque no están especificadas en ninguna versión (tampoco en el manuscrito), tal como ocurre otras veces, recordemos que las coordenadas son oeste y norte, respectivamente. < <

[97] En el manuscrito, esta frase continuaba así: «... y, esperando una nueva oportunidad, reanudé con relativa calma mis trabajos habituales». < <

[98] *Harz* (Verne escribe «Hartz»): cadena montañosa situada al norte de Alemania. Sus paisajes boscosos y agrestes fueron fuente de inspiración de la estética romántica. < <

[99] En el manuscrito, figuraba a continuación de esta frase otra que Verne suprimió: «Y pensé que en la superficie de los continentes habría bastado una chispa para incendiar aquel bosque mineral».

< <

[100] Estas cuatro frases, cruciales para asentar la «verdad de la ficción», estaban redactadas de forma levemente distinta inicialmente en el manuscrito: «Al narrar esta expedición submarina, soy perfectamente consciente de que no se me creerá. Soy el cronista de las cosas inverosímiles, que, sin embargo, son verdaderas. No he soñado. He visto y he sentido realmente». < <

[101] En H69: «zigzags amenazadores». < <

[102] Como señala WB, en el manuscrito esta frase no concluía con una mención al «Creador», sino a «la naturaleza» [v. Butcher (2015) pp. 175-176]. < <

[103] Tal como apunta VD, en diversos pasajes de este capítulo Verne tiene muy presente el dedicado a la Atlántida por Zurcher y Margollé (v. bibl.; pp. 261-284). *Teopompo* (–376?/–323?): historiador griego natural de la isla de Quíos; fue discípulo del orador Isócrates (–436/ –338) y amigo del rey Filipo II de Macedonia (–383?/–336) y del hijo de este, Alejandro Magno. Sus dos obras más importantes son las *Helénicas*, continuación de las del historiador Tucídides (–460/–399?), y las *Filípicas*, que giran en torno a la figura de Filipo II, de las que, desgraciadamente, solo quedan fragmentos.

Platón (–427/–347): uno de los filósofos griegos antiguos más importantes y de mayor influencia en la historia del pensamiento. Platón, de origen aristocrático, fue discípulo de otro filósofo no menos conocido, Sócrates (–469/–399). Entre sus numerosas obras, cabe citar: *La República*, *Fedón*, *Gorgias*, *Fedro*, *Protágoras*, *El Banquete*, etc. Su filosofía se centra en el estudio de las ideas o las formas, pero no desdeña adentrarse en la teoría política, entre otras cosas, como hace en su obra *La República*. Platón, como se verá más adelante, trata de la Atlántida, directa o indirectamente, en algunas de sus obras.

Orígenes (185-254): uno de los pioneros de la crítica textual de la Biblia. Padre de la Iglesia griega. Dirigió la Escuela de teología de Alejandría. Tuvo que refugiarse en Cesarea de Palestina, escapando de las persecuciones, pero no pudo evitar la de Decio (250). Prolífico autor, escribió, entre otras muchas, la obra apologética *Contra Celso*, unas *Homilías* y *Comentarios*.

Porfirio (233-305?): filósofo neoplatónico y discípulo de Longino (213?-273) y Plotino (205?-270), filósofo este último a cuyo estudio dedicó una buena parte de su obra. Fue un enemigo acérrimo del cristianismo, contra el que escribió quince obras, que se han perdido. Escribió un *Tratado sobre los oráculos*, un *Tratado acerca de las imágenes de los dioses*, una *Vida de Plotino*, las *Cuestiones homéricas*, etc.

Jámblico (250?-330): filósofo griego, más pitagórico que platónico. De su obra nos han llegado fragmentos (*Protréptico*, *Sobre las matemáticas*, *Sobre los misterios*). Jámblico es considerado uno de los precursores del monoteísmo ya que, según él, más allá de la diversidad de los dioses existe un principio primero y único.

Jean-Baptiste Bourguignon
d'Anville

(1697-1782):

geógrafo francés. Autor de 211 mapas o planos, considerados como los más exactos del siglo XVIII, y de 78 obras o memorias que tratan de geografía antigua y moderna.

Konrad *Malte-Brun*, o Malte Conrad Brûn

(1775-1826):

geógrafo danés, exiliado en Francia en 1821 por haber defendido en sus escritos los principios de la Revolución francesa. Fue uno de los fundadores y primer secretario general de la Sociedad de Geografía de París. Su hijo Victor-Adolphe

(1816-1889)

también fue geógrafo. (Sobre Humboldt, v. n. 3 del cap. XI de la primera parte). < <

[104] *Posidonio* de Apamea (–135?/–50?): filósofo griego. Fue maestro de Cicerón y de Pompeyo. Escribió, además de obras filosóficas, una *Historia* en cincuenta y dos volúmenes, que era continuación de la del historiador Polibio (–200/–118).

Amiano Marcelino (330?-395?): historiador latino de origen griego. Su obra histórica en treinta y un volúmenes, continuación de la de Tácito (56?-117?), abarcaba desde Nerva (30-98) hasta la muerte de Valente (328-378).

Sus escritos abundan en digresiones sobre los temas más variados, como los obeliscos o los jeroglíficos egipcios, la descripción de los hunos, etc. Han quedado solo dieciocho volúmenes del total.

Quinto Septimio *Tertuliano* (160?-222?). Padre de la Iglesia de Occidente y primero de los escritores cristianos de lengua latina. Tertuliano era inicialmente pagano, pero se convirtió al cristianismo. Desarrolló su magisterio doctrinal en África del Norte. Entre sus obras destacan *Contra Marcio* y la *Apologética*.

Samuel *Engel* (1702-1784): bibliotecario y geógrafo suizo. Autor de *Quand et comment a-t-elle été peuplée et l'Amérique d'hommes d'animaux?*

(Ámsterdam, ed. M. Michel Rey, 1767), obra en la que trata del mito del diluvio universal y de una «isla Atlántida».

En cuanto a *Sherer*, tal como apunta WB, es muy probable que se trate de Jean-Benoît *Schérer* (1741-1824),

historiador y diplomático natural de Estrasburgo, que tradujo fragmentos del *Timeo* y del *Critias* de Platón, relativos a la Atlántida, en sus *Recherches historiques et géographiques sur le Nouveau-monde* (París, ed. Brunet, 1777; pp. 283-301). VD también se refiere a Jean-Frédéric *Schérer* (o Johann-Friedrich

Scherer), asimismo natural de Estrasburgo (1702-1778), quien escribió sobre el diluvio universal.

Joseph Pitton de *Tournefort* (1656-1708):

botánico francés y profesor en el Jardín Botánico de París. Fue el precursor de las misiones de exploración realizadas por dicha institución. Aparte de su obra científica, destaca su *Relation voyage du Levant*

d'un

[...], *contenant ancienne et moderne de plusieurs isles de de Constantinople, des côtes de la mer Noire, de de la Géorgie, des frontières de Perse et de mineure*

l'histoire

l'Archipel,

l'Arménie,

l'Asie

(París, Imprenta Real, 1717, II vols.) donde menciona la posibilidad de que hubiese existido la Atlántida (vol. II, pp. 128-129). (Sobre Buffon, v. n. 4 del cap. I de la primera parte).

Armand d'Avezac-Macaya (1799-1875):

geógrafo francés. Publicó diversos trabajos sobre geografía de África. Fue secretario de la Sociedad de Geografía de París y uno de los fundadores de la de Etnografía. Entre sus obras, destaca *Las islas fantásticas del océano Occidental en el Medievo*. < <

[105] *Timeo*, o *Diálogo sobre la naturaleza*, y *Critias*, o *Diálogo sobre la Atlántida*. Verne escribe «diálogo», en singular, pero se trata en realidad de dos diálogos, ambos escritos por Platón. < <

[106] *Solón* (–640?/–558?): estadista ateniense, considerado uno de los siete sabios de Grecia. Fue arconte entre el –594 y el –593. Abolió las deudas de los campesinos y prohibió la esclavitud por deudas. Solón dividió a los ciudadanos en cuatro clases censitarias que se repartieron los cargos que entonces estaban únicamente reservados a los aristócratas. Favoreció asimismo el desarrollo del artesanado, del comercio y de la oleicultura. Además de su actividad política compuso poesía yámbica y elegíaca. El pasaje de la ciudad de Sais que sigue a continuación está relatado en el *Timeo* de Platón

(23 d

-26 e) y, a ese respecto, Verne comete varios errores al citar al filósofo griego, quien, en realidad, indica en el *Timeo* «ocho mil» y «nueve mil años», respectivamente, en lugar de los «ochocientos años» y «novecientos siglos» que mantiene el novelista desde el manuscrito. < <

[107] En el manuscrito, el título inicial del capítulo era «Las hulleras de Tenerife», que Verne corrigió por «Las hulleras submarinas»; en H69: «Las hullas submarinas». < <

[108] En H69: «como viajeros en el vagón de un tren expreso». < <

[109] En H69: «al reino mineral». < <

[110] Como en otros casos, en este capítulo persisten diversas erratas en los nombres de las especies marinas, que corregimos sin entrar en explicaciones prolijas. Entre otras: *axidies*, en lugar de *ascidies* («ascidias»), o bien *coryphèmes*, en lugar de *coryphènes* («lirios»).

< <

[111] Jean-Sylvain *Bailly*

(1736-1793):

político, astrónomo y sabio francés. Fue elegido diputado de París por el Tercer Estado en los Estados Generales. Llegó a ser presidente de la Asamblea Nacional y fue el primer alcalde de París. Escribió sendas obras de historia de la astronomía, moderna y antigua. En sus *Lettres sur de Platon et sur histoire de*

l'Atlantide

l'ancienne

l'Asie

(Londres, ed. Elmesly, 1779) trata la cuestión de la Atlántida. Tal como anotan WB, VD y LP, Verne también menciona a Bailly, en relación con la Atlántida, en su novela *Aventuras del capitán Hatteras* (1864). François Arago, a quien ya hemos mencionado en varias ocasiones, le dedicó una semblanza biográfica ante la Academia de Ciencias del Instituto de Francia, en la que, entre otras cosas, relata la ejecución de Bailly en la guillotina en los años convulsos del Terror que siguieron a la Revolución francesa. < <

[112] V. la *Historia de los animales* de Aristóteles (598 a). < <

[113] *Orión*: una de las constelaciones más importantes, llamada así por el nombre de un gigante cazador de la mitología griega, hijo de Posidón. Por haber intentado violar a Ártemis, murió a consecuencia de la picadura de un escorpión enviado por los dioses.

< <

[114] En H69: «No, profesor». < <

[115] *Newcastle*-under-Lyme: ciudad británica situada en el condado de Staffordshire, famosa por sus minas. < <

[116] Contradicción respecto a la altitud indicada anteriormente
(500-600
m). 800 pies son
260 m
aproximadamente. < <

[117] Sir *Walter Scott*
(1771-1832):

Novelista y poeta escocés por el que Jules Verne sentía enorme aprecio. De rancio abolengo, Scott empezó convirtiéndose en abogado, pero su interés por las baladas y leyendas de su patria le hizo decantarse por la literatura, con la publicación de *Cantos juglarescos de la frontera escocesa* en 1802. Scott cultivó principalmente la novela de tipo histórico, entre las que destacan: *Rob Roy*, *La novia de Lammermoor*, *Ivanhoe*, *Kenilworth*, etc. En lo que se refiere a los héroes que están a punto de ser sorprendidos por la marea, Verne alude a un pasaje del capítulo VII de la novela de Scott *El anticuario*. El traductor debe este último dato a la gentileza de los doctores Janey Stevenson y Jamie Reid-Baxter.

< <

[118] Tal como ocurría en el cap. XIV de la primera parte, Verne escribe *Gulf Stream*, en inglés. En la cita de Maury que figura un poco más adelante ocurre otro tanto. < <

[119] *Spitzberg* o Spitsbergen: antiguo nombre del archipiélago noruego de Svalbard, en las regiones árticas, y nombre de una de las islas de este. Otras islas del archipiélago son: Príncipe Carlos, Edge, Barents, Tierra del Nordeste, Wiche y Rey Carlos. < <

[120] Verne escribe *sargazzo*. En realidad, el término procede del portugués *sargaço*. < <

[121] Verne cita incorrectamente el título del libro de Maury y escribe *Geografía física del globo*, que corregimos. Por otra parte, esta larga cita no es literal, sino una paráfrasis de la versión francesa del libro de Maury; se encuentra en la sección 13 del capítulo I. < <

[122] Existe una especie de medusas, *Rhizostoma pulmo*, que se conoce vulgarmente como «aguamala». < <

[123] En el manuscrito, Verne había escrito inicialmente «peligrosa cuestión», pero tachó el adjetivo y lo substituyó por «delicada». < <

[124] Tal como anota VD, tanto la exagerada anécdota del párrafo anterior como la de este proceden de Frédol (v. bibl.; pp. 428 y 554). Recordemos que en la novela *Los hijos del capitán Grant* (1865) el detonante de la aventura es una botella con un mensaje encontrada en el vientre de un tiburón martillo. < <

[125] Los datos sobre los «peces musicales» proceden de Zurcher y Margollé (v. bibl.; p. 164 y ss.). Aristóteles denomina *chromis* a un pez, al parecer similar a la corvina, que puede emitir sonidos (v. *Historia de los animales*, 535 b 16; v. también Plinio, *Historia natural*, X, 193). < <

[126] Henry Mangles *Denham*

(1800-1887):

almirante británico. Entre 1852 y 1859 estuvo al mando del buque *Herald* y llevó a cabo sondeos y estudios hidrológicos en el Pacífico con vistas a estudiar las mejoras que resultaban necesarias en las comunicaciones entre Australia y el oeste del continente americano. Viajó por los archipiélagos de Tonga, Fiyi y Nuevas Hébridas, y por el mar del Coral. < <

[127] La referencia a los sondeos de Denham y del teniente [J. P.] Parker (Verne escribe *Parcker*) puede proceder de Figuiier (*La terre et les mers*, p. 511) o de Maury (v. bibl.; p. 203). Debe tenerse en cuenta que, en la actualidad, se considera que el lugar más profundo de los océanos del planeta está en la fosa de las Marianas, a unos

11 000 m.

< <

[128] Francis Leopold *McClintock* (Verne escribe *Mac Clintock*)
(1819-1907):

navegante y explorador británico de origen irlandés. Acompañó a Ross en la primera expedición al Ártico (1848) en busca de Sir John Franklin (v. n. 1, cap. III de la primera parte) y participó en otras; como capitán de navío emprendió la cuarta expedición en busca del susodicho Franklin en 1857. < <

[129] Verne escribe *spinorbis*, que corregimos. < <

[130] Esta intervención de Conseil es un añadido marginal en el manuscrito. < <

[131] En el manuscrito: «esos puntos desconocidos del globo»; en *MÉR* y H69: «los dos puntos desconocidos del globo». < <

[132] Lapsus del autor. El mes de marzo, en el que transcurre la ficción en este capítulo, equivale en el Antártico, y en el hemisferio sur en general, al mes de septiembre del hemisferio norte: así se explica la alusión al otoño austral. En el siguiente capítulo, la equivalencia será correcta. < <

[133] En el diálogo, Verne alterna «pesca» y «caza» de la ballena.

< <

[134] En H69: «en las costas septentrionales de América o en las de Asia». < <

[135] *Hullamock* y *Umgallick*: v. n. 6 del cap. I de la primera parte. Respetamos la grafía del original en este caso, aunque Verne parece referirse a las mismas ballenas que en el pasaje indicado. En el manuscrito, la lectura es *Hullamack* y *Umgullick*. < <

[136] Tal como anota LP, se trata de una referencia al primer viaje de Simbad el Marino (*Las mil y una noches*), que toma el lomo de una enorme ballena por una isla y salta «a tierra» hasta que, tras encender una hoguera con sus compañeros, la supuesta isla comienza a moverse. < <

[137] La anécdota sobre el *Essex* procede de Fré dol (v. bibl.; p. 572), aunque este escribe «cuatro nudos por segundo». Fré dol se refiere a la embestida de una ballena. Por otra parte, el ataque al *Essex* es una de las fuentes de *Moby Dick*, novela en que el animal en cuestión es un cachalote. < <

[138] *Yankee doodle*: título de una melodía popular de los Estados Unidos, considerada característicamente nacional y relacionada con la guerra de la independencia de aquel país. En el manuscrito, se trata de un añadido marginal. < <

[139] *Frédol*: recordemos que se trata del pseudónimo del médico y naturalista Horace-Bénédict-Alfred Moquin-Tandon. Las observaciones sobre el cachalote se encuentran en *Frédol* (v. bibl.; p. 542). < <

[140] *Nordcaper*: ballena franca glacial o ballena de los vascos
(*Eubalaena glacialis*). < <

[141] Los términos relacionados con los hielos antárticos que aparecen en cursiva en este capítulo están en inglés en el texto original de Jules Verne. Corregimos la ortografía inglesa utilizada en el original por el novelista en algún caso. < <

[142] Entre otras cosas, *blink* significa en inglés «parpadeo», «destello». El *ice-blink* se produce debido a la reverberación de la luz sobre la superficie helada. < <

[143] Verne escribe: «New-Sethland», que corregimos. < <

[144] Christopher *Hansteen* (en diversas ediciones figura *Hansten*, pero Verne escribe correctamente *Hansteen* en el manuscrito)

(1784-1873):

físico y astrónomo noruego y profesor de la Universidad de Oslo. De su labor deben destacarse sus estudios sobre el magnetismo de la Tierra. Se desplazó por Escandinavia y Siberia realizando estudios de geomagnetismo. Creó el primer observatorio astronómico de Noruega. Sobre Louis-Isidore *Duperrey*, ya hablamos en el cap. XX de la primera parte (v. n. 5). < <

[145] En el manuscrito, la frase era: «Y ya sabe usted que yo cumplo lo que digo». < <

[146] Una vez más, los diversos cálculos de Verne en este capítulo son aproximativos o contienen errores que preferimos no corregir para no aumentar la confusión. De hecho, algunas cifras — especialmente, las relativas a las dimensiones de los *icebergs*— difieren entre las ediciones originales que venimos citando. < <

[147] En el manuscrito, la frase era: «esos dos puntos desconocidos del globo»; Verne tachó la palabra «desconocidos». < <

[148] Según la cronología del relato, debería ser el día 20, y no el 19 de marzo. < <

[149] *James Ross* (1800-1862): oficial de la Marina inglesa, sobrino del también navegante y explorador del Ártico Sir John Ross (1777-1856)

en cuyo viaje de expedición localizó el Polo Norte magnético (1831). Además, exploró el Antártico entre 1839 y 1843. Descubrió el mar que lleva su nombre y la Tierra Victoria. En 1847, apareció el relato de su viaje al Antártico: *A Voyage of Discovery and Research in the Southern and Antarctic Regions during the Years 1839-43*

(Londres, ed. John Murray). Los volcanes llevan los nombres de los buques de Ross: *Erebus* y *Terror*. Erebo o Érebo era, según Pierre Grimal, el nombre que recibían las tinieblas del infierno en la mitología griega, pero también hijo del Caos y hermano de la Noche. < <

[150] En el manuscrito y en H71 figura, incorrectamente, «*Unsnea melanoxantha*», que corregimos. < <

[151] Aunque el relato transcurre en aguas australes, Verne denomina a estos moluscos «boreales». Las especies de estos «ángeles del mar», nombre que también se les da, son similares en las regiones árticas y antárticas. < <

[152] Confusión de Verne entre los zoófitos alcionarios y las aves procelariformes. < <

[153] *Quebrantahuesos*: curiosamente, Verne utiliza el término *quebrante-huesos*. Figuiet describe al petrel gigante como «quebrantahuesos» (*briseur d'os*

), aunque esa ave no tiene nada que ver con la rapaz que en español se denomina así (v. *Les poissons, les reptiles et les oiseaux*, p. 377).

< <

[154] La anécdota sobre los petreles utilizados como lámparas procede de Figuiet (v. *Les poissons, les reptiles et les oiseaux*, p. 376) < <

[155] En H69: «La invisibilidad del astro no dejaba de inquietarme».

< <

[156] Confusión de Verne. Las focas son pinnípedos, tal como acaba de declarar Conseil, no cetáceos. < <

[157] *Estenorrincos*: posiblemente, Verne se refiere a la especie *Hydrurga leptonyx* (foca leopardo) o a la foca de Weddell. < <

[158] Nuevo lapsus. Verne escribe «boreales», en vez de «australes», que corregimos. En el norte (las regiones boreales) el 21 de diciembre es el solsticio de invierno. No obstante, en H69 no figura la precisión «de verano». < <

[159] En español, se conoce a esta ballena con los nombres de «yubarta», «gubarte» o «ballena jorobada». La alusión a las alas se debe al nombre científico de los balenoptéridos: el componente -*pter*- procede de una raíz que significa «ala» en griego. < <

[160] En español: «rorcual común». < <

[161] En H69: «por los pescadores». < <

[162] *Gerritsz*: Verne escribe Ghéritk. Se trata de Dirck *Gerritszoon* Pomp (1544?-1608): marino holandés, pionero en establecer relaciones comerciales con China y con Japón. Al parecer, Gerritsz sufrió un gran temporal con su barco al intentar cruzar el estrecho de Magallanes y se vio arrastrado hacia el sur, hacia unas islas que serían las Shetland del Sur, hecho este que no ha quedado confirmado por los estudiosos. Veamos el resto de los marinos mencionados a continuación por el capitán Nemo:

Ya nos hemos referido en el cap. XIX de la primera parte a Fabian Gottlieb von *Bellingshausen* (v. n. 2; Verne escribe Bellinghausen) (1778-1852):

marino ruso que participó en una expedición de vuelta al mundo y, más tarde, mandó con los navíos *Vostok* y *Mirny* otra al Polo Sur. Fue gobernador de Kronstadt y escribió un libro titulado *Dos expediciones al Océano Glacial y viaje alrededor del mundo*. En el Antártico, existe un mar que lleva su nombre.

Edward *Bransfield* (Verne escribe Brunsfield) (1795-1852):

oficial de la Marina británica que, supuestamente, fue el primero en avistar la tierra firme de la Antártida. Realizó una serie de cartas náuticas de la zona.

Benjamin *Morrell* (Verne escribe Morrel) (1795-1839):

marino estadounidense capitán de un ballenero. Viajó por aguas del Antártico y tocó tierra en las islas Kerguelen. En 1832 publicó la obra *A Narrative of Four Voyages to the South Sea [...] from 1822 to 1831* (Nueva York, ed.

J. & J.

Harper).

George *Powell* (1794-1824): navegante inglés dedicado esencialmente a la caza de focas y que, al mando del buque *Dove*, descubrió la isla de la Coronación.

James *Weddell* (Verne escribe Weddel)

(1787-1834):

navegante y explorador inglés. Trabajaba para una empresa de Edimburgo como cazador de focas y realizó diversos viajes al Antártico. Bautizó el mar libre de hielo que descubrió como mar del Rey Jorge IV, en honor del monarca británico que ocupaba entonces el trono; sin embargo, este nombre se sustituyó en 1900 por el del descubridor.

Henry *Foster* (Verne escribe Forster)

(1796-1831):

marino y astrónomo inglés. Participó en una expedición con William Parry

(1790-1855)

al Polo Norte. Se le encomendó un viaje científico al Antártico y se estableció durante dos meses en una isla a la que dio el nombre de la Decepción, en 1829. La relación de su viaje, *Narrative of a Voyage to the Southern Atlantic Ocean in the years 1828, 29 and 30*, fue publicada en 1834 (Londres, ed. Richard Bentley).

John *Biscoe* (1794-1843): marino mercante inglés y capitán de uno de los buques de la casa armadora Samuel

Enderby & Sons,

de Londres. La expedición en cuestión estaba encargada originalmente de cazar focas.

Charles *Wilkes* (1798-1877): almirante estadounidense (no inglés, como erróneamente escribe Verne), que exploró una porción del Antártico y avistó una región conocida ulteriormente como Tierra de Wilkes.

John *Balleny* (1770?-1842?): marino y cazador de focas inglés. Participó en una expedición al Antártico con los buques *Sabrina* y *Eliza Scott*. Fue el primero en demostrar la existencia de tierra más allá del círculo polar antártico.

Tal como anota LP y recuerda WB, Verne incluirá una nota en su novela *La esfinge de los hielos* (1897) recordando la llegada al Polo Sur del capitán Nemo a bordo del *Nautilus* como un hito histórico.

[163] Esta frase no figura en H69. < <

[164] En H69, esta frase es ligeramente distinta: «—Por supuesto —respondió—. Tan pronto como los depósitos se hayan vaciado, el *Nautilus* ascenderá a la superficie del mar». < <

[165] En el manuscrito, figuraba tras el punto otra breve frase de Ned Land que Verne suprimió, pero que cobra sentido al leer el comentario de Aronnax en la siguiente: «¡Es demasiado hermoso!».

< <

[166] Esta réplica de Ned Land figura en el manuscrito y en H71, pero no en *MÉR* ni en H69. < <

[167] Recordemos que el título completo de la obra del profesor Pierre Aronnax era *Los misterios de los grandes fondos submarinos*. En este pasaje, también figura incompleto en el manuscrito. < <

[168] En H69: «... sentía una horrible opresión al respirar». < <

[169] En el manuscrito, Verne tachó la continuación de esta frase:
«en sus brazos vigorosos». < <

[170] En el manuscrito, esta frase está añadida al margen. < <

[171] Seguimos la lectura del manuscrito, corregimos el término *velp* de las ediciones originales y lo sustituimos por *kelp*, el nombre que se da a determinadas algas pardas. < <

[172] *John Davis* (o Davys) (1550?-1605): navegante y explorador inglés, uno de los más célebres de su época. Convencido de la existencia del paso del noroeste entre América y Asia, logró mandar una expedición a esa zona, que, sin embargo, realizó tres viajes infructuosos

(1585-1586

y 1587). Se le atribuye el descubrimiento de las Malvinas a su regreso de otra expedición al estrecho de Magallanes, dato más que controvertido, ya que algunos marinos de la expedición de Magallanes pudieron haber identificado ya las islas con bastantes años de antelación. Escribió *The Seamans Secrets* (1594) y *The Hydrographical Description*

World's

(1595). Murió asesinado por piratas japoneses en aguas de Sumatra.

A continuación cita Verne a *Richard Hawkins* (o Hawkyms)

(1562-1622):

almirante inglés, hijo de Sir John Hawkins

(1532-1595),

también almirante. Participó con Drake en la expedición a las Indias de 1585 y también en la campaña contra la Armada española en 1588, al mando del *Swallow*. En su intento por dar la vuelta al mundo, redescubrió las Malvinas. Fue detenido por los españoles y encarcelado en Lima, siendo trasladado más tarde a España, donde permaneció entre 1597 y 1602. Publicó *The Observations of Sir Richard Hawkins in his Voyage into the South Sea* en 1622. Según diversas fuentes españolas, este personaje no pasaba de ser un negrero y un pirata. Se lo conocía en español como Aquinas, Achinez o Canes. El nombre que dio Hawkins a las Malvinas fue *Maidenland*

Hawkins' His

, es decir: «Tierra de la Doncella (o de la Virgen) de Hawkins». El marino quería ensalzar así la virginidad o doncellez de la reina Isabel I

(1533-1603).

El nombre de *Malouines* dado por los *pescadores de Saint-Malo* (ciudad portuaria francesa situada en el estuario del río Rance, en Bretaña) es el topónimo con que se conocen en francés las Malvinas. En torno a 1690, el marino inglés John Strong dio el nombre de Falkland al canal que existe entre las dos islas principales del archipiélago, en honor de Anthony Cary

(1656-1694),

quinto vizconde de Falkland —de origen escocés y oficial de la Marina inglesa—, que llegó a ser primer lord del Almirantazgo. Posteriormente, el nombre pasó a designar todo el archipiélago.

< <

[173] El dato podría proceder de Figuier (*Zoophytes et mollusques*, p. 122), pero Verne escribe erróneamente *phycalines* y *phycalis protexta*, que corregimos, teniendo en cuenta asimismo la nota de VD. < <

[174] Sobre los *calamares voladores*, v. Plinio, *Historia natural*, IX, 84. < <

[175] Una lectura, a nuestro juicio errónea, del manuscrito de Verne, a lo que se unen las consiguientes erratas perpetuadas en diversas ediciones, han hecho que se interprete como *sparaes pobs* lo que más bien parecen ser *sparaes jubs*. Una fuente podría ser, una vez más, Lacépède: «El *jub* vive en Brasil [...]; cada una de sus aletas varía entre el amarillo y el anaranjado [...]. Se detiene entre las rocas cercanas a las desembocaduras de los ríos; [...] su lengua se considera como uno de los alimentos más delicados» (v. bibl.; vol. IV, p. 63). En la actualidad, el nombre científico de la especie es *Anisotremus virginicus*. < <

[176] Por *costa holandesa*, el autor se refiere a la de la antigua Guayana neerlandesa. El Maroni, al oeste de la Guayana francesa, es el río que separa a esta de Surinam. < <

[177] Alphonse *Toussenel*

(1803-1885):

agricultor, literato, político y periodista francés. Entre sus obras figuran *Le monde des oiseaux: Ornithologie passionnelle* (París, ed. Dentu,

1864-1866),

Travail et fainéantise (ed. Bureau du travail affranchi, París, 1849),
des bêtes

L'esprit

(de las diversas reediciones que tuvo este libro, cabe destacar la de P.-J. Hetzel, el editor de Verne, en 1868; Hetzel escribió, además, el prefacio de la obra). < <

[178] La cita de Verne procede de la p. 155 (edición de 1868) del libro de Toussenel *des bêtes*

L'esprit

, concretamente del capítulo dedicado a los cetáceos, pero no es literal. Traducimos directamente las palabras de Toussenel. < <

[179] Desde el manuscrito, Verne escribe *molubar*, lo que es incorrecto. Se trata de una raya-manta de la familia de los miliobátidos, presente en aguas del Caribe (*Mobula mobular*). Se conoce comúnmente como «manta», «manta mobula» o «maroma».

< <

[180] *Góbidos de Plumier*: El nombre de esta especie no tiene nada que ver con la palabra que en francés significa «plumero»; se utilizan como nombres comunes: «guavina», «olivo», «seti» o «titi». Su antiguo nombre científico (*Gobius plumieri*; en la actualidad, *Sicydium plumieri*) se lo dio Lacépède en honor del viajero francés Charles Plumier

(1646-1706)

que los identificó. Plumier fue un notable botánico y amigo de Tournefort —anteriormente citado en el capítulo IX de la segunda parte (v. n. 9)—, y viajó a América en 1689 y entre 1693 y 1694.

Entre sus obras, destacan *Description des plantes de l'Amérique*

(1693), *Nova plantarum americanarum genera* (1703) y *Traité des fougères de*

l'Amérique

(1705). Murió a bordo de un buque español, cerca de El Puerto de Santa María. < <

[181] Abundan los datos de escritores romanos acerca de la inmoderada afición de las clases altas de la época a los salmonetes y del elevado precio que se debía pagar por ese manjar. En cuanto al refrán, existe también en italiano («*Non mangia la triglia colui che la piglia*») e indica que los pescadores prefieren vender los salmonetes, que se siguen pagando a precios elevados, antes que comérselos ellos mismos. < <

[182] *Islas Lucayas*: Se trata del antiguo nombre de las islas Bahamas, que estuvieron habitadas por los indios lucayos. < <

[183] En la mitología griega, los *Titanes* eran los seis hijos varones de Urano (el Cielo) y Gea (la Tierra). El más conocido de ellos es el más joven: Cronos, que fue el padre de la estirpe de los dioses olímpicos, como Zeus. Las seis hijas de Urano y Gea eran conocidas con el nombre de Titánides. < <

[184] En H69: «¡Cierto! Pero es probable que otros sigan creyéndolo». La frase siguiente comienza de este modo: «Es posible que sea así...». < <

[185] Tal como señala WB, Verne tachó dos veces en el manuscrito las palabras «*ex voto*» que figuraban en esta frase y las sustituyó por «leyenda» y «leyendas», respectivamente. < <

[186] *Olaus Magnus* u Olaf Mansson
(1490-1557):

sacerdote católico sueco y autor de una *Historia de gentibus septentrionalibus* (1555). Asimismo, fue autor de una *Carta marina* (1539) y de un mapa de Escandinavia. Desde 1523 vivió exiliado en Roma, a consecuencia de la Reforma sueca. < <

[187] *Nidros*, también conocida por los nombres de Nidrosia o Nidaros, es el antiguo nombre de la ciudad noruega de Trondheim o Trondhjem, situada junto al río Nid. < <

[188] Verne ya había mencionado al obispo Pontoppidan en el cap. I de la primera parte (v. n. 10). < <

[189] La cita de Aristóteles parece proceder de la *Historia de los animales*, 524 a 25, y reza así: «Entre las especies de calamares, los llamados grandes calamares son muy superiores de tamaño, pues los hay que alcanzan hasta cinco codos de longitud». Téngase en cuenta que el codo griego medía 0,444 metros, lo que, en realidad, daría 2,22 metros como resultado. < <

[190] Charles *Paul Bos*

(1826-1886?):

capitán de la marina mercante, natural de Le Crotoy y muy vinculado a El Havre. Bos fue amigo de Verne y contribuyó probablemente con sus ideas y planos a acondicionar el pesquero comprado por el escritor que acabaría convirtiéndose en su primer barco, el *Saint-Michel I*; también lo asesoró más adelante en relación con el *Saint-Michel II* (v. Ph. Valetoux, *Jules Verne en mer et contre tous*, pp. 68 y 100; Alexandre Tarrieu, «Sur les traces des hommes du *Saint-Michel I*», *BSJV*, n.º 151, 2004, pp. 17-18). *El Havre*: ciudad portuaria francesa situada en la región de Normandía. < <

[191] El *aviso* era un buque de la marina militar, muy marinero y de bastante radio de acción, que estaba encargado de servicios rápidos y de la transmisión de órdenes y noticias.

Por otra parte, corregimos el apellido Bouguer, erróneo desde el manuscrito, y lo sustituimos por el correcto *Bouyer*. A propósito de este, Simone Vierende, en la edición ya citada, recoge parte de un artículo de Fernand de Rodays, publicado en *Le Figaro*, el 21 de agosto de 1871, que parece interesante citar aquí: «El autor de *leguas de viaje submarino*

20 000

nos permitirá que hagamos una rectificación, ya que este libro tendrá otras ediciones. No es el capitán “Bouguer” quien descubrió ese pulpo en aguas de Tenerife, sino el capitán Bouyer. Conocemos personalmente a D. Frédéric Bouyer, literato de talento en sus ratos perdidos, que tiene mucho apego a “su” pulpo [...]». Como anota la propia Vierende, la rectificación nunca se hizo.

Frédéric *Bouyer* (1822-1882) fue marino, pero también autor de varios libros, como *monstre, scène de la vie créole*

L’amour

d’un

(1866) o *Voyage dans la Guyane française en*

1862-1863

(1867). Al parecer, el episodio del pulpo o calamar gigante ocurrió «el 30 de noviembre de 1861, a las dos de la tarde, a cuarenta leguas de Tenerife», tal como consta en el relato de Bouyer *Voyage dans la Guyane française* publicado en la revista *Le tour du monde. Nouveau journal des voyages*, n.º 331, 1866, pp. 275-276 (v. LP, WB y VD). < <

[192] Como se podrá comprobar, en este pasaje, Verne mezcla indistintamente pulpos y calamares. < <

[193] Según el *Diccionario de mitología* de Pierre Grimal ya citado, *Furias* es el nombre que se daba en Roma a unas antiguas diosas del mundo infernal. Más tarde llegaron a confundirse con el mito griego de las Erinias, unas de las divinidades más antiguas, representadas como seres alados y con la cabellera poblada de serpientes. Entre sus misiones, estaba la de castigar el crimen y proteger el orden social. Generalmente, eran tres: Alecto, Tisífone y Megera. < <

[194] La cursiva es del autor. < <

[195] Según el *Diccionario de mitología* de Grimal, la *Hidra* era, en la mitología griega, un monstruo representado como una serpiente de varias cabezas, que puso a prueba a Heracles en uno de sus doce trabajos. Era fama que las cabezas de la Hidra volvían a reproducirse inmediatamente después de que Heracles las hubiera cercenado, hasta que Yolao, sobrino de este, quemó el bosque en que habitaba la Hidra y con los tizones encendidos abrasó las heridas de la bestia, impidiendo así que retoñasen. < <

[196] Tal como señala WB, la expresión «rojo de sangre» comenzó siendo, en el manuscrito, «rojo y negro de sangre», probable homenaje al célebre título de la novela de Stendhal (1783-1842).

< <

[197] Como en otros casos, Verne escribe *Gulf Stream*, en inglés.

< <

[198] *Los trabajadores del mar* es el título de una novela de Victor Hugo publicada en 1866. Hugo, que, como ya hemos mencionado, era uno de los autores predilectos de Verne, sorprendió al público de su época con esta novela debido a la utilización de la mecánica en la lucha del hombre contra la naturaleza y de un lenguaje técnico desconocido hasta entonces. La obra trata de la explotación de un barco de vapor que hace el trayecto entre Saint-Malo y la isla de Guernsey y que es objeto de sabotaje por parte de los pescadores de la ciudad francesa. En el capítulo anterior es notable la influencia de un episodio similar narrado por Hugo en *Los trabajadores del mar*, donde el personaje Gilliat se enfrenta a un cefalópodo de enormes dimensiones (libro IV de la segunda parte de la obra citada). < <

[199] El *estrecho de Davis* separa Canadá de Groenlandia. < <

[200] Se refiere a Carolina del Norte y Carolina del Sur (Estados Unidos). < <

[201] En efecto, Lacépède denominó a este pez *Mugilomorus Anna-Carolina* en honor de su esposa, Anne-Charlotte-Hubert-Caroline Jubé de la Perelle

(1760-1801);

no fue esta la única especie que le dedicó (v. bibl.; vol. V, p. 398).

< <

[202] El *Equetus lanceolatus*, denominado por Lacépède «caballero americano» (*Equus americanus*), es un vistoso esciénido. En el ámbito lingüístico del español se lo denomina: «guapena», «obispo coronado», «obispo listado», «payasito obispo», «serrana», «vaqueta», «vaqueta de cinta» o «verdugo». < <

[203] Como señala WB, en el manuscrito aparece tachada la palabra «botella». Verne la substituyó por unas palabras añadidas al margen: «un pequeño aparato, una especie de barril insumergible», que, como vemos, volvió a modificar para las ediciones impresas. < <

[204] Es interesante señalar, tal como hace WB, que en el manuscrito figuran tachadas las siguientes dos frases antes de esta: «—Pero ¿qué derecho invoca usted para retenernos? / —El derecho que yo me arrogo, señor —dijo orgulloso el capitán—. Ya le he expuesto mis razones, y me sorprende que vuelva a plantearme este asunto».

< <

[205] Tras esta frase, Verne tachó las siguientes: «—Pero tenemos derecho a recobrar nuestra libertad por todos los medios. / — Recóbrela. Yo no le he pedido su palabra de no abandonar nunca el buque sin mi autorización. / —No se la habríamos dado, señor. / El capitán Nemo me miraba cruzando altivo los brazos. / —Que esta primera vez que evoca usted este asunto sea también la última — dijo». Tras la supresión, los siguientes seis párrafos fueron añadidos al margen por Verne. < <

[206] En el manuscrito, leemos «del 13 de mayo», lo que parece una fecha más acorde con la cronología de la novela, como se verá en el próximo capítulo (esa fecha la intuyen también WJM y FPW). No obstante, las ediciones en francés que venimos citando mantienen «del 18 de mayo». < <

[207] Yedo o Edo es el antiguo nombre de la ciudad de Tokio. En cuanto a la fecha, tal como indica VD, lo más probable es que se trate de un error de la fuente de Verne (v. bibl.; Zurcher y Margollé, pp. 11-12) y que se refiera al maremoto o *tsunami* que tuvo lugar el 23 de diciembre de 1854 y que, lógicamente, no tiene nada que ver con un temporal. Sea como sea, como indica JN, la fecha correcta también la aporta otra fuente de Verne (v. bibl.; Frédol, p. 14).

< <

[208] En *MÉR* y en H69: «numerosas chispas». Por otra parte, WJM y FPW apuntan las similitudes entre estas tempestuosas escenas en que Nemo parece querer arrostrar la muerte con las del *Rey Lear* de Shakespeare (acto III, escena 2). < <

[209] Verne escribe erróneamente «Inmann», que corregimos. Ya había mencionado estas tres navieras en el capítulo «Un escollo huido», con el que se abre la novela. Un poco más adelante, corregimos también la errata «*Artic*». < <

[210] En el manuscrito, *MÉR* y H69 el término utilizado es *unernack*, que aparece como *unermack* en H71. En realidad, parece tratarse del *unernak*, un zoárcido citado por Lacépède (v. bibl.; vol. III, p. 220). Es una palabra inuktitut. < <

[211] Error de cálculo: han de ser 200 millones y no 25. < <

[212] *Heart's Content*: población portuaria de la bahía de la Trinidad, situada en la península de Avalón, en Terranova. < <

[213] *Cyrus West Field*

(1819-1892):

industrial y financiero estadounidense. WB y VD apuntan que C. W. Field

viajó en el *Great Eastern*, al mismo tiempo que Verne, que regresaba a Francia desde Nueva York en abril de 1867. Zurcher y Margollé dedican todo un capítulo de *Le monde sous-marin* a la cuestión del cable telegráfico submarino (v. bibl.; pp. 242-260).

< <

[214] Batalla de *Sadowa* o de Königgrätz: tuvo lugar el 3 de julio de 1866 entre Prusia y Austria en la localidad de Sadowa, cerca de la ciudad bohemia de Hradec Králové, junto al río Elba. La victoria se decantó de lado prusiano. < <

[215] *Evangelio de Lucas* (2, 14). Aunque este pasaje ha sido objeto de exégesis y traducciones distintas (de hecho, la liturgia actual traduce: «a los hombres *que ama el Señor*»), respetamos los términos del original francés, «*de bonne volonté*», que proceden directamente del latín «*pax hominibus bonæ voluntatis*». < <

[216] Corregimos la errata *Fastenet*. Se trata de *Fastnet Rock*: islote situado en el extremo sudoeste de Irlanda, al sur de la isla de Clear o Cléire. < <

[217] *Sorlingas*: Más conocidas como Scilly Islands, es un grupo de islas situadas al sudoeste de Cornualles. Las principales son Tresco y Santa María. < <

[218] En las tres ediciones originales francesas que venimos citando aparece la errata «31 de junio», que corregimos. < <

[219] Louis-Armand de *La Poype-Vertrieux* (o de La Poype de Vertrieux o de Vertrieu)

(1721-1801):

marino francés, comandante del *Marseillais* (también escrito *Marseillois*) durante la guerra de independencia de los Estados Unidos. < <

[220] Charles-Hector, conde

d'Estaing

y marqués de Saillans

(1729-1794):

marino francés que participó con la flota francesa en las operaciones de ayuda a los americanos sublevados contra la Corona británica durante la guerra de independencia de los Estados Unidos. Fue guillotinado en la época del Terror. Con «*la toma de Granada*», se refiere el capitán Nemo a la isla caribeña de Granada. < <

[221] François-Joseph-Paul, *conde de Grasse*

(1722-1788):

almirante francés. Tras mandar la flota francesa en las Antillas, de Grasse participó con sus naves, a petición del propio George Washington, en la batalla de Yorktown (*bahía de Chesapeake*) y derrotó a la flota británica mandada por Thomas Graves

(1725-1802).

Sin embargo, en 1782, fue derrotado por el almirante George B. Rodney

(1718-1792)

y, a su regreso a Francia en 1784, fue sometido a un consejo de guerra, que, a la postre, lo declaró inocente. < <

[222] Louis-Thomas *Villaret-Joyeuse*

(1750-1812):

almirante francés. Al llegar la Revolución francesa fue proscrito y se exilió en la isla de Oleron. Sin embargo, ya en la época de Napoleón, llegó a ser gobernador de Santa Lucía y de Martinica y, posteriormente, de Venecia. < <

[223] Pierre-Jean *Van Stabel* (o Vanstabel)
(1744-1797):
marino francés, natural de Dunkerque. < <

[224] En el original, *Vengeur*, que significa *Vengador*; el nombre completo que había dado la República al navío era *Vengeur du peuple* (*Vengador del pueblo*), como figuraba en el manuscrito, en una línea que Verne suprimió, algo que recuerdan también WB y LP. Aunque la victoria en la batalla del 1 de junio de 1794 fue para los británicos, estos no consiguieron impedir que el cargamento de trigo llegara a su destino. < <

[225] En el manuscrito, Verne tachó «el pecio republicano» y lo substituyó por «el glorioso pecio». < <

[226] En *MÉR* y H69, la respuesta de Ned figura tras el párrafo siguiente. < <

[227] Verne suprimió en el manuscrito la continuación de esta frase:
«de cierta nación a la que perseguía con su odio». < <

[228] En *MÉR* y H69: «barco de un poder maldito». < <

[229] En *MÉR* y H69: «con los restos gloriosos del *Vengeur*». < <

[230] Estas frases de Nemo, una de las claves de la novela, presentan una leve variante en *MÉR* y en H69, ediciones en las que en lugar de «todo lo he visto perecer» aparece «todo ha perecido». Por otra parte, constituyen un añadido al margen en el manuscrito, en el que Verne suprimió unas líneas que estaban inicialmente redactadas así: «—Cállese, señor —exclamó—. ¿Sabe usted a quién está implorando? ¡A un hombre expulsado de su país, obligado despóticamente a exiliarse, lejos de su mujer, lejos de sus hijos muertos de dolor, a quienes no se le permitió volver a ver!... ¡Por última vez, cállese!». < <

[231] WJM y FPW señalan la incoherencia horaria entre «las seis», que aparecen más arriba, y «las cinco» de esta frase posterior. No obstante, parece tratarse una vez más de un problema de imprenta, porque en el manuscrito «las seis» eran, en realidad, «las tres», lo que, a su vez... plantea otro problema de coherencia, puesto que ya existe en el capítulo una referencia anterior a «las tres». < <

[232] Verne suprimió en el manuscrito una frase que, tal como señala WB, hace pensar en el episodio del *Florida* y que estaba redactada así: «Allí, un pobre paje, como si estuviera encadenado al lívido gallardete, se retorció en una última convulsión». < <

[233] En el manuscrito, esta frase fue añadida al margen y estaba redactada así: «Aquel sombrío justiciero, auténtico arcángel del odio, tal como me había aparecido ya en los mares de la India, miraba». < <

[234] En el manuscrito, Verne añadió al final del capítulo estas cuatro últimas frases y suprimió las siguientes tras «seguía mirando»: «... fijamente hacia un lado, con los ojos encendidos, mostrando los dientes al replegar sus labios, con el cuerpo rígido, los puños apretados y la cabeza hundida entre los hombros. Una auténtica estatua del odio, tal como me había aparecido ya en los mares de la India». < <

[235] En el manuscrito figura «sangrienta ejecución» en vez de «horrible represalia». En la versión manuscrita, este capítulo presenta muchos párrafos tachados por el autor, junto con otros añadidos al margen, en cuyo comentario pormenorizado no entraremos (puede leerse un análisis muy exhaustivo en WB). Valga decir, por ejemplo, que Verne suprime poco más adelante varios pasajes dedicados a las costas cercanas al canal de la Mancha, que conocía de primerísima mano. También acabaría tachando varios párrafos en que describía el mar en calma, que podrían haber servido de contraste con los episodios que se vivirán más adelante en este capítulo. < <

[236] Verne retoca ligeramente el pasaje final de la *Narración de Arthur Gordon Pym*, novela de Edgar Allan Poe publicada en 1838. En la versión española de J. M.^a Álvarez (Madrid, ed. Anaya, 1982) se puede leer lo siguiente: «Y de repente nos precipitamos vertiginosamente hacia la catarata, y un abismo se abrió para recibirnos. Entonces vimos ante nosotros una velada figura de rasgos humanos, cuyas proporciones eran superiores a las de cualquier habitante de la tierra. Y su piel tenía la perfecta blancura de la nieve». Como quedó dicho anteriormente, Verne admiraba el arte de Poe. Además, llegó a escribir una continuación del *Gordon Pym* de aquel, *La esfinge de los hielos*, que fue publicada en 1897.

< <

[237] En H69: «el Atlántico» (en lugar de «la Atlántida», que es el término que figura en el manuscrito y en las ediciones que venimos mencionando). < <

[238] En el manuscrito, Verne suprimió, tras la coma, la expresión «como un ladrón». < <

[239] En el manuscrito, esta frase estaba redactada inicialmente así:
«¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!». < <

[240] Aunque la grafía del término es vacilante también en francés, Verne escribe *maelstrom* en el manuscrito y en las ediciones originales; etimológicamente, está emparentado con el neerlandés *maalstroom*. Recordemos el cuento de Edgar A. Poe titulado «Descenso al *maelström*» (1841). Tal como señala VD, Zurcher y Margollé abordan la cuestión de este remolino en su libro *Le monde sous-marin* (v. bibl.; pp. 60-63), una de las principales fuentes de Verne, y siguen muy de cerca el cuento de Poe, cuya traducción al francés había publicado el poeta Charles Baudelaire en 1856 (*Histoires extraordinaires*, París, ed. Michel Levy). Como anota LP, Arthur Mangin, otra de las fuentes de Verne, también se refiere al *maelstrom* en *Les mystères de l'océan* (v. bibl.; pp. 128-129). < <

[241] Las frases que van desde «El *Nautilus* se defendía como un ser humano» hasta el final del capítulo modifican otras que Verne suprimió y que estaban redactadas inicialmente así: «El *Nautilus* se erguía a veces, y nosotros con él. / No sabría decir lo que duró aquel suplicio. No podría contar lo que ocurrió. Solo un incidente se me quedó grabado. / —¡Acabemos de una vez! —dijo Ned. / —¡Sí! —exclamé yo—. ¡Adelante, Ned! ¡Afloje la última tuerca y muramos lejos del *Nautilus*! / Una vez sueltos los pernos, y tras un choque terrible, perdí el conocimiento». < <

[242] Este breve capítulo presenta notables variantes respecto de la redacción del manuscrito, en el que, por ejemplo, no figura la última frase de este párrafo. < <

[243] Estas tres últimas frases del párrafo no constan en el manuscrito, como tampoco las dos siguientes. < <

[244] En el manuscrito, solo figura la primera parte de la pregunta.

< <

[245] En el manuscrito: «esa botella». < <

[246] En realidad, se encuentran citas similares en otros libros de la Biblia, como, por ejemplo, el *Eclesiástico* (1, 3): «La altura de los cielos, la anchura de la tierra, la profundidad del abismo y la sabiduría ¿quién podrá medirlo?». También, como recuerdan WB y VD, pueden encontrarse ecos parecidos en: «Lejos quedó lo que lo estaba, y profundo lo profundo: ¿Quién lo alcanzará?» (*Eclesiastés*, 7, 25); «¿Has llegado hasta las fuentes de los mares, has paseado por las honduras del abismo?» (*Job*, 38, 16). Entre las fuentes de Verne, Renard escribe al comienzo de *Le fond de la mer* (v. bibl.; p. 3) la frase «¿Quién penetrará los misterios del Océano?», que atribuye al *Eclesiastés*, y Zurcher y Margollé colocan en la cubierta de *Le monde sous-marin* (v. bibl.) «¿Quién sondeará los misterios del abismo?» atribuyéndola a *Job*. < <

[247] En el manuscrito, el final del libro estaba inicialmente concebido así: «¡Que la contemplación de tantas maravillas mitigue su sed de venganza! Aunque su destino sea extraño, no deja de ser sublime. ¿No es el único hombre que puede responder “yo” a la pregunta del *Eclesiastés*: “¿Quién ha sondeado jamás las profundidades del abismo?”?». Verne modificó el final, a partir de «sublime», que quedó así, con algunas leves diferencias respecto de la redacción definitiva: «Y a la pregunta planteada hace seis mil años por el *Eclesiastés*: “¿Quién ha podido sondear jamás las profundidades del abismo?”, dos hombres entre todos los hombres pueden responder con toda claridad: el capitán Nemo y yo». < <

Notas de los apéndices

[1] Con motivo de la publicación de los dos primeros capítulos de *Veinte mil leguas de viaje submarino* en el *Magasin et de récréation d'éducation*

, que tuvo lugar el 20 de marzo de 1869, se insertó esta nota con la que se abre el vol. XI de esa revista y que no figura habitualmente en las ediciones de la novela en forma de libro (*N. del T.*). < <

[1] Una parte del texto de este apéndice procede de nuestro artículo «El misterio de la isla de papel y el navegante escurridizo» publicado en el blog de Oportet Editores (<<https://oporteteditores.com/el-misterio-de-la-isla-de-papel-y-el-navegante-escurridizo/>>). Hemos de dejar constancia de la existencia en la versión en alemán de Wikipedia de una entrada titulada «Crespo (Phantominsel)» [Crespo (isla fantasma)]. También en alemán, el boletín verniano *Nautilus* publicó una nota de Bernhard Krauth (n.º 7, 2005, p. 9; datos de VD).

Debe tenerse en cuenta que los datos de este apéndice solo han sido comprobados mediante consultas de documentos en formato electrónico. A la espera de poder proseguir nuestra investigación y de corroborarlos con la consulta de los documentos originales auténticos, repartidos entre diversos archivos, deben abordarse con la debida cautela. Aunque no son el resultado del trabajo de un historiador, creemos que tienen el suficiente interés para satisfacer la curiosidad de los lectores.

Agradecemos al Archivo General de la Marina (AGM) «Álvaro de Bazán» el envío del expediente de D. Francisco Sánchez Crespo (3389/43). Agradecemos también a Antonio L. J. Martínez y Guanter sus sugerencias en respuesta a nuestras preguntas (v. <<https://todoavante.es>>). < <

[2] V. cap. XV de la primera parte. < <

[3] El relato del profesor Gil concluye a finales del siglo XVIII, razón por la que, pese a referirse a la permanencia de las islas en la cartografía, no menciona a ningún Crespo: «El ensueño austral se había desvanecido una vez más incluso antes de haber sido llevado a la práctica. Pero en el Pacífico Norte las cartas de marear seguían dibujando con terca insistencia unas islas, la Rica de Oro y la Rica de Plata, que rozaban casi las quillas de los galeones de Manila en su tornaviaje a Acapulco», J. Gil, ob. cit., p. 346. < <

[4] La cita procede de la p. 311 del vol. I del libro de De Rienzi (v. bibl. sucinta al final de este texto). La traducción es nuestra, pero existe una traducción española del libro, *Historia de la Oceanía o quinta parte del mundo*, Barcelona, Imprenta del Fomento, 1845.

< <

[5] *Dictionnaire usuel et scientifique de géographie*, Paris, ed. Pitois-Levrault, 1840, p. 678. < <

[6] V. bibl. sucinta al final de este texto. < <

[7] Von Krusenstern (1819), pp. 113 y 116. Versión francesa (1827), pp. 30, 40-41, 413 y 420. < <

[8] Verneur (1820), p. 215. < <

[9] Espinosa y Tello (1809), pp. 10-11. < <

[10] V. Jiménez Jiménez (2002). < <

[11] V. Fondo antiguo y archivo histórico de la Biblioteca de la Universidad de Sevilla (<<http://expobus.us.es/html/santelmo/>>). < <

[12] V. *Estado general de la Armada*, en la Biblioteca virtual del Ministerio de Defensa (<<http://bibliotecavirtualdefensa.es>>). < <

[13] V. Jiménez Jiménez (2002), p. 74, y carta firmada por Juan Moreno el 20 de septiembre de 1808 (v. expediente AGM «Álvaro de Bazán»). < <

[14] V. Julio F. Guillén, *Independencia de América. Índice de los papeles de expediciones de Indias*, Madrid, Instituto Histórico de Marina, CSIC, 1953, p. 272. < <

[15] V. expediente AGM «Álvaro de Bazán» y <<http://blog.todoavante.es/?p=6539>> < <

[16] Stommel (1984), pp. 4 y 105. < <

[17] *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*, Espasa-Calpe, S. A, tomo XVI, Madrid, 1913, p. 132. < <

[18] Stommel (1984), p. 4. < <